Servando Rocha

De fuego cercada

Geografía secreta de Madrid

Alianza *voces*

Servando Rocha

De fuego cercada

Geografía secreta de Madrid

Alianza editorial

Índice

Prólogo. El álbum
Introducción: caminos deseantes

1. Un fantasmal Puerto del Sol
Un «aeronauta daguerrotipista»
Historia de la oscuridad
Jugando al escondite
El enigma de los ojos
Recuento de desapariciones
La banda de la Sagrada Cripta
Tzara
Benditas ruinas
La ciudad odiada
Flâneurs

2. Calaveras, fuegos y subterráneos
El rayo de la muerte
Museo del horror
Putas y vórtices
Historia del fuego
El otro mapa de Ribalta
Bajo tierra
Viajes imaginados
Marinetti
Historia del agua
La ciudad invertida

3. Bestiario
Sala X
Galería fúnebre
Las flechas de Diana y las bestias
No olvidar jamás

4. Nosotros, los muertos
«Metafísica de la luz»
Buscando un cadáver
Un paseo por el cementerio

Tan cerca

5. Navegando a muerte
La mujer de la foto
El anarquista
La vida siempre rima
El barco y la tripulación
Perucha
Esclavos
Ser una sombra
El triunfo de la nada
La ciudad inexistente
Agalma

Agradecimientos

Bibliografía y fuentes

Créditos

Al camino del deseo que hay junto a mi casa
y que cada mañana atravieso.

A la memoria de José Luis Egea,
caminante y memorialista.

«Tal lo hallaron los embajadores
En la su villa, de fuego cercada,
Cuando le vino la gran embajada
De bárbaros reyes y grandes señores».

Juan de Mena, *Laberinto de fortuna* (circa 1481)

«Lejos del mapa o de la narración, más allá de las líneas imaginarias que movilizan el deseo, se extiende el camino real que hay que seguir».

David Le Breton, *Elogio del caminar*

«Rompe y luze».

Leyenda del primer borrador de escudo para Madrid (1550)

José Ribalta Camós junto a su esposa e hijo en el Retiro madrileño (1916).

Prólogo. El álbum

«Hay que averiguar todo lo que se pueda saber acerca del lugar
que se ha elegido. Y luego hay que trascenderlo».

Iain Sinclair, *Los ríos perdidos de Londres*

A veces los muertos nos hablan a través de fotografías y placas de vidrio encontradas en viejos y destartalados anticuarios. También los objetos encontrados acaban por encontrarnos. José Ribalta Camós dio conmigo una luminosa mañana de domingo. Era mayo en Madrid. Era el tiempo del dolor y la esperanza, y la ciudad se despertaba poco a poco de un necrófilo letargo tras una pandemia y un buen puñado de mentiras. Las calles absorbían toda la negatividad de los necios, devolviéndola convertida en miedo y una euforia desmedida que presagiaba nuevas tormentas. Nada volvería a ser igual. Buscaba la fortaleza, todos mis puntos de conexión allí donde siempre lo hacía: en paseos, historias y memorias, en la piedra, el ladrillo y bajo las capas de tierra y lodo acumuladas, en libros antiguos, mapas y manuscritos.

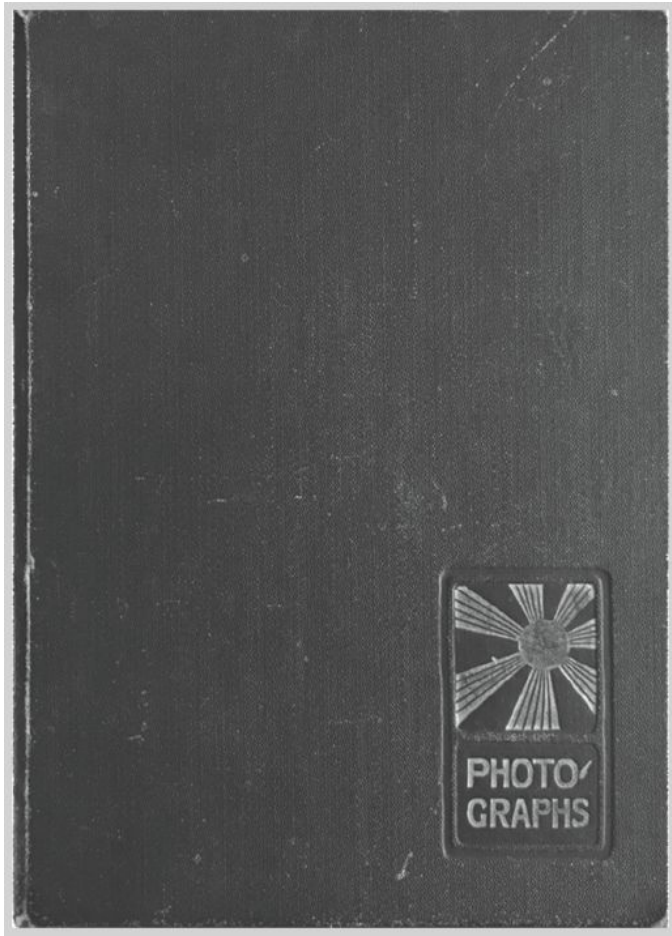
Esta ciudad, tan impertinente y obstinada, se negaba a desaparecer. Cada mañana bendecía esa terquedad y, al anochecer, robando el tiempo al día, pasaba a limpio mis notas. Trabajaba con huesos. Quería certificar lo que aún resistía.

Durante una de mis frecuentes visitas al Rastro de Madrid, di con un viejo álbum de fotos, un cuaderno de tapa dura verde oscuro y tamaño mediano (19 × 14 cm) con la mención «Photographs». En su primera página se leía «Fotos Herrero» y contenía cerca de medio centenar de fotografías pequeñas, algunas de ellas fácilmente identificables y fechadas alrededor de 1910. En varias de estas un hombre posa junto al lago del parque del Retiro, en ocasiones acompañado de un niño de corta edad (su hijo, quizás). Incluso las fotografías parecen corresponder a dos días distintos, aunque se repita el lugar, porque el niño viste diferente. En otra, el hombre está apoyado en una de las barandillas del lago y mira fijamente a la cámara, mientras el niño se sienta a su lado, un tanto aburrido, junto a una mujer muy seria —puede que su esposa— que hace lo mismo y levanta un poco la barbilla, cubierta con un ancho y elegante sombrero de época. Otra fotografía es de otro hombre (¿su hermano?), junto al mismo niño. También hay imágenes de plazas de toros, playas o calles; en una de estas últimas hay un antiguo tranvía y, en lo alto

de este, un enorme cartelón publicitario que reza: «Leed *Sol* y sabréis lo que ocurre en nuestro país y el mundo entero». También hay vistas a un aeródromo; a los pies de una avioneta, a lo lejos, un hombre, posiblemente el otro que aparece en la secuencia, quizás su hermano, mira a la cámara en medio del páramo.

Aquel hombre, que se repite una y otra vez, sin duda el protagonista del álbum, posa relajado, a veces sonriente, pero siempre en una postura formal, luciendo un ancho bigote, con el pelo engominado y peinado hacia atrás. Viste un correcto traje oscuro y sombrero de la época y debe de tener unos treinta años. Ese rostro, por distintas razones, me intrigaba enormemente. Mientras hojeaba el álbum, ya en casa, di con un recibo del estudio fotográfico Herrero. Con una caligrafía exquisita, podía leerse el coste del revelado y del álbum de fotos (dos pesetas), junto a la fecha de 26 de mayo de 1916. También figuraba un nombre, el de aquel individuo de mediana edad, José Ribalta Camós, y una dirección: calle de la Cruz 31, 2.º izquierda, Madrid.

Las fotografías anónimas siempre tienen algo de enigmáticas. Sus protagonistas parecen interrogarnos, contarnos un secreto. Los fantasmas son obstinados. Las ausencias, ese desfile de rostros congelados en papel fotográfico, exigen su derecho a ser escuchados. A veces basta con mirarlos a los ojos, detenernos en una mano colocada en una determinada posición, fijarnos en la tensión del cuerpo, en el decorado a punto de derrumbarse, todos y cada uno de los testimonios acerca de un pasado que, paradójicamente, aunque este ya pasó, sigue estando *aquí*.



Portada del álbum de José Ribalta Camós.

El álbum no solo era un hermoso objeto sino un misterio en sí mismo. Y yo quise resolverlo.

Sin esperar nada extraordinario, impulsado como siempre por la curiosidad, hice una búsqueda rápida de su nombre y apellidos en internet. Varias entradas se referían sin duda a individuos distintos, casi todas demasiado actuales, pero una de ellas, perteneciente a una revista médica digitalizada en la Biblioteca Nacional y fechada en 1923, mencionaba a una persona con su mismo nombre y apellidos que, según leí, había ejercido en Madrid entre 1906 y 1916, momento en que según esta publicación aquel «doctor, sin duda singular y pionero en ciertas patologías de los ojos y técnicas quirúrgicas, había desaparecido sin que jamás se supiera nada más de su paradero».

En la hemeroteca pude averiguar algo más. Una pequeña noticia publicada en junio de 1916 en *El Heraldo de Madrid* señalaba que la policía seguía sin dar con el paradero del «prometedor doctor Ribalta»,

añadiendo además que el extraño suceso había dejado desolados a su esposa e hijo de corta edad, posiblemente los mismos que aparecían en las fotos.

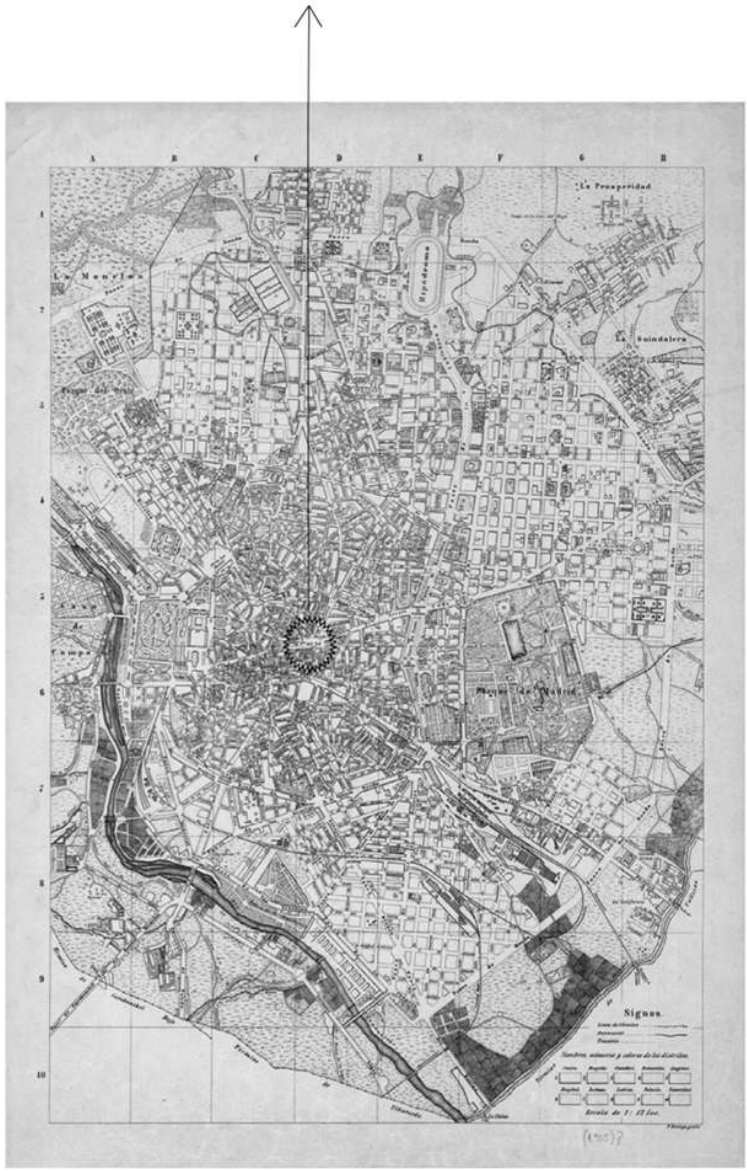
Así que Ribalta, un buen día, había desaparecido sin más. La pista más interesante, aunque igualmente desconcertante, se sabría días después del suceso. Un colega suyo, residente en Barcelona y también médico, había recibido una escueta e inquietante carta suya que decía lo siguiente: «Mi intención es caminar en dirección norte, desde mi domicilio hasta el final de la ciudad, y una vez allí salir de esta a pie. Mi único impulso es el Deseo». Y luego, al parecer, absolutamente nada.

En la primera imagen, posiblemente el hermano de Ribalta junto al hijo de este. En el resto, Ribalta junto a su familia frente al estanque del Retiro.

Volví a abrir el cuaderno verde. Observé su rostro, la intensa mirada de aquel hombre. El misterio se alimenta de más misterio. Debía atender, una vez más, a las sombras. ¿Hasta dónde llegaría para intentar saber algo más sobre este? ¿Qué sucedió con Ribalta y, sobre todo, qué significaba aquella última carta en la que hablaba del deseo y de un plan para abandonar la ciudad a pie?

Entonces reparé en algo a lo que al principio no le había prestado suficiente atención. La dirección que figuraba en el recibo me era familiar. Yo mismo, tiempo antes, la había leído en unas famosísimas memorias que comenzaban así: «El 16 de octubre del año del Señor de 1869, estaba en Madrid, calle de la Cruz, recién llegado de la masacre de Valencia. A las diez de la mañana Jacobo me trajo un telegrama que contenía las siguientes palabras: “Venga a París. Asunto

importante”». Pronto confirmaría mis sospechas. Se trataba de exactamente la misma casa y el mismo piso (calle de la Cruz 31, 2.º izquierda) de Ribalta, aunque con una diferencia de varias décadas. Y el remitente de la misiva no era otro que el mismísimo Henry Morton Stanley, entonces periodista y futuro explorador, déspota y negrero contumaz. El «Rompedor de Rocas», como lo conocerían, un tipo temido y odiado por tantos que, durante un tiempo, fue uno de los nuestros, todo un «hijo del sol».



Mapa de Madrid (1905) con la línea del deseo que podría haber seguido Ribalta. Instituto Geográfico Nacional.

Introducción: caminos deseantes

«Yo me he vaciado los ojos para ver mejor».

Ramón Gómez de la Serna, *Variaciones*

Es mayo de 1869 y Stanley vive en el número 31, 2.º izquierda, de la calle de la Cruz, colindante con el callejón del Gato, donde Ramón del Valle-Inclán sitúa el origen simbólico del esperpento en *Luces de bohemia*. España, un proyecto siempre en construcción, es un país con el orgullo herido que solo puede ser contemplado a través de espejos cóncavos.

Cada mes paga quinientos reales a Jacinto Luna Torres, un conquense al que el huésped, en un alarde clasista, convierte en su autobiografía en su fiel criado Jacobo. El inmueble es modesto y el bullicio del centro se cuela día y noche por las ventanas. La zona es un foco de hampones, borrachos y prostitutas, que Stanley sortea con desdén hasta llegar al cercano Congreso de los Diputados. Presidiendo a cada lado su escalinata, están los famosos leones Daoíz y Velarde, copiados al natural en París por un escultor. Por entonces no eran de bronce sino de piedra. Cuando se sustituyan por los de bronce, el país necesitará un poco de autoestima nacional. Aunque sea gracias a una mentira, otra más. Es así como se crea una leyenda: se aseguró que el bronce estaba fundido con cañones tomados a los marroquíes durante la guerra de África, pero en realidad se hicieron en una fábrica de bronce sevillana con lo que se tenía a mano. Nunca fuimos tan fieros, pocas veces se nos tomó realmente en serio, y muchos periodistas hacían bromas con aquellos leones; un ejemplar estaba muy cerca de allí, en la Casa de Fieras del Retiro, compartiendo pacíficamente su jaula con un perro que suele mover el rabo en cada visita. Sin embargo, Madrid vive rodeada de leones, en los nombres de posadas, cafetines y calles, en alguna casa particular y hasta en la plaza de toros, donde cada cierto tiempo los fieros animales se enfrentan a toros en combates a muerte, entre polvo, rugidos y sangre.

La transición entre un lugar y otro es casi inmediata, apenas cinco minutos. Las campanadas de la inmediata Puerta del Sol lo pillan desprevenido, pero él solo tiene que sumarse a la muchedumbre que fluye en dirección al Prado, arrastrándolo y empujándolo hacia delante, donde sesenta mil soldados forman tres larguísimas columnas que esperan en silencio la orden de marchar ante las Cortes. Se teme a

la anarquía y la insurrección a las que unas décadas antes cantó el poeta Percy Shelley en «The Masque of Anarchy». Para Stanley es como si su voz se proyectase y expandiera como un rayo de luz sobre la multitud que abarrota las calles: «Levántense, como leones tras un breve sueño / en un número invencible», escribe Shelley. El milagro de Daoíz y Velarde convertidos en leones reales.

Henri Regnault, un pintor que visita nuestro país el mismo año en que llega Stanley, es también testigo de los hechos. Al alcanzar la Puerta del Sol, la muchedumbre lo aborda. Hay gritos y banderas ondeando. Una de ellas, roja y negra, reza «Soberanía nacional». También hay gritos contra los Borbones y la reina, mientras una montaña humana se alza para intentar llegar hasta el balcón del Ministerio de Gobernación y colgar la enseña. Un sinfín de hombres trepan por el edificio como gatos sirviéndose de las tuberías de plomo para el gas y de cuerdas que les lanzan desde abajo. Un soldado sale a una de las ventanas e intenta evitar que se cuelguen de las banderas, pero recibe una lluvia de bastones y hasta paraguas, que destrozan algunos cristales. No hay monumento, escudo o rótulo aludiendo al rey o la reina que no sea atacado o demolido al instante. Es la democracia armada, la fiesta de la revolución. Los guardias a caballo, que inicialmente despiertan el terror en muchos, arrancan sus galones y los lanzan a una multitud que los vitorea como héroes y los abrazan. Algunos lloran mientras son llevados en volandas.

Es la ciudad en movimiento, una confusa mezcla de espíritu provinciano y modernidad. Se vive en una época crepuscular. Los viejos portones que aún rodean el recinto urbano se cierran a las diez de la noche durante el invierno y una hora más tarde en verano. Los portillos, en cambio, lo hacen un poco antes, a las nueve. Tan solo subsisten las antiguas puertas de Alcalá, Toledo y Bilbao.

A mediados del siglo XIX París superaba el millón de habitantes, mientras que Londres lo duplicaba. Madrid, con solo doscientos mil habitantes, tenía unos índices de densidad de población muy superiores a estas dos ciudades europeas; mientras que en Londres a cada habitante le correspondía una superficie de cien metros cuadrados, en París es de treinta y cuatro y en Madrid de veintiséis. Así nos podemos imaginar una ciudad laberíntica y populosa y, en extramuros, el mismo hacinamiento alrededor de actividades nocivas e insalubres propias de una exigua y modesta industria que abastece el centro.

Existen hasta once arrabales: Tetuán, Chamartín, Prosperidad, La Guindalera, Ventas del Espíritu Santo, La Concepción, Vallecas, Toledo, San Isidro, Segovia y Manzanares. La ciudad cuenta con unas dimensiones modestas comparadas con las de la posguerra y, más aún, con las actuales, un monstruo en continua expansión. Aquella urbe es

abarcable. Aunque nadie lo hace. Más allá de los límites de la ciudad reglada, con sus servicios, restaurantes y calles medianamente iluminadas, se entra en un mundo desconocido y con pocos atractivos. Es el país del hampa, la pobretería, las aguas insalubres. Visitar aquellos horrores implica arriesgar el pellejo y taparse la nariz ante hedores, pozos negros y enfermedades. Son las zonas oscuras, los dominios de la ciudad tenebrosa.

Pocos se atreven a aventurarse hasta esos parajes. «El madrileño no es amigo de recorrer los alrededores de la villa —cuenta *El Imparcial* unos años más tarde, en 1897—. La falta de atractivos de esos campos yermos, sembrados de casucas de irregular construcción y de pobre aspecto, hace poco agradable el paseo. No es, pues, extraño que el vecino del centro no distinga de nombres y llame a las zonas del extrarradio con la designación genérica de "afueras de Madrid"».

Existe un Gremio de Tabernas de las Afueras de Madrid, lo mismo que gerifaltes de las afueras que imponen su ley a fuerza de garrotazos y navajas. Nadie se deja caer por ahí. De vez en cuando un periodista y muy pocos escritores, pero casi ningún bohemio o romántico, que gravitan alrededor del circuito de tertulias y tabernas del centro. Tendrán que pasar décadas hasta que varios médicos, enviados por el ayuntamiento, realicen informes, que acompañaron con impactantes fotografías de corralas destartaladas, patios de vecinos miserables o chabolas que llegaban a la calle Toledo, Embajadores o Lavapiés (aunque el polémico escritor Pedro Luis de Gálvez afirma que «en Chamberí está toda la gracia *repuñalera* de los Barrios Bajos, no en El Avapiés») y descendían hacia abismos como los poblados chabolistas de las Cambroneras o las Injurias, situados a ambos lados de la actual Glorieta del Marqués de Vadillo.

Stanley debe esquivar, tomar atajos, quitarse de en medio para no ser arrollado. Existen «tranvías de fuego» que enlazan el centro con las afueras y que, en realidad, son pequeñas locomotoras. Los primeros tranvías, tirados por mulas, tienen capacidad para muchas personas, ya que cuentan con dos pisos. Cubren el trayecto de Puerta del Sol al barrio de Salamanca. El problema son las pendientes. Las bestias se emplean a fondo, instigadas por una jauría de encuarteros y mozos que las azotan y gritan. Finalmente, en octubre de 1898, se inauguran oficialmente dos líneas de tranvías de tracción eléctrica (Sol-Serrano y Sol-Hipódromo). Faltan apenas un par de años para que aparezcan los primeros tranvías amarillos (trayecto Sol-Salamanca), conocidos como los «canarios», por su aspecto exterior, y diez más para que hagan su aparición los faroles eléctricos, apoteosis absoluta de la belleza de fin de siglo. Esta es una ciudad de contrastes. Luz y oscuridad. La divinidad y la sospecha de que aquí el diablo siempre anda suelto.

Llega casi una hora antes de la promulgación del nuevo gobierno

surgido de «La Gloriosa», como se conocerá el pronunciamiento militar de septiembre de 1868, cuando el almirante Topete, en la bahía de Cádiz, junto a los generales Prim y Serrano, intentan acabar con la monarquía. En Madrid se crean juntas revolucionarias y se organizan milicias populares. Todos se arman. Pero las ansias republicanas por un gobierno radical se esfuman pronto. Falta tan solo un año y medio para el principio del fin: es invierno, la nieve cae copiosamente, y la carroza de Prim, tras ser acorralada por un grupo de asaltantes embozados, es tiroteada. Prim logra esquivar el primer disparo, pero no el siguiente, y se desploma, retuerce, palpa su cuerpo para creer lo que ha pasado. El asesino cumple las órdenes de otro que, furioso, grita: «¡Fuego, puñeta, fuego!». El pistolero, obediente, así lo hace.

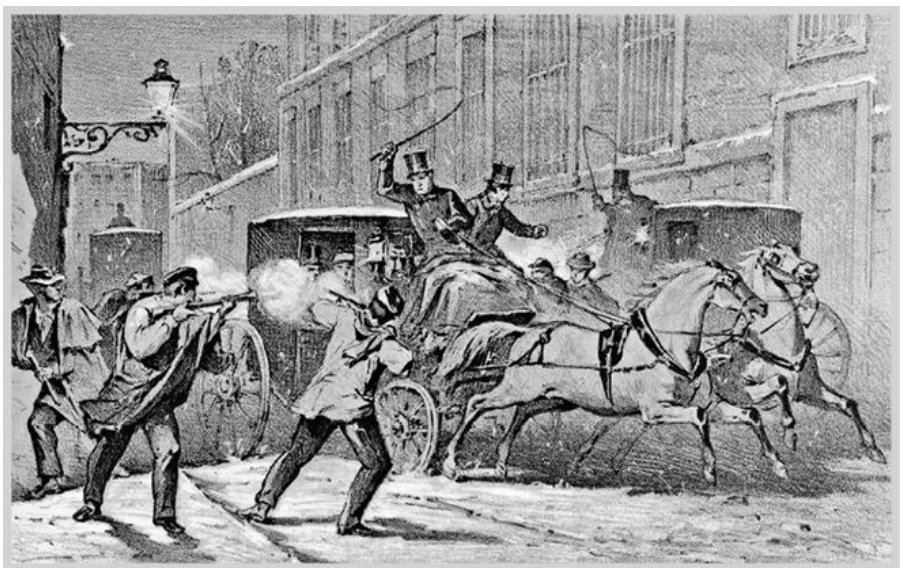


Ilustración que muestra el asesinato de Prim. N. González (1870). BNE.

Stanley no estará en la capital cuando suceda el atentado. Ahora, sin embargo, lo tiene delante. Prim está vivito y coleando. Y «bilioso». Leed su descripción, como corresponsal del *New York Herald,* acerca del hombre más poderoso del momento: «Prim presentaba un aspecto notablemente bilioso». Hay una conjura tras todo esto, un acertijo irresuelto. ¿Quién lo mató y, sobre todo, quién o quiénes estaban tras el plan criminal?

Los reyes se resisten. La monarquía siempre está dispuesta a embarcarse en un nuevo fangal, fundar una nueva intriga, y nuestra ancestral mala baba se extiende por todo el país, donde pronto se desatan verdaderas batallas sangrientas con los infatigables y numerosos carlistas que odian el progreso, sobre todo fábricas y

ferrocarriles, y por supuesto el liberalismo. Son la banda primitiva. Dinamiteros de la tecnología, luditas por Dios y el Rey que festejan los incendios y las explosiones: «El incendio de la estación aquella había sido muy hermoso —afirma emocionado Ignacio, el protagonista partidario de don Carlos en la novela de Unamuno *Paz en la guerra*— y mucho más hermoso ver la máquina suelta a todo vapor hacerse añicos. Los trenes eran la mejor ayuda a los negros [los liberales]; los trenes, invención de Lucifer, impedían el desarrollo de la guerra, eran el enemigo y un potente medio de liberación. ¡Grande encanto el de destruir aquellos artefactos, verlos hechos trizas!». La belleza de la destrucción.

«¡Viva la libertad!», grita alguien, y la multitud contesta con un «¡Viva!», que resuena en toda la zona. Veinte mil personas se muestran impacientes y nerviosas, hasta que un soldado, tras recibir toda clase de insultos, pierde los estribos y arremete contra un hombre, al que golpea fuerte en la cabeza con su fusil, y este, que no se amilana, le responde con un bastonazo. Hay que tener cuidado. Siguiendo una moda francesa —otra más—, se popularizan los bastones cuchillos, o bastones pistola, que salen a relucir por doquier. La soldadesca lanza bayonetazos a bulto con sus mosquetones, tocando carne y hueso, y desangrando, dejando un reguero de cuerpos en el suelo. Un par de hombres mueren por las heridas. «Si nada se hubiera hecho al respecto, aquella fecha memorable podría haber terminado en otra revolución —escribe Stanley para el periódico—, con lo que la nueva Constitución hubiera sido asfixiada en su nacimiento. Pero el buen tino del general Milans del Bosch, gobernador militar de Madrid, al lanzar al aire un nuevo y entusiasmado "¡Viva la soberanía nacional!", incitó a que el gentío y la airada multitud, próximos a las Cortes, lo hiciera resonar, rotundo y claro, una y otra vez». Así, por medio de estallidos imprevisibles, acontecen las insurrecciones.

Aunque hoy no.

Stanley no pega ojo esa noche. La ciudad hierve y las calles están colapsadas. Hay gritos y ruidos de cohetes que explotan y sonidos de cristales rotos. Los cascos de los caballos son continuos, mientras las riñas se suceden hasta casi el amanecer. No importa que la siguiente descripción sea casi setenta años después, en los días de la guerra. Y no importa, porque entonces todo seguía igual en esta ciudad en la que «entre la noche y el día no hay más que mala leche y miseria», como afirma en *Hombres made in Moscú* Enrique Castro Delgado, un desencantado mando comunista que pateará esas mismas madrugadas y amaneceres del futuro explorador, acompañado a lo lejos por el sonido de las detonaciones. «Los traperos maldicen mientras hurgan en los montones de basura —nos lo cuenta él, testigo de todo esto, que se detiene y observa y, tras apurar el paso, anota—, sus burros se

ensucian sin respeto para las ordenanzas municipales, los obreros se mean en donde no se puede orinar de día, prostitutas y señoritos vomitan sus borracheras ante los pórticos de las iglesias o ante las estatuas de los mejores o peores hombres de nuestra historia, los perros ladran a la gente, los taberneros falsifican café y aguardiente, los bebedores procuran marcharse sin pagar, los serenos blasfeman en voz baja de un contar de calderilla solamente, los mendigos dejan sus piojos y mal olor en los quicios de los portales de las casas de lujo». Aquel Madrid, cuenta Delgado, ese Madrid maldito, siete veces maldito, como gritarán los falangistas, que «cuando se despierta huele a mala leche y orines, a miseria y golfería».

Stanley, acomplejado por su aspecto físico (apocado, escasamente agraciado, más bien bajito) y de origen humilde, aquel bastardo galés mentiroso compulsivo y con rasgos de psicópata, creador de autobiografías ficticias para labrarse un pasado distinto, ese hombrecito está llamado a ser uno de los grandes personajes de su tiempo y de la exploración por el continente africano, aún en gran parte desconocido para Occidente. En apenas tres años será mundialmente famoso tras localizar al misionero y también explorador David Livingstone, perdido en el corazón de un África todavía misteriosa.

La brújula debe sufrir algunos ajustes, tan solo unos metros más abajo, apenas un par de calles. Antes de la calle de la Cruz, nada más llegar a Madrid, Stanley pernocta unos días en el desaparecido hotel de Los Príncipes de la Puerta del Sol y, poco después, en el hotel Americano de la calle Preciados, a escasos metros uno de otro.

El explorador cambia en su biografía algunos datos de forma que todo encaje en una historia hecha a medida para el personaje que desea proyectar: intrépido, culto y de buena familia, atractivo y gran orador. El libro de memorias donde cuenta la odisea hasta dar con Livingstone comienza con él recibiendo el ya famoso telegrama que lo conduciría a París.

La aventura africana, tras los pasos de Livingstone, es un camino lleno de calamidades y peligros. Muchos no regresan, ya sea por el hambre y las enfermedades, los accidentes o las frecuentes emboscadas de tribus hostiles, algunas de ellas caníbales. Pero él acepta: «Buenas noches, señor; haré todo lo que sea humanamente posible; pase lo que pase, que Dios esté conmigo», asegura haberle contestado a Bennet, director del periódico que le encargó aquella arriesgada misión, por muchos calificada acertadamente como una verdadera locura hacia lo desconocido.

Sabemos lo que pasó: el 10 de noviembre de 1871, al borde del Tanganica, hasta el que le ha conducido una pista que asegura que por allí reside un hombre que podría ser el que busca, Stanley, ahora

convertido en «Bula Matari» («Rompedor de Rocas»), como lo llaman todos, entra en la aldea de Ujiji. Ese día, en Madrid, se debate en el Congreso la persecución legal contra La Internacional y sus grupos afines, que algunos consideran asociaciones criminales. Un hombre es detenido por apuñalar a su esposa y la policía captura a una banda dedicada a expender moneda falsa. También hay quejas de ciudadanos indignados ante la desaparición de sus cartas, que jamás llegan a su destino, algo por otra parte nada nuevo. Hacia él viene un hombre blanco con el rostro deteriorado y ajado, vestido formalmente y sonriendo. A Stanley lo rodea una turba de niños, toda una tribu, que lo tocan, zarandean y saltan junto a él. No puede creer lo que está viendo. Allí tiene su premio, su fantasma revivido. «Habría deseado correr hacia él —confiesa en sus memorias—, pero estaba acobardado a causa de la multitud. Habría querido besarle la mano, pero era un inglés [sic] y no sabía cómo me recibiría. Hice entonces lo que me inspiraba la cobardía y el falso orgullo: me adelanté con paso firme y le dije, quitándome el sombrero:

»—Doctor Livingstone, supongo.

»—Sí —respondió, quitándose la gorra con una acogedora sonrisa».

Retrato de Henry Morton Stanley y acompañante. London Stereoscopic & Photographic Company (1872).

Y yo estoy aquí, justo aquí, donde todo comenzó, en la calle de la Cruz, la misma que tanto he paseado y visitado, mostrado el edificio a amigos antes de escribir una línea. Señalaba a lo alto, a su segundo piso. «Ahí estuvo Stanley», decía, entre hordas de turistas, borrachos, algaradas.

La calle de la Cruz hoy sigue siendo la calle que fue; una proliferación de discotecas para turistas, prostíbulos en pisos, tiendas de alimentación y tablaos flamencos de última hora. Por si fuese poco, mientras ahora mismo recorro este lugar, un repartidor detiene su carretilla ante mí, casi arrollándome. Al pasar a mi lado y girarme, leo en lo alto de su carretilla «Stanley», posiblemente una marca de alguna bebida o ropa, pero para mí una señal inequívoca de otra cosa. Porque todo sucede según un orden secreto. Absolutamente todo, de forma continua, está *pasando*.

En esta ciudad nada es lo que parece ser. Hay decenas de acertijos

sin resolver. Aunque se suele representar el subsuelo de Madrid con la apariencia de rocas y piedras, no existe nada de eso. Aquí todo es distinto, esta ciénaga te atrapa fácilmente. Madrid es toda de arcilla y arenas empapadas de agua. Un descomunal lago. Stanley marchará en busca de las fuentes del Nilo, el origen de las grandes depresiones acuíferas. A unos pasos del que fuese su domicilio mientras vivió en la capital, en la calle Espoz y Mina, esa misma que acabo de dejar hace unos segundos a mi izquierda, unos años antes de la llegada de Stanley, en 1856, una gran sonda penetra en el suelo y desciende hasta los 195 metros, atravesando lentamente grandes placas de arena y arcillas que son de color azul, como el agua, nuestro líquido amniótico, esa que busca con ahínco el explorador. Pero no dan con la dichosa agua.

Así empezó la historia de Ribalta. Un puñado de datos, el álbum, las fotografías, la nota de despedida. Aquel hombre empezaba a ser una gran historia. No sabía adónde esta me llevaría. Lo más sensato sería empezar por el principio, seguir la pista de aquel doctor en un país que se proclamaba neutral mientras en Europa se desataba una enorme carnicería. Buscar a un fantasma mientras escribía un libro.

Tras una petición formal, consulté los archivos del Colegio de Médicos, buscando más datos sobre él. La búsqueda era a través de cuartillas ordenadas cronológicamente que, a su vez, remitían a otras carpetas. No me resultó difícil dar con lo que buscaba. Tras descartar otros nombres parecidos, allí estaba él, lo que me hizo ir trazando una pequeña biografía que estaba dispuesto a ir aumentando a medida que tuviera más información. Y esto fue lo que averigüé.

Tras estudiar Medicina, se licencia en marzo de 1906. Sus notas son excelentes, y su perfil, prometedor. Está llamado a ser un doctor de prestigio, algo que por lo que sabía no sucedió, entre otras cosas por su desaparición, pero también por el tipo de investigaciones en que se embarcó.

Un incansable Ribalta se especializa en anatomía microscópica del ojo en una época, los primeros años del siglo, en que la oftalmología es una ciencia casi experimental. Durante años, en solitario, estudia la histología del ojo, las por entonces oscuras células de la retina. Y sus experimentos los compagina con su consulta, que tiene en su propia casa de la calle de la Cruz, donde se gana la vida malamente con las visitas privadas de pacientes y su trabajo en el Instituto Rubio, un gran edificio en la zona de Moncloa creado por Federico Rubio y que contaba con los últimos adelantos técnicos de la época.

Tres años antes de su desaparición, alrededor de 1913, pasa casi todas las noches en la Sala de Disección de la Facultad de Medicina de San Carlos, el antiguo Real Colegio de Cirugía, fundado en 1771 por

Carlos III, con entrada en la calle de Atocha, adonde llega desde su casa en apenas diez minutos. Cruza el portalón de entrada, coronado en su ático por una escultura de Esculapio, dios de la medicina, para seguidamente encontrarse con un pórtico que da acceso, tanto a la derecha como a la izquierda, a dos grandes escaleras de granito. Frente a la escalera izquierda se lee: «Natura ingenium disecta cadavera pandut pluscuam vitam locuax mort taciturman docet» («Más que la vida locuaz enseña la muerte con su silencio»), pero la realidad parece desmentirlo: las autopsias, siempre concurridas, sobre todo las necropsias parciales, no son silenciosas, sino más bien una sucesión de ruidos imposibles de olvidar. Se accede al cráneo con una antigua sierra, igual que se llevaba haciendo desde hacía siglos, abriéndose paso a las cavidades interiores con un sonido inconfundible y un polvillo de olor peculiar. Al fondo del pórtico hay un amplio acceso a un patio interior rodeado de arcos y columnas con efigies de famosos médicos y filósofos. A través de este se accede a la planta baja, adonde se llega al Gran Anfiteatro, con capacidad para medio millar de personas.

Ribalta, casi con total seguridad, estuvo presente en la autopsia del catedrático y médico Alejandro San Martín, celebrada en noviembre de 1908. San Martín, en su testamento, dejó consignada su macabra última voluntad como acto supremo de su entrega a los misterios del cuerpo y la investigación científica: dispuso que lo diseccionasen en presencia de profesores y alumnos: «Quiero que mi cadáver, después de haberse confirmado la muerte, sea colocado, envuelto en una toga de catedrático, dentro de una caja mortuoria de las más baratas y llevado en un carro fúnebre de dos caballos, sin ostentación alguna ni acompañamiento expresamente convocado, a la Sala de Disección de la Facultad de Medicina de la Universidad Central, con el decidido objeto de que sea utilizado, en lo que pueda servir, para las preparaciones del día o de los siguientes, en las cátedras de Anatomía Descriptiva, primero y segundo cursos; Anatomía Topográfica, Histología Normal, Anatomía Patológica, o para los usos docentes y de investigación científica que se preste en cualquiera de los laboratorios de esta Universidad, sin que al explicar sobre mis restos se haga alusión alguna que no sea directamente instructiva a su procedencia, y dándoles, después de aprovechados, el mismo destino que a los demás cadáveres de la Sala de Disección, en piezas de museo si valen la molestia de ser conservados o confundiéndolos en la masa común para su enterramiento».

El estupor entre sus colegas es enorme; muchos se niegan a cumplir su última voluntad o se muestran incapaces de hacer algo así. Pero finalmente ceden y, a las once de la mañana del 11 de noviembre, su cadáver es transportado hasta el Colegio de San Carlos e instalado en

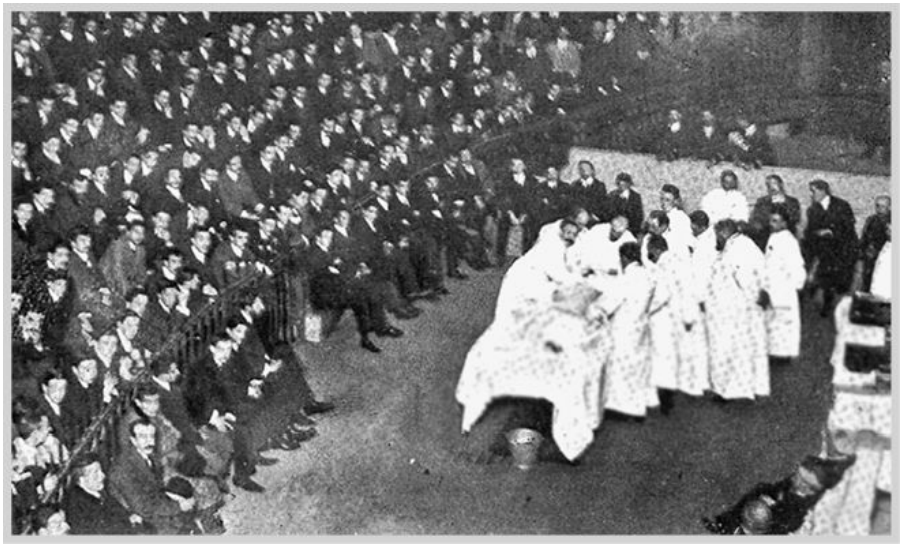
la capilla ardiente junto a la Sala de Disección. El ataúd, efectivamente, es muy modesto, de madera de pino forrada de bayeta negra.

A primera hora de la tarde, con el Gran Anfiteatro ya abarrotado y un profundo silencio, comienza el acto. Se lee lo expresado en el testamento y se anuncia que, al cumplir con este, se intentará dar con las evidencias físicas de la enfermedad causante del óbito. El cuerpo es llevado en unas sábanas, como acostumbra a hacerse, y dejado sobre la mesa, en el centro de la sala.

La sierra empieza a trabajar abriendo el cráneo, para seguidamente hacerse uso de escalpelos y escoplos. En pocos minutos se extrae el cerebro, que se coloca en una balanza y anota el peso, que resulta ser poco menos de lo normal. Posteriormente, se sella la cabeza con mucho cuidado para evitar mostrarla abierta y semivacía. Ahora la necropsia entra en una nueva fase, una que exige mayor fuerza. La cavidad torácica cede tras cortarse las costillas y levantar el esternón. Las manos toman corazón y pulmones, que determinan la causa de su fallecimiento. Un estremecimiento recorre las gradas. San Martín, el insigne profesor, es ahora un cuerpo maltrecho, mutilado, abierto en canal. Nadie dice nada. Todo está mudo, salvo alguna tos y la respiración agitada de los más sensibles y recién llegados.

Un artículo firmado por Ribalta, posiblemente uno de los primeros que publicó (14 de febrero de 1909), titulado «Desde dentro», describe la Sala de Disección habitual —no el Gran Anfiteatro, que tanto frecuentará él, reservado para ocasiones especiales— y el ambiente de San Carlos: «El piso es de piedra, con una profusión de sumideros; en la pared, y a metro y medio de altura, existe un zócalo de azulejos; tiene 30 mesas de mármol, dispuestas en dos filas, 15 fuentes pequeñas para el aseo de los alumnos y una grande, destinada a la limpieza. En las mañanas de los días de trabajo aparece la estancia completamente llena de alumnos que, pictóricos de entusiasmo, no cesan, mientras disecan, de discutir, bromear y esparcir por la estancia el humo de sus indispensables cigarros, formando el cuadro más alegre y simpático del Colegio. En las restantes horas del día, aquella cátedra vuelve a ser lo que antes era: un inmenso depósito de cadáveres en el que no se interrumpe la imponente quietud, el solemne y misterioso silencio. A la sala de disección se llevan los muertos del Hospital General pertenecientes a familias que no pueden pagar entierro. El sepelio cuesta, como cantidad mínima, 14 duros. Aquellos cuyos parientes no abonan el servicio son carne destinada al estudio. Cada día, a las siete y media de la mañana, llegan a San Carlos los cadáveres. Muchas veces los he visto conducir por la calle de Santa Isabel en una camilla, con ruedas, de color café y cubierta de hule negro, tirada por cuatro o cinco hombres. Cuando va atestada de

cuerpos humanos y los mozos apenas si pueden arrastrarlos cuesta arriba, entre las cubiertas cuelgan, moviéndose al compás de los vaivenes del carricoche, brazos y piernas de aquella remesa de carne de pobre.



El cadáver del doctor San Martín en la mesa de disección de la Facultad de Medicina. Alfonso.

»Benito, Manuel y otros antiquísimos dependientes del Anfiteatro les afeitan primeramente. Luego los dividen en grandes trozos, que colocan sobre las mesas de los alumnos, y, por fin, los miércoles y sábados, días en que se califican y renuevan las preparaciones, reducidos a insignificantes fragmentos y colocados en unos pequeños cilindros de hierro que hay en un lado de la sala, junto a la puerta, los meten en grandes vasijas encarnadas, que recoge un furgón a las cinco de la mañana y transporta a unos hoyos, colocados en círculo, en el cementerio del Este.

»Sé que los mozos de esta sala no están recompensados como ellos merecen; el único sobresueldo que disfrutan en la actualidad lo obtienen con la venta de esqueletos, que expenden a 11 o 12 duros y preparan con sus propias manos a costa de muchos sacrificios. Meten los cuerpos humanos durante seis u ocho meses en tinajas de agua corriente, después descarnan los huesos, vuelven a meterlos en agua y, por último, colocan toda la sustancia ósea al sol, sobre los tejados del edificio, durante el verano. Este año hay gran escasez de cadáveres en San Carlos: rara es la mañana en que existen a disposición de los escalpelos tres o cuatro; por regla general, a un par de ellos se reduce diariamente todo el material de la clase técnico-anatómica. Hay días en que no se sube ninguno del depósito, a pesar de que muere más

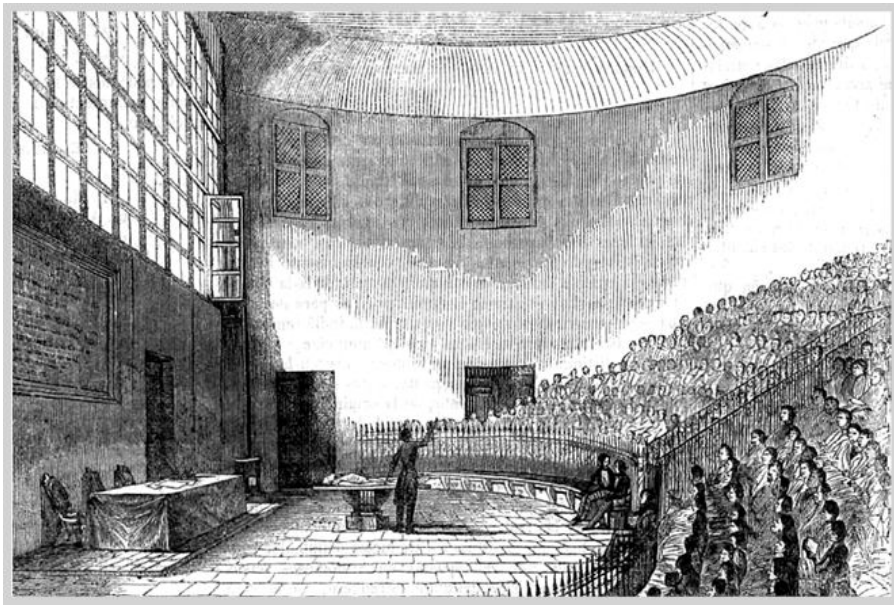
gente que en cursos anteriores. Por tal motivo, las preparaciones se aprovechan bastante. ¿Por qué no se facilitan a la sala de disección también cadáveres de los restantes hospitales y asilos de Madrid? ¿No se podría así corregir semejante escasez para bien de la clase escolar? Asunto es este del cual se debe ocupar el señor ministro de Instrucción Pública. A título de curiosidad diré que, desde el principio del curso actual hasta el día de la fecha, han sido llevados a la sala 221 muertos. Hasta hace muy poco tiempo los estudiantes, vestidos con blusas negras y ribetes amarillos, especulaban con ellos a la vista de todos; por cada brazo, pierna o cabeza que reclamaba algún médico o alumno para sus trabajos particulares, exigían un real, y por cada cadáver entero cinco pesetas; cuando tenían exceso de compradores, entonces verificaban verdaderas subastas. ¡La sala se convertía en un mercado de carne! Ahora se han corregido estos incalificables abusos. Los estudiantes pobres están, pues, de enhorabuena».

El escritor José Gutiérrez-Solana, en los años en que Ribalta frecuenta San Carlos, visita el lugar, y queda muy impresionado por lo que ve en la Sala de Disección: «En grandes barreños de zinc había montones de cabezas cortadas, con el pelo y las cejas afeitadas; muchas estaban maceradas y tenían manchas moradas de llevar varios días metidas entre hielo. Arrimados a la pared, había un montón de restos de difuntos, brazos, piernas, orejas y pies cortados, todos blancos y lavados, para ser enterrados en sacos en la fosa común. Aquella masa de carne descuartizada inútilmente despedía un olor de putrefacción que daba náuseas, esperando a ser cargada en un carro y llevada al cementerio del Este».

Ahora, en San Carlos, por fortuna, nunca escasean los cadáveres con los que experimentar. Cada semana, los responsables de la Sala le reservan un buen número de cuerpos, que toman del Depósito de Cadáveres, situado en el patio, en una casita baja con varias ventanas y una sola puerta color pizarra, con los que realiza la enucleación de los globos oculares. Ribalta debe actuar con suma rapidez; el tiempo corre en su contra desde el fallecimiento, porque el ojo, durante un espacio de tiempo relativamente corto, está «vivo», al menos para sus propósitos.

Acostumbra a trabajar directamente en el Gran Anfiteatro al caer la noche, cuando estudiantes y profesores se han marchado. En lo alto del techo, una gran escena alegórica en la que Vesalio, el primer gran anatomista, sostiene por un brazo a un cadáver. En medio de aquel lugar, al que todas las miradas se dirigen durante las concurridas clases de disección, siente una extraña soledad que tiene mucho de placentera. Es un placer que no se parece a ningún otro. Íntimo, taimado, secreto. Solo él y su objeto de estudio, mientras afuera la ciudad es envuelta en noches densas que, en aquel año de 1916, están

presididas muchas veces por la niebla y los apagones. Las restricciones de la economía de guerra, a pesar de nuestra neutralidad, acaban por afectarnos. Hay limitaciones al consumo de energía, averías, desabastecimiento. De pronto, la ciudad se torna de una negrura absoluta. La oscuridad lo rodea, cercándolo, con los asientos del Gran Anfiteatro apenas intuidos, dispuestos en sombra, y la luz proyectada sobre la mesa de piedra de alabastro en que han pasado tantos y tantos cadáveres, ligeramente inclinada para impedir que la sangre se estanque. Ante él un ser humano que poco a poco pierde la dignidad solemne que existe en todo cuerpo sin vida. Porque los muertos, sin excepción, siempre son solemnes y dignos, sin importar el qué o el cómo de sus muertes.



Anfiteatro del Colegio San Carlos *(La Ilustración,* 1849).

La noche y el silencio: solo se escuchan los sonidos del material quirúrgico, junto a algún ocasional y fortuito chasquido proveniente de los secretos del cuerpo, sus huesos, gases y líquidos viscosos de nombres imposibles. Tejidos y vapores, la materia contrayéndose. Así sucede aquel acto sagrado que, a su vez, tiene mucho de violación y sacrilegio, la rotura de una linealidad entre la vida y la muerte por aquel Vesalio moderno y sin fama obsesionado con los ojos, la visión y la luz.

El misterio de Ribalta y su conexión con Stanley. Uno desapareció intentando abandonar la ciudad; otro marchó en busca de lo desconocido. Sobre el primero, nada más se supo luego; el segundo, jugándose la vida, volvió convertido en un héroe.

Abrirse paso a partir de viejos mapas y anotaciones, guiarse en ocasiones por la mera intuición, convertir las sospechas en certezas, lograr determinar el origen de todo, salir y regresar para luego contarlo todo. Buscaba las palabras exactas para lo que tenía entre manos. Una declaración, un pequeño manifiesto. Pero opté por la pulsión oculta, lo que siempre me acompaña: rastrear las viejas hogueras. Y poner nombre a lo invisible.

Este es un libro sobre desapariciones. Prácticamente todo lo que aparecerá (edificios, lugares, personas) ya no está, pero sin embargo sigue ahí. También es un libro sobre presencias secretas en la ciudad moderna, donde el cemento y la hipervelocidad nunca matan a la muerte. Todos estos fantasmas se pasean hoy por el presente.

Eso es lo que me dispuse a hacer una mañana, justo al amanecer. Mes de mayo, 7:03 h. Las calles semidesiertas y la ciudad aletargada aún, perezosa, tan vacía y diáfana, con el aire frío que todavía recorre mi piel. Esas calles que, vistas así, parecen empequeñecerse, acortarse. El trasiego de los repartidores y camiones de descarga, ejércitos de vagabundos emergiendo de entre el amasijo de cartones, asomando cabezas o estirando brazos y piernas. Los huesos entumecidos, forzosamente listos para empezar otro día más en la urbe despiadada junto a una pintada que misteriosamente reza «SATORI» y que me hace recordar la última entrada en el diario de William S. Burroughs. Es el miércoles 30 de julio de 1997 y Burroughs escribe: «No hay nada. No hay sabiduría final ni experiencia reveladora; ninguna jodida cosa. No hay Santo Grial. No hay Satori definitivo ni solución final. Sólo conflicto. La única cosa que puede resolver este conflicto es el amor. Amor puro. Lo que yo siento ahora y sentí siempre por mis gatos. ¿Amor? ¿Qué es eso? El calmante más natural para el dolor que existe. AMOR». Fallecería dos días más tarde.

Mi cabeza estaba enredada en mil cosas, en las difíciles semanas que estaba teniendo, en mi chica, mi hija, mi familia, el trabajo. Necesitaba pacificar mi alma. Pero como me dijo un buen y sabio amigo —y tal y como yo había comprobado tantas otras veces—, el paseo es siempre curativo, es un bálsamo sanador.

Las fuentes del Nilo serían el curso, lo más ajustado posible, de una gran flecha hacia el norte que partiría del kilómetro 0 de la Puerta del Sol, donde estuvo el hotel que fue el primer destino de Stanley, y que tracé en un enorme mapa que costaba abrir y cerrar correctamente cada vez. Anotaría todo lo que sucediese, intentando describir el Madrid que recorrió Ribalta, su fisionomía y habitantes, sus terrores y abismos. Eso mismo: tomaría nota de todo lo que pasase como si, en lugar del Nilo, siguiera el curso de los arroyos perdidos de la capital, un Abroñigal desvelado tras su definitivo enterramiento hace pocas décadas, que para mí, cuando veo viejos mapas en que se marca su

trazado, es como una cicatriz recorriendo un cuerpo moribundo. Seríamos tres: Ribalta, Stanley y yo, el tercero que camina.

Me encomendaría no a Dios sino a los deslices y afortunados errores de arquitectos y urbanistas que hacen de Madrid una metrópoli saturada, desordenada, ruidosa, contaminada. La observación y el paseo como manuales de supervivencia.

Stanley y Ribalta, dos nombres conectados por una misma ciudad, una idéntica casa, un mismo patrón: su tendencia a marchar y desaparecer, ya fuese en los «infiernos verdes» de la selva como en los otros infiernos, todavía si cabe más hostiles, de las ciudades.

Hemos de contarlo todo antes del borrado final.

Si las arquitecturas y las personas que las habitaron ya no están, han desaparecido, ¿adónde han ido? Nuestra manía de vagar por ciudades repletas de espectros y por aquello que una vez hubo, lo que existió y existe. La sospecha de que no es del todo cierto, que hay recuerdos que son mucho más que eso. Fuerzas que no han dicho todavía su última palabra y que, en cierto modo, a su manera, siguen existiendo. Las ciudades nos contienen, son estas las que nos moldean y condicionan. Nos acompañan y susurran constantemente cosas al oído, hacen que flaqueen nuestras piernas o nos proyectan veloces hacia delante.

Así que los espectros, ya sea medio vivos o medio muertos, no se han ido, no completamente, y es por eso por lo que las arquitecturas y las personas que las habitan siguen *presentes* y lo hacen, además, en el presente.

Todo camino es una metáfora de la vida. Los años pueden recordarse atravesados por senderos y surcados por líneas del deseo. Caminos torcidos, pedregosos, tortuosos, suaves, acogedores. Son la imagen definitiva. Los caminos nos sirven para describir una mala decisión, el comienzo de una debacle o una resurrección. El dilema que se esconde en toda elección o la imposibilidad de elegir: un callejón sin salida. También es la forma antagonista que tenemos de explicar el mundo: un camino bueno y otro malo, uno acertado y otro equivocado. Hasta cuando colapsamos y nuestro cuerpo se detiene, también ahí decimos que el camino se termina.

Los «caminos del deseo» suelen surgir sobre la tierra o la hierba, y son creados por la erosión o el paso de los humanos. Representan el camino más corto o de más fácil acceso entre un punto y su destino, y su ancho depende de su uso y demanda. Eso era lo que me disponía a hacer. Mi línea del deseo pasaría entre edificios y calles, los atravesaría y cruzaría. Dentro de lo posible, me mantendría lo más apegado a esta línea perpendicular y hacia el norte hasta llegar al final de la ciudad, si acaso esto sucedía. Porque no sabía lo que pasaría.

A algunos amigos, a los que conté lo que me disponía a hacer, les

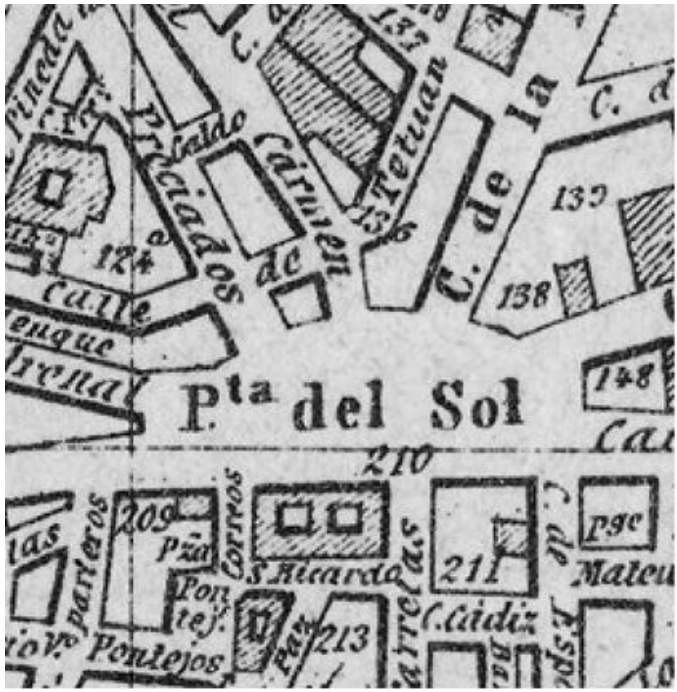
confesaba que quizás esto mismo, salir de la ciudad, fuese imposible. Barreras arquitectónicas insalvables, agotamiento, desorientación. Aún más: ¿dónde queda el final de la ciudad? Me impuse entonces un pequeño juego. Una vez terminado el mapa que llevaba conmigo, ese papel doblado de proporciones enormes, preguntaría a algún vecino de esa zona cómo podría llegar andando a la Puerta del Sol. Estaría en el final de la ciudad cuando esta quedase evidentemente atrás o alguien me dijese, con cara de incredulidad, que regresar a pie era sencillamente imposible, una locura. Un paseante que ha perdido la cabeza. Solo la desorientación nos libera.

Ahora mi plan es seguir esa línea de fuerza o contramapa. Caminar, descodificar y anotar, para luego narrarlo. Abrirme paso a través de esta selva por medio de sus caminos deseantes; el deseo como tuneladora y turbina, un verdadero trabajo de desescombro por los caminos y las líneas del deseo, las sendas deseadas que me conducirían por la ciudad en que vivo desde hace tres décadas. Y hacerlo por ese mismo «Deseo», con mayúscula, tal y como lo escribió Ribalta antes de esfumarse (¿podría, además, resolver su misterio?).

Y comenzaría minutos antes de salir los primeros rayos del día para inmediatamente caminar bajo el deslumbrante sol, en la fantasmal Puerta del Sol convertida en el Puerto del Sol, intentando resolver el enigma de Ribalta y, al mismo tiempo, contar la historia de la ciudad en que desapareció, señalando todas y cada una de sus demás desapariciones.

1. Un fantasmal Puerto del Sol

(Puerta del Sol)



PUERTO DEL SOL • ABISMO • LA PESTE • VACÍO • SAGRADA CRIPTA • MÁQUINAS DE LUZ • MELANCOLÍA • DESAPARICIONES • COLONIAL

«Lo malo del deseo es que vuelve sin avisar».

Ramón Gómez de la Serna

Un «aeronauta daguerrotipista»

«Tuvimos el placer inefable de encontrarnos en un cielo azul y sereno y tomando un sol tan brillante como solazador [sic] —escribe el fotógrafo Charles Clifford—. En todo el espacio que abarcaba nuestra vista, solo mirábamos debajo de nosotros un mar extenso de nubes ondulantes, blancas como la nieve y parecidas a la que será el océano helado en las regiones polares». Maravillado, desde esas alturas, en plena ascensión en globo a bordo del Royal Cremorne, Clifford puede contemplar lo nunca visto, ese milagro de la aeronáutica. «La cúspide más elevada de una montaña solitaria era lo único que variaba aquel panorama a lo lejos —continúa—. A poco, y casi sin viento alguno, abrimos la válvula y bajamos de nuevo a las nubes, las cuales atravesamos seguidos de nuestra aparición, pues la sombra del globo se hallaba rodeada de una aureola de colores prismáticos hermosísimos».

No vio nada de esto. En realidad no vio absolutamente nada, tan solo un cielo opaco lleno de nubes grises. Tampoco abajo el público vio algo, en aquel Madrid de 1851 al que acababa de llegar junto a su esposa Jane para ganarse la vida como fotógrafo, en lo que por entonces era un arte casi mágico que acababa de nacer apenas una década antes. Clifford llega a la capital como si fuese un feriante, un ilusionista, un fabricante de prodigios. Se publicita en la prensa como un aeronauta temerario. Un «aeronauta daguerrotipista». En septiembre de 1850, antes de lograr ser el retratista oficial de la Villa, anuncia que hará cuatro vuelos en un gigantesco globo aerostático en compañía de su esposa Jane —que lo ayudaba con su trabajo y que continuó con el negocio tras su muerte— y del aeronauta Arthur Goulston, todos a bordo del Royal Cremorne.

Litografía que muestra la ascensión en globo de Clifford y Goulston con un caballo colgando (1851).

Dos de los viajes los hizo con un caballo y un toro, ambos vivos, atados a la cesta del globo, ascendiendo con ellos lo más alto posible. Partieron del campo aerostático madrileño Kurtz. El peligro era evidente; poco antes un aeronauta, en estado de embriaguez, había fallecido cuando su globo perdió el control con un caballo atado.

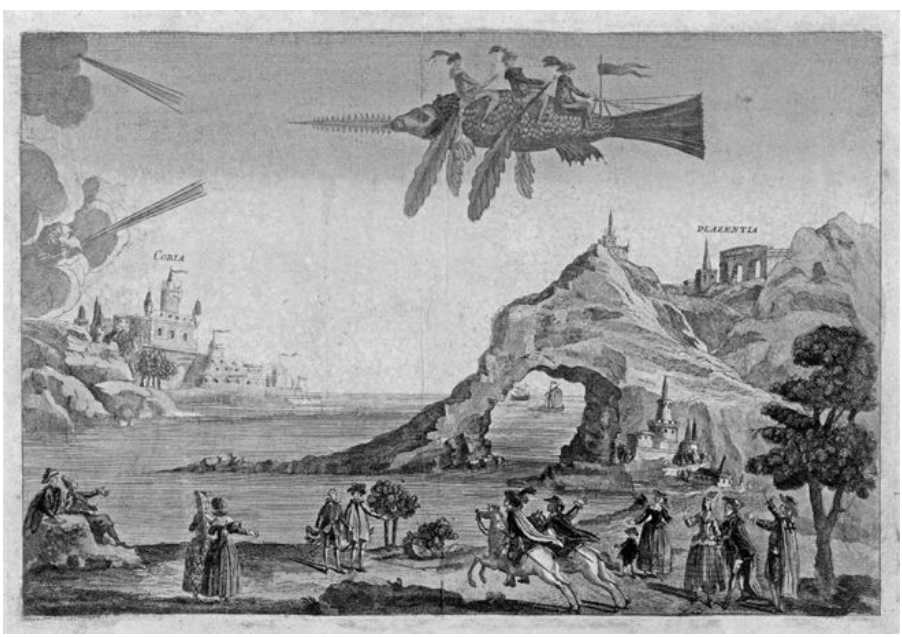
Por entonces, las ascensiones aerostáticas ecuestres estaban de moda, aunque nada tan espectacular como el «pez aerostático» que sobrevoló Plasencia en 1784. Pero aquel día ni los extraños aeronautas ni el público que lo presencia en tierra ven absolutamente nada; el

cielo está encapotado, pero, aun así, en un ejercicio verniano encomiable, Clifford embellece el relato para transmitir su visión desde los cielos, un verdadero Reino de Dios. Él será quien, en una serie de fotos maravillosas, refleje el Madrid de unos pocos años antes de la aparición de Stanley. El futuro aventurero pasea por aquellas calles, tan distintas a las actuales. En sus instantáneas de la Puerta del Sol, la plaza es todo barro, pobretería y una muchedumbre incansable. Como diría décadas después el escritor falangista Rafael García Serrano, allí «siempre hay alguien, aunque sea un muerto».

Justo aquí, en la Puerta del Sol, fue donde todo comenzó. También mi experimento en forma de paseo. Ribalta, una noche, empezó aquí su fantástico número de prestidigitación, su particular aventura hacia sus particulares fuentes del Nilo de las que jamás volvió.

Alrededor de la Puerta del Sol hay un círculo inmenso de conexiones y viajes en el tiempo. Basta solo saber leer sobre la piedra. Inmutable, eterna. Si uniéramos todos esos puntos —los posibles e imposibles, los obvios y los menos obvios—, estaríamos ante una gigantesca tela de araña cercando la Puerta del Sol, o mejor dicho alrededor de la figura de un sol que, según algunos, en su día adornó la primitiva puerta, esa que le dio nombre y miraba a levante. Puede que no, que el símbolo del sol no existiera en la primitiva plaza, cuando no era el centro de nada, más bien al contrario: un lugar inmundo convertido en improvisado vertedero o gran alcantarilla a la que iban a parar las aguas sucias y los desperdicios.

Lo llaman «marea de Madrid». Una constante capa de porquería a cada metro, flotando en el aire, tiñéndolo y ennegreciéndolo todo.



Pez aerostático elevado en Plasencia en 1784. BNE.

Algunos espantados visitantes afirman que esos horrorosos efluvios son capaces de cubrir de negro la plata en pocos días. Nada se libra de aquella corriente inmunda; la ciudad es un lugar hostil. Las mulas tiran malamente de los carros, que van dando tumbos por lo deteriorado del pavimento y las inclinaciones y socavones del terreno. Un empresario avispado, viendo el caos diario, idea un servicio de cuarenta sillas de mano de alquiler, pero los porteadores son en su mayoría hampones y borrachuzos. No desiste. Llega a traer de Génova un equipo de fornidos mozos, pero nadie paga y los pobres hombres quedan esperando eternamente el puñado de monedas en pasadizos o casas de dos puertas por las que huyen sus clientes.

Nada se libra de la podredumbre y casquería cotidianas. Aún se mantiene la antiquísima tradición de hacer ofrendas de frutos y animales —incluidos cerdos y carneros degollados— en las iglesias, frente al altar o bajo las imágenes de los santos. Los pilluelos abundan, formando un submundo de pícaros y escamoteadores. Otro visitante afirma que existen monaguillos delincuentes, «un enjambre de clerizontes que andan a la chusca, agarrando cuartos de misas y velas en los entierros».

La primitiva puerta era exigua y nada monumental. Una puerta defensiva, contra bandoleros y comuneros, hecha de cal y ladrillo y coronada por seis almenas, edificada por y para los «hijos del sol», como describe a los madrileños Alejandro Dumas en su visita de 1846 en compañía de su hijo. Aquí se encuentra con un colega suyo, Théophile Gautier, y se maravilla del colorido de las calles: «Si se pudiera ver las calles de Madrid planeando a vuelo de pájaro, a un cuarto de legua por encima de ellas, se las tomaría, estoy seguro, por un inmenso parterre todo estrellado de flores», confiesa. Pero pronto, tan solo un par de años más tarde, Clifford lo comprobará.

Los cielos de esta ciudad, en ocasiones sanguinolentos, gigantescos incendios siempre bellos y espectaculares. A veces, desde el balcón de casa o sorprendido por el ocaso en mitad de la calle, creo ver a Dumas o hasta a Clifford a bordo de su globo sobre un paisaje sobrecogedor. Las fotografías antiguas son engañosas; tienen una falsa negrura que contrasta con lo multicolor de aquella ciudad y aquella época, calles atestadas de transeúntes que Dumas enaltece y que le hacen afirmar que la estampa es digna de Rubens. Para él esta es la ciudad de los milagros, lo mismo que dirá Emma Goldman cuando asista emocionada y con el corazón roto a la resistencia del pueblo madrileño contra el fascismo, que lo cerca y bombardea. Pasea por el Prado en fiestas, comparándolo con los Campos Elíseos. Ve llamas en lugar de guirnaldas, flores, banderines, fuegos artificiales, estrellas y

soles. El universo a pie de calle. La noche no es tal. La noche es Iluminación. Es, definitivamente, una Puerta Celestial.

Sin embargo, a pesar de este penoso retrato de aquella Puerta del Sol, algo de su forma actual ya está entonces presente. Conectada con fuerzas poderosas, es más bien una encrucijada. Un cruce de caminos modesto y de tamaño reducido, una tercera parte del actual, que al llover se convierte en un inmenso fangal, y los golfillos, para ganarse unas monedas, ayudan a atravesarlo con tablones. A su alrededor se extiende un cerco de posadas y tabernas más bien miserables y de paredes desnudas, salvo algunas imágenes religiosas que cuelgan penosamente. Dios parece haberse esfumado de este lugar que acoge a viajeros, campesinos y comerciantes que llegan a la capital después de una extenuante travesía donde casi cualquier lugar es un vasto campo interminable azotado por el sol. A la puerta de choriceros y tocineros, carteles y tablones en los que se anota el precio de la carne de toro para el día siguiente. Allí, a la vista de todos, como reclamo pero también porque siempre ha sido así, el despiece. El olor es intenso, en ocasiones insoportable, y las inmundicias de todo tipo se desperdigan cerca de la puerta.

El griterío de los vendedores no solo reverbera en la plaza, sino en sus inmediaciones. Una Torre de Babel en la que se mezclan gritos y frases que intentan llamar la atención, un incesante rugir de mercancías, periódicos, elixires. El desfile de profesiones hoy olvidadas es continuo: la sebera, con el apestoso talego de sebo a sus espaldas; el aceitero, con un gran pellejo a la cintura del que, si hay compradores, exprime el líquido y sirve; el quesero, con grandes y pesadas alforjas por las que escurre la leche; aguadores cargados como mulas. O el sartenero, que para hacerse oír golpea fuertemente dos sartenes como si se tratase de algún tipo de ritual o tradición primitiva, mientras a su lado el conductor de una calesa grita en un tono lúgubre: «¡A dos reales al patíbulo!», como reclamo para los curiosos que quieran asistir a las ejecuciones que tienen lugar en el Campo de Guardias, muy cerca de la prisión del Saladero.

En la plaza, los primeros pisos son para sastrerías y peluquerías y, en lo más alto, para fotógrafos como Clifford. En los portales, nada más entrar, tal y como aún puede verse en muchos edificios, hay pequeños escaparates que son muestrarios de gafas, dentistas, callistas o memorialistas, justo antes de estos últimos irse en masa a la Cuesta de Moyano, siempre dispuestos a escribir, con buena letra, cartas de amor, escritos burocráticos o cualquier cosa que les pidan los analfabetos. Las fachadas exhiben carteles publicitarios con grandes letras de molde que, en ocasiones, combinan palabras en francés, signo inequívoco de modernidad. En las plantas bajas, cafés de tertulias, fondas y restaurantes de donde salen camareros y cocineros

a mostrar el género y hasta a matar y pelar un pollo a la vista de todos. Dos librerías, San Martín y Fe, tienen sus escaparates llenos de libros de lujosas encuadernaciones, mapas y cartelones.

La Puerta del Sol de Madrid en 1857, antes de la reforma. Clifford.

Clifford presencia el trabajo de las piquetas, que arremeten contra numerosos edificios, dejándolos esqueléticos. El trabajo es incesante y frenético. Todo parece venirse abajo y, de hecho, así es.

Las fotos de Clifford muestran una ciudad desconocida. En una de estas, fechada en 1856, se ve el inicio de la calle de Alcalá y se distingue el edificio de Aduanas, pero a la derecha no existe todavía ni un atisbo del edificio del Hotel París. En sus series fotográficas todo

está próximo al borrado. Están ahí, captadas, para que la retina las haga eternas. Pero lo que más me llamó la atención la primera vez que las vi fue una extraña torre situada al fondo y que formaba parte de una red de torres situadas a distancia óptica una de la otra. Mediante un código de señales que combinaba bolas, barras o antorchas, se transmitían mensajes. Desaparecieron con la llegada del telégrafo eléctrico.

Aspecto de la Puerta del Sol en 1857. Clifford.

Aún puede verse algo de cómo era la Puerta del Sol hace siglos en las calles aledañas a la gran plaza, las únicas que han sobrevivido a las sucesivas demoliciones. Angostas, en su momento en penumbra permanente, calles devorando calles hasta alcanzar la gran abertura, por fin raudales de luz, esa plaza que el galés Clifford fotografía; tres instantáneas que son casi un milagro, las primeras grandes fotografías antes del cambio y las reformas. Pilluelos y golfillos, apenas unos niños, sentados sin hacer nada en concreto salvo ver surgir una oportunidad de ganarse unas monedas bajo el inclemente sol, aunque no sabes bien qué estación es porque todo el mundo parece llevar encima mucha ropa. Una pequeña banda de gorrillas, gente apresurada, tablones podridos en algún solar, una peluquería que avisa de que se traslada a la calle de la Cruz, a apenas unos metros de donde vivió Stanley y luego Ribalta, un agente que no se sabe qué vigila, si es que hace algo más que mirar. Gente aprovechando las sombras que proyecta la Casa de Correos, los largos toldos de las tiendas que dan cobijo y que, durante siglos, fueron la imagen típica de una ciudad depredadora con su pasado. Gente vendiendo agua, puede que también café, carruajes, publicidad en grandes cartelones

pintados a mano o pegados en paredes, por lo general ennegrecidas. Una gran farola de gas plantada en el centro.

Puerta del Sol con Alcalá y el puesto de señales. BNE.

Las fotografías de Clifford, cuyo primer estudio estaba en la esquina de la plaza, en el número 4 de la calle de Alcalá, muestran una ciudad en transición donde todavía hay quienes acuden a la Cibeles a llenar sus barricas de agua. Terraplenes y anchura junto a oscuridad.

Esto es lo que hice: tracé una nueva iconografía alrededor de la Puerta del Sol y su significado e intenté ponerle palabras a aquel terror sagrado. Un tributo a Helios, hijo de los titanes Hiperión y Tía, y hermano de Selene (la luna) y Eos (la aurora), un dios hermoso coronado con la brillante aureola del sol, que conducía el carro del sol a través del cielo. El otro dios, Apolo, un dios del Olimpo, hermano gemelo de Artemisa (la Luna, Diana para los romanos), hijo de Zeus (Júpiter) y Leto (Letona), además de dios del Sol, era dios de la lógica y la razón. También gran músico y curandero del que se decía que podía predecir el futuro. Pero se equivocó: no adoramos al sol sino al dinero, como advirtió Larra, que rara vez se equivocaba en sus juicios y opiniones: «La Puerta del Sol: esta no es sepulcro sino de mentiras», escribe el futuro suicida; un lugar que siempre se presta a equívocos, como sucedía con su antigua fuente de La Mariblanca, donde los golfillos acostumbraban a bañarse entre gritos. Durante los meses de verano, refrescaba a los transeúntes, que se arremolinaban alrededor del pilón. Aunque estaba decorada como una alegoría a la fe, incluía representaciones paganas a la diosa Diana y a Venus. El agua salía a través de máscaras de bronce y, en la parte superior, unas arpías arrojaban el agua por los pechos para deleite de los transeúntes.

Desfile de un batallón en la Puerta del Sol (1858). BNE.

La ciudad es un ente orgánico. Tiene cabeza y pulmones. Un corazón en el que desembocan las arterias de la ciudad. Lo que tanto Stanley como Ribalta se encuentran al llegar a la Puerta del Sol es similar: un constante ir y venir de gentes de todo tipo, oleadas humanas en todas las direcciones que sortean tranvías, vendedores ambulantes —aguadores, fosforeros, paragüeros—, mendigos suplicantes, mujeres que venden ramilletes, horquillas, alfileres e incluso animales vivos o muertos, y siempre esquivando toda clase de obstáculos. También tipos de dudosa moralidad dedicados a difundir rumores y habladurías, como vestigio del antiguo mentidero.

El novelista Edmundo de Amicis, viajero en Madrid durante el reinado de Amadeo de Saboya, ya apuntaba a una jungla idéntica. Las aceras anchas no pueden contener ese caudal. Nada más poner los pies en la zona, se da de bruces con «los negociantes, los demagogos desocupados, los empleados cesantes, los viejos rentistas, los jóvenes elegantes; allí se trafica, se habla de política, se hace el amor, se pasea, se leen los diarios, se caza a los deudores, se buscan los amigos, se preparan las manifestaciones contra el Ministerio, se inventan las noticias falsas que dan la vuelta a España y se comenta la crónica escandalosa de la ciudad». Cruza y se detiene, atraviesa en cualquier dirección. Bajo los enormes toldos de los comercios, busca la sombra de esa selva. Pero aquí, en la plaza, nunca hubo ni habrá árboles. El futuro, para la estupidez del urbanismo a sueldo, son las plazas duras y el gobierno de la economía. Turistas a punto de desplomarse bajo el

solazo. Durante años algunos piden colocar álamos, pero nadie quiere algo así, y la idea se descarta y entierra. El refugio de los toldos es otro reclamo. Los árboles ocultarían de la vista los rótulos de los escaparates, anuncios, constantes reclamos, el maldito dinero.

El desfile es interminable. Niños en alpargatas o descalzos con una caja al cuello, vendiendo cerillas, o el aguador de voz atronadora que en una mano lleva un botijo y en la otra una mesita baja de hojalata o latón con azucarillos y unos vasos generalmente grandes. Eso también lo muestra Clifford en sus fotos. Junto al aguador se suele ver a los mozos de cordel, desarrapados, que llevan un rollo de cuerda de esparto encima y se ofrecen a cargar grandes bultos para trasladar de un lado a otro. Algún hombre que vende productos supuestamente milagrosos. Un *medicine show* con crecepelos y pociones milagrosas. Grupos de toreros de vestimenta impecable charlando animadamente. Gente que se detuvo hace horas y ahí sigue sin un motivo claro.

En la época de Ribalta, hasta la devastación de la guerra, se protestó por el ruido constante, la falta de higiene de una ciudad poco acostumbrada a esos detalles. Se vertía, arrojaba, amontonaba sin control alguno. En cada calle existían una o dos cuadras con vacas o cabras para nutrir a las numerosas lecherías.

La algarabía sonora es constante y muchos cronistas, escritores y periodistas la describen como un zoco africano. Los más molestos son los voceadores, sobre todo los nocturnos, inseparables de la plaza, una marabunta de chiquillos y jovenzuelos, grupos de golfillos, listos y ágiles, y muy poco propensos a ser intimidados. Para hacerse escuchar, cada voceador debe gritar lo más alto posible, pero la competencia es enorme. Con la llegada de la Primera Guerra Mundial, el ministro de Gobernación, para reforzar nuestra neutralidad, instó a que los voceadores «supriman todos los gritos que puedan implicar algún encubierto agravio o herir el sentimiento patriótico de las colonias extranjeras de los respectivos países beligerantes».

Con la llegada de la República, ante la aparición de los periódicos falangistas que pretenden hacerse con su espacio en la plaza, en la llamada «acera roja» —el tramo que iba de la esquina de Montera al inicio de Alcalá—, tradicional foco de contestación izquierdista, el voceador de prensa obrera se arma. Lleva pequeñas pistolas, navajas y puños americanos con los que enfrentarse a sus enemigos; trabaja para sindicatos y organizaciones revolucionarias. Se proveen de todo lo que tienen y los afiliados o escuadristas los acompañan y protegen como pueden. Hay choques cada semana con heridos y algún muerto.

Los periodistas venden reportajes sobre los bajos fondos y la criminalidad. Algunos hasta se disfrazan de apaches de gatillo fácil. Lo mismo que policías retirados o comisarios. Bigotes falsos, gorrillas, chaquetones raídos, cualquier cosa vale. También, para firmar sus

crónicas, usan nombres falsos, como el enigmático «Agente Z. 22», que en agosto de 1933 narra para *Crónica* sus aventuras y desventuras de aquella zona convertida en polvorín: «El pistolero es, por lo general —escribe—, hombre excesivamente joven que pertenece a las agrupaciones anarcosindicalistas y que actúa inducido por anarquistas viejos. Muchachos de diecisiete a dieciocho años, sin experiencia, influidos por anarquistas que admiten el atentado contra la vida. Van a los atracos como podían ir al cine con la novia».

Puerta del Sol esquina con la calle Montera (1855).

Describe aquel lugar como una «Bolsa de Contratación» de pistoleros y asesinatos a la carta. Lamenta la poca mano dura y castigos ejemplares contra el pistolero, que «es un elemento difícil de exterminar como no sea con sus propias armas, solo al que se le ha cogido realizando un atraco o un atentado se le puede condenar a bastantes años de presidio para que quede anulado. Y como de lo que se trata es de evitar sus fechorías, y si los detenemos cuando no cometen delito, solo corresponde una pequeña reclusión si llevan armas, o una quincena si no las llevan, no es solución esto de "cazarlos" cada día. Además, que nunca "cantan" como no sea maltratándolos, y como esto ahora no se puede hacer, no hay otro medio que el de cogerlos en plena faena, para lo cual es preciso andar

a tiros con ellos».

Historia de la oscuridad

El mundo justamente anterior a Ribalta es el de las tinieblas y muchedumbres escasamente iluminadas. En 1881, en la Puerta del Sol, se llevaron a cabo pruebas de alumbrado eléctrico, que acabaría por introducirse dos años después, inicialmente en el Paseo del Prado y el Retiro. El encendido automático, a diferencia del de la lámpara de gas o aceite, necesariamente manual, es visto como algo misterioso y mágico. No solamente convierte la noche en día, sino que cambia completamente la forma de percibir la ciudad misma. El elevado precio del gas supone que, aunque el centro está iluminado, con las limitaciones de este tipo de alumbrado, no así las afueras o los llamados barrios «exteriores».

Los primeros experimentos efectuados en Madrid tienen lugar en Palacio. Sus resultados son impresionantes. El efecto logrado es descrito como «una luz clara y hermosa, superior en mucho a la del gas», cuenta *La Nación* en enero de 1852. La luz eléctrica y su carácter casi sobrenatural son explotados por los magos. Un ilusionista llamado Vert, que actúa en el circo de Paul, situado en la céntrica calle Barquillo, anuncia un espectáculo con «los sorprendentes fenómenos y experimentos electroquímicos, la luz eléctrica, etc.». Es sin duda un maestro de la publicidad: semanas antes, como reclamo, proyecta luces de colores en la entrada del circo. El asombro que produce, cuando en plena pista proyecta haces de luz, es indescriptible.

Los ensayos se suceden. En enero de 1878, con motivo del enlace matrimonial entre Alfonso XII y María de las Mercedes, en la torrecilla del reloj del Ministerio de Gobernación se lanzan luces sobre la plaza. El objetivo, en esta zona, es la sustitución progresiva de su alumbrado de gas por otro eléctrico. Todo es algo accidentado. La máquina que alimenta el generador, instalado en el sótano del Ministerio de Gobernación, es tan colosal y molesta que produce enormes humaredas, alcanzando a las viviendas cercanas, cuyos vecinos protestan enérgicamente, aunque no se detiene hasta tres años después.

Por entonces, la ciudad y la llegada de la electricidad son algo dispar y nada homogéneo; aunque no está implantada en las calles, sí lo está en algunos monumentos gracias al arco voltaico, cuya intensidad es cegadora. El impacto es igual que el creado en enero de 1835 justo allí, en lo alto del edificio que acoge el reloj de la plaza, cuando por vez primera, haciendo uso de una iluminación interior tras la esfera de cristal, el reloj puede ser visto al caer la noche. Hasta la

fecha, este se volvía invisible en medio de la negrura.

Antes, en una Puerta del Sol relegada como siempre a un ser y no ser, a un centro que dejaba de serlo cada cierto tiempo, se proyecta luz eléctrica en el Retiro, que ahora puede ser visitado al caer la noche. La sensación del paseante, al atravesar las anchas avenidas del parque, es extraña: es una ensoñación que incita a la poesía y la imaginación desbordante. Seguidamente, en junio de 1882, se ilumina el primer concierto nocturno durante los habituales y célebres recitales de verano del Retiro, una de las distracciones más frecuentes en las noches tórridas.

Antes de los conciertos se intenta algo similar pero con las corridas de toros nocturnas. Aunque no funciona. Lo sucedido nos lo cuenta *La Ilustración Española y Americana:* «¿Quiénes lidiaron aquella noche? ¿De qué color fueron los toros? ¿Dónde se plantaron las picas? La noche sepultaba en sus misterios suertes acaso muy notables. Era una corrida fantástica; los caballos, extenuados, no proyectaban sombra, y el toro perseguía a veces la sombra de los diestros; la sangre había perdido su horroroso color, tomando el de la tinta. A veces una de las luces se eclipsaba, amenazando con dejar en tinieblas a más de ocho mil personas. Si las sombras de nuestros abuelos dan funciones de toros en el otro mundo, deben ser muy semejantes, porque la que referimos era una corrida de siluetas».

La electricidad lo cambia todo. Sus efectos psicológicos o en el modo de ver son enormes. Las primeras misas iluminadas despiertan un gran fervor místico. Todo adquiere una dimensión más sagrada y elevada «ante las sorprendentes ventajas de la luz eléctrica y sus maravillosos efectos al recobrar vida los objetos envueltos antes por la oscuridad y las sombras», describe un periódico.

El acto de «hacerse la luz» tiene consecuencias inesperadas. Superiluminado el centro, se sume a los barrios exteriores en tinieblas. La nueva iluminación se restringe inicialmente al centro, más o menos desde la Puerta del Sol hasta Callao y alrededores, por medio de 6.300 lámparas de sistema Edison de diez bujías. Allí es donde los primeros cafés, Fornos y Madrid, presumen de disfrutar de electricidad.

Inauguración del alumbrado eléctrico en la Puerta del Sol (1878). Casariego.

Las diferencias se perciben al instante al ir de unos lugares a otros. Los contrastes son profundos y van acompañados de miedos cuando se trata de abandonar el centro para adentrarse en los barrios exteriores, donde se alzan el miasma, el hacinamiento, los descampados, los rateros, toda una raza de «salvajes» y trogloditas, como se conoce a quienes viven en cuevas o agujeros practicados en montañas como la de Príncipe Pío, escalafón más abyecto de la miseria urbana. La prensa y los escritores no dejan de referirse a esos lugares como «barrios tenebrosos». De aquellos parajes, verdaderos pozos negros, si la vida brota, lo hace mutilada y enferma, una fealdad propia de tísicos y jorobados. Estos temores, genuinamente burgueses, llegan en los años inmediatamente posteriores a la aparición de la luz eléctrica y los denodados esfuerzos de políticos, aristócratas y poderosos empresarios por hacer de Madrid una ciudad moderna, una París, la «ciudad de la luz», en miniatura, o un pequeño Broadway, como se conoce a la Gran Vía en los años veinte y treinta, con su lujo e innumerables teatros y cines bajo centenares de neones.

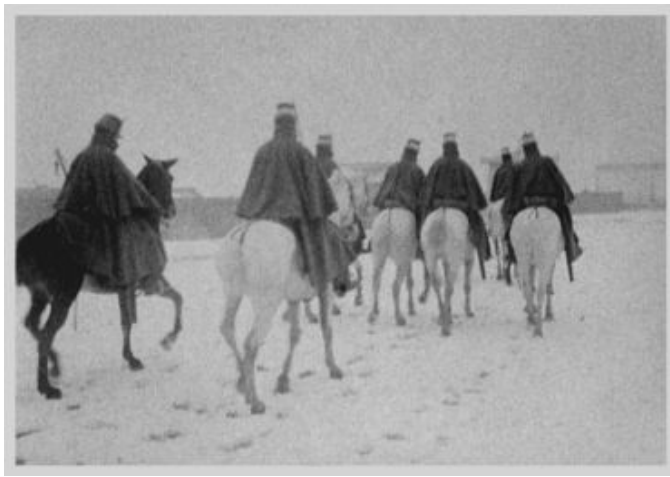
La atmósfera es centelleante. En 1926, en medio de esta constante vibración, Gómez de la Serna escribe en «Sanguina nocturnal» que «el nuevo alumbrado para reclamos que circula en las venas de vidrio de las letras anunciadoras arroja sobre la noche un tinte sangriento. Esa cosa asesinante [“asesina”] que hay en la noche de la gran ciudad se emplana [“se estampa”] en esos parajes en que la sangrienta iluminación chorrea y da a todo un tinte mefistofélico. Muchas veces vamos distraídos y hablando despacio con el amigo noctivagante [“noctámbulo”], y sentimos un repelón súbito al verlo tinto en sangre, todo él transformado en Caín, revelado de pronto el fondo homicida de su alma. Otras veces, solos, nos sorprende la rojez de nuestras

manos y el cómo cae sobre nosotros una responsabilidad insospechada, pero que nos compromete en su sobresalto». Una «sanguina» es un dibujo hecho con lápiz rojo, como si fuera sangre. En la ciudad «criminal» todo es luminoso, estridente y muy rojo. Pero, a la inversa, de las afueras al centro, el efecto es totalmente diferente: se entra en un mundo vibrante, dinámico, tremendamente vivo, rodeado por una luz de fantasía.

Publicidad de las bombillas Osram (1917).

El resultado no es otro que un centro cercado por sombras, solamente desvelado en reportajes sensacionalistas en los que un periodista, acompañado siempre por un inspector de policía, hace incursiones hasta los arrabales. Lo que allí se encuentra, a través de descripciones grotescas y sucesión de horrores, vende y el público prefiere leer lo que hay más allá de la luz que intentar verlo personalmente. Y eso que la oscuridad se impone apenas paseados diez minutos desde el centro hacia, por ejemplo, el sur. Allí, de bruces, se alcanza el ojo de un gran *maelstrom,* un sumidero de vida y energía negativa, podredumbre y caos. La ciudad oculta rodeada por una mezcla de luz y oscuridad, quizás la que aseguró ver Victor Hugo instantes antes de fallecer: «Esta es la batalla del día contra la noche», susurra, mientras el cuerpo se abandona. Pero tiene tiempo para esto: «Veo luz negra», dice. Es el fin. Una ciudad como un pozo negro o casi de ensoñación, como refleja una fotografía de 1902 en la que vemos a un grupo de soldados a caballo patrullando unas calles completamente blancas, cubiertas de nieve, donde apenas se distingue nada.

En aquel Madrid de los Austrias, la Puerta del Sol es un lugar del mal vivir, con viviendas insalubres y pobres, a punto del derribo, tabernuchas infectas o herradores y barberos con sus tenderetes al aire libre hasta que cae la noche. Entonces, con la ciudad oscurecida del todo en noches sin luna, debe transitarse con cuidado, moverse intentando atisbar formas humanas para evitar encuentros inesperados y desagradables con el ejército de rateros que pulula por allí. Algunos, los más pudientes, solo salen en caso de estricta necesidad y, de hacerlo, lo hacen acompañados de criados que portan faroles. Los «hijos del sol» llegan a pasear junto a perros amaestrados a los que se les sujeta entre las fauces un palo que termina en cada lado con un pequeño farolillo encendido.



Soldados a caballo en una calle nevada de Madrid (1902). Anónimo. Museo de

La luz es un invento moderno. Antes de la llegada del alumbrado público con Carlos III, durante el siglo XVIII, las calles están sumidas en una oscuridad solamente interrumpida por los numerosos altares y altarcillos dedicados a la Virgen María que pueblan las esquinas y los chaflanes de las casas. La realeza y el clero aseguraron que el triunfo de Lepanto había sido gracias a la mediación sobrenatural de la Virgen.

La devoción mariana es enorme; humilladeros, retablillos y hornacinas pueblan cada barrio creando islotes de luz, modesta y limitada, que contrastan con la negrura circundante. La noche y el día están conectados a través de la superstición. La luz de las velas termina con la llegada del alba. La expresión «acabar como el rosario de la aurora» tiene su origen en aquellos días, cuando todos los barrios compiten entre sí por sus procesiones de cofrades. La más célebre y numerosa es la que sale de la iglesia de San Francisco el Grande, cuyo aspecto exterior siempre me ha parecido amenazante. Su rosario es famoso. Treinta y seis cofrades cruzan las calles sosteniendo grandes velones, en medio de cantos y letanías, avanzando para romper la oscuridad. En una de estas incursiones, en una calle estrecha, se topa con otra procesión. Ambos grupos exigen prioridad y la disputa acaba a puñetazos en una gran reyerta cofrade.

A finales de aquel siglo, con la organización del cuerpo de serenos, aparecen otros seres luminosos. Los serenos patrullan las calles con un pequeño farol, por lo que pronto los madrileños los llaman «gusanos de luz». Así que el origen del alumbrado público no reside en el embellecimiento estético, tampoco en nuestro afán por imitar la pulcritud francesa. Es el miedo a la noche y las sorpresas que esconde la oscuridad, esa horda de rufianes, atracadores o criminales embozados que no dudan en asaltar al paseante, lo que provoca que se exija iluminar las calles.

Inicialmente, se «hace la luz» gracias a los vecinos, que son obligados a colocar faroles en cada balcón, pero una vez más la picaresca se impone y los faroles son hurtados por estos, que, amparados por la oscuridad, prefieren robarlos a tener que comprarlos. Hay tantos robos que las autoridades recomiendan marcarlos con algún signo o inicial para poder reconocerlos. También se imponen a los ladrones penas humillantes, como pasear en burro por las calles con un farol colgado al cuello, o peor aún, ser enviados a las temidas galeras. Pero ni aun así se contiene la oleada de robos.

Hemos de acostumbrarnos a las paradojas. Durante el «Siglo de las Luces» aquí reina la oscuridad. Son tiempos salvajes, sin duda, y el mobiliario urbano de entonces, igual que ahora, suele ser destruido

por amotinados y rebeldes. Los primitivos faroles tienen una armadura de hierro y cristal, penden de palomillas de hierro fijadas en las paredes de las casas y se iluminan con velas de sebo colocadas en su interior. Luego se sustituyen por faroles con depósito de aceite y torcida de algodón. El 23 de marzo de 1766, una enorme turba, saliendo de la plaza de Antón Martín, destruye todos los farolillos y farolas que encuentra al grito de «¡Abajo esa, que la puso Esquilache!». El odiado marqués, tiempo antes, había querido prohibir los sombreros gachos y las capas de largo embozo, habituales en la ciudad, y sustituirlos por la capa corta y el sombrero de tres picos. A los incumplidores amenaza con imponerles multas y, a la tercera sanción, el destierro. Hasta entonces, capas y sombreros casi ocultan el cuerpo y, sobre todo, los rostros.

Traje usado comúnmente por el pueblo, cuyo sombrero y capa facilitaban ocultar la identidad, y el que quería imponerse y que dio lugar al llamado «motín de Esquilache».

La zona está cargada de recuerdos sobre delaciones, intrigas y tramas oscuras. La turbulenta escena sucede un siglo después de que Juan de Valencia, nada más y nada menos que espía mayor o superintendente de las Inteligencias Secretas de Felipe IV, viviera justo allí, en la calle de Atocha, a la altura de la plaza de Antón Martín. Nuestro más singular espía es de origen peruano y llega a ingresar como oficial de la Inquisición. Ante él se debe ser cauto; es enérgico,

temerario y le gusta la fama. Se hace famoso porque también torea, aunque de una forma un tanto peculiar: a cuchilladas, con espada y daga e incluso «con los dientes y a puñadas», como confiesa en un libro escrito por él sobre las reglas del toreo. También padece momentos de arrebatos místicos: «Hermanos míos, no torear si Dios no os llama», escribió. Durante la primera fiesta del palacio del Buen Retiro anuncia que matará a cuchilladas a cualquier toro que se le ponga en medio.

La estampa es la siguiente: el Colonial, en el comienzo de la calle de Alcalá, en su número 3, frente al café de la Montaña, en cuyos bajos del Hotel París Ramón del Valle-Inclán, durante una disputa con un periodista, pierde el brazo, y el antiguo hospital de leprosos, desaparecido bajo la frenética piqueta en 1854 en la primera gran reforma de la Puerta del Sol. Esa es la foto en descomposición, o una de tantas. Toda esa zona, esa esquina, es un vórtice. Cuanto más voy sobre este, más siento que camino sobre un abismo.

El Colonial, que fue devorado por las bombas que cayeron sobre la capital durante la Guerra Civil, tuvo que ser demolido. En su lugar hoy queda el vacío. Se proyectó una calle peatonal, el Pasaje de la Caja de Ahorros. Un gran agujero negro. Antes de la creación de este pasaje, justo enfrente, una de las bombas causó una estampa imborrable, un cráter por el que se veían las vías del metro. «Delante de este gran solar —cuenta Teodoro Anasagasti en noviembre de 1937 —, que viene a ser como la mitad de la Puerta del Sol, y que está pidiendo que se destine a la construcción de un pasaje cubierto, más que a calle, una bomba potentísima de aviación abrió un profundo hoyo, sima o embudo, el mayor que se ha visto en la población. Llegó a atravesar la bóveda de la galería del Metropolitano y más de un mes cortó el acceso de la circulación rodada a la Puerta, por la calle alcalaína».

Nos hace falta una mitología propia. La suprema destrucción y el horror vividos por los madrileños durante casi tres años son complicados de expresar en palabras. La psicología no resiste, salta hecha pedazos. La desaparición de un plumazo del edificio que acogía el Colonial, para ser luego sustituido por la nada, una travesía anodina que no conduce a ningún lado, un proyecto sin sentido, es una metáfora perfecta. Alguien ha apagado las luces.

La ciudad, de pronto, se sume en la oscuridad, cuando había llegado a contar con un centro tan luminoso y vivo que sorprendía a los visitantes. Los rigores de los inviernos durísimos en los años del asedio y la carestía, que contrastan con la vida cotidiana en ciudades como Barcelona o Valencia, lejos del frente y sin bombardeos, los continuos sonidos cercanos de ametralladoras y detonaciones, las sirenas y carreras hacia los refugios, afectaron al ánimo de los

madrileños. Muchos escritores y supervivientes contaron el fantasmagórico efecto que les producía pasear en medio de una noche oscura, sin luces y bajo sonidos extraños; un silencio como nunca había sentido aquella ciudad a la espera de los bombardeos en los días más duros de la ofensiva aérea y, sobre todo, junto a moles semiderruidas en el centro o en barrios como Argüelles, muy castigados por los choques. La aterradora y sorprendente noche, esa que en *El libro mudo* describió así Gómez de la Serna: «En las calles llenas de noche se siente el absurdo de los otros. Es la hora en que el magistrado deja de ser magistrado… Parece como que huyen los hombres sesudos a esa hora, pues tienen la seguridad de su asesinato, tienen la persuasión de una puñalada trapera».

El café Colonial después de ser bombardeado. BNE.

Gigantesco agujero causado por una bomba en la Puerta del Sol, junto al café Colonial. Luis Lladó.

La oscuridad impuesta cambia la visión de la ciudad. Junto a los lógicos apagones, al verse afectadas las centrales eléctricas por los combates, la luz que logra llegar a la capital es muy tenue. El voltaje es tan pequeño que apenas se iluminan calles y casas, y se pasa de la hiperiluminación de los años treinta a una ciudad gobernada por tinieblas de gas, en una casi niebla permanente. Este mundo en penumbra aumenta el terror y el asombro. Psicológicamente el efecto es tremendo; la ciudad parece otra, lo mismo que sus habitantes: un pueblo cavernario condenado a moverse entre sombras o a permanecer oculto.

Las cuadrigas al inicio de la calle Alcalá, que se pintaron de negro para evitar que brillasen y dieran pistas de ubicación a la aviación. Luis Lladó.

Antes de la caída de la ciudad apenas logra ponerse anaranjado el filamento de una simple lámpara de mesa y la arquitectura se halla envuelta en sombras. La falta de energía hace que se recurra a otros medios, como la tala de cualquier árbol, banco o valla de madera. Continuamente se ve pasar a madrileños acarreando maderas o troncos.

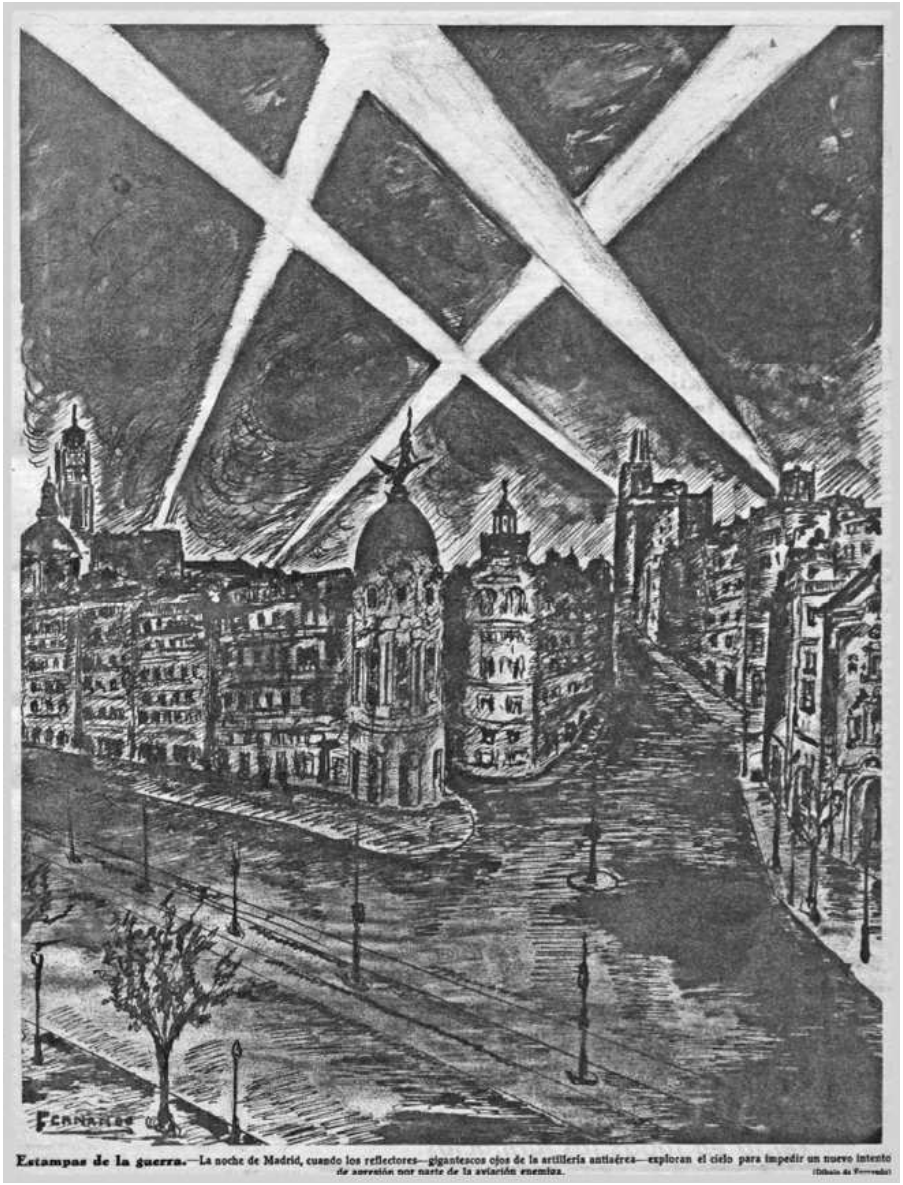
Los apagones nocturnos se suceden para defenderse de los bombardeos, intentando de esta forma no dar pistas de la ubicación de ciertos puntos estratégicos. En lo alto de los edificios, numerosas estatuas, inicialmente doradas, se pintan de negro; algunas incluso siguen así hoy. Lo mismo que los viejos faroles de gas, cuyos reflejos se amortiguan pintándose de azul.

Los aviones sobrevuelan una inmensa negrura, un mar negro sobre el que lanzan su carga maldita, solamente interrumpida por las ocasionales señales con linternas de quintacolumnistas, que dirigen su luz hacia el cielo y otros edificios, donde a su vez una red de

disidentes falangistas transmite coordenadas e informaciones importantes mediante código morse.

La morfología de la Ciudad de la Destrucción alimenta a los destructores aéreos. El vuelo de los trimotores, escoltados por cazas y perseguidos por los aviones republicanos en combates extraordinarios en las alturas, se convierte en un ritual macabro. Nadie está a salvo de las bombas, que caen en cualquier lado. Hospitales, escuelas, viviendas. En las anchas avenidas, mientras la gente corre a los refugios o se aplasta contra los muros de los edificios, se puede saber más o menos la ubicación del objetivo elegido, pero en los barrios más populosos, en arrabales o laberintos urbanos como Cuatro Caminos, Tetuán o Lavapiés, los aviones aparecen de improviso ante la estrechez de las calles, y las víctimas son aplastadas por la caída de cornisas o tejados. El mal llega de las alturas.

Visitantes extranjeros y poetas republicanos plasman esta radical transformación. «Verdaderamente, en la oscuridad del verano caluroso —escribe el poeta chileno Luis Enrique Délano en *Cuatro meses de Guerra Civil en Madrid*—, durante las noches de ensayo, una suerte de pavor se extendía en las casas. De pronto un ruido cualquiera, el del ascensor, el de un camión lejano, nos hacía pensar en un ataque aéreo y nos asomábamos a las ventanas. Madrid era una mole oscura. La iluminación se había reducido a lo más indispensable. Desde algunas terrazas las lenguas de luz de grandes reflectores lamían el cielo intermitentemente. Los vehículos debían circular con los faros casi apagados. ¡Qué masa oscura! ¡Qué colección de sombras! El primer avión que voló sobre Madrid vino una noche, a las tres o las tres y media de la madrugada. Nuestros nervios estaban tensos y muy pocas personas siguieron sumidas en el clima del sueño. El motor cortaba el aire con su clásico runrún, que en la negra noche, en el pozo de sombra de la noche, tomaba trágicas resonancias. Se escucharon bombas distantes. En todas las ventanas, rostros soñolientos investigaban hacia el cielo. […] Salir al portal era salir a una oquedad, a un pozo de sombra, a un túnel permanente. Había pues que recogerse y pasarse las horas inmóvil, entregado a la lectura, entregado a la inquietud, que no podía alejarse del corazón. Estábamos todo el tiempo esperando los aviones».



La noche cerrada bajo los focos que vigilan el cielo *(Crónica,* 21 de noviembre de 1937).

Los madrileños están sometidos a una irritabilidad constante, o eso afirma el doctor Édouard Cazenave, que estudia el clima de la ciudad en *Du climat de l'Espagne: sous le rapport médical* (1863). El clima madrileño varía bruscamente, lo que genera un «estado neuropático muy particular, que se traduce por una irritabilidad del carácter, una inquietud de humor, un desasosiego nervioso tan molesto para la persona que lo sufre como para sus propincuos». Vivimos en el centro de una bomba. Nervios que se desmoronan, arrebatos y ofuscaciones.

Al borde de la locura. También, como aseguran algunos médicos, la causa es la altitud, perjudicial para quienes sufren de un sistema nervioso frágil. Todo eso se suspende temporalmente, varía de una manera caótica e imprevisible, salta por los aires.

Para muchos golpistas, tradicionalistas, nacionalcatólicos y fascistas declarados, aquellos que soñaban con la caída de Madrid, el tiempo y la meteorología, los factores ambientales, son decisivos. A la oscuridad, con todo aquello terrorífico que sucede al caer la noche (registros, detenciones, sacas…), o la niebla, con su aspecto engañoso y de ensoñación, se suma el gran calor de los días de julio, un bochorno enorme que hace que la vida nocturna sea aún más bulliciosa. El periodista Eduardo de Guzmán, en *La muerte de la esperanza,* uno de los más emocionantes testimonios del inicio de la guerra y también de su debacle final, comienza su obra así: «Viernes. 17 de julio. Son las cuatro de la tarde y el sol implacable de julio deja caer sobre la ciudad una lluvia de plomo derretido». Máuseres y botijos, zapateros, albañiles o mecánicos armados y en grupos, soportando el «plomo», hablando con vecinos en las aceras, formando patrullas, muchas de ellas informales y caóticas, sobre todo en las primeras semanas, todo eso forma parte del paisaje nocturno. Quintacolumnistas y tipos temerosos de represalias aprovechan la noche para salir de sus escondrijos, pensiones, covachas, buhardillas, de cualquier lugar, y estirar las piernas por no perder la cabeza. Y ante ellos el mundo al revés, el carnaval, la feria de los horrores, porque «nada más andar por las calles ya produce el asombro de lo imprevisto —dice uno de los personajes de *Una isla en el mar rojo* de Wenceslao Fernández Flórez—, como si vivieses dentro de una de esas novelas en que la fantasía alocada de cualquier escritor se complace en reflejar lo que ocurriría si se diesen en él tales o cuales circunstancias utópicas. […] Las noches de Madrid son indescriptibles; […] yo salgo muchas veces para dejarme penetrar por su novedad endiablada».

Otros, en lugar de esfumarse protegidos en embajadas —algunas de las cuales eran un *fake,* ya fuese como negocio privado de oportunistas o como una trampa mortal para supuestos quintacolumnistas—, lo hacen en cementerios. Emilio Carrère, el último «bohemio que no era bohemio», aterrorizado y esperando la fatalidad, pasa los días escondido en su casa. Proclamado el golpe, sabiéndose en peligro, prueba primero a pedir ayuda a la embajada de Panamá, que se la deniega. Seguidamente, lo que sucede es un gesto exquisito del Caballero de la Muerte, un broche de oro: marcha al cementerio de La Almudena y se esconde en un panteón donde puede recitar los famosos versos de Larra, aquellos de «el cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio». Oye unos ruidos y se estremece, ve sombras entre las lápidas. Inmediatamente se da cuenta de que no está

solo; el camposanto acoge a otros improvisados refugiados que malviven como topos de cuerpo tembloroso en nichos abiertos o panteones desvencijados. Uno de ellos es su amigo José María Carretero Novillo, más conocido como El Caballero Audaz. Ambos charlan sobre lo que pasa en la capital, rememoran aventuras y tristezas y luego, sin mayor formalidad, se dan las buenas noches y cada uno va a dormir a su tétrico agujero en esa ciudad que es como un abismo, donde «los faros rompían escasamente las tinieblas en aquella noche negra en que todo Madrid parecía sepultado en un pantano de espesas negruras».

La oscuridad es un nuevo escenario. Bajo su manto el mundo parece otro. Bohemios, vagamundos y vanguardistas se entregan a los encantos de la luz oscura. El primero, el mismísimo Ramón Gómez de la Serna, que en su segunda *performance,* «Visita nocturna en el Museo del Prado con un farol», irrumpe candil en mano por el sótano del museo, con todo lo decimonónico y tenebroso que tiene el gesto. Sus acompañantes tiemblan. Los cuadros adquieren una nueva dimensión fantasmagórica; muchos se vuelven perturbadores y asfixiantes. Porque allí abajo está otra clase de belleza, una que se observa mejor en la oscuridad. A todo ese mundo subterráneo lo llama la «cripta del panteón del arte».

Mientras pienso en cómo debieron de sentirse y percibir la ciudad los madrileños, sus manifestaciones y, más específicamente, sus desapariciones físicas y arquitectónicas, solo puedo especular. No puedo acudir a algo semejante, porque afortunadamente jamás lo he vivido, pero sí puedo acercarme a la sensación de desamparo, extrañamiento, terror y toda clase de fantasías que viví cuando, hace ya muchos años, decidí realizar una experiencia que hoy me es imborrable. Un lluvioso viernes por la noche, contra todo pronóstico, en compañía de unos pocos amigos visitamos las Cañadas del Teide y realizamos uno de los trayectos, en total unas cuatro horas de caminata a más de tres mil metros de altura, solamente iluminados por linternas y bajo una noche oscura y torrencial.

Justo en el límite al que llegan los vehículos, antes de ponernos en marcha, un sorprendido guardia, provisto de un chubasquero, nos aconsejó sin éxito que desistiéramos. Hablamos con él casi a gritos, en medio de una nada que sobrecogía, cayendo agua a raudales. Aun así, tal y como teníamos decidido, seguimos adelante. Solo se escuchaban nuestras pisadas, que resonaban huecas y poderosas en aquellos parajes. A nuestro lado se levantaba el Teide, su punto más alto, pero había muchas otras moles cuyos contornos solamente podíamos imaginar. Al cabo de un tiempo, cuando nuestros ojos se acostumbraron al entorno, apagamos las linternas y nos guiamos por

la intuición, apenas una exigua luminosidad de contornos, un negro menos negro o una oscuridad de distintos tonos. Al llegar a una curva, nos apresurábamos a asegurarnos de que seguíamos el camino correcto a través de las habituales marcas en las piedras que rigen los pasos de los senderistas sensatos.

Todo tenía un halo de maravilla y extrañeza, mientras el cielo nos regalaba estrellas. Centenares de estas cruzaban la bóveda celeste cada vez que miraba hacia arriba, tantas que al poco dejó de ser una novedad. En una ocasión, mientras descansaba sobre la tierra volcánica, oyendo el siseo del viento, bien abrigado, pensé en esa soledad inaudita y casi extraplanetaria y me estremecí. Cuando, de vez en cuando, me distraía y retrasaba del grupo de cuatro o cinco personas que me acompañaba, y observaba aquellas montañas oscuras, como si alguien hubiera pintado más oscura si cabe la noche en aquellos puntos, sentía un profundo miedo y corría en busca del resto.

Nuestra sorpresa fue mayúscula cuando, a mitad de camino, llevando ya más de dos horas caminando, vimos una luz venir hacia nosotros. Se movía dando saltos, subía y bajaba por capricho. Nos detuvimos y esperamos expectantes. Durante un minuto nos preguntamos quién o qué podría ser, pero pronto a la luz se le sumó el sonido de unos pasos que se dirigían hacia nosotros. Una chica, una solitaria paseante en aquel lugar remoto, pasó a nuestro lado con la mayor naturalidad del mundo, portando en su cabeza una luz que la iluminaba parcialmente. Nos miró brevemente, dio las buenas noches y siguió caminando como si nada. La chica desapareció tragada por la misma inmensa oscuridad que la había precedido.

Jugando al escondite

La «enfermedad del andar», la misma que sufrían Baroja o Carrère, y su tendencia a adentrarse en la oscuridad. Médicos que recetan pasear, estirar las piernas. Rodillas enmohecidas, cartílagos gastados de no hacer nada. Yo mismo lo padecía mientras escribía y paseaba. Había días en que el dolor se apoderaba de una de mis rodillas; primero, la izquierda, y luego, otro día, sin avisar, la otra. Apenas dos huesos rozándose, calentándose, provocando dolor. El cuerpo se repliega ante el capitalismo y la ansiedad posmoderna que nos impone la vigilancia permanente; jamás abandonar nuestros puestos de observación, el escritorio, la mesa de currela, la garita. Una vez más nuestro antiguo problema con el mirar y ese desdén por el misterio de los ojos. Nuestra condena a ser topos. Pero, a pesar de todo, salimos. Y lo hacemos a riesgo de ahogarnos entre repartidores de comida, compradores, ciclistas, esos deportistas afectados por el ritmo frenético y con la expresión del rostro contraída, apenas una mueca, corriendo como si escapasen de unas llamas que solo ellos parecen ver, pasajeros veloces hacia la puerta de embarque.

Última llamada.

Los fantasmas nos persiguen y dictan el paisaje. Somos sus ojos, vemos a través de ellos. Nos roban la mirada. Camino imitando los pasos de un muerto, Ribalta, que pasó por aquí hace un siglo. Nada más inútil que salir a la calle cargando sobre las espaldas todas nuestras mierdas. No, al menos por esta vez haría algo distinto. Me jugaba muchas cosas. Esta vez iba a ser más hábil e insistente, levantaría un muro que mantuviera a raya lo máximo que fuese capaz toda la carga negativa. Porque el caminar es como la historia y esta, al mismo tiempo, es similar a la naturaleza humana. Caminamos, contamos, sentimos.

Nadie tiene el expediente limpio. Todos hemos sembrado algún que otro rencor, algún cadáver hemos dejado olvidado en un sótano. Ángel y demonio o los eternos contrarios, complementándose, hablándose. Así que mejor hacer que brillen los caminos del deseo. Renovados, libres, dispuestos a absorber el caudal de información sin interferencias. Caminar es educar el alma. Nivelar la ansiedad. Y si queremos darle al otro —ese otro también puede ser la ciudad— una oportunidad, hemos de perdonar, empezar de nuevo, aunque parezca algo titánico e imposible. Quería hacerlo, lo estaba haciendo. Froté mis ojos una y otra vez para permitir que lo extraño y lo viejo que reaparecían con nuevas luces me saludasen y que yo, a su vez,

recibiera ese saludo con una actitud nueva.

Esta es una ciudad que juega al despiste y se esconde. Madrid cuenta con arcos, arquillos y pasadizos cuyo origen está en nuestro pasado como fortaleza árabe. Para el mundo árabe, las calles no son un espacio colectivo. Por eso, en el trazado musulmán existen numerosas calles sin salida, pasadizos y callejuelas curvas y sinuosas que llevan al engaño. El paseante se encuentra con un muro o un cercado. Son zonas en penumbra, reservadas, que no tienen otro sentido que el de la huida, el escamoteo o el capricho.

Una urbe misteriosa y laberíntica. Las calles rectas son ajenas a su cultura. Una vez que termina la dominación árabe, se intenta organizar las calles de otro modo, con una forma regular y lineal que, no obstante, no se impone del todo. La maraña es grande, y algunas callejuelas y pasadizos tortuosos y ciegos aún permanecen. Son una invitación al juego, a resolver un misterio, otro más. Todavía pueden verse las huellas de esa antigua obsesión por enterrarse en el interior de los templos, como en la misteriosa lápida sepulcral o conmemorativa que hay en lo alto de uno de los muros de la iglesia de San Nicolás de Bari o San Nicolás de los Servitas, la iglesia más antigua de la capital, y donde destaca la torre mudéjar del siglo XII rematada por un chapitel del siglo XVII. Lo viejo y lo nuevo tocándose. En su emplazamiento existió antes una mezquita, a la que sucedió después la iglesia cristiana que ya estaba levantada en 1202, según el Fuero de Madrid. Al menos en este caso el cristianismo no se empeñó en su tradicional vandalismo hacia el pasado y aquí todo se confunde. Una vez más hemos de mirar hacia arriba, al acertijo que es esa lápida en los muros exteriores de la iglesia, para saber quiénes somos. Y hacerlo, además, en el pasadizo de San Nicolás o Travesía del Biombo, otro vestigio de la cultura árabe del ocultamiento.

Todo sigue aquí, bajo capas de lodo acumulado y tierra, en lo alto de los muros, tejados y terrazas o bajo nuestro pies, a apenas un puñado de metros.

La niebla se disipa. Podemos encomendarnos a alguna deidad de las muchas que existen en la ciudad. Aquí el cristianismo, a pesar de las evidencias, de todo su peso de pura negatividad, se hundió en un pantano. Así que mejor los símbolos contaminados. Mucho mejor sumergirse en un nuevo bautismo. Por ejemplo, en el galimatías de nuestras vírgenes negras. No una, sino dos: Nuestra Señora de Atocha y la mismísima Virgen de la Almudena. La primera, indiscutiblemente negra. Negrísima. La segunda, un fraude; su rostro está suavizado apresuradamente. Las vírgenes negras fueron el resultado del sincretismo religioso y la colisión entre católicos y templarios, justo cuando terminaba la dominación árabe. Nuestra divina mezcla. Porque no eran propias de esta parte del mundo sino que llegaron de

otros confines y, una vez aquí, se redefinieron. Nada desaparece completamente, y su segunda vida escondió, aunque torpemente, sus orígenes heréticos y paganos.

La proliferación de deidades paganas reina en las alturas de la ciudad. Hay decenas y son vigías que han visto bombardeos, máquinas arramplando con todo y esa otra clase de guerra moderna: la odiosa gentrificación y especulación inmobiliaria.

El centro es un lugar ideal para mitógrafos y paganos. Carlos Franco, el artista encargado de renovar las pinturas y los murales de la fachada de la Real Casa de la Panadería de la Plaza Mayor, ejecutó el proyecto basándose en personajes mitológicos, como Cibeles, Proserpina, Baco o Cupido. Y otros inventados por él relacionados con la historia de la ciudad y de la propia plaza, como un extraño personaje, Acuático, dios de las aguas subterráneas de Madrid, una ninfa acuática llamada Lagunilla o un torero revolucionario, con capa y embozado, en recuerdo del motín de Esquilache. Incluso, según él, Cibeles y Acuático tuvieron descendencia en un matrimonio imposible. Sexo bajo el agua. Todavía hoy nadie sabe a qué obedece que incluyera el Rapto de las Leucípides, las hermanas Hilaíra y Febe.

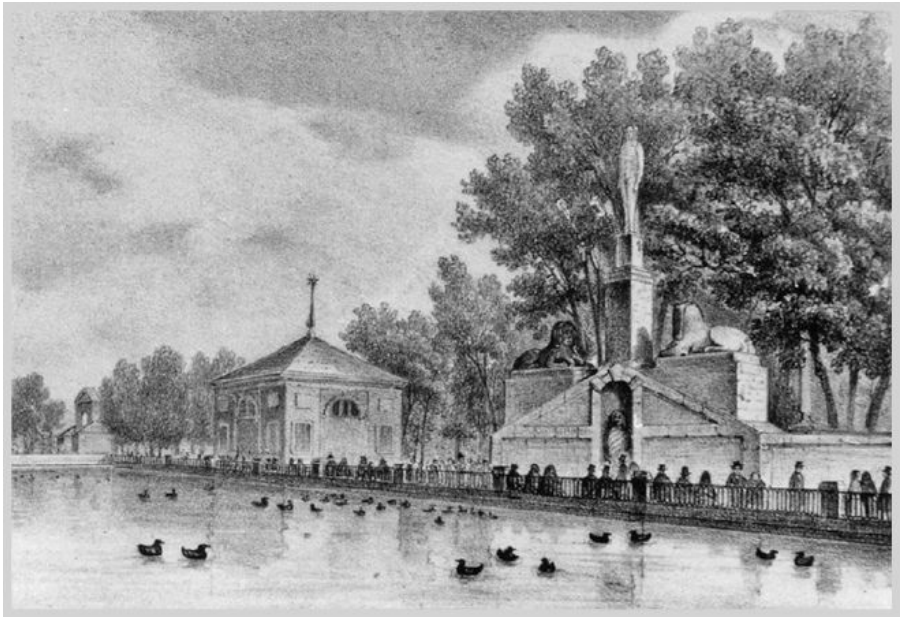
Y avanzamos entre oleadas humanas y ríos humanos. Y al hacerlo nos atraviesan símbolos, pasados, historias que nos definen. Ríos, arroyos, cementerios ocultos. Corrientes de fuerza. Todo ese caudal de energía nos habla, aunque parezca que nadie escucha ni presta oídos. Somos reos del pasado, de lo que fuimos. Madrid es un continuo nodo. Durante siglos, la empuñadura del sello oficial de la alcaldía fue la bellísima silueta de un faraón. Antes de que las enormes esfinges vigilasen el acceso al Museo Arqueológico, estaba la Fuente Egipcia del dios Canopo en el Retiro, que hasta 1922 estaba coronada por Osiris y hoy está mutilada. La extrañeza —da igual las veces que visitemos el lugar, porque siempre ocurre lo mismo— de ver plantado el templo de Debod en pleno centro, sobre las ruinas de lo que fue el Cuartel de la Montaña, regado en su día con sangre en el primer gran episodio de la Guerra Civil en la capital: centenares de oficinistas, fontaneros, periodistas o peones corriendo hacia el recinto con una escopeta de balines, sin casi protegerse, muchos cayendo en el trayecto y, en el interior, tras un enorme pandemónium, cadáveres desperdigados, sangre en la tierra. Una mujer vestida de negro sostiene a una niña y esta, a su vez, empuña una pistola.

Las resonancias siguen.

La cercana montaña tiene su historia, desde luego. Poblada de hampones, vagabundos, prostitutas, que se pierden entre la arboleda, en agujeros infectos en los que muchos malvivían. Allí estaba uno de los focos más miserables de la ciudad. Desde esas alturas, pocos años después del tiroteo y las explosiones del asalto al cuartel, un

observador cualquiera podría haber contemplado una escena aún más sorprendente: hombres uniformados de la División Azul despidiéndose entre vítores, gritos e himnos; brazos en alto, chavalillos encaramados al techo de los vagones del tren, a casi cualquier lugar, trepando para mantener en la retina esa estampa. Muchos no volverán. Marchan a la locura. Van en busca del enemigo que se esconde agazapado en la lejana estepa rusa, donde sucumbirán a la muerte mecanizada. Sangre derramada sobre la nieve, entre ridículas casetas y barracones decorados con carteles de la Feria de Sevilla.

Debod. Isis, levantado estratégicamente, gobierna el lugar. Nuestra edificación o monumento más antiguo es este y vino de Egipto. Aquí no hay nada dejado al azar. Hay quienes sostienen que del culto a la Isis negra proviene nuestro fervor por las vírgenes igualmente negras. Solo que fue un reciclado de imágenes de la cristiandad, perezosa de crear nuevos símbolos. La conversión a la blancura del cristianismo occidental no fue inmediata. Así que Isis está aquí, en Debod, pero también en nuestras vírgenes negras, como una burla del destino o de esa historia que, en ocasiones, bromea consigo misma. ¿Qué diantres adoramos? Demasiadas asociaciones insólitas. Un exceso de tramas y subtramas, el rizoma permanente. Todo eso define a una ciudad y también a quienes la habitan. No hay nada, ningún símbolo religioso, que irradie lecturas inequívocas en una sola dirección. Hay desvíos, cruces de caminos. No puede ser de otra manera en esta ciudad con un pasado árabe tan abrumador, a pesar de las destrucciones y vandalismos cometidos, y de todo el bizarrismo. Un reptil, en concreto un cocodrilo, durante siglos se exhibió en la iglesia de San Ginés, a los pies de la Virgen del Remedio. Neurosis sagrada. Muy contagiosa. Se empieza por lo pintoresco y se termina fundando un nuevo culto casi lovecraftiano. Y sucedió. Numerosos feligreses rendían pleitesía al animal, al que atribuían milagros. Hace algunos años fue retirado, posiblemente arrojado a la basura. Languidecía cubierto de polvo y acartonado. Una disección torpe, algo demasiado grotesco, incluso para el catolicismo.



Estanque del Retiro con el monumento egipcio *(Madrid Artístico,* 1845).

Milicianos en el Cuartel de la Montaña. Albero y Segovia.

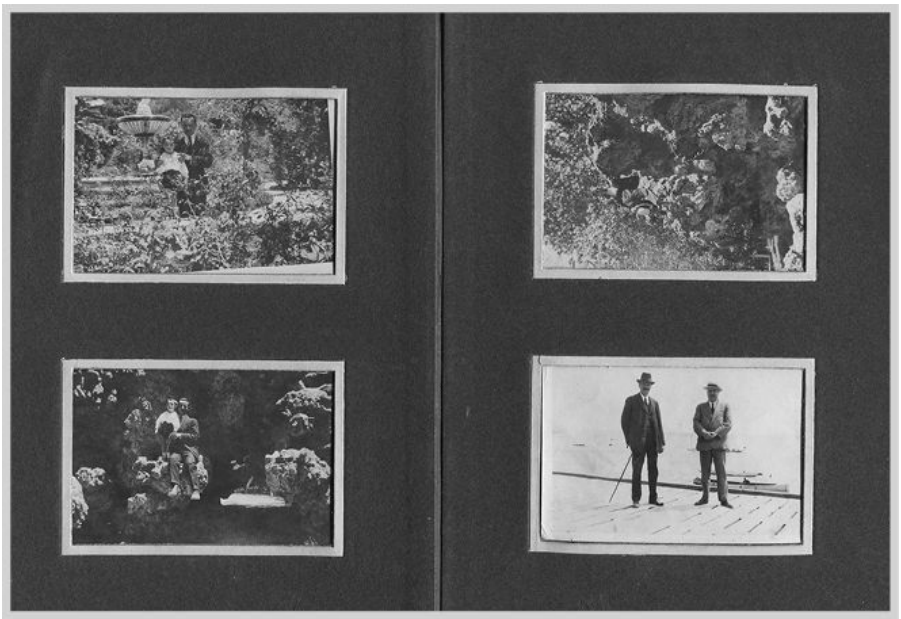
Y luego está todo el asunto del demonio. Un gran monumento dedicado al Ángel Caído en el parque del Retiro, junto a lo que antes fue un cementerio destinado a los nobles derribado en 1874. Justo donde hoy se levanta, siglos antes tenía lugar la fiesta del «Rey de los Cochinos», una curiosa celebración pagana en la que se coronaba a un cerdo, que era llevado en procesión hasta la ermita de San Antonio,

futuro emplazamiento del monumento dedicado a Lucifer.

No busques la coherencia porque no existe, es imposible. Estoy seguro de que Ribalta también captó esta locura, sorteó esa mezcla primordial y, en ocasiones, desquiciante. Hay que trabajar con piezas sueltas, recomponerlo todo a partir del paseo. Esto es un asunto para los filósofos del fuego, para quienes gustan de jugar con materiales alquímicos, los fanáticos de la mezcla proverbial y el sulfuro de mercurio.

El enigma de los ojos

Toda la documentación sobre Ribalta del Colegio de Médicos había sido donada por Manuel Ribalta y Llanés, familiar suyo, hacía pocos años, a finales de los noventa. Suponía que debió de deshacerse de un material que se cubría de polvo en algún armario o desván, o por la muerte del último de un linaje más directo. Ahora que estaba en un punto muerto respecto a conseguir más información sobre él, decidí intentar contactar con este a través de internet. Tras varios intentos fallidos de personas que no eran la que buscaba, lo encontré en Tarragona. Manuel no tenía nada que ver con la medicina. Trabajaba para una empresa de telecomunicaciones y rondaba los sesenta años. Allí estaba, en una red social, un hombre de pelo blanco, grueso, con una aparente rica vida social y sin vinculación alguna con el mundo de Ribalta, del que era su sobrino nieto. Lo que hice fue presentarme, contarle mi historia, lo que pretendía hacer y, sobre todo, hacerle llegar una copia escaneada del álbum, que recibió con júbilo y emoción. Las fotos le habían hecho recordar muchas cosas.



Ribalta junto a su hijo en el Retiro. Abajo, a la derecha, dos individuos sin identificar.

Me contó que su desaparición fue total. Su esposa, Antonia Ribalta del Río, natural de Zamora y seis años más joven que él, se quedó

desolada cuando a finales de mayo o principios de junio —este dato no era del todo preciso, pero en cualquier caso a las pocas semanas de la fecha del recibo del álbum— de 1916, su marido se esfumó. Se habían casado en Madrid en 1908 y, un año y medio más tarde, nacería Joaquín Ribalta, el niño que aparecía en las imágenes.

Jamás supo nada de él. Aquel suceso fue muy sonado, sobre todo entre sus colegas médicos. Algunos pensaron en un crimen —aunque no se le conocían enemistades—, un suicidio o que, llevado por un extraño acceso de locura, hubiera sufrido un accidente mortal. Pero ningún cuerpo apareció. La Guardia Civil y la Brigada de Investigación Criminal, durante al menos un año, realizaron toda clase de pesquisas para tratar de resolver lo que había pasado con él. La famosa nota en que expresaba su intención de abandonar la ciudad siguiendo el deseo y, además, su decisión de hacerlo caminando perpendicularmente en dirección norte, no fue tomada seriamente por los investigadores, salvo como desvaríos de un enfermo mental. Pero todos sus amigos y su propia familia negaron que él tuviera ese perfil. Nunca había mostrado el más leve signo de debilidad mental; era pulcro, ordenado y metódico en extremo. Y su carácter, templado, parco en palabras, siempre sosegado. Jamás nadie lo recordaba encolerizado o perdiendo los estribos, sino todo lo contrario, tranquilo, apocado y más bien aburrido.

Su esposa Antonia, a pesar de que la policía acabó por confiarle que debía pasar página y confesarle que cada año existía un porcentaje, pequeño eso sí, de desapariciones para las que nunca se encontraba explicación alguna, no desistió y contrató a varias agencias de detectives. Una de estas, quizás por intentar estirar el caso y cobrar una nómina mayor, insinuó la existencia de una amante, una fuga por amor, un plan calculado. Pero no aportó más datos y, simplemente, algo así parecía descabellado en alguien como él, del que se conocían muy pocos amigos, salvo un puñado de médicos e ingenieros. Su vida eran los ojos, los enigmas de la luz, el caminar. Era cierto que pasaba muchas horas fuera, cuando no estaba en el Hospital de San Carlos, y que rara vez comentaba el objeto de sus caminatas, pero Antonia pensaba que era algo normal en alguien sujeto a semejante trabajo, sobre todo tras largas sesiones en el Gran Anfiteatro.

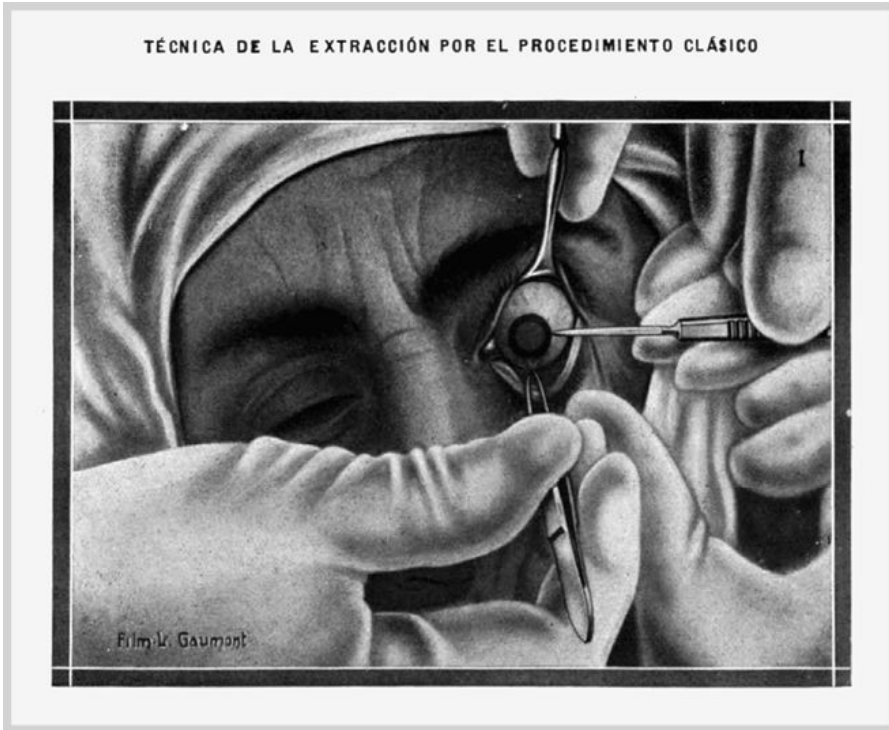
Así que espero y esperó, pero a mediados de 1919, tres años después del suceso, decidió pasar página, o al menos intentarlo. Su hijo Joaquín, entonces con diez años, ya parecía haber asumido la definitiva ausencia de su padre y la familia marchó a Barcelona tras vender su vivienda y despacho de la calle de la Cruz a un empresario textil, incluido todo el material, artilugios y objetos diversos de un Ribalta que ya era historia y pasado.

Una desaparición es siempre una herida abierta, y, en este caso,

más todavía. Los muertos sin enterrar son más muertos aún. Leí con gran interés todas estas confesiones de Manuel, que amablemente me contó todo lo que sabía o había llegado a oídos de él de aquel suceso que marcó a su familia por lo peculiar y raro de todo. Antonia, en Barcelona, entró como modista y, con el tiempo, montó su propio negocio, una pequeña tienda cerca de las Ramblas, que cerró durante la Guerra Civil. Respecto a Joaquín, su hijo, sabía poco. Desde que pudo emigró a Sudamérica, concretamente a Argentina, sin que al parecer nadie supiera a qué se dedicó, pero en su familia se le tenía por una persona inestable y nerviosa, incapaz de llevar a un buen término plan alguno.

Manuel, agradecido, hizo un gesto que lo cambió todo. Al Colegio de Médicos había donado todo lo que tenía que ver con la profesión de Ribalta, dejando fuera cartas personales y diversa documentación. Tras mantener una fluida correspondencia con él, me hizo llegar varios documentos, una veintena de cartas y un cuaderno que contenía un diario suyo desde mediados de 1915 hasta aquel fatídico 1916. «La policía tuvo en su poder este diario, pero no encontró nada relevante en este, salvo que según el agente que solía hablar con su esposa, Ribalta era "todo un personaje". Creo que pensaban que estaba loco. Al cabo de un tiempo se lo devolvieron a Antonia. Quizás a ti te sea útil», confesó.

El diario describe sus innumerables noches en San Carlos, su obsesión casi enfermiza por dar con algo que aún no lograba entender. Con el material quirúrgico más avanzado de aquellos años, mucha paciencia y unas manos cuidadosas y templadas, practica incisiones milimétricas sin que le tiemble el pulso, separa tejidos, penetra en la estructura interna del ojo con toda la complejidad de este. Los cortes deben hacerse sin titubeos, con resolución, tal y como dejó anotado en su cuaderno (25 de abril de 1916): «En todo caso hay que evitar a toda costa hacer una excesiva presión sobre el órgano, así como usar hojas afiladas o cualesquiera otros objetos cortantes en el interior de las cámaras oculares. El riesgo es perder el preciado humor vítreo. Con frecuencia, uso ventosas minúsculas que manipulo con todo cuidado, mediante sutiles movimientos que mis manos, hasta la fecha, consiguen realizar con éxito. Tan solo debo retirar la pequeña ventosa y, casi milagrosamente, sale el cristalino y su cápsula. Incisiones profundas o cualquier violencia sobre el ojo echarían a perder tanto este como el trabajo realizado, así como provocarían graves deformaciones o males aún peores».



Procedimiento de extracción de ojo. Gaumont.

Durante horas y horas —es sumamente exquisito a la hora de consignar en su diario el tiempo de trabajo empleado— recoge tumores, explora infecciones oculares y cultiva microbios. Posiblemente es visto por parte de la comunidad científica y profesores como un tipo raro, solitario, meditabundo y poco dado a la conversación.

Su red de colaboradores, a pesar de ello, no para de crecer. Los nombres de varios sujetos, a los que se refiere por sus nombres de pila (Rodrigo, «el Cortado», y, sobre todo, Enrique «el del Hotel del Negro», este último habitual en su diario), van y vienen por sus páginas. Son sus proveedores de cadáveres, que me recordaron a los ladrones de cadáveres victorianos y a aquellos médicos que pagaban a tipos patibularios por el suministro, pero lo cierto es que entre nuestros cirujanos de aquellos años era algo habitual este tipo de prácticas con fines de estudio y experimentación.

Algunos de estos proveedores cobraban dinero, otros lo hacían sin aparente contraprestación, aunque es probable que existiera algún tipo de compensación. En cualquier caso, los cuerpos llegan sin cesar. En una sola semana, como dejó consignado, se alcanza la cifra de catorce. Incluso, en ocasiones, cuando el preciado material ocular se pierde o menoscaba de una u otra manera, recurre a veterinarios, que

le proveen de otros cuerpos, en este caso, animales, como caballos o vacas, sin que sepamos exactamente la razón de la preferencia por estos.

Trabaja con mucha presión en una actividad frenética contra el tiempo. Sobre la mesa esparce tumores raros e infecciones desconocidas. Su insistencia no tiene límites. Pronto comienza a practicar otro tipo de experimentos relacionados con la catóptrica y la dióptica, la afectación de la luz sobre el ojo humano. Mientras tanto, el trasiego en su modesta consulta es incesante. Muchos colegas lo consideran el más hábil y capaz para tratar ciertas enfermedades de los ojos, las temidas lesiones del ver, patologías oculares severas de las que se sabe bien poco. Y al tiempo que recibe pacientes, aumenta la colección de objetos raros que van a parar a las vitrinas de su piso, creando así un pequeño museo que debió de llegar a contar con numerosos ejemplares, algunos muy singulares y valiosos, como piezas anatómicas y anomalías médicas, e incluso desarrolló prototipos de implantes en los ojos relacionados con las lágrimas.

En 1914, en la *Revista de Oftalmología de Madrid,* publicó su artículo «Exploración de un ojo que llora», que despertó un gran interés, puesto que se trataba de una materia sobre la que casi nadie se había manifestado antes, a pesar de que existía una tradición de ocularistas, los especialistas en la fabricación y ajuste de prótesis oculares para personas que han perdido un ojo o ambos, que se remontaba a siglos atrás. Y Ribalta, como leí sorprendido, había sido uno de ellos.

Los ocularistas construyeron ojos artificiales de vidrio durante la edad de oro de la fabricación de vidrio italiana, sobre todo en Venecia durante el siglo XVI. En el siglo XIX, Europa era reconocida como un lugar de excelencia en la artesanía artística y Alemania se convirtió en el centro de producción de ojos de vidrio. Al principio se utilizaban diferentes materiales para la confección de los ojos artificiales, pero el cristal fue el mejor tolerado por los pacientes. El ocularista francés Auguste Boissonneau, conocido como «tallador vidriero», fue quien finalmente formuló los términos «ocularista» para referirse a la persona que hacía los ojos y «ocularística» para designar la profesión en sí misma.

A comienzos del siglo XIX, como resultado de esta especie de monopolio francés, muchos cirujanos oftalmólogos alemanes comenzaron a buscar un sustituto más económico y, a ser posible, de fabricación alemana. Una figura importante en la historia alemana de los ojos artificiales fue Ludwig Müller-Uri, un soplador de vidrio y fabricante de ojos de muñeca que desarrolló vidrio para uso protésico con la población local. En 1868, en colaboración con su sobrino Friedrich Müller-Uri, creó una nueva forma de vidrio llamada «criolita». Este nuevo tipo de vidrio era más liso y muy resistente al

desgaste causado por las lágrimas, lo que aumentaba la vida útil del ojo, mientras equipos de ocularistas alemanes dispensaban ojos artificiales visitando pueblos y ciudades de toda Europa y América.

Sin embargo, la fabricación de ojos de vidrio seguía siendo un negocio altamente especializado, lento y costoso. Los ojos artificiales producidos durante el siglo XIX son verdaderas obras de arte, objetos artesanales de una perturbadora belleza.

Lamentablemente, del Ribalta ocularista no se conservan sus invenciones, a juzgar por la noticia publicada en *El Heraldo de Madrid* (mayo de 1919), donde se da cuenta de la venta, a muy bajo precio, de «utensilios, aparatos y rarezas existentes en la consulta del médico, desaparecido hace ya tres años, el doctor Ribalta», una vez que se desmanteló su despacho, consulta y vivienda y su esposa Antonia, junto a su hijo, marcharon a vivir a Barcelona.

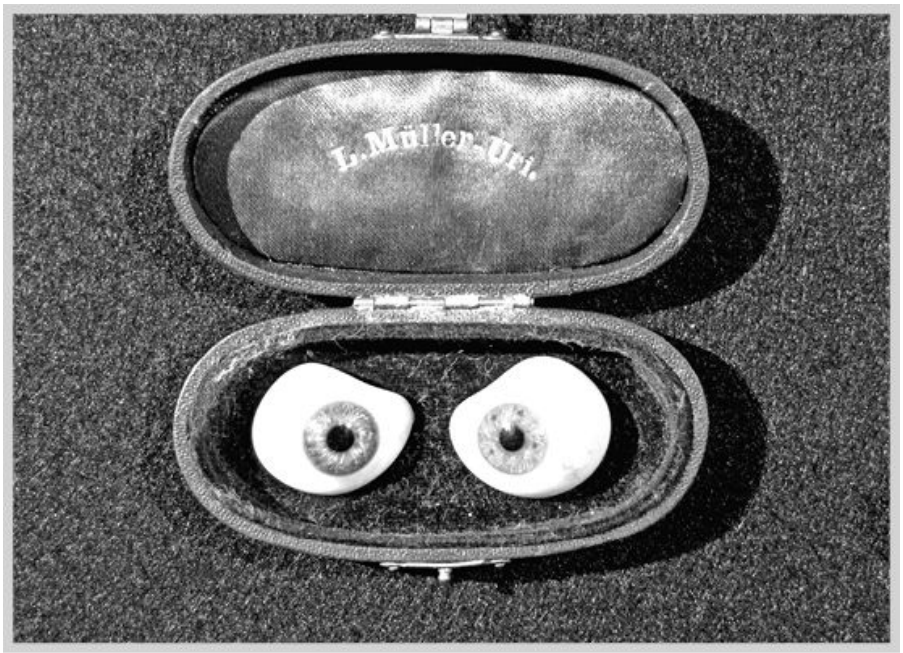
Con frecuencia, las mentes más originales y brillantes son a menudo sorprendentes y contradictorias. Grandes matemáticos y científicos, en muchos aspectos de su vida cotidiana, manifiestan una personalidad débil, limitada o paranoica. En el caso de Ribalta, se trata de casi una doble vida, de la que muy posiblemente su esposa no sospechó nada. Junto al profundo estudio médico de las enfermedades del ver y su trabajo como ocularista, alrededor de 1910 empezó a colaborar para la compañía Éden-Bébé, una de las empresas internacionales, en este caso francoalemana, más importantes en la fabricación de juguetes y muñecas. En su documentación hay muchas cartas con el sello de la compañía, así como recibos y facturas. Algunos de sus diseños de ojos, tras examinarlos con detalle, están claramente destinados a ser parte de este tipo de artefactos.

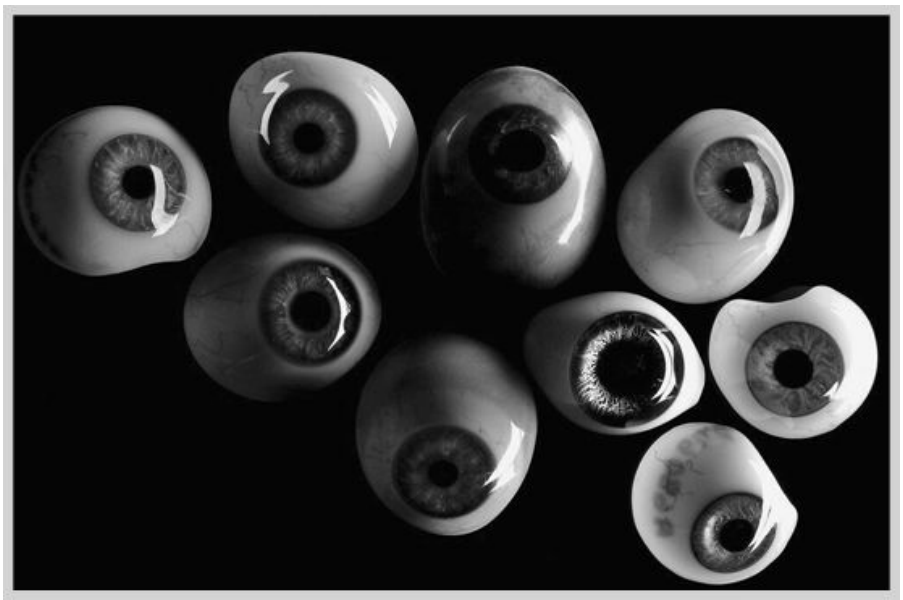
Éden-Bébé contaba con una sucursal en Barcelona, en la calle Consell de Cent, desde hacía algunos años, aunque operaba bajo el nombre de Lehmann y Cía. Funcionó hasta 1935, año en que se liquidó debido al auge del Tercer Reich, puesto que sus industriales eran alemanes de origen israelí. Nuestro país, desde las últimas décadas del siglo XIX, mostró apoyo a los judíos, que en lugares como Rusia sufrían una gran persecución. Nos pesaba un sentimiento de culpa histórica ante la expulsión judía cometida siglos atrás.

Hoy en día su rastro no se ha perdido del todo. Después de que sus dueños se exiliasen a Latinoamérica, continuó subrepticiamente sus actividades, aunque con el nombre de Lemanos S.A., y fue dirigida por su apoderado Vicente Torra y sus herederos. Actualmente se dedica a la fabricación y venta de disfraces.

Comercializaba muñecas articuladas con cabezas de porcelana de gran realismo y belleza. En sus instalaciones disponía de secciones de peluquería y talleres mecanizados de confección. La compañía contaba con modelos de lujo y otros más económicos. Sus muñecas tenían una

finalidad claramente educativa. Siguiendo una tendencia surgida un siglo antes en Francia, las muñecas de porcelana se esculpían por las mejores manos y vestían con los mejores modelos a escala, según la moda de París. Las muñecas francesas combatían la preocupante infertilidad nacional y se transformaron en un símbolo; de ahí que el nombre de Éden-Bébé remita al jardín del Edén bíblico.





Estuche con prótesis de ojos de Müller-Uri.

Sus muñecas, toda una revolución en la industria del juguete, rápidamente desplazaron a la tradicional, la de cartón piedra, mucho menos realista y muy tosca, pero más barata. En las aduanas usaba la argucia de registrar troncos y extremidades de muñecas de porcelana como producto de cerámica, lo que suponía unas tasas de exportación más bajas. Las muñecas contaban con entre cuatro y diez articulaciones y las extremidades eran de pasta o cartón. Ya no eran bebés, sino niños y niñas de corta edad y con carácter, un gran ultrarrealismo que el público agradecía. Incluso se comercializaban «bebés negritos» étnicos.

Algunos modelos escondían sorpresas. A veces los troncos llevaban incorporadas unos mecanismos que imitaban los sonidos de «papá» o «mamá». Había muñecas «andadoras» que podían caminar por medio de un mecanismo, o las «vivientes», inspiradas en los autómatas de las barracas de feria. Se trataba de muñecas que se publicitaban como si estuviesen vivas e intercambiables por una niña real. Al mismo tiempo que movían brazos, piernas y cabeza, un fuelle imitaba la voz infantil, y las cabezas estaban hechas con pelo natural o pelucas de mohair.

Toda la fabricación de cada ejemplar estaba automatizada, menos los ojos de cristal, que debían necesariamente instalarse a mano. Varios de los ojos de la compañía eran denominados «humanos» porque eran tan tremendamente realistas que asustaban. Podían cerrar los ojos, simulando dormir, o girarlos para poder ver de reojo. La muñeca se depositaba en su caja de cartón siempre con los ojos cerrados para que, al abrir la caja, el comprador o compradora sintiese que esta cobraba «vida», como si acabase de «nacer».

Los ojos estaban hechos de un cristal transparente. Ribalta fabricó muchos de estos a partir de sus investigaciones y trabajo de campo. La empresa lo consideraba uno de sus grandes artesanos. Por sus modelos recibía una importante suma de dinero para la época. Los pedidos llegaban sin cesar y las principales marcas se lo disputaban. Carecía de competencia, puesto que ninguno de aquellos otros creadores de ojos artificiales conocía tan bien el oficio; Ribalta había estudiado, operado y extraído centenares de ojos y sus obras resultaban escalofriantes porque parecían no distinguirse de los reales.

Recuento de desapariciones

La piqueta, en los tiempos de Ribalta, ya se había cebado con la Puerta del Sol. De los primitivos edificios hoy solo queda el de la Casa de Correos, luego Gobernación y Dirección General de Seguridad, hasta ser la actual sede de la Presidencia de la Comunidad de Madrid. En lo alto, en su fachada, vigila Heracles, aquel que mató al monstruoso león de Nemea, orgulloso y tocado por la piel del león como símbolo de victoria. Aquí solo pueden habitar fantasmas.

Ya desde su construcción el edificio era un abismo, algo brusco, plantado ahí de forma forzada. La leyenda, muy conocida, dice que Satanás se apareció ante los obreros que trabajaban en su construcción y advirtió de que el edificio estaba maldito porque seguía el diseño de un arquitecto francés, Jaime Marquet, que arrasó con dos manzanas, en total veintitrés casas castizas, para lograr su sueño arquitectónico. El odio eterno hacia lo francés. Las autoridades llegaron a contratar a un cura que bendijo las obras.

Nada más terminarse el edificio, se aposta permanentemente una guardia armada destinada a sofocar levantamientos populares. El último motín debía ser el de Esquilache, pero desde luego siguieron otros. La plaza siempre está lista para el motín y los altercados. En decenas de ocasiones yo mismo he corrido por la zona, entre cargas policiales, escaparates viniéndose abajo y barricadas en llamas.

La piqueta acabó con ese misterio que en ocasiones son los nombres de las calles. El recuento de desapariciones es grande. Existió una vez un callejón con un nombre maravilloso: de la Duda, entre la calle del Arenal y Mayor. Pero no hay fotografía alguna de este, tan solo lo que dejó su solar, unas escombreras y poco más. Allí, sobre una gran alcantarilla, se instalaron los primeros urinarios públicos (no pude evitar fantasear con uno de esos inmundos urinarios como máquinas del tiempo, un doctor Who castizo, saltando fangales y alcantarillas, esfumándose tras una cortina de humo). Costaban cuatro cuartos y, una vez dentro, te encontrabas con nueve retretes, seis para caballeros y tres para señoras. También había un pequeño gabinete de lectura y un modesto despacho de cervezas y licores.

Más tarde, a mediados del siglo XIX, existen repartidos por toda la ciudad quioscos-retretes de hierro y cristal que se usan, además, para fijar carteles y avisos publicitarios. En ocasiones también venden prensa. Los anuncios toman la ciudad. Hay por doquier biombos portátiles con publicidad y aparecen los primeros hombres-anuncio, como un tal don Antonio, descrito por Carlos Arniches como un

estrambótico paseante metido en una gran botella de cartón con la que anuncia el coñac Diez Cepas, hasta que unos gamberros se burlan de él y destrozan su disfraz.

Hay incluso quien propone colocar, en lo alto de las azoteas de la Puerta del Sol, una caseta de madera con un telón de lienzo movible que se iluminaría, como si fuese una linterna mágica, proyectando anuncios. Las autoridades rechazaron la ocurrencia, alegando que supondría un colapso todavía mayor al existente en la plaza; los transeúntes se quedarían embelesados observando los sucesivos anuncios y haciendo la zona todavía más «intransitable».

La muerte ronda por ahí, se desperdiga y crea una especie de muro en apenas un puñado de metros, donde se levanta la antigua y siniestra Dirección General de Seguridad y, tiempo antes, Ministerio del Interior. También en las sorpresas que deparan excavadoras y tuneladoras cuando descienden al subsuelo: en 2008, durante las obras de reforma de la actual tienda de Apple, las máquinas dieron con restos de la iglesia del Buen Suceso, destruida en 1854 y antiguo hospital de leprosos. Durante siglos, para el populacho, la Puerta del Sol era la Puerta de la Pestilencia.

Cinco años más tarde sucede lo mismo con el sótano abovedado del antiguo Hotel París, erigido en 1863 sobre las ruinas aún calientes del hospital del Buen Suceso, anejo en su día al templo. También, mientras escribo esto, hay otros hallazgos que provocan el pánico ante unas autoridades poco interesadas en preservar el pasado; los restos arqueológicos, con frecuencia, son incómodos y siempre costosos.

No es posible que haya una Puerta del Sol. Toda esta zona es en realidad una pantomima, en este caminar mío en semicírculos alrededor de los hallazgos que me voy encontrando.

Porque no es posible que aquí exista puerta alguna, ni rastro del viejo portillo arrabalero que un día se levantó, pero tampoco de algo así como una puerta. Esto es un puerto, el Puerto del Sol, con sus personajes típicos de las ciudades con mar. Patibularios, tatuados, prostitutas, gente sin blanca, artistas hambrientos, hijos de aristócratas jugando a ser peligrosos. Casi puedo percibir la brisa del mar, llegando en oleadas, a veces de forma difusa pero en otras ocasiones metiéndose en cada poro de la piel. Y se queda pegada a esta, te la llevas contigo. Lo presiente Galdós, siempre dispuesto a rodearse de toda clase de metáforas marinas: «Todos los ojos miraban a la Puerta del Sol, por donde sonaba como el mugido del mar», escribe en *El amigo Manso.* Un gigantesco rompeolas.

Este es un nuevo reino, nuestro distrito cero. El punto en el que todos aquellos que pasan por aquí se disponen a partir y hacerse a la mar. Un océano de asfalto, una quimera. Desaparecer es imposible. O

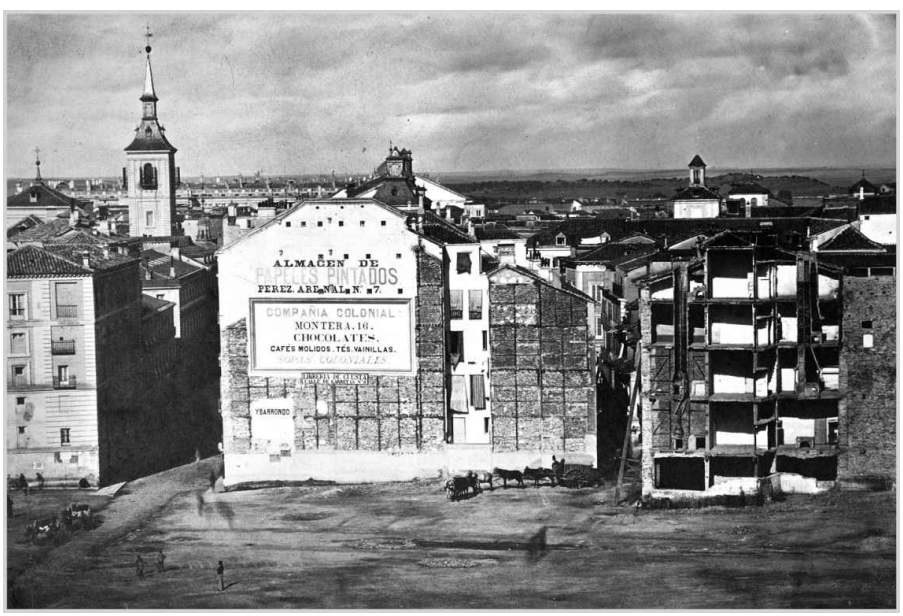
casi. Buscan zarpar en el último barco o viajar en bodega como polizontes, abandonar la ciudad, igual que aquello que yo estoy haciendo o me dispongo a hacer, porque ante mí tengo un océano interminable de edificios que voy sorteando, y, al hacerlo, no paro de escribir.

Hay que escribir hasta el final.

Mi paseo, un caminar de ensoñación, atraviesa la ciudad oculta, sus pasajes nunca vistos, esos rotundos cambios de escena y escenarios, todas sus correspondencias que para mí resuenan y aparecen a través de viejas fotografías, cuadros y grabados.

Es enero de ese mismo año de 1873 y el grabado que se conserva muestra a una multitud atravesando la Puerta del Sol tras desembocar de la calle Carretas. Los manifestantes llevan grandes estandartes, algo habitual entonces, en los que se ve a negros con cadenas y se leen lemas antiesclavistas. La mayoría son hombres y visten elegantemente. También desfilan algunos negros con porte distinguido y una de las cuatro bandas de música que participan en la manifestación por la abolición de la esclavitud en las Antillas españolas, Puerto Rico y Cuba.

Al pasar ante las casas de destacados partidarios de la esclavitud, los músicos hacen un alto y entonan la famosa canción *Trágala,* compuesta por los liberales y convertida en himno en su lucha contra el absolutismo y la Iglesia: «De los pellejos de los serviles hemos de hacernos portafusiles / Y al que le pese que roa el hueso y un cordelito para el pescuezo / Trágala, trágala». Los más reaccionarios ridiculizan la masiva manifestación, calificándola de «negrófila».



Derribo de la Puerta del Sol, entre la calle Arenal y la calle Peregrinos (1869). BNE.

Varios de los líderes son masones. En las pancartas hay emblemas de logias, como la de Comuneros de Castilla. También figuran algunas mujeres, posiblemente integrantes de las Hijas del Sol, una logia masónica fundada el año anterior y que edita un periódico del mismo nombre. Sus estatutos reflejan una organización interesante y hermética, como hermanas de la masonería que eran y también pioneras feministas, donde «diez Hijas del Sol reunidas, constituirán una constelación: diez constelaciones, un sistema; diez sistemas, una zona; y diez zonas un cielo». A su vez, «las constelaciones se compondrán de estrellas; los sistemas, de planetas; las zonas, de auroras; y el cielo, de soles. Las diez estrellas de cada constelación elegirán un planeta; los diez planetas de cada sistema, una aurora; las diez auroras de cada zona, un sol; y los diez soles de cada cielo, un Gran Sol».

Su secretismo es extremo. Tras saludarse dos integrantes de las Hijas del Sol, se sigue un apretón de manos y este diálogo en clave: «¿Eres Hija del Sol? / Y del cielo / ¿Qué brillo tienes? / Estrella (o bien planeta o aurora, etc.) / Dame la luz». Hay otras logias femeninas, como Minerva, pero las mujeres ya están en casi todas las organizaciones esotéricas y secretas mayoritariamente masculinas. Sus nombres simbólicos no dejan lugar a dudas de que algunas de ellas son radicales: Luisa Michel, Carlota Corday, Safo o Cleopatra.

En el grabado vemos más cosas. Al fondo, se levanta el edificio en que se fundaría la Cripta de los pombistas, la guarida de una vanguardia en la que se veían reconocidos ultraístas, necrófilos, filofascistas y decadentes liderados por Gómez de la Serna. La banda del subsuelo, la pandilla de la Cripta.

Es la hora de pasar a describir a quienes frecuentan el Puerto del Sol, la habitual tropa de las zonas portuarias. Los liquidadores del pasado.

La banda de la Sagrada Cripta

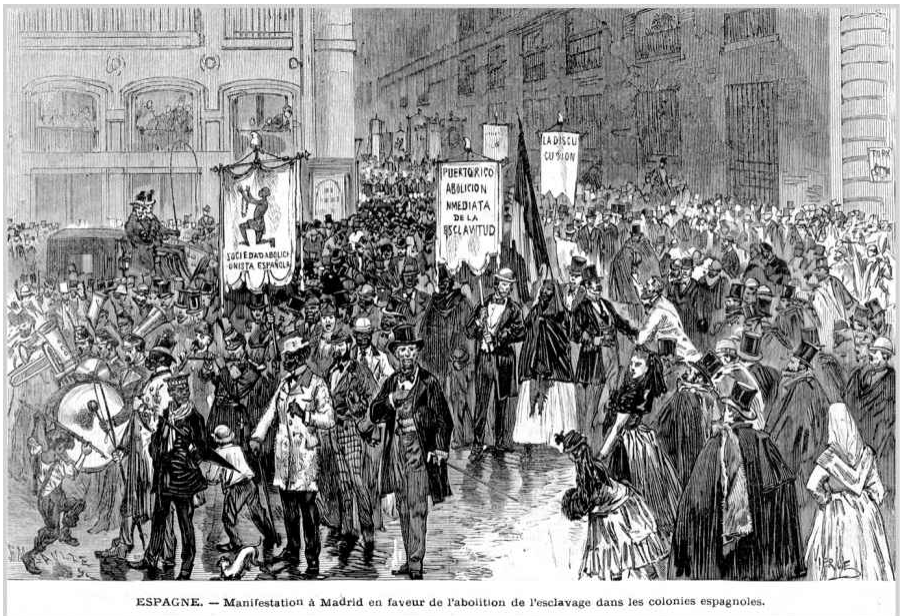
Un enorme chillido retumba en el mitin anarquista que se celebra en el parque del Retiro. El estruendo es tan formidable que desencadena una pequeña revuelta en la que interviene la policía, que detiene a Ramón Gómez de la Serna, autor de semejante alarido. «Yo —yo mismo— inicié con un grito inusitado la contienda general que hizo que acabase el acto en el mayor desorden», afirma orgulloso años más tarde. Los intentos de unir a republicanos y socialistas se van por la borda. En comisaría comprende cómo un acto pequeño e imprevisible puede provocar consecuencias mayores.

Lo que sigue a continuación son descomunales alardes de brillantez: a lomos de un elefante o subido al trapecio de un circo continúa hablando, disertando de cualquier tema. Francisco Umbral lo define como un «anarquista» que no se parece a ningún otro: «El anarquismo de Ramón era pacífico y poético, y en esto hay que considerarle precursor de las actuales acracias juveniles. Porque Ramón sigue siendo un anarquista hasta la muerte. Anarquista porque no conoce autoridad y porque cree en la bondad natural del hombre y del mundo. Está muy cerca de suponer que todo marcharía bien por sí solo. No es el anarquista que quiere dinamitar ideas, sino el que lo dejaría todo a su aire, confiando en el curso sensato de las cosas».

Hacía falta un poco de insensatez. Colgar los hábitos, perder un poco el control. Un año antes de la fundación del Cabaret Voltaire de Zúrich, que lo cambiaría absolutamente todo, se inaugura la Sagrada Cripta de Pombo en el Café Pombo —también conocido como café de Pombo y antiguo café y botillería de Pombo—, situado en el número 4 de la calle de Carretas, justo donde hoy está la entrada a la Consejería de Presidencia. Allí organiza, la noche de los sábados, tertulias literarias y banquetes «para fomentar la buena doctrina de la amistad».

La Cripta no es una cueva, tampoco un antro, replica él, haciéndose el molesto. No es un local luminoso y espectacular, sino más bien todo lo contrario: languidece entre el ajetreo y frenesí que lo rodean. Hay que bajar, descender al sótano, donde siempre suceden las mejores cosas, se traman las conspiraciones y se preparan golpes de mano. La entrada al subsuelo tiene dos puertas para evitar que se cuele el aire en el invierno. Se siente la humedad, los estratos del viejo Madrid, capas y capas de memoria superpuestas. Es como si se estuviera en un subterráneo, bajo tierra, en la ciudad al revés. La estancia se divide en cinco gabinetes intercomunicados por vanos en forma de arco y con

un salón central, al fondo del cual hay un pequeño mostrador. El techo es bajo, y los muros, muy gruesos. Aunque tiene luz eléctrica, Gómez de la Serna siempre pide que la apaguen porque le deslumbra. Él prefiere la penumbra del gas.



ESPAGNE. — Manifestation à Madrid en faveur de l'abolition de l'esclavage dans les colonies espagnoles.

Manifestación contra la esclavitud a su paso por la Puerta del Sol *(Le Monde Illustré,* 1873).

Es un cenáculo avejentado que los sábados se transforma también en cónclave al que puede sumarse quien quiera, como el pequeño ejército de desastrados que acuden, tipos medio muertos que van y vienen y, de vez en cuando, dejan su testimonio. Algunos andan mal de la cabeza, pero eso allí es una virtud y no desentona. Aquella catacumba, ermita o sinagoga bajo tierra y cubierta de espejos nunca se ha sometido a reforma alguna; es sombría, angosta y, para algunos, agobiante; está cargada de humo y los contertulios se divisan entre sucesivas humaredas. En la espesura se vislumbran rostros de personajes vestidos de negro y el suelo está cubierto de colillas, cerillas y papeles.

El café Pombo (circa 1930).

Arriba es una botillería más, y de las menos concurridas de la zona, donde los cafés son ocupados por una multitud vociferante. Pero allí, no, al menos en ese momento, y por eso lo eligen. Entonces le dan ínfulas insólitas: a la hora de escribir el manifiesto fundacional, adornan la elección con referencias a la sonoridad de su nombre, el parecido que tiene a un caserón de novela gótica, ese aire decadente y como en tierra de nadie del mobiliario y la decoración nada ostentosos. Sagrada Cripta de Pombo. Ninguna nostalgia del pasado, ninguna promesa de futuro.

Gómez de la Serna, su indiscutible gerifalte y líder, sabe manejar a aquella plebe de poetas, alcohólicos, algún hampón, pintores y teósofos. Prepara el escenario, dispone todo para que suceda el pombismo, o, lo que es lo mismo, el ramonismo, y eso que detestan, tal y como proclaman, todos los ismos, y, si no surge la chispa, se la provoca con juegos presurrealistas, declaraciones estridentes y humores. Gómez de la Serna es «El Presidente de los jóvenes poetas viejos», mientras que los asistentes a su tertulia son bautizados como los «jóvenes poetas viejos». Su acción se dirige contra el aburrimiento: «Desviemos el aburrimiento y utilicémosle de cualquier modo, pues así como hay que quemar grasas, hay que quemar el aburrimiento de la vida», proclama.

Un año antes de la desaparición de Ribalta, se publica la «Primera proclama de Pombo», donde se denuncia el embrutecimiento de la guerra, su carácter antropófago, «algo así como el afán de una tiranía brutal, algo como el bajo gusto de golpear y de ser golpeado, como el

deseo de una sumisión indigna unido el deseo de una ciega y atropellada turbulencia», añade.

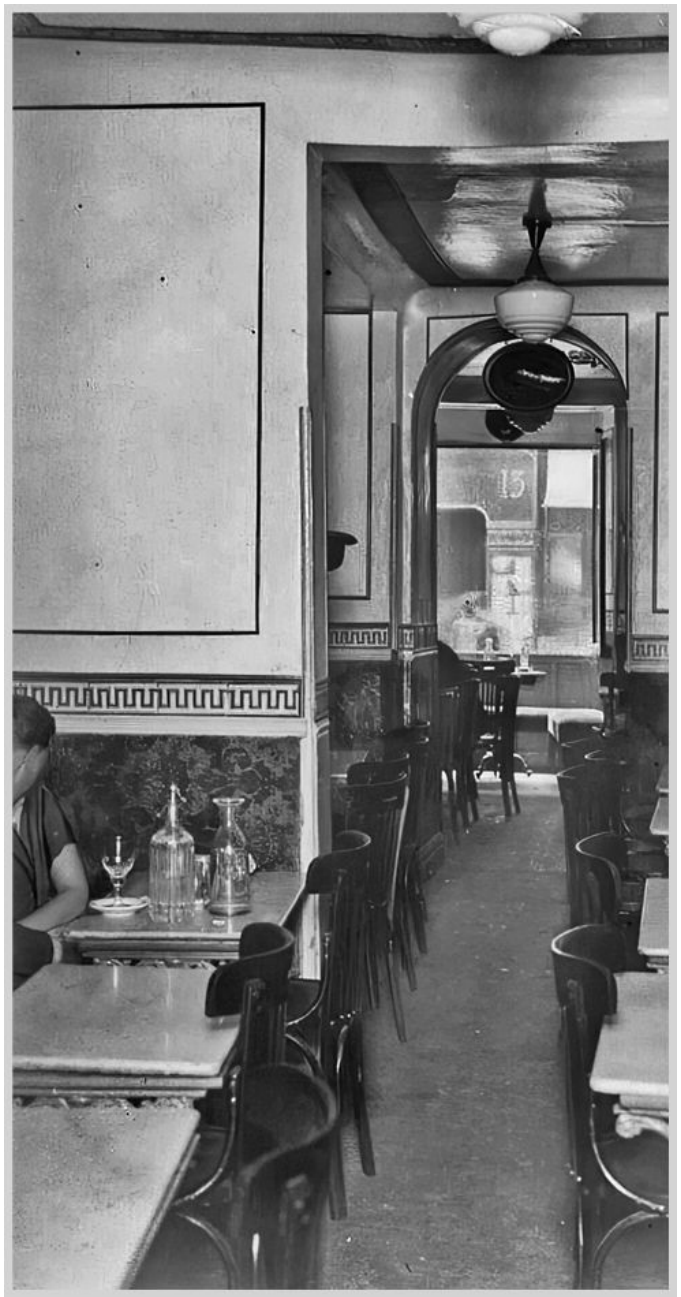
A su alrededor se reparten los vestigios de la primitiva plaza, con sus callejuelas estrechas y, a apenas veinte metros, el lugar en que se concentran los carteles, octavillas y panfletos radicales, la fachada del Ministerio de Gobernación que daba a esa calle, justo en su esquina. Para ver cómo es tenemos antiguas ilustraciones en periódicos. En un viejo grabado vemos esa esquina, donde se leen grandes carteles con titulares como «¡Muerte a los ladrones!», fruto de los días de «La Gloriosa», cuando el caos es aprovechado por bandas criminales para cometer atracos y robos o soltar proclamas revolucionarias. Antes de que los pombistas lanzasen su campaña estridente, voceros y agitadores profesionales se dejan caer por allí para repartir panfletos, gritar consignas y encender los ánimos.

Josep Pla, que lo visita, lo describe como «un café silencioso y ochocentista, con mesas rectangulares de mármol para cuatro personas, alargado, con forma de túnel, de techo abovedado y unos espejos anacrónicos en las paredes de un color melancólico». Aquellos «últimos intelectuales» son una compañía espectral de «caras pálidas, caras largas, caras famélicas, barbillas temblorosas, ojos calenturientos, higiene equívoca, vestidos que dan la impresión de haber sido prestados. Ramón es la única persona del local que da la impresión de haber cenado». Pla enmudece y se sorprende. En su escritorio, toma la pluma y confiesa que «Madrid es tal vez la ciudad del mundo donde se oyen decir las cosas más extravagantes».

La concurrencia es numerosa y variada. Tomás Borrás o José Gutiérrez-Solana, entre otros más de un pequeño grupo de escritores y artistas, firman el manifiesto fundacional, al tiempo que rivalizan con el cercano café Colonial, dirigido por Rafael Cansinos Assens, autoproclamado inventor del ultraísmo y comisario de la vanguardia, que exige a Gómez de la Serna que disuelva su grupo porque este le hace competencia. Pombo, asegura, es un desierto. Él, por supuesto, hace oídos sordos. Cansinos Assens no es inventor de nada, y menos aún del ultraísmo. Su inventor es Guillermo de Torre, que lo venera, aunque este, en más de una ocasión, le evita y le da largas. Él, lastimosamente, no desfallece, y lo busca cada noche en los lugares a los que sabe que acude, pero no aparece. Le escribe, y a veces hasta se ofende y pregunta qué es lo que pasa. A pesar de las afrentas, Guillermo de Torre siempre acaba regresando.

Pombistas y ultraístas, en ocasiones, se agreden. El poeta peruano Alberto Hidalgo, en un rastrero alarde de homofobia, hacia 1927 escribe en su *Diario:* «Hace siete años, de vuelta de Europa y como resultado de mis correrías por cafetines literarios de Madrid escribí, en uno de mis libros, esta frase: “El Ultraísmo es un sport de andróginos”.

Esto era exacto. Desde su Pontífice Mayor [Cansinos] hasta su Secretario Perpetuo [Guillermo de Torre] y muchos de sus ahijados, los ultraístas poseían una evidente sensibilidad posterior. Por un Larrea, un Gerardo Diego, y otras personas decentes, había media docena de jóvenes fácilmente catalogables en los archivos del proxenetismo masculino».



Interior del café Pombo (circa 1930).

Gómez de la Serna, en *La Sagrada Cripta de Pombo,* arremete contra todos ellos, especialmente contra Cansinos Assens, al que tilda de «pobre desgraciado», o Torre, «un hombrín con personalidad propia, y cuyo único defecto son sus orejas en forma de abanico; pero cuyo tamaño no tiene nada de particular, después de todo, pues su grandura es lógica, porque así como hay "relojes de torre", esas son "orejas de torre"».

Pero eso sucede luego, cuando las armas salen a relucir. Antes, a través de una numerosa correspondencia poco conocida, se evidencia la admiración de Gómez de la Serna por Cansinos. El primero, una y otra vez, en un tono imperioso y urgente, muy quejumbroso, le pide y hasta suplica que se deje caer por la Cripta. Los sábados, a partir de las diez y media de la noche, que es cuando comienza la tertulia y bajan en tropel al sótano. «Querido Cansinos: le necesitamos a usted allí. ¿Por qué no va? Sigue usted otro camino en la noche y eso no está bien», escribe. Pero él hace oídos sordos y ni tan siquiera contesta.

Hay numerosos actos y contraactos, parodias y declamaciones en aquel «templo sin dioses» donde tienen lugar banquetes heterodoxos y homenajes a «Don Nadie» como burla a la clase política, literatos de postín y curas. Aparte de los banquetes y tertulias, realizan juegos de creación colectiva que adelantan el surrealismo, como «diálogos triviales», las «kleksografías» o los borrones de tinta, dados en terrones de azúcar o el «juego del cerdo ciego», que consiste en dibujar un ojo con los ojos vendados a un cerdo dibujado previamente, concursos de «palabras adorno» o las tertulias grafitadas en las mesas de café que anteceden al grafiti actual.

Tzara

Es como un constante polo de atracción. Originales y réplicas compartiendo un espacio común, aunque en 1929, el año en que Tristan Tzara baja los escalones del Pombo, los dadaístas han sucumbido ante el empuje del surrealismo, algunos devorados por sus propios fantasmas.

España está a punto de salir de una dictadura. El general Primo de Rivera, que no duda en alternar con *vedettes* y *cocottes,* se siente cansado y enfermo. El *Bulletin Dadá* 6, publicado en marzo de 1920, recoge los nombres de tres españoles, ultraístas todos ellos, entre los «Présidents et Présidents» del movimiento: Cansinos Assens, Guillermo de Torre y Lasso de la Vega. Torre es, desde luego, el más conectado con la anarquía dadaísta.

Gómez de la Serna pronuncia un discurso en lo alto de un elefante. Dibujo de Pierre Payeu.

Ver a Tzara irrumpiendo en la Cripta es un sueño hecho realidad. También visita la redacción de *La Gaceta Literaria,* dirigida por Giménez Caballero, con el apoyo del ultraísta Guillermo de Torre: «Tristan Tsara y Madame Tsara [sic]. Él, con su monóculo agresivo, su próximo libro "L'homme approximatif", su estaturilla impertinente y violenta, dulcificada por el halo rubio y nórdico de Madame Tzara, delicada como cerámica danesa», se lee en el periódico del café Pombo, editado por Gómez de la Serna: «Pombo se jovializó de mayor contraste que nunca», añade.

Gómez de la Serna, sin embargo, llega tarde: cuando visita Zúrich, aún la guerra no ha terminado. Pero no queda nada del primer Dadá. Seguidamente, una frase cargada de potencia, una imagen eterna: «¡Qué bien brillaba el monóculo de Tzara sobre las paredes atónitas!». «"Aquí se sentó Picasso cuando le dimos un banquete, hace algunos años" —le dije— y eso le reconfortó. Después, en seguida, comenzó a darse cuenta de la impulsión [sic] de contrastes y silencios que nos reúne allí. Todos recordamos con elogio y afecto a Guillermo de Torre. […] Y este Tristán Tzara, que ha sido el antifilósofo y el antirretórico y el antitodo, ahora se pasea por el mundo con su bella esposa, una distinguida dama sueca, y con un niño que ya tiene dos años. Sólo le preocupa la poesía y va a escribir libros de tres mil páginas, conteniendo un solo y largo poema».

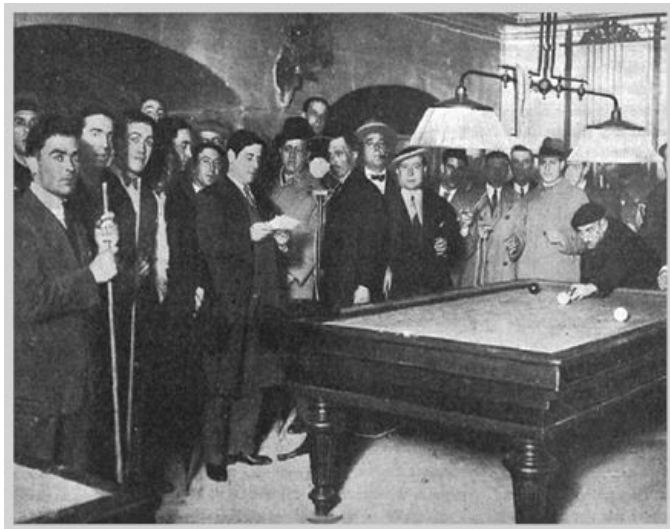
Es así como se intenta retratar al antiguo gamberro: sobre la anarquía de Tzara se habla siempre en pasado. Ese mismo año publica *De nuestros pájaros.* En «Agua salvaje», uno de sus poemas, escribe: «los dientes hambrientos del ojo / cubiertos de hollín de seda / abiertos a la lluvia / todo el año / el agua desnuda / oscurece el sudor de la frente de la noche / el ojo está encerrado en un triángulo / el triángulo sostiene otro triángulo / el ojo a velocidad reducida / mastica fragmentos de sueño / mastica dientes de sol / dientes cargados de sueño».

Retrato de Tristan Tzara realizado por Robert Delaunay.

Podía contarse en memorias, garabatos en libretas, cuadernos atestados de nombres y fechas. O también podía hacerse ante un micrófono. Gómez de la Serna, antes de acabar ese extraño y tremendo año de 1929, el 21 de noviembre, instala una radio en el café de Levante y da voz a vendedores, buscavidas, mieleros, jugadores de billar. Es el primer reportero radiofónico en directo de España. También inaugura, aprovechando su radio, una nueva farola que acaba de instalarse en el centro de la Puerta del Sol.

En los billares del café de Levante, rodeado por numeroso público, tras surgir de un rincón, cuenta la historia de la Puerta del Sol, sus transformaciones y pulsión secreta, y hasta improvisa una greguería:

«El corazón rojo de la bola roja está siempre frente al eterno conflicto de las otras dos bolas blancas, dos mujeres para un solo corazón, siempre disparando la una a la otra».



Ramón Gómez de la Serna en una de sus *performances*.

Se calla, o no. Sigue hablando, como siempre. No puede parar. Sale a la calle, interpela a quien se encuentra, que no duda en hablar ante el «ingenio» del micrófono y la radio. Un vendedor de lotería, un chófer, da igual. Hace un paralelismo con la maraña de cables de los telégrafos que inundan el cielo de esa zona y parten de lo alto del Ministerio de Gobernación con una gran tela de araña símbolo de la modernidad. Y entonces, se acerca a una farola: «Esta farola a la que le dedico mi apología traerá claridad a los asuntos nacionales y es antioscurantista por excelencia […] —exclama mientras la observa como si tuviera delante un Velázquez o un Goya—. Queda inaugurada esta farola nueva que sólo lleva diez días en uso, gran farola por lo mismo que llamamos a un hombre gran hombre». Suenan aplausos y queda inaugurada la farola monumento, esa misma que yo, hace unos años, busqué una mañana calurosa y no encontré. Era imposible dar con ella. Me acompañaban alumnos de un curso sobre Dadá que impartía en el Reina Sofía. Como actividad de cierre había que abandonar el museo, el centro de arte, donde Dadá siempre es prisionero y rehén. Propuse salir a la calle. Tomar aire. Irnos a desvelar el Madrid dadaísta, todas esas pistas que incendian la zona, desvelar su mapa secreto. Así que elegimos una cualquiera, una farola robusta y decimonónica, que adornamos con lazos rojos y la palabra «DADÁ», antes de abandonarla y partir hacia otros lugares, olfateando los rastros de la enésima desaparición.

No fue su última visita. Tzara regresa en noviembre de 1936, pero las circunstancias, por entonces, son muy distintas. Una sombra, una calavera de colosales dimensiones, se cierne sobre la ciudad asediada. Viene a intentar detener la tragedia junto a otros intelectuales y escritores de la Comisión Internacional de Escritores Revolucionarios, que entregan a la Generalitat un camión Berliet equipado con una pequeña imprenta, un altavoz y proyector de cine que envían al frente, en una caravana a la que se suma él y que llega hasta las trincheras de Huesca.

En Barbastro, junto al batallón Vorochilov, que acoge al antiguo dadaísta con entusiasmo, proyecta varias películas soviéticas. Lo mismo sucede en Sariñena, donde está a pocos metros de las tropas fascistas: «Oímos perfectamente las voces de los falangistas; insultos estúpidos, sin ningún sentido», confiesa. «No más criaturas asesinadas por los fascistas. No más víctimas inocentes», concluye tras describir la guerra como «uno de los más turbios episodios de la historia moderna». También interviene en la radio, haciendo un llamamiento a la solidaridad de los franceses a través de Radio Toulouse mientras denuncia la lluvia de bombas que diariamente cae sobre Madrid. Luego viaja hasta Valencia, donde participa en un mitin, y, meses más tarde, interviene en el histórico Segundo Congreso Internacional de Escritores para la defensa de la cultura.

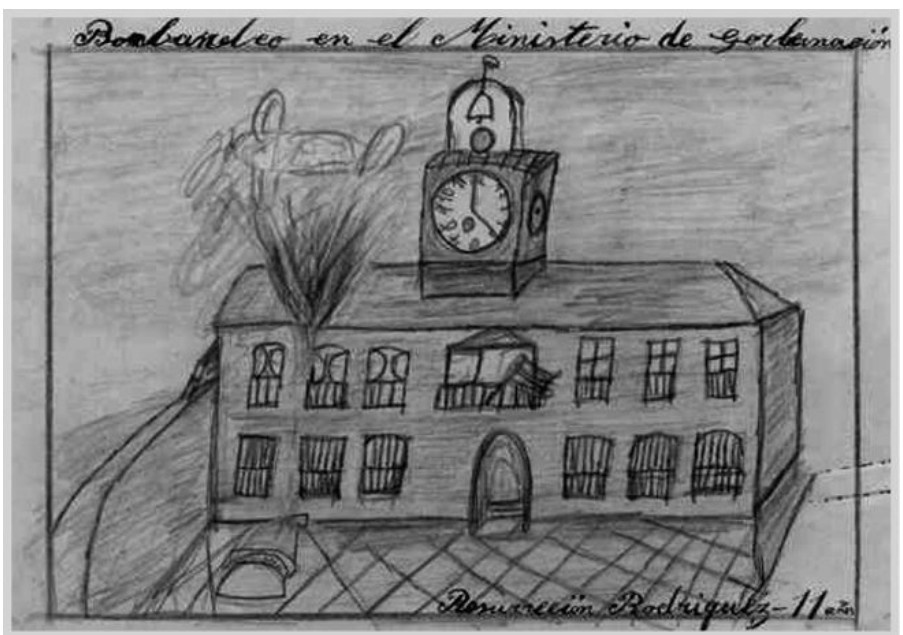
Uno de sus poemas, «Por el camino de las estrellas de mar», dedicado a la muerte de Federico García Lorca, está íntegramente en francés menos una palabra que escucha por las calles de Madrid, precisamente durante los días del Pombo: «alcachofas». Pero no había nada que ver en la calle Carretas, salvo barricadas y desorden, proclamas y banderas.

El Pombo, sospechando lo que está por llegar, cierra ocho días antes del golpe de Estado, el 10 de julio. Junto al famoso cuadro de Solana —bajo el cual se esconde una escena religiosa—, que retrata al grupo reunido, se cuelga un cartel que dice: «La tertulia es clausurada hasta nuevo aviso». Es como un pródromo, el malestar que precede a una enfermedad.

El día de fin de año no es como siempre. La celebración de las campanadas en la Puerta del Sol es una anticelebración. Es peligroso y se vive con el alma atenazada. A pesar de que no hay nada que festejar, seis periodistas, de los que no sabemos sus nombres, se echan a la calle y hasta se plantan en medio de la plaza, bajo el reloj bombardeado, al que los proyectiles le han dado varios mordiscos. Al sonar la primera campanada, con una puntualidad exquisita, en una acción de ensañamiento y terror planeados, cae el primer obús, al que le siguen otros. En total, doce. Los periodistas se encogen, huyen hacia el edificio de la Gobernación, apoyándose en sus muros, caminando

muy pegados y con el cuerpo temblando. Cuando se impone el silencio, uno de ellos, emocionado y lleno de rabia, grita «¡Viva la República!». En la actualidad, la entrada del número 4 de la calle Mayor, a unos pasos de la Puerta del Sol, está sembrada de impactos, tantos que a veces me pregunto si aquellos no serán acaso los estigmas de aquella terrible noche.

Tzara, en febrero de 1937, pasea por una ciudad en ruinas. Bajo las sirenas, en una oscuridad casi total. Visita el Hotel Palace, ahora convertido en hospital, y se traslada al frente, a la zona de Ciudad Universitaria, donde se combate metro a metro. Él, a pesar del tiempo transcurrido desde los tumultuosos días de Zúrich, de aquel cabaret —en realidad un tugurio para locos, inadaptados y fugitivos—, todavía sigue jugando al dadaísmo, a interpretar su papel de gerifalte no oficial de Dadá que, como dijeron ellos mismos, era Nada. Tzara también marcha hacia la Nada. Huye de una guerra para acabar en otra, una que lo reduce todo a escombros. Porque esta no es la neutralidad suiza, aquel retiro bohemio para parias y apátridas. Esto, en cambio, es otra cosa. Es un infierno en vida, y aunque él, desesperado, grita, patalea y protesta, sabe que se acerca el fin.



Dibujo realizado por la niña de once años Resurrección Rodríguez del bombardeo en el Ministerio de Gobernación. BNE.

En julio regresa otra vez. Durante diez interminables horas presencia los bombardeos. Algunas bombas caen muy cerca del Hotel Victoria, donde se hospeda, en la carrera de San Jerónimo.

Impresionado, se encuentra ante una ciudad que intenta vivir con extraña normalidad la barbarie de la guerra. Cada mañana, nada más amanecer, se limpian los escombros de las calles y muchas tiendas, cerradas en los primeros momentos, vuelven a abrir.

Parece que Madrid caerá, a pesar de las proclamas de vencer o morir, aplastar a la bestia que se cierne sobre sus habitantes. Matar a la muerte. Pero no lo hace. Lo que existe es un progresivo descenso al abismo. Puedes ir hasta las primeras unidades de combate del frente sur en un tranvía que sale de Sol. Es así de fácil. La guerra está ahí mismo, y los sonidos de morteros, explosiones o disparos resuenan tan a menudo que casi no se les presta atención.

Tristan Tzara durante el Congreso de Intelectuales Antifascistas.

Todo el mundo espera. Es la certeza de lo que vendrá si triunfan los rebeldes. Es la angustia de lo que ya no volverá. Giménez Caballero, alias «GeCé», abandonando su vanguardismo inicial hacia un fascismo castizo y bizarro, hilarante en extremo, mantiene intacto su odio absoluto hacia la capital, y sueña con arrebatarle esa condición en favor de Valladolid o Salamanca. En esta última ciudad, en marzo de 1937, tras los reveses de lo que iba a ser una fácil conquista de Madrid, organiza un acto en su catedral vieja en que aparece ataviado con una indumentaria a la altura del personaje, mitad monje y mitad soldado, ante el estupor de muchos adictos al totalitarismo. Maldice hasta la náusea a Madrid, que asegura debe ser pasada por las armas, y sus habitantes, castigados con la mayor crueldad; es un receptáculo de toda clase de maldades, una urbe bolchevique y revolucionaria

donde viven apologetas del libertinaje, el modernismo —muchos de ellos, los modernistas, sus antiguos colegas— y las libertades. Una «babilónica ciudad del yermo», como dirá luego. Una España gobernada por Lucifer.

Con las primeras sirenas, el famoso cuadro del Pombo de José Gutiérrez-Solana, que había presidido los días dorados de la tertulia, es evacuado. Lo colocan entre sacos terreros en los sótanos del Museo del Prado. Al acabar la guerra, Eduardo Lamela, dueño del café, exige su devolución para que este regrese a su mítico lugar. Solana, que al llegar la guerra huye a Francia y, a la primera de cambio, cruza la frontera y se pasa a zona franquista con un maletín cargado de oro que entrega a los golpistas, en compañía de su hermano lo identifica y se lo lleva.

Al fallecer Lamela, su hermana lo reclama y lo intenta vender por una fortuna. Gómez de la Serna, que aún sigue en su exilio argentino, monta en cólera. Asegura que le pertenece a él, que es a quien se lo regaló Solana. Anuncia, además, que desea donarlo a algún museo madrileño. El ayuntamiento, entusiasmado y emocionado por su altruismo, le concede la medalla de la ciudad. También lo invita a regresar a la ciudad en un viaje pagado de dos meses. Tomás Borrás, falangista y cronista de la Villa, está detrás del gesto. También él aparece en el cuadro, de perfil, en su parte inferior.

Todos, sin excepción, al estallar la guerra viven un cataclismo. Ya nada será igual. Gómez de la Serna, cuando ve a los primeros milicianos patrullando las calles, junto a su esposa se encierra a cal y canto en su torreón de la calle Velázquez. Un día reciben una nota de su amigo Pablo Neruda, que luego, en «Explico algunas cosas», escribirá: «Y una mañana todo estaba ardiendo / y una mañana las hogueras / salían de la tierra / devorando seres, / y desde entonces fuego, / pólvora desde entonces, / y desde entonces sangre». El poeta lo invita a una reunión organizada por los escritores y artistas antifascistas en el Círculo de Bellas Artes. Él no tiene ninguna gana de ir, pero una sombra tenebrosa se alza en aquella casa en la que se vive en penumbra y con el corazón en un puño, esperando malas noticias. Neruda, además, le advierte de que debe acudir a toda costa. No ir sería considerado una afrenta y, más peligroso aún, una sospecha de colaborar con el fascismo. Y al final acude.

El edificio está engalanado con banderas rojas y negras y carteles con lemas revolucionarios. A él y a su esposa les tiemblan las piernas. Su entrada es apoteósica; los congregados —ojerosos y con los nervios excitados, algunos ya en plena transformación física de escritores a comisarios políticos— lo reciben entre aplausos. El artífice del ramonismo, aquel genio surrealista que dialoga con su mano, declama en lo alto de un trapecio, inaugura farolas e inventa juegos imposibles,

es un heraldo del antifascismo. O eso creen; la vanguardia como frente militar. Se suceden las intervenciones. Neruda lee una poesía mientras se lanzan proclamas. Delia del Carril, llevada por el ardor guerrero, se levanta y lo señala. Gómez de la Serna, tieso en su silla, casi pegado a esta, sueña con evaporarse o contar con algún poder sobrenatural. La desaparición a su antojo. «Tú, Ramón, tienes que ser el Maxim Gorki de todos nosotros, el escritor que represente una nueva era en la intelectualidad española», afirma emocionada. Todos aplauden y, cuando se alza el silencio, él no sabe muy bien qué decir para salir de aquel atolladero. Así que elige algo que, por otra parte, es muy suyo y muy delirante. Se incorpora y, con el mayor aplomo posible, intentando dar firmeza a esa voz que tanto ha practicado en las catacumbas de la ciudad, comunica con voz apagada que está enfermo, que es una pena porque no puede ser avanzadilla de nada. Espera el primer tren para abandonar la ciudad. Hay gritos y abucheos; muchos abren sus camisas, enseñando los pechos que pronto serán acribillados. Ellos también tienen familias y una vida que no quieren perder. Es el momento histórico, la hora de la verdad. Se queda pálido y balbucea algo ininteligible hasta que la misma Del Carril lo toma del brazo y, casi en volandas, lo saca de la sala.

Es como un autómata, esos ingenios que tanto le fascinan, un pelele que baja atropelladamente las escaleras y, ya por fin, siente el aire caliente de julio en la cara, en plena calle. Una vez allí, camina a toda prisa con su mujer pegada al brazo. Se paran cada poco y, disimuladamente, intentan ver si alguien les sigue.

El camino de regreso a su casa es un calvario. Imaginan espías y agentes en cada esquina. A la portera, que los ve llegar muy pálidos, le dicen que si alguien pregunta por ellos diga que se han marchado de la ciudad. Antes del encierro numantino, atrancando la puerta con estanterías y muebles, compran alimentos. Se preparan para resistir.

A los tres días, alguien cuela una invitación por debajo de la puerta que es casi un milagro. Alguien (¿fue acaso José Bergamín?) le invita a un congreso de intelectuales en Buenos Aires. El papel providencial es su salvoconducto, y se aferran a él.

Al caer la noche han salido ya con lo puesto; él se lleva sus originales. Y una maleta apoyada en la cabeza. Su amigo, El Caballero Audaz, que en esos momentos pasa las noches y los días escondido en un cementerio, malviviendo en uno de sus panteones, le ha recomendado tiempo antes ese gesto porque no despierta sospechas ante los milicianos. Continuamente se ve pasar a toda clase de personas portando muebles y objetos, pero una pareja que hace las maletas en medio de la noche y camina a toda prisa es sospechosa. Él casi no habla y le tiembla todo el cuerpo. Su mujer enseña el papel en los controles, se disculpa por su marido, del que dice que se encuentra

enfermo. Tras tomar el tren, llegan a Valencia. Van directamente al muelle y embarcan en el primer barco que parte rumbo a Francia.

París, sin embargo, no es un sitio seguro. Se sienten acosados por los intelectuales de izquierdas, que observan cómo la diáspora reaccionaria abandona el país. Marchan a Burdeos, donde él consume los días siguiendo los pasos de Goya, y hasta alquilan un pequeño apartamento al lado de donde vivió. La barbarie de la guerra a través de los tiempos. Tres o cuatro meses después, en la antigua Quinta del Sordo, de la que entonces no quedan más que algunos cuartos de aperos, se luchará palmo a palmo. Justo allí se instalará el frente de guerra durante casi tres años. Su siguiente destino es el definitivo: Argentina.

Es un sótano cerrado desde hace tiempo. El aire está viciado, un hedor lo cubre todo. Así permanece la Cripta hasta 1950. Ya nada puede ser igual. Es un regreso en falso. Abre sus puertas, pero la sangría y las ausencias son notables, tantas que es como un baile de espectros. Languidece, muere por exceso de orden.

Quienes le insuflan vida son una pandilla de muertos vivientes. El primero, Giménez Caballero, que opta por emular un pasado que ya no volverá. En el Viejo Café de Levante, del que hoy tampoco queda rastro tras su cierre a mediados de los sesenta (en su lugar hay una tienda de ropa deportiva), tras la Guerra Civil funda en sus sótanos la «Cripta de Don Quijote o de los libertadores de América», un desafortunado Pombo, nacionalista y rancio, según él «para poder pactar con los enemigos que habían vencido, con los que urgía reconciliarse». El odiador matritense no descansa y lanza peroratas infumables sobre un pequeño escenario decorado con la bandera española, rodeado de retratos de Jesucristo y chapas de bronce de libertadores latinoamericanos.

Giménez Caballero en la «Cripta de Don Quijote o de los libertadores de América». Santos Yubero.

Benditas ruinas

A las tabernuchas, cafetines y antros de la Puerta del Sol, ninguno con el lujo de los parisinos, asisten hetairas que trabajan en las inmediaciones, en calles irremediablemente conectadas con los bajos fondos, como las aledañas a Montera, donde hay una atracción irresistible entre edificios, territorio y habitantes, como si la repetición de un acto, ya sea el crimen o el sexo, lo impregnase para siempre.

Las prostitutas, «esas bocas que tienen hálitos de hospital», como afirma Emilio Carrère, en los años del Pombo y el Colonial, comparten mesa con bohemios de baja estofa y tipos estrafalarios, mientras los choques entre facciones ideológicas se suceden en los cafés y en las calles, donde se atacan con todo lo que tienen a mano. Ellos no lo saben, pero una gran tormenta se aproxima. Muchos, cuando esta pase y lo destruya todo, habrán desaparecido: sus nombres van a parar al recuento de muertos, a los sin nombre que pueblan las cunetas de este país, a las listas de sacas.

Ahora es el momento de contar un final.

El final del Colonial, en medio de este cúmulo de desapariciones, es un broche impecable. El inmueble queda abierto en dos en noviembre de 1937. Hubo testigos. El 13 de noviembre, tras un año y medio de guerra y bombardeos, con la ciudad bajo asedio permanente, el arquitecto Teodoro Anasagasti inicia una serie de reportajes para el periódico *Solidaridad Obrera* que siempre llevan el encabezado de «Madrid, en el segundo año de guerra». Desde hace más de un año es el arquitecto jefe de las Brigadas de Desescombros del Comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento de Madrid, aunque inicialmente no tenía nombre y había surgido de forma improvisada ante los primeros bombardeos. Lo forman apenas una veintena de voluntarios. Anasagasti fotografía escombros y ruinas, que luego plasma en dibujos sobre papel.

La primera pieza que sale publicada en el periódico anarquista, de auténtico pavor en la descripción de los estragos, se titula «La Puerta del Sol con los incendios, ruinas, embudos y derribos». Su precisión en su recuento de destrucciones es quirúrgica. Los temas que toca son truculentos y variados, porque la barbarie llega en todas las direcciones y afecta a edificios y personas. Uno de estos artículos reza «La práctica difícil de pulsar grietas y extraer víctimas soterradas bajo los escombros de las casas». Lo que cuenta es sobrecogedor: «Enfrente, esquina a la calle de Preciados, atrae, por lo insólito, un gran inmueble hueco, cual ingente cajón sin contenido, abierto en canal por

los aviones, aún conserva en equilibrio inestable, en espera de otro resoplido, los grandes paredones de sus fachadas. La balaustrada de coronación está intacta; en el interior, lo que no quiso consumir el fuego, enhollinado; los huecos de fuera, siniestros, con el cerco calcinado. En este edificio tenía su sede, sentó sus reales, de cara al pueblo, el Partido Radical. Allá en el nefasto noviembre de 1936, las bombas incendiarias prendieron el edificio, que se aventó en instantes. Los huecos vomitaban lumbre, y hacia lo alto, la llamarada de la descomunal antorcha iluminó, en el ámbito, la siniestra noche. Edificios de la misma vía, derrumbándose, alumbrados por la gran fogata, estaban ardiendo a su vez, envueltos en las nubes del polvo que se desprendía de las fábricas que se desmoronaban, a manera de olas de fuego».

Seguidamente narra el final del Colonial: «En el ingreso de la calle de Alcalá, entre lo que era central de Teléfonos y la masa del Ministerio de Hacienda, se han esfumado varias casas: viviendas, pensiones, dos cafés [uno de ellos es El Colonial], una librería internacional, una taberna de aspecto pueblerino, tiendas, un almacén de productos farmacéuticos, algún que otro tugurio del amor mercenario y la majestuosa casa que fue del marqués de la Torrecilla, castiza edificación madrileña del siglo XVIII […]».

El horror continúa. El arquitecto, convertido en escritor, cronista de la muerte y extraño forense, sale a la superficie, toma aliento y, días más tarde, escribe: «Bajo el polvo pesado se oculta lo desconocido. Todo tiene la misma entonación grisácea; la convulsión con el mismo manto, ha dado al montón amorfo una coloración grisácea. No se sabe por dónde comenzar el ataque en aquella confusión: amasijo de cascotes, vigas astilladas, enseres y trastos desconocidos, hierros de gran sección retorcidos como alambre, quebrados como cristal». Anasagasti no sobrevive al final de la guerra. Al año siguiente de sus crónicas fallece a causa de unas extrañas fiebres, como si tras ver aquello y contárnoslo la vida se retirase apresuradamente, buscando una salida, la última luz.

Aquel triste y heroico Madrid se difumina. Hay que ser muy rápido para atrapar algo antes del hundimiento total. El Colonial ha sido tragado, desfigurado, destruido por las bombas. Hoy, en el lugar en que se alzaba, existe el vacío, una especie de cráter urbano. A través del borrado de un edificio se abrió una travesía que casi nadie atraviesa, como si el destino quisiera borrar el pasado, como si en algún lugar, por alguna extraña razón, existiese una gran foto que ahora se cae a pedazos hasta volverse irreconocible.

Los símbolos nos definen. En la Gran Vía, una estatua de la Libertad coronaba el Teatro Fontalba, obra del mismo Anasagasti, que mientras hace recuentos de horrores durante la guerra ve cómo los obuses

rozan la corona de la imagen y, a su alrededor, se suceden los impactos. La figura, pese a ello, sobrevivió a la destrucción pero no al capitalismo, desapareció cuando un banco compró el edificio para abrir una gran sucursal.

La estatua de la Libertad en lo alto del antiguo Teatro Fontalba (1936). BNE.

Los viejos cafés románticos empiezan a languidecer. Triunfan los bares con sus gramolas, sus prisas y su constante ajetreo. Una hilera de hombres y mujeres sentados en altos taburetes, brazos y piernas apoyados en barras de bronce frente a la larga barra de los primeros cafés americanos. Sobrevuela una sensación de rapidez y soledad; cada uno justo en el momento previo de ser arrojado a la calle, directos a la oficina.

Confraternizar, tratar al tiempo con el desdén propio del viejo café con velador, el camarero uniformado y una sucesión de tipos estrafalarios, cada uno con biografías que son escombreras, haciendo

su aparición por una puerta en la que se cuela el frío, todo eso va quedando atrás. Ahora todo tiene un aspecto metalizado, automatizado, higiénico, limpio. Impecable. El camarero es ahora un barman con un altar y una gran balaustrada donde controla todo y sirve copas. El humo invade el local, se habla alto, el ruido es interminable. El primero y muy adelantado es el Pidoux American Bar, en la Gran Vía, a comienzos de los años veinte, donde Chicote trabaja durante seis años. Le siguen Zahara, Chicote, Aquarium, María Cristina, Ivory, Broadway, Nautic Bar, Jauja o Tánger, entre otros.

Es el preludio del final de las tertulias y la eternidad de la taberna, ahora desperdigada en las zonas penumbrosas de la ciudad, sobre todo en los barrios llamados «exteriores» e incluso «extremos», pero también en ese mapa caótico que son los bajos fondos de la ciudad, cuyos límites en ocasiones son difusos: nuestro pequeño Barrio Chino está en las calles más altas de Lavapiés, aunque también en los alrededores de Montera, las Rondas, Peñuelas, Cuatro Caminos, Tetuán, Embajadores o Ventas.

Las fronteras son radicales, una sima en el terreno. También son imprecisas. Giménez Caballero, el primer fascista español, unos años después de finalizar la guerra, escribe: «Recuerdo que en la revolución del 34 […] tuve un día crítico que escapar del barrio sur para refugiarme en el norte, y recuerdo que sentí la impresión de pasar como a otra nación, filtrándome por la frontera de Atocha. Ahora no. Se pasa de Atocha a la Cibeles y Colón sin advertir apenas la aduana étnica». Cada uno, a su manera, es un explorador. Cada uno, a su manera, desea perderse.

La ciudad está cambiando. A mediados de los años treinta aún existe esa tensión entre ciudad «europea y africana», como confiesa el periodista César González-Ruano, una confusa mezcla de aires y gentes provincianas, y una resistencia a dejar de ser aldea en el interior de una gran urbe. A Ruano, un tipo afectado y dandi a destiempo, con su bigotillo muy recortado y siempre vestido impecablemente, aquello le desagrada. Modernos edificios a un paso de barrizales, focos de miasma, casonas viniéndose abajo junto a arquitecturas de metrópoli avanzada. «Madrid es la ciudad de los extremos opuestos —escribe Robert Alt, otro de los extranjeros que nos visitan—. A la vuelta de los rascacielos de la Gran Vía, encontramos callejuelas alumbradas con gas. Junto a los cafés de interiores que parecieran proyectados por un escenógrafo de Hollywood con tubos de luz blanca en vastos lienzos de muro dulcemente gris y sillones de cuero con armaduras de acero cromado, hallamos el café antiguo, el café de la covachuelería y bohemia madrileña […]. En Madrid, la bohemia de garbanzuelos deshilachados, o sobre todo de sobrecuello de piel de conejo y el

funcionario de bombín anacrónico y traje desmedrado, se refugian en el caferzuelo fementido, cueva oscura, enneblinada de humo de cigarros. Allí se respira un aire tan denso que se puede cortar con un cuchillo».

En 1933, mientras Ruano viaja hasta Alemania para ver en persona el «milagro» nazi —seis meses con todos los gastos pagados—, se pierde la prolongación de la Castellana. A su regreso, una noche, por fin pasea por esta. Pero lo que ve es algo muy distinto. Alguien, aprovechando la oscuridad y con prisas, ha cambiado el escenario, que ahora compara con un paisaje lunar. Lo poco que está vivo a esas horas, en ese lugar, la nueva arteria de la urbe, es algún despistado transeúnte y unos coches esporádicos. Pero nada más. La escena tiene mucho de ensoñación y purgatorio, el lugar de encuentro entre una pareja de espías. Para él, muy dado a poetizarlo todo, es una «avenida de los fantasmas», un paraje iluminado y deprimente.

Ese aspecto lóbrego y triste se repite apenas cuatro años después, durante los días de la guerra, con una ciudad asediada por el fuego y los bombardeos. Justo allí se instala un gigantesco cementerio de coches calcinados y destruidos, una montaña informe y negra.

La vida se ha esfumado. Toda la ciudad es un reducto de no muertos. Hasta se combate en los cementerios limítrofes con el frente. Aquel camposanto urbano no desentona demasiado con lo que tiene a su alrededor. Los cadáveres, a menudo, tras el paso de los aviones o el impacto de los proyectiles del quince y medio disparados desde el Cerro de Garabitas, yacen en plena calle, despatarrados, lo mismo que aquellos centenares de vehículos destripados, mientras los camareros, ahora bármanes, salen a primera hora, nada más amanecer, escoba en mano a limpiar la acera de cascotes, trozos de edificios y carne humana.

Cruzas la plaza y ya casi estás en él. El Colonial, situado en un edificio de tres plantas, está a unos pasos del Pombo. Un joven Borges lo visita y describe así: «[Pedro] Garfias me llevó al cenáculo de Cansinos en el Colonial, que es un café lleno de luces y de espejos que lo ensanchan y lo hacen infinito, que multiplican las panojas de luces de oro, que fructifican los racimos de rostros, que le dan algo de laberinto, algo de estar en el centro del universo, a partir de las neblinas de la prehistoria y marchar hacia venideras auroras». Aquel desastrado Garfias no era visto con buenos ojos por Cansinos, intransigente, altivo y, en ocasiones, mezquino, para quien este era un «hampón agresivo, duro, insolente». Sin embargo, fue de los pocos que experimentó la anarquía del espacio. En marzo de 1923, junto a Luis Buñuel y una pandilla de poetas y gente extraviada, funda la Orden de Toledo.

Cementerio de coches en la Castellana (1937).

La idea es de Buñuel después de una gran borrachera y tener una visión cuando escuchaba los pájaros del claustro de la catedral de Toledo. La devoción es hacia un Toledo excesivo, un laberinto con un pasado tremebundo y denso a cuestas que solo puede ser vivido perdiéndose junto al resto de colegas en el «laberinto de sus calles acechando la aventura».

La sociedad tiene cargos: su fundador se autonombra condestable. También figuran caballeros (si conseguían no dormir toda la noche hasta ver el amanecer) o escuderos (los que preferían acostarse temprano). Las actividades alucinatorias continuaron hasta la llegada de la Guerra Civil. A Moreno Villa, uno de sus integrantes, en un registro realizado por los anarquistas, le encuentran un título de la «Orden de Toledo». Villa, azorado, tiene que dar explicaciones para evitar males mayores: «Esta no es una Orden nobiliaria —afirma balbuceante—. No está en el Gotha, ni en ninguna Guía Oficial de la nobleza… es cosa o invención de literatos amigos de Toledo. Pueden ustedes preguntar por teléfono a la Alianza de Intelectuales. En ella figuran García Lorca y Alberti. Además, este papel que parece de pergamino es de envolver pitillos, y lo decoré yo».

La Orden de Toledo en la Venta de Aires (1924).

El combate empieza primero entre poetas y sucede en tertulias. Es allí, en el Puerto del Sol, donde se toman posiciones y fijan las alambradas. La noche del sábado 30 de enero de 1930, el Pombo ofrece un banquete a Giménez Caballero, que está exultante y no duda en convertirlo en algo nada discreto. Se reúne gente de orden, un centenar de personas, hasta el embajador italiano o un fascista declarado como Giulio Bragaglia.

El ambiente, sin embargo, es tenso. Gómez de la Serna, a quien se le ha ocurrido semejante acto y que lo ve todo como desde un mirador, lo nota e intenta sus gestos teatrales de siempre, exhortaciones grandilocuentes, risas, el placer de la contradicción y la negatividad puras. Pero no esa noche, donde todo es tensión. Rafael Alberti se mueve entre las mesas entregando un panfleto contra la *Revista de Occidente*. Su colega, Antonio Espina, surrealista y masón, no aguanta más. A Caballero, con quien poco antes ha roto por motivos políticos tras colaborar en su periódico, quizás lo tolere, no se sabe bien por qué, pero no al bruto de Giulio Bragaglia, que le sonríe mientras paladea su copa de jerez. Espina echa mano a la chaqueta y, tras sacar una pistola simulada, lo apunta. El italiano, durante unos instantes, se estremece e imagina asesinado en un sótano, entre espejos modernistas y veladores. Espina mueve la falsa arma de un lado a otro mientras comienza a hablar: «El romanticismo se suicidó con Larra —empieza diciendo—, pero nosotros, los jóvenes ultraístas, dadaístas, liberales, en vez de suicidarnos, de pegarnos un tiro de verdad, remedamos un suicidio y salimos dando una zapateta al estilo cómico de Charlot».

Ramiro Ledesma, que también anda por ahí, se le encara. También

él va armado, aunque su pistola es auténtica. Lanza vivas a España e Italia, levanta el brazo haciendo el saludo fascista, habla de juventud, vigor y valentía. El escándalo es enorme. Hay empujones, gritos y amenazas. Gómez de la Serna, que teme algo peor, intenta poner orden, pero el acto es un anticipo de lo que está por venir, cuando la violencia política se apodere de las calles, allí mismo, donde no habrá semana en que escuadristas de Falange, para imponerse y vender su periódico, salgan armados con porras de metal y pistolas y se enfrenten a numerosos saboteadores comunistas y anarquistas en la «acera roja».

Hay altercados con heridos y algún muerto. Hasta José Antonio, el 11 de enero de 1934, aprovechando que al ser diputado cuenta con permiso de armas, apunta sin dudar a la turba obrera, que lo acorrala y persigue. Guardias de asalto acuden para disolverlos. Pero cuando llegan, yace en el suelo sin vida un ultraderechista mientras dos jóvenes de catorce y diecisiete años, afiliados a las Juventudes Socialistas, son detenidos por un soldado cuando intentan huir. Es el principio del fin. La violencia es contagiosa, una montaña rusa con heridos y héroes, panteones recién levantados y martirologios de todo tipo.

Espina, semanas después del incidente, lo deja claro en un artículo llamado «La tonificación de los neutros». No hay neutralidad posible. La guerra ha comenzado.

Siete años después, él mismo quiso hacerse desaparecer. Igual que la mayoría de los lugares que aparecen en este paseo, y sus personajes. Desapariciones, huidas, el arte de esfumarse sin dejar señas. Ocultarse, escabullirse, volatilizarse. Hacerse humo. Giménez Caballero vive su momento y se imagina a un renacido Cid entrando en la Puerta del Sol con fusta y a lomos de un caballo blanco.

Espina, que vive en Mallorca cuando se declara la guerra y tiene cuarenta y seis años, es su gobernador civil. Inmediatamente es encarcelado. El martes 3 de agosto de 1937, hacia las ocho y media de la tarde, en la parte de la iglesia de los Capuchinos de Palma de Mallorca habilitada como Prisión Provisional, mientras espera su juicio ante un Consejo de Guerra, intenta suicidarse cortándose las venas con una hoja de afeitar. El médico, que acude rápidamente, se lo encuentra tendido en la cama cubierto de sangre. Es internado en un hospital psiquiátrico, donde permanece hasta el final de la Guerra Civil. Giménez Caballero, encanallado, no derrama una lágrima por él. Asegura que es un pusilánime al que él y los suyos han enviado al basurero de la historia. Condenado a muerte, su pena es conmutada y, finalmente, es liberado a principios de la década de 1940.

Seis años más tarde logra exiliarse, primero a Francia y posteriormente a México. Allí permanece hasta que en 1953 regresa a

España, donde le espera un purgatorio. A él y a tantos otros, condenados a ser y no ser, a ir desapareciendo poco a poco. Malvive escribiendo con pseudónimo libritos de quiosco donde se cuida de no decir nada ofensivo al nuevo orden. Él ya ha tenido bastante. Y calla, consiente, evita los riesgos. El exilio interior dura hasta su muerte.

Son hombres peligrosos con una promesa, gravitan alrededor de una calavera, una guadaña. Un ser espantoso con los ojos cubiertos por una tela negra y susurrando algo que no escuchan, que nadie puede escuchar a menos que se agache y, pegando la mejilla al frío suelo, oiga el rugido de la tierra. Todo eso que viene de más abajo. Porque asesinatos y demonios provienen de ahí.

Hombres, solo hombres, pero nunca dioses.

Nuestro ángel de la historia, alado y mudo, sobrevoló esta escena crepuscular. Gómez de la Serna, con sus inofensivas y siempre divinas chifladuras, se mezcla con pólvora y confunde con el crujir de los puños americanos que no dudarán en lucir los escuadristas de Primera Línea, los grupos de choque falangistas. Porras de metal y huesos rotos, tiroteos callejeros. Él, aquel hombre que aseguró haber logrado callar a los anarquistas gracias a un formidable bramido, ahora contempla algo muy distinto. Una mano invisible —gigantesca y musculosa, puro nervio totalizador— empuja a seres ridículos como Giménez Caballero, que sueña con ser un don Quijote pero sin su coraje, solo con su locura, creyendo que construirá un país radicalmente nuevo.

Es así como empieza la cruzada, con locuras tomadas a risa que luego se convierten en fantochadas peligrosas hasta que se da paso al reguero de muertos. Y el hombrecillo hilarante, el gran orador de la mano parlante, traga saliva. Porque nada de esto estaba en el guion, ese de la modernidad, el combate y la literatura. Falta aire, y también perspectiva. Él, que eligió aquel lugar por todo lo que este tenía de conspirador, allí donde siempre se producen los levantamientos, en el subsuelo, en sótanos, covachas escondidas o grutas secretas. Ahora, su banda se parte en dos por facciones homicidas. Regresar es imposible.

Se cruzan, comparten en ocasiones los mismos cafés con los señoritos armados de la aristocracia castiza que suele celebrar reuniones en el Hotel París, a unos metros de las zonas calientes, los grupos de obreros igualmente armados, el Pombo, el Colonial. Es el odio hacia los plebeyos y las multitudes, los obreros en masa, el sudor y los rostros demacrados. Allí, entre oropel, licores y comida cara, están Foxá, Sánchez Mazas, Montes, Miquelarena y, por supuesto, José Antonio: «Estaba claro que aquello equivalía a una protesta contra la Puerta del Sol —recuerda Miquelarena—, zoco de las peores pasiones políticas y de las más viles, lanzadas desde el mismo borde de aquel asfalto para limpiabotas, para flamencos, para cafés con consumidores

de “solitario” y uña larga, para desesperaciones de Espronceda y para periodistas del *Heraldo».*

Cae la noche, pero la ciudad no descansa. Entre el trasiego de vanguardistas y rameras, anarquistas y cupletistas, ellos salen en tromba, sintiéndose superiores e inalcanzables, visionarios, cruzados: «Cuando salíamos del Hotel París, a la una de la madrugada, nos encontramos de cara al Madrid que habíamos pretendido olvidar durante unas horas; el Madrid ya torvo y cruel, que empezaba a helarse no sé si de frío o del espanto que le acechaba». Y así era: horrores venideros y próximos.

Hay un túnel oscuro atravesado por esa violencia; al fondo, aunque solo se intuye una pequeña luz y una ligera abertura, se llega a un barrizal, a una historia interminable de venganzas donde se consuma la guerra abierta.

Chicote brinda con mandos militares en las ruinas de Ciudad Universitaria. Foto colección Albert Louis Deschamps (1939).

Falta poco para la foto de la vergüenza, cuyo protagonista no es otro que Chicote, el rey de los bármanes: sonriente y uniformado, sirve un cóctel a un oficial de regulares sobre las ruinas de la Facultad de Arquitectura de la Ciudad Universitaria, tras la rendición de Madrid, en una alegoría que parece pertenecer a otro tiempo, a una Europa azotada por la peste. Él es la temida parca, esa que adopta de vez en cuando, caprichosamente, un aspecto humano. Enseña unos dientes amenazadores y la estampa es tan estridente que parece un montaje. Son reyezuelos de una inmensa ruina que ellos han creado y que ahora cínicamente bendicen. «Ama las ruinas», eso es lo que

parecen decir.

La ciudad odiada

Nuestra Gran Puerta y horror para algunos. Giménez Caballero propone convertir el simbólico Alcázar de Toledo en un enclave político señal de la «renacionalización» tras la «degeneración» bolchevique y cambiar el centro de la capital, la Puerta del Sol, por la más correcta Cibeles, donde hoy se siente esa transmutación (el poder político envuelto en una epidemia de banderas).

Algo parecido propone *Informaciones,* dirigido por el falangista Víctor de la Serna. Semanas después de acabada la guerra, el periódico vespertino —abiertamente pronazi y antisemita— defiende que la Puerta del Sol sea barrida por completo, pues no es otra cosa que un «zoco de maleantes en que el marxismo circulaba desahogadamente […] con gambas pisoteadas, folletos pornográficos, basura y mugre».

Otro escritor, Tomás Borrás, glorificador de los puños y las pistolas falangistas y cronista oficial de la Villa durante años, en los días posteriores al fracaso inicial de una toma de Madrid que parecía inminente, presencia una escena que tiene lugar en la Puerta del Sol. El escritor se siente como en un mal sueño, uno terrible y pesado. El pueblo armado se lanza a las calles; las clases sociales parecen haber desaparecido, el fervor es enorme. Una fiebre colectiva lo domina todo: «La manifestación inundaba la glorieta de Atocha —escribe encolerizado—, canalizándose Prado arriba para bajar por la calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol. El suburbio afluía, marea de la miseria y el andrajo. Los Carabancheles, la carretera de San Isidro, Mataderos y el cuartel de los Gitanos, basureros y la orilla derecha del Manzanares, las rondas y los barrios bajos, cuyo eje es la calle de Toledo, vomitaban en el lujoso centro de la capital sus heces turbias. Mujeres aviejadas, saco liado al esqueleto, pingo en la pelambre, manos encarnadas de coger ladrillos en el tejar; vendedoras de verduras, y aguardiente y gallinejas; comadres de casa de vecindad con críos al pecho; hampones en traje de prendería; tizne de obreros del andamio, el pozo negro y la fragua; niños encanijados, en camisa, vientre inflamado y piernecillas de hilo; carreteros y cosarios de faja y faca; huertanos del riego con agua de alcantarilla; familias descalzas de traperos, el tracoma entre la costra, seguidos de perros feroces; maleantes de ficha policíaca; palurdos satisfechos de mangonear en los paseos que antes les cohibían por la finura de su concurrencia; achulados con cara estragada de sueño capitaneando cortos rebaños de hembras, lúbricos mascarones de afeite barato; tipos de Casa del Pueblo, intentando dirigir y organizar la espesura de la muchedumbre;

muchachos vestidos de mecánico, de los talleres de Pacífico».

El sueño continúa. La ciudad, auxiliada por los brigadistas internacionales, resiste milagrosamente. Pero el precio es alto. Se pelea por el pellejo, la familia, lo que vendrá. En febrero de 1937, otra vez, se da de bruces con el espanto ante una verdadera némesis rojinegra. Borrás se adentra en el horror, soñando con una pronta derrota de la República que aún tardará más de dos años en hacerse realidad. Se mueve entre esqueletos por doquier y con forma de edificios: «La Puerta del Sol… ¡Oh! La Puerta del Sol, tal como la vi aquella mañana de febrero del 37 no la olvidaré jamás… A la torrecilla del reloj le había dado un mordisco una bomba. El edificio del café de Correos no tenía más que la fachada. Las aceras estaban atestadas de gente, los corbateros ambulantes seguían voceando su mercancía… No sé para qué, porque habíamos suprimido la corbata».

Su importancia grotesca en los detalles es enorme. A su alrededor, los sin dios, sus anticristos particulares: «Un tipo repugnante, con un pellejo de vino y un vaso grasiento, ofrecía un trago por quince céntimos; el pellejo se desinflaba a ojos vistas. Una mujerona de pelo en pecho, con un cubo lleno de sangre, al parecer, y un cazo vendía a peseta el cazo. En las aceras de la plaza, grupos de obreros militarizados, "tiorras" asquerosas, muchachas con el cabello revuelto, descuidadas, sucias. Otras, excesivamente maquilladas; un abigarramiento de uniformes, cada cual se vestía como le daba la gana; había oficiales que parecían príncipes Danilo de guardarropía; y estrellas, muchas estrellas. Todo el mundo estaba estrellado».

Varios dirigentes falangistas, empezando por Serrano Suñer, confiesan sus planes para borrar la Puerta del Sol y «acabar con la españolería trágica del Madrid decadente y castizo, aunque hayan de desaparecer la Puerta del Sol y ese edificio de Gobernación, que es un caldo de cultivo de los peores gérmenes políticos». Los sublevados se enfrentan a un Madrid que aborrecen profundamente por todo lo que, según ellos, plasmado en ensayos, novelas y poemas, tiene de moderno, antiespañol, cosmopolita, chabacano, soez y libertino.

La purga debía hacerse sin miramientos. José Antonio Primo de Rivera confiesa que lo mejor es prenderle fuego por los cuatro costados a la ciudad y colocar unos retenes de bomberos en los edificios que mereciera la pena conservar. El proceso habría empezado tras la Gran Guerra, con la aparición de los *music halls* y la noche madrileña, la extranjerización de la calle o la llegada de figuras del espectáculo. Las obras de la Gran Vía son una agresión hacia el casticismo nostálgico; y su finalización y la proclamación de la República, su sentencia de muerte: franceses y americanos, entre bailes «salvajes» y morfina a mansalva, controlan la capital.

La entrada de los vencedores es extraña. Muchos contemplan por

fin cómo es la ciudad deseada y, al mismo tiempo, odiada, su premio final. Karl Georg von Stackelberg, un alemán de la Legión Cóndor, cuenta así sus impresiones de aquel decisivo momento: «Poco antes de Carabanchel trepamos por las trincheras y posiciones de los nacionales, de las que salieron los soldados. Marchamos rápidamente a través de un laberinto de líneas, de casas en ruinas, que producen el efecto de un gran campo de escombros, siempre adelante hacia Madrid. Ya estamos en las posiciones rojas. Las trincheras siguen como antes. Los rojos habían transformado Carabanchel en una sólida obra de fortificación. En los refugios cuelgan todavía los fusiles. Hay granadas de mano desperdigadas. Es necesario prever cada paso, para no pisar encima de ellas. Saltamos, trepamos y seguimos con paso apresurado […]. Somos los primeros. Es un sentimiento extraño el que se tiene al caminar por las calles de la ciudad, de la que todavía nadie sabe qué aspecto tiene, mientras las tropas nacionales se detienen antes de entrar […]. Aquí está el puente de Toledo. Todo son barricadas de sacos terreros y muros de cemento. Y allí una bandera, la primera bandera nacional que cuelga de una ventana. Otra más allá. Cada vez son más. De repente todas las calles aparecen engalanadas, cada vez ondean más banderas desde las ventanas. Algunas están cosidas con paños multicolores. Tapetes, colchas, resuenan gritos de "¡Viva Franco! ¡Arriba España!"».

También está allí Giménez Caballero, abriéndose paso a empellones. Lo hace con cara de disgusto y sensación de amargura tras esperar tanto. La multitud está encaramada en camiones. Mujeres y hombres se besan y abrazan; el griterío es ensordecedor, se escuchan disparos, música, pero él detesta todo eso, a esas «mujeres que chillaban en los primeros momentos —subidas a camiones, intentando mezclarse con la tropa—, como si nuestra liberación del 28 de marzo fuese la bullanga de un cualquiera 14 de abril o de un soez 16 de febrero […]. Más de unos brazos al cuello me quité con pena en la Puerta del Sol, a cuyo recuelo de cazuela popular le quedaba aún el mal sabor de lo atrozmente plebeyo». Pasea entre ruinas, junto a edificios a punto de derrumbarse, entre la alegría desbordante de unos y la infinita tristeza y angustia de tantos otros. Es una ciudad de mujeres, bastardos y huérfanos.

La Gran Vía de Madrid en abril de 1939 tras la entrada del ejército fascista. Gráficas CIFRA, Francisco Rubio.

A los pocos meses, durante el Desfile de la Victoria, se cubre media ciudad de tablones y telas para ocultar tanta destrucción. La inquina es muy antigua, pero ahora, tras la rendición de la ciudad roja, el odio es abierto y feroz. Y a finales del año siguiente, surge el debate sobre el futuro de la Puerta del Sol: «Se ha decidido el duelo planteado hace muchos lustros entre la vieja y castiza Puerta del Sol y la bellísima Plaza de Cibeles —escribe Díaz Nosty en *Arriba*—. El triunfo neto, rotundo, ha correspondido a esta última. La vieja Puerta del Sol, de la que con acierto psicológico grande desapareció el Ministerio de Gobernación, ha quedado convertida en una plaza de orden inferior […]. El centro urbano de Madrid es ya, indudablemente, la Plaza de Cibeles».

En las décadas siguientes no será esta plaza, sino la plaza de Oriente, el centro de la ostentación del Régimen.

La nueva era fascista sueña con cambiar profundamente la ciudad. Entre los proyectos visionarios, Federico Urrutia, nada más acabar la guerra, publica un folleto delirante, *El nacionalsindicalismo es así,* que por supuesto dedica un capítulo a la urbe imperial y que titula «La Ciudad de Occidente». Su sueño es una *tabula rasa,* construir de la nada la nueva ciudad «en medio del páramo castellano, en un inmenso laberinto de piedra». Nada de cemento, que es bolchevique. Piedra sobre piedra. Y Urrutia, sin freno alguno, describe una colosal plaza

central «extensa como un campo de aviación», la más grande del mundo, rodeada de la catedral, Monumento a la Victoria, Museo de la Revolución (falangista, claro está), Altar de los Caídos, Arcos de Triunfo, túmulos de los Reyes Católicos, monumento a José Antonio y muchas más cosas.

Pero otros proyectos aspiran a algo mayor, más del gusto del Generalísimo: una Gran Vía aérea que atravesaría la Casa de Campo, conectando la estación de Príncipe Pío con el Cerro de Garabitas. En total, nada más y nada menos que casi tres kilómetros de pasarelas aéreas cruzando media ciudad, de ochenta y cinco metros de ancho y que, además, estarían apoyadas en dieciséis mastodónticos pilares en los que viviría la gente, gigantescos edificios desde los que admirar la ciudad «imperial». Sin embargo, lo más espectacular está en el propio cerro, donde un faro de trescientos metros de altura sería nuestra particular Torre Eiffel.

El proyecto, que se llamó «Viar», fue obra del gallego Antonio Palacios Ramilo, uno de los arquitectos más importantes del siglo XX en nuestro país y autor de muchos de los edificios más emblemáticos de la capital, como el Palacio de Comunicaciones o el Círculo de Bellas Artes, entre muchos otros. La guerra y sus rigores debieron de afectarle emocional y psicológicamente, porque en 1939, nada más entrar en la capital las tropas franquistas, propone a Franco este proyecto que conecta con la idea que tiene, junto a los principales falangistas, de construir una nueva ciudad que refleje la «hazaña» lograda al derrotar a la «sierpe roja». Un nuevo Año Cero. Madrid debe levantarse según el modelo de la Italia fascista y los proyectos megalómanos, hilarantes y utópicos de los futuristas.

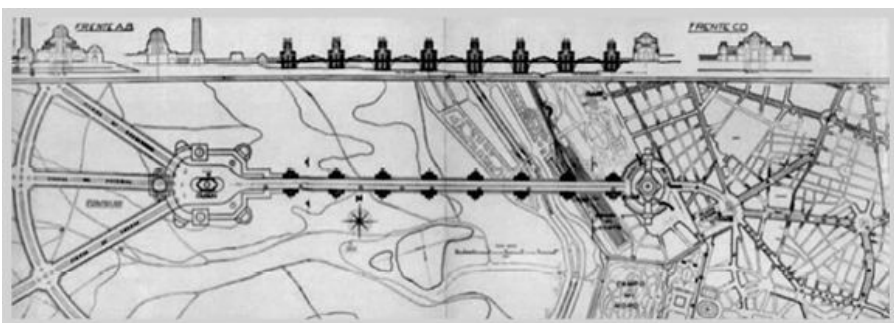
Palacios vivió con angustia los combates. En 1936 compró con su esposa una parcela en El Plantío para construir su casa, que no logró terminar hasta la posguerra. Vivió, como todos los madrileños, los bombardeos. Para él aquellos años fueron «una forzada reclusión en Madrid». Mientras llueven las bombas, él ya prepara su asombroso proyecto para una Gran Vía aérea. Al igual que los gerifaltes franquistas, ve el nuevo régimen como un imperio duradero de mil años. O al menos hasta el año 2000. Palacios, en un artículo publicado en *Horizonte,* titula el proyecto «Hacia el Madrid del año 2000». Es un número especial llamado «Victoria», una joya para fascistas. Hasta aparece el famoso anuncio de una marca de sombreros que advierte que «los rojos no usaban sombrero».

Su mastodóntico sueño convertiría a Madrid en la «Metrópoli de las Españas»; el este y oeste de la ciudad se unirían por medio de la «Vía Triunfalis», de cuarenta kilómetros, y que llegaría simbólicamente a El Escorial y el Valle de los Caídos.

Pero hay más. La Puerta del Sol, despreciada por los falangistas,

cambiaría radicalmente y estaría dominada por «arcos imperiales» junto a pasos peatonales elevados y acristalados, utilizables también como terrazas. Destacan dos torres gigantescas. En los extremos de la plaza se levantarían colosales torres de ciento cuarenta metros, como las del emblema del Plus Ultra, destinadas a los consulados de los países americanos, una veintena en total, que era donde tenían puesta la mirada las nuevas autoridades: «Serán estas Torres, en el porvenir, la nota más característicamente destacada de la heroica Villa Capital de España», afirma en el proyecto de 1939.

El arquitecto había comenzado el proyecto de reforma de la Puerta del Sol dos décadas antes, pero el final de la Guerra Civil le da la forma definitiva. Las calles que partirían de la Puerta del Sol estarían dedicadas a distintos «héroes» de la patria, todos por supuesto del bando vencedor y otros de la apropiación particular que el franquismo había hecho de la historia de España. Todo muy similar a las ideas que se ponían sobre la mesa, y en ocasiones hasta se ejecutaban, en Roma y Berlín.



La «Via Triunfalis» que uniría el centro con El Escorial y el Valle de los Caídos.

Reconstrucción de Madrid llegó a estudiarlo seriamente. Pero había varios problemas. El proyecto de Palacios para la nueva Puerta del Sol suponía arrasar 161 manzanas y destruir buena parte del centro histórico. También resultaba costosísimo. En medio de una economía de posguerra paupérrima, el arquitecto estimó una inversión de veinte millones de pesetas de las de entonces (1,32 millones de euros actuales). Un absoluto disparate.

Al ayuntamiento se le acumulaban los proyectos, las ideas peregrinas y los alardes arquitectónicos fascistas, como una Casa del Combatiente, Hogar del Cautivo y Casa del Mutilado. Algunos se llevaron a cabo, otros cayeron en el olvido en una ciudad cuya arquitectura debía expresar la nueva era totalitaria. Palacios no tuvo casi tiempo de ver nada de esto. Falleció poco después, en octubre de 1945, a los setenta y un años de edad, en su casa de El Plantío, mientras otro colega suyo, el también arquitecto Luis Moya, que había

comenzado a idear su colosal ciudad imperial en su refugio en una embajada, en la que coincidió con el escultor Manuel Laviada y el militar vizconde de Uzqueta, se desesperaba al ver que esta no se plasmaba en una posguerra gris y atormentada. Los dos primeros, en diciembre de 1936, coincidieron en el refugio, entre bombardeos y el caos que se apodera de la ciudad. Hay redadas y fusilamientos de supuestos quintacolumnistas. Luego, en febrero del año siguiente, se les suma Uzqueta.

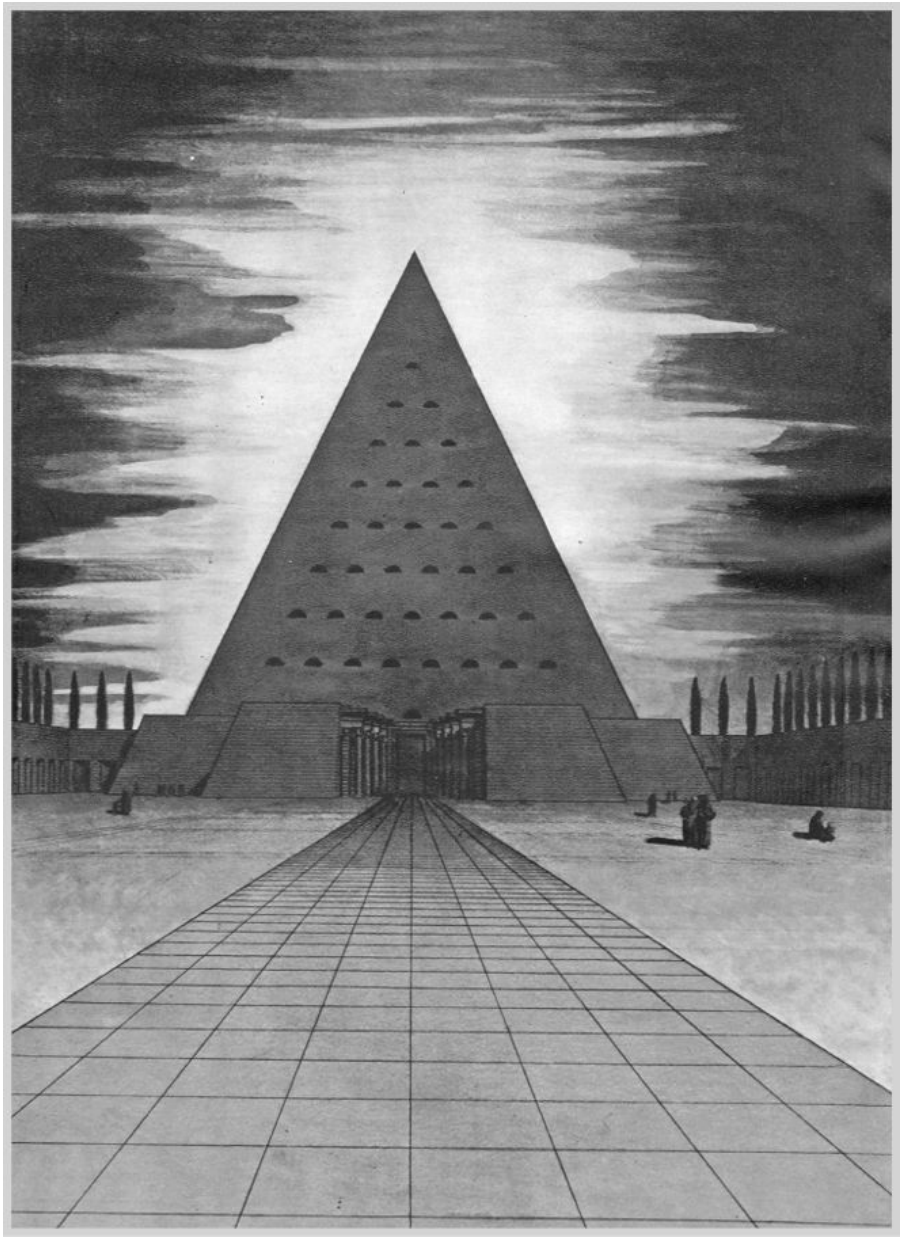
Lo llamó «Sueño arquitectónico para una exaltación nacional» y tanto su descripción como su representación, gracias a los dibujos de José Caballero, aparecieron en 1940 en *Vértice,* la principal revista falangista, nuestra *Vogue* rancia. Los tres trabajan en la visión de cómo será el día después ante «la necesidad de combatir de un modo espiritual por un orden. También de disciplinar la mente en momento tan fácil de perderla. Además, de hacerse un refugio interior donde pueda sobrevivir el pensamiento por encima del medio». El «medio» es el Madrid rojo.

Todo, hasta el más mínimo detalle, se prevé: «una exaltación fúnebre, nacida de lo que sucedía alrededor de lo que amenazaba; la idea triunfal, que producía lo que se oía y lo que se esperaba; una forma militar, reacción contra la indisciplina ambiente [sic]». La ciudadela de la Nueva Era es un escenario onírico, un cuadro de Dalí. Porque tiene mucho de surrealismo, sobre todo en su gigantesca pirámide, una exaltación fúnebre que sirve a su vez de basílica, aunque también se inspira en la Italia imperial. No hay nada francés; Francia es el lugar de las modas y la decadencia, un error de la raza. Se diseña un arco triunfal «que desafía las leyes de la gravedad física y de la gravedad arquitectónica», que emplazan en un lugar real, uno que está siendo ahora mismo castigado duramente: el cerro que se extiende entre el cementerio de San Martín y el Hospital Clínico.

El día de mañana que se imaginan es un nuevo comienzo. Todo se ha derrumbado, incluidos los movimientos artísticos que, como el fascismo castizo de Giménez Caballero, deben inspirar algo nuevo, un totalitarismo estético nacional propio. Moya, exultante, escribe: «Como un retablo madrileño, castellano, con columnas entre nubes, paños de piedra, trofeos. Las columnas sobre ménsulas. Santiago Apóstol en medio de una gran bandera de piedras de color rojo amarillo. Bandera bordada en cuatro cuarteles con cuatro escenas en bajorrelieve: Covadonga, Las Navas, América, el Movimiento. En el ático, la inscripción que queda en blanco. Victorias y trofeos como remates». Sin cemento, solamente ladrillo, el elemento castizo por excelencia. Ángeles, vírgenes, llamas, conductos que van hacia corredores subterráneos. Moya termina afirmando que «aun siendo una fantasía arquitectónica, nada en ella se ha dejado a la

improvisación, es completamente racional y largamente meditada».

Luis Moya, «Sueño arquitectónico para una exaltación nacional» *(Vértice,* 1940).



Pero la posguerra no da para bromas. El hambre azota. Es una anécdota muy conocida y gastada. Una mañana, la estatua de Neptuno amanece con un cartel —por supuesto retirado inmediatamente por la policía— que reza: «O me dais de comer, o me quitáis el tenedor». La ira de los dioses.

Flâneurs

Cuando me dispuse a escribir un libro sobre Madrid, tenía que trabajar sobre mitologías, hacer que Los, el demonio del sol del poeta William Blake, operase a partir del kilómetro cero, como vigilante o barquero, seguir vectores de pura negatividad irradiando hacia el norte, hacia las zonas de la codicia financiera, las prisas y el capitalismo salvaje. Debía buscar la belleza en los escombros, la misma visión del poeta Lasso de la Vega y su «Moiré»: «El más bello de los paisajes en el rincón de / una hedionda calleja. / Surge aquí la flor rara y preciosa».

Opté por dejarme arrastrar por esos impulsos, viajar por intuición a partir de un plan más o menos constreñido a una línea trazada en un mapa. Y a partir de esta, desaparecer. Esfumarme, llevarme la historia conmigo. Todos los que aparecerían en el libro en ciernes habían hecho a su modo algo similar: Lasso de la Vega, el ultraísta y dadaísta del Pombo, cantando a la fuga: «¿A dónde vamos? Fábricas, laboratorios. ¿Qué significáis? Nadie te comprende. Hombre excelso, pies ligeros».

Pero Gómez de la Serna y la mayor parte de la bohemia no miran a las afueras. Es un viaje interior: «Estando cómodamente sentados —cuenta en *La Sagrada Cripta del Pombo*—, recorremos en una hora 137 600 kilómetros. En efecto; por el movimiento de rotación de la tierra alrededor de su eje, cada uno de nosotros, aun sin moverse, recorre un espacio de 1600 kilómetros por hora. Por otra parte, la Tierra, girando alrededor del Sol, no recorre menos de 106 000 kilómetros durante una hora. Mas no es esto todo: el Sol, girando él mismo, se mueve en el espacio con una velocidad de 701 000 kilómetros diarios, o sea, 30 000 kilómetros por hora. Sumando esas tres cifras se llega a este singular resultado: que el hombre más pacífico del mundo, permaneciendo sentado y firme, recorre 137 000 kilómetros por hora, que es bastante más de tres millones de kilómetros por día».

Más tarde, en un epílogo para un libro sobre viajes de Carmen de Burgos, viene a completar aquel viaje imposible, un particular *tour* sin moverse del cafetín: «Aquí podemos viajar divinamente. ¿No vemos constantemente portales, ventanas reales y pintadas, esquinas y pasadizos que no habíamos visto? Aquí basta dormir en una posada una noche y asomarse a sus balcones al día siguiente para encontrar todo aquello y hasta para encontrar un país distinto si es distinta la posada. Aquí basta tomar un coche en la noche y decirle que viaje por donde quiera para ver lo inesperado. Aquí además está Pombo, donde

realizamos los mejores viajes, los viajes inmóviles, los viajes sin ruido y sin cansancio, viajes largos, aunque los podríamos hacer más largos si nos decidiésemos a quedarnos más tiempo seguido, toda la noche hasta la madrugada, en ese vagón que es nuestra cripta, vagón antiguo y cómodo de primera clase».

Sabemos que visita las afueras y que, además, lo hace al caer la noche. El resultado es «Las afueras, de noche»: «Los sapos del canalillo se quejan, no como en los pueblos, sino como personas condenadas y tumefactas que llorasen y se quejasen de un dolor de muelas terrible, enjuagándose y aliviándose con su lamento. En las afueras se ve también que Madrid está cerrado por una valla de ladridos (no he querido decir de ladrillos). Los caballos de la Guardia Civil pasan con un paso tranquilo, braceado, durísimo. Van dejando la huella de su herradura por donde pasan. A lo lejos, en las afueras de Madrid, se oyen relojes de pueblo y hay una brisa marina».

No hay nada que ver. Las afueras son casi siempre áridas, desoladoras y despobladas, con núcleos de población desperdigados; el límite son los llamados «hotelitos» —casas terreras con jardín y patio —, inicialmente toda una novedad y donde viven artistas de varietés, intelectuales y extranjeros. Para algunos son una especie de casa de vacaciones, y, de ahí en adelante, nada. O casi; merenderos, tabernuchas y chabolas. En el sur, en Carabanchel Alto, por ejemplo, hasta «las afueras» se puede ir fácilmente en tranvía. Luego, más allá, se borra el sentido de estas: se está en el campo.

La desolación de fin de siglo, su negrura, esa misma que encuentra Ribalta en caso de que llegase hasta esos parajes, da paso durante los años veinte a un progresivo poblamiento, disperso, frágil y caótico. Siguiendo la carretera de Francia y sus inmediaciones, hasta unirse con Tetuán de las Victorias, se llega en pocos kilómetros hasta el pueblo de Fuencarral. Por las dos carreteras a Chamartín, que parten del Hipódromo, el visitante se topa con casas aisladas. En otras direcciones sucede algo similar. La calle de López de Hoyos y el Camino de Hortaleza forman una vía de extensión que prolonga el poblado de la Prosperidad hasta Ciudad Lineal. La calle de Alcalá, por otro lado, se extiende por la carretera de Aragón, con edificios y viviendas hasta el otro extremo de la Ciudad Lineal. Desde dicha carretera hasta la de Castellón desaparece toda expansión de Madrid; «ni siquiera el Ensanche había conseguido llenar la barriada de la Plaza de Toros —cuenta por aquellas un periódico—, y hasta el paseo de María Cristina no reaparecía la construcción, siguiendo por la calle del Pacífico, prolongándose por el extrarradio y fuera del término, hasta desarrollarse con gran intensidad en dirección a Vallecas y por las proximidades del arroyo Abroñigal. La prolongación de la calle de Toledo, pasado el puente, inicia otro núcleo habitado que llega casi

sin interrupción hasta Carabanchel; y por la carretera de Andalucía, en la derecha del río, se está formando una densa barriada obrera».

Ya no reconocemos la ciudad. Nos cuesta ver el pasado bajo piedras y ladrillos.

Baroja y su obsesión por las afueras, su tendencia a dejar el centro para visitar lo que permanece en la penumbra, la hez y lo torcido, dejó escrito una especie de emocionante manifiesto del mundo que quedaba atrás. «Andar por las calles y plazas hasta las altas horas de la noche —cuenta en "Bohemia madrileña"—, entrar en una buñolería y fraternizar con el hambre y con la chulapería desgarrada y pintoresca, impulsados por ese sentimiento de caballero y de mendigo que tenemos los españoles, hablar en cínico y en golfo y luego, con la impresión en la garganta del aceite frito y del aguardiente, ir al amanecer por las calles de Madrid, bajo un cielo opaco, como un cristal esmerilado, y sentir el frío, el cansancio, el aniquilamiento del trasnochador.

»Dejar después la ciudad y ver entre las vallas de los solares esas eras inciertas, pardas, que se alargan hasta fundirse con las colinas onduladas del horizonte, en el cielo gris de la mañana, en la enorme desolación de los alrededores madrileños». Y entonces, poner la mirada allí donde nadie lo hace, salvo Maruja Mallo y sus excursiones en busca de osamentas, objetos raros y odas a la muerte. Un libro difamatorio contra él, publicado en la posguerra, afirmaba escandalizado su «predilección por estos solitarios lugares extramuros donde se arroja lo inservible. Rara es la obra de Baroja sin un detallado capítulo en que el protagonista es un basurero y el escenario un campo desolado cubierto de inmundicia». Los cementerios, las grandes extensiones desiertas, los páramos, todo eso le atrae, lo mismo que «una lata de conservas vacía y oxidada, o un peine desdentado y grasiento, abandonado ya por inservible».

En «Gente de las afueras», Baroja confiesa que él ha sido el único escritor interesado en las afueras. Luego nos ofrece uno de sus paseos e itinerarios: «Durante mucho tiempo, por las mañanas, mi paseo favorito era ir por Rosales, pasar por delante de la Moncloa, seguir por un camino en cuesta del Instituto Rubio, entre eucaliptos, y, atravesando una tapia rota, seguir a unos cerros a cuyo borde seguía una estrecha senda. Desde ella se divisaba la vista espléndida del Guadarrama, con sus montañas azules y sus crestas nevadas en invierno. Por allí cerca había un hospital de infecciosos, con pabellones, el Hospital del Cerro del Pimiento, nombre madrileño neto, zarrapastroso, de un pueblo enemigo de la solemnidad. Cruzando estos cerros avanzaba yo hasta el romántico cementerio de San Martín, con sus cipreses, y después volvía a mi calle. Las afueras me preocupaban entonces mucho. Había por allí gente rara, miserable,

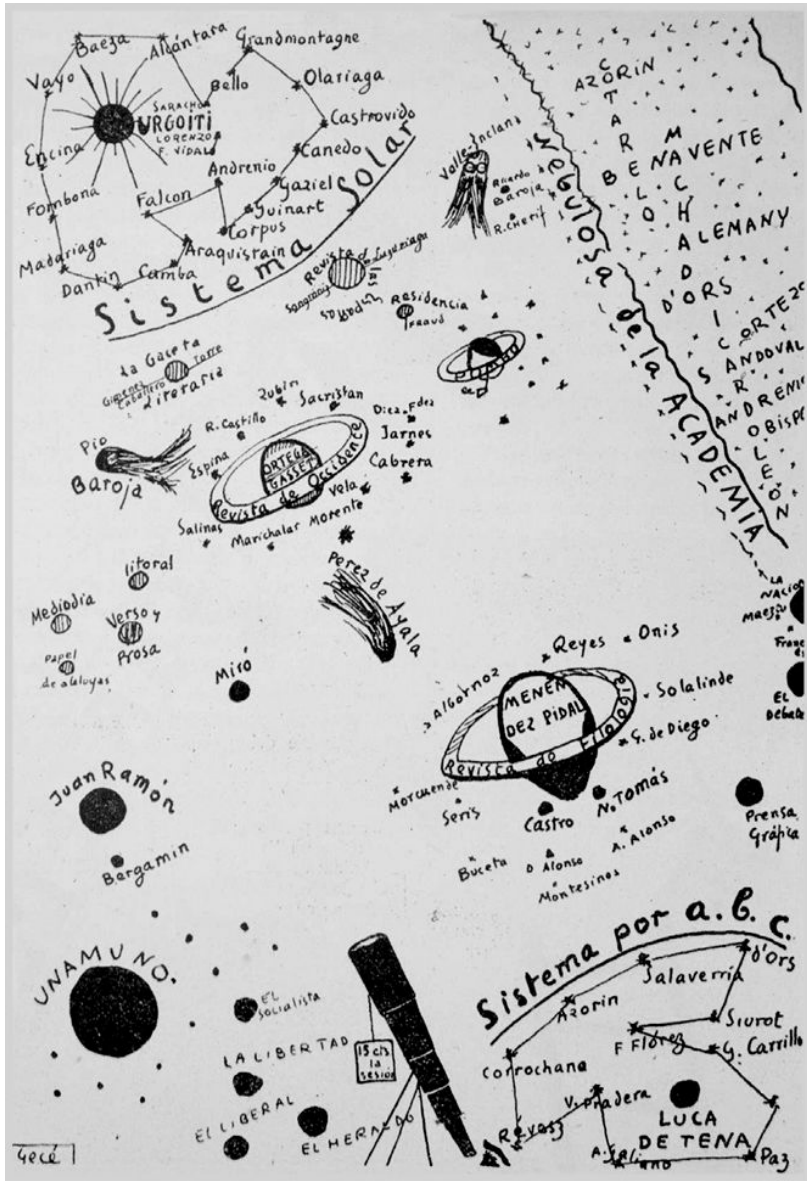
desharrapada; casuchas de lata y chozas de tierra; merenderos, ventorros, casillas de consumos; tipos degenerados, de aire mongoloide y una vida oscura y misteriosa».

El escritor es una estrella propia. Un ser aparte y distante de talante huraño y poco amigo del progreso. En 1927, Giménez Caballero publica en uno de sus libros un curiosísimo dibujo suyo, en un gran mapa que llama el «Universo de la literatura española contemporánea». Dominan «El sistema Solar» la galaxia del empresario Nicolás María de Urgoiti, propietario del periódico liberal *El Sol,* por un lado, y el «Sistema por a. b. c.», controlado por Torcuato Luca de Tena, dueño del Grupo Prensa Española, editora del derechista *ABC,* por otro. También aparecen un sinfín de nombres de escritores, periódicos y tertulias. Y ahí, a la izquierda, al lado del planeta Ortega y Gasset, vemos un cometa distante y hasta divertido, un verso libre modesto y atomizado: Pío Baroja.

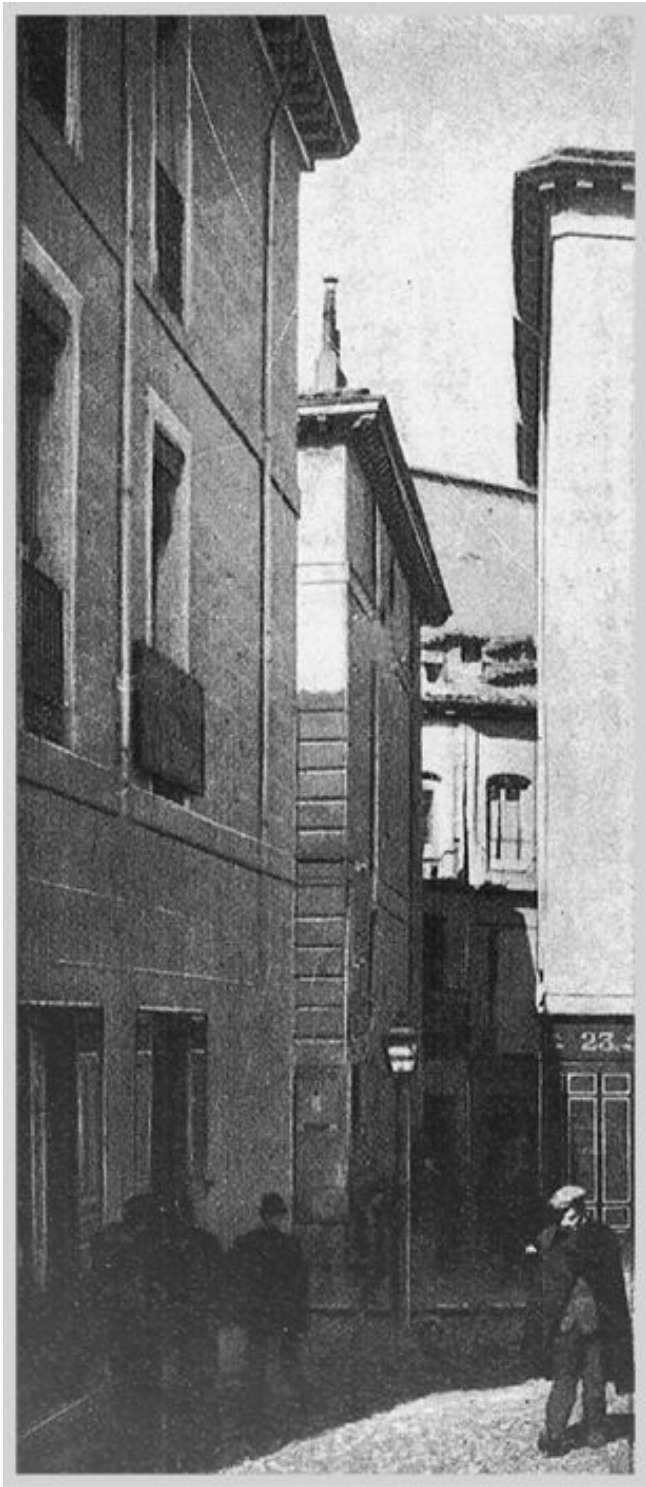
Antonio Espina, antes de su desafección personal con Giménez Caballero y las tensiones de un conflicto bélico que ya se sospechaba, asiste a la inauguración de la exposición de sus estampas-mapas en la Galería Dalmau, donde queda prendado por estas y afirma que «el género que Ernesto Giménez Caballero, "Gecé" […] ha inventado y bautizado con el nombre de "carteles literarios" no se parece a nada. Es una mezcla de literatura y plasticidad, de anuncio y biografía, de banderola y aleluya, de luz y de pregón, públicamente, expresivamente moderno». Casi un siglo más tarde, aquellas estampas convertidas en mapas cósmicos, que él llama «carteles literarios», aguardan su última función, un doble salto mortal. Los originales aún los conservan los herederos del editor. El vanguardista e inminente fascista le envía sus estampas de «banderola y aleluya» al editor Gustavo Gili, que acaba comprándolas.

También Cansinos Assens, en *La novela de un literato I,* muestra ese impulso *flâneur:* «Cruzamos la ciudad dormida y negra y llegamos hasta el callejón del Perro, a espaldas de Tudescos, y allí nuestro guía lírico se detiene ante un solar cercado de tablas. Por encima de aquella valla se alza, en efecto, un arbolillo florido de cálices blancos como copos de la última nevada. Y no se sabe qué es más conmovedor: si ese enteco arbolillo florecido de inocencia, en medio de un barrio de borrachos y prostitutas, o la ingenua sonrisa de este amigo de los grandes bigotes y el gesto duro, que de pronto nos descubre su tierno corazón, florecido también de inocencia infantil». Lo que cuenta el escritor es la crónica de una muerte anunciada. Mesonero Romanos, que la describe como «mezquina», habla de una callejuela y no callejón. El callejón del Perro, apenas un puñado de metros, el más pequeño, sombrío y lúgubre de la ciudad, es borrado del mapa por la construcción de la Gran Vía. Y fue allí donde había

tenido su vivienda, que hacía a su vez de laboratorio alquimista, el nigromante y marqués de Villena, dedicado a la brujería y la magia.



Ernesto Giménez Caballero, «Universo de la literatura española contemporánea» con Pío Baroja como un cometa propio (1927).



El callejón del Perro *(Por esos mundos,* 1910).

Tenía mucho trabajo por hacer. Anotar, registrar, caminar. Y luego, una vez paseado de la mano de aquellos fantasmas, hacer recuento de los desaparecidos, lo que ya no está pero permanece *ahí,* en los rincones de lo visible e invisible, algo demasiado evidente para los que van de un lado a otro bajando la vista a sus teléfonos móviles.

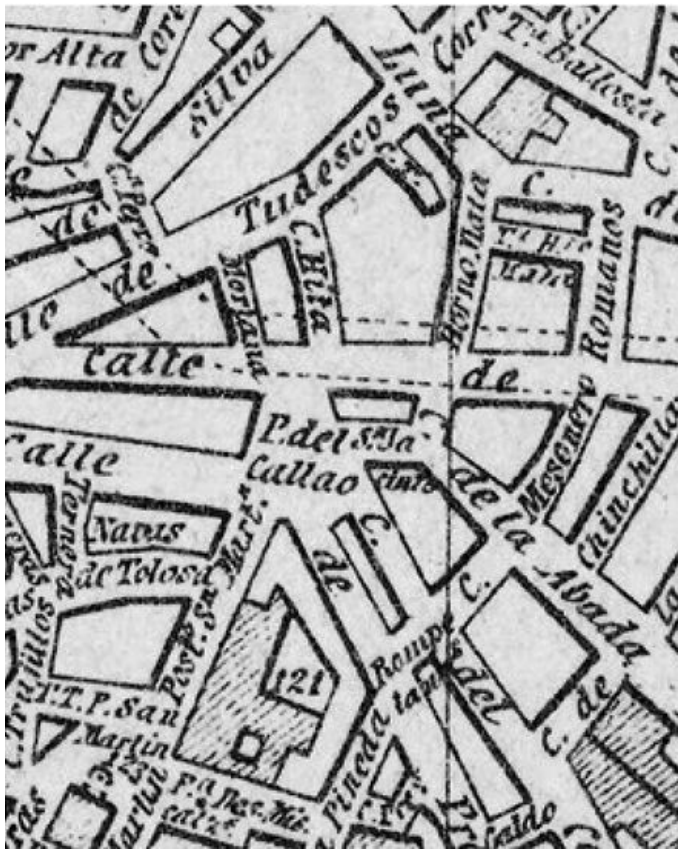
Los proyectos faraónicos en el subsuelo, las iglesias conectadas por túneles o los bombardeos de una guerra que borró del mapa casas y edificios. Todo eso, y mucho más, me acompañaba en un viaje durante el cual debía poner la vista allí donde nadie lo había hecho porque, como dice un amigo, «el diablo está en los detalles».

Y por fin, tras esta larga travesía que, sin embargo, no ha hecho más que comenzar, abandono Sol, este amado y, al mismo tiempo, odiado Puerto del Sol. Incluso objetos celestes gigantescos como ese terminan agotándose. «Nos aburre la ciudad, ya no tenemos un Templo del Sol», afirma el letrista y psicogeógrafo Ivan Chtcheglov.

Porque el sol, en caso de haber existido en esta plaza, en lo alto de un arco, fue una quimera, una ensoñación. A veces las creencias bastan para poner en funcionamiento potencias ocultas. En ocasiones, hasta de una mentira puede surgir una tormenta.

2. Calaveras, fuegos y subterráneos

(Calles del Carmen y Montera.
Plaza de Callao y Gran Vía)



MANCEBÍA • MUSEO DEL HORROR • INCENDIOS • WHITECHAPEL • ESVÁSTICAS • VÍA TRIUNFALIS • SUBTERRÁNEO • RASCACIELOS • GRAN FUTURISTA • DIANA • AVE FÉNIX

«Este viejo —dije por fin— representa el arquetipo y el genio del profundo crimen. Se niega a estar solo. Es el hombre de la multitud».

Edgar Allan Poe, *El hombre de la multitud*

«Importa poco no saber orientarse en una ciudad. En cambio, perderse en ella, como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje».

Walter Benjamin, *Infancia en Berlín hacia 1900*

El rayo de la muerte

Todo convergía hacia lo mismo. Ribalta y sus extrañas teorías guiaban mi caminar, mi modo de ver. La Imaginación era y es la clave de todo. Cuando nos matan la Imaginación y esta es relegada a un papel secundario, cuando cada vez esta se encuentra más ausente, entonces se impone el ver reglado, la quimérica forma de contemplar el mundo. El totalitarismo de la oscuridad. Recuerdo que Novalis dijo algo parecido cuando se preguntó cómo vemos «físicamente» y respondió afirmando que lo hacemos «de la misma forma que lo hacemos en nuestra conciencia, mediante el fecundo poder de la imaginación. La conciencia es el ojo y el oído, el sentido capaz de aprehender el significado interior y exterior».

En la carpeta de Ribalta, junto a su diario, había varias cartas. La mayoría eran descripciones de procedimientos quirúrgicos, tan técnicos que me resultaban incomprensibles, o instrucciones a editores de revistas médicas acerca de artículos suyos que publicaba en estas. Sin embargo, había algunas misivas que resultaban interesantes. Una de estas venía firmada por un tal Antonio Longoria y su remite es Cleveland, Ohio. La carta decía lo siguiente:

> Querido amigo. Espero que tanto usted como su familia se encuentren bien. Me llenan de alegría sus cartas, que siempre leo con la mayor premura y atención. Especialmente la última, que recibí hará ya unos dos meses, pero que no había podido responder hasta ahora debido a mis compromisos (sepa usted, mi estimado colega, que estoy trabajando en un nuevo invento que podría cambiar mi suerte y otorgarme el reconocimiento que merezco, [ilegible] y que ambos merecemos). La luz sigue siendo un enigma, otro más, por lo que estoy seguro de que en los próximos años descubriremos [ilegible] que nos asombrarán. Por de pronto hay que trabajar con lo que tenemos.

> Respecto a la cuestión que me planteaba en su última carta sobre un tipo de visión sin duda particularísima, lo que puedo decirle es que parece tratarse de una multiplicación e hipersensibilidad de los nervios ópticos y centros visuales del cerebro, de ahí que pudiera percibirse el mundo de una manera muy distinta, como de ensoñación, aunque para algunos pueda ser algo no muy agradable sino más bien pesadillesco. Para muchos, un cambio tan radical en los contornos, colores o formas puede resultar aterrador. Conozco casos en los que se perciben los objetos no más grandes sino mucho más detallados, es decir, el ángulo no cambia, pues sigue siendo el común, pero la membrana del globo ocular se altera, debido a este extraño efecto de percibir todo en impresiones infinitesimales. Podría decirse que quien experimenta esta visión es como si estuviera viendo el mundo a través de un microscopio. Lo que aún está por determinar es si este estado anómalo, o como dice usted de «singularidad y perfeccionamiento del ver», puede derivar en algo mayor como un trastorno tal que esto solo fuese una fase previa para la progresiva pérdida de la vista, hasta que sea definitiva.

Mantuvo una correspondencia fluida con Antonio Longoria, que posiblemente conoció a Ribalta durante sus tiempos de estudiante, y de ahí su amistad, que se fraguó alrededor de 1908. Seguí su rastro y descubrí una biografía extraordinaria. Era madrileño, sí, pero pronto marchó a Estados Unidos. Su lápida está en el camposanto de Palm Cemetery, en Winter Park, Florida, donde reza: «¡Dijeron que no se podía hacer! ¡Él lo hizo!».

Longoria, nacido el 14 de agosto de 1890, tras estudiar Medicina en la Universidad Complutense, ya licenciado, se trasladó a Estados Unidos. Una vez allí, trabajó inicialmente en el Bellevue Hospital de Nueva York. Era incansable, apasionado y fantasioso, y compaginaba su trabajo como doctor con su fascinación por la ciencia ficción y la ingeniería experimental. Al igual que Edison y muchos otros, buscaba tras la electricidad nuevos mundos. Durante décadas inventó toda clase de artilugios, sobre todo después de trasladarse junto a su familia (tres hijos y su esposa Anita Martínez Longoria) a Cleveland, donde fue nombrado presidente de la Sterling Corporation, con la que patentó y fabricó unos precisos cuchillos eléctricos para cirugía, además de un aparato llamado Violet Ray Device, que más tarde se demostró que era un completo fraude: aseguró que era capaz de curar el reumatismo, el estreñimiento o el lumbago, entre otras muchas dolencias, pero lo único que provocaba era un ligero cosquilleo placentero allí donde se aplicaba. Longoria mostraba sus avances en congresos, tanto nacionales como internacionales, en los que inventores de todo tipo aspiraban a convertirse en unos nuevos Morse o Edison. La mayoría trabajaba en solitario, en laboratorios alquilados o en los garajes y sótanos de sus casas. Tenían pocos medios y casi ninguno estaba financiado por empresas tecnológicas. Un tipo aseguraba haber inventado unas esposas de las que era imposible

escapar; otro estaba entusiasmado con un «psicógrafo», un armazón metálico que, tras colocarse en la cabeza, aseguraba poder leer los pensamientos de cualquiera; uno más, tras fijarse en que todas las personas se limpiaban los pies en los felpudos haciendo un movimiento hacia atrás, aplanándose gradualmente las cerdas y disminuyendo así su eficacia, había dado con un felpudo giratorio que limpiaba los pies de forma circular mientras el visitante permanecía sin moverse; o un último que mostraba un asta de bandera que, igualmente, hacía de telescopio.

Una de las primeras apariciones en prensa de sus inventos fue a través de unas declaraciones de Albert G. Burns, presidente de uno estos congresos en Oakland, que afirmó que Longoria había inventado un «rayo de la muerte» y que este quería guardar su secreto hasta que «una invasión amenazase a los Estados Unidos», momento en el cual su arma de destrucción masiva aplastaría fácilmente al enemigo. Burns, sin embargo, lo había comprobado con sus propios ojos. Tiempo antes, Longoria hizo una demostración ante varios científicos y empresarios, entre los que estaba él, logrando acabar con la vida de varios conejos, ratones o incluso, haciendo un símil con aviones, una bandada de pájaros. En las posteriores autopsias, la sangre de los animales había perdido su color rojizo hasta ser un líquido transparente. Los espectadores estaban aterrorizados y cundió el pánico. Su descubrimiento, como aseguró, había sido casual: tras dar con lo que él denominaba un «nuevo y desconocido rayo», quiso usarlo para curar el cáncer, pero no funcionó. Estaba diseñado para la aniquilación y Longoria se asustó.

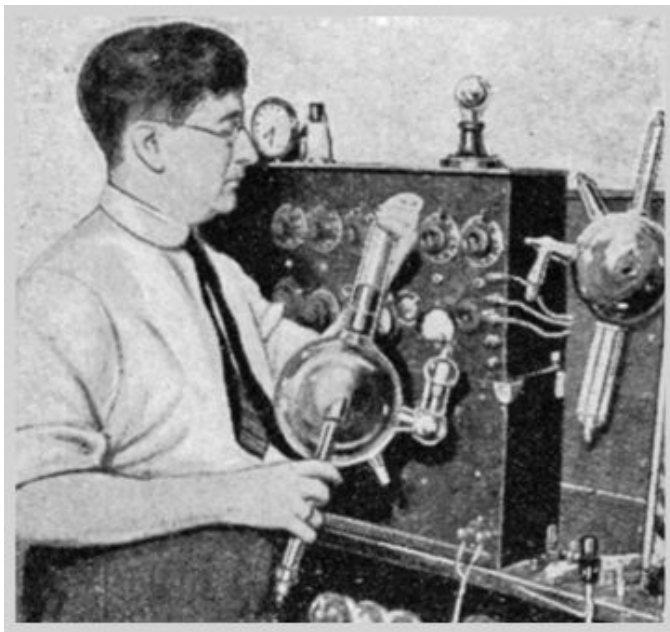


Imagen de Longoria publicada en la prensa estadounidense (circa 1930).

Tesla, tiempo antes, afirmó haber creado algo parecido, aunque su rayo era de «paz»: creaba una especie de gigantesco anillo defensivo, una verdadera «Muralla China defensiva», como la llamó, que podía ser disparada desde un avión a decenas de kilómetros de distancia. Pero aquello había sucedido hacía años y ahora estaba en 1934. Los tambores de guerra se acercaban y una sensación de tensión y conflictos en escalada lo precipitaba todo.

Cuando la prensa, que había publicado espectaculares titulares sobre un «nuevo rayo de la muerte lo bastante poderoso como para liquidar un ejército entero de hombres», le preguntó a Longoria sobre su descubrimiento, este se declaró pacifista: «Odio la guerra. La guerra no tiene sentido ni razón de ser». Desconfiaba de los políticos y sus intenciones reales. Cuando supo que varios gobiernos y agencias gubernamentales estaban tras su máquina, sin pensárselo dos veces la destruyó, junto a sus anotaciones, planos y cuadernos. «Podría volver a construirla —aseguró a un periodista—, pero jamás lo haré. Mis invenciones me han traído mucha riqueza, pero ahora solo estoy interesado en ayudar a la civilización […] que parece estar dando pasos hacia atrás en vez de hacia adelante».

Inventor Hides Secret of "Death Ray"

PIGEONS on the wing instantly killed by death rays from a machine four miles away—that is the feat reputedly accomplished by a deadly apparatus developed by Dr. Antonio Longoria, of Cleveland, Ohio, who recently announced that he had deliberately destroyed the lethal machine for the good of humanity. The Cleveland inventor declared that he had stumbled on the deadly rays while experimenting in the treatment of cancer with high-frequency radiations. The action of the fatal rays, he declared, is painless and they work by changing the blood into a useless substance, much as light transforms silver salts in photographic processes. Before a group of scientists, it is reported, he once demonstrated that the radiations would kill rats, mice, and rabbits, even when the animals were incased in a thick-walled metal chamber. The rays, Dr. Longoria believes, could kill human beings just as easily.

Dr. Antonio Longoria, who vows never to reveal his secret of the "death ray"

Noticia sobre Longoria y sus rayos de la muerte publicada en la prensa (circa 1930).

El planeta estaba surcado por rayos. De muerte, exterminio, algo casi mágico y siempre estremecedor. Los rayos de Tesla y otros tantos, que afirmaban haber descubierto el Santo Grial de la potencia tecnológica. Rayos mortíferos cruzando el cielo, como los temibles obuses, alimentaban la imaginación de poetas guerreros que

agachaban la cabeza y hundían el rostro en el fango de las trincheras mientras se sujetaban el casco bajo un sonido ensordecedor ante aquel fuego que atravesaba la noche iluminándolo todo. Era la marca de la guerra. Era, sin duda, el arma definitiva.

Habían pasado apenas veinte años desde que, el 28 de diciembre de 1895, se descubrieran los «rayos de la muerte» de Röntgen, que mostraban desnudo el interior del cuerpo humano, la asombrosa fealdad de la que estamos hechos. Carne, tejidos, sangre, cavidades.

Antoine Béclère, médico en el Hospital Tenon, creó en 1897 el primer laboratorio de radiología, donde todos sus enfermos debían someterse sistemáticamente a un examen radiográfico del tórax. Uno de los espectadores de aquel invento fue el escritor Thomas Mann, que describió el proceso como algo sobrenatural: «Estallaron descargas como disparos. Una chispa azul vibró en la punta de un aparato. Unos relámpagos subieron crepitando a lo largo del muro. En algún lado una luz roja, semejante a un ojo, miraba tranquila y amenazadora dentro de la habitación, y una botella a espaldas de Joachim, se llenó de un líquido verde. Luego todo se fue tranquilizando, los fenómenos luminosos se desvanecieron, y Joachim, suspirando, soltó el aire de los pulmones. Ya estaba».

Los rayos aparecían en prensa o estallaban en los campos de batalla mientras los artistas escribían manifiestos incendiarios. El rayonismo, un movimiento moscovita con aspiraciones revolucionarias, publicó odas a aquellos rayos «libertadores» en manifiestos que parecen dictados por Longoria o Ribalta: «Comprendemos muy bien entonces la importancia de nuestra íntima convicción relativa a los fenómenos que existen fuera de nosotros. Existen fenómenos cuya verdadera identidad sólo nos permite conocer la ciencia, aun cuando nuestros sentidos no nos permiten percibirlos de esa manera. Sin embargo, estamos convencidos de que son tal y como nosotros los sentimos y no de otro modo. De manera estrictamente oficial, el rayonismo parte de los postulados siguientes: la irradiación debida a la luz reflejada (en el espacio entre los objetos, eso forma como un polvo cromático). La teoría de la irradiación. Los rayos radioactivos. Los rayos ultravioletas. La reflexión».

Manuel, sobrino nieto de Ribalta, en uno de sus correos me habló de la amistad entre ambos: «Es muy posible que él, aterrorizado por el cariz de los acontecimientos en los frentes de guerra, hablase de todo esto con Longoria. Sé que, cuando este dejó España, mantuvo una fluida correspondencia. Los dos eran hostiles hacia Alemania, que consideraban una nación resentida y predispuesta para la matanza. Además, como se sabe, Longoria vivió su particular calvario cuando se dio cuenta de que sus inventos podrían ser usados para el exterminio y, por esta razón, destruyó sus proyectos».

En nuestro país, mientras Ribalta realizaba sus experimentos, los rayos seguían siendo un misterio, en ocasiones peligroso. Los radiólogos desconocían los efectos perjudiciales que tenía la excesiva exposición a estos. Las sesiones eran lentas, en ocasiones duraban horas. Aparecían lesiones importantes en la piel en aquellas zonas del cuerpo que, como los brazos o la cara dorsal de las manos, habían estado más en contacto con los rayos X. Dos de esos pioneros fueron los barceloneses Agustí Prió y César Comas, ambos primos. Sabiendo de la posibilidad real de sufrir daños, llegaron a un acuerdo: Prió utilizaría la mano derecha y Comas la izquierda, creyendo que así, por medio de esta alternancia, evitarían la sobreexposición. No funcionó y los dos padecieron lesiones severas, hasta el punto de que el primero murió en 1929, mientras que a Comas, años más tarde, le amputarían el antebrazo izquierdo junto a un vaciamiento axilar.

Sin duda éramos infantes jugando a ser dioses ante aquel descubrimiento, ese «vivir para ver» al que se refería nuestra prensa cuando hablaba de los rayos X, que también tenían numerosos detractores. Uno de estos, el doctor Letamendi, no creía que tuvieran ninguna aplicación positiva y los consideraba un artefacto para jugar, un invento absurdo con el que hacer sombras chinescas sin candil. Aquel «baile macabro de esqueletos» causaba repulsión.

Pero en 1916 no hay posibilidad de reflexión alguna. Ribalta y Longoria viven en medio de los avatares de la espantosa guerra. Uno, como sabemos, desaparecerá en ese crucial año y el otro, cruzando el gran charco, inventará un rayo capaz de hacer desaparecer medio mundo.

Uno de nuestros grandes escritores vio esos terribles rayos. Justo en las fechas en que se esfuma Ribalta, el 30 de mayo de 1916, Ramón del Valle-Inclán lleva casi un mes en un infierno llamado Francia, un país en llamas. Ese día es la última fecha consignada en su desolador cuaderno de bitácora como corresponsal de guerra. Aún le queda un mes de pesadilla.

El Viejo de la Montaña, el sabio de las barbas y las uñas afiladas, está viviendo algo insólito. Sus ojos no han visto nada parecido: una terrible guerra de trincheras de dimensiones colosales que va desde el mar del Norte hasta Suiza, donde el barro oculta un inmenso cementerio solo revelado al cabo de semanas o meses, cuando las posiciones se mueven tímidamente y es posible enterrar a los caídos, ya convertidos en amasijos de carne podrida y huesos calcinados.

El escritor siempre se embarca en aventuras nada convencionales, y ni tan siquiera la guerra la contará como se espera que haga un periodista, y él no lo es. Es un visionario. Lo que comparte, inicialmente en entregas en prensa, es un tremebundo relato de visiones espectrales: «Yo, torpe y vano de mí, quise ser centro y tener

de la guerra una visión astral, fuera de geometría y de cronología, como si el alma desencarnada ya, mirase a la tierra desde su estrella», escribe en *La Media Noche*. *Visión estelar de un momento de guerra,* su antología guerrera.

Un alucinado ángel de la historia sobrevolando el mundo. Así debió de sentirse en su momento más místico y, al mismo tiempo, bello: el 19 de mayo de 1916 vuela sobre las trincheras alemanas y, desde las alturas, comprueba cómo se malvive ahí abajo, cómo se muere en covachas y tenderetes, en las trincheras infectas donde la enfermedad crece bajo los huesos siempre húmedos. También eso lo contará. Ya tiene su material: «El círculo al cerrarse engendra el centro, y de esta visión cíclica nace el poeta, que vale tanto como decir el Adivino», añade con gravedad.

En Reims la crudeza de los combates es tremenda. «Las bombas caen sobre la catedral, el barrio que se tiende a su espalda yace todo en ruinas, y es un montón de piedras mutiladas aquella capilla donde eran consagrados los reyes de Francia. En el viejo atrio desierto, el rumor de la guerra adquiere un sentido de vida sacrílego y bárbaro. Cae una bomba que no estalla, y llegan corriendo algunos soldados que la aíslan entre estacas que clavan en tierra formando trébedes. Otra bomba revienta sobre la catedral. En el balcón de una casa frontera aparecen dos muchachas vestidas de luto», escribe.

En una media jornada, una noche partida en dos, cuenta todo lo que ve como si tuviera el don de la ubicuidad. Es su particular viaje astral. La guerra debe verse desde una estrella. El resultado, como él mismo confiesa, no se acerca a lo vivido: «He fracasado en el empeño, mi droga índica en esta ocasión me negó su efluvio maravilloso», añade. Únicamente mediante drogas y alucinaciones, en un viaje alucinado, el sufrimiento es soportable. El mundo es una ciénaga. Es imposible avanzar más. Ese año es tan sangriento, demoledor y abismal que es como un bucle en el que estamos condenados a dar vueltas y más vueltas.

Pero la secuencia de 1916 aún no está completa. El café el Colonial de la Puerta del Sol, antes de su forzada desaparición en los días de nuestra Guerra Civil, recibe visitantes extraños. Como León Trotski, que tras ser expulsado el 30 de octubre de 1916 de Francia, donde se vive la batalla de Verdún, cruza la frontera por Irún. Su llegada a Madrid le impresiona. Una multitud de chiquillos y buscavidas lo aborda e insiste en llevarle las maletas. Un chico, que hace de guía, lo lleva a visitar algunos lugares hasta detenerse ante el viaducto, que elogia por su historial de atracción irresistible para suicidas. Quizás incluso puede que aquel golfillo le enseñase la taberna de Nemesio, o cualquier otra de nombre parecido, sórdida y con el peso de la muerte a sus espaldas. Ramón del Valle-Inclán, en *Viva mi dueño,* recoge un

diálogo entre un guardia y un curioso suicida que bien podría ser Trotski:

«—¡Hum! Llevo muchos años haciendo este servicio para que no sepa ya apreciar quién entra en el viaducto a suicidarse y quién no... Y usted traía la intención de dar la voltereta, caballero. Hasta se ha metido usted a beber en la taberna de Nemesio... ¡Lo que hacen todos los suicidas! Los últimos cuartos que tienen en el bolsillo se los dejan en casa de Nemesio; el año pasado, sólo de suicidas, ha recaudado treinta y seis mil duros. Pero estando yo de servicio aún no se ha dado el caso de que se mate ninguno. Porque un servidor observa en la lontananza.

»—¿Cómo?

»—Quiero decir que "los veo venir" y no les permito que se tiren».

Trotski tuvo que ponerse al frente de un gigantesco ejército para tratar de vencer al Rayo de la Muerte: «Nadie sabía de dónde vendría el rayo ni dónde golpearía. ¿Pudo alguien predecir con veinticuatro horas de anticipación que los sindicatos serían aplastados según todas las reglas que rigen el asalto de los gánsteres a un banco?», escribe alarmado en «Hitler y el desarme», publicado en 1933, acerca del meteórico ascenso de Hitler. Ahora es un prófugo, un vagamundo, alguien sin hogar.

Intenta quedarse en la Puerta del Sol, en el Hotel París, que describe como una fonda desastrada con una dueña que no sabe leer ni tampoco escribir español, pero el revolucionario no puede pagar las costosas habitaciones y se queda en un hostal cercano. Es el mismo hotel en que se quedó el mago y ocultista Aleister Crowley años atrás, cuando pasó semanas en la ciudad entre extraños rituales de magia sexual y visitas furibundas al Museo del Prado tras los cuadros de Velázquez. Crowley, más tarde, propondrá al ruso una alianza pagana anticatólica.

La vida nocturna le maravilla; a diferencia de París, aquí el bullicio abarca casi toda la ciudad y no solamente algunos barrios. Los cafés están llenos hasta bien entrada la madrugada. Camina sin cesar, cruza avenidas y descampados, dejando constancia de aquel caos: «El Madrid viejo es sombrío —escribe en sus memorias—, con edificios horribles por su incomodidad y el descuido en que se hallan. En las afueras se tropieza con tipos desastrados, como en nuestro país, en Nikolaiev o Kichinev. Muchos de ellos, durante el día, duermen en el suelo húmedo. Por las calles circulan muchos asnos, cargados con grandes cestas en los costados y, balanceándose encima de las cestas, una campesina. Todo esto sigue absolutamente igual que en los tiempos de Dulcinea del Toboso y hasta de sus lejanos bisabuelos. Por la noche, gritos en la calle. A veces te despiertas sobresaltado,

imaginando que se ha declarado un incendio. Resulta que están conversando bajo vuestra ventana. No disputan, sino que precisamente conversan. A pesar de la devoción española, los curas fuman abiertamente en la calle».

En el café Colonial es visto varias veces. Nadie lo reconoce como el líder revolucionario. Puede haber espías en cada esquina y, aunque es cauto y listo, necesita el contacto humano. Aquellos pocos que hablan con él confiesan que se presenta bajo un nombre falso y cuenta la típica historia del emigrante ruso.

Lo acompaña una mujer que vende a los clientes láminas con dibujos que lleva bajo el brazo. La artista sin fortuna es su esposa Natalia Ivanovna Sedova. Trotski, mientras esta va de mesa en mesa, permanece un poco alejado. La competencia es feroz y desfila una interminable sucesión de vendedores de todo tipo —corbatas, pañuelos de hilo, bisutería o remedios que se dicen prodigiosos—, entre nubes de humo, abordando a los clientes antes de que el dueño aparezca y los eche.

Su vida en la capital es tranquila hasta que, tras ser identificado, es detenido. Pasa unos días en la cárcel Modelo, pero la policía no sabe bien qué hacer con él. El periódico católico *La Acción* convierte su caso en un escándalo. No le preocupa su detención, sino la presencia de «agitadores» en Madrid en plena Primera Guerra Mundial: «¿Qué pasa? —escribe—. Hace días se tuvo noticia en la Dirección General de Seguridad de que un individuo ruso, llamado Bronstein Trotzky, conocido agitador en aquel imperio y evadido de Siberia, había penetrado en España hace unos días, a primeros del mes actual, suponiéndose que se encontraba en Madrid. Como el sujeto en cuestión es de los que no deben andar libremente, pues sus antecedentes no hacen esperar de él nada bueno, la Dirección de Seguridad encomendó inmediatamente el servicio de la captura del terrorista ruso a la brigada especial de anarquismo. Púsose esta enseguida en movimiento y anteayer dos agentes de dicha brigada cazaron al individuo peligroso en la calle de Preciados, en una casa de huéspedes en que habitaba desde que llegó a Madrid. Como estas confidencias las tenemos por conducto extraoficial —pero absolutamente, totalmente exacto—, toda vez que el servicio se ha llevado a cabo con la mayor reserva, hemos interrogado al comisario de la brigada de anarquismo, señor Ortiz, el cual no ha accedido, por razones que comprendemos y respetamos, a contestar nuestras preguntas. Parece ser que algunos conocidos agitadores madrileños han visitado al presidente del Consejo con objeto de recabar de él la libertad del detenido. Este continúa en la cárcel. En la casa en que fue hallado se hacía llamar León Trotzky. Tiene treinta y ocho años de edad. No necesitamos encarecer la importancia de esta detención, y

esperamos que los “buenos oficios” interpuestos por los agitadores profesionales cerca del jefe del Gobierno, encuentren la más rotunda de las negativas».

Antes intenta sin éxito conocer a Ortega y Gasset. Marcha hasta su casa, sube las escaleras, el timbre suena hasta en dos ocasiones. El filósofo, que lleva toda la tarde concentrado escribiendo en su estudio, desoye la primera llamada, pero a la segunda se levanta molesto y va hasta la puerta, deseando volver y proseguir cuanto antes con sus anotaciones. Cuando abre la mirilla, ve a un tipo con rostro desaliñado al que no conoce en absoluto. «¿Quién es?», pregunta. Nadie contesta. «¿Qué desea?», insiste. «Soy el profesor Tal [no recuerda el nombre que dio] y quisiera ver al profesor Ortega», dice con lo que parece acento germánico. «No está», contesta tajante y, seguidamente, cierra la mirilla bruscamente. El visitante parece titubear y luego se marcha. Ortega regresa al escritorio y, tras unos minutos, deja su pluma y piensa que aquel extraño hombre tenía «la cara de sierpe de Trotski».

El 25 de diciembre de 1916 el revolucionario embarca a la fuerza en el Montserrat, que parte camino de Nueva York. Llueve, y aunque no es aconsejable pasear por cubierta, él lo hace, a pesar del fuerte viento y las altas olas. El hombre que estuvo al mando de uno de los ejércitos más poderosos del mundo, ese que ya ha estado varias veces en prisión y sufrido otras tantas deportaciones, tiene tiempo de pensar en su pasado y futuro. Le sobra el tiempo, es lo único que tiene, al menos por ahora. Allí, en sus idas y venidas, se encuentra con Arthur Cravan, el boxeador y poeta dadaísta que acaba de enfrentarse en Barcelona a Jack Johnson, el «gigante negro», como lo describe la prensa española. Por supuesto, ha perdido estrepitosamente. El anarquista y el comunista se hacen colegas y comparten confidencias. Cravan, que es capaz de recitar poesía en la borda, con las olas arremetiendo contra el barco, cargado de una vitalidad casi sobrehumana, es primo de Oscar Wilde, a quien otro personaje que aparece en este relato como apuntador e inspirador eterno, Pío Baroja, se lo encuentra una mañana por las calles de París justo un año antes de morir. Baroja, magistralmente, lo describe como un tipo larguirucho y de gesto triste con los bolsillos llenos de periódicos viejos y arrugados, la mejor descripción posible del instante previo al fundido a negro.

Museo del horror

Recordar es vivir y rememorar es volver sobre nuestros propios pasos. Despreciadas, asediadas, demolidas. Al darles voz a esas memorias, estas salen de los ángulos opacos, allí donde las termitas, el agua y la suciedad, nuestras corrientes de podredumbre pero también la historia oficial, el relato que asegura que «esto es todo lo que hay», las han condenado. La ciudad, tanto la que vemos como aquella que no vemos, está viva.

Escribo y paseo.

Paseo y escribo.

Escribo impulsado por una fuerza que nace del territorio, todas y cada una de las memorias olvidadas y que ahora claman por salir, buscar un poco de luz. Es como un ritual, el modo en que nosotros los vivos somos capaces de romper un maleficio. Solo descansarán si al menos una vez, por última vez, alguien las recuerda.

Esta es una escritura del deseo, un paseo deseante. Un mapa para «geógrafos militantes», como una vez dijo Joseph Conrad. Alucinados, llevados por una fuerza motriz surgida de las entrañas del deseo. Porque somos esto mismo: carne y hormigón, ladrillo rojo, esculturas en los tejados, perforaciones en el suelo, destrucciones aterradoras, mientras avanzamos entre muertos y contamos a los vivos lo que estos nos confiesan. Entre susurros les decimos que su tiempo aún no ha pasado.

«Una vez al año sale a caminar. Sin destino. Sin mapa. Si vives aquí el tiempo suficiente, acabas por incorporar una brújula», escribe Colson Whitehead en *El coloso de Nueva York*. Y eso es lo que hago, lo que llevo haciendo años y años. Con ayuda de este mapa, por otro lado casi inservible —una gruesa raya negra atravesándolo en línea recta, sin errores, hacia el norte—, me abro paso por la metrópoli mientras hago recuento de desapariciones en mi cuaderno.

A mi alrededor el pesimismo se extendía. Era el tiempo del virus. Algunos amigos se habían quedado colgados tras lo peor de la pandemia. Un puñado de psicópatas adinerados y con poder brindaban por aquellos sus buenos tiempos. Un asesino silencioso se había llevado por delante a más de siete mil ancianos en residencias privadas; el hedor de la vergüenza, la carroña entre los dientes de quien manejaba los hilos, los vergonzantes documentos que ordenaron dejarlos morir a solas. Todo eso me pesaba. Buscaba el modo de redirigirme, saltar el charco. No rendirme al pesimismo. Lo único que podía hacer era seguir con mi rumbo, deambular, dar otro salto,

esquivar lo que no me interesaba.

Leí muchas cosas, la mayoría incluso como si las estuviera viendo pasar ante mis ojos. Como esta: el desfile es masivo. Largas columnas de trabajadores caminan puño en alto entre banderas rojas y negras. Es el 1 de marzo de 1936, la fecha elegida para la gran celebración tras el triunfo del Frente Popular, semanas después de que se hundan las aspiraciones electorales totalitarias de nacionalcatólicos, carlistas y falangistas. Al menos por ahora. «Con un buen par de tiradores —afirma desde una ventana un colérico José Antonio Primo de Rivera al ver pasar la manifestación— una manifestación como esa se disuelve en diez minutos […]. Esperemos que se enteren de una vez. Nosotros estamos dispuestos a poner las narices [sic], ¿no? Pues que ellos pongan, al menos, el dinero». La mandíbula canina bien cerrada, los ojos centelleantes. Se atusa la corbata, mira con desdén a la muchedumbre bolchevique. Y se imagina infiernos.

Ese mismo día los líderes falangistas ordenan al ultraderechista Sindicato de Estudiantes Universitarios, protagonista desde hace tiempo de numerosos incidentes violentos en la universidad, que se incorpore a las milicias del Partido, su temida y sanguinaria Primera Línea. En todo esto hay un regusto a algo metálico, a polvo y sangre, una sed de venganza que no se calmará. No, todavía no.

Las revoluciones jamás llegan solas; hay que saber aprovechar la ola, o provocarla. Tampoco las contrarrevoluciones. Ambas deben alimentarse con hogueras, miedos, temores a algo funesto y terrible. Es una vieja cantinela extremista: si la vía electoral es imposible, entonces hay que precipitar los acontecimientos. Esperar nunca es del agrado de los golpistas.

He aquí la primavera de la provocación. El momento en que todo se precipitó hacia unos abismos que ya los sótanos del Pombo, seis años antes, habían adelantado con aquellos escritores amenazándose, soñando con una guerra que más temprano que tarde los arrasaría a todos.

Los falangistas se lanzan a una escalada de ataques violentos. Pistolas, barras de hierro, navajas. La izquierda, mientras tanto, no duda en intentar responder a la altura. Cada día la prensa da cuenta de un reguero de heridos y algún que otro muerto. La violencia sale barata; casi nunca se detiene a los autores y los grupos se crecen, confiados en su fuerza.

El 11 de marzo, Juan José Olano, estudiante ultra, cae asesinado, mientras su compañero carlista resulta herido de gravedad. La respuesta no se hace esperar. Esa misma tarde deciden atentar contra alguien muy importante. El elegido es Luis Jiménez de Asúa, socialista, catedrático de Derecho y enemigo de los ultras armados que campan por la Universidad Central. El atentado terrorista es sencillo;

un coche, que espera a que este salga del edificio, lanza una ráfaga de metralla contra Asúa, que se echa al suelo, aunque sale ileso, y hasta tiene tiempo de señalar el vehículo de los terroristas. Su escolta, el inspector de policía Jesús Gisbert, lo persigue durante unos segundos. Los terroristas logran alcanzarlo y muere en el acto. Todo está listo; los autores, con ayuda del aviador y militante falangista Ansaldo, huyen a Biarritz, en una fuga propia del cine negro, pero una vez allí son detenidos por la Sûreté Nationale, que los encierra a la espera de su extradición.

Todo se precipita. Falange es ilegalizada y dos millares de militantes, la mayoría jefes de centuria y escuadristas, son detenidos. También encierran a José Antonio Primo de Rivera, al que se le incautan numerosas armas en su casa. Los falangistas, hasta entonces una fuerza no multitudinaria, logran por fin poner sobre la mesa un desafío complicado para los izquierdistas, que resuelven qué hacer de la manera en que muchos temen: gasolina y fuego.

Al día siguiente, durante la manifestación contra el atentado, hay grupos de comunistas y anarquistas armados. La marcha, presidida por la comitiva fúnebre y numerosas mujeres, que caminan en silencio cogidas de la mano y luciendo lazos rojos, discurre por la Gran Vía en dirección a la calle Alcalá. Los gritos de «¡UHP!» (Unidad Hermanos Proletarios) resuenan en toda la calle y son proyectados hacia arriba, entre los altos edificios, buscando una salida más allá del cemento y las esculturas de figuras mitológicas que observan todo desde lo alto. Una camioneta, que lleva periódicos de *La Nación,* arde muy cerca de allí. También lo hace su sede, que poco antes recibe un aviso para que sus trabajadores desalojen el edificio. El periódico jamás volverá a aparecer.

La turba incendiaria es rápida. La sede de *ABC* tiene que ser protegida por guardias de asalto, mientras los requetés, que hacen lo mismo con la del diario integrista *El Siglo Futuro,* rechazan a tiros a los asaltantes. En la esquina de Montera con Gran Vía, donde está el café del Norte, un grupo entra violentamente en el local persiguiendo a uno de sus camareros, que instantes antes provoca a los manifestantes haciendo el saludo fascista.

La manifestación, ya fuera de control, es una espiral de choques y tumultos. Unos metros más allá, al comienzo de la calle Hortaleza, un grupo saquea una armería y reparte armas, mientras algunos otros ya han alcanzado la plaza de Santa Ana y, una vez allí, toman la del Príncipe, llena de sastrerías, tiendas de ropa y hasta algún café famoso, como el Gato Negro. A mitad de calle, la iglesia de San Ignacio comienza a arder. Uno de los testigos es Julio Caro Baroja: «La gente pasaba una vez más junto a ella torva o medrosa, y hubo algún gesto de claro disgusto. Una mujercilla desgreñada lo observó y dijo

que los padecimientos del obrero tenían más importancia que aquella quema».

Cuando dan las 20:15 h, no muy lejos de allí, en la calle Montera, entre cargas de la Caballería y los guardias de asalto, una avanzadilla derriba la verja de entrada y penetra en el interior de la iglesia de San Luis Obispo, en la que desde hace tiempo circulan rumores de reuniones secretas de conspiradores militares al caer la noche. Son rápidos y están organizados; llevan bidones de gasolina, que reparten entre los bancos y el altar. Luego les prenden fuego. La iconoclasia produce extraños juegos de la razón y hasta es muy posible que algún feligrés, en medio del incendio, a las puertas de una guerra que llegaría en tan solo cinco meses, imagine al fantasma del mismísimo san Luis Obispo, santo italiano, ascendiendo a los cielos, vigilando desde lo alto para luego caer sin éxito sobre los revoltosos. De él se contaron muchos milagros y hasta un capellán aseguró haberle visto volar. Aunque se distinguió por supuestas curaciones milagrosas, se dijo también que una vez le salió una rosa en la boca cuando estaba de cuerpo presente.

Pero aquí no hay rosas. Tampoco éxtasis místicos. Es un momento de bajas pasiones. Las llamas actúan con una rapidez asombrosa, lanzando sus lenguas hacia arriba, hasta la cúpula, que al cabo de poco tiempo cae estrepitosamente a la calle, llevándose por delante los cables del tranvía. Los bomberos desalojan las viviendas cercanas; dos de ellos, intentando contener el fuego, mueren abrasados. El fuego no es dominado hasta la medianoche, pero para entonces la iglesia ya ha sido calcinada.

Interior de la iglesia de San Luis Obispo (1942).

No todo se destruyó. Mientras se desatan las primeras llamas en su interior, un grupo de fieles logra a duras penas salvar del fuego los vasos sagrados de la iglesia, que llevan hasta la vecina iglesia del Carmen. No fue lo único de San Luis Obispo, que, junto con la iglesia de San Sebastián, era la única que contaba con el privilegio de asilo, que acabó en otro templo. Su pórtico barroco, muy feo y con una pobre cartela con el nombre de la iglesia original, que era lo único que se mantenía en pie antes de ser demolidas sus ruinas, fue trasladado en 1950 a la iglesia vecina, aprovechando las reformas por el ensanche de la calle de la Salud, creando así un efecto extraño: hoy la iglesia del Carmen es un templo con dos entradas, una de ellas muy distinta a la otra, que no puede evitar ofrecer la sensación de algo pegado bruscamente, y que da a la calle de la Salud, cuyo nombre se debe a que sus primeros habitantes se libraron milagrosamente de la epidemia de peste. El pórtico está desgastado y la piedra presenta erosiones, que posiblemente no sean únicamente causadas por el paso del tiempo.

El dichoso tiempo y sus caprichos. Una iglesia hecha añicos, de la que únicamente se salvaron los vasos consagrados y su fachada, que acabó adherida a otra cuya historia sacrílega estremeció a un país que vivía los primeros coletazos de la guerra. Profanaciones en cadena, transmisiones de epidemias iconoclastas. Enfermedad, guerra e incendios. Aquí nada se salva, como si los abismos de la Puerta del Sol

que tanto me ataron atrajeran esas y otras negruras. Y todo comenzó con una fotografía, testimonio y, a su vez, condena para los profanadores. La imagen delatora. Esta fotografía: la Chula, bailarina de un cabaret cercano llamado El Shangay, en la calle Montera, y cuyo nombre real es Carmen Corao, posa justo en medio. Trabaja sentada en una silla a la entrada del antro, hasta que alguien compra un boleto para sacarla a bailar. Tiene el gesto marmóleo y ceniciento, el mismo que suele lucir cuando espera la llegada de algún cliente; la mirada clavada en el fotógrafo, que la retrata luciendo unos pendientes enormes y vistiendo traje de lunares.

Milicianos en la iglesia del Carmen. Fotografía Alfonso.

El gesto de la cabaretera es distinto. Por supuesto, no sospecha lo que sucederá apenas cinco meses más tarde, pero su gravedad es extraordinaria. Desconoce que esta será una foto incriminatoria cuyos ecos se prolongarán hasta la inmediata posguerra, cuando se desate la cacería contra cada uno de los retratados de la comitiva espectral: varios hombres imitan a curas y obispos, hacen muecas grotescas y, sobre sus cabezas, lucen bonetes; algunos levantan el puño; dos de ellos, además, empuñan pistolas. Son obreros con ropa de obrero, trabajadores recién salidos del tajo y casi arrojados a aquella escena, todos con trajes dados de sí, sin olvidar el ya famoso mono de obrero que por entonces, finales de julio, con el enemigo a las puertas, una bestia mostrando sus colmillos, se convierte en la ropa de moda, un salvoconducto que, en algunos casos, es útil para no ser molestado. Todos lo llevan; incluso algún burgués, receloso del qué dirán y aterrorizado por las preguntas que podrían hacerle las bandas de incontrolados y los numerosos milicianos con ganas de vengarse con lo que tienen más a mano.

Es una ciudad de miedos y sombras, cañonazos y carreras. El joven

del mono azul apunta con su pistola al suelo, en dirección a los huesos que aparecen esparcidos sobre una mesa, como si alguien hubiera vaciado una bolsa instantes antes. Los huesos están desordenados, arrancados de sus cuerpos y para nada blancuzcos sino amarillentos, mezclados con tierra y ya consumada su pudrición, esa que encerraban los ataúdes en que reposaban. Otros, en cambio, sustituyen sus fusiles por escobas, como si fuesen brujas sin empleo, al tiempo que sostienen calaveras. Alrededor del grupo, largos cirios encendidos aportan una forzada religiosidad a una estampa tan sacrílega que en realidad es casi una instalación artística, un decorado convenientemente preparado por los sin dios, o «la banda», como los califica la prensa derechista aterrada por lo sucedido.

La pareja de la bailarina, Ramón Caballero, que sostiene una escopeta, fue de los primeros en entrar en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, en la calle del Carmen, a unos pasos de una Puerta del Sol que ya he dejado atrás, justo donde estoy ahora, en medio de una mañana soleada llena de gente que va y viene de compras, entre turistas extraviados y vendedores ambulantes.

La famosa imagen se publicó inicialmente en el *ABC* el 1 de agosto de 1936 y la firmó el célebre fotógrafo Alfonso. La noticia aseguraba que Caballero, uno de los líderes de la banda, resultó herido durante las «labores de excavación». Tanto él como el resto irrumpen en el templo con un documento falso de incautación que muestra el sello de CNT. El cura, aterrado, no puede hacer nada. Otras iglesias están siendo saqueadas o incendiadas y los milicianos, con gesto duro y muchas prisas, empuñando las armas, bruscamente lo apartan, al tiempo que cuelgan la bandera negra en la entrada de la calle del Carmen junto a un cartel escrito a mano que reza: «Edificio propiedad del pueblo. CNT / UGT».

Milicianos en el exterior de la iglesia del Carmen. Se observa un cartel que reza

«CNT y UGT, Propiedad del Pueblo» y, en la entrada del templo, una bandera negra.

Bajo el altar mayor, tras un registro exhaustivo, dan con varias sepulturas, en total sesenta y cinco cuerpos, aunque es difícil saberlo. Hay huesos mezclados con más huesos, calaveras desperdigadas; unos cuerpos son más antiguos que otros, pero la mayoría llevan ahí varios siglos y están momificados. Hay algunos de mujeres y otros que, por su pequeño tamaño, corresponden a niños, incluso puede que a bebés. Algunas mujeres todavía conservan los hábitos de la Orden de las Carmelitas, que tenía su sede instalada aquí un par de siglos antes, en el convento de los Carmelitas Calzados, fundado en 1575. También murieron allí, como era costumbre en los templos, que contaban con su propio panteón y, a veces, hasta cementerio privado. El resto de cuerpos es un misterio. Algunos aseguran que se trata de niños desaparecidos o quizás hechos desaparecer para borrar la vida «pecaminosa» de alguien. Ricos protegiendo a ricos.

Huesos y calaveras, colocados caprichosamente en atriles o sillas, son dispuestos formando grupos. Durante varios meses, mientras las bombas caen apenas unos metros más allá, en la calle, se exhiben en una especie de museo del horror que cualquiera puede visitar, siempre y cuando pague una entrada que los milicianos se quedan y emplean para fines muy distintos que los de socorrer al cercano frente de guerra.

La idea surge casi de la nada, apenas unos días después del hallazgo. Varios de los profanadores están en La Parra, un bar cercano; uno aparece con varias calaveras robadas de otra iglesia. Otro propone juntarlas a las de la iglesia del Carmen, montar algo gigantesco en cuanto a horror mórbido. A todos les parece una idea fantástica. La ocurrencia es un éxito, y el trasiego por el templo, incesante, tanto que uno de ellos instala una mesita a la entrada y comienza a cobrar por la visita.

Aquellos asfixiantes meses de julio y agosto, cuando se pensaba que la ciudad acabaría cayendo en manos de los fascistas, dieron paso a un otoño esperanzador y este, a su vez, a un invierno que, pese al hambre y los rigores de la guerra, mantendrá la moral de los madrileños muy elevada. Pero con el frío llega también la mala suerte para algunos de los retratados, que acaban detenidos por los propios anarquistas, que los acusan de robo y falsificación de documentos y carnets cenetistas. Es el caso de José Olmeda, de quien la prensa y la Causa General, el voluminoso expediente de casi seiscientas páginas abierto contra los profanadores, afirman que es el indiscutible líder de la turba que monta una «taberna sacrílega» —así se describe— en el templo. Hay más literatura, por supuesto: se habla de «maratones orgiásticos» al

caer la noche.

En realidad, en la famosa imagen no hay militantes profesionales, sindicalistas o anarquistas consumados, sino hampones, golfos o buscavidas, muy habituales en aquellos primeros meses de guerra y revolución, cuando el caos y la presencia de incontrolados armados, que solo responden ante sí mismos, se adueña de las calles, y ni tan siquiera los anarquistas más veteranos pueden pararlos, desbordados por la amenaza del totalitarismo que campa ya muy cerca del centro, a tan solo media hora de paseo o quince minutos de tranvía. Basta seguir el rastro de los edificios devastados que cubren la calle Segovia y sus inmediaciones, y allí está el horror tantas veces temido.

Algunos periodistas extranjeros, afines en secreto a los sublevados, visitan la iglesia. El corresponsal de *Le Journal,* uno de ellos, tras enseñar su salvoconducto, entra en el templo. Se estremece. Un intenso olor a muerte preside el espacio e impregna todo. Es un hedor rancio y repugnante que no desentona para nada con la decoración. Los destrozos son numerosos. Imágenes y esculturas, en su mayoría mutiladas, forman posiciones inverosímiles, junto a pancartas colgadas de las paredes con mensajes revolucionarios. El guía, uno de los milicianos, lo acompaña hasta el altar mayor, donde está la mayor concentración de huesos y calaveras, un osario. El espanto es enorme. Algunos cráneos conservan trozos de piel y hasta cabello, pero lo más pavoroso está por llegar. Esto ya no es una crónica periodística sino un descenso al infierno, unas memorias de ultratumba: «Encendió una vela y, por una puerta lateral que daba a una escalera, me condujo a un subterráneo —escribe el periodista que, de pronto, parece narrar una escena de novela gótica—. Me tapé la nariz con un pañuelo, porque no podía respirar por el aire pestilente. El guía me precedió en la entrada de la cripta. Horrible visión; las sepulturas habían sido abiertas y los cadáveres sacados de sus cajas. Los años no habían descompuesto completamente los cuerpos; corría un inmundo líquido verde; los restos de la carne de los muertos eran de color oscuro».

El *tour* continúa. Todo está previsto al detalle y hasta se han levantado rejas metálicas frente a los cuerpos, alumbrados por velas, para poder contemplar mejor todo. En otra sala, también subterránea, los cadáveres han sido colocados en grotescas posiciones.

Ha pasado más de un mes del asalto y, por entonces, corre el rumor de que existe un tesoro escondido en las catacumbas, lo que atrae a más elementos del hampa y bandadas de rateros, oportunistas y anarquistas de última hora. Las visitas de prostitutas se suceden junto a la imagen, mutilada por los milicianos, de *El Cristo yacente,* tumbado y con las marcas del calvario de la pasión que los feligreses, cuando sea restaurada años más tarde, ya bajo el franquismo, reconocerán como las de un doble martirio y escarnio: el primero, a los pies de

Gólgota, y el segundo, durante los días de la «taberna sacrílega».

El museo es ya casi oficial, pero antes se convierte en improvisada checa a la que van a parar algunos falangistas y otras personas acusadas de quintacolumnismo. El grupo controla el templo; todos, por si acaso, cuentan con un falso carnet anarquista. La Chula, con desdén y entre risas, suele pasearse entre las celdas insultando a los detenidos; en ocasiones, tras tomar la pistola de su pareja Ramón Caballero, la blande y amenaza con pegarle un tiro a alguno.

Olmeda es acusado por Amor Nuño Pérez, secretario de la Federación Madrileña de CNT y miembro de la Junta de Defensa de Madrid, constituida solo un mes antes, de cobrar entrada y quedarse con el dinero. Es él quien ordena su detención, lo mismo que la de La Patro, su pareja, que no aparece en la fotografía. Ambos, en diciembre, son condenados a muerte por tribunales republicanos y fusilados sin contemplación frente a las tapias del cementerio de Aravaca.

En aquellas fechas, el museo del horror de la iglesia del Carmen ya ha sido desmantelado. Ahora es un almacén de abastos, donde llega a trabajar uno de los antiguos sacerdotes del templo, que es nombrado jefe de Abastos y, gracias a su puesto, ayuda a varios quintacolumnistas y fugitivos.

Putas y vórtices

He visto la famosa fotografía decenas de veces. Me he parado ante la iglesia del Carmen otras tantas. Algo así acaba por extender su fuerza en las inmediaciones. El vórtice absorbe la poca luz que resta. Crea focos de atracción y repulsión al mismo tiempo. El urbanismo y la arquitectura, con todos sus caprichos y oscuridades, generan una lectura paralela, otra más vertiginosa. Una lectura en duermevela, un ensueño que sin embargo es real.

Ahora estamos en ese otro plano.

Ahora descendemos abajo, más abajo.

Los alrededores de esta iglesia están envueltos en tinieblas, y presentan insólitas conexiones. Los pasos que me han alejado de la Puerta del Sol, nuestro particular y eterno puerto sin mar, siguiendo mi línea recta hacia el norte, parece que quieren regresar otra vez al punto de partida.

Las famosas casas de mancebía de la Puerta del Sol se destruyeron, pero para indemnizar a sus dueños Carlos I autorizó trasladarlas a unos terrenos existentes en la calle del Carmen, justo donde siglos después se levantaría la iglesia del mismo nombre. El Caballero de Gracia inició una intensa campaña para expulsarlas y dar cobijo a los carmelitas. Incluso escribió al cardenal Espinosa para advertirle de que el demonio habitaba en aquel antro y que él haría lo que fuese necesario por acabar con este: «Señor, señor, perdóname y advierta / que Dios interiormente me está dando / impulsos para que esto se concluya / la casa del demonio ha de ser suya. / Y si vuestra ilustrísima rehusase / hacer al Carmen santo este servicio / harelo yo echando esas mujeres / desta publicidad una mañana / con teclas y campanas verá el cielo / la casa vil que es casa del Carmelo».

No duraron demasiado; como reclamo, en sus ventanas se colocó la figura de una virgen, robada hacía tiempo de una iglesia toledana y que, tras pasar de mano en mano, acabó en el lupanar. Medía casi metro y medio, manos y cara estaban policromadas y, lo más importante, contaba con brazos articulados, por lo que podía adoptar distintas posturas. A la imagen le pusieron ropajes vulgares y la asomaron a una ventana como reclamo publicitario. Alguien, desde atrás, movía los brazos. Pronto se hizo famosa. Un fraile, tras contemplar aquella *muñeca,* supo que se trataba sin duda de una antigua imagen sagrada. La Iglesia, escandalizada ante algo tan bizarro, logró cerrar el prostíbulo y hasta intervino la Inquisición. Y la imagen, incautada por el ayuntamiento, acabó colocándose en la

iglesia del Hospital General de Madrid, en Atocha, y hasta se le dio el título de Nuestra Señora de Madrid, una virgen no oficial de Madrid. La prostituta redimida. Actualmente, la virgen, que presidió el mayor de los prostíbulos, puede verse en la iglesia de San Vicente Ferrer, cubierta de un fino encaje blanco y con el rostro enmarcado en tela dorada. Sus brazos, en otro tiempo suplicantes de deseo carnal, sostienen la figura de un pequeño Niño Jesús. En lo alto, corona y halo plateados.

En su solar, tras ser destruidas nuevamente aquellas casas de prostitutas, se levantó rápidamente una modesta iglesia de madera, antecedente del convento de los Carmelitas Calzados de finales del siglo XVI. Luego llegó la actual iglesia. Aquí la reverberación es patente, una línea clara que atraviesa varias épocas, acercando hasta tocar a sus supuestos contrarios: putas y clero. Pero la ciudad no miente. Aquí no hay enemigos posibles y, si tenemos ojos para *ver,* todo tiene su sentido.

Mientras me embarcaba en esta aventura para cartografiar el Madrid huidizo y enmascarado, una noticia lo cambió todo. Por supuesto, era demasiado hermoso y perfecto para ser verdad, aunque quién sabe. Durante unas obras de reforma en la zona del altar de la iglesia, tras retirar las baldosas del suelo, aparecieron otras muy distintas de las que nadie jamás había tenido noticia alguna: unos azulejos, que formaban grandes rombos multicolores, ajenos completamente a la estética del templo y del mismo catolicismo. Estaban en muy buen estado y emergieron para sorpresa de los trabajadores y del mismo párroco, que no lograba explicar aquello. Algunos historiadores afirmaban que databan de varios siglos atrás, lo que inevitablemente conducía a la primitiva iglesia y convento y, quizás, al mismísimo prostíbulo original. El pasado gastando una broma al futuro, suspendiendo el tiempo. El tiempo invadido por las putas y el suelo como reclamo y escenario de sexo, orgías y pecado. La iglesia y la blasfemia suprema.

Una mañana lluviosa, aprovechando una visita a la ciudad, quise enseñárselo al escritor británico Iain Sinclair, que caminaba vigorosamente a pesar de sus ochenta años, desdeñando mi ofrecimiento de paraguas. «Soy de Londres —me dijo sonriendo— y estoy acostumbrado. Son cuatro gotas». Entramos en el templo justo antes de la misa. El cura, junto a un par de monaguillos, hablaba en silencio en una salita junto a la entrada de las obras. No podíamos franquear una valla colocada allí para evitar incursiones más cercanas al hallazgo, pero teníamos buena visibilidad. La atmósfera era pesada. Iain olfateaba todo, buscando emisiones secretas de antiguas energías. Quizás también algún tesoro perdido. Esa mañana, al igual que viene

haciendo todas y cada una de sus mañanas desde hace medio siglo, se había lanzado a la calle con sus prodigiosas gafas urbanas de rayos x. Observaba los cuadros, asentía a mis explicaciones. La tenue luz, el aplastamiento emocional de las iglesias españolas, su siempre inconfundible ambiente tétrico y morboso (espadas flamígeras amenazantes, lanzas clavadas en la carne, ojos desorbitados, imágenes homoeróticas y casi sexuales de dolor y placer) le impresionaban.

Al salir ya no eran cuatro gotas. Insistí, abriendo el paraguas. Él aceptó de mala gana. «Yo soy Watson y tú Sherlock», le dije bromeando, mientras la lluvia arremetía con fuerza. Los edificios comerciales de reciente construcción convivían con edificios históricos. El amasijo de cemento y memoria aturdía. Sorteando turistas, evitándolos como si su contacto nos produjese alguna afección, caminando en silencio, dando rodeos, esquivando vallas y mierdas. En la Puerta del Sol le indiqué los puntos calientes de la topografía siniestra: el antiguo Hospital de la Peste, ahora convertido en templo de la tecnología y el dinero —el mismo hedor—, las figuras mitológicas de rostros enfadados en la fachada de la actual sede de la Presidencia de la Comunidad de Madrid, ese kilómetro cero mentiroso pero facilón y práctico.

Lo llevé ante las paredes acribilladas de la calle Mayor. La guerra se filtraba en la arquitectura. Y la sombra de la muerte se resistía a alejarse. La ciudad, le mostré, se había ido expandiendo como capas de cebolla, un organismo vivo y voraz muy dado a la posesión y la destrucción. Círculos más o menos concéntricos. Muros, puertas, vallas. Arrabales devorando a otros arrabales. Todo seguía aquí, nada se había realmente «movido». A unos pasos, la antigua cárcel de la Corte, aún con su arcángel Gabriel presidiendo la fachada. «Dormir bajo el ángel» quería decir pasar la noche entre rejas. A la mañana siguiente, o cuando fuese, dependiendo de por qué calle salieses, ibas directo a la libertad o al tormento. Por la llamada popularmente calle del Verdugo, porque era allí donde vivía el verdugo oficial, ibas camino de la muerte, que tenía lugar en la cercana plaza de la Cebada. Un burro, sobre el que marchaba el triste reo, que lo hacía encapuchado. Los madrileños evitaban acercarse a esa calle. Traía mal fario, preferían rodearla. La parca merodeaba por allí.

Cumpliendo la promesa que le había hecho días antes, fuimos hasta una antiquísima taberna. Se sentó sonriente, mirando todo con detenimiento, saboreando su vermú junto al cartel que rezaba: «Por razones de higiene se ruega no escupir al suelo». Nosotros estábamos de acuerdo y ninguno haríamos semejante cosa. Allí, en este nuestro refugio improvisado, renovamos fuerzas para soportar la lluvia, que ahora arremetía con más fuerza. Caminando sobre tablones y parándonos ante los escaparates de las tiendas de objetos religiosos,

con Iain escuchando mis historias sobre viejos cementerios que seguían estando ahí, bajo las casas de los vivos, como un anticipo de los que viviríamos al día siguiente, cuando comenzamos a considerar que estábamos inmersos en un viaje en el tiempo. Tras estar en Salamanca, el tren nos devolvió de nuevo a la estación de Príncipe Pío, donde quiso acercarse y fotografiar el río, mientras yo le enseñaba las impresionantes fotos de la División Azul saliendo de aquel mismo lugar en dirección a las estepas rusas para matar comunistas. Íbamos sentados en sentido contrario a la marcha del tren. Él lo tuvo claro de inmediato: nuestro trayecto era retrofuturismo. Sacó su pequeña libreta de notas y, una vez más, se puso a escribir rápidamente. Leí «crímenes del futuro». Le pregunté qué significaba. «A partir de ahora seguiré otro método de escritura. No escribiré sobre el pasado para hablar de Jack el Destripador, sino que lo haré sobre el futuro para evitar que este cometa sus crímenes». Iain se había puesto una gafas de sol oscuras y una gorra en la que se leía «Ancient mariner». «Oh, cambiar algo de lo que está por venir. Eso es peligroso», advirtió el escritor y traductor Javier Calvo, que nos acompañaba.

Así que allí estábamos ambos. Ahora sí que nos habíamos convertido en Watson y Sherlock a bordo de un tren que atravesaba veloz campos casi desiertos, pueblitos como San Pedro del Arroyo en el que parecía haber sucedido algún desastre atómico, con un velatorio pared con pared con una charcutería. Muertos transformados en comida, procesados al instante. Todo en orden. Alucinados y codo con codo, dos detectives abriendo una fisura en el espacio y el tiempo.

En la época de las grandes mancebías como la de la calle del Carmen, el corregidor de la ciudad, para distinguir a las mujeres prostitutas, a las que se llamaba «mujeres enamoradas», de aquellas otras que no lo eran, exigió a las primeras que llevasen bien visible un cordón cosido sobre el pecho y que llegaba hasta el hombro. Se protestaba por la confusión entre unas y otras, y por eso intentó regularse su indumentaria, como sucedió con la mantilla sevillana, recortada para distinguirla de la mantilla más larga y usada por el pueblo. Incluso varias prostitutas se dirigieron a las autoridades solicitando permiso para vestir seda.

En 1478 el rey Fernando emitió un edicto para concentrar la prostitución en la Puerta del Sol, afirmando que «las mujeres de partido no pueden estar en otros lugares salvo la putería nueva que es la Puerta del Sol». La Casa de la Putería era el edificio ocupado hoy por la pastelería «La Mallorquina», una gigantesca mancebía de las prostitutas madrileñas. Al frente de las mancebías había un «padre» y una «madre», que servían de enlace con la Corte y, sobre todo,

pagaban los aranceles. Poco después, a finales del siglo XVI, la prostitución se reúne en el barranco de Lavapiés, una medida estratégica de las autoridades para evitar que estas desborden aquella zona y tomen el centro, algo que sucede una y otra vez. Madrid siempre fue un inmenso lupanar.

Existe cierta voluntad de cuidar de su higiene y las prostitutas reciben regularmente la visita del cirujano de la cárcel de la Corte, que las auscultaba y emitía informes. Sus visitas, y no las del médico, eran lo habitual. Barberos y cirujanos, que a veces difieren poco del matasanos, eran una abrumadora mayoría frente a los escasos médicos.

Esta zona de la ciudad, con la vecina Montera y sus calles aledañas, siempre ha sido territorio del lupanar. Hoy lo sigue siendo y, posiblemente, lo sea siempre. Las prostitutas, mezcladas con los milicianos y las calaveras, a pesar de reformas y planes urbanísticos, todos ellos inútiles, no han hecho nada más que regresar a su sitio una y otra vez. Ahora este polo de atracción necesita simplemente de un pequeño ajuste. Calibrar bien la brújula.

En su fachada de la calle del Carmen, apenas a unos metros del lugar exacto en que los falsos cenetistas colocaron el cartel que advertía de la colectivización del templo, existe un curioso *memento mori* del que se ignora lo que esconde. Junto a la habitual calavera y dos tibias, hay dos líneas de texto en latín, hoy muy deterioradas y casi ilegibles. Una mañana, con ayuda de métodos caseros, quise averiguar el contenido, pero me fue imposible. Lo que obtuve fue un galimatías frente al que varios curiosos se detenían. Una señora me ofreció en vano sus conocimientos de latín. Otros, sorprendidos, me dieron las gracias por estar «restaurando» el templo. Dentro, cuando pregunté a un hombre, un ayudante del cura, este se limitó a decirme lo que ya sabía, que aquí hay varios enterramientos. La inscripción no es tan antigua. Al menos no estaba cuando los milicianos tomaron la iglesia, por lo que es posterior. Justo ahí, en la posguerra, se apoyaban varias tiendas precarias. A finales de los setenta, esa parte del templo, la fachada que da a la calle del Carmen, fue reformada para ampliar la vía. Otra entrada, más pequeña, se eliminó para convertirla en un gigantesco ventanal, que es el que existe en la actualidad en esa esquina.

¿Pero qué es lo que esconde ese recordatorio? Mi teoría es descabellada, o quizá no tanto: tras el acto sacrílego, ante la imposibilidad de recolocar ordenadamente los huesos y las calaveras que se recuperaron, se decidió reubicarlos todos juntos, tras ser bendecidos, para finalmente mostrarse junto a un recordatorio en granito, ahora ilegible, de la furia iconoclasta.

No, qué va. Tenía que hacer algo distinto si quería resolver el

misterio del *memento mori* y de esa iglesia misma de horarios disparatados. Cinco o seis veces pasé por allí en busca de respuestas y, cada vez que lo hacía, me encontraba con la puerta cerrada, a pesar de que teóricamente era el momento en que se ofrecía misa o rezaba el rosario. Me imaginé a un monaguillo agazapado y cabroncete, dispuesto a echar el cerrojo cada vez que me veía llegar calle abajo. Lo «distinto» tenía que ver con campos magnéticos y péndulos, con un psíquico y zahorí, Aldo Linares, capaz de ver lo invisible con una nitidez asombrosa. En un programa de televisión, mientras deambula por un viejo edificio, se dirige a la cámara, señalando al fondo, un dedo casi acusador y una mirada perdida mirando lo que nadie puede mirar, al tiempo que dice: «Veo a una mujer, sí, una mujer con el pelo gris. Una mujer… del siglo XVIII».

Aldo llegó fiel a su cita en mi paseo hacia el norte, dispuesto a absorber aquel singular cementerio y templo urbano. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta, silencioso, escuchaba mi disertación acerca del lugar, sus estridencias arquitectónicas, aquel pegote de la portada de San Luis Obispo, la atracción por los incendios y la violencia, los milicianos irrumpiendo en su interior mientras la ciudad es un carnaval armado, el mundo al revés, muchedumbres que durante casi tres años no conciliarían el sueño, salvo que alguien se acostumbrase al sonido de las detonaciones —y hasta a eso mismo, como si fuese ruido blanco, más de uno llegó a hacerlo—, huesos, tibias, la calavera inscrita en la gastada piedra.

Entramos media hora antes de la misa de mañana. Veinte o treinta personas, sentadas prudentemente y alejadas unas de otras, como si el dolor que todos compartían —porque allí, efectivamente, había dolor, *mucho dolor*— pudiera ser contagioso. Nadie quería añadir una carga más encima de los hombros. El ambiente era penumbroso y plomizo. Un hombre se hallaba al fondo, de pie, con los brazos extendidos y las palmas de las manos hacia arriba. Movía los labios, pero no era del todo silencioso. Su murmullo era legible. Me llegaban palabras sueltas. Expiación, compasión, perdón. Quizás maldijera también a algo o alguien, puede que a nosotros mismos, intrusos en ese lugar sagrado, o lo que sucedía en esos momentos fuera, en la calle: las prisas, la tecnología, el sexo, el consumismo, la locura. Su rostro, en cualquier caso, no invitaba al diálogo.

Fuimos a la capilla que había justo detrás del *memento mori,* al Cristo de los Gitanos, pero Aldo, que había enmudecido de inmediato, se detuvo al instante y señaló el suelo. «Aquí, justo aquí abajo, hay muerte. Una muerte muy antigua», me dijo con gesto muy serio. Yo quise saber cómo podía asegurarlo. «Es un tipo de energía totalmente distinta, como si me tirase hacia abajo. Las muertes recientes se perciben de forma diferente. No sé muy bien cómo describirlo, pero es

un tipo de energía negativa, como fosilizada, polvorienta, una vibración que es lo contrario a lo vivo», me respondió.

Entramos en la capilla; yo le señalé el lugar donde estaría más o menos el *memento mori*. Estaba a los pies del Cristo, señalizado con una cruz. Pero Aldo se detuvo nuevamente. «Aquí y aquí —dijo moviendo los brazos a cada lado, como si trazase en el aire las líneas de una zanja— hay más muertos, muchos». Tomó discretamente su péndulo y, nada más colocarlo encima de la zona, este se puso a oscilar ostensiblemente. Yo miraba hacia abajo, a mis pies, imaginándome cercado por cadáveres, restos de monjes, sacerdotes, gente pudiente que en su día había sufragado este lugar y, por consiguiente, adquirido su derecho a estar un poco más cerca de la divinidad. El amasijo de huesos en que todo quedó cuando, en abril de 1939, los responsables del templo entraron con el corazón encogido para hacer recuento de destrozos, daños, profanaciones y robos. «La caja con el dinero no estaba, lógicamente. Todas las imágenes estaban dañadas, algunas habían desaparecido. En el centro de la iglesia los rojos cavaron una zanja y allí arrojaron los restos profanados», leí en el informe remitido a las autoridades. Ahora, según Aldo, estos podían hallarse repartidos en grandes nichos en el subsuelo, a ambos lados de la sala, y señalizados fuera, en el exterior.

Nos dimos una vuelta por el lugar y entramos en la siguiente capilla. La iglesia estaba en obras y el altar era inaccesible, tapiado por un muro de madera. «Es allí donde está el vórtice, bajo el altar», añadió mi acompañante. Aldo, semanas antes, había sido el primero en hablarme de las misteriosas líneas Hartmann, creadas en los cincuenta por el doctor Ernst Hartmann. En los sucesivos días no dejé de pensar en estas y en la posibilidad de añadir a mis investigaciones y paseos un elemento físico o magnético, algo que nunca antes había hecho. Hartmann y su obsesión podían cambiarlo todo.

Hartmann, hace casi un siglo, afirmó que el mundo estaba organizado mediante líneas de fuerza, como una gran cuadratura similar a los meridianos. A su teoría, a la que dedicó toda su vida, le pusieron su nombre. Cada línea Hartmann está separada, en todas las direcciones, por unos dos metros. Los efectos de estas líneas, sobre todo los cruces entre estas cuadrículas, son parecidos a la radiación y dependen del campo magnético de la Tierra o la existencia de corrientes de agua subterráneas, fallas del subsuelo, gas radón. No era posible registrar científicamente su actividad, solamente los zahoríes, con péndulos o varillas, podían determinarlas y medir su intensidad.

Aldo fue quien me remitió al prestigioso físico José Luis Márquez. «Es como las palomas, que sabemos se guían por el campo magnético de la Tierra», me dijo amablemente mientras paseaba por las afueras de Córdoba. Mi comentario sobre esta «pseudociencia» no le gustó, no

del todo. «Sabemos que las personas son sensibles a las variaciones del campo magnético, pero no se ha podido demostrar la existencia de estas líneas que producirían, al menos con su larga exposición en los cruces, radiaciones ionizantes que, a su vez, darían lugar a enfermedades, insomnio o jaquecas. Lo peligroso es pasarnos mucho tiempo sobre las intersecciones sin movernos, fijando allí nuestro lugar de estudio o dormitorio», añadió. No ocultaba su frustración. Años atrás, mientras daba clases en la universidad, logró reunir a más de una veintena de radiestesistas, los modernos zahoríes, y en una superficie acotada de veinte metros cuadrados realizó un experimento. Cada uno, sin ver al otro y por separado, debía dar con los cruces de las líneas Hartmann. «Los resultados no fueron satisfactorios ni concluyentes. Había variaciones sensibles entre los puntos que había percibido cada uno de los participantes», añadió.

La charla de Márquez era interesante y amena. Admitía, como podía hacerlo yo mismo, la posibilidad de su existencia. A estas alturas yo tampoco iba a quedarme con lo científicamente demostrable, o lo que sea que esto significase. Pero todo cambió cuando me habló de los vórtices. «Un vórtice es como la tormenta perfecta. Se produce cuando se juntan un venero de agua, una línea Hartmann y una línea Curry», me dijo. Curry. Otra línea más. Una lluvia de líneas. «En esos casos existe una columna de energía que entra y sale de la Tierra. Es lo que sucede con lugares de poder como las iglesias antiguas. Quien más ha estudiado esto es Epifanio Alcañiz, él ha dedicado toda su vida a localizar los vórtices», me dijo.

Márquez se comprometió a hablar con Epifanio —el nombre era sencillamente perfecto porque yo, en gran medida, perseguía una epifanía urbana— por si este quería darme su teléfono. No hizo falta. Al día siguiente pedí su libro *Los misterios telúricos de Madrid*. A las pocas horas recibí un correo del propio autor, que tiene su propia editorial, Sinergia Astral, con la que publica sus libros, todos de una temática similar. Estaba fuera, de vacaciones, visitando a su hijo, y el libro no podría enviármelo hasta unos días más tarde. Aproveché para escribirle y compartir con él mi proyecto de libro. Fantaseaba con unir fuerzas como si fuéramos los Cazafantasmas, compartir mis mapas con los suyos. Unir lo emocional al magnetismo: «La zona norte de Madrid no es la más importante telúricamente hablando —me contestó ese mismo día—. Siempre lo es el casco antiguo de cualquier ciudad. De hecho, las ciudades crecían según la cantidad de vórtices. Bueno, lo leerás en el libro. Creo que te abrirá caminos y, después de leerlo, entenderás la importancia que los vórtices tenían en tiempos pasados, aunque por supuesto era un conocimiento oculto y tan solo unos pocos eran conocedores del secreto».

Y su libro era una guía de vórtices. Flechas e indicaciones,

mediciones de «unidades bovis», como las llamaba, inventadas por él. Las fotografías mostraban los lugares en que las ideas de Hartmann explotaban, irradiando potencia. Había que excusarle su escritura, sin comas, farragosa, intrincada, horrorosa. Vertía sus ideas como si fuese alquitrán en una carretera, pero admitía que no estaba allí para eso, sino para revelarnos sus descubrimientos.

Una frase como «un conocimiento oculto y tan solo unos pocos eran conocedores del secreto» me era familiar. Rosacruces y teósofos durante siglos la habían repetido una y otra vez. Epifanio magnetizaba el lugar. Hasta el siglo XVIII, aseguraba, las iglesias se construían sobre lugares mágicos y de poder. En el mismo punto en que anteriormente habían estado otros templos. En Madrid esto había sido así, con mezquitas y luego con iglesias cristianas. Incluso en algunos casos tempranos, apenas un siglo y poco después de la cristianización de la ciudad, cuando se levantaron las iglesias de San Pedro el Viejo o San Nicolás de Bari, se mantuvieron los elementos mudéjares. Epifanio afirmaba que en la construcción de estas catedrales e iglesias, además de astrólogos, algo habitual entonces, participaban zahoríes. «Sabían muy bien lo que hacían», repetía una y otra vez.

Los vórtices se hallaban sobre los altares. El sacerdote recogía ese flujo de energía proveniente del subsuelo y, mediante la voz y la palabra, a través de signos, gestos o símbolos, la proyectaba hacia los fieles. El auditorio recibía impasible aquel alud de flujos. Pero Epifanio decía más cosas: los vórtices son los causantes de las momificaciones y la proliferación de cuerpos supuestamente incorruptos que se exhiben en numerosos templos. Así que un día fue con varios animales muertos —un pájaro, una pequeña tortuga o un ratón— y los dejó escondidos en uno de esos lugares de poder. Cuando regresó al cabo de unos días, los animales estaban igual que antes, sin corromperse. En su libro mostraba las imágenes truculentas.

Pero el vórtice de la iglesia del Carmen tendría que esperar, porque estaba tapiado. Al igual que la imagen del monaguillo cerrando las puertas, hice lo mismo con el altar. Un tapiado apresurado. No más animales muertos.

En la siguiente capilla en que entramos, una mujer reconoció a Aldo: «Eres tú el que sale en la tele, ¿verdad?», le preguntó. Estaba visiblemente alterada, el cuerpo tenso, la boca contraída y los ojos muy abiertos. Sostenía un móvil, que inmediatamente nos enseñó. «Mirad qué pena. Es mi sobrina y tiene solo cinco añitos». En el teléfono, la imagen de una niña entubada y tendida en la cama de un hospital. La mujer nos confesó que había rezado mucho en busca de señales. La divinidad interviniendo, salvando a la pequeña. Al parecer, había recibido ya una señal de esta en forma de estampilla. Justo al salir de su casa se había encontrado una estampita de san Judas

Tadeo. Uno de los Doce. El hombre valiente de corazón tierno y pecho robusto.

«Esa es la señal que esperaba, ¿no es así?», preguntaba con insistencia. Aldo, con una amabilidad exquisita, le hablaba casi en susurros, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante: «Lo verdaderamente importante es que usted le hable y transmita ese amor. Todo eso reconforta y ayuda mucho», dijo. Ella, sin duda, esperaba algo más, la confirmación de su hallazgo. Callaba y lo miraba fijamente, a punto de romper a llorar, mientras yo no sabía dónde meterme, incómodo ante aquello. «¿Y el futuro? ¿También puedes adivinarlo?», le preguntó a Aldo, que intentó salir del paso. «El futuro nadie lo sabe. Se construye en el presente a través de las cosas que hacemos hoy», respondió. Ella dudaba, le temblaba el cuerpo.

Era el momento de salir, tomar aire, abandonar el reino de los muertos, fundirnos con la masa de caminantes, ser libre entre la multitud. Y eso fue lo que hice tras despedirme de Aldo, que me regaló uno de sus péndulos, el cual me guardé en el bolsillo. Caminaba casi abriéndome paso a codazos, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, acariciando el péndulo con mis dedos, lanzándome al bálsamo de la muchedumbre.

El calor, la información renovada, estaba embargado por una sensación eléctrica. Me inundaba la cabeza todo eso y, al mismo tiempo, un malestar provocado por la insistencia en navegar entre muertos y el episodio con la señora del móvil. Los pies me pesaban, pero el mal provenía de la cabeza. Recordé a Ignacio Aldecoa, el escritor de prodigiosa pluma al que cada cierto tiempo regreso, y su personaje del boxeador en «Avispas y hormigas», zarandeado y asediado en el ring. Porque yo, al igual que él, llevaba «un enjambre de avispas alrededor de la cabeza. Un turbante de pequeñas llamas. Un incendio en los oídos, crepitando, devorando la voz humana. Chispas en los ojos, dentro de los ojos, cauterizando el iris, royendo el nervio óptico». El boxeador / caminante del deseo se resiste, lucha contra el desánimo. Pero sabe que debe seguir y seguir: «Quiero cantar; marcharme por algún camino sin gente, cantando».

Historia del fuego

Puedes seguir los pasos de un fantasma como Ribalta, o el trazo de un río o arroyo perdidos, de ese cementerio que aún sigue bajo nuestros pies y casas, a pocos metros, o del agua y los manantiales, cicatrices que surcan el terreno. En todos los casos, seguimos lo que una vez hubo. Un sendero, un camino o línea del deseo. También otra línea, esta vez temporal, marcada por los incendios y las devastaciones.

Con la proclamación de la República, entre vítores y muchedumbres, desaparecen los ostentosos sables de los guardias monárquicos, que son sustituidos por las porras de los temidos guardias de asalto, que se estrenan al instante. El pueblo, asombrado, ve cómo los guardias se lanzan en manadas en busca de los revoltosos desde los asientos de sus flamantes nuevos coches sin tener ni tan siquiera que abrir portezuela alguna. Esos mismos guardias, en varias ocasiones, perseguirán a los pirómanos.

San Luis Obispo, nuestro primer gran incendio de iglesias después de la célebre quema de templos y conventos de mayo de 1931, premonitorio de lo que vendría poco tiempo después, y su hermanamiento con la vecina iglesia del Carmen —que también sufrió un pequeño incendio antes del asalto de «la banda»—, el lugar en que durante meses se estableció un museo del horror con calaveras, ataúdes y momias. Entre un punto y otro hay apenas cien metros. Esta es la geografía macabra. Y la conexión tiene que ver con el fuego. Redentor, apocalíptico, caprichoso. En la mitología griega, Hefesto —feo, lisiado, cojo— es el dios de la forja y del fuego, que reina en este lugar al lado de la puerta dedicada al Sol. Existe un diálogo y varias correspondencias entre uno y otro punto. La mitología nos dice que Prometeo, quien creó al ser humano a semejanza de los dioses pero tardó tanto que no le quedó con qué protegerlo, robó el fuego del carro de Helios, dios del Sol.

Así que toda la zona está sujeta a las mismas leyes. Los contrarios que se atraen: el fuego y Mayrit, la ciudad del agua. Todo regresa a lo popular y proverbial, como aquel verso de Juan de Mena: «En la su villa [sic] de fuego cercada», en referencia al material con que estaba hecha la cerca del pedernal, que despedía chispas cuando se la acometía con armas. Y hasta la reforma de la Gran Vía tuvimos una calle dedicada a Hefesto y Helios: calle del Fuego.

Un círculo de fuego nos envuelve.

Años atrás, durante uno de mis primeros paseos urbanos en que intentaba ver lo no visto, dedicado a la calle Montera, el fuego me

acompañó a cada paso que daba. Algo de mal fario, una sensación de opresión, asfixia y suprema concentración de terrores, se despertaba en mí en cada portal y fachada. Su entrada, por la Puerta del Sol, es una taberna imaginaria, Pica Lagartos, justo en la esquina de Montera. Allí la sitúa Ramón del Valle-Inclán en *Luces de bohemia*. A un centro de espiritismo (número 10-12), le sigue uno de los primeros cafés literarios, el Café Esmeralda (número 22), hoy desaparecido. Tan solo un número más allá estuvo la sede original del Ateneo Científico y Literario, del que únicamente queda como recuerdo un hotel del mismo nombre.

Hubo otros vecinos todavía más sorprendentes. Como Otto Skorzeny, alias «Caracortada», el temido coronel austríaco de las Waffen-SS y mano derecha de Adolf Hitler, que vivió plácidamente en el Madrid de la posguerra, protegido por el franquismo. Solía ir al Casino o se dejaba caer por Chicote. En varias fotografías posa sonriente en una de las muchas terrazas de la cercana Gran Vía. Vivía en un chalet en El Viso y tuvo varios negocios, haciendo de intermediario en exportaciones de todo tipo —incluido el tráfico de armas—, pero el más longevo estuvo situado aquí, en su número 25, justo donde antes se levantaba la desaparecida iglesia de San Luis Obispo.

Acababan de inaugurar el enorme edificio de viviendas y oficinas que se extendía hasta el número 27 cuando apareció Skorzeny, con su aspecto de gigante y el rostro surcado por cicatrices de duelos de esgrima durante su juventud. No era discreto, no tenía por qué serlo. Nunca ocultaba su pasado, sino todo lo contrario. Fanfarrón, un dandi guerrero. Hay varias entrevistas con él, fotografías suyas asistiendo a funerales, cenas o reuniones. Contaba orgulloso su vida a sus seguidores y periodistas, a cualquier persona que quisiera escucharlo, incluidos los empleados de una tienda de tabaco que había en el mismo edificio, en un pasaje comercial que lo conectaba con la plaza del Carmen, de los que se hizo amigo. Allí solía recargar su mechero. Describía con todo detalle cómo liberó a Mussolini, episodios de la guerra o su amistad con Hitler. Incluso aceptaba retratarse con quien se lo pidiese.

Skorzeny en su despacho de la calle Montera (1964).

Por eso tiene mucho sentido que enfrente de esta, cruzando la calle, se halle una tienda de discos llamada «Killers», a la que yo solía acudir mucho cuando era joven, junto a un enorme y sorprendente mural, en el número 26, obra del cartelista y pintor Alberto Pirrongelli, que es casi como una viñeta extraída de *From Hell* de Alan Moore: una carroza marcha a toda velocidad, el tétrico conductor, látigo en mano, avanza por la calle de Alcalá entre tranvías, coches de caballos y parejas tomadas del brazo paseando tranquilamente. Al fondo vemos el edificio de Gobernación. Es una escena propia del siglo XIX. Una vez más, al alzar la vista, el doctor Gull (Jack el Destripador) marcha en busca de víctimas y lo hace en este barrio: Whitechapel o Montera, da igual. Prostitutas, violencia y cacerías urbanas.

También el viejo pasaje visitado por Skorzeny, cuando el edificio ya languidecía, justo antes de su derribo, era una zona de prostitución frecuentada por las trabajadoras sexuales físicamente más destruidas, que esperaban a los clientes junto a antiguos y desvencijados letreros de negocios, rejas oxidadas y basura acumulada en las esquinas de los pasillos. El mural está justo enfrente de donde hasta hace muy poco se alzaban los cines Acteón, un cazador según la mitología griega, pero cuyo significado va mucho más allá y cobra otro sentido: la cacería como símbolo de apropiación y posesión sexual.

Es un gigantesco trampantojo, pero toda la zona en gran medida es algo así. Un engaño a los ojos, una trampa visual. Nada es lo que parece ser. Todo relato tiene mucho de mentiroso y yo sospecho que lo único que hago es transitar por un decorado, o quizás seguir el dictado de Alan Moore cuando afirmó que «al entender Northampton, entiendo el resto del mundo. Para entender el universo, intenta entender la calle donde vives». Basta cambiar el nombre de la ciudad,

moverte de lugar, habitar otra calle, reencantarla, llenarla de nuevos significados.

En el número 33 está el pasaje de Murga o del Comercio, aún hermoso aunque muy alejado de la idea original de hace un siglo y medio, la de construir un gran y lujoso bazar. En su momento, cuando se inauguró, en ese intento por hacer de Madrid un París en miniatura, fue el tercer pasaje abierto de la urbe. Antes le habían precedido los de Matheu y el de Iris. Junto a las ricas telas, el pasaje contó con librerías de viejo. Cuando hace treinta años llegué a esta ciudad, solía frecuentar una de estas. Eran los vestigios de su antiguo y, por otro lado, dudoso esplendor. Porque todo lo que entra en el pasaje termina quebrando. Aquí, en los tiempos del ultraísmo, tenía su imprenta el masón y tipógrafo Emilio González Linera, fundador de la Biblioteca Catón o la revista *Luz Española,* escrita en esperanto y castellano. Los antiguos comercios han languidecido, tampoco nunca los he visto o conocido de otro modo, pero cruzar el pasaje procura una sensación curiosa. Se atraviesa una zona de vecindad, pasando al instante del bullicio de Montera a la relativa tranquilidad de la calle de las Tres Cruces.

Uniendo los puntos, San Luis Obispo, la iglesia del Carmen y la calle de las Tres Cruces, obtenemos un triángulo, símbolo masónico de la divinidad. El nombre de la calle se debe a la existencia en su día de tres cruces en recuerdo de tres herejes, dos hombres y una mujer, que profanaron la imagen de una virgen que había en una iglesia cercana. La Inquisición los condenó a morir quemados al inicio de la calle, que forma una pequeña cuesta. Luego levantó en el lugar una cruz, posiblemente verde, por cada uno de ellos, algo habitual entonces.

Los profanadores, me doy cuenta sobre la marcha —caminando, leyendo el paisaje y dejando a su vez que este me lea a mí—, me acompañan a cada paso. El fuego se presiente. Esto es definitivamente una historia de pirómanos.

La iglesia incendiada tuvo su repetición dos décadas más tarde, en el edificio de al lado, su número 29, donde luego se levantarían los cines Acteón. Skorzeny presenció el incendio. En enero de 1964 las llamas casi devastan los Almacenes Arias, una enorme y famosa tienda de ropa, al afectar a todas sus plantas, pero pudo extinguirse. Frente al edificio había entonces una cafetería con un nombre nada apropiado y del todo fuera de lugar: «Lucky». De hecho, la publicidad de los almacenes atraía a los clientes con el lema «Los almacenes de la suerte».

Unos huían bien lejos; otros, en cambio, eran ejecutados. Skorzeny vivió en su particular paraíso. Y otro, Albert Speer, arquitecto del Reich, emprendió un viaje imaginario por medio mundo. Una caminata eterna sin moverse de Spandau, la cárcel de máxima

seguridad donde pasaba sus días junto a otros jerarcas nazis. En sus idas y venidas por el patio, caminando en círculos, ensimismado ante el paisaje ficticio y, al mismo tiempo, real que se desplegaba ante sus ojos, contando meticulosamente cada uno de sus pasos, aseguró haber visitado decenas de lejanos países, en total treinta mil kilómetros. Se informaba meticulosamente acerca de cada país que visitaba, devorando decenas de libros de viajes y geografía. Aseguró haber alcanzado Siberia y hasta cruzado el estrecho de Bering. Cuando fue liberado, en octubre de 1966, estaba a las puertas de Guadalajara, México, mientras que Skorzeny seguía donde había estado tantos años, en Madrid, gozando de salud, lujo, dinero y fama.

Ninguna alarma, nadie se sorprendía al ver a los nazis pasearse. Tres años después del incendio, siendo alcalde Carlos Arias Navarro, se propusieron los nombres de Nowgorod, Wolchow, Lago Ilmen y Possad, todos ellos tributo a la División Azul, para las nuevas calles de Carabanchel. Pero el pleno municipal, quizás por considerar los nombres excesivamente extranjerizantes, no aprobó la propuesta.

Las leyes invisibles, nuestro karma urbano, jamás pueden romperse. Tarde o temprano reaparecen. Los almacenes volvieron a arder, esta vez de forma definitiva, durante la tarde del 5 de septiembre de 1987, devastando el edificio en uno de los grandes incendios que asolaron el centro en las últimas décadas. El fuego se desencadenó en la tercera planta, mientras trabajaba más de la mitad de los empleados que formaban la plantilla. Y se extendió tan rápidamente que se gritaba que salieran inmediatamente sin atender al dinero que había en las cajas.

Durante mucho tiempo se sospechó que el incendio había sido causado por la misma familia Arias, quienes, atravesando una nefasta situación económica, habrían quemado el edificio intencionadamente para cobrar el seguro. Debían afrontar numerosos despidos y el incendio pareció una ocasión idónea. Varios testigos, entre ellos algunos bomberos, dijeron haber visto tres diferentes focos de origen del incendio. Pero el juez acabó por archivar el caso.

El desescombro y su derribo terminaron en 1987, el año en que se separó la banda punk Derribos Arias, cuyos miembros compraban la ropa en los mismos Almacenes Arias. Ante la perplejidad de la historia, solo queda dejarse llevar por la fuerza de la gravedad. Y «dinamitar el suelo» cortesía de los otros Almacenes Arias, a través de una música pop retorcida y abisal, resurgiendo entre las cenizas:

«Si usted quiere dinamitar el suelo / que pisa su peor enemigo / ahora es muy fácil de conseguir / y a muy ajustados precios. / En la guía, en el listín, / Derribos Arias, / la centralita de información / de Derribos Arias». La música y los cuentos, que siempre nos recuerdan algo, en ocasiones hasta nos salvan. La música es un fuego eterno.

La centralita saltó por los aires y la dinamita hizo su trabajo. Las muertes, durante el incendio que devastó los almacenes, se produjeron ya bien entrada la madrugada, cuando se desplomó uno de los techos y dejó atrapados a una decena de bomberos, que fallecieron en el acto.

El bombero, por entonces, era una especie de superhombre, un héroe urbano, pero durante siglos, cuando ni tan siquiera existía esa palabra, su trabajo lo desempeñó el matafuegos, inicialmente carpinteros que, junto a los aguadores, eran los primeros en acudir a los incendios.

Madrid, levantada sobre aguas, una inmensa laguna, se enfrentaba a su enemigo más despiadado. El fuego siempre era voraz e imparable; la mayoría de las casas estaban hechas de madera y la propagación entre una y otra era un proceso muy rápido y sencillo.

Mientras recorría la calle, trazando conexiones, buscando en mi cabeza los datos, la forma en que el pasado, o sus ecos, hablan al futuro, no pude evitar pensar en la noche en que viví y, sobre todo, escuché el sonido del fuego. Porque oírlo fue más pavoroso que presenciarlo en su furia despiadada. Durante la madrugada del 6 de enero de 1990, con solo dieciséis años, mientras me encontraba viendo la televisión en compañía de mi familia, sentí un potente destello en una de las ventanas del salón. «¿Sabéis si esta noche hay fuegos artificiales?», pregunté extrañado. Mi padre dijo que no, pero su rostro transmitía preocupación. Sin decir nada se levantó y, tras mirar un momento por la ventana, nos dijo que subiéramos a la azotea. Una vez allí lo que presencié resultaba pavoroso: unas enormes llamas se elevaban muy cerca de la iglesia, junto al ayuntamiento.

Inmediatamente mi padre y yo acudimos al lugar, donde ya habían llegado algunas personas que se organizaban para formar una larga cadena humana y así poder salvar objetos personales, muebles y enseres de la vivienda afectada. El ambiente era sombrío y tenso. Nadie hablaba, ni tan siquiera se gritaban órdenes. Por mis manos pasaron cuberterías, electrodomésticos y cajas de todo tipo (recuerdo que, en un momento dado, alguien me entregó un retrato en el que podía verse a un chaval, al que yo conocía muy bien, haciendo la primera comunión).

Debía de estar ensimismado mientras todos esperábamos la llegada de los bomberos, pero no pude localizar a mi padre, que instantes antes estaba al frente de la cadena humana. Asustado, pensé que había entrado en la casa de dos plantas que estaba siendo devorada por el fuego. Sin meditarlo, salí corriendo y, con grandes zancadas, subí hasta el segundo piso gritando su nombre. Una vez allí, asfixiado por la carrera y los nervios, decidí detenerme. Jamás olvidaré el sonido de

la casa que, como si fuese un organismo vivo, crepitaba a mí alrededor. El calor era tremendo. Toda la estructura se contraía y agitaba, como si estuviese dispuesta a volatilizarse. Una ola de terror invadió mi cuerpo: aquel desesperado gesto no había sido sensato. Me sentía en el ojo de una tormenta, en pleno descenso al infierno. Con la misma rapidez abandoné la casa y, justo cuando cruzaba su umbral, vi a mi padre fuera, igual de preocupado que yo, buscándome entre las decenas de personas congregadas. Aquel sonido me ha acompañado siempre. Era el sonido del fuego, la naturaleza salvaje arrasando paredes y muebles.

Aquella había sido una noche extraña. Por la tarde, unos sencillos carteles fijados en la calle anunciaban la actuación gratis de un grupo de rock, que se decía alemán, llamado Dust, al que nadie conocía. Al acudir al lugar indicado, nos encontramos con un gran escenario, un potente equipo y una banda de músicos excelentes liderados por un tipo que se mantenía a una gran distancia de nosotros (habían instalado unas absurdas vallas de separación para las veinte o treinta personas que estábamos allí) y que cubría buena parte de su rostro con un sombrero tejano ligeramente inclinado. Aquella noche, entre un alud de potentes canciones de rock pesado y country, sonó «Rockin' in the Free World», el célebre tema llamado a convertirse en himno del disco de Neil Young *Freedom,* publicado poco tiempo antes, el 10 de octubre de 1989, y que yo entonces desconocía.

Ninguno de nosotros habíamos visto el vídeo musical en que un apocalíptico Young deambula por las calles como un mendigo. Alucinado, cubierto de escombros y malos presagios, arrastrando todo el pesimismo y la negatividad de la época, avanza por la calle mientras contempla guerras, explosiones, hambre, todo tipo de calamidades provocadas por la codicia humana.

El histórico incendio y la incógnita de saber quién fue realmente aquel fantasmal músico (¿fue acaso el mismísimo Young probando el repertorio y la consistencia de unas canciones que enfrentaba a los rigores del directo antes de salir de gira?) convirtieron aquel inicio de década en algo misterioso y evocador. Ahora, tras un cuarto de siglo, el fuego (su presencia y poder) ha terminado por hacerse con el recuerdo.

Aquella noche de incendios fue combustible para mi imaginación, algo mágico. Nadie aplaudió cuando los bomberos hicieron su aparición. Llegaban tarde y, además, todo esfuerzo era ya inútil. Las llamas habían devastado la casa y los mirones, refugiados en la esquina de una iglesia, se tapaban los ojos ante los destellos. Pero la aparición de los bomberos, lejos de lo que podría esperarse, fue decepcionante. Aquello no tenía nada que ver con las palabras de Walt Whitman cuando en *Canto de las alegrías* afirma: «¡Oh, las alegrías del

bombero! ¡Oigo la alarma en lo profundo de la noche! ¡Oigo las campanas, los gritos! ¡Me adelanto a la multitud, corro! La vista de las llamas me enloquece de placer».

Existe un mapa invisible del trazado urbano lleno de ausencias, sustituciones, desapariciones. Centenares de casas y edificios sucumbieron a los frecuentes incendios. Muchos teatros, repletos de materiales inflamables y, en gran parte, hechos de madera, se esfumaron. Aquellos polvorines saltaban por los aires cada pocos años. En algunos casos, como en el terrible incendio del Teatro Novedades —en el que estaba el poeta Blas de Otero junto a su familia, la única que salió indemne de la tragedia—, lo hizo con muchos muertos.

La devastación ha sido implacable. En los tiempos en que se derribaron las casas de mancebía para levantar un convento en el lugar en que más tarde estaría la iglesia del Carmen, los matafuegos se elegían anualmente. Una veintena de hombres, acompañados de una tropa desordenada de herreros, chapuceros y cualquier persona cuya participación pudiera ser útil, llegaban lo más rápido posible al lugar del siniestro con aguatochos y gruesos azadones. Una vez allí, actuaban desesperadamente, subiéndose a los tejados e intentando cortar y separar las maderas de una a otra casa para impedir su propagación. El inmueble afectado se sacrificaba, sin más. Este era el ritual de las llamas.

La noche del 17 de abril de 1815, justo al lado de la misma calle del Carmen, se desató un colosal incendio que rápidamente se descontroló, transmitiéndose entre las casas y devastando toda una manzana. El callejón de Cofreros y la calle de la Zarza, afectados por el fuego, desaparecerían. Un centenar de familias lo perdió todo. Siete años más tarde se creó la Sociedad de Seguros Mutuos de Incendios de Casas de Madrid; aún pueden encontrarse sus vestigios en los centenares de letreros colocados en las fachadas de miles de casas del centro en los que se lee «Asegurada de Incendios». La formaban los propietarios de las casas situadas dentro de las murallas, que aún tardarían unas pocas décadas en dejar de estar visibles. Los asegurados garantizaban sus fincas e indemnizaban recíprocamente por los daños causados por el fuego. La compañía contaba, además, con su propio personal antiincendios.

En abril de 1831, las inmediaciones de la Puerta del Sol volvieron a arder. Numerosas casas de las

y de Peligros fueron borradas del mapa. Las autoridades, impotentes ante la destrucción, optaron por algo tan sorprendente como cañonear las casas limítrofes, creando así un cortafuegos que evitó la propagación de las llamas a costa de la destrucción creada.

La plaza Mayor sufrió continuos incendios. También en 1631, como

en 1641, el fuego fue importante, pero en 1672, después de que prendiera una vela que alguien había puesto ante la imagen de Nuestra Señora del Rosario, instalada en la Real Casa de la Panadería, adquirió tales dimensiones que poco o nada pudieron hacer las tropas que acudieron. La imagen, a través de varias ilustraciones y grabados que muestran los sucesos, es dantesca; los soldados, en gruesas columnas, atacan las llamas atropelladamente. Los cereros, que también estaban obligados a acudir ante un incendio, portan gruesas antorchas e intentan penosamente alumbrar a los matafuegos. Junto a ellos hay taberneros provistos de cubos y sogas para sacar agua de los pozos que se reparten por la ciudad. Pero cubos y mangueras, con frecuencia, no se revisaban y estaban dañados, o eran directamente inservibles. Mientras tanto, entre el caos y las sombras de la noche, una turba desesperada, que tenía sus viviendas en la misma plaza, intenta salvar muebles, objetos y enseres lanzándolos desde lo alto. Posiblemente, alguno de los veinticinco cadáveres que a la mañana siguiente se encontraron entre los escombros se debió a la caída de objetos. Bandas de rateros, habituales en los incendios, pululan por el lugar, sorteando a los centinelas que malamente evitan el saqueo y la rapiña.

Más tarde, el gigantesco incendio de 1790, que casi destruyó por completo la plaza Mayor, lo cambió todo. Tras un día entero de fuego ininterrumpido, la plaza comenzó poco a poco a venirse abajo ante la impotencia de todos. Un millar de personas y más de setecientos cubos no pudieron hacer nada contra las llamas. El fuego se mantuvo vivo durante nueve días. Las consecuencias fueron terribles, pero se tomaron algunas medidas para prevenir futuros desastres en la zona, regulando, o directamente prohibiendo, la existencia de fogones, hornos o chimeneas y la venta o almacenamiento de fósforos, pólvora y faroles hechos con tea, tanto en el recinto de la plaza como en sus aledaños.

Unos años antes, en 1767, habían aparecido las bombas de brazal —una inglesa, traída desde Londres, y el resto francesas—, que ayudaron en el bombeo del agua. Pero manejarlas no era sencillo. Matafuegos y mozos mangueros necesitaban instrucción y mantenimiento, algo que pocas veces sucedía. Se nombró al primer maestro bombero, un alemán. En estos años apareció por vez primera el famoso color rojo en las herramientas de aquellos primitivos bomberos, en las distintas casas cuartel se construyeron estanques y se dispuso de más carros cuba.

Hasta más o menos un siglo después no se contó con una «manga de salvación», una especie de tobogán de tela, suficientemente resistente, que se colocaba en lo alto de un edificio o en la ventana más idónea para que los vecinos escapasen de las llamas deslizándose

por este. La prueba de su utilidad se vio en la malograda plaza Mayor, y contó con numeroso público. La rivalidad entre las cuatro compañías de matafuegos era muy grande. Competían entre sí por llegar cuanto antes al foco del incendio. El premio era una suma de dinero, por lo que sucedían toda clase de argucias para retrasar a unos y otros.

Incendio de la plaza Mayor en 1790. José Jimeno.

Los avisos estaban en manos de las iglesias, que hacían repicar sus campanas. Sin embargo, el problema estaba en la coordinación entre todas las iglesias de la ciudad. Algunas campanas eran muy pequeñas; en otros casos, el repicar se hacía tarde o desordenadamente y tan solo avisaba de que algo estaba ocurriendo, pero no de qué tipo de siniestro y, sobre todo, dónde sucedía este, para que acudieran los matafuegos y todas las personas involucradas en combatirlo.

Con el tiempo se ideó un ingenioso sistema de alerta sonora. El campanero, que contaba con dos campanas distintas, cada una provista de un sonido diferente, debía atender un estricto guion musical. Existía un orden y una sinfonía, haciendo sonar primero la campana mayor tantas veces como fuese el número de antigüedad de la parroquia en que estuviera el incendio. Cada campanero contaba con una hoja en que se reflejaba un orden concreto y sus correspondientes campanadas. A la iglesia de Santa María y San Martín, la más nueva, le correspondía una sola campanada; en cambio, a la de San Millán, la más antigua, catorce.

El aviso musical movilizaba a toda la ciudad. Si el fuego acontecía al caer la noche, los serenos entraban en acción, avisando a los

encargados de acudir a sofocarlo, dando la voz de la hora y, seguidamente, la de «¡fuego!». Los campaneros eran figuras de prestigio. Sus precisos toques de campana formaban códigos. En los funerales se daban dos golpes si el finado era mujer. Tres en caso de tratarse de varón seglar. Cuatro, si era sacerdote. Cinco, si era canónigo. Capitanes y cardenales recibían nueve. Para el rey, doce. Y para el pontífice, el máximo, trece.

Años más tarde se creó un sistema distinto, más útil y sofisticado. Todos los matafuegos contaban con un pequeño libro en el que figuraban las calles de la ciudad y sus afueras, ordenadas alfabéticamente. Empezaba por la calle de la Abada (número de orden 11) y terminaba en Zurita (número de orden 2416). Las afueras, por su parte, empezaban con la de Alvarado (número de orden 2421) y concluían en Zurbarán (número de orden 3213). Las campanas debían recrear un determinado número. Por ejemplo, en caso de que fuese el número 654321, la primera campana daría seis toques, y la segunda, cinco. Seguidamente, la primera campana repicaría cuatro, y la segunda, tres. Toda una tremebunda sinfonía musical desencadenada en mitad de la noche, a través de la cual, siguiendo los sonidos, llegabas hasta el corazón del fuego.

El otro mapa de Ribalta

Su cuaderno, al principio, me resultó incomprensible. Había mapas llenos de tachaduras, junto a anotaciones y lo que parecía una especie de diario. La terminología médica, muy abundante, me era ininteligible. Aquel galimatías se complicaba más ante decenas de nombres de lugares que yo no sabía ubicar.

Madrid y medios de defensa: dividido por distritos y por barrios, con iglesias y Casas de Socorro, e indicación de los puntos en que convenía artillar, minar o abrir fosos a fin de que las fuerzas populares conociesen las localizaciones en que cada batallón podía reunirse en caso de alarma (1870-1879). BNE.

A cada uno de los nombres atribuía una serie de características o propiedades, anotaciones que parecían no obedecer a nada más o menos coherente. Un sitio o una ubicación llamada «Abismo», por ejemplo, estaba en algún punto entre la Puerta del Sol y la esquina de la calle de Alcalá. Junto a este nombre surgían palabras como «vacío» o «melancolía». Al leer esto pensé en las reveladoras palabras del filósofo Henri Bergson sobre asociaciones insólitas y memoria, porque aquellas marcas y delimitaciones no eran más que «el punto mejor iluminado de una zona inestable que comprende todo cuanto sentimos, pensamos, queremos, todo cuanto en última instancia somos

en un momento dado».

«La Peste», como pensé, estaba en la Puerta del Sol, en el edificio del antiguo Hospital del Buen Suceso que siglos atrás acogió a leprosos. Sentía que irradiaba un mal antiguo, como una maldición o un hecho pasado que siempre y de forma irremediable se proyectase hacia el futuro, atrayendo el mal fario, regando a su alrededor semillas inútiles, un cáncer o una planta venenosa capaz de sobrevivir a sucesivas transformaciones y demoliciones. Aquí la «vocación» del lugar, eso que durante siglos tanto preocupó a filósofos y arquitectos, no es clara. El *genius loci* —el genio o espíritu del lugar— hace tiempo que se fue. Demasiadas destrucciones. Hasta los dioses acaban cansados. También ellos necesitan un descanso. Madrid es sin duda una criatura viva que necesita cuidados, y puesto que aquello que una vez estuvo siempre está, entonces ese genio del lugar ha devenido en otra cosa. Permanece, es cierto, pero a costa de traicionarse a sí mismo una y otra vez, recordando con tristeza su naturaleza primigenia. Ahora es parte de esa locura compartida que es el Madrid actual, esa sobre la que todos y todas, en algún momento, bromeamos. Pero antes de perder la cabeza se nos ha ido a otra parte la mirada, los pies se niegan a dar un paso más y la mente navega en un fangal. Es así como devenimos en buenos ciudadanos.

El «Umbral» estaba en la esquina de Ballesta, junto a la Gran Vía, como el principio o final de algo. La «Zona Refractante», a su vez, lindaba con Cuatro Caminos, un área liminal y abrupta, surgida tras la vorágine del centro, aunque entonces se estaba casi al final de la ciudad, o en un territorio que muchos madrileños tenían como un lugar apacible, con sus casitas y hotelitos, lejos del ruido de la urbe más agresiva. En breve atravesaría ese lugar armado con piolet y cantimplora, dispuesto a zambullirme entre metáforas marinas, como descubriría. Y lo haría con precaución. Ribalta había visto o sentido *algo*. La propia definición de «refractar» me ponía sobre aviso: «Hacer que cambie de dirección un rayo de luz u otra radiación electromagnética al pasar oblicuamente de un medio a otro de diferente velocidad de propagación». Sortearía los rayos o me dejaría atravesar por ellos, todavía no lo sabía. Solamente perdiéndonos hallamos el buen camino.

Cerca de allí aparecía el nombre del Hotel del Negro, un lugar que la prensa de la época describía como un sitio a medio camino entre el lupanar y la fonda. El edificio, entonces, no tenía vecindario alguno. Estaba en las afueras, en la actual plaza de Castilla, bastante alejado de las últimas casas situadas en Tetuán de las Victorias, en un cruce a partir del cual la carretera de Francia podía llevarte hasta el pueblo de Chamartín de la Rosa, entonces separado de la capital, y, más allá, otro pueblo, Fuencarral. Aquí y allá había casas desperdigadas y algún

que otro «hotelito». Sin embargo, el edificio de tres plantas y rematado por una bonita torrecilla tenía un aspecto nada desdeñoso. En su segundo piso destacaban ventanitas dobles con arcos de medio punto. Detrás, contaba con un jardín con mesas y algún trastero.

El Hotel del Negro era muy célebre. Muchos solían pararse ante él porque era ahí donde tenía una de las paradas el tranvía número 7 que conectaba Cuatro Caminos con Fuencarral. También era un lugar de paso habitual para las carreras de ciclismo y comitivas fúnebres que marchaban en dirección al pequeño cementerio de Fuencarral. Servía de posada, merendero y, al decir de todos, también de prostíbulo. Con el paso del tiempo, el inmueble fue deteriorándose y atrayendo a numerosos hampones.

Respecto a su nombre corrían muchas leyendas, todas falsas. Se decía que se llamaba así porque su dueño era negro, pero en realidad la causa era que su propietario se llamaba Domingo Negro y, en la prensa, aparecía como «Sr. Negro». Se derribó en 1953, para crear en su lugar la glorieta de la actual plaza de Castilla.

Ribalta, junto con las cartas y anotaciones, transcribe paseos. Prácticamente cada semana hace uno que va más allá de los límites que por entonces tiene la ciudad.

Comencé intentando fijar esos lugares en un mapa de la época y, poco a poco, todo quedó enmarañado con nombres, flechas y anotaciones. Buscaba un patrón, una coherencia entre aquellos puntos, pero pronto descubrí algo que lo cambiaría absolutamente todo: los lugares recogidos por Ribalta formaban una línea perpendicular hacia el norte exactamente igual a la que yo había trazado en mi paseo siguiendo las líneas del deseo, lo que quería decir que aquel misterioso sujeto, antes de desaparecer, había visitado previamente los sitios por los que pasó aquel fatal día. Tenía una ruta, un plan, y yo caminaba sobre sus mismos pasos. Seguía sus huellas al tiempo que visitaba, más de un siglo después, aquellas mismas zonas. Repetía con la máxima pulcritud lo que antes de mí había hecho él, y lo único que cambiaba era aquello que resultaba evidente: mi actual Madrid no era el de 1916. Avanzaba sobre desapariciones, espectros y presencias que ya no estaban. Ahora, más de un siglo después, una mancha de aceite de casas y edificios cubría lo que entonces eran los límites de la ciudad.

Aspecto del Hotel del Negro (circa 1910). Laureano Montero Alonso.

Adelantándome a todo me fijé en el Hotel del Negro, un punto que marcaba lo que debía de ser el final de la ciudad y que aparecía una y otra vez en su diario. Allí vivía uno de los suministradores de cuerpos, el tal Enrique. Donde estuvo este edificio ahora se levantaba una urbe depredadora. Así que contuve el aliento y, paso tras paso, sentí que yo emulaba a otro. No era más que un falsario, un caminante que simulaba a otro caminante anterior. Un camino del deseo que alguien, muchas décadas antes, ya había abierto. Andaba sobre un río oculto. Perseguía los pasos de un muerto, husmeaba en su diario:

17 de enero de 1916:

Si se cierne la oscuridad total, la visión es de niebla, luz oscura, cortina nebulosa, que siempre traen algo funesto a la mente. Hoy, al abrir la ventana, me he encontrado con esas nieblas madrileñas que tanto me disgustan y todo lo empañan y ensucian. Me recuerdan a las nivelas del mar, las nieblas criminales, las terribles e infranqueables nieblas que han ocasionado tantos siniestros. Todo se ve incompleto, a punto de expirar, apenas se intuye. Es curioso, y hasta resulta fantástico, el aspecto de una ciudad envuelta en este humo sin fuego, humo, como de agua.

Pocos placeres comparables a atravesar de noche la ciudad. La Puerta del Sol, entonces, es como un gran agujero o sima, un vacío oscuro, y las calles que desembocan hasta esta son laberintos penumbrosos.

Debo recordarle a Enrique, el del Hotel del Negro, que insista una vez más a sus proveedores. No aceptaré más cuerpos de animales, puesto que los globos oculares y el funcionamiento del cuerpo difiere del de los humanos, y los resultados que obtengo son cada vez más confusos y desconcertantes, alejándose de mi objetivo. Hace unos días, tras unos fatigosos y, hasta la fecha, infructuosos experimentos en San Carlos, salí cuando ya era prácticamente la medianoche. Para despejarme un poco y porque no tenía ganas de acostarme de inmediato, me dediqué a pasear sin rumbo fijo. Ante

mí, mientras sentía que mis sentidos estaban abiertos de un modo singular, la ciudad se extendía como un manto oscuro. Me pareció que esa noche, por razones que ignoro, era más oscura que nunca. Hallé muy pocos transeúntes, salvo en la Puerta del Sol, donde había la típica algarabía de borrachos, hetairas y algún trasnochador de siempre. Pero más allá todo era plomizo, denso y silencioso, salvo a las puertas de algún cafetín de mala nota donde se escuchaban gritos y blasfemias proferidas por gente dudosa. Hasta el aire, que soplaba fresco, me pareció diferente.

14 de febrero de 1916:

Las obras de la Gran Vía avanzan a pasos agigantados. Una enorme brecha, profunda y devastadora, cruza de un lado a otro el primer tramo de la futura avenida. Es una estampa extraña. Paseamos y vamos de un lado a otro a través de esta especie de gran descampado. Recuerdo cuando, unos años atrás, asistí a la inauguración. Ese día debía estar todo Madrid frente al primer tramo de la futura Gran Vía, que según sus promotores marcará un antes y un después en esta ciudad. Una vasta multitud se congregó y apelotonó para ver de cerca cómo el rey daba el primer mazazo. Por todos lados se habla de progreso y modernidad. Hay verdaderos entusiastas de esta colosal obra que partirá el centro. Yo, por mi parte, no soy de estos. Muchas calles y algunas zonas que desaparecerán son habituales en mis paseos, puesto que tienen la capacidad de lograr que uno se pierda a escasos metros de la Puerta del Sol. Son calles laberínticas, oscuras y estrechas. Las hay muy cortas y retorcidas por las que es difícil que entren los rayos de sol y en las que se ve el paso de los siglos. Hasta tienen nombres de lo más singulares y tétricos, y muchos las consideran de mal augurio.

10 de marzo de 1916:

Hoy he recibido la visita de Enrique, del Hotel del Negro, que me ha dado una grata sorpresa. Justo cuando me disponía a hacer unos trabajos protocolarios absolutamente aburridos, ha llegado con su vieja carreta cubierta de polvo, con esas ruedas a punto de quebrarse, remendadas una y otra vez y de la que varias veces hemos hecho burlas. 4 cuerpos. 3 hombres y una mujer, todos vestidos de negro, con el polvo aún pegado a sus ropas. Jóvenes, dos de ellos muy robustos, fallecidos hace dos días y, como siempre, traídos desde el cementerio de Fuencarral, al que Enrique acude una y otra vez con una sorprendente clarividencia para saber cuándo es el momento más oportuno de ir para hacer algún negocio. Nunca me cuenta quiénes son sus contactos allí, pero todo el mundo lo conoce. Pertenece a un linaje de supervivientes. Su padre fue enterrador en ese camposanto y su abuelo, hace ya tantísimos años, antes de que los cementerios fuesen lo que son hoy, hizo lo mismo pero en el cementerio General del Norte. Desde hace años, cuando estaba a punto de licenciarme, mantengo con este extraordinario hombre una relación muy particular. Cada semana aparece por San Carlos antes del amanecer. Nadie sabe qué edad tiene. Su cuerpo es muy robusto y está castigado por el trabajo y el tiempo. Las manos son grandes y ásperas, la voz arenosa y como surgida de un barranco. El rostro se halla surcado por líneas verticales. Poco a poco nuestra relación, inicialmente comercial, se ha tornado en muy afectuosa, de sincera amistad.

Bajo tierra

Los sonidos traen desgracias o las anuncian. También, gracias al sonido de las campanas, se provocan milagros. Durante siglos se creyó en la fuerza sobrenatural de una enorme campana que un día existió en lo alto de la torre mudéjar de la iglesia de San Pedro el Viejo. Un campanero dedicó toda su vida a hacerla sonar con la mayor fuerza posible para que la divinidad no se demorase, recibiendo por ello numerosas limosnas. La Cofradía del Cristo de las Lluvias rendía pleitesía a esta, que se tocaba cuando se necesitaban lluvias o para detener las devastadoras tempestades. También en esta iglesia, en el siglo XVI, durante las reformas de su sacristía, apareció emparedado el cuerpo de un caballero vestido con armadura, sin que jamás se supieran ni su identidad ni el porqué de su muerte y escondite.

El repicar de campanas, casi siempre, ha tenido algo funesto y trágico, tanto para aquellos que habitan una ciudad hecha casi por entero de madera, y que cada cierto tiempo era pasto de las llamas, como para quienes tras pagar la entrada al miliciano de la puerta podían visitar el museo del horror que, durante varios meses, existió justo donde ahora estoy, frente a la iglesia del Carmen; y no solo las campanas, sino las sirenas, colocadas estratégicamente en lo alto de los edificios, son señales inequívocas de peligro. En ocasiones era ya demasiado tarde. Una ciudad que corre a refugiarse al subsuelo, condenada a llevar una vida de topos, a varios metros bajo tierra. Sobre sus cabezas, el ruido supremo, algo casi imposible de describir.

El 6 de agosto de 1936, antes incluso de los primeros bombardeos sobre la ciudad y solo tres días antes de la inauguración del primer tramo de la línea 3 de metro, entre Sol y Embajadores, se tomó la decisión de convertir algunas estaciones en grandes refugios. La decisión fue organizada y pensada por las autoridades republicanas. El objetivo era evitar por todos los medios que se crease una ciudadela subterránea, una versión en miniatura de una urbe bajo tierra, degradada e insegura.

Existían controles al caer la noche. Patrullas de agentes realizaban batidas por los andenes en busca de hampones o delincuentes. No obstante, con el tiempo y la regularidad en los bombardeos, centenares de familias se instalaron permanentemente en estos, a pesar de que el refugio del metro solamente se había habilitado en caso de ataque aéreo. Milicianos del batallón Águilas de la Libertad, con el distintivo de un águila cosida en el pecho, pertenecientes a la CNT, en total unos cuatrocientos hombres, gran parte de ellos

voluntarios del Colegio de Abogados, en las primeras semanas desalojaron a quienes intentaban instalarse definitivamente en los andenes. Durante las batidas, las mujeres y los niños localizados se entregaban al Comité de Refugiados; los milicianos eran enviados inmediatamente a sus respectivos cuarteles y maleantes e indocumentados pasaban a disposición de la Dirección General de Seguridad.

El metro, durante toda la guerra, siguió funcionando hasta las dos de la mañana, salvo cierres temporales por explosiones en Goya, Diego de León o Lista. En este último punto, la estación se convirtió en un arsenal cuando en enero de 1938 voló por los aires con una gran explosión, causando numerosos muertos y en circunstancias que nunca se aclararon, un simple accidente o un sabotaje del quintacolumnismo contra un depósito de armas.

Aspecto de la estación de Lista tras la explosión (1938). Diego González Ragel.

A partir de las once de la noche, al igual que en el resto de la ciudad, se apagaban las luces de acceso, y se iniciaba así la tensa, oscura y larga noche. «Las paredes curvadas se llenaron de carteles animosos en julio, y los trenes iban repletos de hombres azules y viejos fusiles rejuvenecidos —escribe *El Sol* el 24 de septiembre de 1937—. En noviembre, los polígonos de pavimento estaban cubiertos por mantas deshilachadas y niños tendidos. Por la noche se acumulaban los cuerpos humanos, se oían los hachazos estruendosos de las bombas. Han pasado muchos trenes rápidos, que no se detenían, con cajas enviadas al frente con plomo y acero».

Bajo tierra el trabajo es frenético. Abajo existe un contramapa, una ciudad invertida en la que se construye una red de refugios aéreos por toda la ciudad, en total unos sesenta, la mayoría actualmente bien conservados, que podían albergar a unas veinticinco mil personas.

Algunos eran enormes. En la estación de Atocha existe uno con capacidad para trescientas personas. En Serrano con Joaquín Costa, para doscientas, pero el proyectado para la calle Pradillo debía haber albergado a nada más y nada menos que tres mil quinientas personas.

Una red secreta discurre a pocos metros de nuestros paseos. En el sótano de un bar de la calle Conde de Xiquena existe una bóveda que es igual a otra perteneciente a una tienda de artículos de aventura en la cercana Génova. Ambas eran parte de una gran galería subterránea que unía la sede bajo tierra del Estado Mayor Republicano con el Ministerio de la Guerra. En otras ocasiones, los descubrimientos son propios de una novela de espionaje. Bajo el número 67 de la calle Núñez de Balboa, sede de la FAI, arrancaba una galería que llegaba al número 28 de la calle Juan Bravo, donde estaba el mando de la CNT. Para moverse entre un punto y otro se usaba la red de alcantarillado.

Al escuchar las sirenas se debe correr hacia estos lugares o hasta sótanos resistentes a los impactos. En los barrios bajos, en construcciones endebles que, sin embargo, cuentan con sótanos, también se improvisan refugios. Pero en muchos casos estos se vienen abajo, sepultando a numerosas personas. Los sótanos tienen que aguantar acometidas grandes, ser parte de edificios más o menos modernos, con estructuras sólidas, y, sobre todo, estar situados lo más profundos posible. Muchos edificios, incluidos los grandes sótanos del Congreso de los Diputados, ejercieron esta función.

Poco a poco, la temida ciudadela paralela comienza a funcionar a todas horas. La gente, ya de madrugada, cuando se detiene el servicio de metro, se pierde entre sus vías. Pronto surgen camarillas y grupos de buscavidas. Algunos, impresionados por aquella ciudad bajo tierra, intentan por todos los medios no bajar a las profundidades. En muy pocos años, los madrileños pasan de llevar una vida sobreiluminada, paseando por el pequeño Broadway que era la Gran Vía, a permanecer bajo tierra.

El metro, una experiencia entonces muy reciente, despertó una gran fascinación, pero también un miedo ancestral e impreciso, un turbador viaje a las profundidades de la tierra descrito como una «sima inquietante que traga sin cesar seres y seres, como si quisiera equilibrar el exceso de vida que sobra en la gran rúa», escribe *El Heraldo de Madrid*. Incluso para el ultraísta Cansinos Assens, los vagones no eran otra cosa que «catacumbas modernas».

Las obras del metro estuvieron plagadas de problemas. Huelgas de trabajadores, protestas porque en los túneles el ejército aprovechase para realizar prácticas con las brigadas de zapadores y hasta una alarma ante el posible hundimiento de la Puerta del Sol.

En 1925, en el tramo entre Ópera y la estación del Norte, el túnel en construcción, que alcanzaba los veintitrés metros de profundidad,

tuvo que atravesar los suelos de escombros de hasta diecisiete metros de espesor de la plaza de Oriente. En su avance se sorteaban obstáculos colosales, sorpresas peligrosas, siglos de historia sepultada. Aunque el principal problema de los trabajos fue lo estrecho de las calles. Muchos vecinos ignoran que en sus casas los temblores o ruidos que sienten del cercano metro son muy reales; en ocasiones, debido al pequeño espacio del túnel, sus paredes prácticamente se apoyan en los cimientos de las casas. En la cuesta de Santo Domingo, por ejemplo, algunos edificios están sentados directamente sobre la bóveda del metro.

Existe una tensión entre modernidad y oscurantismo, pasado y futuro. Pueblos que viven enterrados, los misterios de lo que está abajo: focos de infección o antiguos cementerios como el que apareció una mañana en las obras de la estación del Progreso, donde una vez estuvo el convento de la Merced y en cuyo gran solar se creó la plaza del Progreso, actual Tirso de Molina.

Durante el verano de 1920, mientras se trabaja en la ampliación del metro, inaugurado el año anterior, los obreros de la cuadrilla de noche abren el espacio necesario para establecer los andenes de la futura estación de Progreso. Al dar unos piquetazos, se ven sorprendidos por un ligero derrumbamiento de tierra, piedra y ladrillo, que los hace retroceder. Cuando los derrumbamientos terminan y el polvo se dispersa, ven que ha quedado al descubierto una extensa galería. Un periodista, durante uno de sus paseos por las inmediaciones de la obra, entre trozos de madera y piedras, da con una extraña inscripción. Parece ser parte de una lápida. Pregunta a los obreros, que lo remiten al capataz, y este le cuenta la historia.

Obras de construcción del metro del Progreso (actual Tirso de Molina) en 1920.

El 2 de septiembre, tras intentar las autoridades ocultar lo sucedido, el periódico *La Voz* publica la noticia: los aterrorizados obreros dan con doscientos cadáveres de frailes del antiguo convento, que han fallecido precisamente allí. Llevados por el terror, describen algunos de los cadáveres como propios de gigantes, una raza primigenia o extraterrestre: «A los muertos les huele mal el aliento, como a los depravados después de una noche en vela», escribe Strindberg en *Inferno*. Se trata de una gran cripta, extensas galerías de nichos con letreros ruinosos e ilegibles, salvo en una lápida, de la que se hace un dibujo. Uno de los cadáveres parece ser de una niña. También encuentran alhajas y armas, algún anillo de oro o sortija y muchos objetos raros.

Las autoridades toman una insólita decisión: emparedan los cadáveres en los mismos tabiques del andén, cubriéndolos con los actuales azulejos y sepultando así la memoria de los muertos para deshonra de los vivos.

En 1921 abre la estación bajo el nombre de El Progreso —porque, ciertamente, el «progreso» era y sería esto—, y posteriormente Tirso de Molina. Tirso de Molina, precisamente, que vivió en el antiguo convento, es su único «superviviente»: hoy lo contempla todo desde su atalaya y se ríe de la muerte. Cada día miles de personas esperan la llegada del tren casi rozando la muerte.

Para Gómez de la Serna, el fundador de la Cripta, el lugar de su tertulia tenía mucho de subterráneo ancestral y mundo invertido. Una cueva interconectada con la calle. Allí, mientras, retumban los ecos

del pasado.

Hay algo misterioso y cavernario, una confraternización abisal entre hermanos. En «La vida», una sección diaria que tenía en *El Liberal,* dedica «Viaje hasta Atocha», un artículo publicado semanas después de la inauguración del trayecto Puerta del Sol-Atocha, la primera ampliación de la red del metro de Madrid tras la inauguración en 1919 del primer tramo entre Cuatro Caminos y la Puerta del Sol, a realizar un tremendo viaje psicogeográfico a través del metro. Es una hermosa crónica en la que el viajero siente los lugares que no ve, percibe la vida que fluye más arriba y que, inevitablemente, afecta al tipo de estaciones, al movimiento del metro, sus subidas y bajadas, incluso al carácter angustioso o no de ciertos tramos.

Nada más salir de Sol, Gómez de la Serna escribe: «Pasamos por el fondo de reptiles del Ministerio de la Gobernación, sitio medroso, en que los reptiles nos enseñan sus largas bocas, que se abren con lento bostezo de hambre; después pasamos por debajo de la Sagrada Cripta de Pombo, paraje en el que creemos ver las columnas de la catacumba y las lamparillas perpetuas; después pasamos por debajo de la antigua Bolsa, seguimos por la calle del Conde de Romanones y entramos en la nueva estación del Progreso. Es esta estación como las demás estaciones, aunque más de pueblo, con dos salidas a la calle de la Magdalena y a la plaza del Progreso, y en ella nos parece que vemos arraigarse la estatua de Mendizábal, el último escalón de su pedestal. El metro arranca de nuevo, y se dirige por la calle de la Magdalena, llega a Antón Martín, por el fondo las iglesias, y se nota cuando pasamos bajo el quiosco de las flores, que es el adorno inveterado de Antón Martín».

Ahora el viaje, que no debía de durar más de quince minutos, se convierte en un parque de atracciones. El tobogán espectral. Anota los vestigios de los siglos, su herencia romana, el sufrimiento encerrado en determinados edificios. Todo eso lo siente y ve pasar desfilar ante él: «El metro se detiene un momento, después comienza su descenso en rampa, como yendo a descarrilar, rápidamente. Vemos como si se reflejasen sobre las aguas quietas de un canal, las casas que hay a ambos lados de la calle, y sentimos el encanto de pasar por esa calle en que se atascan los carros y en que los coches simones se niegan a pasar, porque se van torciendo sobre el emborrillado puntiagudo que defiende de mayores catástrofes la pendiente de una de las viejas calzadas romanas de Madrid. Al pasar bajo el edificio de San Carlos y los hospitales se pone más triste el trayecto, se siente cierta suspicacia, pues trasciende el sótano a la sangre vertida allí y a las enfermedades muy requetelavadas que se cuidaron y se cuidan en esos edificios».

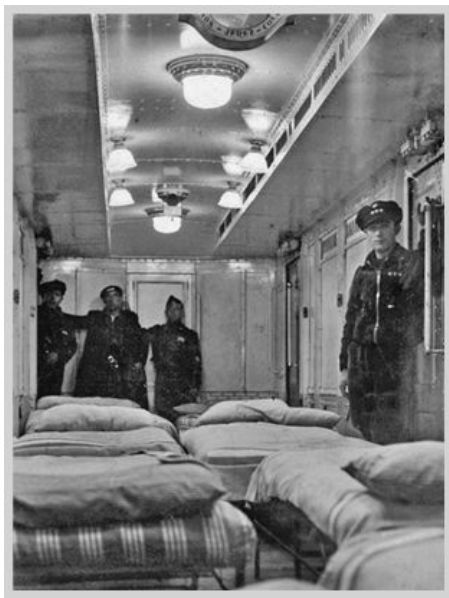
Antes, con la inauguración del metro, estuvo el día de su puesta en marcha. Su crónica, entonces, es distinta, más apesadumbrada e

incluso profética. «Después de los primeros días de plataforma de la risa que va a tener el metro, tomará su aspecto serio, necesario, arrastrado. El metro, a la larga, pone el alma negra, triste, condenada. Es el producto sórdido de la prisa de la vida moderna, del tener que ir y volver a comer en menos tiempo que el necesario, del tener que vivir en sitios lejanos», escribe. Compara a los viajantes con mineros en un viaje de ultratumba, esos «desgraciados que viajan por un túnel que tiene la buena condición de no tener humo».

La sensación de abandonar la luz natural para sumergirse en las profundidades resulta perturbadora. Pronto también se le ven otros usos, como el flirteo y el amor. En el subterráneo, como venía sucediendo en los parques, se citan los amantes, curiosamente libres entre las multitudes y a salvo de las odiosas carabinas. También el metro es innovación y poesía, al menos para las anarquistas del grupo de Mujeres Libres. Entre las colaboradoras, en el segundo número de la revista del mismo nombre, fechado en junio de 1936, se contaba Nelly White, que firma un curioso artículo acerca de sus impresiones en el metro madrileño que titula «Alabanzas al metro madrileño». Hay los mismos reproches que los del visionario Gómez de la Serna años antes, aquellas mismas caras aletargadas o malhumoradas, el mismo poco espacio, la misma aparente hostilidad y la capacidad de, como señala White, romper esa oscura fuerza motriz mediante la ensoñación.

Al fin y al cabo, en 1936 el veloz metro es un símbolo del progreso, maquinismo y velocidad, casi ciencia ficción. White no podía sospechar el triste uso por el que será conocido ese mismo metro a partir del mes siguiente a la publicación de su artículo como refugio antiaéreo y, en el caso de la línea Ramal-Ópera, como vagón mortuorio, con ventanales pintados de negro para evitar mostrar su carga y desmoralizar así al pueblo madrileño, que resiste los embates fascistas de forma numantina, por su cercanía con el frente de guerra y a escasa distancia de Príncipe Pío: «Hay un agujero en cada esquina; en cada agujero un olor distinto... Sin embargo del olor, y sin embargo de las puras esencias aéreas de los viajes en aeroplano, el metro madrileño incita a la fantasía y a un vuelo de pensamiento sobre las bóvedas firmes —digo, me parece— de sus estaciones. Cuando el tren llega a cualquiera de ellas y se para, de cada vagón sale una cabeza oscilante con una gorra azul marino; al poco rato las cabezas hacen sonar un pito y manos fantásticas golpean un cristal con una porra gorda. Otra vez emprende el tren su carrera. El señor que dobló la cincuentena y arrastra la curva en declive de su existencia y ¡tal vez! de su haber pasivo, reniega de estas cajas con ruedas que corren ajustaditas entre paredes, y le parece más higiénico el tranvía de mulas que dicen que había, por Madrid, hace unos cuantos años. El

empleado, el obrero, todos los que trabajan deprisa, entran en el metro con ansiedad y olfateando. Ponen cara de pena y quizás quisieran poder decir que el metro huele a carbonilla. ¡Pero, no! Nadie sabe a qué huele. Apenas contiene cada vagón en marcha una sonrisa. Cuando yo estuve en Madrid y viajé en su metro me dolía contemplar las caras meditabundas y serias de los viajeros, y sonreía para animarles. Sin duda, unas veces por ser la hora de la comida, otras por ser la hora de las querellas domésticas que condimentan el tipismo español, se olvidaban —y se olvidan— de las posibilidades del metro. Tiene un secreto: más allá de la estación de término de cada línea, el tren desemboca en un bello país. Cuando se mete en el último túnel, el señor viejo, el empleado y el obrero creen que es para cambiar de vía; pero es para darse un paseo "más allá", por regiones dulces y sonrientes que los viajeros ignoran. Cuando se decidan a invadirlas, se negarán a levantarse del metro y al regreso tendrán una cara feliz. Y por ese agujero de cada esquina surgirán a la calle tonta y plana hombres de vuelta del Ensueño...».



El infame tren Ramal-Ópera convertido en enfermería que transportaba a los heridos y muertos del frente (1936). BNE.

Viajes imaginados

Avanzo entre arquitecturas tambaleantes, riadas humanas, historias soterradas mientras sigo el espectro de Ribalta. Existe una memoria que es como si me tirase de la manga a mi paso y susurrase al oído. «Si te digo que la ciudad a la cual tiende mi viaje es discontinua en el espacio y en el tiempo, a veces rala, a veces densa, no creas que hay que dejar de buscarla», escribe Italo Calvino en *Las ciudades invisibles.* Siento su carácter fantasmagórico y esquivo, su constante deseo de ser encontrada entre tinieblas. Y yo la busco y acabo encontrándola.

Mi paseo continúa y se detiene en la plaza de Callao, convertida en epicentro de la Gran Vía, la obra que convierte a Madrid en capital moderna. A su paso, desde que el 4 de abril de 1910 Alfonso XIII pusiera en marcha simbólicamente la piqueta, se destruyen más de trescientas casas consideradas un laberinto tenebroso. Oscuras, estrechas, malsanas. Es la ciudad de los nuevos y esplendorosos edificios (Palacio de la Prensa, Telefónica, Metrópolis, Capitol…) frente a esa otra de viejas posadas, olor a esparto, arroyos históricos con su hedor intenso y la podredumbre asaltando aquí y allá los nuevos trazados.

Al inicio de las obras asistió, por supuesto, la familia real, que presenció el acontecimiento desde un balcón situado en la llamada «Casa del Ataúd», derribada inmediatamente después para construir el solar del edificio Metrópolis. También hubo en su día una calle del Ataúd, hoy travesía de Trujillos, que recibía ese nombre porque allí vivían los enterradores del cercano convento de San Martín. En caso de necesitarlo, cuando el fallecido carecía de recursos, siempre tenían a mano un austero ataúd desprovisto de adornos.

Aunque muy modesta y de proporciones reducidas, la plaza de Callao existía desde 1862, con las obras de prolongación de la calle Preciados hasta más o menos donde hoy está la plaza de España. Ya desde 1876, con los primeros esbozos de la futura Gran Vía, sobre la que muchos madrileños hacían mofa por creerlo un proyecto irrealizable y fantástico, la plaza de Callao quedaba como el eje central de la nueva avenida. Incluso se proyectó que contase con un gran monumento de conmemoración de la publicación del *Quijote*. Curiosamente, justo enfrente de la plaza, donde luego se levantaría el rascacielos del Palacio de la Prensa, en 1913 se inauguró un cine y teatro llamado precisamente Gran Vía. El local, epicentro de las variedades, que abrió sus puertas solo tres años después del inicio de los trabajos, cerraría en poco tiempo. La futura Gran Vía, a su paso

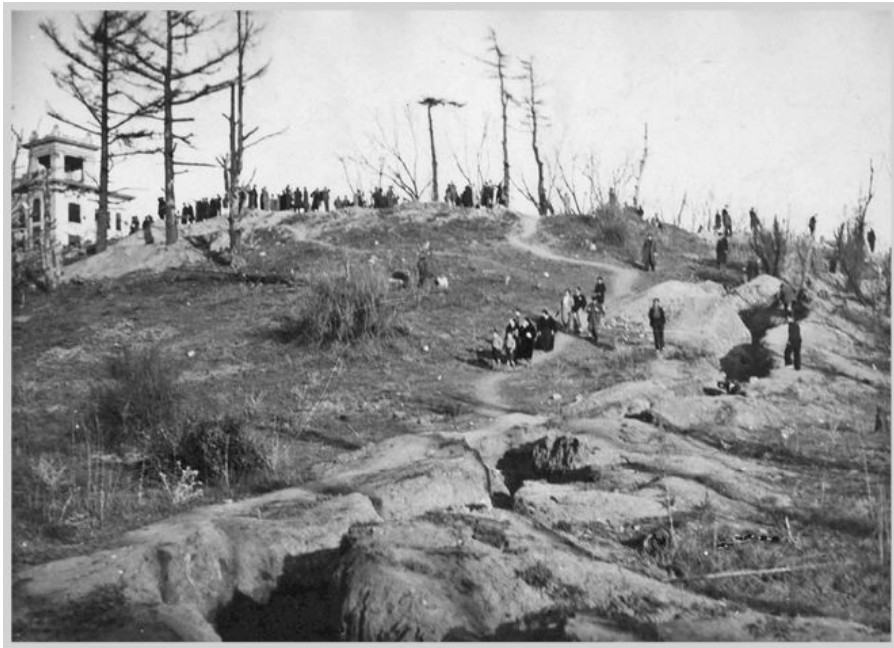
por Callao, acabó arrasándolo.

Justo aquí, en su subsuelo, se planea algo que hace que tengamos forzosamente que descender a las profundidades de la tierra.

La guerra había terminado hacía nueve años y Madrid aún estaba semidestruida. Edificios que ya no existían, calles en proceso de derribo, trincheras ocupadas, covachas en la antigua línea del frente, barrios arrasados, iglesias quemadas. Pero la guerra también crea extraños efectos y numerosas depresiones en el terreno. Los miles de kilómetros de zanjas de la defensa militar de la ciudad, acabada la contienda, son rellenadas con la misma tierra que se halla a sus lados, dejada allí apresuradamente por zapadores y voluntarios, o sepultada con escombros. El suelo cambia, igual que la ciudad. Ahora esos suelos son inestables. Las zanjas, cegadas apresuradamente, están rellenas de materiales sin compactar, lo que provoca —y lo sigue haciendo— inestabilidades en el terreno. Hay que andar con mucho cuidado cuando se edifica en la vieja línea de la resistencia miliciana. Hundimientos, grietas, derrumbes. Mejor aún: el laberinto de zanjas y casamatas, con el paso de los años, gracias a estas tierras endebles, proporciona salidas a las aguas subterráneas, que fluyen por donde mejor les conviene. Nuestra imaginación difícilmente puede superar esto: centenares de pequeños ríos corriendo bajo nuestros pies, a escasos metros de los cimientos de los nuevos edificios, y el río como una imparable vida, esos caprichosos ríos que nos recuerdan que todo acto de destrucción es al mismo tiempo un acto de creación. «Viajar es muy útil y ejercita la imaginación. Todo lo demás es decepción y fatiga. Nuestro propio viaje es completamente imaginario. Ahí reside su fuerza», escribe Louis-Ferdinand Céline en *Viaje al fin de la noche*.

Alfonso XIII da el primer piquetazo a las obras de la Gran Vía (1910). Memoria de Madrid.

La posguerra es proclive al delirio. En 1948, el ingeniero de caminos Juan de Arespacochaga y Felipe, que años después se convertiría en alcalde de Madrid, presenta un proyecto para la creación de una ciudad subterránea justo bajo la plaza del Callao y Gran Vía. En ese lugar, a muchos metros bajo el suelo, existiría una gran subavenida, que sin embargo sería solamente el principio de algo mucho más ambicioso, con muchas subavenidas conectadas entre sí. Una verdadera ciudadela. Sobre los escombros de la guerra se levantaría una nueva ciudad: «Es pues indiscutible que en casi todas las grandes urbes se llega a ese punto en que la habitación subterránea llega a ser rentable —afirma en el proyecto— y, por ello, en los edificios de zonas como las ya citadas, es corriente la habitación de dos o tres plantas bajo el nivel de calzada, aunque las necesidades de cimentación puedan no exigir tales excavaciones. Esta expansión hacia abajo está solamente restringida por una razón de explotación: la evacuación de residuos».



Visita a las trincheras del parque del Oeste en abril de 1939. BNE.

Arespacochaga solo ve ventajas en su sueño arquitectónico: «Esto, junto a la anterior circunstancia, abunda en la necesidad de calzadas inferiores a las que hay que dotar, si están proyectadas para el tránsito de peatones, de comercios, restaurantes, bares, locales de esparcimiento, servicios, accesos a los edificios colindantes cuyas plantas inferiores están ya habilitadas y fácil concurrencia a los medios de comunicación subterráneos ya existentes». La vida en el subsuelo sería excitante y hasta llena de arte, un colorido vitalista hermosísimo. Arte en estado puro, o eso piensa: «Se ofrecerá al usuario la policromía de los escaparates de las tiendas de la Subavenida [...]. Se dotaría a la urbe de un pasaje cómodo y agradable que, en lo que respecta a su ornamentación, ha sido previsto con verdadero alarde de lujo». Además, resulta barato. Los solares del subsuelo, a diferencia de los de la superficie, son gangas que se deben aprovechar.

En su proyecto aparecen los fantasmas de la guerra, los sonidos de los bombarderos, la muerte en la superficie. Sus sugerencias resultan aterradoras. Entre los usos de la ciudad subterránea estaría la «defensa en caso de ataques a la urbe», algo que defiende así: «En momentos de tan poca estabilidad y con las armas que se afilan, valga el eufemismo, desde buena parte de las naciones del Globo, el argumento tiene una fuerza decisiva en pro de la tesis expuesta, aunque sea de desear que nunca fuera preciso utilizar las obras preconizadas para tales fines».

El miedo es real. Trece años más tarde lo sigue siendo. El Alto

Estado Mayor publica un pequeño pero escalofriante libro, una *Cartilla para la defensa y protección atómicas* repleta de pavorosas ilustraciones en las que se ve a abnegados ciudadanos formando cola ante los refugios, bajando al metro, donando sangre, construyendo sus propias catacumbas bajo sus casas, atendiendo a cada una de las alarmas, evitando comer alimentos contaminados, usando guantes y trajes para evitar el polvo radiactivo. Un hombre sin camisa y protegido con una máscara antigás sacude con una rama la ropa que acaba de lavar y que está colgada en la tendedera. «Sed discplinados», «Descontamina cuerpos y vestidos», «El ganado a cubierto», se lee.

Hay simas importantes, montañas hacia abajo, grandes concavidades como la de Sol, donde la galería destinada a los andenes es una de las cavernas excavadas urbanas más grandes del mundo. Tiene 207 metros de largo, 20,36 de ancho y una altura de 14,45 en su punto más elevado.

Junto a todo ese laberinto fantástico están las kilométricas galerías de servicio, que siguen el trazado de las aceras y están a solo uno o dos metros de la superficie. Su anchura es de un metro, aproximadamente, ideal para que un operario pueda moverse y, al mismo tiempo, ser controlada y vigilada, entre otros, por la policía del subsuelo.

No hace falta excavar muy hondo para hacerse con el botín. A tan solo ocho metros de profundidad, cuando se reforma el metro de Ópera, bajo la actual plaza aparece una espectacular fuente completa de cuatro siglos de antigüedad, un tramo de un acueducto del viaje de agua de Amaniel. En Carabanchel es donde se descubre la primera villa romana de Madrid. Entre los hallazgos destaca una estatuilla en bronce de Minerva.

Los años ochenta del siglo pasado dispararon los asombros arqueológicos. En 1984, a petición del propietario del solar número 3 de la calle Angosta de los Mancebos, en La Latina, se realiza una exploración arqueológica. Los técnicos dan rápidamente con silos y varios pozos del periodo islámico. Cerca de allí, en la plaza de los Carros, los hallazgos retroceden hasta la Edad de Bronce. En esta zona, por aquellos tiempos, se encontraba el asentamiento del cerro de las Vistillas, los primeros pobladores de lo que mucho después sería Madrid. Hay cerámica, astas de ciervo, amuletos de plomo con diversas inscripciones, instrumental quirúrgico y hasta piezas de ajedrez (una torre y un peón negros). Cinco años más tarde, en la capilla del palacio dedicado a san Isidro, los investigadores encuentran una imponente escalera que conduce a estructuras subterráneas hasta entonces desconocidas, con fosos, silos y pozos islámicos.

En algunas estaciones de metro, que están a una gran profundidad,

el aire necesita ser renovado constantemente. Incluso el olor cambia y precisa controlarse y adecuarse para que las profundidades sean «habitables». Las obras del metro se toparon con toda clase de sorpresas, no solo animales prehistóricos, restos romanos o árabes, sino balas de cañón, como las que hallan los trabajadores durante las obras de reforma del vestíbulo de Sol. Aparecen nueve sillares de piedra con balas de cañón incrustadas pertenecientes a los cimientos de la antigua iglesia del Buen Suceso, el Hospital de la Peste.

Con el megaproyecto de la M-30 todo adquiere dimensiones colosales. Bajo el paseo de la Virgen del Puerto se descubren más de un millar de restos fósiles de mastodontes de hace dieciséis millones de años. Tras concluir los trabajos, sobre la tierra se exhiben molares, fémures, falanges, mandíbulas, caninos, tibias, casi cualquier hueso.

Nada de esto sorprende. Los investigadores, cuando se comienza el faraónico proyecto, esperan este tipo de descubrimientos. Durante la perforación de los grandes túneles a la altura de la Casa de Campo dan con enormes yacimientos de vertebrados del Mioceno Medio, más de mil quinientos restos, entre los que destaca un gigantesco hueso entero de un rinoceronte de aquellos tiempos, aunque no tan inmenso como el *Elephas antiquus,* pariente del actual elefante pero mucho más grande, encontrado en Orcasitas décadas antes para sorpresa de un ejército de paleontólogos. El animal, que muere a la orilla del Manzanares, es devorado por neandertales. Las fotografías del hallazgo resultan impresionantes. Decenas de escolares, en filas ordenadas y de uniforme, pasan delante de la excavación, como si dieran el último adiós al féretro de un rey o una reina. Un gran agujero se abre a sus pies, a menos de diez metros, y los huesos alcanzan un tamaño inimaginable. Una auténtica bestia sobre la que pasaron millones de pies.

Arqueólogos trabajando junto al elefante de Orcasitas.

Visita de escolares que contemplan el elefante de Orcasitas.

Este parque jurásico resulta imparable. A pocos metros de la calle O'Donnell, tortugas gigantes y, cerca de ahí, gracias a los sedimentos depositados por el arroyo Abroñigal, un cráneo de uro o toro salvaje

datado entre 16.900 y 12.000 años de antigüedad, cifras casi imposibles de asimilar.

Algunas calles, hoy desaparecidas, conservan nombres que aluden a estos encontronazos con el pasado, bestiarios que emergieron de las profundidades. La calle del Colmillo, por ejemplo, recibe ese nombre porque allí se encuentra un gigantesco colmillo que llena de asombro a todos. En Villaverde, junto a ajuares y ofrendas, tumbas de la Edad de Bronce. Una villa romana surge de las proximidades del puente de Segovia. En las fotografías que se conservan se ve lo cercana que está la calle. Las profundidades son modestas y los tesoros están a un puñado de metros, en una zona que fue frente republicano. Tropas y milicianos, metidos en trincheras y que, con un poco de suerte, tras los impactos de los obuses y las granadas, conviven con un emplazamiento romano.

También aparecen antiguos puentes del siglo XIII, como el de la Segoviana, antecedente modesto del posterior puente de Segovia. Y por supuesto, refugios antiaéreos, trincheras de la Guerra Civil y hasta letreros de las calles que señalizan el laberinto intrincado de trincheras en que se convierte todo el flanco sur de la ciudad. En uno de los hallazgos, en una madera se lee la inscripción de «Avenida del Coronel Casado».

Superposiciones de épocas, memorias compactadas entre la tierra, sorpresas enterradas en estas ciudades paralelas. El hecho de no verlas no quiere decir que no existan y, lo más importante, que su fuerza siga intacta y opere en el mundo de los vivos, ese de las prisas, los atascos, la arquitectura megalómana y los dólmenes del dinero.

Es casi inconcebible que el pasado aparezca de ese modo. Y el tiempo corre en nuestra contra, así que el escritor debe darse prisa. En una fecha tan cercana a nosotros como octubre de 1984, el periodista Nando Cabañas marcha siguiendo los pasos de los lugares que Pío Baroja inmortalizó en *La busca.* En la esquina de Acacias con Yeserías, fotografía un enorme descampado. Justo allí estaban los míticos arrabales de las Injurias y Cambroneras. Detrás de estos, la Casa Blanca y la Casa del Cabrero, enormes construcciones para los hampones y la pobretería.

La guerra borró del mapa los poblados, que estaban en la mismísima línea del frente. Luego, durante la posguerra, aquellos terrenos pasaron a manos de Coca-Cola. Y cuando Cabañas se encamina por el largo paseo de Yeserías en busca de la taberna de la Blasa, como se conocía a la mujer que la dirigía, «ancha, tetuda, de obesidad enorme, con la cabeza metida entre los hombros, con cinco o seis papadas en el cuello; despachaba de cuando en cuando una copa, que cobraba de antemano, y hablaba poco, con displicencia, con gesto

invariable del malhumor», sucede lo insólito. Tras hablar con un cerillero, este le presenta a su esposa, que asegura recordarla.

La taberna, lejos de ser ficción, existe realmente: el periodista la tiene delante de sus narices, en su número 9. En la fotografía que toma se ve un bar de barrio con su cartel luminoso de Fanta y dos puertas metálicas. La tienda aneja, aunque cerrada, pertenece a los descendientes de la tabernera barojiana, que además servía comidas al asilo de Yeserías. Su marido comerciaba con gallos de pelea, pero luego se hizo rico y llegó a ser dueño de la empresa Ruiz de autobuses. «Esto estaba lleno de túneles —recuerda la mujer del cerillero—; de aquí mismo salía un subterráneo y, por ahí, se escapaba uno cuando venía la policía; se podía llegar al parque de Arganzuela, o se iba por otros túneles hasta Legazpi. Los de las Injurias teníamos mala fama. Decían: "¡Ya vienen los de la banda negra!", porque robaban ganado del que traían de la estación».

Emilio Carrère, el gran poeta bohemio de capa oscura y transitar de madrugada, fallece meses antes de que Arespacochaga presente su delirante proyecto. Deambulando en mitad de la noche, compartiendo vasos de alcohol y conversaciones interminables, recibiendo visitas a todas horas: «Todos los muchachos que acuden a Madrid para luchar; todos los que no tienen donde comer ni donde dormir, llaman a mi puerta y me atizan terribles sablazos, hablándome de Poe, de Baudelaire, del alcohol, de los cementerios…», escribe hastiado. En el café Varela, a un paso de Callao, discute sobre los planes fantasiosos de Arespacochaga. Allí, en su lugar habitual de tertulia y donde hoy se muestra una foto suya, observa el ajetreo de los transeúntes y los ruidos que llegan desde la calle. Apura el último vaso antes de encaminarse de vuelta a su casa, donde terminará una novela que decide llamar *La torre de los siete jorobados.* No es el único café que frecuenta o la única tertulia a la que asiste. Su vida es un trasiego constante por tabernuchas, antros o cafés como los de España, Castilla, el legendario Fornos (más tarde Gran Café) y, por supuesto, el Suizo y el Levante.

También, alrededor de 1910, suele ir todas las noches al café Mercantil, en la calle de San Bernardo, un asilo de poetas macilentos y melenudos sin fortuna. También se deja caer por El Oso Negro, un cafetín nocturno del número 15 de costanilla de los Ángeles, junto a la plaza de Santo Domingo, a unos metros de donde se instalaría la placa en su nombre. Tan solo debe cruzar la calle. Siglos antes, en este mismo número, estaba el convento de Nuestra Señora de los Ángeles, donde murió santa Teresa de Jesús.

El Oso Negro no tiene nada de angelical. Atrae lo funesto: «Eduardo Peregrín, camarero del café denominado El Oso Negro, con el propósito de suicidarse se tomó anoche una fuerte dosis de láudano en

un vaso de vino», cuenta el *Diario Oficial de Avisos de Madrid* en diciembre de 1911. Ochenta céntimos la hora de billar. Yo imagino a Carrère, gran jugador de billar, en plena partida junto a trasnochadores y hetairas en ese antro turbulento. Un anuncio de la época advierte de que «el dueño de este establecimiento se ha vuelto loco. Empezó por montar unos billares de precisión que dan el opio [sic], y ha terminado ofreciendo un café riquísimo, a precios inverosímiles, y un vermut que no tiene rival».

El escritor ve *La torre de los siete jorobados* como una obra incompleta o deficiente, aunque ideal para convertirse en una película fantástica, como así sucedió. Su Madrid favorito es la calle Santiago, la plaza del Biombo, el Madrid de los Austrias o la Morería. Es ahí, como se ha repetido una y otra vez, donde transcurre el argumento de la novela. En la película, la casa en que se suceden las apariciones es la entrada del colegio que hoy existe en la plaza de la Paja. En 1935, cuando le preguntan por esa vasta red de subterráneos de la que habla su novela, insiste en que todavía existen. Están ahí abajo, y aún hoy lo siguen estando.

Pero el libro también transcurre en un lugar que no suele citarse, como el viejo solar de la Casa del Pecado Mortal, entonces desaparecida por la ampliación de la Gran Vía en su último y tercer tramo, que iba desde Callao hasta la plaza de España. Allí, cada noche, una fila de frailes que portan pequeños faroles sale de la casona y va de puerta en puerta a burdeles, botillerías y garitos de mal vivir pidiendo limosna: «para hacer bien por las almas de los que viven en pecado mortal», se les oye decir. También, frente a las puertas de las bodegas, cantan: «Alma que estás en pecado, si esta noche te murieras piensa bien adónde fueras».

Fachada de la Casa del Pecado Mortal en la desaparecida calle del Rosal. BNE.

La comitiva espectral es la «Ronda del Pecado Mortal», que con puntualidad exquisita, al caer la noche, sale de una casona envuelta en misterio: la Casa del Pecado Mortal, que desde el año 1733 acoge a la Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza y Santo Celo en la Salvación de las Almas, conocida por los madrileños como «El Pecado Mortal», y cubre barrios con mala fama como Barquillo, Maravillas, San Francisco y San Lorenzo. A aquel lúgubre lugar van a parar solteras que se han quedado embarazadas y que desean dar a luz en el mayor de los secretos o aquellas otras que quieren dejar la prostitución. Otras, sin embargo, entran obligadas por sus familias, que las consideran impías.

Entre sus paredes veneran una imagen de la Virgen de la Esperanza, junto a la cual instalan un buzoncito para que las «doncellas en pecado mortal» echen sus plegarias. También se habla de sus subterráneos, por los cuales, según cuenta la leyenda, se dan cita los príncipes con las «pecadoras», una especie de adaptación al subterráneo por el que Felipe IV visitaba a la novicia de San Plácido.

Las saetas del Pecado Mortal son muy conocidas. La comitiva, tras pararse ante antros y prostíbulos, frente a filas de lumias y hetairas que aguardaban a la clientela en plena calle, comienzan a recitar lúgubremente: «A la mujer más hermosa / el tiempo en fea convierte, / y en monstruo horrible la muerte».

Las mujeres no suelen burlarse de los penitentes. La mayoría son supersticiosas y están sobrecogidas. Al verla llegar, estas se desvanecen en portales, rincones y callejuelas. A veces, en medio de la gran oscuridad de la noche, alguien lanza desde las ventanas monedas envueltas en papeles ardiendo para así poder verlas recoger el donativo.

Aquel subsuelo despierta mil y una fantasías. Carrère, excitado por todo esto, escribe: «¡Cuántas tristes mujeres han llorado en la lúgubre Casa del Pecado Mortal!». Unos años después de la publicación de su famoso libro regresó a la Casa del Pecado Mortal, pero para volver a soñar con esa ciudad oculta. En el periódico *La Tarde,* en mayo de 1927, en un artículo titulado «Una mansión de leyenda», asegura que «el barrio de la Morería y el barrio prócer de la calle del Sacramento, así como el distante de la Judería, en torno al Lavapiés, están socavados por vías subterráneas donde con un poco de fantasía podemos suponer la existencia oculta de restos de mezquitas y de sinagogas y de grandes orzas olvidadas». ¿Era cierto?

A su alrededor surgen un sinfín de leyendas y misterios que convierten a la Casa del Pecado Mortal en un lugar extraño y prohibido para los madrileños. «Era una casa hermética, sombría, vigilante, en la silente calle del Rosal —sigue diciendo Carrère en su *Ruta emocional de Madrid,* publicado en 1935—. Las antiguas

mansiones tienen un alma igual al alma de las gentes que en su ámbito vivieron; los seres que pasaron dejan su huella astral y algo invisible dice las ansias que tuvieron. Así es en esta triste mansión conventual todo negro y devoto, austero y penitente, cual si tuviese un alma temerosa y doliente».

Cuando dedica estas líneas, ya la casa es un montón de escombros (fue derrumbada en 1926) y la antigua calle del Rosal, donde estuvo situada, estaba a punto de desaparecer con la apertura del tercer tramo de la Gran Vía. Hoy su rastro queda en lo que es el número 66 y el tramo de calzada que se encuentra frente a la calle García Molinas.

La Orden, con sus oscuras invocaciones al arrepentimiento, amenazaba con el fuego eterno, las llamas que consumirían los cuerpos de los pecadores. Pero aquel fuego infernal se vuelve contra esta. Tras abandonar la congregación del Pecado Mortal el edificio e instalarse en el convento de Santa María de Magdalena, situado en la calle Hortaleza, esta pasa décadas de tranquilidad, que quedaron rotas con un suceso trágico: una vez desatada la Guerra Civil, los revolucionarios incendiaron el edificio, que es pasto de las llamas. El fuego termina con la Orden.

Existe un curioso intercambio de cartas entre Carrère y otro conocedor del Madrid más oscuro, Pío Baroja, sobre la pervivencia o no de las calles siniestras en medio de la voraz modernidad. Ese «diálogo» sucedió en un artículo publicado en *La Libertad* el 11 de octubre de 1933, donde un misterioso «El Barbero Lamparilla» (pseudónimo de Carrère) contesta a Baroja, que, poco antes, advierte del final de la «ciudad-monstruo» y, con esta, la imposibilidad de la evocación soñadora y la experiencia auténtica. La pieza es exquisita; una contestación en toda regla al «yo lo he visto» de Baroja. Él, Carrère, también lo ha «visto»:

«Pío Baroja es un articulista sugerente. Sus artículos tienen un interés de charla entretenida multiforme y divagatoria. Los que le leemos siempre sentimos un deseo de réplica, de entablar diálogo con el conversador profundo y espiritual, porque la literatura de Baroja tiene una palpitación de cosa viva.

»En su conversación literaria “Las calles siniestras” evoca el viejo barrio madrileño que yace entre los cimientos de la Gran Vía, las calles del Horno de la Mata con sus librerías de viejo; la de Tudescos, adornada en la noche con la Venus múltiple de la encrucijada; las varias travesías, con la zaragata estudiantil y hórrida de las casas de huéspedes y los hostales hampones. En el barrio estuvo la Casa de Han de Islandia, yacija bohemia cuya sordidez trágica envenena lo que siempre tienen de poético los recuerdos de nuestra juventud. Madrid se ha agrandado, se ha higienizado y ha perdido su romántico

prestigio balzaquiano de “ciudad-monstruo”, de “diablo-ciudad”, dice Baroja.

»Sin embargo, el rostro y el alma de Madrid no han sufrido más transformación que la de este barrio aledaño a la Puerta del Sol, donde hoy se alza esta caricatura neoyorquina de cemento. Si queremos encontrar la sugestión de la supuesta “ciudad-monstruo” nos bastará con perdernos en esas calles tan siniestras como en los tiempos de D. Ramón de la Cruz, del barrio sainetesco que se despeña desde las plazuelas de Antón Martín y del Progreso hacia las Rondas, la de Jesús y María, del Amparo y de la Comadre, donde aún se conservan los patios vecinales con sus marimorenas de vecindona y cuyo portaluco decora el tenderete del maestro del tirapié o del sastrecillo remendón. En las que aún podemos ver los tabernones castizos de cortinillas encarnadas y los prostíbulos con cariátides jabelgadas y floripondiadas en los quicios, refugios ambos de ese submundo de rateros, mecheras y espadistas y todas las larvas de la briba, los más bajos escalones de la fauna del delito y del infortunio. Allí hay contraste de luz y sombra, locura y crimen y caricaturas humanas de todas las aberraciones del instinto sexual. Más en lo hondo encontraremos a la gitanería pedigüeña y zahorí en torno a la Iglesia de las Peñuelas y, en el Portillo, el islote urbano de las cigarreras, de los ropavejeros de las venerables Américas y de los baratilleros de las Rondas. En la cabecera del Rastro aún podemos reponer nuestras fuerzas en un antiguo comedor en cuya portada se escribe audazmente “Figón”, para darle al antro un sabor jocundo de hostería del viejo Madrid.

»La ciudad no ha perdido su interés de “ciudad-monstruo”. No ha sido metamorfoseada en una urbe flamante por el milagro de los bandos municipales. Subsisten sus viejos gestos tradicionales, excepto en el cogollo invadido por los cafés rolacos y los epígrafes exóticos. Se puede saborear el Madrid galdosiano de las platerías de las calles de Poetas, de la Sal y de Zaragoza, donde todo huele a siglo XIX; la alegría bulliciosa, entre maja y palurda, de la calle de Toledo, donde los horteras emplean el radical sistema de propaganda mercantil de atrapar a los transeúntes por las solapas y zamparlos en sus tiendecillas lóbregas. En las dos Cavas abren sus bocazas pueblerinas las posadas de arrieros y trajinantes, donde huele a fritanga sabrosa y suena al anochecer la guitarra del mesón, que cantó con tanta emoción Antonio Machado. Muy cerca, con un silencio señorial y como si sus relojes se hubieran detenido en el siglo XVII, está la ciudad de los Austrias, con el magnífico balcón de Cisneros, la torre de San Pedro, el viejo; el pasadizo del Panecillo y las casas de leyenda embrujadas. […] El paseante buscador de anécdotas puede darse una vuelta por la calle de Santa Isabel, donde encontrará la reja de Teresa,

la musa esproncedana; el palacio de Fernán Núñez, donde aún flota un viejo hálito de señorío hidalgo y español. En las callejuelas del Salitre y Buenavista, que caen sobre la de La Fe, con muy poca imaginación se encuentra uno en la Judería del siglo XV, como en la plaza del Alamillo, donde aún se pueden ver con los ojos de la fantasía, en colaboración con el paraje, el barrio morisco, a la sombra de San Andrés, todo minado, en lo hondo, por misteriosos subterráneos, y donde aún se encuentran casas tétricas con calabozos superpuestos cuya entrada se desconoce, que fueron cuartelillos y suplicatorios del Santo Oficio. […] En los barrios viejos, con claroscuros y "calles siniestras", aún es posible hallar el "diablo-ciudad", por lo que tienen de vicio, de delito y de romanticismo, donde la clásica y turbia fauna está enriquecida por el lamento anarquizante y pistolero de última hora».

La curiosa topografía de la ciudad, atravesada por lugares que, desde siempre, han sido feudos de prostitutas y buscavidas, en el mismo corazón de la urbe, contribuía a que, a pesar de todo persistiesen esos islotes como si fuesen casas rodeadas por lava (Montera, Desengaño y alrededores, etc.). «Da gusto andar por Madrid en cuanto "la noche tiende su tachonado velo" —escribe con sarcasmo un periodista en 1894—. Cada dos pasos se encuentra alguna vengadora que va y viene en busca de lo desconocido; no hay taberna de donde no salga rumor de vasos y batir de palmas; no hay esquina en que no esperen al transeúnte uno o más mendigos, cuyo modo de pedir se parece bastante al del pordiosero de Gil Blas». Madrid, ciudad de los prodigios y las sorpresas. La ciudad donde todo puede suceder, tanto lo maravilloso como lo funesto.

Marinetti

El ritual es siempre parecido. Cuando la estrella aterriza, es llevada en volandas, entre fanfarria y oropel, a los centros culturales, lugares de poder de bohemios y literatos bien situados repartidos en un puñado de locales con viejos veladores, espejos y mucho postín; para franceses e italianos, para casi todo el mundo, son de mal gusto. Estridentes, decadentes, no le hablan al futuro sino a ese pasado que la mayoría quiere enterrar. Somos y seremos siempre el sur, la estirpe norteña y limítrofe con África, un país supersticioso y misterioso de bandoleros, curanderos, gitanos y mujeres hermosas. El español está para agradar y divertir, ser el mejor compañero de juergas, un temerario con predilección por los puñales y la noche. Esto es lo que piensan unos y otros cuando son seguidos por una comitiva nerviosa y servil. Ellos, por supuesto, no lo dicen claramente, pero más tarde dan rienda suelta a la lengua en novelas y entrevistas.

Antes de Tzara, el hombre del monóculo agresivo, en febrero de 1928 llega Marinetti, apóstol de la violencia iconoclasta e inspirador de un fascismo ya triunfante. Con él ya tenemos el cuadro perfecto, la secuencia de las vanguardias de las primeras décadas de siglo: futurismo, dadaísmo y, por supuesto, surrealismo. Porque los surrealistas también llegan en manadas. Con el italiano hay una gran diferencia. Es uno de los pocos ejemplos de literato que ha cumplido su sueño de tener el poder para cambiar el mundo. Y él lo hace, o lo intenta, porque siempre hay tanto por destruir y aplastar.

La prensa conservadora y católica se apresura a advertir de que aquel hombre llega hoy cansado y viejo; ya es mayor para los juegos de pirómanos del primitivo futurismo. Sus futuristas fueron a una guerra a bordo de bicicletas, un fantástico batallón ciclista que duró un suspiro cuando este se encontró con la sangre, el barro, los obuses y las bayonetas. Trazan su biografía como los caprichos de un joven violento. Y él, con sus actos, intenta desmentir eso de que todo es una broma.

Antes de llegar a Madrid, en Barcelona, le falta tiempo para lanzarse al mitin: «En Barcelona ha hecho declaraciones Marinetti —cuenta *El Liberal*—. Ha dicho que el futurismo ha sido la incubadora del fascio, impuesto en las calles con las modernas prácticas del puñetazo, la paliza, la agresión, olvidándosele lamentablemente de ese otro procedimiento farmacéutico: del aceite de ricino». Pero la historia a veces se burla de sí misma. Marinetti, el rey de la velocidad, los motores en combustión, la aerodinámica, el aliado del futuro, sale de

Barcelona conduciendo un automóvil potente y, a la altura de Zaragoza, en medio de la nada, sufre una avería y se queda tirado en la cuneta durante horas. Tiene tiempo de maldecir su mala suerte y, de paso, inventarse una excusa futurista para semejante suceso. La prensa, que aprovecha el incidente, hace sangre de la herida. Es un apóstol de la velocidad que, al menos en España, llega tarde a todas partes.

Retrato de Marinetti (1913). Emilio Sommariva.

La conferencia de la Residencia de Estudiantes, tras estar el conferenciante durante horas en paradero desconocido, se suspende hasta el día siguiente. «Trajimos a Marinetti, el futurista —recuerda Natalia Cossío, esposa del director de la Residencia—. Con una mujer guapísima [su esposa Benedetta Cappa]. Cuando queríamos sacar una foto de la mujer guapísima, él se ponía delante. Nos hizo una lectura de sus versos completamente disparatada. ¿Sobre qué? No se sabía. ¿No sabes lo que es el futurismo? No tenían verbos, ni nada… Puum, poom, puum… Los chicos se divirtieron muchísimo [se refiere a los residentes]».

Toda la escudería ultraísta, nuestros futuristas y dadaístas madrileños, están sobre aviso. Es su gran momento. El primero, Gómez de la Serna, con su cuerpo menudo pero rotundo, casi granítico e incansable, una turbina imparable de frases, ideas y proyectos, algunos más radicales y extraños que los del mismo fundador del futurismo, que viene a España y visita, entre otras ciudades, Madrid,

como lo haría un político en campaña. Pero siempre junto a su esposa, que hasta interviene en las entrevistas, afirmando que Goya y Velázquez, cuyas obras van a ver al Museo del Prado en compañía de Eugenio D'Ors, son… futuristas sin saberlo. Las gafas del futurismo permiten la transmutación.

Gómez de la Serna, por su parte, usa a Marinetti para validar su pombismo, su propio credo, la necesidad de una revolución cultural en un país que vive bajo una dictadura primorriverista que Marinetti bendice aunque califica de insuficiente, pues piensa que se necesita más ardor, músculos y desfiles.

Giménez Caballero, a su vez, tras situarse a su lado en cada fotografía de grupo que hace, entrevistarlo en la sede de su periódico *La Gaceta Literaria,* que ya ha apostado por el fascismo, o acompañarlo en sus paseos, prepara su particular versión de un fascismo castizo. Las ausencias clamorosas en la historia española, todas sus deficiencias comparadas con las del pasado romano e imperial, él las suple con su propia visión del mundo, que convierte en poesía y artefacto, una obra tosca de ingeniería verbal que hace aguas a cada paso: el Quijote, el Cid, Isabel la Católica, Ramiro de Maeztu, hasta Baroja y, sobre todo, Unamuno, quien sin embargo es demasiado prudente entonces para desdecir o crear polémicas pero que en menos de tres años se echará a la calle para clamar con júbilo por las promesas anunciadas por la República.

«Me encontré con Marinetti en el Hotel Palace —escribe Caballero en *La Gaceta Literaria*—. Su boca era un fichero. Y una cinta de telegramas. Le rodeaba la fauna del hombre industrial. Cigarros turcos, agentes de periodismo, empleados consulares y una dama tan bella, que sólo era digna de eso: de un hombre que usaba hongo, gabardina, puñetazo y se codeaba con Ford y con Charlot». Y, cómo no, se lo lleva a un espectáculo flamenco que organiza en el enorme salón de chocolate de Doña Mariquita, en el número 10 de la calle de Alcalá, en su sótano, donde actúa el guitarrista Regino Sainz de la Maza. «Poco después, en una logia de un antiguo café—ante Jerez, chocolate y mojicones—, el guitarrista español más europeo de hoy ejecuta su tactilismo en tripas líricas. Marinetti acompaña nervioso con sus dedos. La señora Marinetti se recoge con ojos lánguidos y elegantes de romana, en una concentración complacida. […] ¡Marinetti! Te saludamos con la eterna admiración española ante lo que se mueve, grita, se desenfrena y revoluciona. A ti, cuyo enlace en España era éste: Unamuno, Baroja, Ramón, De Torre. Antipasatistas, vulcanizadores. Te saludamos con la convicción galileica frente al escepticismo "e pur si muove"».

Marinetti contempla la Gran Vía desde lo alto del Palacio de la Prensa *(La Nación,* 14 de febrero de 1928).

No vacila en nada. Varios periódicos lo describen como un «gran agitador», comparándolo con el frenesí y la anarquía del jazz moderno, una gran banda de jazz desbocado, una avioneta de guerra con el motor incendiado que cae sobre una ciudad en llamas. Cuando cita a Mussolini es porque este, amigo íntimo suyo, se lo ha contado personalmente. Asegura, y no se equivoca, que sin el futurismo el fascismo no podía haber existido.

Una de las imágenes más evocadoras de aquellos días está tomada en Callao, en la azotea del Palacio de la Prensa. El gran edificio, con su aspecto de arquitectura americana, se acaba justo de terminar de construir pero ni tan siquiera se ha inaugurado oficialmente. Por entonces, es el mayor rascacielos de la ciudad, solamente superado poco después por el edificio de Telefónica. El italiano, con su eterno gesto serio y endurecido, poblado bigote y ojos de intenso gris verdoso, mira hacia abajo. Observa la Gran Vía, su sucesión de modestos rascacielos, ese cemento que para Giménez Caballero, uno de sus anfitriones y cortesanos, es un material comunista que «huele a sociabilidad —escribe en *Madrid nuestro*—, a planes quinquenales, a novela bolchevique, a película yanqui, a mujer libre, a miseria

organizada, a disolución de la familia, a funcionarios numerados».

También ve la plaza de Callao, la sucesión de tejados e iglesias, esa ciudad en ebullición que ahora cuenta con un millón de habitantes, casi el doble que a comienzos de siglo, y donde ya ruedan trece mil vehículos, tres veces más que solo una década antes. Ese mismo cielo, el cielo de la ciudad oscurecido como nunca apenas un par de años más tarde. El italiano, en caso de seguir ahí plantado, en lo alto de aquel modesto rascacielos, se habría maravillado ante el paso del gran zepelín, un coloso aéreo sobrevolando la Gran Vía y ocultando el sol a su paso. Un dios de la modernidad. El LZ 127, también conocido como Graf Zeppelin, que mide doscientos treinta metros de longitud y treinta y seis metros de diámetro y vuela sobre Madrid en el mes de mayo. Es todo un espectáculo, algo al mismo tiempo asombroso y extraño.

No podía ser y, sin embargo, fue. Los últimos dirigibles españoles fueron destruidos en el otoño de 1936 durante el asedio a Madrid. Así se narra en *Guerra en el aire,* las memorias póstumas del piloto de la aviación franquista Joaquín García Morato: «Uno de los pilotos de mi escuadrilla, al tomar tierra después de un vuelo de observación independiente sobre Madrid, vino a verme, contándome que había descubierto dos hermosos "zeppelines" en la Casa de Campo. Quedamos sorprendidos por la noticia, y nos negamos a tomarla en serio; y bromeando con el pobre chico una y otra vez, hasta que molesto por nuestra sonrisa, nos ofreció un vuelo en su compañía sobre la Casa de Campo que nos diese la ocasión que necesitábamos de comprobar la veracidad de sus afirmaciones. Aceptamos inmediatamente, y al amanecer del día siguiente emprendimos el vuelo en busca de lo que entonces creíamos imaginario. Todos nosotros estábamos inclinados al escepticismo. Nuestra sorpresa no tuvo límites cuando, todavía a bastante distancia, vimos los dos "zeppelines" de los que nos había hablado el piloto, pudiendo comprobar que no se trataba de una broma. Estaban anclados en mitad del inmenso bosque, brillando a los rayos del sol sus siluetas plateadas. No había tiempo que perder. Inmediatamente di orden a mi escuadrilla de formar cadena y picamos a toda velocidad, uno después de otro, ametrallando los dos dirigibles. Repetimos el ataque una y otra vez, durante una media hora, mientras la antiaérea y ametralladoras abrían fuego mortífero sobre nosotros; pero no podíamos irnos sin haber terminado antes la tarea que nos habíamos impuesto. Finalmente, dos grandes columnas de humo nos dieron la certeza del fin de la existencia de los dos dirigibles. Pronto no existió otra cosa de los magníficos dirigibles que una masa de hierros retorcidos».

El ingenio aéreo del conde Zeppelin vuela sobre la Gran Vía (1930). Luis Sánchez Portela.

Tiempos nuevos, tiempos terriblemente salvajes. Los mismos sobre los que casi un siglo antes había escrito Pérez Escrich en *El frac azul,* la gran novela de la primera bohemia. Ciudad de espantos este Madrid, «el leviatán del libro de Job, todo lo traga, todo lo destroza,

todo lo devora».

Y por supuesto, es probable que a Marinetti le hubiera encantado uno de los proyectos jamás realizados para decorar la futura Gran Vía: una gigantesca columna meteorológica de estilo rococó que, en cada una de sus caras, contaría con la esfera de un reloj y un gran termómetro.

Es un paisaje sorprendente y lleno de contrastes. Tres años más tarde, el escritor ruso Ilya Ehrenburg, durante una visita a aquel mismo lugar, escribe: «Gran Vía. Rascacielos. Nueva York. […] En los tejados, estatuas, doras, atletas desnudos, caballos encabritados, letras eléctricas relampaguean las fachadas. […] Debajo de los tableros pulula la fauna de Madrid. Todos los cojos, ciegos, mancos, esperpentos de España». El periodista Gerardo Ribas, que es quien le invita a la ascensión, describe aquel momento: «Ante la mirada burlona de los obreros ganamos la cima de la magnífica Casa de la Prensa. Es demasiado soberbio el espectáculo para intentar apresarlo en la red de tres imágenes, aunque sean futuristas. Más cuando la "foto", con su sensibilidad hiperestésica, ha de dar idea cabal de esta sinfonía escrita a golpe de rascacielos».

La «sinfonía» tuvo letra. Más tarde, sus impresiones y algunas otras ideas aparecen en un escrito dedicado a sus amigos Giménez Caballero, Guillermo de Torre y Gómez de la Serna, titulado *Contra el viento adusto, comandante de las fuerzas del pasado,* que se publica en *La Gaceta Literaria,* y que habrá de ser la primera parte de *Spagna veloce e toro futurista,* cuya versión definitiva no aparecerá hasta finales de 1931. El texto se abre con el *Testamento di Negro II, toro di Andalusia:* «Os pido que los toros triunfadores sean enrolados en la próxima guerra y, organizados en manadas de destripamiento, afronten con furiosos setos de cuernos los carros de asalto enemigos». Uno se imagina una idea así solo en la mente siempre estrambótica de Giménez Caballero: lanzar toros contra los milicianos. Además, Marinetti recuerda el escarnio sufrido por su demora y la vergonzosa avería automovilística: «Irritante inmovilidad del automóvil delante al precipitante problema por resolver: debo introducir los 400 kilómetros que me separan de Madrid en la caja de las 4 horas que me separan de la hora 9 ya quieta a esperar mi conferencia sobre el Futurismo mundial».

Historia del agua

Una y otra vez regresamos al fuego, a las hogueras y los estragos. Fuegos eternos que nos acompañan en esta travesía y que nunca nos dejan en paz. Tuvimos tantos y afectaron tanto a una parte de la ciudad, ya desaparecida bajo las llamas, que Juan José Sánchez Pescador, arquitecto municipal del siglo XIX que acabó por reformar la actual plaza Mayor, lugar de grandiosos incendios, crea librerías forjadas en hierro que deberían salvar de la quema a las bibliotecas de manuscritos antiguos e incunables. En su momento se construyeron maquetas con planta hexagonal y se reprodujeron las dos citadas a escala real. Una tercera, cuya existencia se desconocía, es descubierta hace muy poco. Eran urnas precintadas, criptas ignífugas del saber.

La incitación a la poesía del metro de Madrid, según las mujeres anarquistas, tenía un halo de asombro y temblor. Abajo, en las profundidades, se resucitan antiguas leyendas, mitos que evocaban un Hades furioso. Una ciudad acostumbrada forzosamente a vivir en sus entrañas, primero como trogloditas que excavan sus cuevas en montañas como la de Príncipe Pío y, más tarde, para refugiarse de la muerte aérea. Abajo, más abajo, se descubre un pasado que en este caso sigue estando ahí, a pocos metros, justo bajo nuestros pies. Paseamos sobre muertos y ciudades sumergidas. Porque basta apartar la tierra, descender un puñado de metros, ensuciarnos las manos.

Cuando Arespacochaga planea su gigantesca avenida subterránea, comienzan las excavaciones arqueológicas del antiguo Madrid musulmán, en parte porque tras la destrucción de la guerra habían quedado a la vista extrañas construcciones e infraestructuras olvidadas y hay que reconstruir Madrid, con centenares de edificios esqueléticos o directamente derruidos. También se buscan nuevas ubicaciones para una población que afluía sin cesar a la capital intentando sobrevivir al hambre de aquellos años. Las riadas humanas se instalan donde pueden, sobre todo en los barrios populares, muy castigados por la guerra, pero también más allá de estos, en los límites de la ciudad, donde pocos años antes empezaban las afueras.

El sentido de las distancias cambia y el centro se desplaza.

El ritmo de los hallazgos es frenético. Se suceden los descubrimientos de silos subterráneos, que una vez que dejaron de usarse se convirtieron en basureros. Cada poco tiempo, obreros y nuevos propietarios dan con ajuares domésticos, juguetes, instrumentos musicales o hasta huesos con inscripciones, generalmente huesos de vaca. Son talismanes, objetos de poder. Uno

de ellos lleva la inscripción *Bismillah* («En el nombre de Alá») del siglo X y principios del XII.

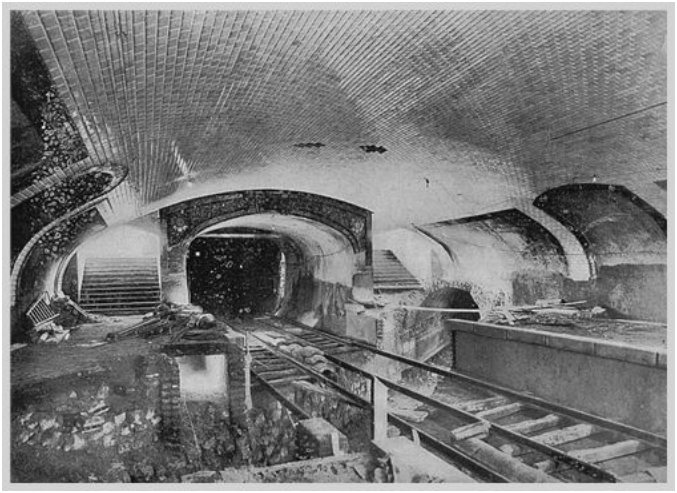
Esta ciudad se posa sobre una vasta laguna subterránea. Esa fue la razón del cambio de su primitivo nombre, Matrice, en los tiempos en que era poco más que un villorrio musulmán, a Mayrit, que significa algo así como «lugar donde abundan las mayras, raudales o venas de agua», ya consolidada la invasión islámica. La inicial fortaleza militar árabe, pequeña y amurallada —la población original de Madrid no ocupaba más que treinta y cinco hectáreas y contaba con unos doscientos habitantes—, no podía recurrir al río Manzanares para aprovisionarse de aguas, puesto que se hallaba extramuros. El Manzanares estaba muy abajo, al final de un desnivel casi insalvable de cuarenta metros. Podían construirse acueductos, pero estos suponían un peligro en caso de invasión. Así que debía encontrarse una solución en su recinto.

Muy pronto los ingenieros árabes dan con un ingenioso remedio cuando comprueban el gran e incesante caudal que fluye en el mundo subterráneo, a muy poca distancia de la superficie. Se crean decenas de kilómetros de viajes de agua, una compleja red de galerías subterráneas —abovedadas, aprovechando el desnivel y de dos metros de altura—, que rápidamente crece de tal forma que hoy pocos saben ya su extensión real. Aquellos viajes del agua y pozos con norias van a morir a fuentes públicas (fuentes de Diana, Endimión, Cibeles, Fama, toda una mitología extraña y pagana, de seres sobrehumanos y mitos de fuerza y naturaleza), pero también a otras privadas, al interior de las casas.

El agua, cuando se toma de las fuentes públicas, es gratuita, pero no puede hacerse directamente de las galerías. Salvo para aquellos propietarios cuyos sótanos cuentan con acceso a la canalización, puesto que solamente venían obligados a dar paso a los fontaneros cuando estos lo solicitasen. El expolio de las aguas es voraz. Otros, que no tienen esos accesos, abren túneles para llegar hasta ellos, y se amplía así la compleja y caótica red de galerías, pasos, túneles y excavaciones improvisadas que fluye bajo nuestros pies. En total, solamente la red de viajes de agua alcanza los 124 kilómetros.

Durante siglos los viajes de agua sirvieron a la ciudad. Muchos se tapiaron, rellenaron de hormigón y cegaron. Pero jamás murieron del todo. Aún siguen fluyendo ahí abajo, a poca profundidad de nuestros pies, o se han integrado en la red de alcantarillas posterior, aunque la maraña es tan enorme y enrevesada que no hay nadie que sepa con absoluta exactitud todo lo que existe. El agua, divino elixir. Y sin embargo, su uso diario para nuestra higiene es algo relativamente «moderno». Durante el siglo XVII, debido a lo poco habitual que era lavarse con agua, salvo el rostro y las manos, se comercializaron

numerosos perfumes que popularmente se conocían como «aguas olorosas». Nuestras fragancias favoritas eran las de ámbar, algalia o almizcle. Y como no existían pulverizadores, las criadas, tras recoger en la boca un buche de agua perfumada, lo escupen sobre la cara de la señora.



Andenes de la estación de Atocha en obras y, bajo estos, un arroyo (1921). Luis Lladó.

Los perfumes, en su mayoría, eran usados por mujeres —por ejemplo en los guantes, que se perfumaban—, pero también por jóvenes que querían estar a la moda y, según el lenguaje de la época, los «lindos», aquellos otros propensos a ser calificados de «afeminados». Tampoco nos preocupaba demasiado la higiene. Contra la fetidez del aliento se vendían pastillas de alcorza, comercializadas como «pastillas de olor y boca».

La limpieza corporal era un asunto de la clase media. No fue hasta mediados del siglo XVIII cuando la gente acomodada comenzó a usar papel desechable para limpiarse el ano tras defecar. Y todavía quedaba más de un siglo para que se inventase el rollo de papel higiénico ya perforado. Ahora surgen repugnancias antes impensables. La piel, igual que casas y ciudades, debe respirar. De lo contrario el aire no fluye, las impurezas o los gases nocivos no salen y no se renuevan y llega la temida enfermedad. El intenso olor a sudor, antes algo habitual y normalizado, acumulado por la falta de aseo y las capas de ropa que rara vez se lavan, se camufla bajo fragancias no siempre saludables. La nueva sensibilidad crea reacciones en la piel, otras enfermedades y desagradables pústulas.

Esas preocupaciones nuevas por la higiene y los olores son parte de un nuevo modo de vivir en las ciudades, que más o menos en la época

en que se introduce el papel higiénico empiezan a ser concebidas como auténticos organismos vivos. Tienen pulmones y corazón. El hacinamiento, la estrechez de las calles, lo laberíntico de la antigua ciudad no facilitan la circulación del aire. Coagulan la sangre y el tejido social hasta enfermarlo.

Los ciudadanos se parecen mucho a las ciudades que habitan. Los cementerios, inicialmente en el centro, empiezan a ser considerados insalubres; la cercanía con la muerte aterra. La vivienda sin ventilación obstruye el aire y es foco propicio para el miasma. El Ensanche, la gran obra que cambia Madrid, surge de estas preocupaciones y debates, donde el lenguaje higienista penetra en el del urbanismo, que habla de arterias y vías. Ciudad y cuerpos son intercambiables.

La primera casa de baños estuvo en la calle Jardines y se inauguró en 1628. Muy pronto se puso de moda entre los más adinerados. Los lugares para el baño eran las orillas del río Manzanares, pero se consideraba que este quedaba lejos del centro y, además, los rigores del invierno impedían darse un chapuzón.

El agua era nuestra bebida favorita, incluso más que el vino, que en aquellos tiempos se consideraba un brebaje infecto, no tanto por el líquido en sí sino por las condiciones en que se almacenaba, en viejos pellejos revestidos de pez. Su sabor era fuerte, y su precio, muy barato. El agua se tomaba siempre después de la bebida popular por excelencia, el chocolate.

Durante estos años surgieron las bebidas frías. Aunque para enfriar el agua se usaban sótanos o vasijas porosas cubiertas con un paño húmedo que se dejaba toda la noche a la intemperie, se puso tan de moda el agua lo más fría posible que empezaron a crearse pozos de nieve, vastos subterráneos en los que se almacenaba y conservaba la nieve. Estos pozos de nieve estaban controlados por el nevero, el encargado de acarrear y vender la nieve, que era un producto caro. Inicialmente, la nieve se vendía en dos puestos callejeros, uno en la Puerta del Sol y otro en la plazuela de Herradores, pero ante la creciente demanda se establecieron muchos más. Incluso se entregaba a domicilio. Los pozos de nieve cada vez eran más grandes. Uno de estos estaba en la actual glorieta de Bilbao.

PAGINAS DEL TRABAJO

La hazaña que pudiera no ser totalmente estéril.

Relato de un "raid" por el laberinto de las entrañas de Madrid.

SEIS HORAS EN LAS ALCANTARILLAS MADRILEÑAS

Nuestro compañero Alvaro de Castro (x) momentos antes de emprender su "raid" subterráneo á través de las alcantarillas de Madrid, en cuyo recorrido invirtió seis horas. Esta travesía, que á primera vista parece no tener importancia, está, sin embargo, llena de dificultades y aún de riesgos...

Estamos viviendo la época del *raid*. Los hombres predispuestos para la hazaña han encontrado en él su más definitivo exponente. El primero de nuestros héroes modernos, Lindberg, inicia, con su memorable *raid*, la serie de hazañas aéreas. Principia la competencia por el aire. Los Gobiernos de todos los países han de prohibir, durante algún tiempo, á los hombres hazañosos el que emprendan sus proyectados vuelos heroicos. Entonces surgen los *raids* á ras del suelo, y aparece el hombre-héroe en la bicicleta, en el triciclo, en la *patinette*... La competencia en las hazañas terrestres es mayor, si cabe, que la de las aéreas. Y llega el momento en que parece están agotadas las posibilidades de *raid* novedoso. Costes y Bellonte, con su reciente hazaña en el *Point de Interrogation*, y el madrileño Agulló, con la que acaba de realizar en su *patinette*, han agotado, por ahora, el sentido de novedad en *raids* aéreos y terrestres, respectivamente.

Sin embargo, yo acabo de realizar uno de cierta envergadura y no exento de novedad. Es por lo que me considero el penúltimo hombre-héroe del momento. He realizado la hazaña de discurrir durante unas horas por las alcantarillas madrileñas. Ya sé yo que, á primera vista, la cosa no parece tener mayor importancia que la de un paseo por el subsuelo de Madrid. Pero puedo jurar sobre los Evangelios de cualquier religión que el que así pensare y tal creyere padece craso error. El discurrir por las alcantarillas madrileñas está lleno de innumerables peligros, pues hay que salvar numerosos obstáculos que, al menor descuido, pueden dar origen al accidente, no siempre grave: que, por fortuna, el hombre es hijo de la Providencia.

Y luego de hacer público que el compañero Zapata—otro héroe—me acompañó en la travesía—en calidad de notario gráfico del *raid* levanté acta de la hazaña—, voy á dar cumplimiento del deber de todo hombre-héroe que se estima en algo una vez alcanzado el hecho hazañoso: el de dar á la publicidad el relato de éste. Al mismo tiempo que doy un pisotón á mis camaradas. ¡Ah! es nada!

LA PRIMERA ETAPA DEL «RAID»

Una vez obtenidos los permisos oficiales necesarios—concedidos sin grandes dificultades, así como la ayuda indispensable en esta clase de *raids*, por todo lo cual hemos de expresar nuestro mayor reconocimiento á las autoridades, empleados y obreros municipales—, fué señalado el día y la hora en que habría de ser intentada la travesía.

A las veintitrés horas del día 5 de Septiembre del presente año de gracia, henchidos de esperanza y de fe inquebrantable en el triunfo, y, ¡por qué no decirlo!, de caridad hacia los ciudadanos ignorantes—¡los pobres!—de la sublime emoción que supone partir hacia lo desconocido, lleno de peligros y de donde no se sabe si podremos regresar, emprendimos el afortunado *raid*. Invertimos en él seis horas justas: de once de la noche á cinco de la mañana.

Los primeros momentos—siempre sucede lo propio—fueron un tanto desesperanzadores. El camino era muy accidentado. Todas las alcantarillas que van por debajo de la calle Mayor—donde comenzó el *raid*—son estrechas, de las llamadas de tercer y cuarto orden, y para discurrir por ellas hay que hacerlo casi *á gatas*. En fila india desembocamos en la Puerta del Sol, en la rotonda del Ministerio de la Gobernación, donde pudimos contemplar un panorama verdaderamente horrible. Seguimos Alcalá abajo hasta Cibeles las aguas residuarias corrían bajo nuestros pies, embutidos en enormes botas de goma, con piso de madera y puntera y contrafuerte de acero. Vimos cómo la atarjea—pozo de registro de la finca—del Banco de España está obstaculizada por una reja de gruesos barrotes de hierro para impedir cualquier escalo. Este era el final de la primera etapa.

Alvaro de Castro (x), visitando una de las galerías de primer orden, poco numerosas en verdad, con que cuenta el subsuelo de Madrid. Esta fotografía ha sido obtenida bajo la Plaza de Colón, á cuya rototonda afluyen cuatro alcantarillas generales.
(Información gráfica de Zapata)

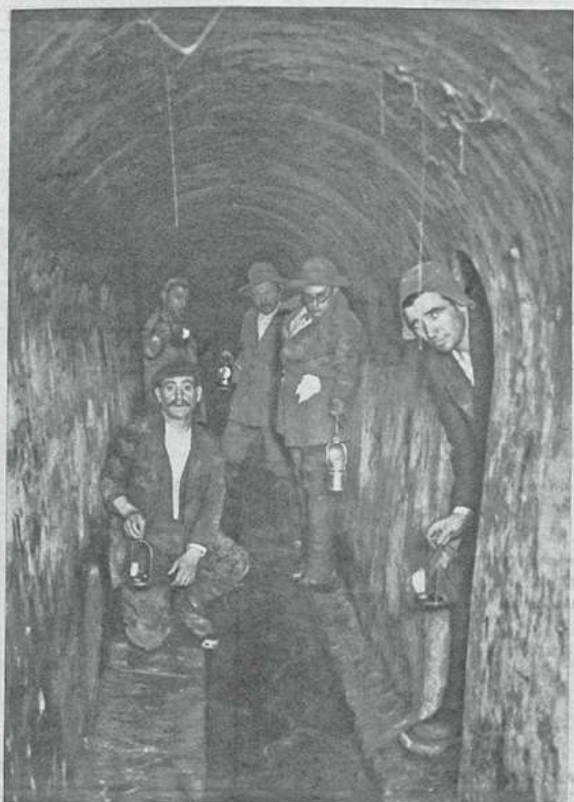
crónica

Las gentes del subsuelo *(Crónica,* 21 de septiembre de 1930).

LAS ALCANTARILLAS MODERNAS DEL BARRIO DE SALAMANCA

La alcantarilla del Paseo de Recoletos es amplia. Pudimos marchar erguidos, discurriendo por un pequeño andén lateral de veinticinco centímetros de ancho, colocado á lo largo de toda la galería, cubierto casi en su totalidad por las aguas é inmundicias. Tiene cerca de dos metros de ancho por otros dos de alto. Al final de ella nos encontramos en la calle de Goya, también moderna, aunque más estrecha y no tan alta. Las aguas nos cubrían hasta cerca de las rodillas. Habíamos de andar despacio, pisando fuerte. Recuerdo ahora cómo en las alcantarillas de Madrid han muerto asfixiados algunos obreros. En la calle de Raimundo Lulio, no hace mucho tiempo, unos obreros, empleados en resolver un atranco, al estallar éste, murieron por asfixia. Otros tres individuos murieron en otro accidente parecido de la calle de San Isidro. En días de tormenta es peligrosísimo andar por las alcantarillas, pues al sorprender ésta en una de las antiguas, por las que hay que discurrir casi á rastras, el accidente es fatal é inevitable, ya que no hay defensa alguna posible. Es, en verdad, pecosísimo y lleno de peligros el trabajo de los pobres obreros del alcantarillado. Hay que bajar con ellos, ver cómo y en qué condiciones trabajan para poder comprender lo que significa y representa el esfuerzo de estos hombres, verdaderamente hazañosos y heroicos...

Seguimos atravesando Madrid. Las relativamente buenas galerías se acabaron, ¡ay!, en seguida. No quiero recordar las dos ó tres que recorrimos entre Progreso y Antón Martín. Me produce frío. La del Paseo de Trajineros, que en la Glorieta de Atocha, bajo el reloj, se junta con la del Paseo de Recoletos, vino á servirnos como de sedante; al decir verdad, ella fué quien evitó el que nuestro *raid* fracasara. Habíamos andado ya unos cuantos kilómetros agachados, algunos metros arrastrándonos en el lodo, y nuestras energías empezaban á agotarse, cuando la rotonda de la Glorieta de Atocha apareció ante nosotros. Descansamos. Apoyados en la pared estuvimos cerca de un cuarto de hora, tiempo necesario para volver á reaccionar, y de nuevo emprendimos la marcha. Que duró una hora y media, exactamente, de reloj. Era el final de la travesía proyectada. Media hora más, y habríamos conseguido realizar totalmente la hazaña que nos propusimos llevar á cabo. Por este laberinto, que son las entrañas de Madrid, íbamos á dar por terminado el *raid*, cuando allá á lo lejos vimos brillar en la obscuridad unas lucecitas. Eran las llamas de los candiles de carburo de la ronda de vigilancia, que á los pocos minutos llegaba adonde estábamos nosotros. El aire se hacía irrespirable, aún más para los que no estamos acostumbrados á permanecer debajo de tierra mucho tiempo. El sudor nos cubría todo el cuerpo. Volvimos al exterior. Habíamos triunfado. En un *taxi* nos trasladamos á la Inspección de Alcantarillas, en la Plaza Mayor,



En esta fotografía, que viene á ser como un folio gráfico del acta notarial del "raid", ha obtenido Zapata un documento vivo de lo que son las alcantarillas madrileñas y la vida de los hombres que en ellas trabajan. Rodeado de los poceros, nuestro compañero Castro recorre la angosta alcantarilla de la calle de Goya.

Un pocero inspeccionando el angosto conducto de una alcantarilla de tercer orden.
(Información gráfica de Zapata)

donde hubimos de despojarnos del equipo—el mío lo estrené yo—que se nos había prestado para hacer la travesía...

UN RUEGO AL SEÑOR ALCALDE PRESIDENTE

Tanto en verano como en invierno, el obrero de alcantarillado, durante las veinticuatro horas seguidas que hace guardia reglamentaria, no tiene en la habitación que para este servicio se ha habilitado ni un mal jergón donde tumbarse, ni un mal cabezal en que reclinar la cabeza, ni una mala manta con que abrigar su cuerpo, ni una mala silla en donde pueda descansar. El suelo es el que ejerce funciones de cama, almohada, silla y manta. ¡Cómo puede tenérselos así! Cuando se entra en aquella habitación—de madrugada entré yo—y se ve desparramados por el suelo á aquellos hombres, más parece un refugio de mendigos que el Cuerpo de guardia de un servicio municipal. Es, sencillamente, algo vergonzoso, señor alcalde. Vicencia debe dar, á la mayor brevedad posible, las órdenes que sean necesarias para que esta vergüenza deje de serlo. Ni un día más deben estar esos hombres así. Por humanidad. Y por la dignidad y el decoro del Ayuntamiento de Madrid. Vicencia tiene la palabra.

Si este ruego mío fuera atendido—lo que no dudo ni un instante—, mi hazaña no sería completamente estéril, lo que, por otra parte, la diferenciaría de la mayor parte de las hazañas modernas. Amén.

ALVARO DE CASTRO

El agua se consideraba un remedio perfecto para achaques y enfermedades de todo tipo. No era aconsejable, decían los médicos, que los sanos se bañasen. Tampoco niños y ancianos. O aquellos enfermos de sífilis, los gálicos, tan abundantes. Deleitarse durante el baño, bañarse solamente por el placer de hacerlo, estaba mal visto y se desaconsejaba, pues, según se afirmaba, «laxa los cuerpos y los afemina». El agua poseía propiedades misteriosas y hasta alteraba el cuerpo de los sanos.

La plaza de Oriente, desde su misma construcción, tuvo constantes problemas. Hundimientos, socavones, tierra desplazándose o viniéndose abajo. El agua, a su paso por el arroyo del Arenal, es un torrente que se filtra, mana y devasta. Las estatuas de la plaza, en aquellos primeros años, se ladeaban una y otra vez, y se culpaba de las inclinaciones y desniveles a la existencia de minas subterráneas, afluentes o pasadizos bajo los jardines. Porque justo ahí abajo, a unos treinta metros bajo tierra, sin que aún sepamos su finalidad, existe un gran pasadizo de unos veinte metros de largo por uno veinte de ancho. El techo es abovedado y muy alto, de unos cinco metros. Algunos incluso afirman que podría ser recorrido a caballo. En la zona no es el único pasadizo existente. Claro que ahora cuesta imaginar la zona tal y como era cuando los árabes construyeron aquí su fortaleza amurallada. Un bosque de pinos, cerezos o nogales surcado por barrancos, atravesado por el arroyo de la Parra. Árboles frutales, una frondosidad bella e inagotable.

Matrice sigue estando ahí.

Además del primitivo nombre de la ciudad, era el arroyo que fluía por el barranco que existía, y existe, en la actual calle Segovia. Casi a diario la recorro. Una vez que sabes este dato, el paisaje urbano cambia súbitamente. La depresión profunda de esa calle hace evidente recrear cómo era antes de convertirse en calle. Bajo el asfalto está todavía el gran barranco y, por supuesto, el arroyo Matrice. No es el único. Una red de arroyos va y viene por la ciudad. El de Matalobos lo hace por las calles San Bernardo y de las Minas. También aquí podemos ver cómo la morfología del terreno lo delata. El arroyo de la Castellana, temido por los vecinos a causa de sus frecuentes crecidas, fue entullado siglos atrás. Sin embargo, el agua es imparable y acaba filtrándose, colándose por cualquier punto. Lo mismo que el legendario arroyo del Abroñigal, con el que crecieron tantos madrileños que hicieron vida en sus márgenes, en casuchas, tenderetes, tabernas del mal vivir y descampados desoladores.

Bajo las calles fluye una ciudad satélite, subterránea, en ocasiones insólita. Siguiendo el trazado de las calles, que se indica por placas similares a las del exterior, están los recolectores, paso previo a que las aguas lleguen a las depuradoras. Bajo la plaza de Colón existe uno que desciende hasta los cuarenta metros bajo tierra. Se puede transitar por este perfectamente; la galería tiene una altura de dos metros y medio por tres de ancho. Casi medio millar de empleados trabajan en este servicio y, con frecuencia, dados el volumen y las anchuras, se topan no solo con ratas, perros o gatos arrojados o perdidos en estos ríos subterráneos: en 1970, en la depuradora de La China, apareció nada menos que un burro.

La ciudad invertida

Llevaba plomo en mis bolsillos. Solo, en medio de la muchedumbre, sintiendo la mochila en mi espalda, el sonido tintineante del agua de mi botella, algo suelto por ahí dentro (un libro, unas gafas de sol, monedas…). Miraba hacia abajo, a mis pies y lo que se escondía bajo estos, pero también al cielo. Pensaba en cosas que estaban en lo alto, en los apabullantes cielos de esta ciudad. También en el balcón de casa, una mañana, mientras jugaba con mi hija, tan pequeñita, con sus brazos regordetes, sintiendo su peso y calor, acercando mi nariz con disimulo para oler su pelo, ver sus ojos vivaces y su rostro borroso por el cansancio de mis ojos o quizás porque ya debo usar gafas y lo voy posponiendo. Sentada sobre mis rodillas, jugamos a ponerle formas humanas o animales a las nubes. Un perro que sonríe, un unicornio saltando, un oso que duerme. Las nubes son como la vida, tan cambiantes e imprevisibles, tan sorprendentes. Captas un momento, lo procesas, y luego ya no está, se ha ido.

Seguir señales equívocas es algo que me gusta. Buscar la distracción en la anomalía, analizar un patrón. Ver la diferencia. Señuelos para deliberadamente perderse o probar a sentir el extravío. Mientras caminaba recordé cuando, hace años, visité Londres con una guía que incluía un mapa en una edición de 1975. El metro había cambiado, en mi libro la red de trenes era minúscula comparada con la actual. Lo mismo que algunas zonas de la ciudad. Una tarde, en cuestión de quince o veinte minutos, todo cambió. Pasé de sentirme muy feliz y pleno en medio de Oxford Street a asustarme. De repente una gran caída de las temperaturas hizo que comenzase a tiritar. Vestía una camiseta y una cazadora fina, me equivoqué en la dirección de un autobús, no sabía qué dirección coger, mi inglés era nefasto. Cuando pedí ayuda a unos chicos y pregunté por una calle, saqué mi libro y lo agité delante de ellos. Uno de estos, amablemente, tomó el ejemplar, lo abrió, localizó el mapa y comenzó a pasar el dedo para orientarse. Pero no entendía nada. Le dije que ese mapa era muy antiguo, de hacía décadas, era el que tenía a mano. Me observó unos segundos como si estuviese mal de la cabeza. No lo dudé y, temblando, me abalancé sobre un taxi, casi no podía mover los dedos, hablaba a tirones, me disculpaba y sonreía estúpidamente. Pero aquel coche fue un bálsamo. Así son las ciudades modernas: puedes pasar del cielo al infierno en cuestión de minutos. Si tienes dinero, pueden ser paradisíacas y cómodas; si no lo tienes, son hostiles para la vida.

Ya casi nadie vive en la City. Los amigos que conozco se hallan

dispersos y atomizados. Cuando alguno queda con un colega, la cita se debe planificar al detalle. Hay que atravesar la ciudad, tomar dos trenes, un autobús, caminar un buen rato. Mis mejores guías fueron dos antiguos miembros de un grupo armado inglés a los que había entrevistado para uno de mis libros y que se ofrecieron a llevarme de regreso al lugar en que había quedado con mi anfitrión. Con ellos, con el corazón encogido, crucé los puentes de Londres a toda velocidad, entre risas y gritos, con un conductor que no miraba casi nunca hacia delante, absorto contándome historias que incluían bombas incendiarias y enfrentamientos cuerpo a cuerpo con policías.

La noche se hizo más noche; la oscuridad retrocedió ante una mesa, una conversación, una invitación a visitar «ahora mismo» una casa llena de «gente como nosotros», mientras yo contenía el aliento e imaginaba cosas atroces, desde luego, y pensaba en que debía regresar mañana y que aquello ya era otra cosa, el motivo por el que estaba ahí pendía de un hilo.

Las fantasías colectivas nunca se esfuman, no del todo. Aletargadas, durmientes, están siempre al acecho. Basta con acceder a un recuerdo enterrado y tocar las teclas adecuadas, y entonces sucede. Yo mismo lo viví en una acción que tenía mucho de experimento a partir de los terrores y miedos que esconde el subsuelo. Filtrados en sueños y mitos, en pesadillas urbanas.

Engañar a los periódicos fue sencillo. Ya lo habíamos hecho antes, cuando convocamos un paseo por el subsuelo oculto de Lavapiés y el resultado fue la policía bajando por la calle, uniformada, pertrechada con material antidisturbios, rodeada de agentes de paisano muy poco discretos, tomando el barrio, cortando algunas calles y poniendo a trabajar a la siempre inquietante policía del subsuelo, que salía de las alcantarillas.

En realidad la culpa la tuvo un cartel en el que fantaseábamos con puertas que se abrirían para curiosos y exploradores. En exclusiva, solo por unas horas, siempre y cuando se pulsase un código numérico que improvisamos sobre la marcha. Era excitante, desde luego, y también bonito. Y muchos vecinos bajaron de sus casas para fotografiarse ante los dos puntos elegidos de aquella incursión nocturna, ambos tomados al azar. No lo sabíamos, pero estos eran dos antiguos solares en los que había habido casas okupadas.

Días antes, en la televisión autonómica, se emitió un reportaje sobre el subsuelo de la ciudad. Un hombre, de los pocos que conocían al dedillo la intrincada red de túneles y pasadizos, hablaba a un reportero en medio de un angosto pasillo abovedado y en penumbra, justo debajo de la zona en que se había convocado el acto. «Mucha gente no lo sabe, pero Madrid está hueca», afirmaba. Algunos, tras ver

aquello, hicieron sus propias conjeturas. Espeleología nocturna, derivas, esfumarse de la ciudad reglada. Cualquier cosa valía. Pero también estaban los periódicos gratuitos, un aluvión de cabeceras que en nada se vendrían abajo, todos ellos tan delgados que el papel se escurría entre los dedos, con brevísimas noticias y titulares hechos con mucha prisa. Pero la prisa, por una vez, nos ayudaría a algo bueno y noble.

Por la mañana, tras recibir un correo y aceptar acudir, siempre y cuando no se desvelase mi identidad, fui hasta la sede de uno de estos periódicos. Por entonces ejercía de abogado y, en un par de horas, debía estar lejos de allí, en una vista programada en el juzgado. Me planté allí trajeado impecablemente y con un maletín que sostenía en los muslos, dispuesto a contestar crípticamente a las preguntas insistentes del redactor jefe, que me miraba extrañado, incapaz de entender todo aquello. El galimatías era grande. Los permisos, la ley, las autoridades. Eso era lo que más le interesaba. Por supuesto, escurrí el bulto dando respuestas poco claras. Él hablaba de «puertas» y yo, sin descanso, lo corregía: «Dis-po-si-ti-vos, eso es lo que colocaremos. Dispositivos». Hablaba deprisa y miraba el reloj una y otra vez. Quería irme. Saqué a relucir a situacionistas y filósofos franceses. Le hablé de Constant, uno de ellos, puede que de los más brillantes, fallecido hacía poco. Esto iba a ser en su nombre. Él no entendía nada, era imposible entenderme, entre otras cosas porque yo no quería que entendiera nada. La despedida fue abrupta y poco cortés.

Me fui de allí dando por hecho que nada sucedería. Pero me equivoqué: a la mañana siguiente, nada más abrir el periódico, aparecía una enigmática noticia que informaba de que «el colectivo situacionista La Felguera te invita a un paseo por las catacumbas de Madrid». Tragué saliva. A mi lado, decenas de personas tomaban ejemplares de manos de los repartidores de periódicos distribuidos en la entrada del metro.

Saltaron todas las alarmas. Las primeras, en la oscura Brigada de Información, esa que yo ya conocía (pasillos oscuros, vitrinas con «atrezo» de atentados terroristas, algunos tan cutres como un supuesto cóctel molotov que era una botella de Radical Fruit y, en su interior, sobresaliendo, lo que se suponía que era un trapo empapado de gasolina, polis encapuchados con camisetas anarquistas, chavales temblando apoyados en el suelo, algunos con la cara amoratada, esperando a declarar, y yo encarado al comisario, muy mayor ya y también con el rostro semicubierto, que respondía a mis exigencias de una declaración más razonable y menos intimidatoria con un sonoro «Es que luego nos reconocen en las manifestaciones»). Una suma de sinsentidos y no pocos azares estaba preparando un fantástico alud, como no tardé en comprobar.

Cuando llegó la hora, la policía se desplegó por el barrio, buscando a un enemigo esquivo y huidizo, mientras en los dos puntos un centenar de personas, muchos con mochilas de acampada, esperaban algo que tampoco sabían con certeza. Nadie tenía ni idea de qué iba todo aquello. Nosotros esperamos en un bar cercano a que todo pasase. La acción, en sí misma, ya había acontecido. Colocamos los «dispositivos» y un gigantesco manifiesto contra izquierdistas torpes siempre deseosos de contar con líderes que les dijeran qué hacer. Lo llamamos «Instrucciones». Sí, era muy bello y poético, pero nada más.

Media hora más tarde vimos a varios chicos nerviosísimos, insultando a unos agentes que protegían unas ruinas muy tristes, con cara de tampoco saber qué hacían exactamente allí. «Si vieras sus caras cuando gritamos "¡Abracadabra!"», me dijo uno de ellos. Un policía nos invitó a irnos del lugar. Una chica, también muy agitada, nos confesó su sorpresa cuando justo debajo de sus pies comenzó a moverse una alcantarilla de la que salieron varios policías del subsuelo. Las calles estaban cortadas, había coches cruzados y vecinos asomados a las ventanas. Unos secretas, demasiado ostentosos para semejante oficio, vigilaban en cada esquina a la caza de unos vándalos que parecían haberse volatilizado.

Nosotros, mientras tanto, festejábamos lo sucedido. Pero esa noche, al ir a casa, atranqué la puerta y dormí inquieto, contando los minutos en que la policía irrumpiría en mi domicilio y me llevaría detenido.

Hubo una segunda vez. El escenario, las evidencias y pruebas que colocamos se fueron creando lentamente durante cerca de un año. Los hechos eran distintos. El Manzanares y su nefasta relación con la salud. Se había escrito mucho sobre ello. Los chismes, rumores y patrañas eran constantes. El agua era turbia y estaba bloqueada en algunos tramos, justo donde la maleza parecía esconder todo tipo de misterios, la mayoría muy desagradables. Tirarse a aquellas aguas no era una buena idea.

Fuimos y hablamos con los vecinos de la zona de Pirámides, a escasos metros del Puente de Toledo, junto al río. Y hasta los grabamos con una cámara, haciéndonos pasar por reporteros de un inexistente programa de televisión que todo el mundo, curiosamente, aseguraba conocer. Los jóvenes ni se detenían, pero sí jubilados y ancianos. Con la mayor naturalidad les dijimos que seguro habían oído hablar de los recientes ataques de ratas en los andenes del metro y cercanías. Ratas de considerable tamaño. «¿Ratas? Ahí abajo, en el metro, hay cosas mucho más grandes», aseguró una señora indignada, posiblemente una de tantas que semanas antes vieron una impactante fotografía que publicó el mismo periódico al que le colamos lo de las catacumbas y el paseo. Una mano, la mía, señalaba un extraño bulto que flotaba en el río. De pronto, en la salida de esa estación, un

solitario cartel de «Se busca» y la imagen de un adorable gatito se convirtió en una verdadera epidemia. Había decenas de carteles con idéntico mensaje.

Nosotros, mientras tanto, seguimos a lo nuestro. Convocamos concentraciones de protesta a las que, por supuesto, no llegábamos a asistir, pero sí los vecinos. Firmábamos como una fantasmagórica Asociación de Vecinos de Puente de Toledo de la que nadie había oído hablar. Y abrimos un correo electrónico. A los pocos días recibimos varios mensajes de apoyo, incluidos los de partidos políticos de la oposición que se mostraban «sensibles» a nuestra denuncia. Todo se precipitaba hacia donde queríamos.

Entonces, subimos la apuesta. Sacamos unas fotografías en las que se veían cajas vacías de matarratas tiradas por el andén del metro. En un nuevo comunicado afirmamos que la Consejería de Sanidad ya no podía negar lo evidente. La presión hizo que la consejera tuviera que responder a las preguntas de los periodistas, asegurando que «ahí abajo» no había absolutamente nada. Ellos habían hecho decenas de controles e inspecciones, y todo el mundo podía estar tranquilo. Nadie la creyó.

Habían pasado varios meses y la rata monstruosa tenía por fin un rostro, un dibujo que fijamos en la salida del metro y por toda la zona. Una bestia, mitad perro y mitad humano, miraba al viandante.

Llegó fin de año y, con esta fecha, salimos a la calle nuevamente, aunque esta vez para cerrar el asunto por todo lo alto. Nos llevamos una cámara y, disfrazados de hombres lobo, paseamos por la calle con un cartel que rezaba «Happy New Fear 2009» junto a un «Yo también soy un antisistema». Semanas antes, se habían producido serios incidentes frente a una comisaría. Hubo cargas policiales y detenidos. Los alborotadores llegaron a destrozar toda la luna de la comisaría y entrar unos metros dentro del edificio. Yo me encontré por casualidad con la protesta y decidí unirme a ella. Venía con un carrito de hacer la compra, algo que finalmente no había hecho. En su lugar me había comprado una camisa blanca y una corbata, que bailaban dentro del carrito.

Fui el abogado de varios de los detenidos. En el vídeo que aportamos como prueba de la defensa se me veía con el carrito frente a la comisaria en medio de los ataques. Nadie se percató de ello, claro. El carrito llegó maltrecho a casa. Con este arremetí contra el árbol de navidad de la Puerta del Sol y también contra un cajero. Y ahora, semanas más tarde, reaparecía con un disfraz de hombre lobo frente al mismo sitio. No duré mucho. Grabar, fotografiar y pasar de largo.

En el Banco de España, adonde también fuimos, más de lo mismo. El guardia de seguridad, furioso, vino a por nosotros, pero ya íbamos camino de la parada final, la escalinata del Congreso de los Diputados.

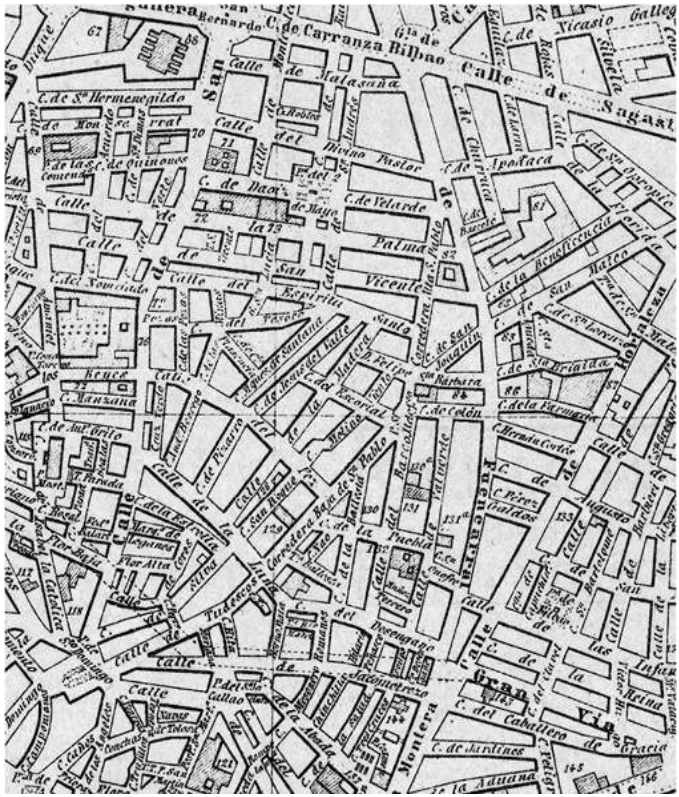
Una vez allí, donde se vio por última vez al hombre lobo, caminé tranquilamente con la pancarta, hasta que apareció por un lateral un agente enloquecido, corriendo hacia mí, entre la hilaridad y el estupor, incapaz de procesar aquello. Nadie fue identificado y lo grabamos todo, ocultos tras unos matorrales.

Parar. Tomar aire, coger resuello.

Es todo tan delirante y extraordinario que solo concibo Madrid como una superposición casi interminable de mapas. Y aun así, la topografía sigue siendo secreta. Mantener la cordura es casi un milagro. «Hay algo en esta casa de locos que yo simbolizo: esta ciudad —pesadilla— negra», escribe Weldon Kees en «Robinson at home». Esta locura en que estamos encerrados pide a gritos ser liberada por quienes nos precedieron, dioses paganos que reduzcan a cenizas el frenesí demoledor del pasado, esa manía por destruir, sepultar e inútilmente ocultar lo que fuimos, lo que aún seguimos siendo, como si un ominoso cadáver nos señalase con el dedo.

3. Bestiario

(Barrio de Maravillas)



BESTIAS • HUELLAS DE LA GUERRA • BOHEMIA ARMADA • OSCURIDADES

«—Y usted, ¿qué pretende?
»—Descubrir los lugares secretos que esconde Madrid
y con los que no ha dado nadie desde el siglo XVII.
»—Pero ¿existen esos lugares?
»—Existen como patios con pozo y como casas construidas
en medio del conglomerado de las otras casas».

Ramón Gómez de la Serna, *Piso bajo*

Sala X

Que sepamos, Ribalta solo contaba con un puñado de mentores y figuras de inspiración. Uno de ellos fue Federico Rubio y Galí, inmensamente famoso, que falleció cuando Ribalta era apenas un adolescente. Hay varias referencias suyas en algunas de sus cartas. Es como un faro, un modelo de conducta y de vida, que dejó unas memorias que recogían su decidida voluntad de mejorar lo que él llamaba el «arte de operar»: «Intenté dar lecciones prácticas del arte de operar aprovechando los cadáveres del anfiteatro; tuve quince alumnos, que abonaron tres duros cada uno, pero solo duró un mes la cosa», confiesa mientras relata sus numerosas noches en aquel lugar «disecando, pensando y orando mentalmente».

La carrera de Rubio, como librepensador y progresista, fue muy conocida y respetada, a pesar de que sus actitudes y opiniones eran muy poco habituales para la época. Pero lo que nos interesa, en esta biografía de alguien tan escurridizo como Ribalta, es la fundación del Instituto Rubio, que en 1896 trasladó su sede a un nuevo y gran edificio en la zona de Moncloa, donde se mantuvo hasta el inicio de la Guerra Civil, estando situado en pleno frente. La inauguración del Instituto convocó a lo más selecto de la intelectualidad; muchos de aquellos invitados, como el propio Rubio, estaban vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, la masonería e incluso la teosofía, muy populares en aquellos años.

El lema del Instituto era «Todo para el enfermo y, cuanto más necesitado, más atendido». El edificio contaba con salas dedicadas a ginecología, cardiología, urología, cáncer e infecciosos, además de altar y capilla, depósito de cadáveres y varias oficinas administrativas y despachos. También, y esto es lo verdaderamente relevante, tenía un departamento de oftalmología muy avanzado. Entre la documentación hay varias cartas y documentos firmados por Juan Carlos Orgaz (1865-1944), que trabajaba en el Instituto. Orgaz era treinta años mayor que Ribalta, pero eso no impidió que entre ellos surgiera una gran simpatía y amistad. Ambos debieron de conocerse alrededor de

1910, al tiempo que nuestro hombre comenzaba a pasar cada vez más tiempo en San Carlos. Los dos eran igual de obsesivos, intensos e inagotables.

El Instituto Rubio en 1920 (Memoria de Madrid).

Pero el Instituto contaba igualmente con otras salas en su sótano que nunca se supo exactamente a qué se destinaban. Fue ahí donde pasaron la mayor parte del tiempo Orgaz, Ribalta y un pequeño grupo de médicos y científicos de los que apenas nos ha llegado información. Las estancias subterráneas estaban separadas del resto y en la documentación oficial del Instituto ni tan siquiera se las cita. Las únicas menciones son del propio Orgaz; junto a Oftalmología, existía un departamento que denomina «X» a falta de un nombre mejor y más idóneo: «En sucesivas noches hemos trabajado juntos. Yo e Ibarra, en la sala X, como la llamamos comúnmente, puesto que no se nos ocurre nada mejor. La dirección del Instituto nos concede plena libertad, quizás porque no le interesa gran cosa de lo que ahí hacemos». O en otra ocasión: «construcción de una cámara oscura usando aparatos de precisión para el estudio de la luz y lograr así documentar en película nuestras operaciones». ¿A qué se refería Orgaz?

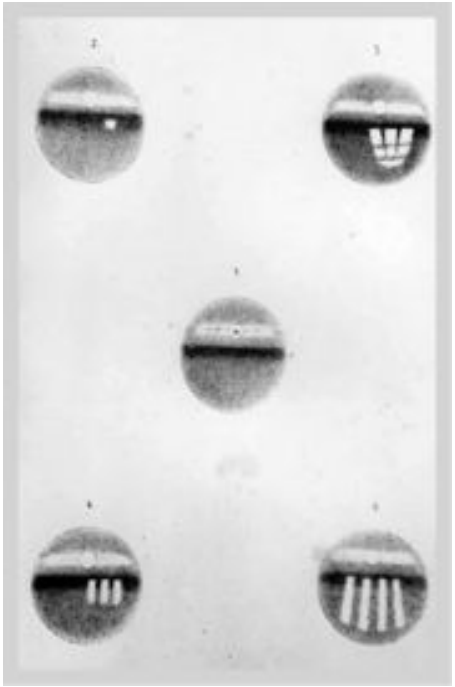
Ribalta, junto a su colega el oftalmólogo barcelonés Ignacio Barraquer, fue de los primeros en apoyar sus experimentos en otras técnicas novedosas como la «micro-cine-fotografía», con la que registra sus progresos. El proceso es increíblemente complejo y está relacionado con la luz y su reflejo en los globos oculares. La filmación de las operaciones quirúrgicas del ojo con fines formativos era una técnica tremendamente novedosa y precaria. Existen, al menos en teoría, puesto que no parece que nadie haya dado con ellas, varias películas suyas en las que grabó sesiones de trabajo con ojos cataratosos recién enucleados de cadáveres.

El mismo año en que comienza a filmar sus trabajos, el

camarógrafo Francisco Puigvert logra realizar grandes avances para disminuir, e incluso eliminar, los reflejos lumínicos durante las intervenciones quirúrgicas, puesto que en el ojo se reflejan todos los objetos de forma asombrosa. Al trabajar con el bisturí en el ojo, resulta imposible grabar algo que se distinga con suficiente claridad. Son varias las películas impresionadas en ese año de 1915 en el Hospital Clínico de Barcelona por Ignacio Barraquer, que sabe que las galerías de cristal no reúnen las condiciones adecuadas; si se ilumina la cama de operaciones con lámparas de filamento, no existe ninguna posibilidad de éxito. Tampoco ayuda la construcción de una bóveda con luz indirecta, porque esta también se refleja en el ojo enfermo. Puigvert, finalmente, da con la solución al construir una especie de tienda de campaña con tela blanca mate y fina que cubre hasta el suelo, esperando con ello obtener una luminosidad perfecta y sin reflejos, como así sucede.

Es posible que esto mismo fuese lo que intentó Ribalta, con aparente éxito: vencer al ojo que se resiste a ser visto y grabado, algo parecido —aunque, por otro lado, muy distinto— a lo que intentó Wilhelm Kühne, quien, repitiendo anteriores experimentos e investigando las acciones fotoquímicas que se originan en el órgano de la vista, afirmó que la «púrpura visual», como llamó a la capa fotosensible de la retina, se mantenía y conservaba durante un tiempo en el ojo del cadáver. Medio minuto bastaba para borrarla a la luz del día; a la del gas persistía veinte o treinta minutos en la retina, extraída convenientemente del ojo. Para disecar la retina era necesario hacerlo en la cámara oscura y a la luz del sodio. Una vez separada, se conservaba el color rojo-púrpura a la luz del día hasta veinticuatro horas después de la preparación. Uno de los experimentos que hizo Kühne tenía que ver con su obsesión por fijar la última imagen antes de morir. Durante tres minutos mantuvo la cabeza de un conejo vivo a la distancia de un metro y medio dentro de una abertura cuadrangular de treinta centímetros practicada en uno de los lados de la cámara oscura. Decapitó enseguida al animal, enucleó ambos ojos y, tras disecar solo uno de ellos a la luz del sodio después de tenerlo en una solución química, percibió perfectamente la imagen del agujero. Más tarde, intentó su técnica en el ojo de un asesino convicto de Bruchsal, Alemania, sin resultados concluyentes.

Camarógrafo grabando una operación quirúrgica del ojo (1917). Instituto Barraquer de América, Bogotá.



Optogramas de la retina de un conejo obtenidos por Wilhelm Kühne en 1877.

El desprendimiento de retina le obsesionaba, lo mismo que ciertos

tumores en la órbita. Su tenacidad era sin duda portentosa, pero algo ocurre. A finales de 1915, en su diario se suceden anotaciones extrañas y alejadas de la evidencia científica. La mayoría debieron de ser descabelladas para la mayoría de sus colegas. A partir de la criolita, con la que efectuaba sus piezas artesanales, muy solicitadas en aquellos años, empieza a efectuar experimentos con la luz. En su cuaderno hay varias anotaciones —seis en total— que relatan pruebas realizadas en sucesivos días, todas ellas al parecer infructuosas. Intenta demostrar algo que denomina «doble visión», sin que sepamos exactamente qué quería decir con semejante idea, aunque es posible que tuviera que ver con su entrada del 21 de noviembre de 1915: «La criolita, sin embargo, oscurece la entrada de luz, de tal modo que, aunque su aspecto exterior es magnífico, no es así con su estructura interna. Para ello debo hablar con A. M. H., especialista en cristales. Es algo que supera mis conocimientos. Sospecho, y sobre esto he querido incidir en mis últimos experimentos, que ciertas enfermedades de los ojos no son tales y que existen pacientes (pocos, desde luego) que no están afectados por patología alguna sino que, simplemente, reciben los rayos de la luz de distinta manera, formando haces y campos visuales anómalos para la experiencia llamada “ordinaria”, pero que por otro lado considero del todo “normales”».

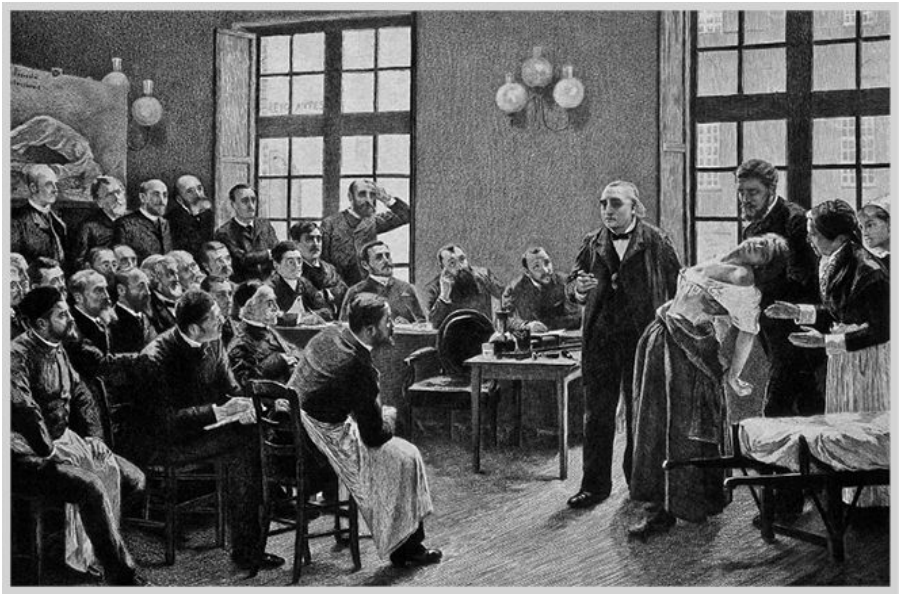
Las descripciones de estos sujetos acerca de su percepción del entorno serían, según él, sencillamente experiencias singulares de «doble visión», en ocasiones permanentes y, otras veces, temporales a causa de determinadas tonalidades o cualidades de la luz que resultaban un enigma, como sus bocetos y notas manuscritas lo atestiguan.

Orgaz era todo un veterano, puesto que conoció a Rubio y trabajó junto a él, asistió a los primeros pasos del Instituto y, además, nos brinda un relato valiosísimo en una carta que envió a Ribalta mientras residía un tiempo, unos ocho meses, en Barcelona, donde narra el histórico encuentro entre Joaquín Costa y el famosísimo doctor Charcot, que dirigía el sanatorio parisense de La Salpêtrière. Orgaz, durante el verano de 1882, fue uno de los acompañantes de Costa, que había decidido visitar al célebre médico francés para tratarse de una enfermedad que le provocaba fuertes dolores. Otros colegas suyos, como Simarro o Esquerdo, le instaron a realizar el viaje, y así lo hizo, junto a Orgaz y otras dos personas más:

> Por aquellas fechas [Charcot] era un semidiós capaz de doblegar los misterios del cuerpo humano y la mente. La Salpêtrière, que era un edificio inmenso y lleno de salas, le rendía pleitesía. Nada sucedía entre sus paredes que personal y previamente él no hubiera dispuesto y aprobado. Como sabes, Charcot era neurólogo, y realizaba diariamente varias autopsias, siempre muy concurridas, en las que conectaba sus descubrimientos con los tormentos de

la locura o la histeria. De este modo, hizo grandes avances en la poliomielitis o la distrofia muscular progresiva. Incluso había una enfermedad, como la esclerosis lateral amiotrófica, que se conocía como la "enfermedad de Charcot". Y no solo eso: mientras yo estuve allí presencié sesiones para nada típicas, como una hipnosis en la que una de las internas, una infeliz aquejada de histeria, se sometía a los poderes de un sugestionador, muy capaz y colega de él. Los gritos de la mujer, que se retorcía sin parar a causa de algún dolor interno, se redujeron hasta casi desaparecer. En diez minutos tuvimos ante nosotros un ser manso y casi diría que feliz. Habrás leído que aquellas prácticas, las "leçons du mardi", se hicieron muy célebres. Charcot las organizaba sin parar y a estas asistían aristócratas, artistas y, en definitiva, lo más selecto de París. Era un espectáculo digno de admirar. Previamente seleccionaba a varias de sus pacientes, aquejadas de histerismo y otras dolencias. Algunas estaban presas de furores, otras de arrebatos y éxtasis místicos. Unas pocas proferían palabras soeces. Los cambios de personalidad eran bruscos y violentos. El doctor las mostraba como si fuesen animales del zoológico, lo que me generaba una profunda tristeza. Las mujeres, cuando aparecían ante aquella multitud, se sentían auscultadas, tenían miedo, no sabían muy bien qué estaba pasando. Él les preguntaba toda clase de cosas y, por supuesto, las retrataba. Por cierto que los retratos, que se hicieron muy famosos y vendían por cuatro duros, estaban muy estudiados. La pose, en muchos casos, era fingida. La mayoría de las mujeres ya habían hecho el experimento, por lo que estaban en gran medida aleccionadas para hacer lo que hacían. Las posturas más disparatadas tenían un gran éxito. Todo eso sucedió antes de que los médicos de Nancy, dirigidos por Hippolite Bernheim, que rivalizaba con Charcot, le demostrasen lo penoso de aquel circo y que hay enfermedades que no tienen una base orgánica, surgen de la mente y jamás sabremos curarlas.

Pues bien, Costa sufría grandes dolores en la espalda y aquel año, por fin, tras sus amigos insistir mucho, decidió cuidar su salud. Junto a Charcot, que era un hombre muy serio y parco, estuvo varios días, durante los cuales le tomó fotografías de su espalda y torso desnudos. A simple vista, con mucha facilidad, se veían las atrofias musculares que padecía. Se trataba sin duda de una dolencia hereditaria que había manifestado ya de una manera evidente desde los veinticinco años, aproximadamente. Costa se sentía siempre muy débil y, creo recordar, que el dictamen que hizo decía que el omoplato derecho se hallaba desprendido en parte, el hombro estaba caído, la pierna derecha era ligeramente más larga que la izquierda por relajación de los músculos de la rodilla y le faltaban los músculos flexores. Debía andar con sumo cuidado, porque eran habituales las caídas. Charcot descartó que aquella distrofia muscular progresiva tuviera un origen medular.



Charcot durante una sesión de hipnosis a una paciente que sufre histeria en el Hospital de la Salpêtrière (1887). Brouillet.

Hay detalles que casi nadie sabe. Por ejemplo, Costa, cuando se registró en el hotel, lo hizo bajo el nombre de Joachim Foucault, sin que nunca se supiera el motivo de ello. El resto de datos que consignó eran auténticos: tenía treinta y seis años y era obrero, profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Estuvimos, claro está, en Salpêtrière, pero en el pabellón de hombres. Charcot tenía, efectivamente, mal carácter. Bajito y de cuello grueso con cara de toro, poseía una gran agilidad y fuerza. Sus ojos rara vez transmitían otra cosa que frialdad. Su nariz aguileña y labios muy finos me recordaron al instante a un emperador romano. La voz, en todo momento dura, siempre andaba dando órdenes, que todo el mundo se afanaba por cumplir lo antes posible. No caía bien, desde luego, y tampoco parecía gozar de simpatía entre los otros médicos y enfermeros. Los enfermos lo temían. Según nos contaron, en la Facultad de Medicina, donde daba clases, era todo un tirano. El único día en que bajaba un poco la guardia eran los jueves, en las veladas musicales, donde daba rienda a su otra gran pasión: la música de Beethoven.

Las dolencias de Costa continuaron sin cambio alguno, a pesar de seguir el tratamiento que le prescribió a base de electroterapia, además de puntas de hierro para termocauterio sobre el raquis, algo muy doloroso.

Orgaz fue uno de los fundadores de los estudios y el tipo de investigaciones que tenían lugar en el sótano del Instituto Rubio, en la sala X, junto a Oftalmología. No estaba solo. Ribalta se había incorporado alrededor de 1909, un año después de licenciarse, aunque su amistad se remontaba a algún tiempo antes. En ambos existían idénticos tesón y fanatismo, una inagotable fuerza y una obsesión casi enfermiza por el trabajo. Sus vidas personales, por lo poco que

conocemos, tan reservadas y solitarias, parecían similares. La práctica totalidad de sus energías las dedicaban a eso mismo, a la investigación experimental en un país que de vez en cuando sacaba pecho en las exposiciones universales, aunque para el vulgo las actividades de la ciencia en general eran algo misterioso e incomprensible. Los periodistas especializados en estas cuestiones escaseaban. Cuando se publicaba alguna noticia o reportaje, lo adornaban con comentarios grandilocuentes y extraordinarios, fijándose en la personalidad de los científicos pero mostrándose del todo incapaces de explicar bien los descubrimientos. Médicos y científicos eran seres venidos de otro planeta, inalcanzables y herméticos, en un país atrasado y aún dolido por la pérdida de las últimas colonias.

Tan solo siete años después de la desaparición de Ribalta recibimos la visita de Albert Einstein, que había sido premiado con el Nobel de Física. Casi nadie sabía qué era eso de la teoría de la relatividad, pero durante dos semanas habló ante salas llenas y fue paseado entre multitudes. Ortega y Gasset intentó explicarle aquel delirio afirmando que vivíamos una crisis religiosa sin precedentes y que él era como un mago capaz de someter los fenómenos astronómicos. Nadie lo entendía; hablaba un precario francés, e intentaba explicar sus ideas en una pizarra repleta de diagramas y fórmulas matemáticas, siempre con su característica mano en el bolsillo. Las crónicas que se publicaron en los periódicos reflejan situaciones hilarantes. En la Puerta del Sol una mujer, al verlo pasar, exclamó: «¡Viva el inventor del automóvil!». Los periodistas se afanaban por explicar sus teorías con toda clase de descripciones poéticas y nada científicas: «La S alargada de una integral, como si fuera el alma de un violín, se ha extendido en el encerado y diríase un felino que se estira acechando a una raíz cuadrada en la que se enredan las letras griegas», escribió uno de ellos. Incansable, no cesó de realizar conferencias y visitas. En Barcelona incluso se entrevistó con Ángel Pestaña, líder anarquista, y recomendó a los obreros que leyesen a Spinoza. Pero la situación de ignorancia y atraso nacionales y la llegada de Einstein se explican con una fotografía en la que se ve al rey Alfonso XIII, junto a varios miembros de la realeza y autoridades, todos con un extraño efecto al aparecer en la imagen con los ojos cerrados, mientras él es el único que lo hace con los ojos abiertos.

Para la realeza y los patrocinadores, generalmente círculos aristocráticos, se trataba de un gesto patriótico y altruista que se realizaba con la esperanza de asomarnos, aunque fuese un poquito, a Europa y al mundo, sobre todo Francia, Inglaterra o Alemania, que parecían no tener parangón en la investigación más avanzada. No podíamos sospechar que en poco más de cuatro o cinco años, con la llegada de la Gran Guerra, estas economías heridas de muerte se

hallarían presas de fulgores de venganza y pondrían a sus mejores mentes a trabajar en la industria de la guerra: gases, armas y drogas para soportar el dolor y las penalidades de la vida en las trincheras.

Galería fúnebre

Apenas era una covacha, una cueva, un vulgar tabuco y cuchitril, donde Gregorio Pueyo, uno de nuestros grandes editores y libreros, vendía obras modernistas. Hacía años que había dejado atrás la pornografía y los libelos baratos y mal editados, un sinfín de «fotografías picantes y libros festivos por los bullangueros cafés de entonces: el Imperial, el Continental, el Siglo», recordó Zamacois. Al final, ante el interminable desfile de hambrientos y desarrapados decadentes que iban a él en busca de unos duros, Pueyo se ablandaba: «No le puedo dar más de veinte duros por esto —escribió Cansinos Assens, poniendo en boca de él un diálogo con un recién llegado a la capital—; crea usted que me sacrifico editando cosas que en realidad no se venden, pero no puedo evitarlo, en el fondo soy un romántico y un filántropo. Me gusta ayudar a los jóvenes que luchan, porque yo también he luchado y sé lo que es pasar hambre y dormir en un banco del Prado».

Se quedaba con los saldos de la literatura modernista y su librería estaba en una casa con puerta y techumbre tan bajas, que al entrar se debía agachar mucho la cabeza para evitar darse un cabezazo. Una vez dentro, montañas de libros a punto de desplomarse, repartidos en cualquier lugar, y estanterías repletas.

Desde 1905 su librería y sede editorial aparece justo donde estoy ahora, en el número 10 de Mesonero Romanos, la calle con el nombre del primer gran cronista de la Villa. También aquí cada casa y edificación es distinta a su vecina, tanto en su tamaño como en su apariencia externa. Caminar es sorprenderse. Cada barrio es un bello caos de singularidades y brechas en la urbe donde conviven luz y oscuridad, el matrimonio celestial. Contadores de historias y memorialistas, con armadura y arcabuz, dispuestos a no claudicar.

Todo eso, dos siglos antes, horrorizaba a Ramón de Mesonero Romanos, que criticaba con amargura y dureza esas calles llenas de «colorines y extravagancias». Unas calles que, en algunos casos, como en la calle de Peligros, conservaban un pavimento de madera, bloques de abeto rojo de dimensiones similares a las del ladrillo. Obsesionado por el dato exacto, olfateando el aire como un perro hambriento, haciendo de auditor y escribiente erudito, describe a los madrileños «en general vivos, penetrantes, satíricos, dotados de una fina amabilidad y entusiastas por las modas».

Vivió en el centro del huracán y conoció a todos. Durante su juventud frecuentó la tertulia romántica del Parnasillo, en el café del

Príncipe, que aún sobrevive, junto a Larra o Espronceda, entre otros, ambos integrantes de la Partida del Trueno, pandillas violentas y callejeras, *hooligans* castizos: «Allá por el año de 1834, hacia la época del desarme de los voluntarios realistas —afirma Vicente de la Fuente en su *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la francmasonería*—, dieron algunos jóvenes de Madrid en la flaqueza de divertirse en apalear a inofensivos ciudadanos, tomando principalmente por objeto de este inocente pasatiempo a los antiguos voluntarios realistas, a sujetos notados por su desafección al nuevo régimen y a veces a eclesiásticos, empleados antiguos, a personas de carácter extravagante u otros contra quienes había que vengar particulares agravios, propios o ajenos. Formaban esta primitiva Partida de la Porra unos Guardias de Corps de los de la última creación, en la cual habían entrado algunos que, por su mala educación y ruines antecedentes, vayan cuando más para sargentos de peseteros, pero su patriotismo suplía por todo. La mayor parte pertenecían al partido exaltado y estaban afiliados a la comunería. En más de un motín se vio a algunos de ellos capitaneando grupos de paisanos».

En otras ciudades, el nombre varió, como en Zaragoza, donde se habló de una Partida del Chorizo. Varias canciones relatan los ataques («Al tuntún, paliza, paliza / Al tuntún, sablazo, sablazo / Al tuntún, mueran los carlistas / Al tuntún, que defienden a Carlos»).

Espronceda sabía mucho de sociedades secretas. Él mismo, siendo muy joven, había pertenecido a Los Numantinos, que antes de trasladarse a una botica de la calle de Hortaleza solían reunirse en una cueva bajo el Real Observatorio Astronómico del Retiro. La decoración estaba a la altura de lo esperado: telas negras y simbología secreta, calaveras y huesos, espadas desenvainadas y pistolas.

Es en esta época en la que Mesonero Romanos, que se codeaba con decadentes y futuros suicidas, comienza su fiebre investigadora. Rebusca entre antiguos archivos, marcha tras la fecha, el nombre, la ubicación casi enfermiza. No le sobra el tiempo y lo sabe. Todo a su alrededor cambia y se transforma: la ciudad marcha dispuesta a no parecerse a su antecesora. Casi nada se escapa a su observación. Todos esos documentos, a punto de la desaparición, los difunde bajo el pseudónimo de «El Curioso Parlante», mientras novelistas e historiadores, sobre todo Pérez Galdós, se disputan sus confidencias. Más tarde se hizo muy rico con la especulación inmobiliaria. Compraba para luego vender solares. Un pionero de los especuladores actuales.

La ciudad cambia poco a poco y las autoridades, intentando civilizar la selva urbana, normalizan un callejero muy dado a la sordidez. El corregidor Pontejos propone cambios. Hay nombres de

calles duplicados y hasta triplicados. Hay tres calles del Viento, pero también se expía todo lo atroz y repelente, borrándose del mapa las calles del Piojo (actual calle del Gobernador) o de las Pulgas (en Mira el Río Baja). También las del Azotado (actual calle del Cordón. Había otra calle del Azotado, en la actual calle del Grafal), Aunque os pese (por travesía de las Beatas), Enhoramala vayas (sustituida por travesía de la Parada), Muertos (por calle de Trujillos), Sal si Puedes (calle de la Parada) o Tente Tieso (sustituida por costanilla de San Justo). Y otras muchas, como Infierno, Quebrantapiernas o Buena Muerte, primera residencia de Juan de Valencia, el célebre espía de Felipe IV.

Mesonero Romanos asiste al final de los ahorcamientos. El 28 de abril de 1828, una real cédula acaba con la horca, que es sustituida por un medio más «humanitario»: el garrote vil, probado por vez primera sobre una mujer, Marina de Pineda, solo tres años después. También ve a los primeros y muy populares hombres-anuncio que surgen del Asilo de San Bernardino, de donde salen decenas de pobres. Ataviados con una casulla en la que se coloca el anuncio contratado, pasean por el centro y, al caer la tarde, es frecuente que se detengan a dar lumbre al viandante.

Madrid es un fortín. Las casas se fortifican ante las oleadas de robos y atracos. Frente a las puertas de la cárcel de la Villa suele verse de vez en cuando algún cadáver dejado anónimamente, apenas un objeto macabro, mientras los restos de los ajusticiados se exhiben en mitad de la calle para disuadir a imitadores y desesperados.

Lo oscuro se pone de moda. En 1831, mientras cesan las horcas, se publica *Galería fúnebre de historias trágicas, espectros y sombras ensangrentadas, o sea, El historiador trágico de las catástrofes del linage [sic] humano*. La obra, en doce gruesos tomos, la firma el afrancesado y, posiblemente, masón Agustín Pérez-Zaragoza Godínez. Nuestra réplica patria al romanticismo extranjero, a la novela gótica, es todo un éxito y Pérez-Zaragoza, que se lo juega todo con la obra, paga de su bolsillo la edición, aunque hace uso de la fórmula, entonces frecuente, de una inexistente «Sociedad de Amigos» que costea todo.

Al caer la noche, llega la ciudad fantasma. Muy poca gente se aventura por esas calles oscuras, salvo que tenga una buena escolta armada con espadas y puñales. Porque la oscuridad es penetrante, un muro de negrura ante el caminante que produce extrañas formas e ilusiones de la mente. Y juega malas pasadas. Los faroles, muy exiguos, y la escasez del alumbrado hacen que te des de bruces con montículos de basura o te llenes hasta la rodilla de aguas fecales. Así que mejor quedarse en casa y atrancar la puerta.

Las flechas de Diana y las bestias

Es aquí adonde me ha conducido esta fuerza secreta, el tsunami que empezó más atrás, en el Puerto del Sol, ese barco varado hace ya tanto tiempo, donde no hay dique que la contenga. Es este mi último paso antes de cruzar el lago Estigia, la Gran Vía, y adentrarme en otro mundo, el barrio de Maravillas.

Ya hemos contemplado otras maravillas, pero ahora la palabra se oficializa, designa un contorno. Lo maravilloso. Pero antes compruebo mi mapa, cruzado por una línea recta perfecta hacia el norte, en busca de los límites de la ciudad, para superarlos. Y me asombro: todo indica que mi paseo está guiado por una mano invisible. Porque, una vez más, voy hacia el fuego.

Mesonero Romanos está atravesado por la Gran Vía, pero a su vez mi línea cruza el gigantesco edificio del número 34 de la avenida, construido en 1925 por el arquitecto Antonio Palacios, un personaje que ya ha aparecido en este relato: el soñador del proyecto fascista «Viar» que convertiría Madrid en la «Metrópoli de las Españas». Nuestra «Vía Triunfalis». Todo eso lo dejó escrito en una revista falangista, en un artículo con ínfulas futuristas que tituló «Hacia el Madrid del año 2000» y que, dos décadas después de su predicción, todavía no se ha cumplido, no del todo.

Arriba, en lo alto, preside el Ave Fénix. Alquimistas y misterios. La alquimia, que dio lugar a la ciencia farmacéutica, está presente en numerosos caduceos que adornan fachadas y verjas. El caduceo era, además, el símbolo de Hermes, el «tres veces grande», cuyo nombre romano fue Mercurio. Según Heródoto, el Ave Fénix era del tamaño de un águila, lucía plumas color escarlata, solamente había un ejemplar en el mundo, vivía hasta quinientos años y renacía de sus cenizas. Al ser el dios del comercio, muchas sociedades mercantiles se encomendaron a su protección. La compañía de seguros La Unión y el Fénix fue una de estas y lo colocó presidiendo lo alto de sus edificios, como un recordatorio de que, a pesar de las destrucciones y los siglos, los motines y las revoluciones, la economía siempre sobrevive. El dinero es una puerta a la inmortalidad.

Sobre el Fénix, cabalgándolo, Ganimedes. Y frente a este, cruzando la calle, en un duelo mitológico, Diana, que apunta con su arco, acompañada de una jauría de perros furiosos dispuestos a correr en busca de la presa, y que saca medio cuerpo de la torre. Su flecha, por la trayectoria que indica el brazo, surcará el cielo por encima de él, sin rozarlo apenas, para ir a parar a algún punto del bosque de

cemento. Porque esta es una historia de amor e ira. Diana se enamoró de un pastor llamado Endimión, que un buen día fue secuestrado y ocultado por un celoso Zeus, que a su vez usó al Fénix para raptarlo. La única forma que tiene Diana de vengarse del Fénix es atraparlo cuando este resurja de sus cenizas. Cada quinientos años. Y ahí sigue Diana, al acecho, año tras año, esperando a la siguiente aparición del animal, «atravesando un portal que comunica el Olimpo y la tierra», como escribe el mitógrafo Roselino López Ruiz. Pero, como decimos, erra en su tiro y la prueba de su fracaso no está en las alturas sino en el suelo, frente al número 30, donde se pueden ver dos flechas grabadas en las losetas.

Ahora sé algo más. No es al Fénix sino a mí a quien está hablando. Diana, la eterna cazadora, quien me indica el camino, justo en dirección al barrio que me dispongo a explorar mientras el fuego me cerca, no se ha ido, puede que no lo haga jamás. Se dice que el Fénix muere en un espectáculo de llamas y combustión para resurgir de nuevo, y si las estatuas hablasen, seguro que contarían historias de espanto y asombro. En una ocasión, el Fénix, durante varias horas, se encontró frente a frente con la Victoria Alada. Esta gran figura lo reemplazaría en lo alto del edificio Metrópolis, donde había reinado hasta 1977 cuando fue sustituido. Los operarios colocaron las dos figuras mitológicas a escasos metros una de otra en lo alto de la calle Montera. La imagen que un fotógrafo captó certifica el encuentro. Ambas se contaron secretos y desearon protección mutua en medio de ese vals e intercambio amoroso.

Las flechas de Diana, tras errar en su tiro, en la calzada de la Gran Vía. Fotografía del autor.

Bajo un extraño foco imagino a una gran bestia, alguna forma animal en el mapa de este barrio cercado por líneas, hechos sus contornos. Hay algo de presa y cautividad en estas calles, un aprisionamiento y transición para alcanzar vías más anchas y espacios mayores: San Bernardo —que antes era un gran arroyo, algo que aún se siente en el desnivel y anchura de la calle—, Vallehermoso, Fuencarral, todo con tal de dejar la estrechez de esta zona. Tomar

aire, sumergirme en el agua, dar con un nuevo punto de apoyo. Un ser salvaje y durmiente, aletargado. Adoquines renegridos, meadas, prostitución y antros. Un elefante o ballena, un animal mitológico frente a la presión de los abismos y oscuridades del Puerto del Sol y Callao.

Las dos figuras el día de su respectivo montaje y desmontaje en octubre de 1977. *ABC*.

No está en las alturas, ya no. Sobre las azoteas, en lo alto de los grandes edificios de la Gran Vía, una sucesión de deidades caídas. Abajo se adora al dinero. No más pleitesía a los dioses de la naturaleza. Este barrio, así me lo parece, mientras entro por la calle Concepción Arenal, que vivió cerca de aquí —en la calle de la Madera Baja número 6—, se levanta amurallado y bajo pezuñas afiladas.

Durante siglos se pensó que aquí hubo dragones. Otros mitos, como el del fiero oso, intentaron levantar un muro defensivo ante una bestia mayor. Pero Madrid es un caso singular de bestialismo. En los tiempos en que Stanley vivió en la capital y, más tarde, Ribalta desapareció sin dejar rastro, era frecuente encontrarse con toda clase de animales en las calles. Hasta hace pocas décadas era habitual ver por las calles osos, chimpancés o hasta camellos usados como atracción callejera. Mientras se realizaban los trabajos de la Gran Vía, que arrasaría muchas calles de este barrio de la universidad, antes conocido como de Las Maravillas, el periodista Francys, acompañado del gran fotógrafo Marín, conoció a unos saltimbanquis que, durante un tiempo, en pleno centro de Madrid, en la plaza de Santa Ana, paseaban osos, monos y camellos con los que se ganaban la vida.

El bestialismo castizo es una «tradición» antigua. Los reyes eran asiduos a los combates entre bestias. Incluso asistía la infanta Isabel, que no se perdía detalle. Toda la plaza rugía: el tigre de bengala, apodado César, era embestido una y otra vez por un potente toro de cinco años de nombre Regatero ante la desconsolada cara del domador, muy célebre por aquellos años, Spessardys, que actuaba en

el Circo de Parish. O las luchas a muerte entre un toro español, Venaito, y un gran león apodado Goliath. En este último caso venció el toro, pero los dueños del felino, humillados, exigieron revancha.

Se acometían en el interior de una inmensa jaula de hierro instalada en el centro de la plaza para que, de esta forma, no peligrase la vida de los asistentes, que llenaban el recinto. La lucha, que duraba como máximo doce minutos, había comenzado en el intervalo del segundo al tercer toro, todo ello acompañado por la banda de música del Hospicio. Al final el tigre agonizaba, mientras el público gritaba y, en algunos casos, hasta se pagaban las apuestas hechas hacía unas horas sobre quién ganaría a quién. Era noviembre de 1897 y, días antes, *La Correspondencia de España* se hacía eco del evento: «Este extraño y emocional espectáculo se celebrará el próximo domingo en la Plaza de Toros. La empresa ha tenido la atención de invitar a varios periodistas y amigos para que pudieran ver de cerca al toro y al tigre y juzgar de las condiciones de seguridad que podría presentar la jaula. A decir verdad, no se puede pedir más. El toro es un gachó con toda la barba (léase edad), berrendo en negro, muy bien armado y hondo. Es de la ganadería de Barrionuevo, y su historia es de las que hacen creer en su bravura. La jaula reúne toda clase de seguridades, pues está construida con raíles de tranvía admirablemente colocados. Respecto del tigre César, voy a referir su historia, tal cual me la ha referido Mr. Spessardys, su propietario y domador. Mr. Spessardys compró a César en El Havre, a un capitán de un vapor que venía de Bengala […]. El próximo domingo veremos quién puede más, si el tigre feroz de Bengala o el toro clásico español. Mr. Spessardys tiene gran confianza y espera que su César saldrá vencedor, y son varias las apuestas que tiene hechas en favor de su ahijado, una de ellas con un compañero nuestro».

Días más tarde nos contó el desenlace. Como era de esperar, el público estaba a favor del toro, símbolo patriotero por excelencia: «La expectación en aquellos momentos era grandísima en toda la plaza, y subió de punto al ver que el toro pugnaba por soltarse de aquel cepo que le imposibilitaba de toda defensa. Pero bien pronto el temor que todos teníamos de ver vencido, trocose en esperanzas de victoria. Regatero se vio libre de las garras de César, y la felina fiera volteó su humanidad por los aires, impulsada por los finos pitones de Regatero. ¡Qué aplauso tan nutrido y cerrado resonó entonces en toda la plaza! Nueve veces más arremetió el toro contra el tigre que, acobardado, se había echado en un rincón de la jaula y no quería más pelea. En la última embestida, la de la propina, el tigre hizo presa en el hocico del toro, pero bien pronto este le envió a hacer piruetas contra los hierros de la jaula».

Los combates a muerte entre fieras fueron frecuentes a finales de

siglo y se celebraron hasta al menos la primera década del siguiente. El último tuvo lugar en 1904 y el fervor era tal que Cossío, en *Los toros,* se refiere a estos espectáculos como «la lucha más emocionante y competida. […] La apoteosis del toro tuvo caracteres de delirio patriótico». No era nada nuevo. El 12 de mayo de 1849, en la antigua plaza de toros de Madrid, se enfrentaron un tigre de Bengala y un toro de lidia para entretener al público, pero en otros casos se lanzó incluso a tigres contra elefantes, en el delirio absoluto.

La tradición violenta venía de mucho atrás, desde los tiempos de Felipe II, monarca de gustos oscuros, fascinación por lo oculto y, en este caso, también por la sangre. Las bestias enfrentadas y las discusiones sobre quién devoraría a quién eran divertimentos para la Casa Real y el vulgo. Sus sucesores heredaron la afición. Felipe IV incluso los remataba con su arcabuz: un disparo limpio desde su palco para, seguidamente, recibir una gran ovación.

Cartel del combate entre un tigre y un toro (1897).

Somos continuadores de un salvajismo ancestral que se remontaba, como mínimo, a la época romana y que Cicerón narró: «El anfiteatro se había vuelto tan quieto, que la clara melodía de la flauta era claramente audible sobre todo el vasto espacio. Tan pronto como la perturbación cesó, el rey de la bestia, aparentemente sin problemas por el nuevo visitante, volvió a su comida. Pero la cobardía propia de bestias nocturnas en la luz del día se despertó en el tigre. Se veía en la multitud chillando y el jugador-flauta, y al ver la consumición del león, cogió la pieza más cercana de la carne. Pero con un solo salto del león saltó hacia adelante, rugiendo en voz alta, para defender su propiedad. Las garras del tigre apretaron el león y comenzaron una lucha feroz. El león dirigió terribles golpes a su antagonista, que el tigre evitó con destreza maravillosa; los dientes del tigre incautaron la melena del león, pero en el mismo instante de la última arrancó con sus garras la parte superior de la cabeza del tigre, la mitad de la piel, de la que un amplio rastro de sangre sobre la arena, el tigre volvió a su jaula, donde aullaba lastimeramente. La rejilla se elevó, y poco más que un oscuro lloriqueo era audible. Ya sea que el animal estaba muriendo, o los guardianes se habían resignado a que fueran capaces de curarlo. El león se quedó fuertemente sobre su presa, que hoy ya nadie discute».

La periodista Nieves Concostrina describe así un combate celebrado en Sevilla: «En la jaula, instalada en el centro de la plaza, se juntaron Señorito, de la ganadería sevillana de José María Benjumea, y un real tigre de Bengala sin divisa. Los dos bichos se miraron, Señorito se fue a por el tigre y diez minutos después, el de Bengala ya era historia. Gran mosqueo en los tendidos porque el espectáculo se había quedado en nada. El empresario tuvo que prometer otro encierro de toro y fiera para que no le quemaran la plaza. Meses después llegó Carmelo, un cinqueño colorado y bragado. Y en la parte contraria, se optó por un león de nombre Julio y un tigre que hizo de sobrero. Al final, el toro también ganó, pero el espectáculo duró más».

Una de las últimas luchas entre bestias en nuestro país tuvo lugar en 1904 en la antigua plaza de toros del Chofre de San Sebastián. Tras la lidia llegó el «plato fuerte» (en la publicidad del evento se describe este como «sugestionador, atrayente y esperado espectáculo de la lucha del tigre y el toro»), la lucha entre un tigre de Bengala de nombre César y el toro Hurón de cinco años. Ganó este último, pero al parecer el público protestó defraudado. La sangre, según dijeron algunos, había sido exigua, y, por tanto, el espectáculo, un fiasco.

«Lo obscuro», un poema de Pedro Rodríguez Martín, describe los prolegómenos de una incursión aérea: «Muy negra noche se hacía / de campanas, luto y viento: / negras ciudades abiertas / a horcas y

cementerios. / De unos árboles obscuros / arranca un pájaro negro; / es un avión fascista / que sale de bombardeo». Los temidos junkers alemanes son un coro de tinieblas, bandadas de luciérnagas mortíferas, feroces aves nocturnas o serpientes traidoras desde que, a finales de agosto, se ve el primero de ellos, un Junker JU-52, verdoso y de fuselaje ondulado, pilotado por el alemán Von Moreau y con el futuro as de la aviación nacional García Morato de observador y acompañante. Vuela tan bajo, en pleno día, que los transeúntes distinguen las siluetas de los pilotos, que se apresuran a lanzar bombas contra el Ministerio de Guerra y la estación del Norte, causando un muerto y varios heridos. Aquella fue la primera de muchísimas más incursiones, un castigo de fuego contra la ciudad sitiada y resistente.

Y luego, el 31 de octubre de 1936, las baterías nacionales del quince y medio, instaladas a solo dieciséis kilómetros de la ciudad, bombardean por vez primera la ciudad. Los sublevados acarician la deseada y, al mismo tiempo, detestada urbe, que ven a lo lejos, dispuestos a que esta padezca un infierno a la altura de sus pecados, como foco del rojerío, las masas obreras y los milicianos en alpargatas.

Piensan que la capitulación está al alcance de la mano. Incluso han nombrado ya a un futuro alcalde, el conde de Mayalde, junto con concejales para la nueva era. Se han dispuesto guardias de tráfico, sacerdotes con una gran imagen de la Virgen de las Angustias traída desde Sevilla para los actos de desagravio en el centro de la ciudad, una orden que dispone sobre la salud mental de los madrileños ante los «estragos» de aquel Madridgrado, la ciudad roja y soviética de los sin dios, y por supuesto un tropel de jueces militares dispuestos a empezar su trabajo cuanto antes. Todo eso tendrá que esperar casi tres años.

Y también apenas tres años más tarde, durante el terrible *blitz* que castiga Londres, sus habitantes reaccionan de una forma muy singular. Junto a las muestras de desesperación y huida, muchos optan por enfrentarse a las miles de bombas haciendo su vida diaria como si «nada» sucediera, ni ningún mal les amenazase en las alturas. Ni tan siquiera se refugian en las estaciones de metro. Los testimonios hablan de una transmutación de una ciudad, Londres, en animal mitológico: la Albión eterna es imposible de destruir. Una mitología de acero y hormigón armado. Una metrópoli tan inmensa y compleja, sustentada en siglos de historia, que los ingleses, tan aferrados a esta, no se despegan de su fe. Londres resistiría.

En el caso de Madrid se acudió a otras fuentes de resistencia: el oso, emblema de Madrid, se convierte en una bestia capaz de matar a otra bestia, el fascismo, despedazarlo entre sus garras, aniquilar el yugo y las flechas, la esvástica extranjera. Así es representado en muchos carteles o dibujos en la prensa. Incluso existen fotografías de

milicianos que, en plena línea del frente, a escasos metros del enemigo, se enfrentan a este a tiros pero bajo un gigantesco oso, o su piel, disecado, como forma de impresionar o de reafirmar la voluntad de resistir hasta la muerte.

El oso, durante siglos, había estado muy conectado con la historia e iconografía de la ciudad, al menos desde que en el «Libro de la Montería» del rey Alfonso XI, escrito durante la primera mitad del siglo XIV, se afirma que aquel lugar era «un buen lugar de puerco y oso». Antes ya había parecido el oso en escudos militares.

Pero en lugar del oso, se podía haber acudido al león. Hubo una época en que Madrid fue conocida como la Ciudad del Gran León. El 21 de mayo de 1403, el madrileño Ruy González de Clavijo, por orden del rey Enrique III, lideró una expedición a Samarcanda, capital del imperio Tamerlán. Una vez allí, describió Madrid a su emperador: «El gran León de España, mi señor, tiene una ciudad que se llama Madrid y que está cercada por fuego y fundada sobre agua, a la cual se entra por una puerta cerrada, y hay un tribunal donde los alcaldes son Gatos y los procuradores Escarabajos y por la calle andan los Muertos». Clavijo, con sus tremebundas palabras, se refiere a la entrada a la ciudad situada en Puerta Cerrada, donde había una puerta adornada con la imagen de un dragón, y a los primeros linajes matritenses. Nadie quería entrar usando aquel acceso, mal iluminado y sucio. Estaba plagada de bandas de delincuentes. Hoy podemos ver los rastros de aquella historia en el mural que hay al lado, donde puede leerse: «Fui sobre agua edificada. Mis muros de fuego son».

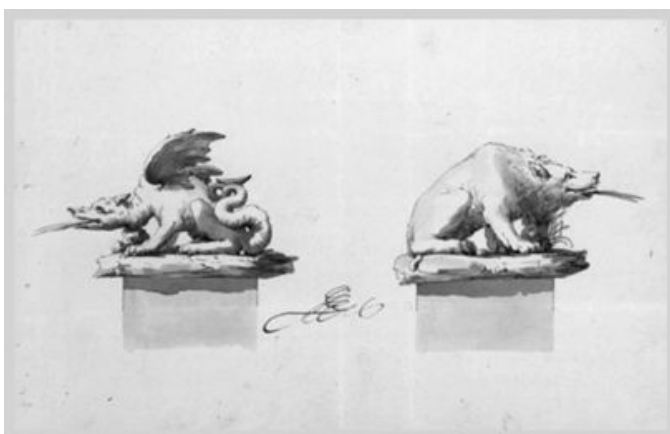
Un parapeto en la zona de Moncloa con la figura de un oso que simboliza la

resistencia de la capital ante el fascismo (1936). Albero y Segovia, AHN.

Nuestra mitología resistente podría haber sido otra, la del temible dragón, presente en la historia de la ciudad, aunque todo fuese un malentendido con un origen muy antiguo: en 1569 el escritor y humanista López de Hoyos afirmó que «por desembarazar la puerta Cerrada, derribaron, y estaba en lo más alto de la Puerta, en el lienzo de la muralla labrado en piedra berroqueña, un espantable y fiero dragón, el cual traían los griegos por armas y las usaban en sus banderas». Luego, contará, el «fiero dragón» quedó oculto tras unos yesos que colocaron justo encima, pero para entonces la puerta era conocida como de la Culebra.

La historia era inventada. Madrid no fue fundada por los griegos. Incluso el autor de la farsa había dibujado una serpiente y no un «fiero dragón». No fue el único que apoyó aquel disparate; otros muchos le siguieron o fueron incluso más allá, hasta que a mediados del siglo XIX, gracias a los descubrimientos arqueológicos hallados en la ribera del Manzanares, los indicios apuntaron en otra dirección, muy lejos de los esplendores griegos.

Un dragón, junto a un oso, hasta al menos 1862, custodió la Fuente de la Cibeles. Ambas figuras, colocadas a cada lado, servían para



Proyecto de dragón y oso para la Cibeles de Villanueva (1791). BNE.

disimular sendos surtidores de agua potable instalados en la fuente. Las fauces de las esculturas zoomorfas escupían agua a través de unos caños de bronce que, en 1841, alguien decidió robar. Hoy el oso está en el Museo de San Isidro, y el primitivo dragón, en la Casa de Cisneros.

Ya fuese sierpe, dragón o más acertadamente grifo, junto al oso y el madroño estuvo en el escudo de la ciudad hasta 1967, cuando el Consistorio, tras un informe de la Real Academia de la Historia,

decidió eliminar aquel disparate que aseguraba que aquí hubo dragones.

Pero hemos de ir más abajo, mucho más abajo, hasta darle la mano a Hércules, tomar un vermut con Miguel Scoto, codearnos con Maslama-al-Mayrit, el matemático y astrólogo árabe que usó la alquimia y apeló a los astros para que le concedieran buena suerte en las campañas militares. Nos encomendamos a ellos, sin duda más brillantes que las burdas apariciones de la Virgen de la Almudena o los supuestos poderes mágicos del venerado san Isidro, de quien se asegura que allí donde colocaba su cayado brotaba el agua aunque la tierra estuviera seca. Hubo una vez en que nuestro dragón paseaba por las calles de la ciudad durante el Corpus Christi. El extraño acto, en principio cristiano y de gran solemnidad religiosa, devino en una fiesta pagana donde no faltaban incidentes, peleas y blasfemias. Se conocía como La Tarasca, un gran dragón articulado de madera o cartón en cuyo interior iban varias personas encargadas de accionar los mecanismos, dándole vida, moviendo las patas, abriendo la boca. Escupía fuego y los cronistas lo describen como una gigantesca «máquina» sobre la que desfila una mujer vestida con poca ropa y haciendo gestos insinuantes, caracterizada como una prostituta. Acompañando a La Tarasca en la procesión solía ir el gaitero y figuras fantásticas, hombres con disfraces grotescos que se abrían paso entre la gente golpeando a los espectadores con vejigas hinchadas sujetas a palos. Era una alegoría del demonio y la lujuria. Al verlo pasar, el pueblo, que abarrotaba las calles, gritaba y maldecía, y hasta lanzaba piedras. Al final, el objetivo debía ser destrozar totalmente la carroza. Con el tiempo, el espectáculo fue tan célebre que muchas madrileñas imitaban a aquella mujer y acudían disfrazadas. Carlos III, alarmado ante el cariz que había tomado el acto, en 1870 acabó prohibiéndolo por ser la viva imagen del pecado.

Durante la guerra no entraron en juego ni el dragón ni la sierpe para la causa republicana, sino como oprobio de los enemigos y destructores de la ciudad. Con frecuencia, sobre todo en las primeras incursiones, los aviones volaban tan bajo que, vistos así, en el aire, sobre todo al caer la noche, se asemejaban a dragones, máquinas que escupían fuego y, a su paso, dejaban tras de sí más fuego. La movilización total, a través de carteles y octavillas, dibujó la sierpe, esa misma que el nazismo asociaba a la estirpe judaica y que ahora, con el sueño de decapitarla, marcaría el fin del fascismo. El oso, en su ferocidad, era suficiente bestiario.

El dragón o el oso, nuestras forzadas mitologías, nos anunciaron lo que vendría y explicaron cómo una ciudad puede exorcizar a todos y cada uno de sus fantasmas. Se irguieron, salieron del mito y se hicieron carne. Otearon el horizonte, pero no había nadie que

escuchase. Esta fue —y todavía hoy sigue siendo— tierra bastarda de dragones. Falsa, traicionera, violenta. Toda esa pulsión por salir a la superficie se cuela por unas alcantarillas de desagües atestados y criaturas trepadoras. En esos abismos, ahí abajo, hay más de una verdad.

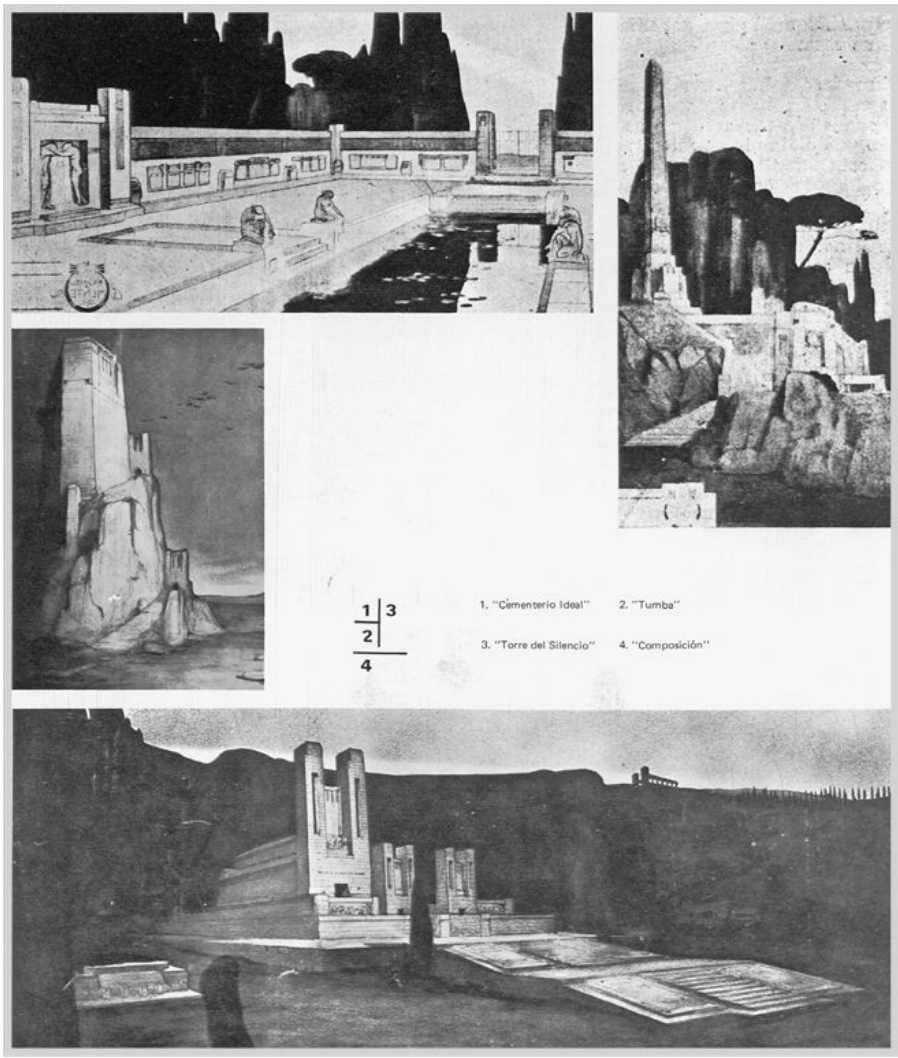
El arquitecto Anasagasti, cronista de las destrucciones, siendo joven, diseñó un proyecto de Cementerio Ideal, una serie de dibujos y planos que se apoyaban en un amor necrófilo que finalmente se hizo realidad. Porque, en realidad, su ciudad de los muertos es Madrid en 1937, cuando sobre el terreno él mismo comprueba cómo es eso de una ciudad dominada por muertos vivientes. Existía, en su proyecto, incluso un Templo del Dolor, una calle de las Tumbas, evocaciones a un faro del fin del mundo, torres tenebrosas de grandes dimensiones o panteones para los fallecidos en catástrofes marítimas. Aquella evocación de una muerte reservada a héroes inmortales, majestuosa y envuelta en un ambiente de ensueño fantástico y, por momentos, pesadillesco, acabó plasmándose finalmente en la basílica del Valle de los Caídos.

Tarasca de 1672 por Leonardo Alegre para el Corpus Christi.

Quiero verlos una vez más. Las calles, el cielo, los contornos. Verlos en penumbra o fusilados por la eterna luz matritense, esa que nos deslumbra y asombra en horizontes que son incendios, aquellos otros cielos anaranjados cuando el día palidece o se despierta. Esa luz del barrio que describió magistralmente Rosa Chacel, que vivió en esta zona, en el número 32 de San Vicente Ferrer: «La luz mira al barrio con mirada hipnotizante. [...] Su torrente sólo puede ser soportado con sordina. [...] Persianas verdes, sensibles al aire, temblonas como

alamedas. Visillos blancos, leves, nupciales, como mosquiteros; muselinas opalinas, transparentes de tela encerada. [...] La luz no entra allí para ser vista, sino para cumplir su misión. [...] La luz llega con el alba y va mirando pálidamente las cosas encubiertas. [...] La luz, en esa hora, es acogida a través de esas pantallas y ella mira los cuartos pulcros, las camas mullidas, los cuerpos descubiertos. [...] La luz va corroborándolo, poniéndolo todo en su lugar. [...] Dentro de las guardillas, la luz apenas se posa en viejos baúles, en cestos desfondados, bañeras de zinc, retratos ancestrales, bronces repudiados por la moda. Luego en la escalera, la luz cenital de la claraboya se esparce magnánima a cualquier hora; esplendente al mediodía, casi agobiante en el último piso, despiadada al final de la ascensión, y cada piso tiene su coloquio con la luz, porque la luz en cada reducto íntimo mira con el gesto que el diálogo suscita. [...] La luz agota o recoge sus últimos velos de ocaso, se levanta sobre los tejados vestida de lentejuelas y deja en la calle a sus acólitos o vicarios. Van, a lo largo de las aceras, encendiéndose los reverberos de gas».

Y dejar atrás, por fin, mentiras como la distancia, fundada en percepciones equivocadas. La detestable religión de lo cercano y lejano. Patrañas a manos de cartógrafos ciegos y viandantes con demasiada prisa. Así es: camino hacia el fuego. Es lo que sentí cuando crucé la GranVía, y ahora que estoy en Ballesta, tras dar cuenta de bestias feroces, sangre y violencia, la Santa Trinidad de Madrid, todo regresa al punto de partida.



Los proyectos arquitectónicos de Anasagasti *(Revista Arquitectura,* 1971).

Esta es tierra de Ribalta, quien la señaló y advirtió como el «Umbral», una puerta de entrada o salida, no lo sabemos, pero algo sucede cuando uno se adentra por estas callejuelas, siempre con algo de sordidez, tras abandonar la Gran Vía. Un súbito descenso de la luz, una sensación de aprisionamiento y huida, perderse para volver a orientarse, darse de bruces con edificios muy antiguos cargados de polaridades y potencia.

La calle de la Ballesta, de la que se tienen noticias desde mediados del siglo XVIII, es parte de este gran bestiario. Allí, un cazador tudesco instaló un corralón callejero, una atracción de feria truculenta y despiadada. Pagando una entrada, tras entregarle una gran ballesta, cualquiera podía disparar sobre animales vivos. La matanza era

incesante. Un jabalí fue de los primeros en caer, entre gritos, insultos y risotadas. Pero antes, el animal arremetió contra el tirador y acabó con su vida. Las autoridades, ante los acontecimientos, decidieron cerrar la atracción y prohibir el espectáculo, intentando contener la sangre que fluía calle abajo.

No olvidar jamás

Es como si todas las bestias hubieran sido soltadas. Mejor aún: como si toda la ciudad fuese un enorme bestiario. En lo que fue la antigua y sombría calleja del Perro, la más estrecha de la urbe, antes de que su puesto lo sustituyese la calle del Codo —mi calle favorita—, y también pavorosa, porque la leyenda sobre magia negra y brujería la acompañó hasta su final, derribada bajo la piqueta de la Gran Vía, hoy discurren calles muy cercanas a esta. Situada entre Tudescos y Libreros, más o menos en los límites del barrio de Maravillas, la finca de Enrique Villena y, sobre todo, el taller en que según cuentan hacía de alquimista estaban defendidos por un gran mastín negro que vivía en una pequeña caseta de madera, y que lograba ahuyentar a ladrones y curiosos. Un fiero perro negro, lo mismo que un gato igualmente negro, cosas de brujas y hechiceros. Y no solo era tan angosta que apenas pasaba una persona, sino que también era sucia. Existía, en su escaso tramo, un pozo negro. A su alrededor, un hedor pútrido.

No es casual, casi nada realmente lo es. Los perros negros aparecen con frecuencia en las novelas góticas como elementos de terror y presencias malignas. También en la mitología, como Cancerbero, el monstruoso canino que protege los accesos al inframundo. Felipe II, nuestro monarca más interesado en la magia, tenía su propia boca del infierno: el monasterio de El Escorial. Durante las obras, un perro negro cada noche emitía unos potentes ladridos. Aullaba enloquecido y se enfrentaba con violencia a quienes intentaban apresarlo. Desbocado, huidizo, peligroso. Los monjes franciscanos lo temían. El rey, cansado de estas historias y de escuchar al animal, puso precio a su cabeza. Al día siguiente apareció muerto. Él decidió darle un final a la altura de un gran villano: lo mandó ahorcar de una de las ventanas de palacio hasta que el cuerpo no fue más que despojo y carroña para cuervos y larvas.

El marqués de Villena, maestre de la Orden de Calatrava, que gozaba de una enorme erudición, pronto fue acusado de pactos con el mismísimo demonio y se le abrió un proceso inquisitorial por el obispo Lope Barrientes. Una de las primeras decisiones tomadas por este prelado fue condenar a muerte al can que guardaba la casa. El animal plantó cara a los funcionarios, que huyeron despavoridos. Igual que el perro de El Escorial, lo mismo que Cancerbero. Una vez más, el arma que pondría nombre a la calle vecina hizo su aparición. Varios arqueros del rey, armados con ballestas, acabaron con su vida. Los agentes saquearon la casa de Villena y enviaron a la hoguera

centenares de manuscritos, muchos sobre ciencias ocultas, y diverso instrumental científico.

Ilustración publicada en *Los doce trabajos de Hércules* del marqués de Villena (1483).

No hay rastro de la callejuela. Sin embargo, algo animal se siente y presiente en esta zona. Porque nadie es capaz de ponerle una correa a la bestia que gobierna este laberinto de calles, a la sucesión de correspondencias y conexiones que siglo tras siglo subsisten. Toda la franja era una ciudadela de tabernas oscuras y «tupis», un establecimiento intermedio entre el café clásico y el bar de nuestros días, donde se podía tomar un café de recuelo con media tostada y pasar las mañanas, las tardes, también las noches y el frío del invierno. El de la Corredera Baja era uno de los más célebres. Emilio Carrère, Pedro Barrantes, Ernesto Bark o Eduardo Zamacois, entre otros, lo frecuentaban.

Las calles aquí son estrechas, oscuras, generalmente sucias, una sucesión de portales dedicados a la prostitución. Así era hace siglos y aún lo sigue siendo hoy. La cercana calle del Barco, que perteneció al abad de Santo Domingo de Silos y recibió este nombre porque todo el terreno tiene forma de barco (se decía que las monjas descalzas, que tenían allí su convento, parecerían estar navegando), se derrumba hacia la calle de la Puebla. Hay numerosas asociaciones acuáticas o fantásticas, como si toda la zona fuera un gigantesco mapa del tesoro. Barco, la vecina calle del Pez y, a unos pasos, la calle del Tesoro.

Tenemos un barco, y nosotros su tripulación. También hay un tesoro oculto. La descripción del atormentado capitán Ahab y la tripulación del Pequod en *Moby Dick,* que tantas veces he leído y releído, contado en público: «Un viejo de canosa cabeza persiguiendo con maldiciones a una maldita ballena por el mundo entero, al frente de una tripulación compuesta principalmente de canallas, parias y

caníbales». El tesoro es una cápsula del tiempo para futuros paseantes. Un mensaje en una botella con una sola frase: «No olvidar jamás».

No lo he olvidado. Resulta imposible hacer semejante cosa. Ballesta, como sospeché, desemboca en el fuego. Y eso que esta no fue mi intención. Simplemente caminé, tomé notas y algunas fotografías, y me di de bruces con este. Justo en su cruce con Corredera Baja, donde hoy se alza un gran supermercado, estuvo el Teatro Cervantes, inaugurado en 1910 con el nombre de Salón Nacional. El 17 de noviembre de 1936 un proyectil lo destruyó por completo. Los efectos de la explosión dañaron numerosos edificios de los alrededores. En el edificio en que estuvo la célebre taberna Pepita —inmensos salones cubiertos de capas y más capas de carteles de conciertos, y la salsa brava de Pepita como el secreto mejor guardado—, una explosión abrió un hueco tan grande que sus dueños aprovecharon para hacer otra puerta ahí mismo. Hay que ser prácticos y de la desgracia sacar algo de provecho.

En la esquina de la Hermandad del Refugio, siguiendo la pista que me había dado un conocido, fui a dar con un grafiti de la Guerra Civil. Casi no me lo creía. Siempre había estado allí. En la piedra del gran ventanal que hay se observan hoy los destrozos e impactos de las esquirlas. Una cicatriz vergonzante. Hasta siete grafitos se conservan a la vista de todos. Son nombres de organizaciones antifascistas o símbolos políticos: CNT, las siglas del SRI (Socorro Rojo Internacional), UGT o UHP (Unión de Hermanos Proletarios), una hoz y un martillo. Arriba, en lo alto, casi en la cornisa, se observan varios impactos.

La calle, como me lo mostró una mañana una amiga, está llena de pasadizos. Hay sótanos muy profundos usados para protegerse de las bombas, que en esta zona fueron incesantes, y muchos de ellos están hoy todavía sin explorar. La ciudad invertida es un enjambre de caminos.

El edificio bombardeado se reconstruyó en la inmediata posguerra, pero sus bajos, donde una vez estuvo el teatro, los ocupó un cine, el Cervantes. Este fue uno de los lugares a los que yo, apenas un adolescente llegado al Madrid de los primerísimos noventa, llevaba asombrado a mis amigos y visitantes para que vieran la entrada. Se trataba de un cine X abierto en 1984 y que en su misma puerta mostraba sin pudor alguno uno de los carteles-advertencia más brutales que jamás he visto: «En este cine solo se exhiben películas de carácter pornográfico o que hagan apología de la violencia», se leía. Aquello era ciertamente increíble. Los apologetas del cine nunca tuvieron el menor problema con aquello, y cuando supe que lo iban a cerrar y reformar para abrir un supermercado, quise hacerme con el

cartel. Pero llegué tarde. Alguien, en algún lugar (el salón de una casa, por ejemplo), contempla hoy semejante aviso.

Justo debajo, en la calle Puebla, un impresionable Ramón Gómez de la Serna, que vivía en su número 11 y era apenas un niño, se sobrecogía al ver pasar la comitiva espectral proveniente del enorme edificio de la Hermandad del Refugio, fundado en 1615 por jesuitas. Era la Ronda de Pan y Huevo, compuesta por un sacerdote y dos seglares, acompañados de criados, con camillas y silletas de mano. Cada noche salían en procesión solamente iluminada por linternas y faroles. Inspeccionaban las oscuridades que salían a su paso: portalones, covachas, puentes, esquinas, callejones. Se paraban ante los tugurios en busca de los más desamparados, a los que ofrecían un panecillo junto a un huevo duro después de recibir estos los sermones. A las once terminaba el paseo. Uno de los primeros que realizó estas tétricas rondas fue Pedro Calderón de la Barca, que entró como hermano en la institución con el número 2 459.

Desde entonces hasta hoy día, al caer la tarde se forman grandes colas a la espera de la sopa —exactamente noventa y ocho personas—, las mismas que vio Ramón, quien había llegado a esa gran casa, mucho más amplia y lujosa que la de la calle de Las Rejas, después de que su padre fuese nombrado por Canalejas director de Registros. El piso, en su primera planta, está repleto de habitaciones. Justo abajo, en la esquina con Corredera Baja, el café de la Concepción, con divanes rojos y donde, al caer la noche, se toca el piano o el violín. Allí, en la sobremesa, va a parar su padre, acompañado por el pequeño Ramón, entre asombrado y curioso.

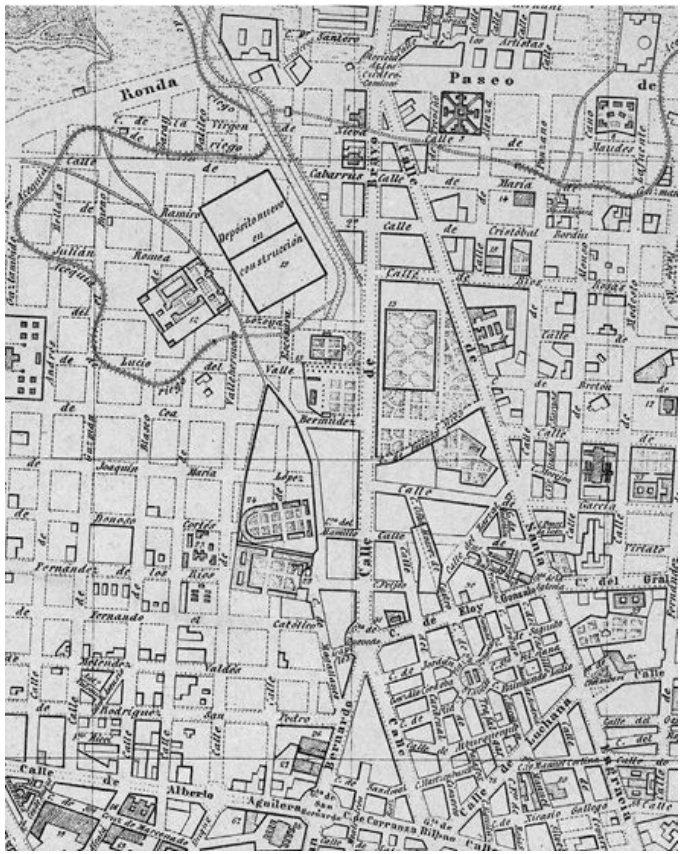
Todos los relatos y crónicas coinciden en lo mismo: su carácter lúgubre, casi onírico, un mal sueño, irradiando temor de Dios y miedo a la noche, a los muertos y la enfermedad. Es nuestra Santa Compaña, al igual que la otra ronda, la del Pecado Mortal, muy cerca una de otra. Putas y borrachos, hampones y no pocos mendigos, recibían la exigua cena. Ricardo Sepúlveda, en *La Época,* en noviembre de 1897, escribe: «¡Cuántas veces tenorios escuálidos de los que cultivan el amor fétido, con libaciones de alcohol, salieron al encuentro de la Ronda en busca del mendrugo! ¡Cuántas veces las leonas domésticas de las Vistillas fraternizaron con los gatos-tigres del hampa madrileña, por la acción del mordisco y el placer del zarpazo sobre los huevos duros, pálidas, flacas, exánimes, con los ojos hundidos, circundados de ojeras, relucientes y fijos como tizones de fragua, casi tan horribles como los de una resucitada! ¡Cuántas veces, las Cleopatras de las orgías, esas Faustinas del lupanar hediondo, arrastraron por el barro los faralares de un vestido de alepín o de indiana, para echarse en el suelo, prosternadas ante los tres Hermanos de la Ronda, solas, sin marido, sin amante y hasta sin el afecto de las amigas pecadoras, cuya

ternura llena el corazón sin satisfacerlo, como encanta el jugo de la naranja, que engaña la sed sin aplacarla! ¡Cuántas veces, las huríes románticas de las novenas, y las Ofelias del desgarro en las posadas secretas, vestidas de blanco y salpicadas de manchas, con los cabellos negros en cataratas de bucles sobre los hombros y las espaldas de matiz nacarado; cuántas veces, las heroínas melancólicas del idilio contumaz de calzón corto y zapato escotado, cayeron del trípode metamorfoseadas en estatuas, como la mujer de Loth (por supuesto sin la sal), en el momento de apagarse las velas de sebo de las cornucopias que alumbraron el tabuco dorado, y salieron muertas de hambre al encuentro de la Ronda, a pedir, suspirando, un huevo duro, por el amor de Dios!».

Ballestas y sangre, bombardeos y cines porno. El camino del deseo, abriéndose paso a trompicones, buscaba una salida. Continuamente, sin ver el mapa, me impulsaba en una dirección incorrecta, más hacia la calle Fuencarral, como si ese norte pasase necesariamente por allí. Debía torcer el mapa, no fiarme por esta vez de mi instinto. Era allí donde estaba mi línea hacia el norte. Atravesaba calles estrechas, subía y bajaba, las sorteaba. Esto sí que era un paso del noroeste.

Llevado por una orientación deficiente, una virtud para el arte de escribir, trazar otros mapas y por supuesto perderse, atravesando el barrio, dispuesto a salir a vías mayores (Carranza, San Bernardo…). Seguí el olfato dejado por las bestias y llegué hasta la calle de la Madera, que a comienzos de siglo fue uno de los epicentros de la bohemia. La calle parecía contener todo un mundo. Y no solo por lo que una vez fue, sino por lo que sigue siendo, allí donde la madera, con sus célebres carpinterías, convive con viejos negocios de letreros imposibles, como el de «Limpiezas Lucense apesta a lado oscuro», que se lee en el número 31. No hace falta alejarse mucho para volver a estar *sintonizado*. Unos pasos al lado, letreros y negocios que sobreviven como *rara avis* entre las prisas, el dinero y la siempre maldita gentrificación.

4. Nosotros, los muertos
(San Bernardo, Magallanes, Vallehermoso, Arapiles)



LIBERA A LA TIERRA DEL TERROR • GRAN ATAÚD • GRAN SOL • TIERRA DE MUERTOS • MAGALLANES *NOIR* • TROGLODITAS • VISIONES Y VELADORES • CAMPOSANTOS

«Hacíamos excursiones en el tiempo y en el espacio».

Azorín, *Madrid*

«Toda percepción es ya memoria. No percibimos prácticamente más que el pasado».

Henri Bergson, *Memoria y vida*

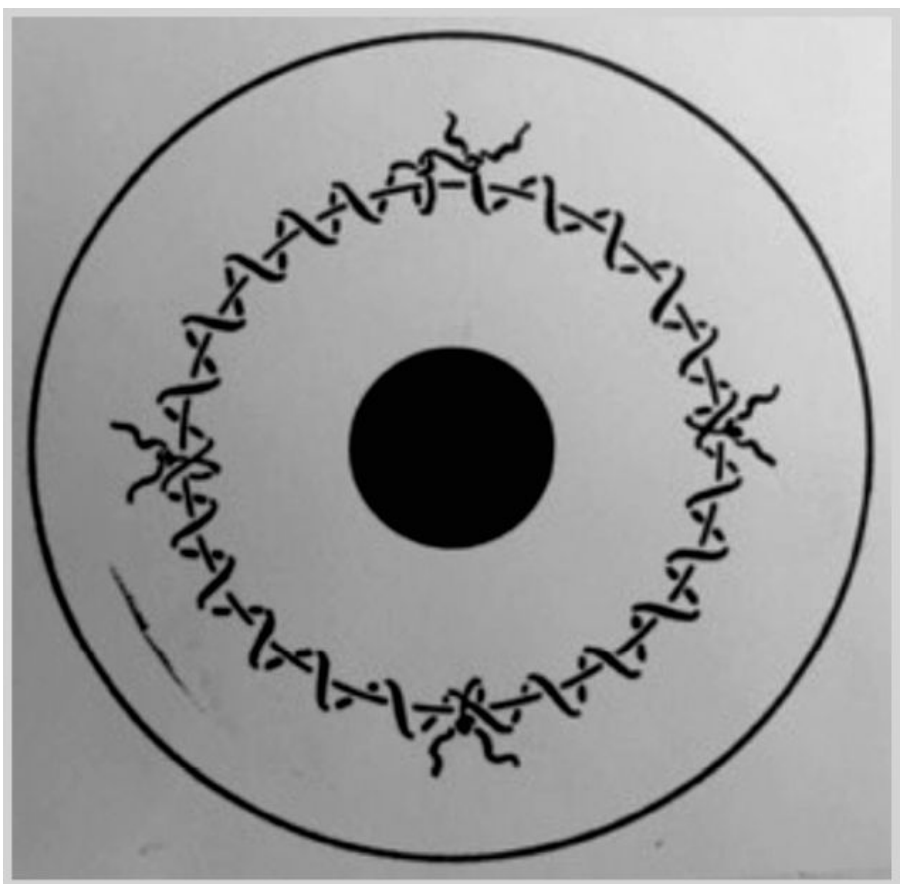
«Metafísica de la luz»

La primera referencia de Ribalta a las actividades de la sala X está fechada en febrero de 1911 y es una misiva solicitando a la dirección del Instituto Rubio «cámaras de mayor precisión para el filmado de operaciones» y otros artefactos que detallaba para avanzar en lo que él llama «doble visión» o «haces de luz espectrales». Su nivel de trabajo es sobrehumano, una dedicación del todo excesiva e insana. Es aquí, en estas fechas, donde podemos trazar una pendiente que va desde su actividad en el Instituto y en San Carlos —donde solía trabajar ya de noche, en sus autopsias en el Gran Anfiteatro— hasta su desaparición en 1916. En seis años pasó de emprender experimentos propios de su profesión a algo más oscuro y singular.

Nadie, salvo Orgaz, lo apoyaba. Europa se encaminaba a la guerra. Nuestro país debería esperar a los años treinta para empezar a percibir que las autoridades se tomaban en serio a aquella «banda» formada por excéntricos hombres de ciencia que usaban un lenguaje ininteligible para la mayoría pero que, al mismo tiempo, no podían ser ninguneados puesto que nos jugábamos el prestigio nacional, soñando con ser en algún momento modernos.

Existe, eso sí, un documento muy especial entre los que componen el «Expediente Ribalta» del Colegio de Médicos, una especie de borrador de autobiografía (apenas tres o cuatro hojas manuscritas) o quizás notas para otro propósito realizadas por Orgaz poco antes de morir. En esta, entre otras cosas, dedica unos párrafos a Ribalta, describiendo su trabajo y personalidad en los años del Instituto Rubio: «Lo que hacíamos, la naturaleza de nuestro trabajo, solo nos concernía a nosotros. El resto de colegas simplemente lo ignoraban porque no lo entendían o no les interesaba, y más de una vez fuimos objeto de toda clase de burlas. Ya no estaban activos Simarro o Esquerdo, de mentalidad mucho más abierta. Nos hallábamos solos, un grupo de

investigadores a los que un fabricante barcelonés especializado nos solía enviar el instrumental que encargábamos. No era barato, pero mi posición en el Instituto y mi antigua y conocida amistad con Federico Rubio, ya fallecido, me proporcionaban una posición ventajosa. Los fondos, no obstante, eran escasos, aunque contábamos con todo el espacio que quisiéramos, siempre y cuando lo hiciéramos en las dependencias subterráneas. Ribalta no facilitaba las cosas y solía ser callado, hermético y brusco. Sus opiniones, a veces, rayaban en la ofensa. Prácticamente no tenía trato con nadie de la dirección y casi lo agradecía. Hablaba de cosas que prácticamente nadie entendía. Sin embargo, todo esto despertaba una gran curiosidad. Muchos me preguntaban por él; a pesar de sus actividades, tenía otra obsesión. Sabíamos que era muy dado a emprender largas caminatas en las que no dejaba de tomar notas. Nos recordaba a un viejo romántico o un extraño etnógrafo de esos que cada cierto tiempo se perdían por los polvorientos caminos de una España retrasada en tantas cosas. Lo que a él le fascinaba era el propio trabajo de campo».



Dibujo de la sutura quirúrgica de borde a borde inventada por Barraquer.

Orgaz alude a él en varias ocasiones, pero a comienzos de 1914, cuando regresa de Barcelona, se encuentra con un Ribalta cambiado. Empieza su crisis personal, que lo convierte en alguien incluso más reservado e intrincado. Y nos cuenta algo que lo cambia todo, algo crucial y tan importante que condiciona lo que sucedería en tan solo dos años: «Cuando volví de Barcelona el grupo del Instituto se desintegraba. Sin mí, que hacía de cohesión, Ribalta no hablaba prácticamente con nadie y se entregaba a un silencio tal que despertaba recelos y desconfianza en todos. Exigía material, ayuda de todo tipo, sin especificar para qué propósitos estaba destinado. Sé que en aquellas fechas tuvo varios roces con la dirección del Instituto, que como mínimo calificaba su conducta como extraña. En mi caso, el Ribalta que había conocido años antes había dado paso a otro mucho más taciturno, errático y reservado, cuyos intereses rayaban en lo esotérico. Costaba seguirlo. Incluso yo, que había liderado una actividad inaudita para aquel país limitado, cerrado y del todo refractante con el progreso, tenía mis reservas. Los ojos, la investigación con el ver, todo eso había sido nuestra base, pero ahora se trataba de algo distinto. Recuerdo especialmente una conversación que mantuvimos una tarde. Se había encerrado en el laboratorio, sin como siempre explicar mucho en qué andaba metido. Parecía ajeno a absolutamente todo. En un momento dado, ante mi insistencia, me dijo, creo recordar, que trataba de "aprehender la luz". No llegué a entenderlo del todo. Hablaba de rayos de todo tipo: "El mundo está surcado por rayos que emiten luces en todas las direcciones", añadió. Aquello me dejó pensativo, ¿estaría, acaso, intentando "ver" esos rayos, invisibles para el resto de nosotros? Ahora, años después de todo aquello, creo que perseguía una especie de "metafísica de la luz", algo que no comprendí entonces. A veces te respondía citando a autores como Goethe, al que adoraba y consideraba un demiurgo, especialmente sus ideas sobre la óptica, como aquello de "la ilusión óptica es la verdad óptica", o algo así, y cosas parecidas».

Ahora lo comprendo todo, o empiezo a hacerlo. Ribalta, especialista del ver y los ojos, artesano y diseñador de miles de ojos, estaba perdiendo la vista. Nos lo cuenta Orgaz: «Sabiendo lo que le sucedió luego, el proceso que ya estaba en marcha, Ribalta creía ver las cosas de otro modo. Luego supe que en gran medida se debió al descubrimiento, tras un primer y evidente estado de *shock,* de que sufría una progresiva pérdida de la visión, algo crónico e irreversible. En un plazo aproximado de dos años, a lo sumo tres, sería invidente. Él, que había dedicado su vida a los ojos, perdería su capacidad para ver. Nadie, ninguno de nuestros colegas, entendía el origen, el factor que lo precipitó, la causa médica de lo que le pasaba. Se sometió a todo tipo de pruebas, pero estas no arrojaron datos concluyentes. Se

trataba de una enfermedad muy rara que afectaba a los ojos, haciendo que estos se deteriorasen progresivamente, pero en el proceso algo sucedía».

Indagué en enfermedades raras que afectasen a los ojos hasta dar con una sucesión de nombres enrevesados. Uno de estos, la acromatopsia, provoca que el afectado pierda la capacidad de ver los colores. Los ojos solo permiten la detección de las sombras grises debido a la ausencia de conos funcionales o fotorreceptores en la retina. También genera una sensibilidad atípica a la luz, algo muy molesto para quien la padece.

Su mal aún no figuraba en ningún tratado médico, y aunque el final era inevitable, todavía debía atravesar otros infiernos. Pidió ayuda a otros colegas, pero para entonces era considerado por estos un hombre un tanto «excepcional», la misma excepcionalidad que se reserva a los locos. En una carta menciona a un «parásito», una infección al parecer muy dolorosa que acontece de improviso y cuya mayor intensidad dura entre seis y ocho horas, aunque puede que semejante cosa fuese solo producto de la desesperación.

Recordé que aquellos que son ciegos de nacimiento, cuando por distintas razones adquieren el sentido de la vista, con frecuencia son incapaces de ver. El órgano está perfecto, pero algo sucede. No comprenden las figuras o los objetos, todavía no está encendida la luz del aprendizaje, lenta y desesperante. Esa luz, la imaginación, sirve para que reconozcamos el mundo. Muchos, ante esto, prefieren seguir viviendo en la oscuridad. En Ribalta todo sucede a la inversa. Su imaginación estaba intacta, pero llegaba el fundido a negro. Me viene a la cabeza Gómez de la Serna: ¿Ribalta se habría acaso cruzado en alguna ocasión con aquel que escribió «hemos de imitar la ceguera» o «la vista deforma la visión»?

Así que a medida que la luz, su luz, se apagaba, se encendía otra. Sus enigmáticas referencias a zonas y lugares de la ciudad respondían a eso mismo. Solo él los «veía». Es como si ante esa impuesta oscuridad, mientras la ciudad se desvanecía ante él, emergiese otro territorio y mapa, uno determinado por otros sentidos, recuerdos y sensaciones, por sus frecuentes paseos, como si ante el cierre de esa realidad fuese desarrollando un plan de reorientación.

Es evidente que aquellas ideas debían de haber causado una impresión perturbadora en sus colegas, en su estrecho y pequeño círculo. Orgaz, sin duda, prestó sus oídos a esa clase de confidencias. No sabemos si él lo acompañó alguna vez en sus caminatas o si acaso leyó lo que escribía en su cuaderno. Puede que así fuese, y que esto mismo reforzase su opinión acerca de su cambio de personalidad.

Ribalta se preparaba para entrar en un mundo nuevo. Casi me cuesta formular estas preguntas: ¿precipitó Ribalta un final distinto a

la altura o quizás profundidad de aquellas ideas tan particulares? ¿Quiso poner fin a su vida? Al final hizo real una cita antiquísima que se halla recogida en el llamado «Papiro de Turín», que data de alrededor del 1300 a. C. y que en un momento determinado dice: «[Ra] abrió los ojos e hizo la luz; cuando sus ojos se cierran, cae la noche».

Porque sucedía eso mismo, una inmensa negrura que descendía sobre él mientras caía la noche en Europa. Orgaz, desconsolado, parece poner en boca de su amigo aquella terrible sensación de aplastamiento, lobreguez y malos augurios: «Y mientras tanto, en los campos de batalla de media Europa, nuestros colegas estaban al servicio de la destrucción. Cada semana conocíamos de armas más mortíferas e infernales, mucho más de lo que jamás soñamos. Jugábamos con lo desconocido, con una ciencia aún sin nombre. Fuimos peones hambrientos de algo mucho más grande, un resplandor cegador que apenas comprendíamos. Ribalta sufrió aquel cambio brusco en un país que se proclamaba neutral, pero cada semana sabíamos de toda clase de argucias, sabotajes y apoyos a las potencias en conflicto. Aquí también se conspiraba. Nosotros, al igual que todo el mundo, nos posicionamos en favor de uno u otro. Tanto yo como Ribalta detestábamos a Alemania, de la que desconfiábamos. En aquel tiempo las actividades alemanas en Madrid eran un secreto a voces. Todo el mundo las conocía y las autoridades miraban para otro lado. Algunos, como pasaba en toda Europa, fuimos tentados para trabajar en favor de los alemanes. Uno de ellos, alguien muy peligroso, fue Wilhelm Canaris, a quien conocí en una ocasión durante una cena en el Hotel Palace, donde había instalado una oficina secreta en la que mantenía encuentros con espías y organizaba citas con empresarios navales que apoyasen su guerra en el mar. Nadie lo conocía por su nombre real, eso lo supimos luego. Respondía al pseudónimo de “Kika”, aunque también usó otros alias, “Reed Rosas”, con el que alquiló varios apartamentos en el centro.

»No imponía físicamente. Era un tipo más bien bajito que no debía tener ni treinta años y lucía una apariencia frágil. Trabajaba para la embajada alemana, que tenía su sede en la Castellana y cuyo embajador era el príncipe Max von Ratibor. Canaris, durante el tiempo que estuvo aquí, trató de persuadir a nuestro gobierno para que se involucrase en la guerra a cambio de recuperar Gibraltar y tomar Portugal. La prensa recogía sin cesar incidentes diplomáticos en nuestras costas con Inglaterra o Francia, ya que los submarinos alemanes disfrutaban de carta blanca para repostar frente al Cantábrico, en nuestras aguas.

»La sensación que teníamos era de final. No de un final metafórico, sino de uno muy real, un gigantesco Armagedón en forma de obuses y

gases. La guerra química de la que ya conocíamos su poder destructor en Somme y tantos otros lugares. Mientras andábamos entre nuestras quimeras, en el Instituto Rubio o en San Carlos, se descubrió el acero inoxidable cuando su creador practicaba con aleaciones de acero idóneas para fabricar cañones para pistolas. Y seguidamente el sónar, otro invento creado para detectar submarinos. La ciencia al servicio de la muerte masiva y mecanizada, tan espantosa como nadie había visto antes, ni tan siquiera imaginado».

Buscando un cadáver

Estos son los hechos, he aquí los datos:

La epidemia de incendios iconoclastas había sido constante durante los días posteriores al levantamiento. La muchedumbre, con grupos de milicianos a la cabeza, irrumpió en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, en la calle San Bernardo, destrozando todo a su paso. Los restos del cadáver de Calderón de la Barca desaparecieron el 20 de julio de 1936. Casi tres años después, cuando se impuso el orden de los vencedores, nadie pudo dar con los huesos del dramaturgo, que desde entonces se convirtieron en un misterio.

Décadas después, un sacerdote del templo, en su lecho de muerte, aseguró que los restos no se habían perdido: estaban ocultos en una pared de la iglesia. Cinematográficamente, como argumento para una trama de espías o aventuras, un explorador tras un tesoro, era perfecto: murió sin dar más detalles.

En diciembre de 2020, un grupo de investigadores, haciendo uso de georradares, peinó todo el recinto. Todavía siguen buscando. Pocas veces un cadáver estuvo tan repartido. Un acta notarial asegura que los restos están a tres metros bajo tierra, entre la calle Mayor y de los Señores de Luzón, frente al número 70 de la calle Mayor, a escasos metros de donde vivió. Justo allí, en 1840, se encontraba la parroquia de San Salvador. Al igual que en muchas otras ocasiones, las nuevas edificaciones se hacían sin mucho miramiento ante el pasado. Y los restos, que estaban en el interior de la cripta de San José, en el sótano de la iglesia desaparecida, se quedaron tal y como estaban. Nadie tocó la cripta, ni lo que había en ella. Se edificó, sin más, hacia arriba, pero en las profundidades todo continúa igual que hace siglos.

El cadáver, que ya había sufrido toda clase de traslados, fue exhumado rápidamente ante el inminente derribo del edificio. El acta notarial certifica que, al abrir el féretro, la descomposición era casi total. A lo sumo sería un puñado de huesos. Se tomaron únicamente aquellos mejor conservados, que se colocaron en una arqueta de cristal y bronce que, a su vez, acabó en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores. Bajo tierra, en algún lugar entre las calles citadas, como si fuese un antiguo cruce de caminos, están los huesos más degradados.

Dentro del templo dominaba una austeridad plomiza, en ocasiones incómoda. La penumbra se adueñaba de todo, ante paredes muy desnudas y sin grandes artificios ni belleza. Aquí, una virgen, en realidad cualquier imagen, es una máscara de cera. Más que una

iglesia, es el decorado de una iglesia. La placa, en la entrada, daba cuenta del expolio de los huesos de Calderón de la Barca, pero contaba solo una parte del enigma.

Cuando salí había comenzado a llover intensamente. Pero a mi izquierda, junto a la entrada del templo, me esperaba una sorpresa. Es aquí donde pasado y presente confluyen magistralmente. La reforma de una antigua pasarela subterránea del Canal de Isabel II había descubierto, casi a ras del suelo, lo que parecía una más que evidente piedra gris de cementerio sobre ladrillos. Junto a esta, una madera oscura y podrida y, a su lado, una estrecha escalinata que descendía al subsuelo. Eran restos del viejo cementerio que, como la cripta en que estuvo el cadáver del poeta, se quedaron así, sin más, solo tierra cubriendo despojos, y luego a edificar.

Regresé al lugar días después. Quise darme de bruces con él mucho antes, sentir la transición desde el bullicioso centro hasta allí. Cuando subí desde plaza de España hasta la calle Conde Duque, una enorme inscripción sobre los muros del que fuera antiguo cartel y ahora centro cultural me advertía de algo, quizás del final del camino, ciudades convertidas en campos de entrenamiento para una generación fatalmente acostumbrada a la estupidez: «SOLVIT FORMIDINE TERRAS» («LIBERA A LA TIERRA DEL TERROR»), decía.

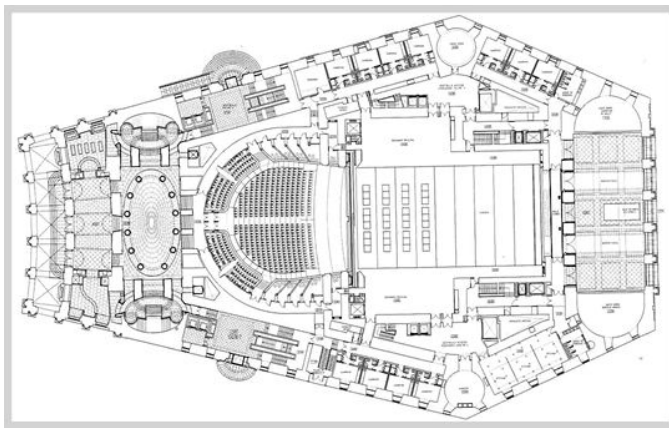
Pocos minutos más tarde estaba en la calle Vallehermoso. Pisaba tierra sagrada, o eso es lo que había sido todo esto y mucho más allá, una vasta extensión de una ciudad que, en los tiempos de Ribalta, casi acababa aquí, recobrando el aliento en Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias. Se imponía el feísmo arquitectónico; yo estaba abotargado, como si me hubieran extirpado algún nervio importante, mientras veía claramente lo que esto había sido, lo que todavía era. Mamotretos horribles levantados en los cincuenta, todo muy anodino y sin vida, o eso me parecía. Estaba en una de las pocas zonas de la ciudad que me transmite semejante sensación de vacío y desamparo.

El ruido de las perforadoras me llegó desde muy lejos. Las obras en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores seguían. Entré unos minutos al templo, sin motivo alguno, quizás para tomar aliento. La zona era una olla a presión. «Las confesiones en el vestíbulo» o «Prohibido besar las imágenes» eran algunos de los carteles que se mostraban en las paredes, junto a huchas para distintos santos. Elige tu santidad favorita, paga tu paraíso. Tomé algunas notas. Ningún atisbo de investigadores, ni georradares. Absolutamente nada, salvo dos personas que rezaban. Los huesos, al parecer, se mostraban esquivos. Lo mismo que Dios, ausente en aquellas paredes sin alma. La vida, sencillamente, se había ido a otra parte.

Cuando salí fui en busca del hallazgo de hacía unos días, tras aquel socavón o agujero en que se veía la piedra de una tumba y las

maderas podridas. Pero ya no estaba y alguien había colocado una pesada plancha de metal encima. Me sentí como si alguien hubiera robado un cuerpo, como si se hubiese puesto de acuerdo con quién sabe para volverme loco. Todo con tal de desdecirme: nada de eso sucedió jamás. Borrar las huellas del crimen y del tiempo. Pregunté a una pareja de obreros, acercando mi cabeza a una obertura en la valla, como si fuese un jubilado curioso. Un chico joven con acento del este se encogió de hombros ante mis preguntas sobre la dichosa tumba y el viejo cementerio, incluso sobre los raíles del tranvía que tenía delante de mí, junto a su pala, surgidos al remover la tierra. «Yo de eso no sé nada. Solo me encargo de terminar el bordillo», me contestó incómodo señalando al suelo, justo delante de sus pies.

Nuestra proximidad con los muertos es pavorosa. Hacía poco un amigo me había contado que, antiguamente, la calle del Arenal era el lugar en que los musulmanes arrojaban los cadáveres de los fallecidos durante la Reconquista. Siglos después, me dijo, durante la construcción de la reforma del Teatro Real, al final de esa misma calle, el arquitecto encargado del proyecto, Antonio López Aguado, deliberadamente le dio una forma hexagonal. Su fachada principal miraría al Palacio Real, y la menos importante, a la actual plaza de Isabel II. Esa misma tarde encontré los planos del edificio y así es: tiene la forma perfecta de un gran y fantástico ataúd.



Plano con forma de gran ataúd del Teatro Real.

Todos estos enclaves tienen algo de necrófilo. Un amigo me contó que la cumbre del Everest está repleta de cadáveres, cuerpos de alpinistas que murieron durante el ascenso o descenso y que jamás han sido retirados de allí. Ahora sirven de marcas o puntos de referencia para los escaladores, como si fuesen estatuas de un jardín griego. Adoptan posturas diversas tras años y años. Congeladas, retorcidas, sentadas. Algunos parecen dormir. Yo, cuando me lo contó,

hice bromas sobre cadáveres en posturas extrañas indicando direcciones o dando ánimos. Pero a mi amigo no le hizo gracia. «Un respeto a esos héroes», me dijo. Estuvieron muy cerca de lograr su objetivo. La verdadera vida está siempre a unos pasos, pero rara vez la vemos. Nos distraemos en problemas, la mayoría inventados, nocividades y laberintos para el alma. Mientras tanto, la experiencia se ha ido. La belleza está siempre a la fuga, inteligente y audaz como es ella. Jamás desea ser conquistada por un imbécil.

Caminé pensando en todo esto. Tras unos minutos, me senté a descansar en un bar cerca de Ríos Rosas. Solo al ir a pagar me di cuenta de su nombre: Gran Sol, como la prodigiosa novela de Ignacio Aldecoa que retrata la vida en alta mar de unos marineros rotos y fragmentados, varados en el tiempo, en medio de un mundo que cambia y los azota. Gran Sol es como llaman los franceses a la zona de mar que va del noroeste al sur de Irlanda. Los marineros cántabros, que conocen bien el lugar, así la llaman también.

La novela, que avanza a cada paso con una cadencia de letargo y muerte, nihilismo entre océanos bravos, un punto muerto en el centro del Atlántico, es desoladora, pero infinitamente hermosa. Hay pasajes de ensoñación: «En los barcos de fuegos, los paleadores del carbón saben que hay un alma asesina en la multitud de las llamas. De los barcos de vela se sabe que el viento, en un mal calculado impulso de gigante, en el punto donde la fuerza bruta se hace fuerza de muerte, rompía los equilibrios milagrosos de las naves, abriendo la estela de los naufragios. En los barcos de motor no hay mitología de la fuerza». Eso mismo. Perseguía mi propia «mitología de la fuerza». El caminante y la ciudad. El caminante y la línea del deseo. Mi travesía, tras salir de Puerto del Sol, me había llevado kilómetros más allá, hasta Gran Sol. Un viaje, una expedición por el interior de una ciudad catalogando desapariciones, certificando cierres definitivos, comprobando las fallas, cismas, posibles expulsiones de magma.

Al final de la calle, justo al fondo, sin que me diera cuenta de ello, llegué al Instituto Geológico y Minero. Hace años visitamos el subsuelo, bajamos hasta una mina real usada por los estudiantes, justo allí, para asombro de todos y horror de una amiga que tuvo que salir rápidamente porque sentía claustrofobia. Unas escaleras mecánicas te conducían hacia abajo, directo a la oscuridad. Salimos. Fuera, en la calle, la ciudad seguía igual, pero la existencia de una mina en medio de la urbe es desconocida por muchos. Lo mismo que su colección de piedras de toda clase. Varias me habían llamado la atención. Una de estas, un fragmento de meteorito, un objeto celeste cruzando el universo, tenía su propia biografía. Un meteorito de pequeñas dimensiones (45 × 31 × 20 cm) y 100 kg de peso apareció hacia 1980 en un campo de labor próximo a Retuerta del Bullaque, Ciudad

Real. La piedra se la encontró un vecino, que creyó que debía de tratarse de algo relacionado con la Guerra Civil. Durante años, antes de acabar expuesta en una vitrina, este le dio variados usos domésticos: el pedrusco sirvió para prensar jamones en su fase de salazón.

Hay tantos meteoritos que existe hasta un catálogo que los clasifica según la manera en que se encontraron, ya sea en *caídas,* aquellos recogidos tras haberlos visto caer, o *hallazgos,* los encontrados y reconocidos por sus características como tales pero que nadie vio precipitarse contra la Tierra. El ejemplar más antiguo es de 1576 y fue encontrado en Argentina. Tiene un nombre exquisito: Campo del Cielo, un subterfugio bello para nombrar a un camposanto. Poesía celestial. Yo inmediatamente le añadí algo más: Campo del Cielo y el Infierno en honor a William Blake y las bellas metáforas alquímicas. Atravesamos una y otra vez, la mayoría de las veces sin apenas darnos cuenta, territorios sagrados. Profanamos pactos y recuerdos.

Fragmento del meteorito Campo del Cielo de 1576.

También se conservan dientes de tiburón extraídos de una excavación, como recordatorio de lo que una vez, hace millones de años, fuimos y también seguimos siendo, ya sea bajo el subsuelo o en nuestros cuerpos. Una extensa laguna, el mar que inundaba esta tierra, ese divino elemento que nos dio vida y todavía hoy lo sigue haciendo. Pero ahora es el momento de hablarles a los muertos. Camino sobre estos, miles de cadáveres. Bajo mis pies, a escasos metros, están sus restos. Se levantaron edificios de viviendas sin miramiento alguno. Cal y tierra y planes de urbanismo frenéticos. Persigo a un muerto, a Ribalta, a su fantasma, pero en realidad son muchos los que me

acompañan.

Un paseo por el cementerio

La comitiva avanza entre los nichos y panteones abiertos en canal, entre cipreses mudos en mitad de la noche, apenas un ligero balanceo por el viento, y la vista pegada al frente, inquieta, buscando concordancias; esa sombra engañosa, aquel atisbo de movilidad. La paz del cementerio destierra fantasmas. O debería. Llevan chisteras, aunque por entonces, 13 de febrero de 1901, ya están pasadas de moda y son algo propio de marqueses anticuados y bohemios excéntricos metidos en formol. Porque el sombrero de copa impugna la modernidad. Copas altas de ala recta, melenas sedosas y, en algunos, hasta rubias, corbatines de seda que dan tres vueltas al cuello. La estampa «hubiera entusiasmado al Greco», escribe Azorín cuarenta años después. El grupo, que homenajea al poeta suicidado, al último romántico, Mariano José de Larra, lo forman Pío Baroja, Ignacio Alberti, Ricardo Baroja, Camilo Bargiela, los hermanos Fluixá, Antonio Gil y el mismo Azorín.

Otro 13 de febrero, pero esta vez de 1837, el héroe se vuela la tapa de los sesos. Su hija, que tiene solo cinco años y va en busca de su padre para darle las buenas noches, se lo encuentra ya muerto.

Una vez más la ciudad y sus vínculos, la fuerza motriz que lo une todo: Larra nace a los mismos pies del viaducto —siempre tan impresionante y tremendo; se ve más alto y grande de lo que es, duro e impactante— famoso por la epidemia suicida que jamás ha cesado y que se inauguró al poco de su finalización, cuando una joven, desesperada porque sus padres la obligan a casarse con un hombre que no desea, se arroja desde lo alto, pero el milagro sucede: planea levemente con ayuda de su falda de ballena, estrafalaria y enorme, un pequeño paracaídas que se engancha en las ramas de un árbol, y la aprendiz de suicida acaba solamente con algún hueso roto. Cosas de suicidas, como lo que vi un día al pasar bajo el viaducto, un cuerpo cubierto con una sábana junto a varios policías. En otra ocasión, mi pareja, que primero oyó un sonido seco, seguidamente giró la cabeza y vio un cuerpo aplastado en una posición inverosímil. O mucho antes, cuando a un amigo se le cayó, literalmente, sobre el techo del autobús en que viajaba el cuerpo de un hombre.

Y allí está; el nicho de Larra es el final del camino, y la banda se congrega a su alrededor. Leen, brindan, se emocionan y, como siempre sucede, aquello termina en un panfleto, un manifiesto. El 24 de marzo de 1909, con ocasión del centenario de su nacimiento, Ramón Gómez de la Serna organiza en el café Fornos una cena de

homenaje a Larra. Entre los invitados, el propio Larra, que lógicamente no acude pero a quien se le guarda silla, mantel y cubierto. Con Larra conversa Ramón, lo mismo que el resto. «Solo un necio hubiese dicho que estaba vacío el sitio», afirma luego en *Prometeo*.

Azorín repite ofrenda macabra al año siguiente, en mayo de 1902, cuando se exhuman los restos de Espronceda para trasladarlos al cementerio de San Justo. No queda más que una masa informe de huesos, un revoltijo de podredumbre y escoria. Aunque milagrosamente su chaleco está intacto. Seda de color marrón con botones de nácar. La reliquia sagrada conmociona a todos. Los congregados murmuran, exclaman, entonan algún pasaje de un poema. Azorín lo observa todo con lágrimas en los ojos y, cuando nadie lo ve, corta un pedacito de botón, que guardará toda su vida en una caja de cristal. Las palabras del poeta: «Me agrada un cementerio / de muertos bien relleno, / manando sangre y cieno / que impida el respirar, / y allí un sepulturero / de tétrica mirada / con mano despiadada / los cráneos machacar».

También se exhuman y trasladan los restos de Larra. Ellos lo observan unos segundos. Sobre el cráneo, una corona de laurel. La Santa Bohemia.

Y Azorín vuelve y vuelve: «Fuimos varias noches, después de la tertulia del café, a uno de esos cementerios abandonados, allá por la Puerta de Fuencarral —cuenta, refiriéndose seguramente al Cementerio General del Norte—. Por un portillo del muro saltamos dentro. Divagamos en el silencio de la noche entre las viejas tumbas. Nos sentíamos atraídos por el misterio. La vaga melancolía de que estaba impregnada esa generación, confluía con la tristeza que emanaba de los sepulcros». La vida y la muerte tocándose. La patria herida y agonizante. La reacción expectante. Un país de cuervos negros, clericalilla y aristócratas. Alguien lanza una idea que todos aplauden. La próxima vez que haya luna llena, cada uno de ellos volverá al cementerio a las dos de la madrugada y, una vez allí, representarán, entre las tumbas, un pasaje de *Hamlet*. Una verdadera máquina de muerte y más muertes: el padre de Hamlet, Polonio, la madre de Hamlet, el rey, el mismo Hamlet. Ofelia se quita la vida ahogándose en un lago. Ya lo sabemos: «Morir, dormir, nada más».

Los cementerios son vandalizados constantemente. Las lápidas sirven para apoyar los vasos de ajenjo en los cafés modernistas. Te agachas y, tras echar un vistazo, lees bajo la mesa el nombre del difunto o difunta. Brindar por los ausentes. Y esperar lo inevitable.

Algunas artistas, como Tórtola Valencia, acompañada por una comitiva de intelectuales de la golfemia, llega a bailar en uno de aquellos lugares. Emilio Carrère, que los visita constantemente, aparta

con su bastón las mortajas, se entristece por el abandono. Lo mismo que Baroja, estremecido ante la soledad y frialdad de la calle Magallanes, paralela al Cementerio General del Norte, que cruza esperando que, al hacerlo, se abra la puerta a un relato. A veces sucede; otras veces, en cambio, regresa como si llevase sobre sus hombros un cadáver.

Así que tres décadas más tarde de las incursiones entre los muertos de Azorín y su banda, el cementerio seguía irradiando su foco de atracción, pero sobre todo lo hacía entre el ardor fúnebre de los poetas de derechas, y alguno que otro que soñaba con el ruido de sables, las descargas y los fusilamientos. «Mientras bajábamos por la explanada —cuenta el fascista italiano Curzio Malaparte en *Kaputt*—, Agustín de Foxá me contaba haber ido una noche con algunos amigos a ver abrir las tumbas del viejo cementerio de San Sebastián, enclavado en un suburbio de Madrid».

El año es 1934 y las tensiones, tras la revolución asturiana del mes de octubre, se intensifican y recrudecen. Han ordenado desmantelar el viejo cementerio, apenas una ciudadela desamparada que se alza a la altura de la calle Canarias, junto a Méndez Álvaro, únicamente visitado por pobres sin hogar y vagabundos, que se echan entre sus destrozados panteones. De Foxá, con la noche cayendo poco a poco, no está solo. Lo acompañan César González-Ruano, Carlos Miralles, Agustín G. Viñolas y Luis Escobar, jóvenes poetas y literatos de derechas. Malaparte, a través del testimonio de Foxá, nos describe cuál era el aspecto del camposanto: «Muchas tumbas ya habían sido abiertas y vaciadas. Los muertos aparecían en las cajas abiertas: toreros con sus abigarrados trajes, generales con uniformes de gala, sacerdotes, jovencitos, burgueses ricos, muchachas, nobles damas, niños».

Todos ellos, sobre la marcha, se inventan historias y biografías imposibles de los cadáveres: «A una joven muerta, sepultada con una botella de perfume en las manos, el poeta Luis Escobar le dedicó inmediatamente una lírica: “A una bellísima mujer que se llamaba María de la Concepción Eloja”. También G. Viñolas le dedica una poesía a un pobre marinero muerto casualmente en Madrid y enterrado lejos de su mar, en aquel triste cementerio. De Foxá y sus amigos, un poco achispados, se postran de rodillas ante el féretro del marinero, musitando oraciones de difuntos. Carlos Miralles coloca sobre el pecho del muerto un pedazo de papel en que había dibujado con lápiz una barca, un pez y algunas olas marinas; seguidamente todos hicieron la señal de la cruz, diciendo: “En nombre del Norte, del Sur, del Este y del Oeste”. En la tumba de un estudiante apellidado Novillo había este epígrafe medio borrado por los años: “Dios había interrumpido sus estudios para enseñarle la verdad”. En una caja de

valiosos cierres de plata yacía el cadáver momificado de un joven gentilhombre francés, el conde de la Martinière, que en 1830, después de la caída de Carlos X, había emigrado a España con un grupo de legitimistas franceses. César González-Ruano se inclinó ante el conde de la Martinière, y le dijo: "Yo te saludo, valiente noble francés, devoto fiel a tu rey legítimo, y lanzo en tu nombre un grito que ya no puede brotar de tus labios, un grito que hará estremecer a tus huesos: ¡Viva el rey!"». Según Malaparte, dos vigilantes —en realidad una pareja de guardias republicanos—, al escuchar el alarido, fueron hasta ellos y, tras pedirles la documentación, se llevaron detenido a González-Ruano.

Puede que el testimonio de Malaparte, adorado por los falangistas, sea un poco exagerado. Sin embargo, forma parte de la pasión necrófila y romántica de una facción de poetas y escritores que, a finales de 1934, toma los viejos y destartalados cementerios madrileños para organizar visitas al caer la tarde que, en ocasiones, se prolongan hasta el anochecer.

Las incursiones vandálicas en los camposantos de la capital por parte de aquellos escritores nostálgicos del viejo romanticismo fueron frecuentes. Foxá, en noviembre de 1935, confiesa que «una noche movimos esta tierra y apareció un siniestro carnaval subterráneo: sacerdotes con sus casullas de plata sobre el esqueleto; generales con bandas y cruces irónicas sobre su pecho de momia; muchachas desmayadas sobre almohadones de negro terciopelo; cortesanos de casacas bordadas; niños antiguos con estampas de corderos y el emblema de Jesús; caballeros de Alcántara y Montesa; frailes de parda capucha y carbonizada calavera». Quizás todas estas visiones se produjeran ya muy avanzada la tarde, cuando concluían las visitas a los cementerios, pero todo parece indicar que aquella manía funesta y regusto por lo espantoso venía de atrás, en una ciudad que se dirigía hacia la barbarie armada.

En julio de ese año, el mismo José Antonio Primo de Rivera, aprovechando la resonancia que estaba teniendo el centenario del romanticismo, pronunció en el Parlamento el discurso «Romanticismo, revolución, violencia». Hubo polémica a la hora de elegir la fecha. Finalmente se tomó la decisión de hacerla coincidir con el estreno, cien años antes, de *La conjuración de Venecia,* de Francisco Martínez de la Rosa. La fecha de 1837, año del suicidio de Larra, parecía en cambio ser la más apropiada, y así era. Sobre su sepulcro, Zorrilla leyó unos versos. Sin embargo, no se aceptó vincular un centenario con la pistola aún humeante de un poeta.

Francisco Bonmatí, uno de los participantes, publicó al poco de comenzar las lúgubres rutas una apasionada defensa de estas, un alegato que sirve para conocer las razones y los ideales de sus

promotores: «Una lluvia sucia de materialismo enfanga el blasón de nuestra España auténtica; tinieblas densas de decadentismo ocultan el sol de su grandeza vieja; y cuando todo hace creer que ha muerto el espíritu racial de nuestra patria, un pelotón de jóvenes católicos, caballeros del ideal, emprenden, capitaneados por Rodríguez de la Riva y seguidos por un grupo de ilustres literatos, la noble cruzada neorromántica de llevar flores de emoción y recuerdo a las tumbas viejas de los antiguos cementerios matritenses; y en torno a ellos y aguantando las inclemencias de estas tardes invernales, frías y húmedas, se congrega una muchedumbre numerosa que pone auroras de optimismo en la noche cuajada de desesperanzas. No ha muerto el espíritu de la España hidalga, caballeresca y romántica, sus más puras esencias perfuman el arca antigua que guarda como oro en paño, el alma noble de muchos españoles y españolas fieles a sus tradiciones, devotos a sus características de raza, paladines de idealismo y espiritualidad. Caballeros católicos de "Los jóvenes y el arte", yo os saludo en nombre de la España auténtica y hago votos por el triunfo de vuestra magnífica cruzada neorromántica».

Los jóvenes y el arte, como se hacían llamar informalmente, lo formaban estudiantes católicos y escritores de derechas como Foxá, González-Ruano o José María Pemán, entre otros. El grupo estaba dirigido por Mariano Rodríguez de Rivas, que llegó a ser director del diario *Ya,* colaborador del falangista *Arriba,* director del Museo Romántico y condecorado por el franquismo con las encomiendas de Isabel la Católica y Alfonso X el Sabio. Posiblemente, poco después de la incursión narrada por Malaparte comenzaron las visitas guiadas a los viejos cementerios, que el mismo González-Ruano describió en sus memorias como «extrañas reuniones de un dandismo quizá un poco trasnochado», algo que curiosamente fue lo que dijo sobre estas la misma izquierda y la cultura no derechista de la época.

El 18 de diciembre de 1934 tuvo lugar la primera cita, en el Cementerio General del Sur. Los asistentes llegaron en autobuses, en una caravana organizada por el grupo. En este primer acto participaron «la señorita María Cardona —cuenta el escritor Miguel A. Iglesias—, quien recitó la poesía "¡Dios mío qué solos se quedan los muertos!" de Bécquer; Miguel Moya Huertas, que disertó sobre el pintor Leonardo Alenza ante su tumba; Mariano Rodríguez de Rivas, de "Los jóvenes y el arte", que exaltó la figura del miniaturista Florentino de Crane; el colaborador de *ABC* y posteriormente de *Blanco y Negro,* Gregorio Corrochano, que frente a sus tumbas habló sobre el arte torero de los maestros románticos Pepete y el Chiclanero y, finalmente, el último en intervenir fue el peruano dramaturgo, empresario de teatro y también asiduo colaborador en *ABC,* Felipe Sassone, que glosó el epitafio que dice: "¡Espíritu de mi amada,

descansa en paz!" y terminó su disertación "besando unas rosas que echó sobre el nicho de la 'novia desconocida'", gesto muy al tono con el lugar y el aire que se le quería dar al acontecimiento. Finalmente, los asistentes hicieron lo propio y depositaron flores "sobre las tumbas de los seres de la generación romántica"».

Cuatro días más tarde, con más asistencia de público, se organizó la segunda visita, esta vez al cementerio de San Sebastián (es posible que esta visita no coincida con la descrita por Malaparte, que quizás tuvo lugar antes y sirvió de preludio para esta otra, mucho mejor organizada). La tónica fue parecida. Un desfile por las lápidas y los panteones, algunos a medio desenterrar. Intervinieron miembros de la ultracatólica Renovación Española, amigos y colaboradores de Dionosio Ridruejo o redactores de *Vértice*. Terminó César González-Ruano, «ante la tumba de un vizconde francés: frente a la sepultura del vizconde César de la Martinière», que reivindicó «como católico y monárquico».

Cada convocatoria atraía a más y más gente. Los paseos se hacían entre tumbas y desastres, entre el estupor de unos y el asombro y la curiosidad macabra de otros. Muchos eran aristócratas ávidos de funebrismo, lo mismo que elegantes mujeres. La tercera de las visitas tuvo lugar cinco días más tarde, el miércoles 26 a las tres y media de la tarde, en la parte antigua del cementerio de San Isidro. «A "Los jóvenes y el arte" los acompañan ahora figuras más conocidas —prosigue Miguel A. Iglesias—, también de significada ideología conservadora. Participan de los primeros: la joven aristócrata Margarita de Pedroso, "Ante la tumba de un niño"; Felipe Gómez-Acebo, "Soledad y recuerdo", y Antonio Mas-Guindal, "Ante Cayetana, duquesa de Alba", sobre cuya tumba se ofrenda una corona de violetas y camelias. Los invitados fueron el novelista del Madrid castizo Pedro de Répide, que "explicó la historia de la Sacramental, y aporta al acto su entusiasmo por Madrid y el romanticismo"; Francisco Bonmatí de Codecido, escritor y periodista, colaborador ya entonces de *ABC* y posteriormente de *Ya*, *El Alcázar, Domingo, Fotos, Semana e Informaciones,* que "habló frente a la tumba de la beata fundadora de la Paloma y aportó curiosos detalles de su vida". El siguiente orador fue Fernando de la Quadra Salcedo, marqués de Castillejos, notoriamente conservador, "que habló frente al epitafio de un militar, en el que con hidalguía española se recogen las creencias y virtudes del alma española". Le siguió Eduardo Marquina, que recitó unos versos en el atrio de la capilla de San Andrés y, el falangista Agustín de Foxá, conde de Foxá, que leyó "Despedida de los muertos". El acto terminó al anochecer con una novedad musical frente a los anteriores, la interpretación de unas piezas de Schubert y Schumann».

La cuarta visita sucedió la tarde del 29 de diciembre, a las tres y

media de la tarde, en el viejo cementerio de San Martín. A pesar de la lluvia, acudió medio millar de personas. En enero de 1935, con la violencia política tomando las calles, se celebró la última visita a los cementerios. Aquello fue una convocatoria en que la iniciativa se quemaba a sí misma, anunciándose la finalización de la actividad. Lo multitudinario de la asistencia hizo que los actos fuesen incontrolables. Se celebró en el cementerio de los Héroes del Dos de Mayo, junto a la ermita de San Antonio de la Florida. Entre los participantes destacaba José María Pemán, quien pronunció un «elogio fúnebre a los allí enterrados».

José Antonio asistió a alguna de estas citas. González-Ruano, recordando aquellos días, lo describió como «expansiones un tanto extrañas y muy como de señoritos ante la guillotina en un Madrid achabacanado y amenazador, rojo y grosero».

Tan cerca

Alrededor del siglo XIII comenzó nuestra manía de ser enterrados en las iglesias, ya fuese dentro del templo —siempre y cuando fuésemos santos, reyes, filántropos y obispos— o en las inmediaciones, en cementerios que existían frente a su fachada o detrás del edificio, como aún puede verse en la iglesia de San Sebastián, una de las que peor olía de la ciudad y cuyo cúmulo de muertos llegó a ser tal que el hedor se hizo insoportable. Hoy, donde una vez estuvo el camposanto existe una hermosa floristería, como si el futuro hubiera tomado cartas en el asunto para borrar tanta afrenta. Flores frescas y dulces fragancias para enterrar el horror.

El miedo a los contagios abrió el debate sobre dónde enterrar. En las iglesias, cada cierto tiempo, debían hacerse mondas para poder albergar a más y más muertos: se exhumaban los cuerpos, de los que solo interesaban sus huesos, que iban a parar al osario del templo. Pero esta solución pronto se mostró insuficiente.

Hace siglos poco nos preocupaban la higiene, los malos olores o el miasma, auténticos vehículos del terror que transportaban una muerte invisible, o eso pensábamos. Hasta bien avanzado el siglo XIX seguía creyéndose que el cólera se transmitía mediante el aire viciado y no, como resultó ser, por la contaminación del agua, a través de pozos negros y arroyos subterráneos que portaban materia fecal con el bacilo colérico que, más tarde, regresaba a nosotros y que bebíamos en fuentes públicas.

También aquí llegaron los ecos modernizadores, y al mismo tiempo represores, de París y Haussmann. Los ilustrados no solo vieron la planificación de las ciudades y el nuevo urbanismo como un cuerpo humano, un ente orgánico. La Gran Vía fue una operación traumática y salvaje, una cicatriz en pleno centro que arrasó muchas calles antiguas y recuerda mucho a lo sucedido en París. Nuestro Haussmann fue el ingeniero Carlos María de Castro y su famoso plan Castro, responsable del enorme Ensanche de Madrid. Aunque Castro propuso que cada manzana debía contar con un patio interior, facilitando así la iluminación y ventilación del vecindario, aquella idea fue vista por los constructores y propietarios de los terrenos como un despilfarro de espacio. Igual que los muertos en iglesias. Una economía que jugaba con lo muerto. Los edificios se comprimieron y muy pocos contaron con esos patios.

Aquello fue el más vivo ejemplo del clasismo y la ciudad reglada. Sus huellas, como siempre sucede, siguen ahí. A ambos lados de la

Castellana se acomodarían las clases altas; los barrios de Salamanca y Chamberí, a su vez, se destinarían a las clases medias. Al sur, por supuesto, se concentrarían las clases populares. Más allá, alrededor de Delicias y Legazpi, las industrias, y al otro lado del Manzanares, el granero que abastecería a una urbe insaciable y aprisionada. Pero los cementerios, desparramados junto a la cerca, obstaculizaban los proyectos expansionistas. Islotes en medio de la urbe, fortalezas del miedo, una superficie inútil prescindible. Comenzábamos a mostrar una seria preocupación por tanta podredumbre y hediondez tan próximas a las casas y, sobre todo, al centro. He aquí un nuevo mapa, un nuevo comienzo.

En París pasa algo parecido. Los cementerios casi se apoyan en los edificios de viviendas, derramándose sobre estos. Aquí, junto a camposantos de bajas verjas y fácilmente franqueables, invadidos al caer la noche por perros y bandidos, hay mataderos a un paso de corralas, aguas fecales, aire estancado por el amasijo de casas y casuchas. La ciudad debía abrirse en grandes avenidas o calles más anchas, expandirse. El símil de los nuevos urbanistas y arquitectos era perfecto: calles y avenidas obstruidas, arterias que exigían correr libres, sangre nueva. El jardín romántico y la ciudad del futuro, por otro lado nunca realizados, del afrancesado Fernández de los Ríos, frente a los pozos negros y el hacinamiento. Mientras tanto, en la Villa se desata la moda de los perfumes, los bailes de máscaras, los paseos en carruajes por el Retiro y, en su reverso tenebroso, el carro de los muertos, la miseria y la violencia.

Tenía los datos, los nombres, las fechas y muchos planos. Pero me faltaban las personas. A través de una asociación de vecinos logré contactar con Virginia Mayalde, una anciana que vivía precisamente en la calle Magallanes, antiguamente uno de los lugares que había que evitar y hoy una calle de un barrio de gente acomodada. Vivía en una modestísima casa y su familia, en su día adinerada por la venta de propiedades, había venido a menos. El bisabuelo de Mayalde, Alberto Javier Carbajo —barba blanca, muy corpulento y siempre, a juzgar por todas las fotos que me mostró, con el mismo rostro serio—, había sido uno de los últimos enterradores del Cementerio General del Norte. Sobre él su familia decía de todo; ella, sin mucho entusiasmo, conocía parte de su historia, pero tampoco era algo que se comentase mucho en la familia. Un tipo de temperamento nervioso y agitado, díscolo y que, en más de una ocasión, pasó unos días entre rejas. «Así es como uno acaba metido en líos», añadió.

Hablaba en la penumbra de su casa, con una cajita con muchas fotos en las rodillas. Ella sabía muchas de las historias de su bisabuelo porque en su día, antes de morir de una enfermedad extraña —«a causa de algo relacionado con la sangre», me dijo—, se había

convertido en alguien dado a las historias, a ser protagonista de estas. La mayoría, según ella, eran falsas. Me contó que, inicialmente, los cadáveres se depositaban en las parroquias antes de llevarlos al cementerio. La carreta de los muertos era una visión espantosa. La anciana que tenía ante mí, siendo niña, había llegado a ver alguna. «Más en los pueblos, pero pocas aquí, en la ciudad. Aún te las encontrabas en Fuencarral, que hasta los años cincuenta era un pueblo separado de la capital y con un gran atraso», me dijo.

Los carreteros, generalmente borrachuzos, depositaban los cuerpos de cualquier modo y, en su trayecto, solían parar con su carga en alguna tabernucha para templar los nervios. Los cadáveres, con frecuencia, eran ultrajados antes de acabar en la tumba. Estos carreteros no lucían distintivos y eran seres solitarios y estigmatizados, repelentes y de dudosa moralidad. Lo mismo que los enterradores del cementerio, como su bisabuelo y los suministradores de cuerpos de Ribalta que cruzaban la ciudad, desde el cementerio de Fuencarral, para hacer sus negocios.

No fue hasta 1907 cuando el ayuntamiento se hizo cargo de los servicios de pompas fúnebres, intentando evitar el trasiego constante de muertos por el centro de la ciudad. Las normas eran claras: estaba prohibido transportar cadáveres de cualquier modo, a mano o en hombros, pues existía una Oficina de Higiene y Policía Mortuoria dedicada al control de la circulación cadavérica.

Chabolas apoyadas junto al Cementerio del Norte, ya desmantelado y en ruinas, en 1914. Corresponde actualmente a la calle Magallanes.

En la familia se contaban toda clase de chismes propios de la novela gótica, de la literatura inglesa, donde abundan los ladrones de cadáveres y bandas que asolaban los camposantos. Sin embargo, tampoco nos libramos de lo truculento. El 6 de septiembre de 1826,

los enterradores del Cementerio General del Norte fueron detenidos por la policía, que descubrió que, en mitad de la noche, estos habían abierto el nicho de la esposa del marqués de San Rafael y, pagados por este, le habían cortado un dedo al cadáver y lo habían puesto en un recipiente de vidrio, momento en que fueron sorprendidos.

Su bisabuelo era un hombre solitario y triste. «Nadie quería tenerlo al lado. Los enterradores, como los balsamistas, estaban siempre rodeados de comentarios malos y era difícil quitarse de encima ese estigma. Al final, con quien tenía contacto era con algún cura, forense o policía, o con los taberneros que regentaban los negocios en que paraban los enterradores», me confesó. No recordaba más datos. «No paraban en el centro, eso seguro. Iban más a tabernas de las afueras, en posadas y cosas así. Aquí había muchas, lo mismo que en Cuatro Caminos, desde donde se salía de Madrid».

Pero esto comienza a cambiar a lo largo del siglo XIX, cuando se intenta invisibilizar la muerte y alejarla de la urbe. En 1813 un sorprendente dictamen de la Comisión de Salubridad del ayuntamiento apoyaba así la recomendación hecha por varios médicos de no exponer a los muertos en las parroquias: «Es contra la buena policía pues, además de las razones médicas que quedan expuestas, causan diferentes malos efectos según las diversas ideas y disposición de las personas que ven estos espectáculos: a los pulcros y delicados causan asco, los nerviosos y mujeres débiles e histéricas se oprimen y acongojan, los pusilánimes se acobardan, los niños se amedrentan, al indiscreto infunde ideas melancólicas y da lugar a meditaciones profundas y a no pocos hacen tímidos, asustadizos y afeminados y los hace más a propósito para seguir las huellas de la esclavitud e ignominia que para educarse con máximas liberales».

La muerte se escamoteaba.

Muchos, mientras esto sucedía, defendieron la expulsión de la inmundicia con soluciones esperpénticas. En cuanto a los mataderos, los desechos podían ser vertidos al inmediato río y asunto solucionado. Todo indica asociaciones poco decorosas, un regusto por las tinieblas. El actual Matadero, hoy un vasto complejo cultural, fue creado a partir del deslumbramiento de su creador, Luis Bellido, por los mataderos alemanes, especialmente el de Belsen, tras una gira europea donde visitó instalaciones y estudió modelos productivos en una terrible evolución de lo que sabemos que vino luego: los campos de concentración, que se inspiraron en los mismos mataderos, convertidos estos en auténticas ciudades productivas por medio de sucesivos pabellones interconectados.

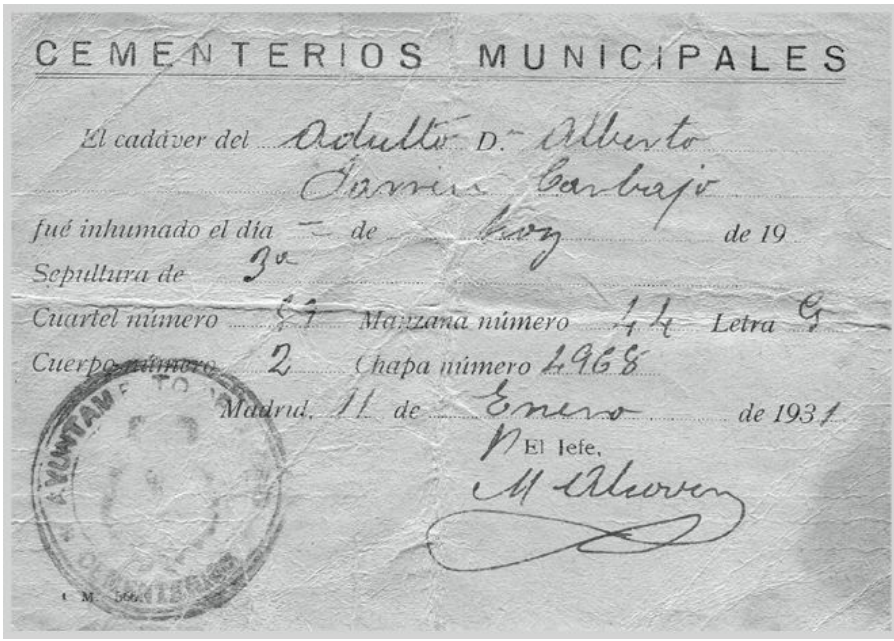
Pocos querían ser enterrados lejos de las iglesias y, por tanto, lejos de Dios y cerca de las regiones infernales, esas que siempre acechan. «Ataúdes había para todo el mundo, pero las muertes de los más

pobres se hacían a toda prisa, sin muchos remilgos ni fanfarrias. El cura y un ayudante, a lo sumo, antes de enterrarlo, y mi bisabuelo con la carreta a las puertas del cementerio. Eso es todo lo que había», me dijo Mayalde.

Antes de despedirnos, me enseñó —y pude fotografiar— un tipo de tarjeta que nunca antes había visto. Era el registro del enterramiento de su bisabuelo, sucedido en 1931. Llevaba el sello del encargado municipal de los cementerios de la ciudad, junto al sello republicano estampado en noviembre de aquel año en el reverso, meses más tarde de su fallecimiento. Posiblemente, el retraso entre una y otra fecha (es enterrado en enero y el sello es de noviembre, ya proclamada la República, por lo que tiene el sello del nuevo gobierno) se debe a que finalmente un tal «Martínez» le asignó, como señala, «una cruz de hierro». Decía así: «El cadáver del adulto D. Alberto Javier Carbajo fue inhumado el día — de — hoy — de — 19 —. Sepultura 3ª. Cuartel número 59. Manzana número 44. Letra G. Cuerpo número 2. Chapa número 4968. Madrid, 11 de enero de 1931». Una muerte exquisitamente organizada.

La expansión de la ciudad, sucesivas capas de cebolla que en poco tiempo se multiplican, fue progresivamente tragando aquellos viejos cementerios, mientras el sentido de las afueras cambiaba cada diez o quince años.

Sobre las antiguas cercas y tapias de Madrid se extendían nuevos poblados, inicialmente apenas un puñado de concentraciones de casas y, más tarde, nuevos barrios. Hasta 1868 se mantuvo en pie la antigua cerca, a la que se habían abierto ya varios accesos, que constreñía la ciudad y prolongaba los portillos. «Rompe y luze», la maravillosa leyenda de un proyecto de antiguo escudo de Madrid (1550), junto a la de «Con el ocio, lo lucido se desluce», es el deseo de crecer más allá de sus murallas, sin límites, liberando el deseo y la potencia constreñidos.



CEMENTERIOS MUNICIPALES

El cadáver del Adulto D.n Alberto Jarrín Carbajo

fué inhumado el día — de Hoy de 19

Sepultura de 3a

Cuartel número 59 Manzana número 44 Letra G

Cuerpo número 2 Chapa número 4968

Madrid, 11 de Enero de 1931

El Jefe,

M. Alcover

«Rompe y luze», borrador para un primer escudo de Madrid.

El cementerio español siempre ha tenido una impronta dura, trágica e incómoda. En nuestro país solamente poetas, bohemios y algunos ociosos e intelectuales los veían como lugares propicios para la ensoñación y el paseo. La belleza, asociada por algunos a estos lugares, nos sonaba extraña y disparatada. Enrique Sepúlveda, por

aquellos años, afirmaba convencido que «los católicos debiéramos mirar nuestros despojos como cosa despreciable y hedionda, por aquello que dijo San Bernardo: "Post hominem, vermis / Post vermis fetor et horror"».

Sus desmantelamientos no tuvieron mucha oposición, salvo por voces como la de Pedro de Répide, que en 1911 protestaba así por la desaparición de los primitivos cementerios: «Los cementerios, su construcción y su cuidado pueden dar idea de la idiosincrasia de un pueblo. París ha respetado sus camposantos. Cuando la población ha llegado a ellos los ha rodeado amorosamente, sin pensar en destruirlos. Madrid, en cambio, cuando ni las exigencias de las construcciones le obligaban a ello, ha derribado sus bellos y viejos cementerios, perdiendo con ello los restos de algunos hombres ilustres. Exactamente igual que un cura, para meter el cuerpo de su hermana, hizo sacar y tirar en una monda los restos de Lope de Vega, que reposaban en la cripta de la iglesia de San Sebastián, ocupando el segundo nicho de la derecha de la bóveda bajo el altar mayor. Lo mismo que al derribarse la iglesia de San Juan dejáronse perder los restos de Velázquez».

Las supersticiones y el mal fario de la visión del camposanto y los muertos atemorizaban a los vecinos. Nadie quería rodearlo «amorosamente». La clausura de los cementerios del Ensanche Norte se hizo entre el repicar de campanas y el trasiego incesante del temido carro de los muertos. En 1884 la epidemia de cólera azotaba una ciudad asfixiante, limitada en un espacio relativamente pequeño pero hiperdenso, y diezmaba sus arrabales. La mano mortífera del Ganges exigiendo su ración. El cementerio del Este, el de La Almudena, fue inaugurado como cementerio de epidemias. Oscuridad sobre oscuridad.

Mientras los operarios del ayuntamiento, enfundados en trajes blancos de supuesto aislamiento, pavorosos y espectrales, rociaban con azufre las casas invadidas y los enseres, en Arapiles y Vallehermoso se clausuraban sus viejos cementerios, polos de atracción negativa que alimentaban cuentos lúgubres entre los vecinos y que pronto serían ocupados por los más pobres para montar sus chabolas.

El Cementerio General del Norte, levantado en 1804, nuestro primer cementerio extramuros, se construyó donde hoy está la actual plaza del Conde del Valle de Suchil, al otro lado de la cerca de la Puerta de Fuencarral y al norte de la antigua cerca de Felipe IV, que se prolongaba por Alberto Aguilera, a la izquierda de la calle San Bernardo, entonces Acera Ancha de San Bernardo. Su ubicación exacta era entre las calles de Magallanes —la calle más sombría y triste de aquellos años, descrita por Pío Baroja como un camino funerario que

era conveniente evitar—, Fernando el Católico, Rodríguez San Pedro y Vallehermoso.

Su diseño y su construcción estuvieron dirigidos por el insigne Juan de Villanueva, que se inspiró en el parisino de Père Lachaise, con patios separados y sistema de nichos para ahorrar espacio. El primer cadáver que fue enterrado en él fue el de Teresa Montalvo, condesa de Jaruco y amante del rey José Bonaparte, muy amiga de la mariscala Hugo, madre del gran Victor. Pero la misma noche que siguió al entierro unos brazos misteriosos exhumaron el cadáver y lo llevaron a enterrar bajo un frondoso árbol del jardín de su casa. Su construcción, interrumpida por los combates contra las tropas franceses, fue la primera después de que se prohibieran los enterramientos en las iglesias. Frente a la capilla de Nuestra Señora de los Dolores existía una cruz de piedra levantada en una solitaria plazuela y que provenía del calvario de Leganitos.

Su novedad fue el sistema de nichos, algo nunca visto, que fue criticado por el vulgo, que sentía que no solo era expulsado de Dios, enterrado lejos de los templos, sino que sus cuerpos se aprisionaban entre muchos otros. Siempre nuestra obsesión por acumular y economizar el espacio. Se honraba, y hoy se sigue haciendo, a Nuestra Señora de los Dolores. En la actual parroquia, entonces una capilla que luego fue derribada, estaba la entrada, justo donde me encontré con los viejos restos expuestos por la reciente obra. Baroja visitó la zona a comienzos de siglo y, en una de sus novelas, la describe como «un paisaje árido, unido a la pobreza de las construcciones…, daba una impresión de fatiga, de incomodidad, de vida sórdida y triste».

En su planificación, en medio de los patios con su estructura de nichos superpuestos, se contemplaban enormes fosas comunes para los que no tenían dinero. En 1848, para comprobar la procedencia de los nauseabundos miasmas que se percibían en la zona, el teniente de alcalde del distrito de Universidad visitó el cementerio y salió estremecido. Temblando, cubierto de sudor frío, envió un escalofriante informe al vicario: «Pasé en seguida a visitar la fosa u hoya de gracia en donde se entierra a los que no pagan, y bajando a ella tuvimos ocasión de experimentar las sensaciones más repugnantes, que con pena relato a V.E., pero el deber así me lo impone. Nuestros pies se hundían en los cadáveres que solo estaban cubiertos con algunos dedos de tierra y en varios puntos ni aun bastaban a cubrir del todo los cadáveres. Por un lado se veía parte de una rodilla, de una cabeza y otros miembros medio amomiados, medio corrompidos, y la tierra siempre cedía a la huella. Horrorizados salimos de aquel lugar de putrefacción y a pesar de soplar un viento norte y fresco no se podía resistir estar cerca de la hoya al abrigo del aire».

El Cementerio General del Norte nunca gustó a nadie: los vientos

del Guadarrama llevaban directamente el olor de los cuerpos en descomposición al centro de la ciudad. El deterioro era tan importante que se tuvo que pedir ayuda a la policía para evitar que los familiares visitasen a sus difuntos el día de Todos los Santos. Había riesgo de hundimientos y aplastamientos, o algo peor: ser arrastrado hasta los subterráneos.

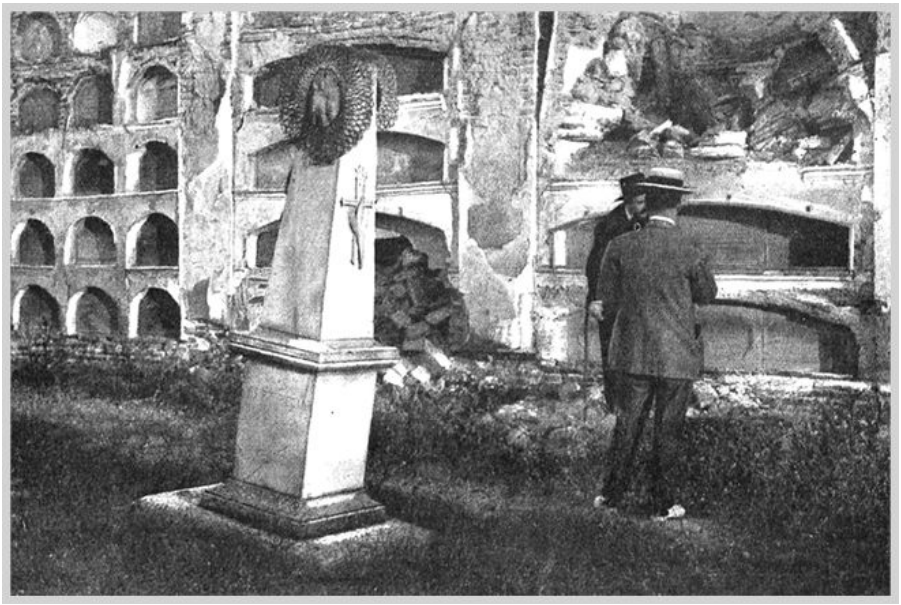
Por entonces, el crecimiento del barrio de Chamberí presionaba los lindes del cementerio, que pasó a ser una presencia incómoda y tétrica. Durante los meses de verano era todavía peor. El hedor, en las inmediaciones, resultaba insoportable, y la cercanía con las cañerías y pozos de aguas de Lozoya aumentaba el peligro de infecciones. El antiguo viaje del agua de San Bernardo rozaba la fosa común. El agua se filtraba, inundaba las tumbas, lo anegaba todo. Mesonero Romanos lo describe como «aterrador y desolador». No se equivocaba. Magallanes, colindante al cementerio, era una calle que convenía evitar. Los visitantes la describían como «fea y costrosa», una de las más sórdidas de la ciudad. En esa calle fue donde hablé con Mayalde acerca de su bisabuelo, el último de los enterradores.

Luego se quedó pequeño. Con la primera epidemia de cólera de 1834, una calamidad que se achacó a nuestra vida pecaminosa y afrancesada, este ya no daba abasto. En agosto de 1899 las autoridades visitaron el cementerio. *El Imparcial,* que cubrió el acto, afirmó que «la impresión que esta visita les ha producido no ha podido ser más desagradable. Los nichos caídos, las fosas generales con los cadáveres al descubierto, constituyen un foco de males y un espectáculo repugnante en alto grado. A mayor abundamiento, tanto en este cementerio como en las antiguas patriarcales, que aún se encuentran en peor estado y que están situadas en el centro de Chamberí, acuden a refugiarse innumerables vagabundos».

Una década más tarde es demolido. Baroja, que lo conocía muy bien, no volvió a visitarlo. Entre sus ruinas seguían viviendo gentes pobres y miserables. Tras su destrucción, en parte de su terreno se construyó la estación central de tranvías, con sus cocheras y oficinas.

El cementerio estaba casi unido a tres sacramentales, que surgieron y proliferaron cuando los feligreses de determinadas parroquias corrían el riesgo de ser enterrados junto a don nadies, prostitutas o bandidos. Eran los de San Luis y San Ginés (entre Magallanes, Fernando el Católico, Vallehermoso y Donoso Cortés. Se levantó en 1831 y era considerado uno de los más bellos. Se clausuró en 1884. Habían pasado muchos años desde que Mesonero Romanos, deslumbrado por su belleza, lo calificó de «Jardín de la muerte»), La Patriarcal (entre Joaquín María López, Vallehermoso, Donoso Cortés y Magallanes. Erigido en 1849, era muy pequeño, apenas un patio rodeado de nichos, y estaba destinado a soldados, funcionarios y

personal de palacio) y San Martín (entre la avenida de Filipinas y las calles de Juan Vigón y Jesús Maestro. Construido en 1849 y el más alejado de todos).



Emilio Carrère, con bastón, visita las ruinas de La Patriarcal *(Mundo Gráfico,* 1917).

El de La Patriarcal, dirigido por la Hermandad de Palacio y Santísimo Cristo de la Obediencia del Buen Suceso, fue uno de los primeros en ser saqueados. Los veladores de muchos cafés bohemios, en su parte posterior, mostraban los nombres de los fallecidos. Nunca el decadentismo y los fanáticos de la tertulia, entre tragos de ajenjo o vinacho, estuvieron tan cerca de la muerte. También muchas tiendas mostraban grandes letras de bronce robadas del camposanto. O queserías y pescaderías, que aprovecharon el mármol *desviado* para cortar y exponer el género. Pedro de Répide, el que más lamentó aquel abandono de los viejos camposantos, lo describió así: «El inmediato cementerio de la Patriarcal, parece que ha pasado por una gran catástrofe, que ha padecido un cataclismo geológico o ha sido campo de tremenda batalla. Algunas de sus galerías, arrumbadas y cuarteadas con enormes resquebrajaduras».

La Patriarcal, sin embargo, se hizo inmortal gracias a la literatura y los recuerdos de los niños nacidos en la posguerra, cuando aún resistían las ruinas de muchos cementerios, largo tiempo cerrados y en desuso e invadidos ahora por okupas, que vivían en sus panteones o junto a las tumbas, en chabolas de madera y latón, o apoyando sus viviendas en los muros. En los terrenos de La Patriarcal jugaron

muchos de esos chavales. Bastaba patear un poco la tierra para dar con huesos o maderas de ataúdes podridos. Lo llamaron Campo de las Calaveras.

Un poco más allá estaba el de San Martín. Gutiérrez-Solana, siempre tan dado a lo necrófilo, lo recordaba en 1923, tres años antes de su derribo definitivo, «rodeado de desmontes con algunas casas nuevas; más allá se ven unas chozas miserables». Actualmente, en su solar, está la calle de Santander.

Funciona por acumulación. Una vez que tienes la información, en mi caso encontrarme en el epicentro de un inmenso camposanto o, mejor dicho, varios de ellos unidos entre sí y que alcanzan una vasta extensión, todo adquiere coherencia. Situarse en la plaza del Conde del Valle de Suchil es rendirse ante la evidencia de semejante amputación, su rápido relleno, la falta de vida, la fealdad de las reconstrucciones apresuradas. El extraño nombre no dice nada bueno: un título nobiliario creado por Carlos III y concedido originariamente a un empresario minero —con la mina subterránea muy cerca de allí — y terrateniente que hizo fortuna en México.

Así que Chamberí es hoy una inmensa e invisible necrópolis donde los excavadores no tienen que trabajar mucho para dar con desagradables hallazgos.

El territorio, la morfología del paisaje, nunca cambia del todo. «La historia nos tenía captados», confiesa Azorín. A mí, sin duda, me sucede lo mismo. Rehenes de un relato que va y viene. El círculo de fuego que jamás se detiene. Rebuscar y rebuscar entre documentos, dar con el dato, comparar fotografías y, sobre todo, pasear mucho.

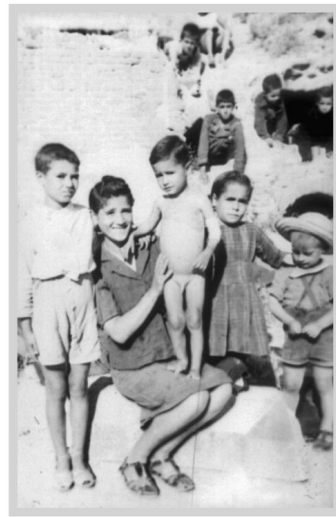
Allí donde hubo cementerios, cuando fueron demolidos, se levantaron casas de uno o dos pisos. Más tarde, superaron los cuatro, y en los años treinta del siglo pasado, fruto de la presión demográfica y urbanística, en ocasiones se alcanzaron alturas de seis o siete. La ciudad, donde antes terminaba, se expandió, desbordándose, un monstruo insaciable que levantaba moles verticales atestadas de vecinos que, sin embargo, desconocían lo que estaba abajo, no muy abajo, muy cerca de ellos. Cercándolos.

Y sucede. Cada cierto tiempo sucede que el pasado resuena y resurge, nos exige que le prestemos atención. Los muertos no se han ido.

En 1994, durante las obras de construcción de un aparcamiento, se hallaron 320 cadáveres de una fosa común situada en la calle de Arapiles. A tan solo doce metros de la superficie. Los obreros, ante la visión del amasijo de cuerpos, salieron despavoridos. Los forenses, que trabajaron sin descanso durante días, estaban desbordados. Los cuerpos salían sin parar del interior de decenas de furgonetas en un interminable desfile necrófilo. Uno de los periodistas que cubrió la

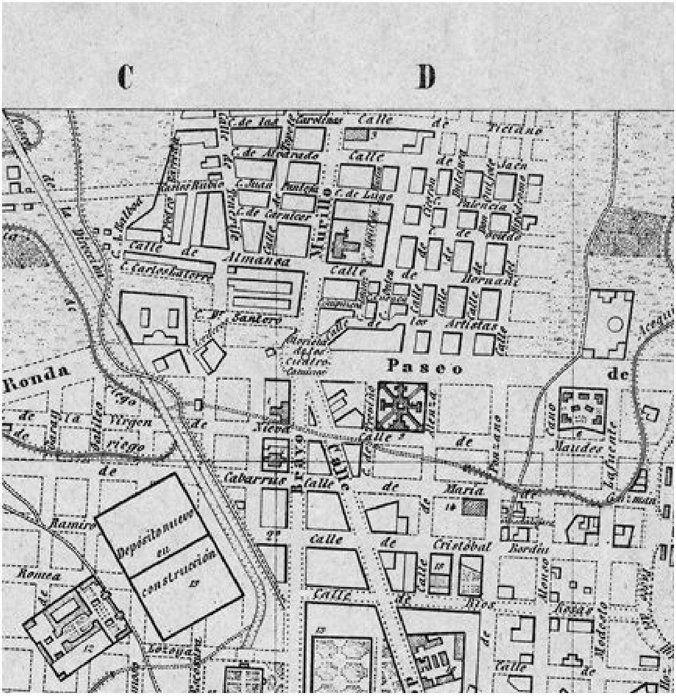
noticia escribió: «Los restos humanos sirven de asiento a calles y edificios». Estos son los estratos que forman la ciudad. La carroña encapsulada, esa que nos susurra un puñado de verdades, lanzando afrentas antiguas y exigiendo compensaciones por tantos agravios y desvergüenzas sufridas.

Y ahora que el paseo, por fin, marcha veloz, ya consumida más de la mitad de esta aventura, siento que navego entre polizontes y con el viento en contra. Navego a muerte.



Familias que vivían entre los nichos del cementerio de San Martín (1943). Santos Yubero.

5. Navegando a muerte



TITANIC • USHUAIA • PETREOLISTAS • AQUÍ, LA RIMA • ESTRELLAS • CASAS BARCO • GRANDES HELADAS • PASO DEL NOROESTE • SAGITARIO • EL BARCO EN LA BOTELLA • PRESIDIO • LA NADA • PERSIGUIENDO A LA GRAN BALLENA BLANCA • SIAM • FIN

«Oigo la calle como si oyera el ritmo del mar».

Benito Pérez Galdós, *El amigo Manso*

«Creyéndote muy fuerte / estás tan despistado. /
Fingiéndote valiente, / navegando a la muerte».

Rosendo, *Navegando*

La mujer de la foto

Ya tenía una gran carpeta con datos e información de Ribalta, personas que había conocido y mis propias conjeturas, pero jamás sospeché que casi en el último minuto, mientras pensaba que su historia se había plegado ante mí y cerrado de golpe, Manuel Ribalta y Llanés me escribiría un último correo proporcionándome una información que abría otra posibilidad a la que yo, lo confieso, no le había dado peso o credibilidad:

> Quizás te interese ver estas fotografías que te adjunto. Disculpa que no te haya mencionado este hecho antes, pero a veces los secretos familiares siguen siendo dolorosos e incómodos a pesar del tiempo transcurrido. Y esto ha sido como un pequeño y, al mismo tiempo, secreto familiar que yo, legatario de toda esa memoria, de sus documentos, he preferido ir omitiendo. Este pequeño sobre con fotografías apareció entre las pertenencias de Antonia, que como sabes esperó durante años hasta que fue asumiendo que él no regresaría jamás. Lo sorprendente de estas fotografías es que hayan sobrevivido al paso de los años, a la mano de su esposa, que sin duda debió quedar muy afectada después de hacer este descubrimiento. No las destruyó, y eso es algo que siempre nos ha desconcertado. Algo así puede ser borrado con una cerilla, sepultado en el pasado. Pero no, ella no lo hizo, y quizás, por algún motivo que desconozco, llegó hasta nosotros. A veces he pensado que en realidad quería que lo supiéramos. Este hallazgo sin duda abre otra vía de investigación sobre el misterio de Ribalta, ¿se fugó con ella? ¿Abandonó acaso a su mujer e hijo? Las fotografías son de una mujer y te preguntarás quién es. Su nombre es Carmen Crespo Nogueira. Ella, por entonces, debía tener unos veintiocho años y desconozco dónde fueron tomadas o cómo llegaron hasta Antonia. Por eso, lo que puedo contarte son solo especulaciones, al menos respecto a eso, porque del resto no tengo la menor duda. Ahora debes ir a los primeros años del siglo pasado, alrededor de 1909, justo cuando Ribalta comenzó a frecuentar el Instituto Rubio. Estamos en el Instituto Rubio, donde junto a las dependencias clínicas existía una parte del edificio ocupado por la Escuela de Enfermeras de Santa Isabel de Hungría.

Sabemos qué aspecto tenían esas mujeres, su vestimenta. El propio Rubio dejó escritas varias descripciones: vestían de rayadillo e iban "descalzas" de pie y pierna, tan solo usaban unas alpargatas abiertas y zuecos de madera. El pelo era corto, al rape, algo que entonces llamaba mucho la atención, y cubrían la cabeza con un birrete ribeteado de amarillo. Sobre el peto de sus delantales blancos lucían una cruz de malta morada, una corona real justo en el centro y una inscripción bordada en seda amarilla. No era sencillo entrar en la institución. Las aspirantes a enfermeras debían completar una estancia de dos años, momento en que recibían el título que las habilitaba para ser enfermeras de medicina y cirugía. También podemos saber qué edad tenía cuando conoció a Ribalta, 23 años, puesto que era la edad mínima para ser aceptadas. Las fotografías deben haberse tomado seis o siete años más tarde, es difícil precisarlo. Junto a la edad, el resto de requisitos de admisión era (cito las palabras del propio Rubio) "saber leer, escribir y contar, ser sanas, robustas y dóciles, proceder de familias honradas, con preferencia de la clase media, huérfanas y desvalidas, ser de una moralidad intachable y de arraigados sentimientos cristianos, guiándolas más que por toda idea de lucro, la bendita virtud de la caridad y amor al prójimo, llevado hasta la abnegación". Las enfermeras ayudaban a los profesores en la sala de operaciones, en los dispensarios y enfermerías. La guardia era de doce horas seguidas y asistían a conferencias orales. También guisaban, planchaban, auxiliaban a los enfermos y, según el propio reglamento del Instituto, del que dispongo de una copia, "desempeñar con espontáneo celo y sana alegría su misión bienhechora en perpetuo contacto con los desgraciados".

»Carmen debió conocerlo en algún momento de su periodo de preparación. Y ambos, parece, se enamoraron, tuvieron una relación que duró en el tiempo y de la que su esposa nunca supo nada, hasta que en la desesperación, mientras ataba cabos y se preguntaba la causa de aquella desaparición y su extraño proceder, a pesar de que la propia policía, que no tenía la menor idea de la existencia de aquella mujer, le aconsejó que no descartase esa posibilidad, siguió una pista, un apellido en su correspondencia, el de Nogueira, que al principio atribuyó a algún doctor o colega de su marido, pero que más tarde, cuando rebuscó entre cielo y tierra, cotejó con el listado de especialistas, dio con lo que buscaba. No era un hombre sino una mujer: Carmen Crespo Nogueira, enfermera entre 1909 y 1914.

»A partir de ahí, yo, que también igual que tú busqué y busqué lo que pude, dado el tiempo transcurrido, he sacado mis propias conclusiones, meras suposiciones, es cierto, pero en ocasiones eso es lo único de que disponemos. Antonia intentó contactar con ella desde Barcelona, donde como sabes se había trasladado y montado un negocio, para preguntarle por esta posibilidad, una forma de entender lo sucedido. Es doloroso, sí, pero más aún es el silencio y la ignorancia, así que lo hizo, y ella respondió. O puede que intentase llegar hasta ella a través de alguna de sus compañeras en aquella época en el Instituto Rubio, y que estas, por razones que ignoro, le contasen la historia de su aventura con Ribalta, y hasta le proporcionasen las pruebas de quién era, cómo era, dónde estaba entonces. No es Madrid ni Barcelona; por las imágenes, tomadas en distintos lugares, parece estar en Francia o Suiza, eso siempre me ha parecido. He fantaseado con una biografía de esta, que dejase su profesión y cambiase de país tras la desaparición de Ribalta. Ella parece una mujer moderna para una España decimonónica, y lo que es más importante: se la ve feliz».

El anarquista

Es la mañana del 12 de noviembre de 1912 y un hombre camina despreocupadamente por la Puerta del Sol hasta detenerse frente al escaparate de la librería San Martín, en el actual número 6. Varios metros más allá, sin que apenas se note, le sigue una pareja de guardaespaldas, que hace lo mismo que él unos metros antes, en la tienda de caramelos y dulces La Pajarita. A su jefe no le gusta que marchen muy cerca de él, a su lado, y los agentes se muestran cautos.

Fotografías de Carmen Crespo Nogueira.
Archivo de Manuel Ribalta y Llanés.

Fotografías de Carmen Crespo Nogueira.
Archivo de Manuel Ribalta y Llanés.

Visto de lejos, parece estar solo. Ángel Martín, hijo del fundador de la librería, cuando se dispone a salir lo ve detenido frente a su comercio, observando tranquilamente libros y mapas que se exhiben en el escaparate —uno de ellos, de considerables dimensiones, es un mapa de la Primera Guerra de los Balcanes, entonces de actualidad—, y así permanece un par de minutos hasta que otro hombre, muchísimo más joven que él y cuyo «aspecto repugna por la dureza y fealdad de las facciones», escribirá un periódico más tarde, que viste gabán color

café y sombrero y es de estatura media, le aborda por detrás y dispara tan cerca que los testigos aseguran que se apoyó en su hombro antes de descargar su Browning.

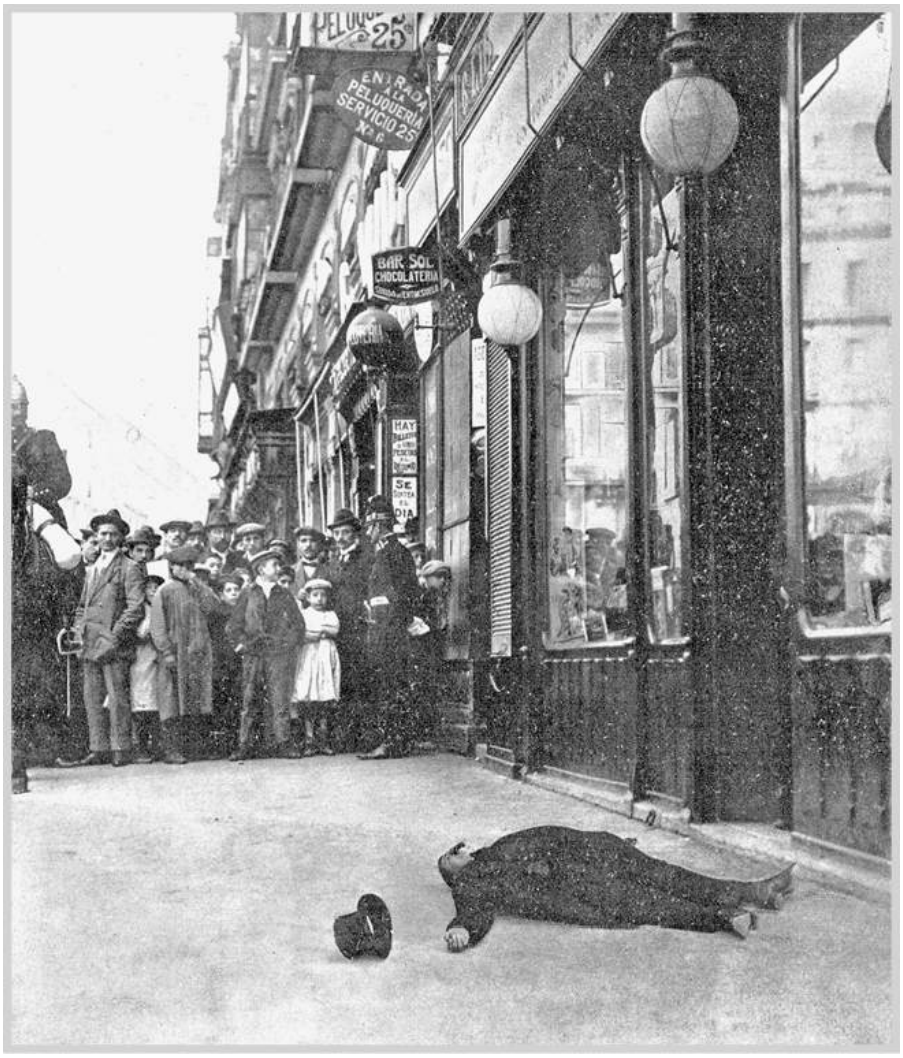
Cae despatarrado cerca del quicio de la puerta de la librería, junto a un charco de sangre que mana tras su cabeza —la bala entra por debajo de la oreja derecha y sale detrás de la izquierda, con rotura del pabellón— y se extiende por la acera.

Los transeúntes, voceadores de periódicos, policías, oficinistas, ociosos y vagabundos que hay en ese momento por la plaza no saben muy bien qué ha sucedido. En realidad nadie lo sabe, no pueden saberlo, todavía no. Corren, gritan o se protegen. Otros, no obstante, llevados por un impulso extraño o el deseo de ver lo prohibido, se acercan al lugar. El hombre yace en el suelo, una mancha oscura apenas, como si durmiera en plena calle, la barriga prominente y el numeroso público, entre los que hay chavales de corta edad, posiblemente vendedores de periódicos, arremolinados y viendo la escena. El tipo tendido en la acera es un ser anónimo, al menos en esos primeros segundos, salvo para sus guardaespaldas o el librero de la librería San Martín, los primeros en acudir. Sus últimas palabras, ante uno de sus guardaespaldas, que se inclina hacia él con cara de espanto y pregunta qué ha sucedido, son las de un lacónico «me ha matado ese canalla».

Y el hombre, efectivamente, muere.

José Canalejas, primer ministro del país, acaba de ser asesinado.

Un agente alcanza de un bastonazo al pistolero, pero este logra huir unos metros. Acorralado, se refugia tras un coche y se oyen varios



El cadáver de Canalejas frente a la librería San Martín
(Mundo Gráfico, 1912).

disparos, tres de los cuales impactan en la librería, dos en el escaparate y un tercero que agujerea una gruesa revista de moda. Inmediatamente, se suicida de un disparo en la cabeza.

Los agentes recogen del suelo a Canalejas y lo llevan hasta la entrada de Gobernación. En la confusión reinante, los policías que custodian el edificio intentan impedirle la entrada porque piensan que se trata del cuerpo del criminal, al que le espera un destino bien distinto. Cuando identifican el cadáver, abren paso y lo dejan sobre un banco, en la entrada, junto al ascensor que utilizan los ministros, el mismo que Canalejas debería haber tomado esa mañana.

Sobre el banco, precipitadamente, intentan reanimarlo, rasgándole

la camisa para llegar mejor a su pecho, pero es inútil. El cuerpo está frío. Alguien acerca un sillón y entonces sucede una escena extraña; lo suben y llevan en volandas por la escalera principal, mientras los brazos se bambolean a cada lado. Ya arriba, en un rellano, una pareja de médicos lo examina y certifica su muerte «a consecuencia de una herida de bala que le había atravesado el cerebro», explican luego a los periodistas.

A los pocos minutos, acompañado por el ministro de Guerra, hace su aparición el rey, que al ver el cadáver del hombre se derrumba y, emocionado, llora ante el cuerpo. Apenas un par de horas antes ha estado hablando con él en palacio. Es el momento de reconstruir lo sucedido. Hacer recuento de errores. Canalejas, tras departir a primera hora con él, regresa a su casa, a su palacio de la calle Huertas. Allí lo espera Pepe, su chófer particular, que le pregunta si saldrá en coche. Pero él, que tiene ganas de dar un pequeño paseo —apenas diez minutos hasta la Puerta del Sol, donde tiene asuntos que atender en el Ministerio de Gobernación—, le contesta que no. Está solo unos minutos en casa y luego sale a pasear.

El cadáver es todavía transportado a otro lugar, ante el aluvión de personas —periodistas, políticos, curiosos— que no cesa de llegar. Entran a un gran salón y lo dejan sobre una mesa de mármol. Es allí donde se toman las fotografías que aparecen en prensa, una escena mortuoria que parece un cuadro en donde los personajes posan magistralmente colocados en una simbología fúnebre en toda regla. Decenas de rostros serios observándolo todo, mirando a la cámara, algunos incómodos, sin saber qué postura mostrar o hacia dónde mirar. Bajo la cabeza del muerto, como si este pudiera agradecérselo o lo necesitase, alguien ha colocado un cojín. Entre los congregados está Eduardo Dato, que nueve años después, muy cerca de allí, junto a la Puerta de Alcalá, también morirá a manos de la Anarquía. Pero entonces no será uno sino tres los anarquistas que, armados con pistolas máuser C-96, acaban con su vida.

Pepe, el chófer, es el primero en darle la noticia a su esposa. Aunque le miente: su marido ha resbalado en la Puerta del Sol y sufrido un golpe en la cabeza. Ella, dispuesta a salir cuanto antes, corre a vestirse, pero cuando está bajando las escaleras aparece el ministro de Gracia y Justicia, íntimo amigo de su esposo, con semblante triste. Antes de abrir la boca, ella sabe lo que vendrá a continuación. Es él quien le cuenta lo sucedido. La voz es una letanía muy triste. Un desalmado, una pistola, algo fulminante. Ella cae al suelo desmayada.

Fuera, en la Puerta del Sol, la tensión va en aumento. Grupos de alborotadores gritan consignas contra Pablo Iglesias y el socialismo y mueras a la anarquía. Hay cargas policiales después de que un

vendedor de periódicos sea detenido por los agentes, que lo acusan de incitar al desorden. Ha pasado una hora del crimen y, mientras esto sucede, el Ministerio de Gobernación recibe una carta con retraso que llega de París, de su gendarmería. Desde hace días han perdido el rastro de Manuel Pardiñas Serrato y Martín, nacido en El Grado, Huesca, un conocido anarquista de cuya fotografía los agentes han distribuido hasta setenta copias. Pardiñas, el mismo que acaba de matar a Canalejas y se ha quitado la vida.

Es muy posible que el objetivo inicial del atentado no fuese Canalejas, sino el rey, del que se conocía que esa mañana, más o menos a la misma hora en que es asesinado Canalejas, marcharía hasta el Retiro para inaugurar una exposición de crisantemos, siendo probable que atravesase la Puerta del Sol. Pardiñas, antes del atentado, está en una cafetería que hace esquina con Carretas. Desde allí, al asomarse impaciente, ve llegar al primer ministro. Camina despreocupado, ningún agente parece acompañarlo. Es entonces cuando cambia de planes. Decidido, deja el café sin terminar, palpa el arma en el bolsillo de su gabán, y sale en busca de la muerte.

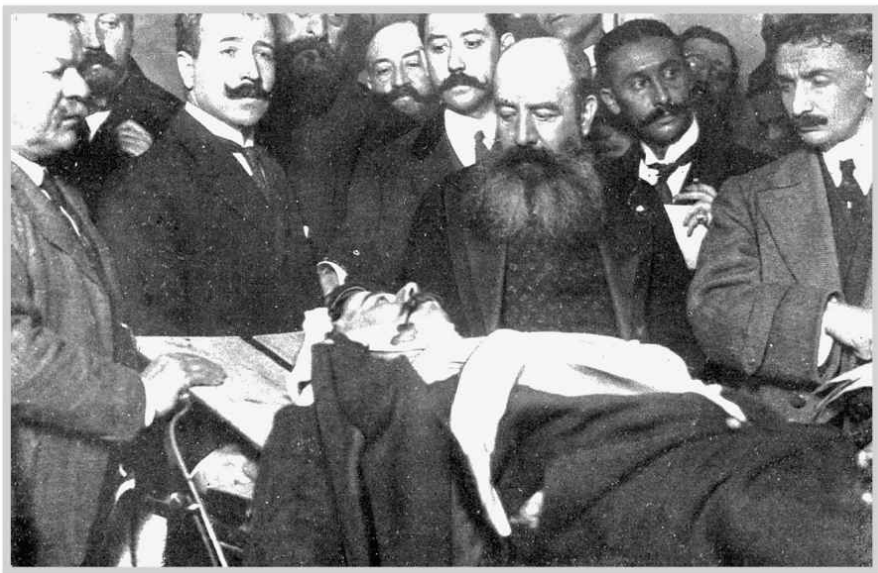
Rubio y de nariz alargada, con un ligero bigote también rubio, y facciones huesudas, mientras su víctima es arropada por todos los poderes del Estado, su destino —el reservado para terroristas y pobres, para el pueblo llano y anónimo— es muy distinto. Su muerte, a diferencia de la de Canalejas, no es fulminante. Lo colocan con desdén en una mesa vulgar de la Casa de Socorro más próxima. Aún vive cuando una nube de policías y curiosos lo rodea e intenta hacerle hablar, pero él calla. Los médicos, que lo examinan, aseguran que morirá en breve. «Exhalaba sobre la mesa donde le vimos, un quejido prolongado y escalofriante», afirma uno de los presentes: «De vez en cuando su cuerpo se estremecía convulsivamente», añade.

Bajo el gabán color café, viste pelliza gris oscuro, camisa blanca sin planchar, cuello vuelto, corbata de seda verde. Usa tirantes y su ropa interior es azul y de punto. Sus botas, elegantes, han sido compradas meses antes, durante su anterior visita a la capital, en una zapatería de la calle Fuencarral. No faltan descripciones grotescas acerca de su rostro. Varios médicos y periodistas, siguiendo las ideas del italiano Lombroso, aseguran que «su aspecto repugna por la dureza y fealdad de las facciones». La manera en que se intenta explicar lo sucedido es recurriendo al atavismo, la anomalía. Solamente un enfermo podría hacer algo semejante. Aunque esta vez parece que no: «[Pardiñas] era antropológicamente un ser normal, sin taras hereditarias ni estigmas degenerativos», concluye el informe forense.

Cuando finalmente expira, el expolio es inmediato: pertenencias y documentación quedan en manos de la policía, mientras que el sujetador de su corbata es entregado a un periodista para que este lo

deposite en el Museo Criminal de la Prensa junto a objetos pertenecientes a locos, psicópatas y homicidas de todo tipo. La policía lo tiene fichado como un anarquista peligroso capaz de cometer un crimen importante y, por esta razón, tiempo antes lo siguen hasta Marsella y, posteriormente, Biarritz. También estuvo en Londres y París; en esta última ciudad vive Agustín, su hermano, cuyo domicilio, cuando días después del crimen, asalta la policía, que encuentra cartas suyas y varios libros sobre anarquismo que él se apresura a decir que fueron un regalo de su hermano. Recibió de Pardiñas una misteriosa carta escrita antes de cometer el atentado y que le llegó días después. Los agentes, cuando le preguntan por esta, por su contenido, reciben por respuesta que la rompió y la tiró a la basura tras leerla. Tampoco decía nada importante, asegura Agustín, posiblemente mintiendo.

Pardiñas regresa a Madrid y se instala en una pensión de la calle Fúcar mientras trabaja como pintor en el Hotel Palace. Es un obrero conocido entre sus compañeros, pero no porque destaque por su simpatía. Lo llaman «Manolo el francés» y el capataz recurre siempre a él cuando recibe la visita de sus patronos, que son franceses y belgas. Es taciturno, tímido y muy callado; cuando sus colegas salen a comer y tomarse algo, es el primero en marcharse. No bebe alcohol y es vegetariano.



Los cadáveres de Canalejas y Pardiñas en Gobernación y la Casa de Socorro, respectivamente *(Mundo Gráfico,* 1912).

Hace ocho meses fue expulsado de Argentina, donde residía desde 1903, tras negarse a hacer el servicio militar y exiliarse. Sabemos que estuvo presente cuando otro anarquista, el ruso Simón Radowitzky, a finales de 1909, lanza una bomba al paso del carruaje del jefe de la policía bonaerense, acabando con su vida y vengando así la matanza que la policía perpetró meses antes contra la manifestación del Primero de Mayo. Acorralado por la multitud, intenta sin éxito quitarse la vida. ¿Imitó Pardiñas a Simón Radowitzky cuando este se

voló la cabeza? Una vez más, igual que tantos otros que habitan en las páginas de este libro, estamos ante el fantasma de la repetición, ese que jamás acaba por irse, ese que pronto volverá. O el intento, en ocasiones fallido, por hacerse desaparecer.

Radowitzky es condenado a treinta años en el penal de Ushuaia, cerca del círculo polar antártico y verdadero fin del mundo. Pero él trama su fuga, cuyas instrucciones aparecen en una biblia que alguien, un anarquista del exterior, le entrega. Aparentemente es una biblia como cualquier otra y los carceleros piensan que él, al que llaman el «ángel de Ushuaia», busca su redención. El libro, sin embargo, trae codificado un plan de fuga que, en principio, es todo un éxito y le permite escapar, aunque los alrededores y toda la zona son un verdadero infierno. Radowitzky, desesperado, atraviesa zonas desérticas y hasta navega por el estrecho de Magallanes, antigua zona abisal en mapas y cartografías de navegantes y exploradores. Finalmente es apresado y regresa a la cárcel. Pero, contra todo pronóstico, sobrevive.

Cuando es puesto en libertad, tras veintiún años de cautiverio, delgadísimo y enfermo de tuberculosis, viaja a España, donde ha estallado la Guerra Civil. Igual que Pardiñas, es muy reservado y callado, modesto y siempre bajo un halo de hombre meditabundo y concentrado. Sin dudarlo, ingresa en las milicias anarquistas y se bate contra el fascismo en el frente de Huesca, hasta que la revolución y la guerra se van extinguiendo. A su alrededor todo se viene abajo. Muchos huyen o preparan su futuro. Él, para evitar la desaparición de la memoria, es el encargado de trasladar el archivo histórico de CNT a Ámsterdam, evitando así que los documentos caigan en manos del franquismo. El superviviente de Ushuaia, el hombre más buscado, cruza la frontera bajo un nombre falso y hasta regenta una pequeña juguetería en Ciudad de México. Es allí donde en 1956 muere de un infarto en su modestísima casa, apenas una habitación con un traje colgado de un gancho y una estampa de Kropotkin en la pared, convertido en un eremita extremadamente callado.

La persecución desatada tras su atentado en Buenos Aires empuja a la mayoría de anarquistas a la huida. Otros directamente son expulsados, como le sucede a Pardiñas, al que no pudieron acusar de nada.

Su periplo es vertiginoso. Durante dos años vive en La Habana, donde también es expulsado tras participar en una huelga. Los elementos «indeseables», como los califica el gobierno, son cazados uno a uno. Desde ahí marcha hasta Tampa, al barrio de Ybor City, en el que viven numerosos obreros de la industria tabaquera.

A comienzos de 1912, la policía hace saltar todas las alarmas tras interceptar una carta enviada desde Tampa, Florida, firmada por él y

dos anarquistas más. Su destino es Burdeos, la casa de otro libertario, probablemente adinerado o con posibilidades de conseguir fondos ilegalmente. Lo «recaudado», dice la carta, debe hacérselo llegar a ellos, quienes, a su vez, lo destinarán a financiar un atentado contra el rey de España durante sus vacaciones de verano en San Sebastián.

Canalejas, mientras tanto, sabe de Pardiñas; su seguridad le previene de la existencia de un sujeto que planea un gran atentado, quizás contra él. Incluso le confiesa esa posibilidad a su esposa, a la que advierte de que el anarquista, un asesino silencioso, ha escapado de su cerco y está en paradero desconocido. En caso de que llegue hasta él, confiesa preocupado, puede ocasionarle un serio «disgusto».

Uno de los mentores de Pardiñas es Pedro Esteve, un famoso anarquista, también español, amigo íntimo y devoto del líder italiano Malatesta, de quien dirá que es «como un nuevo Cristo». Canalejas y las policías española, francesa o estadounidense, todas las brigadas policiales que lo persiguen, saben que el anarquismo internacional es como una niebla en ocasiones impenetrable y, con frecuencia, caen en el pesimismo y desaliento por semejante tarea; los nombres se pierden entre una maraña de grupos, identidades falsas y viajes clandestinos. La tela de araña es sumamente compleja. Los cables y telegramas tardan en llegar. Circulan toda clase de manuales terroristas y prácticamente cualquiera puede fabricar un explosivo mortífero.

Durante el otoño de 1891 Esteve acompaña a Malatesta en la gira que el italiano hace por España. El 6 de enero del año siguiente visitan Madrid, donde intervienen en el Liceo Rius, más tarde convertido en Salón Variedades, templo sicalíptico, en el número 68 de la calle de Atocha: «Es preciso no andarse en tonterías; lo que no se nos proporciona por la justicia y por el derecho, tenemos que adquirirlo violentamente. Hay quien propone medios pacíficos; despreciadlos porque son una quimera», afirma Malatesta ante el expectante público.

Al día siguiente la pareja marcha a Andalucía, pero de pronto se produce un levantamiento obrero en Jerez de la Frontera, adonde acaban de llegar. El caos se apodera de las calles. Malatesta y Esteve, en el ojo del huracán, están impresionados; los revolucionarios cometen dos asesinatos, uno de ellos contra un joven, hermano menor de un concejal, al que asesinan destrozándole la cabeza con una podadera. Es la revolución.

Ante el riesgo de ser detenidos y encarcelados por instigar, aunque sea intelectualmente, la sublevación, toman un barco y huyen precipitadamente del país. Esteve marcha a París y Malatesta a Londres, mucho más permisiva con las actividades de los numerosos anarquistas. Es una escalada interminable de violencia, acciones y represión. También de torturas y fusilamientos: el 9 de febrero estalla

en la plaza Real de Barcelona una bomba que causa un muerto y dos heridos, probablemente como represalia por la dureza de la represión sobre los campesinos andaluces.

Al año siguiente, Esteve se exilia a Estados Unidos, donde conocerá e instruirá años más tarde a Pardiñas. Malatesta, por su parte, se instala en la capital inglesa y desde allí, siempre bajo sospecha policial, crea un centro de difusión de sus ideas, por supuesto clandestino.

En Londres Malatesta monta una fantástica red internacional. Existe una Oficina Internacional Anarquista que, en realidad, se dedica a preparar atentados. Parece una escena de una película de espías o una novela de misterio, pero es real. En la ciudad se refugian numerosos anarquistas italianos, entre otros activistas de medio mundo. Fundan grupos y publican periódicos revolucionarios que tienen en jaque a la policía, aún con técnicas de investigación criminal muy precarias. Esta, para contrarrestar el alto grado de penetración que tienen las ideas anarquistas y la ejecución de atentados contra jefes de Estado, aristócratas y oficiales, decide infiltrar a decenas de agentes, que intentan adelantarse a sus actividades. Una y otra vez se suceden extraños atentados que el tiempo demostraría que fueron provocados por las mismas autoridades.

La policía trabaja estrechamente con las autoridades italianas, como el vicecónsul Buzzegolo, con el fin de crear un registro de italianos radicales y seguirlos. Uno de los espías más famosos se llama Calvo, pero son decenas los informadores que acuden a los congresos anarquistas. Cuando los agentes secretos son descubiertos, los anarquistas denuncian a estos en sus periódicos, tal y como sucede el año del asesinato de Canalejas con el caso de Enrico Belelli, un espía desenmascarado. *La Cogna,* un periódico publicado por los anarquistas londinenses, hace pública su identidad y denuncia un complot de provocadores. Clubs anarquistas, como el Autonomía Club, suelen organizar bailes y fiestas benéficas para los anarquistas italianos empleando el dinero recaudado para propaganda revolucionaria.

Malatesta regenta un pequeño taller mecánico, el mismo que en 1906 visita Pío Baroja, que pasea junto a él, en una especie de visita guiada por Whitechapel. Baroja, más tarde, recordó aquel viaje lleno de emoción: «En Londres, años después, hice mis investigaciones, deambulé por los alrededores del Támesis y por los callejones de Whitechapel, donde quedaba entonces el recuerdo de Jack, el destripador de mujeres». Lo que le atrae de Londres es su pasado siniestro, su morfología oscura, que ya desaparece en Madrid, pero que se reeditaría en Barcelona con la aparición del Barrio Chino como epicentro de horrores. «El romanticismo y la bohemia nacieron y se desarrollaron en callejuelas y lugares oscuros», asegura. La irrupción

de la electricidad y el creciente valor de la salubridad, los arquitectos del orden y los planes urbanísticos que destruyen los amasijos de callejuelas en favor de anchas avenidas, el control policial sobre la población de los barrios pobres y suburbios son el final de una época. Por eso «[...] hice mis investigaciones» es una frase huérfana y deliberadamente esquiva. ¿Qué tipo de «investigaciones» hizo?

El escritor se aloja en una pensión de Bloomsbury Square, sin saber que a escasos metros de allí, en aquellas mismas fechas, se gesta el círculo de Bloomsbury, con Virginia Woolf y otros a la cabeza, que, no obstante, él rechaza. Para él se trata de reuniones aristocráticas de salón. El gesto esnob por excelencia. La miseria de los bajos fondos dickensianos y su universo roto y pobre sucumbiendo a los nuevos tiempos.

Por las mañanas y a media tarde baja al salón del pequeño edificio, que es una copia casi exacta del resto de casas del barrio, y toma té junto a extraños personajes. La planta baja pintada de color rojo; el piso de arriba, de amarillo. En el salón hay tipos que hablan de lo que pasa en la India o cuentan historias sobre faquires y chamanes. Aunque no da con Sherlock Holmes. «A Conan Doyle me hubiera gustado verle, pero no vivía en Londres sino en el camino de Surrey». Y Baroja, una y otra vez, vuelve sobre Dickens.

Su amistad con un anarquista furibundo como Fernando Tárrida del Mármol, huido de España por los sucesos de Montjuic, casado con una inglesa y que entonces trabaja como corresponsal para el *Heraldo de Madrid,* además de enviar en francés y en inglés crónicas científicas y literarias a varios periódicos europeos, hace que este le presente a Malatesta, quien a su vez hace lo propio con James Barrie, autor de *Peter Pan,* estrenada dos años antes. Una alianza insospechada: la bandera negra y Peter Pan.

Malatesta vive bajo vigilancia policial en una casita del barrio de Islington, donde tiene un pequeño taller mecánico. A Baroja el aspecto del anarquista, tras leer de él descripciones que lo asemejan a una bestia indómita, el típico físico popularizado por la literatura y la prensa respecto a Bakunin y los nihilistas rusos (descomunal, de rostro canino y siempre contraído, angustiado y rebosante de furia homicida), le parece sorprendente. Malatesta asoma su gran cabeza por una ventana, los saluda con afabilidad y baja apresuradamente. Es de cuerpo bajito y rechoncho, y con el rostro amable. Lo ve como un hombre normal y tranquilo, sereno y educado.

Se caen bien al instante. Junto a él y Mármol pasean por la ciudad. Ambos le acompañan hasta las puertas del prestigioso St. James Club, uno de los círculos más selectos de la vida londinense, donde Baroja está citado con el agregado de la embajada española. Tras despedirse de ellos, su anfitrión, que lo ha visto llegar desde un ventanal, le

interroga acerca de sus misteriosos amigos. «Son dos italianos», responde con parquedad. El diplomático no duda en advertirle de que tenga cuidado con ellos: «Son gente peligrosa, y entre ellos hay muchos anarquistas partidarios de Malatesta. Los anarquistas nos fastidian», añade.

Días más tarde pasan por su hotel a recogerlo y los tres caminan por las calles de Whitechapel. Baroja, impresionado por su atmósfera, lo describe con gesto de espanto: «¡Qué barrio!, ¡qué callejuelas estrechas y tortuosas, donde asesinaba mujeres Jack el Destripador! [...] Me mezclé entre la muchedumbre palpitante de Whitechapel, y anduve por callejuelas estrechas, entre la gente harapienta que pululaba por ella».

Malatesta aún no lo sabe, pero el Ministerio del Interior inglés ha descubierto que emplea un método de encriptación, un código secreto para comunicarse con sus colegas. El código está basado en secuencias de letras y números, y cada letra del alfabeto es sustituida por un signo que solo él y unos pocos conocen. Uno de esos minúsculos papeles cae en manos de la policía, que pone a sus expertos a trabajar en descifrarlo, pero para entonces ya se han ideado otros métodos para comunicar mensajes secretos.

Tárrida del Mármol, anfitrión de Baroja, es un gran amigo de Esteve, que dentro de seis años adiestrará a Pardiñas para que este cometa el célebre atentado. Esteve vive en Nueva York y mantiene contacto con anarquistas de acción de todo el país, incluido Pardiñas. Esteve, tras conocer el atentado, publica en la prensa libertaria un elogioso artículo en defensa del crimen. Describe a su amigo como un hombre recto y bondadoso, naturista y vegetariano. Añade que le interesaban la astronomía y el espiritismo. Pardiñas hace de médium en varias sesiones espiritistas con tablas güija, lo cual encaja con las páginas arrancadas de un libro que los agentes tras el crimen encuentran en su gabán y que pertenecen a *Astronomía Popular* de Camille Flammarion, que al igual que él es un creyente en el espiritismo. Antes de acudir a su cita con la muerte, abre una página, justo casi al final, y lee: «Razón tenía un gran poeta cuando dijo: “No hay nada brillante más que el cielo. El resplandor de las alas de la gloria es falso y pasajero como la tez pálida de los reyes; las flores del amor, de la esperanza, de la hermosura, se abren para la tumba: no hay nada brillante más que el cielo”». La vida y la muerte. Los grandes temas. Pardiñas camina hacia las sombras. Marcha decidido hacia su propia desaparición.

No es lo único que lleva encima. Está también el retrato de una mujer, su amada Balbina, que tiempo antes ha roto con él, donde se lee: «A mi inolvidable Manuel».

En Estados Unidos, tanto Pardiñas como su círculo anarquista,

formado por exiliados, son vigilados por detectives privados. Al menos cuentan con un confidente e infiltrado, pero los anarquistas, que saben tratar a la policía, se muestran siempre cautos y esquivos. Desconfían de casi cualquier persona. Las autoridades españolas, con el tiempo en contra, intentan por todos los medios localizarlo en Tampa, aunque sin éxito. Mantiene un perfil bajo, no destaca en nada: tampoco es un anarquista importante o conocido. Algunos agentes hasta dudan de su existencia y aseguran que podría tratarse de un mero pseudónimo.

La policía desconocía que había viajado hasta Nueva York y, una vez allí, en el mes de febrero o marzo de 1912, embarca rumbo a Europa. Su primer destino es Burdeos, donde un soplón advierte a los agentes de su llegada e intenciones de cometer un atentado en España. La información la recibe el cónsul español, que pide ayuda a las autoridades francesas. Durante semanas, Pardiñas es seguido, pero se percata de la vigilancia. A partir de entonces, esquiva con facilidad a los agentes. No hace nada que pueda ser sospechoso o llamar la atención. Simplemente espera, hasta que los agentes se cansan, se aburren y relajan el seguimiento. Ahora su vigilancia se efectúa solo a partir de las seis de la tarde, cuando Pardiñas sale del trabajo.

Tárrida del Mármol y Esteve ofrecen numerosos mítines y conferencias. El primero, carismático y de oratoria poderosa, frenética, un caudal de palabras colocadas magistralmente; el segundo, siempre llevado por un ímpetu desbocado, abrupto y torpe en los actos públicos, pero incansable y muy hábil en cuestiones organizativas. Ambos escriben en *El Productor,* periódico anarquista barcelonés donde Esteve, de vez en cuando, subrepticiamente proporciona el modo de fabricar bombas: «Se ha encontrado que tiene una composición tan sencilla y barata que se ha considerado prudente no publicarla para evitar su propaganda», escribe en agosto de 1888. Pero añade: «Quizás se trata de la popularización de las bombas Linggs (en honor al mártir de Chicago que se suicidó con una de ellas en su celda antes de ser llevado a la horca), que con tres partes de clorato de potasa y una parte de binitro-bencina mezcladas encerradas en un pedazo de tubo de plomo y un poco de fulminato y una mecha, se obtiene un gran poder explosivo».

Cuando Tárrida y Esteve acuden al Congreso Internacional Socialista de Bruselas de 1891 —que marca el principio del fin de la unidad entre anarquistas y marxistas, imponiéndose los segundos—, lo hacen bajo una identidad falsa, la de Barrios y Fernández Gramos. Les acompaña un tercer español, Pablo Iglesias, que finalmente logra expulsar a los dos anarquistas, que abandonan la sala entre gritos e insultos. A partir de entonces, construirán su propio itinerario, trazarán su propio plan sin la compañía de la facción socialista y marxista.

Tárrida fallece en Londres en 1915. Días antes envía su última crónica periodística, un artículo sobre la Guerra Mundial en que expresa el deseo de que esta acabe en pocos meses. En la misma página, otro artículo ataca a su amigo Baroja, al que acusan acertadamente de germanófilo. El escritor confía en que el triunfo de Alemania acabe, entre otros, con el poder de la Iglesia católica y el latinismo.

La vida siempre rima

Después de que la línea del deseo marchase hasta un norte cuyo desenlace empezaba ya a vislumbrarse, tras Vallehermoso y su sucesión de cementerios ocultos, todo un macabro contramapa de la ciudad, fui a parar a Bellas Vistas, en el distrito de Tetuán. Sorprendido, al trazar por enésima vez la línea perpendicular sobre mi enorme mapa, esta pasaba muy cerca del lugar en que, como había descubierto hacía poco, residiese Pardiñas antes de cometer el crimen, el número 3 de la calle Carlos Rubio, que tenía el nombre de un periodista y escritor revolucionario que solía usar el pseudónimo de Pablo Gámbara. Tuerto y picado de viruelas, fue descrito por Benito Pérez Galdós, que lo conoció bien, como un tipo pintoresco y «vestido como un pordiosero, era el contraste más rudo que puede imaginarse entre una facha y una inteligencia. Diógenes no parecía su maestro, sino su discípulo. Aborrecía el agua tanto como adoraba los ideales de Libertad y Justicia».

Al igual que el resto de la zona, un gran arrabal proletario que la policía solía asaltar cada cierto tiempo llevada por una fe ciega en que allí se ocultaban hampones, apaches tatuados y anarquistas, la calle no era más que una hilera de casas bajas modestísimas. La única que contaba con dos pisos era precisamente aquella en que vivió Pardiñas. Un poco más allá de esta, hasta entrado el siglo XX, no había edificación alguna y se prolongaba su dehesa originaria.

La pareja que vive en la vivienda es el matrimonio formado por Emilio Corona, de veintinueve años, pintor, natural de Zaragoza, y su mujer Emilia Ferrer. Semanas antes esta última había recibido una carta de Pardiñas, procedente de Burdeos, en que le anunciaba su llegada a la capital, sin especificar motivo alguno, y le rogaba que lo acogiera en su casa. No le dio tiempo a responder. Una semana antes del atentado, sin previo aviso, aparece en la puerta de la casa. Emilio, cuando llega del trabajo, se lo encuentra comiendo con su mujer e hijos. Lleva una maleta y asegura que no causará muchas molestias.

El anarquista conoce a ambos desde hace tiempo. En el caso de Emilio, su amistad se remonta a la niñez y adolescencia. Juntos habían aprendido en Zaragoza el oficio de pintor. «Emilio sabía que su amigo tenía unas maneras de pensar muy raras porque leía muchos libros», afirmó un periódico. La enfermedad de la lectura. Se habían visto en la anterior visita a Madrid, cuando Pardiñas trabajó en el Hotel Palace, un empleo que había conseguido gracias a Emilio, que también trabajaba allí. Un buen día, dejó su trabajo sin explicar la razón.

Desde entonces, nadie sabe su paradero.

A primera hora de la tarde del 12 de noviembre de 1912, cuando sale a la calle la segunda edición de la prensa diaria, su mujer lee el nombre de Pardiñas como autor del atentado. Y corre a decírselo a Emilio, que no duda en acudir al juzgado lo antes posible, temeroso de represalias tanto contra él como contra su familia. «¡Dios mío, qué desgracia! ¡Ese hombre me ha buscado la ruina!», confiesa desconsolado.

Emilio cuenta a la policía los movimientos de su amigo, que ocupa una austera alcoba, estrecha y blanqueada con torpeza, en el piso de arriba. Duerme en una desvencijada cama de hierro y la única decoración son algunos cromos infantiles en las paredes. Días antes, Pardiñas acude al palco del Congreso de los Diputados, donde Canalejas da el que sería su último discurso. También pasea por Madrid; incluso va al cercano Salón Luminoso de Cuatro Caminos. Pasa mucho tiempo en su habitación leyendo o en la casa jugando con los hijos de la pareja, Luis y Angelita, de siete y ocho años respectivamente, con los que se muestra muy cariñoso. Habla poco, tampoco da un motivo claro de su estancia en la ciudad.

Enseñé la ubicación de la casa, demolida hacía décadas —en su lugar se levantó un edificio de viviendas—, al fotógrafo Alberto García-Alix. Le hablé de Ribalta y hasta fantaseé con un encuentro casual entre este y el anarquista, por descabellado que fuese. En aquel tiempo, él compaginaba su dedicación al Instituto Rubio con sus actividades en San Carlos. La ciudad no era el monstruo actual, sino que era abarcable, modesta, provinciana.

El estudio y taller de García-Alix, una antigua fábrica de insignias militares, está un par de calles más allá. «Cuando llegué a este lugar, me encantó. Tuve que reformar el techo y más cosas, pero el espacio era increíble. Aún tenía muchas insignias de la fábrica, que me quedé», confiesa, mientras echa un último vistazo a una de sus motos aparcada a la entrada.

Sus palabras me recordaron inmediatamente uno de los relatos que dan origen al barrio. En realidad, es un cuento chino, una mentira.

Reportaje de la casa de Pardiñas *(Mundo Gráfico,* 1912).

Ese relato, contado una y otra vez, no es cierto, aunque a una España necesitada de triunfos y con el orgullo herido le funcionase. Según este, en mayo de 1860, durante dos días, en los terrenos de la Dehesa de Amaniel, tras descartar hacerlo en la Dehesa de los Carabancheles, justo donde estoy ahora con García-Alix, se instaló un gran campamento militar, una réplica del existente en África. La idea surgió del general Leopoldo O'Donnell, presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra encumbrado como «héroe» tras una serie de victorias militares, entre las que estaba la que había tenido

lugar en Tetuán. Los triunfos —la ampliación de los territorios de Ceuta y Melilla, el reconocimiento de la soberanía española sobre las islas Chafarinas, el derecho de pesca en el Sidi-Ifni y la administración de Tetuán durante un breve periodo de tiempo— quedaban lejos de las pretensiones iniciales de España, que no eran otras que el dominio y control de la totalidad de Marruecos.

La acampada no fue otra cosa que una maniobra propagandística del gobierno. Al cabo de dos días, aquellos miles de soldados entrarían en un Madrid engalanado para dar la bienvenida a las tropas. En aquel corto espacio de tiempo, incluso de noche, hubo un gran trasiego de curiosos, que querían ver personalmente el campamento. O'Donnell fue nombrado duque de Tetuán. En ese enclave, ya antes existían algunas casas y una pequeña y dispersa población, pero el relato nacionalista sostiene que aquel efímero campamento supuso la fundación de una zona, que pasaría a denominarse Tetuán de las Victorias, sustituyendo al arrabal de Chamartín de la Rosa, como era conocido hasta entonces, en referencia al triunfo militar de Tetuán y la presencia de las tropas.

Lo que más tarde sería Madrid habría nacido de una forma similar, al igual que otros tantos lugares, alrededor de un fortín militar donde comenzaron a instalarse tiendas y casetas de comerciantes que satisfacían las necesidades de los soldados. Sin embargo, en el caso del futuro barrio, esto fue imposible en tan solo cuarenta y ocho horas, al cabo de las cuales el campamento fue desmantelado.

Unos pocos años más tarde las edificaciones se multiplicaron y se levantaron merenderos con nombres como Los Andaluces o El Zaragozano, en referencia a la procedencia de los nuevos vecinos. No solo se creó un nuevo nombre. La carretera de Francia, a la izquierda de la cual estaría la zona, se llamó O'Donnell, así como se proclamó Nuestra Señora de las Victorias como matrona religiosa. El futuro callejero sería permeable al delirio patriótico: el propio barrio de Castillejos y calles como Topete o Wad-Ras, entre otras. Rondaban por allí tipos pintorescos, como un veterano de guerra llamado Garibaldi, al que le rindieron honores y ofrecieron banquetes y que acabó hasta bien entrado el siglo siguiente exhibiendo por la calle su pecho lleno de medallas.

O’Donnell junto a las tropas de la campaña de África pasando por la Puerta del Sol en 1860. BNE.

Pero todo esto no supone la fundación de un barrio, sino el empeño de los políticos del momento por crear un relato patriótico. Los pobladores, que ya existían antes, aunque muy escasamente, fueron aumentando, lo mismo que en otras zonas de la ciudad. Se trataba de artesanos, vendedores ambulantes, traperos. Las autoridades municipales ya contaban con el hecho de que este sería uno de los puntos que, fuera del Ensanche, absorbería el incremento demográfico de la ciudad, como así sucedió. La vecina Cuatro Caminos, mucho más densa, pertenecía a Madrid y Chamartín de la Rosa, convertida ya en Tetuán de las Victorias y separada de la primera físicamente en uno o dos kilómetros, al menos al principio, acabó por conectarse con Cuatro Caminos. Chamartín de la Rosa era un viejo municipio propio que acabaría desapareciendo, absorbido por el crecimiento de la ciudad.

Cinco años más tarde, en 1865, aparece en la prensa la primera denominación de Tetuán de las Victorias con motivo de una campaña de donativos para levantar una iglesia. Muchos propietarios de pequeñas parcelas y casitas, al venderlas, hablaban ya de pueblo, y no de un barrio. En 1889 ya se había creado un pequeño matadero, pero en un estado de higiene deplorable. Carecía de alcantarillas y todo el que podía lo evitaba. Sin embargo, se multiplicaban los merenderos y ventorrillos, a los que acudían muchos madrileños los fines de semana

para pasar el día.

Toda la zona seguía conectada con la parroquia de San Miguel Arcángel, de Chamartín de la Rosa, pero no podía evitar convertirse poco a poco en feudo proletario y núcleo terco del socialismo y la anarquía. Todo un «semillero de disgustos fue siempre el barrio de Chamartín y sus párrocos, porque aquel, con su proximidad, tocante en confusión con los barrios extremos de Madrid, fue refugio frecuente de gentes indeseables», cuenta Luis Redonet en su obra *Chamartín de la Rosa.*

José Gutiérrez-Solana, vestido de negro, con su capa igualmente negra, visitó el barrio una mañana de domingo en los años en que Pardiñas se paseaba por ese mismo lugar. Tras apearse del tranvía, en Cuatro Caminos, se encuentra un gran gentío que llena tiovivos, atracciones y casetas de feria. Hay numerosos merenderos y restaurantes cercados por vallas pintadas de colores y adornados con banderas y cadenetas. Pero la muerte anda próxima: «A lo lejos veo el viejo cementerio de San Martín y, detrás de las tapias, los cipreses», escribe. Aquí todos los jardines y campos «tienen aire de cementerio», añade lúgubremente.

Sigue su paseo hacia arriba, hasta el barrio de Tetuán, donde lo asaltan los puestos de comida y una riada de personas cargando cestos o vendiendo toda clase de cosas. Las castañeras muestran sus cajones y llevan un farol para cuando caiga la noche. Entra en una tienda de comestibles en los bajos de una hilera de casas de una planta. Botellas de vino cubiertas de polvo y telarañas y olores fuertes. Fuera, en la calle, cajas con caracoles vivos, mientras en las carnicerías «los carneros cuelgan boca abajo, desollados y en esqueleto, los ojos fuera y sanguinolentos, para ser guisados así, pues a la gente del pueblo [se refiere a Tetuán, que denomina pueblo] le gustan estas cabezas y comen también los ojos». Junto a las casas hay cobertizos miserables cubiertos de zinc que los vecinos usan en los días de lluvia. El colorido de las casas es impactante; no hay ninguna que sea del mismo color que su vecina. Alpargateros y torneros trabajan al aire libre y a una calle, llena de coronas de flores y que vende ataúdes modestísimos, se la conoce por «De la vida y la muerte». Justo allí el escritor sigue a una mujer que, tras pagar un ataúd, se lo echa a la espalda y se aleja del lugar. Camina penosamente cruzando desmontes ruinosos y llenos de basura, en dirección al cementerio. Un viejo vagabundo, sobresaltado por la aparición de Solana, se sube precipitadamente los pantalones. Numerosas moscas revolotean sobre la plasta que acaba de dejar en la tierra. Y el hombre, casi disculpándose, le confiesa: «Los pobres, dicen los ricos, que disfrutamos con el sol y los piojos, pero si vieran los poderosos cómo a estas moscas todavía les parece nuestro cuerpo cosa no despreciable, aprenderían a respetarnos y ver que algo

tenemos de bueno».

El barrio tuvo personajes famosos a los que se atribuyeron poderes oscuros, como «el Sr. Moratilla, un republicanote, ateo y alquimista —cuenta Félix Morales Parra en *Tetuán de las Victorias,* publicado en 1960 como recuerdo personal del barrio—, que vivía en una casita baja, estrecha, de la calle de Madrid, por donde había de pasar la procesión. En el interior de esta casita se veía desde la calle el resplandor de los infiernillos que usaba para sus manipulaciones químicas, que a los chicos nos parecían las llamas del infierno, y cuando pasábamos por allí sentíamos un escalofrío de terror, hacíamos el signo de la cruz... y echábamos a correr». Pero, al igual que el relato nacionalista de la supuesta fundación de Tetuán de las Victorias, este también es un reflejo de cómo la historia puede ser interpretada y convertida en «oficial» según los ojos y las fantasías del momento. En realidad, Parra se refiere a Pedro Moratilla, zapatero y concejal, objeto de la ira del clero y el catolicismo. Moratilla fue creando a su alrededor una leyenda oscura y, por supuesto, falsa, sobre todo a partir del 27 de mayo de 1890, cuando en compañía de otros librepensadores irrumpió en la iglesia, donde gritaron consignas anticatólicas y rebatieron a gritos lo que unos jesuitas en esos momentos contaban a un grupo de niños. En el imaginario católico y, más tarde, nacionalcatólico y franquista Moratilla pasó a ser un Cagliostro rodeado de libros de brujería y hechicería, un jefe de las huestes demoníacas y ateas.

La tela de araña del anarquismo es profunda y enrevesada. En 1914, apenas dos años después del paso de Pardiñas por el barrio, en la imprenta Bailly-Baillière, propiedad de Charles Bailly-Baillière y posteriormente dirigida por sus hijos Antonio y Enrique Bailly-Baillière, ubicada en el número 298 de Bravo Murillo, trabajaba como tipógrafo Pablo Iglesias, quien como vimos décadas antes había logrado expulsar a Tárrida del Mármol y Esteve de la gran conferencia que partió en dos a los revolucionarios. De esa misma imprenta había salido el tipógrafo Francisco Ruiz, que en 1893 colocó un cartucho de dinamita en el palacio de La Huerta, en la calle Serrano, donde vivía Cánovas del Castillo. El explosivo le estalló por error, acabando con la vida del anarquista. Según el policía y literato de pacotilla Comín Colomer, posiblemente una más de sus numerosas mistificaciones, quedó en un instante en tal rigidez cadavérica que hubo de ser enterrado con lo que quedaba de las piernas en flexión, como si estuviera sentado. Unos años más tarde, otro ácrata acabó el trabajo fallido de Ruiz y liquidó al escurridizo Cánovas.

José Nakens estuvo en Cuatro Caminos junto a Mateo Morral —del que tuvimos durante la guerra una calle y una travesía dedicados a él (Mayor y San Cristóbal, respectivamente)—, tras el frustrado regicidio

contra Alfonso XIII, buscando refugio para el terrorista. Los anarquistas catalanes que dispararon contra Eduardo Dato también se refugiaron en Cuatro Caminos huyendo de la policía.

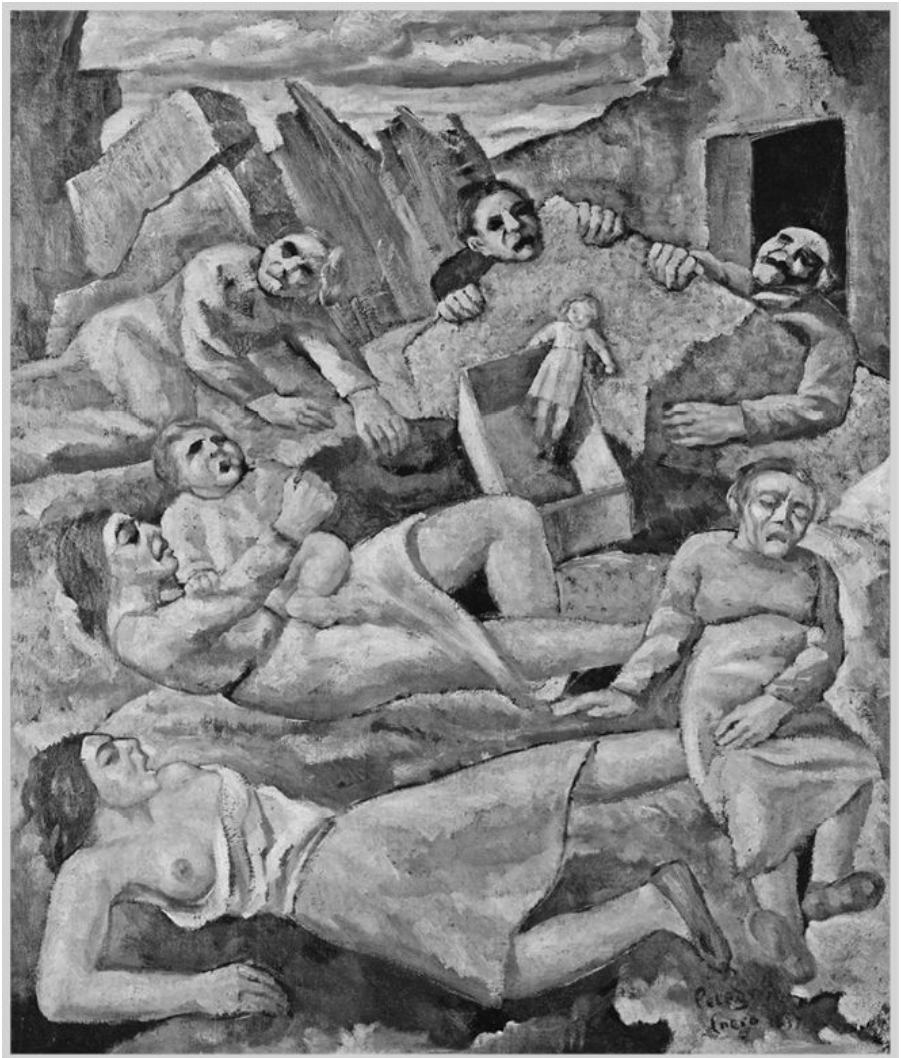
Este lugar, en el cambio de siglo, estaba tan separado del centro que era frecuente que los madrileños más acomodados contasen con una segunda casa de vacaciones o pasasen aquí el verano. Con el tiempo, hasta la Guerra Civil, la zona marcó un límite físico al Madrid burgués y reaccionario, levantando un muro proletario que impidió el desarrollo de las ideas de los falangistas, quienes una y otra vez intentaron, todas sin éxito, hacer que sus voceadores y escuadristas vendieran su prensa, lo que produjo numerosos incidentes.

Virgen de Tetuán de las Victorias con cabezas moras a sus pies.

Aquí la historia, increíblemente, ha sido parcialmente silenciada, y ni tan siquiera la matanza de medio centenar de personas figura casi en ningún lado. El 16 de diciembre de 1936, muy cerca de donde estoy, en la calle Marqués de Viana, la Legión Cóndor bombardeó las calles. Numerosas «fuencarraleras» esperan para vender sus productos en el mercado callejero. Así, con este nombre, se conocía a las mujeres de Fuencarral, que hasta 1951 era un pueblo separado de la capital

por once kilómetros. Las vecinas, cada mañana, recorriendo una gran distancia a pie, venían hasta aquí para ganarse la vida. Entraban por Bravo Murillo, antigua carretera de Francia, y se quedaban por la zona o alcanzaban mercados del centro como el de la Cebada o San Ildefonso. Nada más avistar los aviones, corrieron a refugiarse bajo un almacén de maderas, que fue alcanzado por los proyectiles. Murieron sepultadas, mientras otros muchos escapaban por donde podían hasta que, en una segunda pasada, los aviones les dispararon desde el aire acabando con ellos y provocando decenas de heridos. El cuadro de Santiago Pelegrín *Bomba en Tetuán. Madrid* (1937) es espeluznante: un revoltijo de cuerpos, incluidos los de un bebé y una niña abrazada a su madre, yace entre tablones y escombros. No fue el único ataque a esta barriada obrera, pero sí el más cruento, aunque hasta hace muy poco solo los supervivientes de aquellos años recordaban lo sucedido.

El taller de García-Alix es un búnker lleno de potencias encerradas y promesas liberadas. Hay centenares de libros, cuadros, obras de arte o chaquetas vaqueras o de cuero cubiertas de mugre de los Centuriones de España, la banda motera que aterrorizó y nos aterrorizó —algunos de sus integrantes, todos tipos curtidos, imprevisibles, siempre dispuestos a tenderte una mano o destrozarte, hacían de matones en la puerta de la sala Revólver, a la que solía ir los fines de semana— y de la que fue miembro García-Alix hasta que esta fue absorbida por los Hells Angels, decididos a instalarse en nuestro país. Muchos centuriones decidieron dar aquel paso, un compromiso para el que no había marcha atrás. García-Alix, que ya entonces comenzaba a ser célebre como un fotógrafo capaz de retratar almas rotas y rostros vencidos, se hizo a un lado. Aquello estaba exento de la camaradería, las salidas al campo, el compartirlo prácticamente todo de aquellas decenas de locos en dos ruedas.



Bomba en Tetuán (Madrid), Santiago Pelegrín (1937).

Muchos no lo contaron o acabaron entre rejas; otros, aquellos que contaban con biografías más extremas, acabaron perdidos en el tiempo, en mapas imposibles. Uno de ellos hizo de portavoz oficioso del Ku Klux Klan en nuestro país. Después de marcharse a los Estados Unidos, acabó muerto a tiros.

En su taller, entre todo eso, uno tiene la sensación de estar en el centro de un panteón. Rodeado de ángeles y espíritus, heraldos de un tiempo ya pasado y que jamás volverá. Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río. «Esta estrella que tengo aquí —me dice señalando a su frente— es el símbolo de mi fortuna, una extraña suerte, como si tras de mí hubiera un ángel de la guarda. La llevo aquí arriba para evitar que se caiga». Le pregunto por fe, creencias, ángeles, y él no

duda. Extrañamente pagano, siempre lúcido, capaz de entregarte una frase que es una sentencia o un epitafio, todo eso en lo que cree y lo ha mantenido en la cuerda floja pero milagrosamente vivo. Así lo veo yo: un buen hombre, dañado pero feliz. «Sin duda alguna, sí, existen los ángeles», añade.

«La película que empleo no es como la de antes, la analógica, porque tiene menos plata, es más débil. Ahora, en lugar de plata, lleva pigmentos», me confiesa mientras me enseña fotografías. Le pregunto por la intuición y hablo de ríos, caminos deseantes, mi paseo interminable entre fantasmas mientras hacemos eso mismo, caminar por el barrio. «En mi trabajo es fundamental. Cuando hago una fotografía lo improviso casi todo. No sé muy bien lo que va a pasar, simplemente me planto ahí y me dejo llevar por lo que veo y siento. Es muy inexplicable, pero la intuición es la base de lo que hago. Siempre he tenido una muy buena intuición». ¿Y el deseo?, eso puede que también sea una especie de pulsión: «El deseo es importante. Yo viví una época cargada de deseo, eso era lo que nos movía, desde mediados de los setenta hasta los primerísimos noventa. Entonces, todo cambió. Aquello ya era muy distinto. La ciudad era distinta, todo había cambiado a mi alrededor. Muchos de mis amigos y amigas habían fallecido en accidentes o enfermedades. El VIH nos castigó mucho, caíamos como moscas, la muerte se los llevó muy rápido y pronto. Pero el deseo termina. Lo único que es eterno, que jamás muere, es el amor». Y una frase que me entrega y que tomo al vuelo, posiblemente para siempre: «Al final la vida siempre rima».

Fui por los mismos sitios que él aunque con muchos años de retraso, viví el negativo de la foto. Es posible que yo, un joven que en 1991 —un año antes de que falleciera Ernst Hartmann, el creador de las «líneas Hartmann»—, cuando llegué a Madrid por vez primera tras cumplir la mayoría de edad, me cruzase con él o sus colegas; en cualquier caso, no lo recuerdo. Habría sido una presencia intimidante y peligrosa. Estaba en otras y no me interesaban el cuero negro, las motos, el mundo de las drogas. Aquello era un planeta distinto al mío y en aquella ciudad, que me parecía infinita, y su noche, inagotable, nuestros mundos rara vez se tocaban.

Los fornidos matones que cada noche estaban en la puerta de la sala Revólver, todos miembros del club de García-Alix, solían romper los huesos con suma facilidad. Cuando a la salida del garito se producían incidentes, algo bastante habitual, no sabías bien de qué parte se pondrían. Convenía tenerlos a tu lado y no enfrente. Una de aquellas noches nos esperaron en la calle decenas de nazis con palos y cadenas. Salimos como pudimos, esquivando objetos y sorteando asesinos, entre sonidos de cristales rotos y gritos. La lluvia de piedras arreciaba y de un portal aparecieron de improviso Rossy de Palma y

Santiago Auserón, corriendo despavoridos calle abajo mientras caían los escaparates hechos añicos.

Hasta aquel entonces, la morfina se encontraba fácilmente. La tenían muchas amas de casa; un poco de eso y los dolores de cabeza y del cuerpo se esfumaban. La racionaban y nadie se enganchaba. Solo cuando las drogas caen en manos de los jóvenes todo cambia.

La heroína llegó a su vida cuando vivía en su piso del Rastro, cercano a la Bobia, un bar donde los camareros miraban para otro lado ante el trapicheo y el consumo. El primer chute le llegó en su habitación de revelado de fotos. Una mañana, durante una reunión de amigos tras el Rastro, varios de ellos la consumieron con jeringuillas. Le preguntaron si quería y él no lo dudó, y empezó así su particular «viaje al fin de la noche», como advirtió el antisemita Céline, como tantos otros. Amaba aquellas páginas, que leía una y otra vez. Devoraba cada semana decenas de libros.

En los primerísimos ochenta, tanto él como el resto de amigos de su pandilla eran adictos en pleno descenso vertiginoso. La casa estaba en llamas, pero el subidón era tremendo. Nadie era capaz de bajarse. Poco después se le encoge el corazón: su hermano muere de sobredosis, mientras el cerco se estrecha tras él. Hay soplones, polis, hostias en comisaría.

García-Alix vende droga, al principio poca cosa, pero todo va cambiando y volviéndose más grande y serio. Ya no trata con roqueros o pirados, sino con mafiosos sin escrúpulos. Gana dinero pero el riesgo es mayor. La angustia jamás disminuye. Marcha a Londres y expone en una galería. La prensa española habla de un fotógrafo español que triunfa en la ciudad, pero la aventura termina porque no logra centrarse, abandonar el hábito y dejar de alimentar aquel abismo. No es un simple fotógrafo, sino un forense que entra en la escena de un crimen o la observa desde lo alto, flotando en un extraño éter, dispuesto a atrapar el primer destello de vida o de muerte, cualquier cosa con tal de que sea real y definitiva, la impronta o los demonios del retratado. La primera foto que expone es de una puñalada que le asesta un ultraderechista, que junto a unos cuantos más entran a destajo, armados con navajas, a un concierto de rock and roll, epítome máxima de decadencia y rojerío.

Ahora estamos detenidos ante el lugar en que hace un siglo Pardiñas urdió su atentado, o puede que como el arte de la fotografía de García-Alix, lo improvisase, que fuera a por el rey y acabase topándose con el primer ministro, y entonces simplemente cambiase de planes. La calle en que tiene el taller, Beire, no existía por entonces. Ninguna calle más allá de Carlos Rubio existía, todo eso vino luego, como una imparable mancha de aceite que iría colonizando un mapa virgen, un vasto campo ideal para perderse. No

solo acamparon las tropas tras la gesta africana sino que unos años más tarde, cuando el enemigo era otro, hicieron lo mismo los batallones carlistas que golpeaban una y otra vez la geografía del país en grandes carnicerías.

Entramos a una cafetería cerca del lugar. García-Alix, siempre atento, dispuesto a añadir una palabra, una frase, me cuenta uno de sus peores momentos cuando ve cara a cara a la muerte. El dictamen es rotundo: tiene anticuerpos y le queda poco tiempo de vida. «Por la noche, cuando no podía dormir, desesperado, pillaba la moto y conducía a toda velocidad, sin rumbo fijo. Más de una vez me imaginé estrellándome contra un camión, pensé mucho en quitarme la vida. La mayoría de mis amigos estaba en hospitales, los veía morir y pensaba que ese era mi destino», me cuenta con emoción. Pero de pronto apareció su estrella, su enésimo ángel guardián. «En Móstoles un médico me dijo que existía una posibilidad de salvarme. Consistía en un tratamiento entonces experimental. Él sabía de mi trabajo como fotógrafo y me dijo que yo necesitaba salvarme. No había dosis para el resto. Para mí aquello fue muy duro. Intentar salvarme cuando el resto de colegas estaban desahuciados, pero no tenía otra opción y acepté». Y funcionó y, además, en poco tiempo. Sin embargo, nada cambia en su hábito destructivo. Las desgracias, como suele decirse, nunca llegan solas, y al poco le dicen que tiene hepatitis C, ya muy evolucionada, casi un cáncer. Un hígado necrosado que le hace vomitar sangre.

Esta vez el tratamiento es muy agresivo. Lo destruye por dentro. Los peores momentos los pasa en París, adonde se traslada. «Tenía mucha vida social, galerías, dinero, todo eso, y la gente me veía aparentemente “bien”, pero estaba roto por dentro. Los dolores eran tremendos, no podía dormir, adelgacé muchísimo y tuve una depresión muy profunda», confiesa. El tratamiento con interferón es el infierno en la tierra. Las inyecciones son tan devastadoras que luego no puede ni levantarse. Pasa muchos días en cama, abotargado, a un paso de la muerte. Tiene consultas continuas con el psiquiatra; muchos de los pacientes intentan quitarse la vida. Pero la estrella, una vez más, lo protege.

Durante aquellos años salieron todos los números de *El canto de la tripulación,* una revista de gran formato en la que aparecían muchas de sus fotos, una constelación de moteros, bohemios, gente al límite, extraviados. Al cabo de un tiempo, algunos ya no estaban, arrasados por la enfermedad. El nombre de la publicación era un homenaje a ese tipo de gente, a aquella tripulación alucinada. También era el título de una novela sobre barcos, piratas y aventuras de Pierre Mac Orlan, pero también un receptáculo de aquel instante. El intento por atrapar el tiempo, detenerlo, mostrarlo en su forma más genuina posible mientras todo a su alrededor gira, muta y cambia. La ciudad, los

amigos, los cuerpos.

Ahora que veo a un García-Alix que jamás pensó que llegaría vivo hasta aquí, siento una asociación extraña, un punto de sutura entre un libro y una persona, un personaje de ficción y otro de carne y hueso. Es ahora cuando comprendo la secuencia entre aquella tripulación y este hombre que se despide de mí con un abrazo mientras observa meditabundo su colección de motos aparcada en su taller. Es la descripción del capitán Ahab —el deseo imposible y la obsesión enfermiza, el hombre que persigue una utopía— y la tripulación del Pequod, «un viejo de canosa cabeza persiguiendo con maldiciones a una maldita ballena por el mundo entero, al frente de una tripulación compuesta principalmente de canallas, parias y caníbales». Ya es tarde para todo, demasiado tarde.

El viaje continúa.

Detenerse y encallar equivale a morir. La larga noche que se cernía sobre ellos, con todos los terrores que escondía la oscuridad total, se combatía con amigos, con «canallas, parias y caníbales». Navegando a muerte, al precio que sea.

El barco y la tripulación

Mi travesía por mar, esta particular ruta transoceánica, había comenzado un poco antes, en la glorieta de Cuatro Caminos, al final de la avenida de la Reina Victoria, justo cuando a comienzos de los años veinte del pasado siglo la zona era liminal, una frontera entre la urbe, que se diluía aquí, y las afueras. Aunque todo tenía un aire casi campestre y muchos madrileños contaban en este lugar con segundas residencias o disfrutaban de uno de los bellos «hotelitos» con jardín. La vida se detenía en Cuatro Caminos, entre dehesas y desmontes. El aire, decían, era puro, todo era más sano, lejos del bullicio del centro, su contaminación y sus prisas.

Habían transcurrido muy pocos años del gran desastre marítimo del Titanic, pero ya aquel nombre se había liberado de la tragedia. En el paseo de Rosales estaba la atracción del Titanic, una reproducción en miniatura del barco que se movía y zarandeaba a quienes acudían a divertirse y pasar el rato en el Saturno Park. Terrazas, cafeterías, orquestas negras tocando algo que parecía jazz. Los arquitectos Julián Otamendi y Casto Fernández Shaw, entre 1919 y 1921, construyeron aquí una mole de diez edificios de treinta y cinco metros de altura, todo un rascacielos para Madrid, que levantaba por esta vez la prohibición de edificar por encima de los veinte metros.

Ilustración del aspecto exterior del Titanic *(El Financiero,* 1921).

La atracción del Titanic en el Saturno Park *(Mundo Gráfico,* 1919).

Cuando se inauguró el Titanic, en las dos primeras plantas estaba la sastrería y zapatería New York Titanic. La prensa lo recibió entre burlas y loas; era algo sumamente lujoso e inusual para la zona, pero al mismo tiempo los defensores de la ciudad jardín abominaron del proyecto. Shaw, que no dejaba nunca de soñar, pasó de fundar junto a su hermano el semanario infantil *Pulgarcito,* en donde también realizaba casi todos los dibujos, a crear una arquitectura de gigantes inspirada en los rascacielos estadounidenses. «Vistos de noche, y con las luces de los pisos encendidas, parecían realmente dos buques», confesó después.

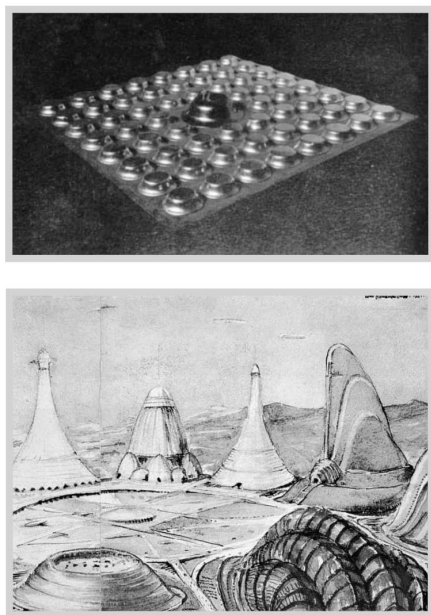
Desde entonces, comenzó a idear proyectos utópicos y estratosféricos. En 1934, propuso una «Ciudad aerostática y acorazada contra los bombardeos» que contaba con un sistema de climatización artificial. La supervivencia, amenazada por la destrucción total, así lo requería: «París, Berlín, Londres, Toledo, Salamanca, Madrid, destruidas por una próxima guerra, por una revolución, no podrán reconstruirse en la forma actual. El arte, la civilización que reste, tendrán que refugiarse en estos caparazones del Progreso», escribió.

Algo como «la civilización que reste» resulta pavoroso, pero su tremendismo y sueños de apocalipsis venideros no dejaron de ir y venir. Como en sus «Torres hiperboloides de refugio y defensa en la ciudad», un proyecto que, como el anterior, nunca fue realizado, aunque la fecha de 1937 quizás lo justificase. Cada torre debía medir quinientos metros y se desplegaba en círculos, una especie de ciudad tribal e hipertecnológica.

Shaw, obsesionado con los bombardeos, visitó Londres en plena

guerra e investigó su sistema de defensa aérea, sus refugios, el modo en que hacía frente al desastre. De aquellos malos augurios, muchas veces confirmados, quiso construir algo que rindiera culto a la divinidad y a la altura de las pirámides. En 1951, en pleno franquismo, lanzó su propuesta más ambiciosa, una «Ciudad radial aerodinámica» presidida por un gran templo dedicado al Sumo Hacedor.

Sentía que el mar, otro tipo de océano, se extendía ante mí. A cada minuto partían barcos y naves piratas. Una maraña de calaveras y banderas negras seguía mis pasos. El tiempo jugaba en mi contra.



Maqueta de la Ciudad Aerostática y Acorazada y dibujo de la Ciudad Radial y Gran Templo del Sumo Hacedor de Casto Fernández Shaw.

La travesía, a pesar de mi despedida de García-Alix, continúa muy cerca de allí, a unos pasos. Basta solamente con tomar otro barco más, dar la mano a otra tripulación. Lo había visto en una fotografía que me impactó: durante una gran nevada que barrió Madrid, aquella casa, ante la que me encontraba, encallada en la calle Leñeros, estaba rodeada de nieve.

Es una casa con forma de barco. Su palo mayor es una antena, y las velas, toldos. Hay ornamentos marineros por la fachada y una ventana con ojo de buey. Al frente, un timón junto a un grafiti de olas de mar que rompen justo ahí. Quise saber la historia tras la casa, el primer capitán de aquel barco. El bisabuelo de María Teresa, su propietaria, un cantero-marmolista santanderino, fue uno de los miles de trabajadores de la construcción que emigraron a Madrid justo después

de que los soldados españoles acampasen en este lugar. Montaron sus tiendas y talleres. Marmolistas, tapiceros, canteros y todo tipo de artesanos, además de trabajar aquí, también vivían en habitaciones o pisos altos. El abuelo de María Teresa, amante del mar, cuando compró el terreno observó que este tenía una forma singular; se alargaba en una de las esquinas, y lo vio claro: aquel pedregal tenía forma de barco, la misma que ya vi kilómetros atrás, cuando precisamente recorrí la calle Barco, en el barrio de Maravillas, donde se levantó un convento en una calle a la que se dio ese nombre por el mismo motivo. O el Titanic que ya he dejado atrás. Edificios transmutados en buques, y viceversa. Gente siempre en movimiento, perdiéndose en mares lejanos o deseando hacerlo, un ir y venir constante. Imaginar un mar cercano, la brisa marina entre hormigón, atascos y ladrillo, es un buen remedio para no sucumbir ante la idiotez urbanita.

La fotografía de la casa barco cercada por un desierto blanco me recordó las crónicas de los viajes al Polo Norte, las célebres imágenes de Frank Hurley durante la expedición de Ernest Shackleton a bordo del Endurance, y tantos otros Ahab. Julio Verne, que sepamos, jamás visitó Madrid, pero sí Vigo. En junio de 1878, durante su travesía hacia el Mediterráneo a bordo del Saint Michel III, donde se refugió para protegerse de un fuerte temporal, a través de una carta que envió a un amigo suyo, le confesó su admiración por lo que contempló: «No podéis imaginar nada más admirable que esta bahía de Vigo, lago inmenso rodeado de montañas», escribió emocionado. Años más tarde regresó a Vigo por segunda vez. Debía volver a retener aquella imagen.

Hora de partir. El horizonte se puebla de velas e incendios. Luz, sal, promesas. El ultraísta Isaac del Vando Villar, retratado por el uruguayo Rafael Barradas como un ser sin rostro, un espectro que deambula entre calles vibracionistas, fue quien mejor captó el ambiente portuario y la vida en alta mar: «Las embarcaciones flotantes / miran el mundo al revés / mientras se fuman sus negros cigarrillos. / Los marineros subidos en las antenas / mondan radiogramas y mandarinas».

Mientras tanto, yo había incorporado música a mi paseo. Caminaba conducido por una melodía abisal e imposible de abarcar, misteriosa. En mis auriculares sonaba Philip Jeck y su epopeya titulada *The Sinking of the Titanic,* una sucesión de sonidos de agujas deslizándose por viejos vinilos maltratados, traídos a la vida de puro milagro y que,

Aspecto de la casa barco de Tetuán tras una tormenta de nieve. Pampa G.

Isaac Vando Villar retratado por Rafael Barradas.

poco a poco, van congregando antiguos espíritus, voces, violines, pianos que son pasado, pero no tanto. «Lo que intento crear es como un océano vacío, con trozos que son como una premonición de cosas que van a suceder», confesó Jeck. Es sin duda una «transmisión excavada en el pasado». Y con esta, todas sus leyendas: la orquesta que toca hasta el último segundo, justo en el instante previo a ser engullida por el mar, con los músicos intentando no salir rodando por el suelo, el buque ya escorado y con los pasajeros desesperados lanzándose al mar. Sentía cada fragmento de sonido, esa voz cavernosa, como un quejido, un lamento o una grotesca risa, las últimas palabras de alguien a punto de ahogarse. Aquella vieja historia acontecida en otra parte del mundo hace más de un siglo parecía estar pasando ahora mismo. Aquí, delante de mis narices,

mientras me abría paso por el hielo, brazada tras brazada en un mar agitado, las voces de los muertos haciéndose oír, quizás para advertirnos de un peligro que nos negamos a ver.

Tuve que detenerme, comprobar si también yo podía oler el mar. Mientras admiraba aquella casa barco encallada en Tetuán, justo en el tramo final de mi viaje, pensaba en estas cosas y en la poderosa atracción que ejercen en mí las crónicas marineras. Yo, un isleño en el exilio permanente, que crecí con el mar a unos pasos y el efecto que produce en cualquiera la conciencia de la finitud del territorio, verse rodeado por agua, frente al elemento de la vida. También recordé que fue precisamente en una novela de Verne, concretamente en *Las aventuras del capitán Hatteras,* donde leí que existieron barcos que, en busca del famoso paso del noroeste, obligados a pasar el cruel invierno aprisionados entre muros de hielo, sin moverse, en una noche perpetua que duraba meses, crearon sus propios periódicos. La redacción la formaban sus tripulantes; uno, el más interesado en la poesía, publicaba poemas; otro, el más fantasioso, relatos breves de ficción que podían incluso consistir en noticias imaginarias de un mundo para el que ellos no existían, y así hasta contar con todo un equipo, emulando las secciones de cualquier periódico.

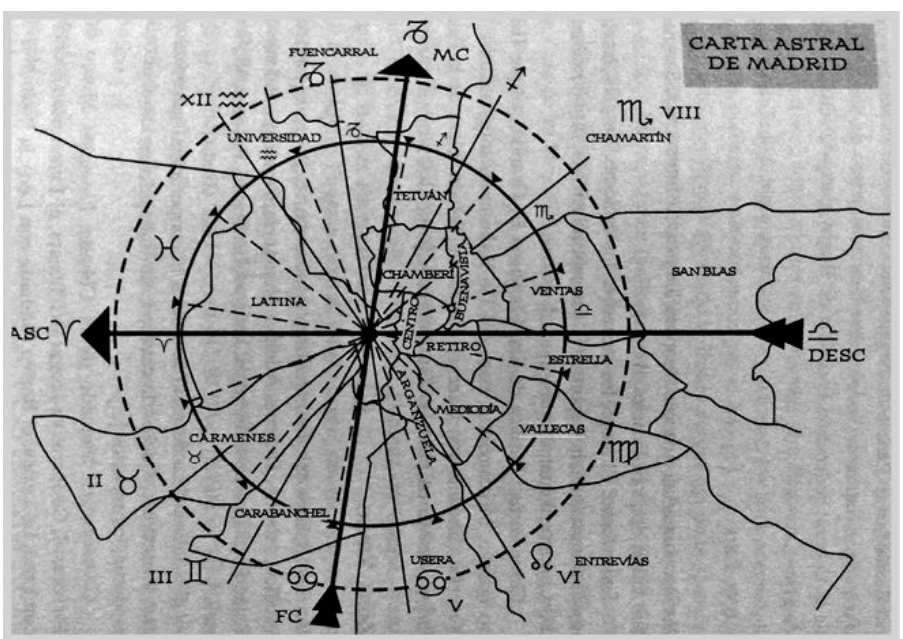
Uno de ellos, como cuenta la novela, fue *The North Georgia Gazette and Winter Chronicle,* aparecido entre noviembre de 1819 y marzo de 1820 y publicado tras haber regresado la expedición, compuesta por dos barcos que habían viajado más al oeste de lo que ninguna búsqueda del paso había logrado hasta entonces, aventurándose más allá del estrecho de Lancaster, en lo que hoy se conoce como el canal de Parry, hasta llegar a la isla de Melville en el invierno de 1819. Fue entonces cuando llegó el terrible parón.

Ante la imposibilidad de avanzar debido al hielo y a la falta de luz solar, durante noventa y seis largos días a oscuras, los barcos se vieron obligados a pasar el invierno en Winter Harbour, frente a la costa sur de la isla. El anuncio del futuro periódico, firmado por su capitán Edward Sabine, futuro presidente de la Royal Society, apareció en forma de aviso y cartel fijado en uno de los barcos una mañana. Se aceptaban colaboraciones anónimas de todo tipo. A medida que pasaba el tiempo el tono se hizo inevitablemente más lúgubre y pesimista, hasta que cerró cuando el barco por fin pudo desplazarse. Por entonces se habían publicado veintiún números.

Posteriormente, aquella original idea para combatir la monotonía fue imitada en futuras expediciones, creando así una especie de subgénero literario de periódicos creados durante los duros inviernos árticos. *The South Polar Times,* uno de estos, se imprimió para diversión de la tripulación durante la expedición del Discovery de Scott a la Antártida, y vio la luz a su regreso a Gran Bretaña en 1904.

Las conexiones surgen entre las olas. Verne publicó *Veinte mil leguas de viaje submarino* —en la que aparece la bahía de Vigo— tan solo unos pocos meses antes de que Stanley diese con el escurridizo Livingstone. Ahora es como si, tras encallar, pudiera avanzar en busca del famoso paso del noroeste, hacia el norte de Madrid, intentando dejar atrás a pie la urbe que parece infinita. Y quizás también yo, pensé antes de dejar atrás la casa barco, ande buscando la sombra de un capitán Nemo moderno, ese que exclamó: «¡El mar lo es todo! Su aliento es puro y sano. Es el inmenso desierto en el que el hombre nunca está solo, pues siente estremecerse la vida en torno a sí mismo. El mar es el vehículo de una sobrenatural y prodigiosa existencia; es movimiento y amor; es el infinito viviente».

No hay error posible. El cemento y el ladrillo pueden sustituirse por un mar helado, aguas turbulentas, peligros abisales. Según la astróloga Isabel Fernández Hearn, que llegó a hacer un inusitadamente acertado mapa astral de Madrid, me encontraba en el barrio de sagitario, mi signo zodiacal. Así que estaba como en casa, feliz al verme inmerso en el elemento, remontando las olas, una tras otra. En su estudio, como leí sorprendido, en la zona por la que caminaba predominaba «lo extranjero, los viajes, navegación intercontinental, las aventuras, el comercio al por mayor…». No podía creérmelo. O quizás sí. A estas alturas, el camino del deseo empezaba a ser toda una autopista deseante. Algo o alguien me llevaba y yo solo, pensaba, era el mensajero, un pretexto, una carga en hombros de otro. Estaba en medio de un viaje eterno. Dulce y terriblemente solo.



Carta astral de Madrid realizada por Clara Tahoces en *Guía del Madrid mágico.*

El mar, o la ilusión de este, siempre han estado ahí. Hace siglos los griegos no tenían una palabra exacta para el azul. Cuando escribían o hablaban sobre las aguas, las describían como oscuras. La manera en que lo veían no tenía nada que ver con como lo hacemos hoy nosotros. Por eso este mar de cemento es eso mismo, un manto oscuro y atropellado de oscuridades en ocasiones luminosas. Un mar habitado por monstruos.

Seguimos en medio de una historia de barcos, ríos y mares.

Siempre hemos soñado con otras travesías. Siempre estamos dispuestos a partir de inmediato. Embarcar en el centro de la ciudad y aparecer, quizás, ante las pirámides, como soñó Arturo Baldasano y Topete, un nombre que parece extraído de alguna novela, una obra de teatro decimonónica, un personaje sin duda patafísico y propio de Alfred Jarry. Sin embargo, era real. Y soñaba con disolverse en la selva, igual que Stanley, perderse en algún lugar remoto de Asia, imitar a los antiguos exploradores o al Verne que tanto leía.

Conoció a Stanley, o mejor dicho Stanley lo conoció a él. Ambos tenían mucho en común, aunque el futuro explorador africano, mientras se mantenía a flote en aquella España por momentos medieval, no lo supiera bien. Diplomático y futuro cónsul general de España en Nueva York, publicó *De la Puerta del Sol a las pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem,* un título a la altura del nombre del autor. La atracción por Egipto, después de la apertura del canal de Suez, una travesía casi directa y, sobre todo, tolerable, hasta el Egipto misterioso, se convirtió en obsesión para gente como él o Gregorio Andrés Espala, que el mismo año de 1870, cuando Topete publicó su obra, hizo lo mismo con *Del Manzanares al Nilo y el Jordán.* La Puerta del Sol y el Manzanares como máquinas del tiempo y el espacio capaces de doblegarlos, igual que hacían los escritores de ciencia ficción.

Decir pirámides equivalía a decir fin del mundo. Un exotismo reservado para los libros de aventuras protagonizados por exploradores blancos como Stanley, todos ellos escopeta en mano, seguidos en ocasiones por pequeñas milicias, adentrándose en la tenebrosa selva. Déspotas, insensatos, herederos de los antiguos evangelizadores. Los ingleses bebían té en vajilla de plata en mitad de la nada. Muchos no regresaban, pero para quienes contemplaban aquel gesto desde la distancia aquella era una muerte heroica.

Ahora, gracias al nuevo canal, nuestro interés patrio cambió de Marruecos y sus enigmas, que poco a poco palidecían ante el baño de sangre y la violencia del imperio herido, hacia Egipto y sus faraones, la cultura milenaria anterior al cristianismo. Salir de la Puerta del Sol

o navegar por el Manzanares, el exiguo río que tanta fantasía derrochó, para transportarse en un abrir y cerrar de ojos hacia lo desconocido. Porque lo desconocido es una especie de categoría para toda clase de personajes y un foco de atracción irresistible para militares, exploradores, espiritistas, geógrafos o poetas.

Pero ese mismo viaje, o uno cualquiera, una utopía acuática, ya fue pensado antes. Esta ciudad tan contradictoria, con sus dislates y abismos, su locura de cemento y su progreso enloquecido, hizo soñar lo imposible. Algo como esto: un barco te estaría esperando a los pies del río Manzanares, ese río que durante siglos fue objeto de mofa y del que se decía que contaba con un exiguo hilillo de agua. Su caudal era muy pequeño, tanto que daba lugar a chistes. Un arroyo, un pequeño manantial impropio de una gran capital. Por eso convertir aquel río en navegable, para que uniera la ciudad con Toledo e incluso alcanzase un puerto de mar que llegase hasta Portugal, podía ser tomado como una mala broma. Pero fue una broma real.

El proyecto data de 1580, durante el reinado del astuto Felipe II. Su creador fue un ingeniero italiano llamado Juan Bautista Antonelli, hombre de confianza del rey, que le había encargado la construcción de fortificaciones militares en Cartagena, entre otros proyectos. Primero habría que ensanchar artificialmente el Manzanares y también el Tajo para que sirvieran de navegación, una especie de tobogán acuático que, tras una larguísima travesía, lograría que los pasajeros desembarcasen frente a las murallas toledanas.

El único problema era, según Antonelli, el dinero. Al proyecto se oponía una junta de sabios que acudió a la divinidad para justificar aquel delirio: aseguraron que Dios no había querido que el Manzanares fuese navegable. Pero Antonelli, empeñado en hacer realidad su sueño, demostró que era posible tras montarse en una precaria canoa, aprovechando el aumento del caudal del Manzanares, hasta según él aparecer en Toledo.

Felipe II, en 1584, excitado por aquel relato, organizó una suntuosa expedición fluvial entre Madrid y Aranjuez. Dos lujosas chalanas reales alcanzaron el destino. Un poco antes León Pinelo escribió: «El viernes 19 de enero llegó a la ribera del Tajo por la vega de Toledo una chalupa que el rey había enviado desde Lisboa para dar principio a la navegación que deseaba hacer. El 17 de marzo de 1584 Felipe II, acompañado de sus hijos, fue desde Vaciamadrid a Aranjuez en barca dirigida por Antonelli y ponderó el descanso de la navegación frente al polvo y tropezones de los coches. Muerto Antonelli en Toledo el 7 de marzo de 1588, se hizo cargo de su misión un aparejador llamado Andrés García Udías, que anteriormente había conseguido la navegación por el Pisuerga».

Portugal había sido anexionado y la Corte soñaba con un Támesis,

un Danubio o un Sena castizos. Incluso se acometieron los primeros pasos del proyecto, con ensanchamientos y trabajos entre Abrantes y Alcántara. Todo iba viento en popa, al menos para Antonelli y su sueño, cuando de pronto sucedió algo que lo cambió todo: la Armada Invencible inglesa y sus amenazas de destrucción del imperio español cortaron el caudal, no de agua (que ya era escasa), sino de dinero. Y el proyecto entró en barrena hasta olvidarse.

Sin embargo, aquella aparente locura resurgió un par de siglos después. Carlos III, en 1770, a partir de la iniciativa de Pedro Martiengo, un empresario privado, retomó el proyecto del pertinaz Antonelli, e incluso llegó a habilitar un canal navegable desde el Puente de Toledo hasta el río Jarama. En total, diez kilómetros. El monarca estaba entusiasmado: «No debía desatenderse la expresada propuesta, antes sí, examinarse con cuidado. A este fin la mandé remitir a mi Consejo para que por lo respectivo a las gracias, privilegios y condiciones que solicitaba esta compañía me expusiese su dictamen. […] Don Pedro Martinengo y Compañía ofrecen a su costa y expensas un Canal Navegable en el Río Manzanares desde la Puente de Toledo, hasta el Río Jarama y desde allí seguir la navegación adonde mejor conviniese, a elección de esta compañía, sea sobre las riberas del mismo Jarama de Henares, o de Tajo, pues en cualquier parte que siga resultaran las ventajas y bien público que semejantes obras han producido en otros reinos».

Y el dictamen llegó. Una infinitud le separaba aún de Toledo y más aún de Lisboa. El nieto de Carlos III, Fernando VII, extendió el canal cuatro kilómetros más hasta Vaciamadrid, con obras de ensanchamiento e infraestructuras para la hipotética navegación, pero el proyecto una vez más se paralizó por lo costoso e impracticable que era.

Crecimos con estos sueños colosales y hasta nos creímos dioses. Pero, en cambio, éramos muy pequeños. Bastaba mirar a las estrellas para orientarse en medio de la nada y la zozobra, entre mares que, según antiguos mapas, albergaban criaturas monstruosas, hasta un mundo que terminaba abruptamente ante un muro o un precipicio infinito y tras sortear gigantes y patagones. Ahora, mientras me asediaban las metáforas marinas, un desfile incesante de arquitecturas acuáticas, desastres en el mar y barcos camuflados entre el ladrillo, todo volvía al punto de partida, a la ciudad, a esta maldita y bella Mayrit. La ciudad del agua. Cada mañana, clavados en la costa, seguimos oteando el horizonte. Somos los últimos náufragos de los que se tiene noticias. Cada día intentamos evitar ser tragados por el mar y el tiempo, por la desmemoria como enfermedad.

En mi relato es como si los viajeros —todos los personajes, sin excepción, que van apareciendo— se guiasen mirando las estrellas,

como los antiguos navegantes. Los enigmas siguen irresueltos. Tenemos la magia, los misterios del mundo árabe y sus escuelas de sabiduría, cuando la conexión entre el ser humano y el cosmos no había todavía saltado por los aires. La era de la Unidad frente al Caos primordial. No, nuestro actual caos no pertenece a los dioses sino a las prisas, el estrés y las visitas al psiquiatra.

Sé, de todas maneras, que este libro va de eso mismo: cartografiar el cielo y la tierra, esas que refulgen y se reflejan en esta metrópoli. Así que yo también soy un paseante extraviado, alguien que deambula constantemente y mira al cielo por si las estrellas le soplan algún punto, una tabla de salvación antes de que el hielo nos atrape y sea imposible moverse. Cambiar de bando, meter la nariz donde a nadie le importa. Un polizonte en un siglo XXI que se dirige hacia el colapso. Un puñado de hombres estúpidos gobernados por otros más estúpidos aún.

Posiblemente el trazado de las primitivas murallas, tanto árabes como cristianas, del Madrid medieval se realizase siguiendo ciertas normas astronómicas. Aquí se fundó la primera escuela de astronomía de Al-Ándalus. Maslama al-Mayriti, el primer madrileño ilustre de la ciudad, fue su creador. Sabemos que era un experto en la ciencia de las esferas y los astros. De ahí la osa y las siete estrellas que rodean el escudo de Madrid y simbolizan la constelación de la Osa Mayor.

Cuando se levantaron las primeras murallas, los gobernantes se rodeaban de astrólogos, a los que usaban para predecir sequías, planear batallas o preguntarles todo tipo de cosas de su vida privada. Incluso se conserva un horóscopo del propio Maslama, en relación con la conjunción de Saturno y Júpiter, cuyo pronóstico fue un cambio de dinastía, ruinas, matanzas y hambre, cosas de este mundo, cosas terribles que suceden una y otra vez. La verdad está en los planetas.

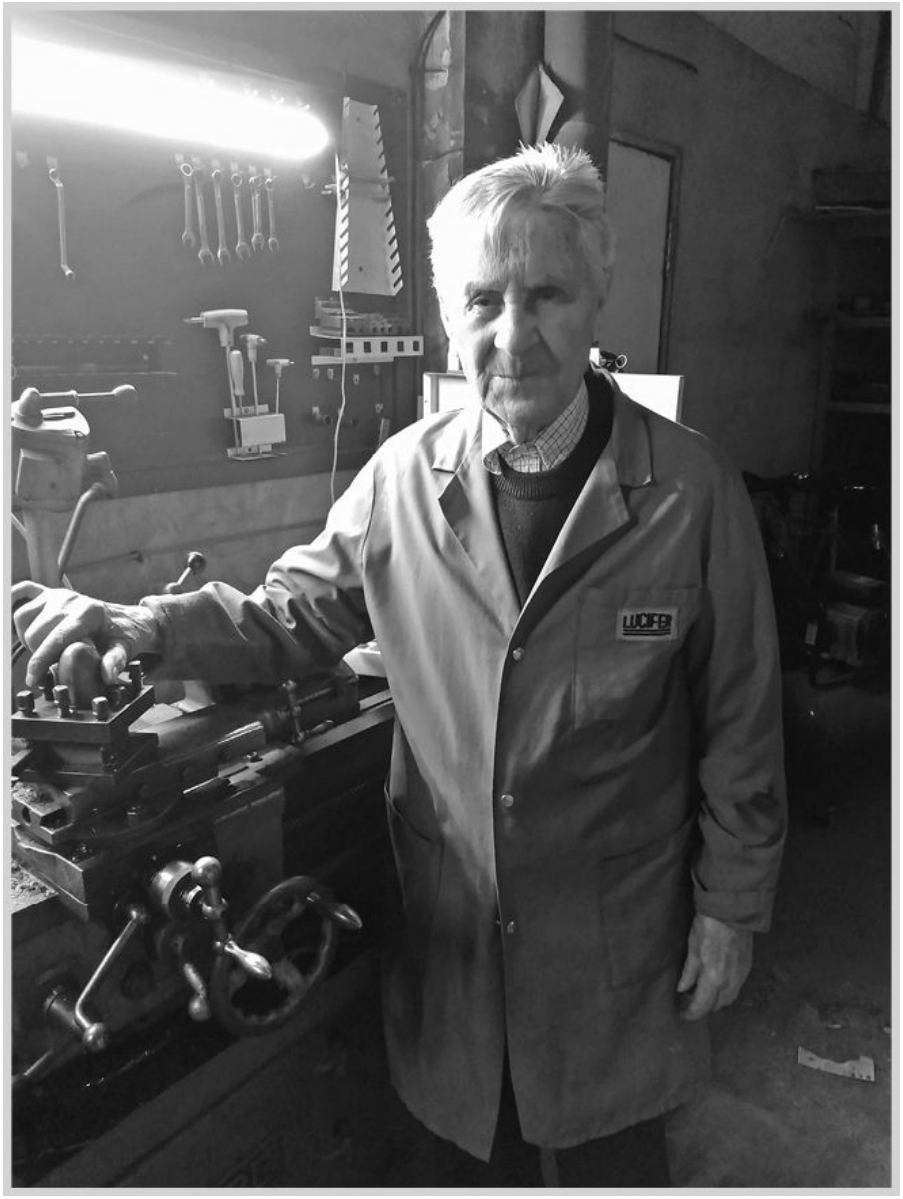
Perucha

Barcos enterrados en el asfalto. Flotas dispersas, buscando una salida, quizás la llegada de un deshielo próximo (un cambio absoluto de este modelo de ciudad, cada vez más hostil para la vida). Todo lo que veía aquí, pensaba, las continuas referencias al espejismo del mar, me remitían a un barco en una botella. Un amigo me habló de que existía algo así. Literalmente. Un anciano, dentro de su taller de reparación de bicicletas, tenía un barco. Jamás podría salir entero de ahí dentro. Estaba encerrado, como si fuese una descomunal botella, y, en su interior, aquel insólito barco.

Debía verlo, no tanto para creer sino para seguir la travesía. Me flaqueaban las piernas, no sé ni cuántos kilómetros había hecho ya. Tenía la dirección y su local quedaba en mí línea del deseo, es verdad que un poco escorado, pero sentía que tenía que hacer una breve parada para ajustar la brújula y prepararme para el tramo final. Fue así como conocí a Higinio Domingo Perucha.

«Nací en 1934 y, desde siempre, he vivido aquí, en Chamartín de la Rosa, que era el nombre oficial que tenía antes esta zona», me cuenta. Yo, por supuesto, no le menciono el proscrito nombre de Tetuán. Rodeado de carpetas, álbumes de fotos, retratos en los que un joven Perucha se ve subido en una bicicleta, con gesto de esfuerzo, por una pendiente, quizás en Francia o Suiza, adonde fue en los cincuenta, en un itinerario en bici por media Europa. «Esto es en Moscú», me dice señalando una foto en que aparece en la plaza Roja.

En 1958, en Suiza, antes de seguir a París, le robaron y dejaron sin medio de transporte ni dinero, pero gracias a aquel robo conoció a Consuelo —«el amor de mi vida», me confiesa—, con la que vive a escasos metros del taller. Hoy siguen yendo cada poco a bailar, siempre «a bailes de jóvenes», advierte él. «Los viejos no me gustan. No esos que están tristes. Por eso nos gusta salir a bailar», me cuenta sonriendo en el taller que ocupó cuando una constructora dedicada a la rapiña, vinculada a la Iglesia, se quedó con sus tierras. La expropiación fue un fiasco. Perucha, con los ojos cerrados, es capaz de señalar dónde estaban las casas desaparecidas. Lo mismo que las tierras de toda su familia que le arrebataron. El barrio quedó irreconocible. Muchos perdieron lo poco que tenían. Y un puñado de ellos incluso se quitó la vida.



Perucha en su taller junto a su antiguo torno, que aún funciona.

La trastienda de su taller es un inmenso almacén lleno de cuadros de bicis —algunos adaptados a ciclistas con discapacidad, en bicicletas que él construye para ellos, e incluso dirigió un equipo paraolímpico —, ruedas y toda clase de cosas. Lleva aquí desde que lo echaron de su antigua tienda. Entonces no se lo pensó dos veces; en mitad de la noche, con una perseverancia impresionante, fue hurtando de la obra todas las piezas que necesitaba para su sueño de barco. El casco, azul y blanco, por supuesto, son resmas de persianas; y el alto mástil, el

cartel de la constructora. El local, al igual que el resto —los bajos de un edificio destinado a comercios que nunca fueron—, estaba vacío y él lo okupó. No pidió ayuda a nadie, tampoco avisó ni pregonó la gesta. Simplemente lo hizo.

Ahora es como un faro para la gente de la zona, que trae bicicletas que en otro lado habrían sido condenadas a la basura. Pero él no, para Perucha nada se tira al contenedor. Las repara, suelda, da una nueva vida gracias a sus manos, que a pesar de sus ochenta y siete años mueve prodigiosamente. Y a su gran torno: «Esta máquina —dice señalándolo, mientras se coloca su bata de trabajo Lucifer, el bíblico «portador de luz», una marca alemana de electricidad— me ha dado de comer a mí y a mis padres».

La guerra sigue muy presente. Mueve la cabeza cuando le pregunto por sus recuerdos. Él me observa con sus ojos, dos rendijas centelleantes que van ágiles de un lado a otro. Y sonríe: «Un día un caza de esos modelos que venían de Rusia, esos que la gente llamaba "Moscas" porque venían de Moscú, fue derribado y el piloto cayó al lado de casa. Jamás olvidaré eso a pesar de que era tan pequeño», confiesa.

Comenzó a trabajar con doce años. Luego se hizo mecánico. Arreglaba cualquier cosa. Incluso trabajó en la inmediata posguerra haciendo los periscopios de los submarinos. Un día comenzó a pedalear, cada vez más lejos, y le gustó aquel estilo de vida, quizás para escapar mentalmente de la dictadura y del gris cotidiano en un barrio que no se parecía en nada a lo que es ahora. La gente dejaba las puertas de sus casas abiertas y todos se conocían y ayudaban. Él, que conoce cada palmo de la zona, ha mapeado todas las calles y hasta cuenta con seis o siete escondrijos secretos en tapias, huecos en edificios o rejillas, en los que guarda herramientas y toda clase de cosas, como si fuesen lugares para repostar y reconectarse con lo que fue.

El barco de Perucha en su taller. Fotografía del autor.

Su caudal de vida es arrollador. Él, «Peru», como lo llaman, es un héroe barrial. Pionero del Club Ciclista de Chamartín de la Rosa, en el que ingresó en los años cuarenta. Unos pocos años antes, cuando llegó la guerra, muchos de aquellos ciclistas del club se unieron a una brigada ciclista antifascista con el nombre del anarquista Malatesta. La sede, en los meses anteriores a la guerra, estaba cerca de aquí, en Marqués de Viana —antigua calle Blasco Ibáñez—, pero antes había estado en varios locales, incluso en un bar, el Blanco y Negro, donde

acudían a apuntarse los nuevos ciclistas.

En el número 26, del 20 de junio de 1937, del periódico *La Trinchera,* perteneciente a la 40.ª Brigada Mixta (7.ª División), se incluyó una declaración de los ciclistas de Malatesta titulada «Notas de unos combatientes del Batallón Ciclista»:

«Pertenecemos al Batallón ciclista Enrique Malatesta y prestamos los servicios de enlace y otros relacionados con los mismos. El título con el cual encabezamos estas líneas es para poner de manifiesto que la mayoría de los ciclistas pertenecientes a este Batallón éramos combatientes de las trincheras, de las cuales salimos trasladados al mismo, por ser de bastante utilidad nuestros servicios en dicho Batallón. El grupo con destino en esta Brigada mixta lo componemos doce ciclistas entusiastas de este deporte. Trabajamos incansablemente, ayudados de manera eficacísima por nuestras inseparables compañeras, las máquinas. Y digo nuestras porque cada cual ha tenido que aportar la suya para poder prestar este servicio a la causa, que, como en todas las guerras modernas, es imprescindible, ya que estos servicios llevan las órdenes de ataques, repliegues, contraseñas, señales de aviación, etc., y realizan toda clase de servicios de enlace. Este Batallón se formó con el fin de conservar en todo lo posible los Servicios motorizados, que son utilísimos para otros más necesarios y que nosotros con nuestra máquina no podemos realizar, como son los relevos de fuerzas, transporte de material, abastecimiento, etc., así como al mismo tiempo economizar el combustible, gastando lo menos posible, con el fin de que no falte para otros servicios más necesarios. Bien es cierto que la máquina consume, por lo menos, nuestra carne y a veces nuestra paciencia. ¡Si vierais qué bien se curan los catarros cuando tenemos un parte urgente y el sol pega de plano!, ¡la impresión que recibimos cuando estamos acostados muy a gusto, descansando del trabajo diario, y sentimos el timbre de los partes, nos tiramos de la cama medio adormilados, nos sentamos en nuestro ya familiar asiento, el sillín, y nos damos cuenta de que llueve y el piso está encharcado! Entonces nos acordamos de los paraguas, aunque no sea más que para que no se moje la máquina, o nuestro equipo. En este momento nos acordamos del parte que tiene que llegar a su destino, y nuestras piernas hacen presión sobre las bielas de la máquina, y esta, en prueba de cariño, aumenta su velocidad, y el parte, claro está, se encuentra en dos minutos en su destino. Entonces emprendemos el regreso, aguantando el calor, la lluvia o el frío. En nuestro cometido tenemos algunos curiosos. Vemos cómo en las carreteras y arroyos de las calles juegan, sin dar importancia al peligro, los niños pequeños y algunos mayorcitos, sin importarles que exponen su vida. Igualmente algunos perritos, cuando llevamos prisa, se nos cruzan en nuestro camino, y

nosotros, con más paciencia que Gutiérrez, apretamos los frenos para no desplancharlos, y, claro está, damos con nuestros huesos en el suelo. Mientras nos levantamos vemos al gracioso perrito cómo corre con el rabo entre las piernas, sin duda para que no le tomemos la matrícula y le hagamos pagar las arrugas de nuestra bicicleta, que se ha quedado del golpe con más arrugas que Lerroux. Nosotros hemos declarado la guerra a los perros porque no saben las leyes de la circulación ni tienen quien se las enseñe. No obstante, seguiremos con nuestro buen humor y satisfechos de nuestro servicio prestado a la causa, a la cual no abandonaremos hasta su fin. Suena otra vez el timbre. Estamos preparados. Son las consignas. Cada cual con su máquina toma una dirección, sin duda la del triunfo. ¡Salud! Ciclistas de servicio en la Brigada».

En la República Libertaria de Perucha, hay un hilo invisible que une a las viejas con las nuevas generaciones. Y la imagen de Perucha subido en su bicicleta es perfecta.

Su barco es un objeto imposible con mucho de operación mágica. Afirma que el barco no puede salir entero del taller, que jamás lo expulsarán. Lo importante es la cosa, la imagen, su invocación. Es una maqueta a escala real; lo siguiente es el verdadero barco, ese que un día botará en un mar que está a miles de kilómetros de aquí. «No es el único barco que he construido —me dice al tiempo que me muestra una foto en que se le ve subido a una escalera junto a un gigantesco cilindro, el casco de otro barco—. Durante tres años, en mi tiempo libre, construí uno por encargo. Pesaba catorce toneladas e inventé un sistema para poder soldar gracias a una rueda que iba girando alrededor del barco». Lo hacía en las afueras de Madrid, en pleno bosque. Pasaban por allí muchas avionetas y helicópteros. «Un día vino un motorista que me preguntó qué era aquello. Le contesté que un barco, aunque aún no estaba terminado. Mientras le hablaba se fue quitando el casco y resultó que era el mismísimo rey, el anterior, Juan Carlos, que había sobrevolado la zona y estaba intrigado por lo que había visto».

Esclavos

Ir hasta el norte de Tetuán era subir una pendiente, en ocasiones pronunciada e irregular, donde la sensación de caminar sobre sucesivas laderas era constante. Pero el amasijo de casas y edificios, un contraste tremendo entre casitas muy modestas, con tendederos en la misma acera y puertas semiabiertas por las que se intuían una covachas desordenadas y opresivas, no permitía ver más allá. La única zona abierta que hallé fue en el paseo de la Dirección, hoy sometido a una gran operación inmobiliaria que pretende convertir la zona en una columna de pequeños rascacielos, viviendas de lujo provistas de aparcamientos y, por supuesto, cercadas.

Ya había vivido eso antes, muchas veces. La última hacía apenas unas semanas, cuando asistí a un acto en que se explicó un proyecto similar que, durante años, políticos y constructoras habían intentado levantar al lado justo de donde vivía. Cada mañana, desde la ventana de mi cocina, veía la codiciada zona, un ochentero centro comercial, tan anacrónico como interesante, justo en el centro del huracán especulador.

La presión del centro disparaba los alquileres. Los vecinos, en una interminable diáspora, abandonaban su barrio de toda la vida. Asistí estupefacto a la enésima demostración de una estupidez humana ya demasiado peligrosa; un desaseado concejal del ayuntamiento no paraba de mirar el móvil en medio del acto, entre las preguntas de los vecinos. Querían levantar rascacielos de veintiocho plantas enfrente de ellos. Detrás estaba el dinero de un fondo venezolano de inversión. Los responsables del proyecto no sabían ni dónde estaban, tampoco les importaba. No veían la hora de largarse de allí.

Habían trazado el proyecto desde un lujoso estudio de arquitectura muy lejos de mi barrio. Cada vez que abrían la boca, metían la pata; la gente bullía. El acto olía a azufre. El nombre de Goya, que tuvo aquí su Quinta del Sordo, cuya correcta ubicación yo había rastreado como un sabueso —por supuesto, el cartel indicativo oficial erraba en el emplazamiento—, se repetía sin cesar. La imagen de la ciudad, que tanto pintó, se desvanecía. Distintos modos de ver lo que es y no es patrimonio cultural.

En la reunión una vecina confesó que, en caso de realizarse el proyecto, sería «enviada a la oscuridad». Un arquitecto altanero, abusando de una confianza que no tenía, aludió a la ciencia, llamándola estúpida al mismo tiempo. Aseguró que el sol traspasaría las moles. A medida que avanzaba el acto, yo escuchaba, entre

asombrado y asqueado, aquel torrente de insensateces, las animaciones de un futuro orwelliano y las advertencias de que era una aproximación a la vida futura. Seres humanos felices, con mucho tiempo libre. Gimnasios amplios y resplandecientes, teatros. Cultura. El mundo feliz. Un pitido estalló en mi cabeza. Me costaba encontrar una postura cómoda en mi silla. De repente, el lugar era un purgatorio. Me fui antes de acabar.

Aquel primer descampado tenía depresiones en el terreno que enseñaban piedras y desmontes. Había pequeñas laderas. Aquí aún no se había construido nada. Curiosamente, al día siguiente de mi paseo, una anciana me contó que vivió justamente ahí durante su niñez y que uno de sus mayores miedos eran los perros salvajes que solían vagar por la zona. También yo me encontré con perros, sueltos, sin correa y, desde luego, nada tranquilizadores; su dueño debía de estar cerca, pero yo no lo vi. Era como si el prodigioso y conocido instinto de los animales les hiciera ir una y otra vez por aquel lugar, regresar o no poder salir de este, confundidos a causa de un misterioso magnetismo, condenados a vagar, ladrar, morder.

Atravesando el descampado, como si fuese el lomo de una gran ballena, se veía parte del gran Canal de Isabel II, construido en 1851. Se escondía y, al cabo de unos metros, volvía a aparecer. Más allá, entré en el parque de los Pinos. Una antigua foto de Charles Clifford muestra ese mismo puente ahora atravesado por el parque. Unos rebaños de ovejas están parados ante este. Se ven pastores y curiosos. A lo lejos, hay carretas tiradas por caballos y una casona aislada. El abandono de estos tramos del famoso Canal, en su día admirado en todo el mundo hasta el punto de que Nueva York imitó su proyecto de abastecimiento de aguas, es enorme e irreversible.

Otra de las fotografías de Clifford muestra otro instante en la historia del megaproyecto. Pero es muy distinta; lo que vemos es a decenas de trabajadores en las obras, subiendo y bajando por laderas, muy pegados unos a otros. Son presidiarios, algunos de los más de diez mil que trabajaron forzosamente para terminar aquella titánica y, para ellos, peligrosísima empresa.

La visión de la carroña molestaba. Empezaban a escasear los descuartizamientos de salteadores de caminos o la quema pública de criminales. Desde mediados del siglo XVIII la monarquía borbónica no dudó en usar mano de obra presidiaria. Otras ideas, presentadas como más «humanas», se imponían. Una de estas fue la posibilidad de restar pena a cambio de trabajo. Los internados en correccionales trabajarían en obras en cuarteles o dentro de los límites de la ciudad; en las cárceles peninsulares, los condenados a entre dos y ocho años se dedicarían a obras públicas, como la del Canal de Isabel II; por último, en las terribles prisiones africanas (Ceuta, Melilla, peñón de la

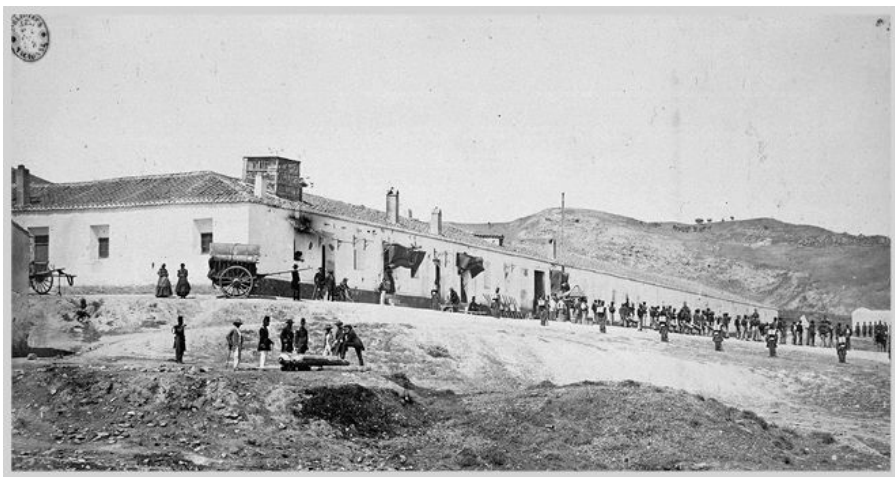
Gomera, islas Alhucemas y Chafarinas), donde iban los castigados con penas superiores a ocho años, se les encomendaría la fortificación y el mantenimiento de esos lugares.

Para ejecutar las obras, por cuestiones prácticas, se creó una cárcel junto a estas, que llamaron Caserna del Presidio. Allí vivía y pasaba las pocas horas de descanso la mano de obra esclava. En lo alto del edificio existía un gran palomar con palomas mensajeras, el principal correo entre la gran obra y la capital.

La mayoría eran presos políticos de las guerras carlistas. Al penado, conforme iba eludiendo sanciones y, según los carceleros, «mejoraba» su conducta, se le iban aligerando los grilletes. Porque los condenados a dos años tenían grilletes en las rodillas, sujetos por una correa en la cintura. Los de mayor condena llevaban otros mucho más pesados y gruesos. Cuantos más trabajos aceptaban, más se les disminuía la carga de hierros.

Los talleres en que aprendían los oficios, que luego desempeñarían en canteras y laderas, lucían consignas y frases como: «Si premio queréis, temed, trabajad y obedeced» o «Ama a tu patria y a tu rey y sé obediente». La biblia del trabajador. Aquello no terminaba ahí; en las celdas las frases eran aún más perturbadoras: «Venera a los rectos jueces que de Dios hacen las veces» o «Si de Dios perdón deseas, nunca vengativo seas», mientras sentían que un gran ojo los vigilaba. Nadie podía escapar. Tampoco nadie lo intentó nunca. Las paredes, por supuesto, escuchaban.

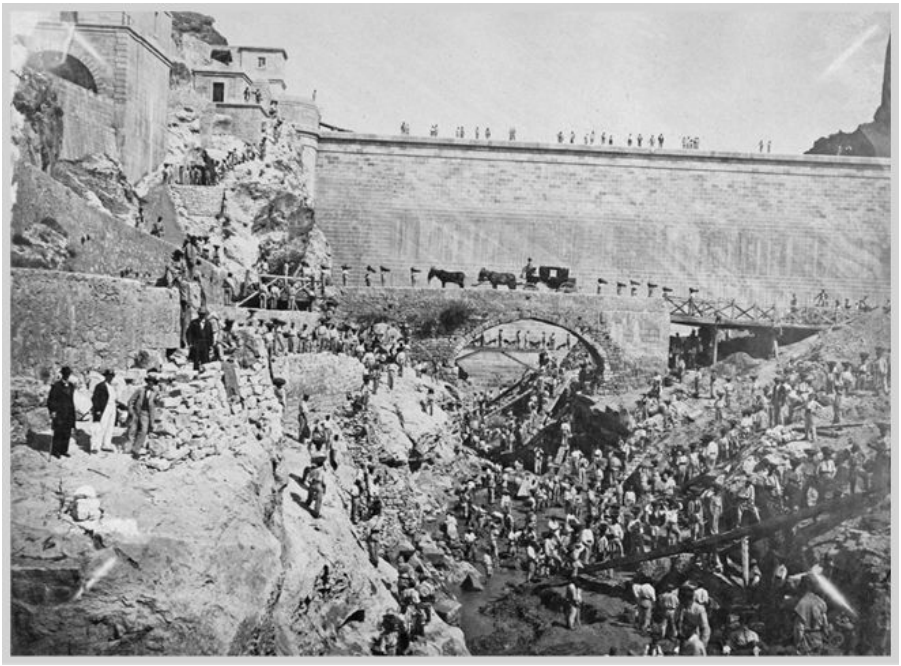
Los terrenos eran escarpados y pedregosos. Traer el agua se hizo a costa de muchas vidas y mucha sangre. Muchos fallecieron en el transcurso de aquellas agotadoras jornadas; otros enfermaron o sufrieron mutilaciones de brazos y piernas. Hasta tuvieron sus esclavos que convirtieron en héroes, como un tal Tomás Ibáñez, que al parecer se ofrecía inmediatamente para hacer los trabajos más arriesgados.



Caserna del Presidio para las obras del Canal (1855). Clifford, BNE.

Ibáñez llegó a afirmar que el mayor honor sería morir intentando terminar el Canal de Isabel II.

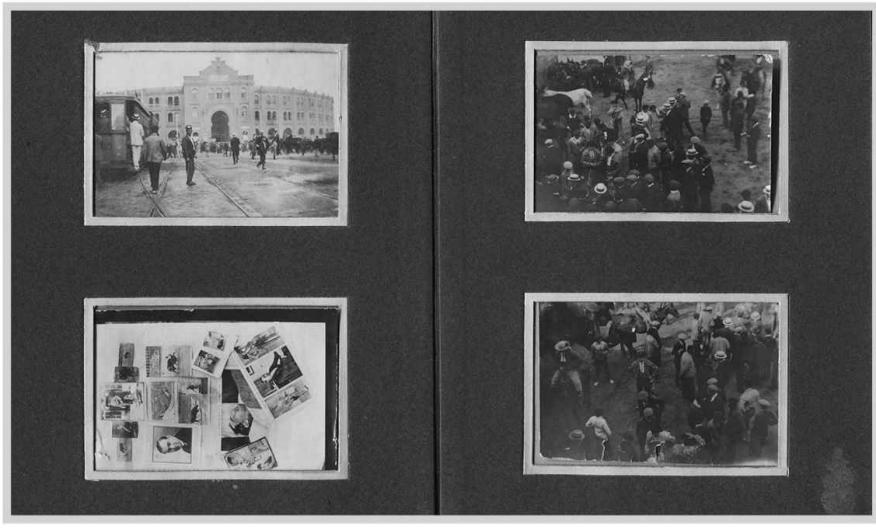
Aquel abnegado trabajador, a pesar de estar cumpliendo una gran pena, al concluirse la megaobra fue indultado. Pero falleció «de alegría», o eso dijeron, a los pocos meses de recuperar la libertad.



Obras con trabajo esclavo en el Canal de Isabel II (1855). Clifford.

Ser una sombra

Las experiencias del Ribalta paseante son tan singulares y extrañas que es como caminar sobre una ciudad completamente distinta. Yo mismo siento eso cuando la recorro. Algo así es complicado de compartir. Ahora, tras leer todas sus cartas, anotaciones, seguir su rastro, indagar en su vida, la visible y la invisible, y buscar una explicación a lo que sucedió mientras hago lo que supuestamente él hizo, aquel paseo y última caminata, siento que jamás podré saber la verdad.



Últimas páginas del álbum de Ribalta con imágenes de avionetas y de los exteriores de la plaza de toros de Las Ventas y corridas.

Sus últimas cartas, aquellas de finales de mayo de 1916, son confusas y casi impenetrables. Una y otra vez hay descripciones ópticas extremadamente intrincadas, pero todo parece indicar que lo que veía y, sobre todo, cómo veía estaba cambiando radicalmente

hacia algo mucho más severo y terrible. Todo parece indicar que la pérdida de visión estaba siendo inusitadamente rápida.

El tiempo se acababa. En breve no vería y de nada valdría la destreza de sus manos. Pero antes sufre un cambio absoluto en su anomalía, que al parecer hasta entonces sufría por momentos, de modo que le permitía disfrutar de largas horas en que todo era más fácil y el mal se alejaba. El color se retira. Los ojos se apagan. Cae un telón tremebundo sobre los rayos de la vida y, en esos instantes, el mundo es una imagen en blanco y negro. El doctor y paseante, irremediablemente, sucumbía. El gris ha terminado por dominarlo todo. El Hotel del Negro es como la última baliza, el fin de la ciudad de Ribalta, el lugar que marca una advertencia de que más allá hay dragones.

Pero todo esto son conjeturas. Puede que las confesiones que leí en su cuaderno sean meros ejercicios poéticos de alguien con mucha imaginación o algo más mundano: ha perdido la cabeza. Lo he leído mil veces, incluso afirmado en otras tantas: a veces el misterio es que no existe misterio alguno, y por tanto es posible que todo sea mucho más sencillo. Así que pienso en un suicidio. En Madrid la mayoría lo cometía lanzándose desde el viaducto. Una caída fatal, un gesto sin duda grandilocuente y trágico, espectacular. ¿Qué les atraía de aquel lugar que año tras año recibía la visita de decenas de aspirantes a suicidas? Su abrupta monstruosidad, un apelotonamiento de edificios y casas que de repente descubría una estructura gigantesca alzándose cerca del centro.

Y he aquí otra de mis teorías: no creo que este hubiera sido el destino de Ribalta. Descarto el suicidio. En sus escritos y su triste progresión y descenso a los infiernos, no hay nada de los síntomas del desesperado por desamor, del desesperado por la pobreza y las desgracias más o menos comunes. Su desesperación es radicalmente distinta. Es vitalista: ama la vida, pero siente que esta retrocede. Su desesperación es la propia de alguien que ha visto grandes cosas solamente reservadas a unos pocos. Ha contemplado el interior del cuerpo humano y tocado con sus manos la materia de la que estamos hechos. Ha ido más allá e inspeccionado el órgano que permite ver todas estas grandezas y luchado contra su desgaste, ese mismo que ahora huye de sí mismo y se apaga.

El hijo de Ribalta en el Retiro y el propio Ribalta, su esposa Antonia y un hombre sin identificar (álbum de Ribalta).

Vuelvo a la teoría de la fuga planeada, por descabellada que esta sea. Al fin y al cabo, desapariciones hay muchas. Fin de la historia. O quizás no. Es posible que para Ribalta, como dejó escrito en su última entrada (14 de mayo de 1916), el Hotel del Negro fuese su «última parada», pero no en un sentido obvio. Puede que se refiriese a un plan, a la concepción de la ciudad como un animal depredador, que Ribalta fuese uno de esos que piensan que estando en movimiento evitarán que la enfermedad tan temida acabe alcanzándolos y, por esta razón, nunca se detienen y marchan sin cesar a cualquier lugar, da igual cuál sea. Jamás se instalan allí donde llegan. Nada más poner un pie en un sitio preparan su huida, mientras observan a cada lado, en busca de los signos de que la parca, el Mal, los pueda haber detectado y, sigilosamente, acorralar y hostigar. Burlar a la muerte mediante la distracción. Ser una sombra. Y así se cuentan historias de personas que evitaron la enfermedad a costa de llenar sus pasaportes de sellos y destrozar sus zapatos. Ser de ningún lugar y, al mismo tiempo, de todos.

El triunfo de la nada

Necesitaba, por esta vez, un guía. Alguien que sostuviera la brújula y husmease los incendios antes del final, de cualquier final que me esperase. El historiador local Luis de la Cruz me acompañó en este último tramo. Sabiendo que él había escudriñado cada palmo del terreno, casi me llevó de la mano. Las metáforas de barcos no dejaban de ir y venir, y hasta Luis, poco a poco, comenzó a convencerse de que estábamos inmersos en un gran crucero. «Hubo una casa con forma de barco muy famosa donde en el entresuelo vivía Santiago Carrillo junto a su familia —me contó mientras paseábamos—. Allí, en aquel edificio que todos conocían como la Casa del Barco, vivió su niñez y adolescencia. Todo era muy surrealista, una casa barco entre desmontes y descampados, muchos solares y huertos, junto al arroyo Abroñigal».

La casa sigue en pie, en la calle Doctor Federico Rubio y Galí (¡la calle dedicada al fundador del Instituto Rubio!), aunque hace un siglo la zona era muy distinta. Carrillo, que compartía edificio con ochenta familias más, en sus memorias la describe como una «aldea grande» en la que vivían simples obreros, pero también la amante de un guardia civil o una chica muy hermosa, una cabaretera que despertaba las suspicacias moralizantes de sus vecinos.

La vida era al mismo tiempo dura y cálida; todos se conocían y ayudaban. Mujeres y hombres llevaban existencias separadas. Las primeras casi no salían del barrio, o se perdían por cerros y cañadas, numerosos caminos del deseo que surcaban la zona, para alcanzar Tetuán de las Victorias, donde la carne de cerdo era más barata o podían vender cualquier cosa. Las caminatas eran larguísimas y debían dar rodeos para burlar al odiado fielato, que cobraba tributo a las mercancías que entraban en la capital. Los hombres, por su parte, partían al amanecer. No tenían más remedio que ir caminando hasta Cuatro Caminos y, una vez allí, tomar el tranvía o el metro hasta llegar a sus trabajos. El recuento de bajas fue importante. Cuando estalló la guerra, muchos no dudaron en tomar las armas y marchar hasta la sierra a luchar.

Carrillo, tras regresar del exilio, después de cuatro décadas de ausencia forzosa, lo primero que hizo fue buscar la Casa del Barco. Podía ir hasta allí con los ojos cerrados. Pero le costó reconocerla: estaba rodeada de edificios, un barco entre ladrillos, asediado entre construcciones y casi tragado por estas, varado en medio del pasado.

La calle se había edificado sobre agua. Igual que toda la ciudad. Yo

navegaba a muerte continuamente; no había dejado de hacerlo desde que partí del kilómetro 0 y de la vieja casa de huéspedes del intrépido y sanguinario Henry Stanley, la misma en que vivió Ribalta, para ir a parar sin pretenderlo hasta la calle de Federico Rubio. Eso había sucedido aquel mismo día, antes de amanecer, pero me parecía toda una vida. Mis fuentes del Nilo eran terraplenes, moles de cemento, antiguos arroyos discurriendo aún bajo mis pies, todas esas antiguas pulsiones junto a nuevas obsesiones. Los mismos vicios.

Ahora la Casa del Barco se hallaba en puerto o encallada, pero el agua seguía estando ahí. Un oído atento, libre de la circulación, con la mente abierta, sin duda la oiría filtrándose y anegándolo todo. Creí escuchar algo, un temblor de tierra, pero el sonido se desvaneció. Tampoco oía nada con claridad. También yo era cautivo de las sombras que se ensañaban con la metrópoli.

Vamos sobre aguas, no hemos dejado de hacerlo nunca. Mayrit. El arroyo de Peñagrande, La Veguilla o el Camino del Río, las viejas denominaciones no engañan. En todos estos lugares, cuando empezó la locura constructora, surgieron grandes socavones. Todo se caía o amenazaba con hacerlo. Así que afianzaron el suelo, no sea que tuvieran una desagradable sorpresa. Los desmontes, casas de labor y dispersos núcleos de población fueron barridos.

Luis estaba muy sorprendido. En ningún momento, al menos al principio, le había enseñado el mapa que llevaba conmigo, pero marchábamos pasando exactamente por este y por el camino que él hacía cuando era joven, aunque a la inversa. Cuando se lo mostré, lo observaba una y otra vez, moviendo la cabeza. Había comenzado a andar, solamente llevado por mi deseo de que me mostrase su barrio. Su improvisada marcha se superponía a mi línea del deseo, pero llegado a este punto absolutamente todo estaba superpuesto, mapas sobre mapas. Joseph Conrad, en *La línea de sombra,* escribe: «Era imposible distinguir la tierra del agua en la enigmática tranquilidad de las inmensas fuerzas del mundo». Algo así sentía yo.

La destrucción avanzaba imparable. La Nada triunfaba. Frente a nosotros, cortocircuitando el hermoso paisaje montañoso que se alzaba al fondo, como si hubieran caído del cielo de repente dos naves alienígenas de forma rectangular, un feísmo tan evidente que a su alrededor estaba vetada la vida, dominaban el paisaje dos rascacielos, a la espera de alguno más. También en su interior, en sus frías entradas en las que no se veía a nadie, la vida se escondía. Pulcras, metalizadas, relucientes.

Pensé en J. G. Ballard y su novela sobre un rascacielos que, en realidad, era una cárcel vertical o un mundo comprimido, con sus rencores de clase entre ricos y su lucha tenaz. Suspicacias, odios, envidias. Hasta los gigantes caen. También en lo hermoso y tremendo

que sería ver arder (sin personas en su interior, claro) a aquellos modernos zepelines. La vida como enfermedad contagiosa y de aspecto nauseabundo. Uno de los edificios estaba destinado a estudiantes de empresariales y escuelas de negocios. Otro, en régimen de propiedad. Alquitrán mezclado con azufre. La locura y la violencia. El hedor de los centros comerciales, la plaga de las edificaciones distópicas, como aquellas dos moles proyectadas hacia el cielo para el solo disfrute de los propietarios. *Skyline*.

En ambos casos la constructora los vendía como privilegiados miradores hacia la naturaleza, que estaba siendo usurpada a sus antiguos habitantes, a quienes habían robado hasta la luna y, de paso, los últimos reductos de algo real. Un vecino nos contó como aquí, antes de la llegada de las torres, había un barrio con sus casas y hasta subidas pronunciadas. «Una vez, yendo en bici, se me ocurrió parar y meterme a curiosear por entre las pocas casitas que resistían. Las obras las cercaban. Mientras andaba por allí me llevé un susto tremendo. Apareció de repente un hombre con una traqueotomía. Al principio se enfadó y me preguntó de muy malos modos qué estaba haciendo por allí. Le conté la verdad, le dije que quería ver cómo era esto antes de que lo tirasen todo abajo. Al final hasta me hizo un *tour* privado. Había muchas lomas, incluso curvas pronunciadas que conocíamos de ir en bici porque había muchos accidentes», nos confesó.

Los nuevos moradores llegaron como ladrones. Decenas de esnobs bajando de coches lujosos o de alquiler. Algunos iban con guardaespaldas. Era el día de la inauguración. Sucedió muy rápido. Cuando los vecinos se dieron cuenta, los rascacielos ya estaban en pleno ascenso. Aquella fiesta de inauguración era como un safari por la selva. Ninguno tenía interés por ver el lugar en que vivirían, porque para ellos el auténtico *lugar* era otro, su fortaleza, y a ninguno se le ocurriría en lo sucesivo perderse por las calles aledañas. Y menos aún hablar con alguno de aquellos vecinos de rostros ajados que contaban historias antiguas sobre caminos reales que todavía se intuían con un poco de destreza y hemeroteca, de memoria oral, subiendo y bajando, rodeando lomas, sorteando el amasijo de calles y carreteras, entre la neurosis del urbanismo ultramoderno. Todo tan paradójico, agresivo y desordenado, un entorno apropiado para que este fuese coherente con sus alrededores, con los fondos buitres, las empresas opacas y los tiburones bursátiles.

Íbamos buscando el Camino de Ganapanes, que también antaño se conocía como Camino de Fuencarral, dando rodeos, volviendo sobre nuestros propios pasos. Y Luis, un tanto avergonzado, se perdió. Ambos estábamos desorientados y preguntamos a un anciano, que hacía algo parecido a gimnasia en un parque destartalado al que no

iba nadie. Mientras nos daba explicaciones, miraba con desdén los rascacielos. «Esto es horrible, nos lo han cambiado todo», confesó con amargura mientras subía y bajaba los brazos en un gesto de resignación.

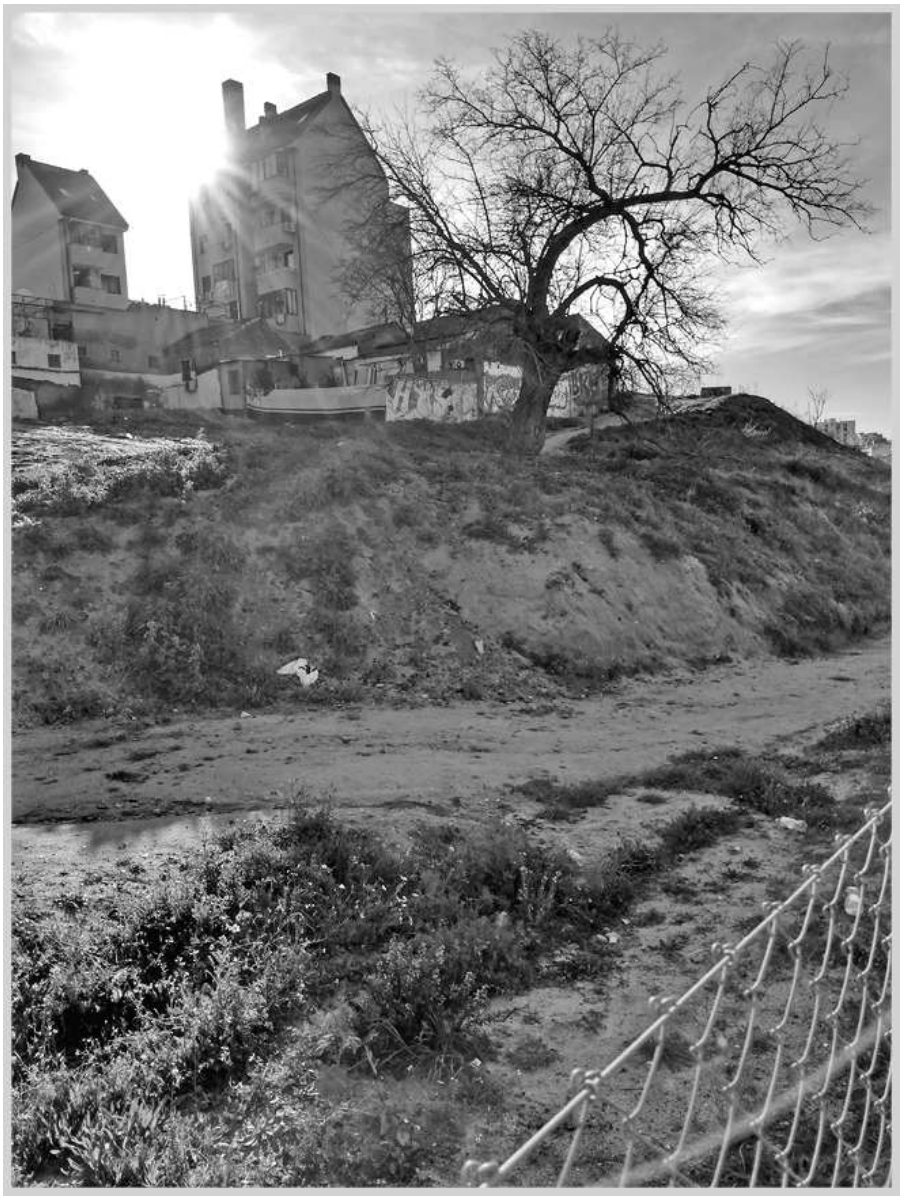
Cruzamos otro descampado. Por todos lados se veía trasiego de palas, como si un tsunami hubiera llegado y arrasado con todo. Pero no, era el progreso, la ciudad del futuro. A lo lejos, sobre laderas, se apiñaban nuevas urbanizaciones. A mí me recordaron las distintas alturas de un cementerio.

Toda destrucción tiene su némesis. La poesía, o algo parecido, abriéndose paso aun en las peores circunstancias. Allí, majestuosa, erguida hacia el cielo, entre el barrizal, se alzaba una morera centenaria que los vecinos intentaban proteger y salvar. Las ramas estaban desnudas y parecían elevar los brazos en un gesto de horror. Tomé una fotografía y la morera agitó sus ramas. O eso me pareció. Soplaba un ligero viento. Su negrura se recortaba contra el cielo azul. A su lado aún se veía alguna que otra casita con su pequeña valla de madera enfrente, justo antes del precipicio, la brecha en el terreno que servía de aviso a navegantes; más temprano que tarde le llegaría su hora al árbol, el último superviviente de una estirpe que dio sombra a los vecinos, siempre generoso y puntual, en los patios de las casas que ya no estaban.

Aquella morera mostraba una belleza indescifrable. Se convertía en un árbol de la vida, una oscuridad indómita, un extraño saludo al sol que me recordó a otro árbol que no era tal sino mucho más que eso, un ejemplo pulsante y brutal de la misma vida. Sangre, llanto, lágrimas. Me recordó al parto de Rita, mi hija, algo tan colosal y salvaje que dejó tras de sí, en el suelo de la sala de parto, salpicada de sangre, en un desorden que jamás imaginé, una carnicería que no se parecía a ninguna otra, un trozo de carne surcado por estrías. La divina placenta, tan increíblemente hermosa y única que no supe cómo reaccionar, arrepintiéndome más tarde de no haberla fotografiado. Yo, desde luego, no estaba para eso. Bea había sido desgarrada, su rostro era pleno, plena era su felicidad. Fuera, en la calle, la ciudad fantasmagórica, llena de peligros a juzgar por las noticias —nos habían confinado a causa de la pandemia apenas dos semanas antes—, solitaria, postapocalíptica, no invitaba a recorrerla. Y se pudrió, posiblemente en menos de dos minutos, perdiendo aquellas inmaculadas formas. Luego leí que existe una especie de culto fetichista por las placentas, los árboles de la vida. Gente reunida devorándola, cortándola en pedacitos. Incluso conocí a un enfermero que pintaba placentas y aún lo sigue haciendo. Instantes después del parto llegaba con su kit de pinturas e inmortalizaba aquello. El «cliente» mandaba.

El paseo unía, tendía puentes. Intercambiamos datos, referencias, nombres. Traer el pasado de entre las tinieblas conlleva siempre un esfuerzo. Paramos a tomar un café y Luis me contó su historia:

«Antes de llegar al barrio de La Paz, ese barrio casi sin nombre en medio del barrio del Pilar y Mirasierra en el que uno puede sentirse de uno o del otro según cómo se mire, mis recuerdos son difusos. Habíamos vivido de alquiler en esa misma barriada cuando aún estaba todo por construir, donde hoy están la avenida de la Ilustración y la Vaguada. Recuerdo a duras penas campos de fútbol y extensiones terrosas. Vivimos también en un par de casas distintas en Alcorcón (solo recuerdo la del Barrio de Lisboa, al lado de mis primos José y Juan). Luego, mis padres compraron sobre plano el piso del barrio de La Paz, una cooperativa de protección oficial cuyos pisos se han convertido hoy en día en impagables para la mayoría de nosotros. Mientras se lo concedían, vivimos tres años en la zona de Conde Duque, en la casa de mi abuela Encarnita, que es uno de los lugares donde fui más feliz. Siempre estuve muy marcado por la memoria familiar, esa transmitida en silencio —las mujeres hablaban poco de esas cosas— por mis dos abuelas. Mi abuelo paterno, que murió en un accidente de moto siendo mi padre un niño, no había combatido en la guerra, pero era comisario y se dedicaba a los asuntos de la noche. Era un hombre muy de derechas, pero muy querido por la gente de la zona. Su mujer, mi abuela Encarnita, tuvo que sacar adelante a su familia poniéndose a trabajar en SEPU, donde pasados los años acabó de cajera jefa. Ella le confesó a mi madre, su nuera, que votaba al PSOE, que siempre habían sido los suyos, pero no se lo decía a sus hijas, “que eran muy de Fraga”.



La morera resistiendo las destrucciones que la rodean y cercan. Fotografía del autor.

»Cuando empezó la guerra, mi abuelo materno era el director del colegio Pi i Margall, en la plaza del Dos de Mayo, justo enfrente de la comisaría donde sería comisario mi otro abuelo unos años después. Era, como otros miembros fundadores de Izquierda Republicana, maestro nacional. Venía de dar clase en Las Hurdes, donde había entregado en mano un manifiesto a Alfonso XIII en uno de sus famosos viajes. También había polemizado en prensa con el cacique local, lo

que ocasionó que acabara siendo expulsado del pueblo.

»La guerra le pilló en Tobed, Zaragoza, donde tuvo que esconderse en una cueva para que no acabaran con él. Cuando se pasó a Madrid, sirvió como maestro en colonias escolares del frente, acabando, como tantos, cruzando los Pirineos y sufriendo las penurias de los primeros en llegar a los campos de Argèles y Saint-Cyprien. Con el espectro de la Segunda Guerra Mundial en el cogote, pudo embarcar a América. Tras alguna tentativa de ir a México, acabó en República Dominicana. Mi abuela Yolanda, siempre imprecisa con estas cosas, solía decir que Pablo Neruda le bajó hasta tres veces del barco. Ante la pregunta: ¿Franco o Negrín? Él había respondido a todas: «La República», al menos eso contaba. Siempre pensé que era una historia deformada, y aún no sé qué pasó, pero lo cierto es que luego he conocido distintos testimonios similares de cómo el poeta denegó el pasaje a muchos, a veces en persona.

»Gregorio Salanova acabó, por casualidades del destino, en un lugar poco habitual para los emigrantes españoles: fue acogido por el dictador Trujillo en un plan para blanquear el régimen, importar mano de obra cualificada para el campo y, según muchos, blanquear a la población. Eso fue en Salcedo, una pequeña ciudad donde vivía parte de la élite de la isla. Acogido por mi tatarabuelo, fundó un colegio llamado España. Como curiosidad, decir que su socio en la empresa, Eugenio Sevillano, con quien llegó al Caribe desde España, tuvo un hijo que, ya en México, trabajó en *Chespirito, El Chavo del Ocho* y *El Chapulín Colorado,* ¿conocería a la antigua miliciana que interpretó a doña Clotilde?

»Mi abuelo se enamoró de mi abuela Yolanda, con la que se casó cuando ella tenía solo dieciséis años. Allí nacieron mi madre y la mayoría de sus hermanas, que vivieron sus primeros años —mi madre vino a España definitivamente con doce años— en un ambiente totalmente privilegiado.

»En Salcedo vivieron, siendo unas niñas, cómo el ejército rodeó con armas su casa: buscaban a Antonio de la Maza, miembro de la familia que en 1961 ajustició a Rafael Leónidas Trujillo. Al hermano de mi abuela, por cierto, le torturaron, dejándole secuelas que a la postre acabarían con su vida.

»Gregorio tardó muchos años, tras numerosas negativas, en poder volver a España, donde ejerció el magisterio castigado, con traslados continuos, durante el resto de la dictadura. Hubo un momento en que, según la versión familiar, era el único director (cargo que tenían que respetar por estar ganado por oposición) no afiliado al sindicato vertical. Pero yo no conocí a Gregorio, que murió cuando yo era un bebé por secuelas respiratorias de aquellas noches al otro lado de los Pirineos. A quien conocí fue a una mujerona que se tuvo que hartar de

llorar cuando llegó con un baúl repleto de vestidos de colores a un pueblo diminuto de Aragón y comprobó que todas las mujeres, sin excepción, vestían de negro. Que al ver que el sueldo de maestro no les llegaba se puso a dar clases de piano particulares —había hecho una gira siendo solo una niña y era una gran pianista clásica—. Que fumaba y se sacó el carnet de conducir pasada la cincuentena. Con el tiempo, he valorado mucho el día a día heroico de esa señorona de aires aristocráticos aterrizada en una España mísera».

La desubicación era otro de los síntomas. Costaba reconocer la zona. Los antiguos puntos de referencia se habían esfumado. Luis, impaciente, movía la cabeza, y hasta consultamos un mapa en nuestros teléfonos móviles. Todos los nuevos edificios parecían iguales. La monotonía se apoderaba de todo; entrar aquí era hacerlo en un decorado de cartón piedra tras el que se intuían los actores y las actrices. Ni una pintada, maquinaria con pinta de abandonada y mucha basura acumulada en los recovecos de las lomas. Estaba seguro de que, cuando regresase a este lugar, meses más tarde, la mitad de las cosas que ahora veía ya no estarían.

Igual que pasó con Cerro Belmonte. Luis, señalando una zona de chalets, justo donde había estado el barrio hasta los primeros noventa del siglo pasado, me contó su increíble historia, mientras paseábamos por aceras en las que no había nadie, comercios cerrados y locales en bajos de edificios en obras. Un año antes de mi llegada a Madrid, durante el verano de 1990, cuando ya no quedaban más que unos doscientos cincuenta vecinos, toda la zona entró dentro de un plan urbanístico. El ayuntamiento expropió los terrenos, ofreciendo una miseria por el metro cuadrado y un realojo forzoso en barrios alejados de aquel lugar para aquellos hombres y mujeres que vivían en casitas levantadas por sus abuelos y bisabuelos, muchas veces de forma ilegal. Pero se negaron a pactar y le declararon la guerra.

Huelgas de hambre, cortes de tráfico, manifestaciones. Cada semana ideaban un nuevo desafío a las autoridades, que contaban los minutos y el dinero en juego. Miles de kilómetros más allá, varios cubanos habían entrado en la embajada de España en La Habana y pedido asilo. Ellos decidieron hacer lo mismo, pero al revés: en una carta remitida a la embajada cubana en Madrid, pedían protección. Iba destinada, en realidad, a Fidel Castro, que días después, durante una de sus larguísimas intervenciones, dedicó cuarenta y cinco minutos a Cerro Belmonte. Incluso los invitó a visitarlo. No era un farol, y aceptaron. A las pocas semanas, veinticinco de aquellos vecinos y vecinas desembarcaron en La Habana y fueron agasajados por el propio Castro, que se retrató junto a la comitiva entregando regalos y saludando personalmente a cada uno de ellos.

La visita duró diez días, durante los cuales hubo momentos de hilaridad. Uno de los visitantes, antiguo miembro de la División Azul, «escandalizado» ante la proliferación de hoces y martillos, no dudó en proclamar a los cuatro vientos las bondades de Hitler o Mussolini. Durante días nadie más lo vio y algunos temieron que hubiera sufrido algún trágico «accidente». Pero apareció a tiempo para pillar el vuelo de vuelta tras pasar una semana entre prostitutas cubanas.

Al volver, con la energía renovada tras la gesta, los vecinos subieron la apuesta. Medios de todo el mundo hablaban de lo que sucedía con Cerro Belmonte. Tomaron el control de la negociación. Anunciaron en una rueda de prensa que, en caso de no llegar a un acuerdo pronto, se declararían independientes. Un reino propio, con su propia moneda y hasta su bandera. Doscientos doce votos a favor y solo dos en contra lo precipitaron todo. Belmonte, unilateralmente, se constituía así como reino, con su principado de Villaamil (una calle aledaña) y hasta un condado de Peña Chica.

Contaba, igualmente, con un himno compuesto por varios punks del poblado: «Queremos pan, queremos vino, queremos al alcalde colgado de un pino», decía. En su bandera aparecía una estrella roja, que aseguraban haber «robado» de la bandera de la Comunidad de Madrid. Hicieron guardias, pararon el tráfico en piquetes diarios en los que exigían un impuesto por pasar a través del estado independiente. Hasta comenzó a circular el belmonteño, su moneda, con un valor de 5018 pesetas, que era la ridícula cantidad ofrecida por el ayuntamiento para indemnizarlos por cada metro cuadrado expropiado.

Al cabo de una semana de protestas, en asambleas interminables, recibieron otra oferta que esta vez sí aceptaron. Los vecinos fueron realojados en pisos de la zona y se les ofreció una cantidad mayor. Sin embargo, aún hoy pueden verse desperdigadas algunas de las viejas casitas, como una que en su portón luce un letrero que dice «Villa Esperanza», como si fuese un recordatorio de lo más valioso: tierra y esperanza.

La ciudad inexistente

Una verdadera flota nos perseguía. Entre varios edificios nos topamos con Casa Pepe, una cafetería con forma y atrezo de barco. El barrio del Pilar, adonde ya entrábamos, se mostraba tranquilo, hospitalario, una alegría taimada. Caminamos entre bloques de edificios, viendo cómo algunos vecinos aprovechaban estas entradas, aquellos pequeños islotes, para colocar improvisados jardines particulares o terrazas. Las tipografías, los letreros, todo lo que se hallaba sobre plástico o metal era furiosamente ochentero. Íbamos sin expectativas, solamente impulsados por las flechas del deseo, pero sin buscarlo nos llegaba el olor a mar, que se hizo más y más fuerte al contemplar el centro comercial La Vaguada, creado en 1983 tras numerosas y tumultuosas protestas vecinales.

En las fotografías que se conservan, un gran solar, una gigantesca vaguada, está cercada por edificios de reciente construcción. Allí abajo, en aquel desnivel, se manifestaron centenares de vecinos, que ofrecieron mítines y levantaron muros de protesta. Una década antes, la constructora Banús vendió los terrenos que hoy costaba imaginar yermos.

Tras la operación estaba el capital francés. La gente resistió como pudo aquella invasión que cambiaría para siempre un barrio proletario que llevaba muy pocas décadas en pie. Exigían otro tipo de centro comercial, algo arquitectónica y humanamente menos agresivo. Y lo lograron: decenas de desempleados de la zona consiguieron un trabajo, una parte del complejo se dedicaría a acoger un espacio cultural, biblioteca, piscinas municipales y un centro de salud. También muchos de los negocios serían de barrio.

César Manrique se ocupó del diseño; un sinfín de grandes jardineras —las mismas en las que, durante dos semanas, vivieron una decena de activistas, que protestaban así ante las autoridades— colgaban del exterior entre piedras volcánicas y una naturaleza que, junto a la escasa altura, le daba a todo un aspecto sorprendente, casi integrado con los alrededores e inusualmente acogedor. Hasta hace unos años los vecinos quedaban y se reunían en su interior.

Hace décadas solía venir a La Vaguada en busca de discos; una tienda nos surtía de novedades, que a veces mangábamos. Pero ahora ya era tarde. La sombra de Manrique se había esfumado. Las piedras volcánicas y la sensación de desierto canario, de pedregal mágico, habían ido menguando, tanto que ahora era ridículo. Fuera, en el exterior, Luis buscó con la mirada una gran piedra, casi un dolmen,

plantada en mitad de la acera, sorteada por los viandantes, un pedrusco arrojado con desdén y sin conexión alguna con el paisaje, con meadas en su base. Allí, lejos del centro comercial, quedaba Manrique.

La Vaguada es un nuevo Titanic. Los toldos parasoles tienen forma de velas de barco. Hay pirámides acristaladas y un inmenso macetero con aspecto de piano en su entrada, junto al cartel de un banco que dice: «Si cuidas esta tierra, la tierra te cuidará a ti».

Cuando entramos en el centro comercial, podríamos haberlo hecho en cualquier otro. Los mismos negocios, la apabullante e incómoda luz, el idéntico hilo musical, un murmullo hipnotizante con cantantes inidentificables, como de tienda de ropa china. Minutos antes escuchaba las historias de Luis sobre vecinos junto a vecinos, reunidos en el interior del edificio, contándose la vida. Ahora, los pocos mayores que encontré deambulaban absortos por entre los pasillos. Mataban el tiempo, pero su tiempo ya había pasado. Cuatro o cinco, convenientemente separados entre sí, estaban sentados en una pequeña fuentecilla en el cruce de varios pasillos. Le pregunté a una chica sentada ante un cartel que ponía «Recepción»: «Ya no queda nada de eso. El último lugar al que venían los más mayores era una cafetería que había aquí al lado, pero ya la quitaron. Se cabrearon mucho. Hay muchos negocios, pero todos son iguales, franquicias con mesas y sillas formando como islitas», me dijo.

Abotargado, depresivo, hueco. Una pequeña zona dedicada a puestos de pescado y panaderías despedía algo cercano a lo humano. Pero no tanto. Haría falta un exorcista para hacer allí un buen trabajo de limpieza. Todo, en coherencia con el dolmen varado, era contradictorio y chillón.

Unos pasos más allá, en la glorieta de la avenida de la Ilustración, un gigantesco monumento, que los vecinos llaman Los Arcos, obra del artista Andreu Alfaro, impactaba a la vista. «Inicialmente, junto a este estaba previsto que estuviera también una descomunal obra de Antonio López —me contó Luis—, una escultura de bronce de veinte metros llamada "El Caminante". Los vecinos, cuando vieron el proyecto, hacían bromas sin parar. Se trataba de un gigante desnudo caminando. Pero aquí nada es lo que parece y los suelos cedieron. En 1989 las obras de estos arcos horribles se vinieron abajo. Un socavón de catorce metros conectaba con el mismísimo túnel de la línea 9 de metro». Una vez más, Mayrit. Aquí el agua no ha parado de fluir por el antiguo arroyo de La Veguilla. Un técnico aseguró entonces que, desde la superficie, si pegabas el oído al asfalto, podías oír el sonido del agua.

Más allá, la gran ballena blanca asomaba el lomo. Iba y venía, haciéndose visible y luego escabulléndose de nosotros. Una y otra vez

venía a mi cabeza la fotografía de Clifford, esclavos y despeñamientos, mutilaciones y muertes. Aunque solo veíamos la parte de arriba, aquellos tramos del viejo Canal de Isabel II, que atravesaban jardines de edificios y terraplenes, eran muy profundos. Metros más abajo tenían arcos, ahora enterrados.

Estábamos cerca de la que había sido la casa de Luis durante su infancia. Señalaba, cada poco, bares que ahora estaban cerrados, plazoletas y letreros. Una central térmica inexistente, apenas una casita llena de pintadas en medio de una plaza y dos centros, uno dedicado a la esclerosis múltiple y otro al daño cerebral, prácticamente uno frente al otro.

Subiendo una loma llegamos al final del barrio del Pilar, que terminaba abruptamente en una carretera por la que no paraban de pasar coches. Un túnel que no era tal, tapiado, al final de una calle sin salida. Tenía mucho de fantasmagórico, un camino taponado. Me imaginé colocándome unas gafas mágicas y, de repente, viendo cómo la pared muda descubría su lado secreto, un paso al otro lado. «En este túnel iba la chavalería del barrio a fumar porros o hacer fiestas. Más de una noche me la pasé allí. Un amigo me contó que, cuando lo tapiaron, dejó dentro una chaqueta de cuero como recuerdo de aquel tiempo. Aún debe de andar ahí dentro», me dijo Luis.

Entonces vi a Moby Dick. Antes del túnel, en los jardines de una empresa petrolífera, ante mis ojos se alzaba una gigantesca escultura de una ballena, o parte de esta, su cola, desafiante, cayendo en picado al fondo marino o emergiendo de este. Rodeé la escultura y entré en el terreno vallado y con cámaras de vigilancia, pero que en esos momentos tenía la puerta abierta. Tomé fotos, salí y me senté justo enfrente. En la hierba, pensando en todas las asociaciones acuáticas que me habían ido acompañando y ahora esta otra que me parecía su culminación, saqué el libro de Philip Hoare *El mar interior,* que llevaba en mi mochila. Y allí estaba. La ilustración de la portada, en la que se veía a una ballena en una posición similar a la de la escultura, era algo realmente maravilloso, una secuencia casi irreal y mágica, un manifiesto estallando ante mis ojos. Una portada intercambiable con aquello otro.

Su autor, devoto del mar y de todo lo que este contiene o sugiere, construye un portentoso ensamblaje de ensayo, crónica y autobiografía. El libro me había fascinado, pero jamás podía haber pensado que tendría algo que ver con mi paseo y proyecto de libro, que el mar fuese también de cemento. Una selva urbana anegada de agua donde continuamente resonasen los ecos del libro.

Frente a nosotros, imponentes, los rascacielos de plaza de Castilla, omnipresentes, con aspecto de naves alienígenas imposibles de esconder. Subimos una pequeña loma y caminamos por una

estrechísima vereda con vallas de madera que podría ser un camino en mitad del monte a no ser por el caos circulatorio que tenía a unos pocos metros. Mis pies pisaban gruesas raíces o vigas seccionadas, que sobresalían un poco en el terreno pedregoso y entre basura acumulada.

A lo lejos, las montañas. «¿Qué hay más adelante?», le pregunté a mi acompañante, al tiempo que sacaba mi mapa. «Mirasierra. No lo controlo mucho. Es una zona residencial sin mucha vida», me dijo. «¿Y más allá?», dije. Luis se encogió de hombros y quedó pensativo unos instantes. «Pues la verdad es que no lo sé. Puede que nada», contestó.

Mi ritmo era ahora más lento. Llegados a este punto, sentía el peso de los kilómetros, el paseo en línea más o menos recta con todos los desvíos que me había visto obligado a dar. El aluvión de cosas que habían ido pasando parecía de otro tiempo, otro día, otra semana. Los grandes pasos y las zancadas se hacían pequeños, con mayores paradas para tomar resuello. Las visitas a los bancos, el dejarse caer unos minutos en la hierba, el zumbido molesto de los coches. Lo más duro habría de llegar cuando dejase atrás los últimos vestigios de barrio, como estaba a punto de hacer, y me adentrase en aquellos lugares en que la gente se traslada para vivir sin habitar el entorno, que poco les importa. Una historia vacía o el vacío ante la historia. Pisos lanzaderas hacia oficinas. El garaje, siempre en los bajos del edificio, y los ventanales para no observar nada.

Cuanto menos me cruzaba con vecinos, más me dolían mis cansados pies, como si la desaparición de la vecindad y lo que para mí significa la ciudad estuviera relacionada con alguna enfermedad que afectase al cuerpo, concretamente a las extremidades inferiores. Pararme, desistir, abandonar. Esos eran los síntomas. Veredicto: escóndete en algún bar, entra en el metro, cierra la puerta de tu casa.

Nuestra última incursión antes de despedirnos fue cruzar la carretera e ir a husmear ante un edificio donde ondeaba una bandera de un país cuya identidad desconocíamos. El Sultanato de Omán estaba allí mismo, en aquel cruce de caminos y la sospecha de que el final de la ciudad, si acaso tal cosa existía, estaba cerca. Porque absolutamente todo se descomponía. El país inexistente y la ciudad inexistente, con todo su decorado de cartón. La colonia de Mirasierra, una sucesión de chalets de lujo fortificados entre calles sinuosas y aceras estrechas, comenzaba justo aquí, en Omán, una mala broma o una metáfora perfecta. A su lado, la casa de un tal Niels Larsson, cuyo buzón estaba acompañado del retrato de una virgen.

Junto a la embajada, nos llamó la atención una gran casa abandonada con una garita de vigilancia y cámaras junto a la verja de entrada. El guardia de seguridad del país inexistente nos seguía con la mirada. Le hice señas para que saliera. Lo hizo con cara de pocos

amigos. Le pregunté si sabía de quién era la casa. Nos miró fijamente y, con acento de la Europa del Este, respondió diciendo que no podía darnos esa información porque esta era «sensible». Nos reímos y le dije que no era James Bond, por si acaso había habido una pequeña confusión. No sonrió. Parecía incapaz de lograr hacer algo así. En su mente, nosotros, una pareja de intrusos, íbamos disfrazados de caminantes inofensivos para, en cuanto se diera la vuelta, asaltar el lugar y colocar una bandera pirata en lo alto.

Más tarde averigüé lo que quería. Dimas, un jubilado convertido en rastreador exquisito de la historia local («puedes llamarme cuando quieras y a la hora que mejor te convenga. Tengo todo el tiempo del mundo», dijo), me contó que aquella había sido la vivienda particular de Juan Banús, hermano de José, de la poderosísima familia Banús Masdeu, terratenientes absolutos y gerifaltes de un imperio inmobiliario que se extendía por todo el país.

José había creado (literalmente) el barrio del Pilar, y su hermano Juan (también literalmente), la colonia de Mirasierra. Negreros y ávidos de dinero, habían hecho su agosto. Como ya sabía, hace un siglo y medio, antes de que aquí hubiera barrio alguno, el Canal de Isabel II, ese que yo veía cómo se escondía y volvía a aparecer entre edificios o donde menos te lo esperabas, se había levantado con mano de obra presidiaria. Juan imitó el ejemplo y sus batallones de presos republicanos construyeron con sus manos y espaldas, a costa de unas cuantas vidas, la colonia de ricos de Mirasierra.

Hasta 1970 no se disolvió su batallón de trabajos forzosos. Antes, lógicamente, hubo que expropiar a los propietarios de las parcelas, algo que fue sencillo. Para los Banús, un clan que desde hacía décadas se dedicaba al negocio de la construcción, nada era imposible y todo eran facilidades. Aquellas vistas, frente a las montañas, alejadas de la ciudad pero a un paso de esta, no podían quedar en manos de esa pobretería convertida en propietaria, esa clase media endeudada a la que estaba destinada el barrio del Pilar.

Mirasierra, en cambio, era un coto exclusivo y excluyente. Y se pagaba con creces. Juan dirigía los trabajos como un moderno Stanley a golpe de fusta. O casi, y sus batallones tenían fama de ser galeras bajo el inclemente sol. A él nadie le chistaba, y luego, al acabar la jornada, el guerrero del dinero descansaba en la casa que tenía justo ante mí y que, posiblemente, había sido reformada con posterioridad.

Publicidad de Mirasierra (1964).

Tampoco era exactamente como José, que durante la Guerra Civil se convirtió en espía quintacolumnista, primero por su propia cuenta y, más tarde, al servicio de la Falange Clandestina.

Mientras tanto, su hermano Juan, que temía por su vida, se refugió en casa de una cuñada suya en Cataluña. José era un perfecto agente; amparado por un carnet cenetista, fue destinado como sanitario a un hospital de campaña, donde asistió a los numerosos heridos que llegaban de la sierra, y, en su tiempo libre, se citaba en cafeterías con conspiradores disfrazados de milicianos.

Es precavido y sus habilidades lo hacen casi indetectable. Cuando en el verano de 1937, con la ciudad en pleno pánico quintacolumnista —hay redadas, fusilamientos y desapariciones, y muchas veces un simple rumor te puede conducir al paredón—, es detenido junto a muchos más, finalmente es puesto en libertad por falta de pruebas.

Tocado por una suerte indudable, lejos de amedrentarse, profundiza en sus actividades. Hasta que llega su segunda detención, ya en abril de 1938, con la revolución perdida y el presagio del catastrófico final de la guerra. La República, que se desmoronaba, rara vez firma ya penas de muerte, o, en caso de hacerlo, estas no se cumplen. José, condenado a muerte meses más tarde, acaba destinado a trabajos forzosos en carreteras.

El final de la guerra es su gran oportunidad. Su nombre y los servicios prestados al fascismo son célebres y él saca rédito de su

leyenda: le conceden la construcción de la carretera de acceso al futuro Valle de los Caídos. La mano de obra son presos republicanos a los que José, satisfecho, trata con desdén o de los que directamente abusa, y ellos lo temen. Es poderoso e imprevisible. Los Banús reconstruyen carreteras y puentes destrozados, y el trabajo abunda.

Mientras tanto, Juan también hace fortuna. Aunque ambos carecen de escrúpulos a la hora de ganar dinero, la personalidad de José es más ostentosa. Le gustan el oropel y los focos, codearse con gente importante, como José María Sanchis Sancho, alias «El mago de El Pardo», secretario particular y tío del yerno del Generalísimo.

Su actividad es frenética. Es incansable y sus contactos en las altas esferas le consiguen cualquier cosa. Ahora, mientras llegan cada vez más turistas, José crea una empresa que lo cambiará todo, Andalucía la Nueva, cuya voracidad será legendaria: plazas de toros, frontones, obras en playas, casinos, hoteles o apartamentos. Y hasta un puerto y complejo de lujo que recibirá su nombre: Puerto José Banús.

Sin perder nunca la sonrisa, con su figura mastodóntica, agasaja a los invitados a la inauguración: los príncipes de Mónaco, Roman Polanski, el magnate de *Playboy* Hugh Hefner o un jovencísimo Julio Iglesias, que actúa al caer la noche. Los millonarios, la *jet set* de la futura Marbella, aquellos aristócratas chic elegidos para la gloria despatarrados en el suelo de tarima, oyendo al cantante de voz aterciopelada y morenazo eterno. Los dientes blanquísimos y brillantes, la sonrisa que nunca pierde, la barra libre, los cuerpos bronceados. España sueña con lo que nunca ha sido. La vida, para ellos, es sin duda bella.

Agalma

La última comunicación que tuve con Manuel, sobrino nieto de Ribalta, llegó meses después de ambos despedirnos. Me había facilitado amablemente copia de su diario y cuadernos. Ya le había preguntado todo lo que quería; él, a su vez, parecía haberme contado todo lo relevante respecto a Ribalta. Sin embargo, me sorprendió un detalle que pasé inicialmente por alto. La policía, tras su desaparición, después de cotejar su diario, se dirigió hasta el Hotel del Negro, donde interrogó a Domingo Negro, su dueño. Este no pudo aportar nada interesante respecto a su paradero, pero mencionó que, efectivamente, había estado tomando algo abajo, en el mesón. No sabía decir con exactitud la fecha, pero afirmó que debió de ser alrededor del día en que se esfumó. Casi no hablaron. «Lo conocía bastante porque venía a visitarnos al menos una vez al mes. Tenía mucha amistad con Enrique, que trabajaba aquí haciendo cualquier faena que se necesitase. Llegó casi al anochecer y me sorprendió lo taciturno que se mostró. No es que fuera una persona muy dada a hablar, pero era afable. Aquel día se sentó al fondo, solo, con la mirada ausente, y creo recordar que me dijo que estaba paseando, algo que me sorprendió mucho porque era tarde y una noche cerrada, y fuera, en la calle desierta, todo estaba muy oscuro». Esa ausencia en la mirada es un gesto de tragicomedia, un regalo inesperado de última hora.

El Hotel del Negro era el final de la ciudad y de su mundo conocido. Llegado hasta ahí, quiero pensar que así fue, siguió caminando, tomando la dirección más razonable, la carretera que le llevaba al pueblo de Fuencarral. Y es allí a donde yo me encamino. Tras casi veinte kilómetros de caminata, con los pies doloridos y sujetando un ajado mapa, me dispongo a llegar al desenlace, a mi particular fin del mundo.

Las bestias me seguían, no habían dejado de hacerlo. Una y otra vez. La calle Peña del Lobo se abría ante mí. Entre las casonas, algunas decoradas con banderas españolas como pago por los «servicios prestados», una guardería infantil de madres alemanas. Vallas publicitarias, justo frente a la zona más lujosa, promocionando futuras viviendas de «alto *standing»,* una expresión ochentera y en desuso, sospechosamente fraudulenta. Reclamos para ricos no tan ricos que desean parecer riquísimos. Ni un ruido, solamente un silencio sobrecogedor y, seguidamente, sin aviso previo, radiales, grúas y palas. Obreros inmigrantes dando los últimos retoques a las piscinas de lujo.

Una fuerza motriz y desconocida me llevaba hasta el final. Cruzando carreteras y glorietas interminables, subiendo laderas de edificios nuevos que parecían deshabitados. El único indicio de algo parecido a la vida me lo daban los bancos, farmacias y gimnasios aislados —los primeros negocios que se crean en los barrios de reciente construcción, algo sintomático y grotesco de las ciudades modernas, el dinero, la salud o el físico como el catecismo de nuestro tiempo—, mientras sentía que esta vez sí el paseo tocaba a su fin, se consumía. La ciudad, simplemente, se descomponía ante mí.

Y se fueron. Se fueron los edificios, las personas y muchas de sus calles, destruidas por el paso del tiempo, los incendios, la metralla, las bombas y los planes urbanísticos. El mundo de Ribalta hace tiempo que colapsó. La caída de Madrid, durante los días de la guerra, borró del mapa el Instituto Rubio. Las imágenes que se tomaron en 1939 muestran paredes acribilladas y demolidas, un amasijo de escombros. Es el precio que pagó por estar en el mismísimo frente de guerra de Ciudad Universitaria. La mayoría de tabernas, teatros, cementerios y guaridas, las viejas y laberínticas callejuelas barojianas, se esfumaron. Los arrabales se desplazaron. La ciudad entera se tensó e hizo multitudinaria, se devoró a sí misma y poco a poco hizo realidad, al salir de los límites y barreras que la constreñían, el antiguo lema de «Rompe y luze». Pero el resultado no la embelleció. A veces cuesta reconocer a hijos e hijas viendo a sus padres y madres. Lo mismo sucede con las ciudades, y esta que he recorrido y pretendido doblegar, esa que tanto amo, Madrid, se sabe bastarda y ruin.

Unas últimas palabras ante el fiambre. Un último alegato emocionado frente al ataúd. Es el final, amigo; sí, el final, querida amiga. Hasta aquí han llegado mis zapatos.

Parapetos y trincheras junto a las ruinas del Instituto Rubio en 1939. BNE.

San Carlos incendiado por las bombas (1936). BNE.

Comencé con un álbum, una pista, un puñado de datos y ahora siento que el escurridizo Ribalta, tras tomarme de la mano, me guía hacia el fin. Caminamos juntos y juntos terminaríamos. Perseguido por los muertos, asediado por espectros con nombres y apellidos, todo eso

sobre mi espalda. Caminando, respirando, mirando alrededor, queriendo descansar. El paseante, el memorialista. Y Fernando Pessoa: «¿La belleza de las ruinas? El no servir ya para nada. ¿La dulzura del pasado? El recordarlo, puesto que recordarlo es hacerlo presente». Así es: polvo, ruinas y escombros. Escribirlo todo antes del final.

Ahora, al menos, puedo contar un final, el de aquel «Rompedor de Rocas» al que dejamos a los pies de Livingstone al comienzo de este libro. Pero este, cuando es localizado por Stanley, no tiene intención alguna de volver a Europa. El legendario explorador está consagrando su vida a dar con las fuentes del Nilo. Stanley, como buen tirano que es, regresa tal y como ha llegado, a golpe de látigo. Pero ahora lo hace convertido en un héroe. Al poco de su vuelta, se entera de la muerte de Livingstone y, en sus memorias —como toda obra de ficción que es siempre la autobiografía—, crea un relato mistificador de aquella noticia. La figura del visionario, alguien con una misión. Habla de sí mismo en tono superlativo y grave; se dice llamado a ser «el próximo mártir de la geografía», y así lo deja escrito.

El 14 de mayo de 1873 visita nuevamente Madrid. La República española necesita de la ayuda de Estados Unidos, le confiesa el mismo presidente, que ve en el modelo estadounidense un faro y una inspiración. Stanley acude presuroso a presenciar los sangrientos combates con los carlistas, visita sus lugares de influencia en los que no hay atisbo de modernidad o progreso; solo las leyes eternas de Dios y lo ancestral, las costumbres heredadas de pueblos aislados durante siglos. Conoce incluso a varios jefes de partidas guerrilleras. Igual que siempre, va allí donde existe riesgo sin importarle el peligro. Como en el caso del asedio gubernamental a Valencia, del que da cuenta en sus encendidas crónicas en las que escribe casi en primera línea, silbando las balas y los cañones. Lo ve y cuenta todo, como la entrada triunfal del general Martínez Campos.

Al año siguiente, en septiembre de 1874, está nuevamente en Zanzíbar, aunque ahora dispone de los mejores medios materiales que existen. Además, su expedición es un pequeño ejército bien armado con el que atraviesa ríos, abre senderos en plena jungla y dispara a todo lo que se mueve, sobre todo si son indígenas, que para él siempre son amenazantes y poco fiables. En su diario asegura dar con tribus caníbales que lo señalan, a él y a los suyos, como futuros banquetes. Él, siempre que tiene ocasión, abre fuego y aniquila. No hay descanso posible. Remontando el curso superior del río Congo, ve volar centenares de flechas envenenadas. Es una tierra hostil donde la vida es casi imposible. Ningún occidental ha sido visto por allí, al menos nadie ha regresado con vida. Pero culmina con éxito su tarea, que promociona a lo grande.

En Inglaterra, asegura que hay que ser muy tonto como para dejar

pasar esta oportunidad comercial. Esta es una nueva ruta de la seda, que pone en bandeja a las naciones «civilizadas». África es sin duda un festín.

Pero nadie lo apoya, salvo el despiadado negrero Leopoldo II, rey de los belgas. Camuflada como institución filantrópica, la Asociación Internacional Africana que ha fundado pretende repartirse en trozos todo el continente para luego esclavizarlo y explotarlo, algo que logra a sangre y fuego, en una furia homicida escasamente vista hasta entonces. Aunque dice luchar contra la esclavitud, Leopoldo II será el mayor de los males para los africanos.

Stanley se entiende, al menos al principio, muy bien con él. Ambos carecen de escrúpulos y su fanatismo no entiende de obstáculos. Así que regresa al Congo y funda pequeñas estaciones que van controlando todo el territorio y están conectadas entre sí. Negocia con los jefes tribales para obtener concesiones de terrenos y construye carreteras para abrir el país.

En junio de 1884, antes de lo previsto, concluye con éxito su misión. El monarca está exultante y no pierde tiempo alguno. Funda un nuevo estado que llamará, casi como una broma, Estado Libre del Congo. También, inesperadamente, desprecia a Stanley, causante de su fortuna. No le concede la administración de territorio alguno. Le paga y despide, sin más. El explorador se siente, con razón, humillado.

Finalmente, en 1887, por cuarta vez regresa a África. Esta vez lo hace en auxilio de Emin Pasha, hombre fuerte de los dirigentes británicos que controlan el Sudán y al que nombran virrey de Ecuatoria. Pasha ha enviado varios mensajes de socorro antes de esfumarse en la selva.

Es una vieja historia que se repite una vez más. Él, desde luego, ya no va a cambiar. Es frenético y cruel, marcha a una gran velocidad y, tras de sí, deja un reguero de cadáveres. Encuentra a Pasha, que no pasa apuros ningunos, más bien todo lo contrario. Allí es un gerifalte importante dado a toda clase de lujos. Vive a todo tren y no piensa para nada en Europa. Al menos le queda el descubrimiento; por esas fechas, antes de emprender el fatigoso regreso, descubre las Montañas de la Luna, las míticas y ansiadas fuentes del Nilo que no pudieron localizar ni Livingstone ni ningún otro.

Su figura es increíblemente célebre. Ahora cuenta con el reconocimiento absoluto de reyes y presidentes, por todo el mundo, recibiendo vítores y dinero. Aunque sabe que su tiempo termina; una vida se apaga. Ahora toca la farándula, llevar su rencor hacia el mundo moderno y todos sus embustes. Entra en política. Hace campañas, ofrece mítines, pero no logra nada importante. Se siente viejo y, por vez primera, cansado. No encaja en el mundo moderno.

Fallece en mayo de 1904. Se dice que, antes de morir, sus últimas

palabras fueron: «¡Quiero ser libre, quiero ir a la selva para ser libre!». Aunque quién sabe. Es posible que eso también forme parte de la leyenda, esa que construye en ocasiones una historia que, siglos después, hay que volver a rastrear.

En su tumba del cementerio de Pirbright, un enorme bloque de granito indica el lugar donde yacen sus restos mortales. Junto a su nombre se lee: «Bula Matari». El «Rompedor de Rocas».

Este, al menos, es su final, pero aún debo escribir otros finales. Todavía no he escrito el mío, el del caminante obsesionado con un nombre, el de Ribalta, y con una ciudad, esta que ahora atravieso, esa descrita en más de una ocasión como siete veces maldita.

Vamos allá.

Una loma me condujo a una apertura en el paisaje de ladrillo, feo y anodino, ese que me estaba dejando exhausto. La demarcación era evidente. Me había desviado un poco y mi línea del deseo se había tambaleado. Tuve que sujetarme para no perder pie. El mapa se me caía a trozos de las manos. Estaba ante el viejo y pequeño cementerio de Fuencarral, parcialmente rodeado por una tapia no muy alta tal y como era todo antes de nuestra obsesión por protegernos de gigantes. El mismo camposanto del que Enrique tomaba los cuerpos, ese al que posiblemente se dirigió Ribalta un día hace poco más de un siglo, mientras en Europa se desataba la carnicería. Llegué justo a tiempo, minutos antes de que este cerrase. Un trozo del camposanto estaba igual que cuando se inauguró en 1896, cuando Fuencarral era las afueras de las afueras, y los clásicos ladrillos rojizos contrastaban con el resto del lugar, mucho más moderno y frío, una dureza desoladora en medio de un espacio atestado de tumbas donde debías adivinar los caminitos para pasar sin pisarlas. Comprendí el cartel de la entrada: «Prohibido subirse a las sepulturas», rezaba.

Porque algunas de estas sepulturas, las más antiguas, estaban rotas y hechas pedazos, o hundidas. Morbosamente, me agaché a echar una ojeada por uno de los agujeros de la lápida, pero no vi nada. Estaba demasiado oscuro, y yo, demasiado cansado. Hay que dejar a los muertos en paz. Los nichos eran antiguos y austeros, tanto que más de uno tenía pintado a mano el nombre del fallecido. Una zona carecía de tumbas; solamente una cruz de hierro tambaleante; otra se inclinaba hacia un lado hasta casi rozar la tierra. Flores secas, fotografías de hombres y mujeres con gesto serio o sonriente.

Caminando casi de puntillas para evitar hacerlo sobre los restos de alguien. Aquello me resultaba familiar. Ya había visto algo de todo eso. El mismo frenesí por localizar antes del borrado absoluto, una idéntica desidia de políticos sin memoria o deliberadamente desmemoriados. Olvidar es no existir. Los cuerpos ya no estaban. A finales de 1936, tras la batalla de Madrid, durante la cual una muralla

humana regó con su sangre el frente Sur, 424 integrantes de las Brigadas Internacionales, venidos de medio mundo para contener al fascismo y defender las libertades, fueron enterrados justo aquí. Estadounidenses de la Brigada Abraham Lincoln, polacos, italianos, húngaros o ingleses, entre muchos otros, fueron exhumados y arrojados a una fosa común nada más acabar la guerra. Los falangistas, llevándolos en camiones, lanzaron los cuerpos como si fuesen carroña. Las pistas apuntaban a algún lugar de El Pardo, pero posiblemente aquellas molestias, esa distancia, eran un sinsentido teniendo unos alrededores que entonces no eran más que desmontes y barrancos. Así que es muy posible que bajo alguno de los nuevos edificios cercanos al cementerio esté esa gigantesca fosa común. Puede que nunca lo sepamos. Hay que llenar el vacío de razones. Demasiado tiempo y cemento. Demasiada pereza y presiones políticas.

Es otra desaparición más. Nuestro pasado común y necrófilo. El ingeniero e investigador que años atrás intentó dar con los huesos de Miguel de Cervantes ahora ofrecía su tecnología para localizar aquellos cuerpos. Un georradar peinaría toda la zona para «resucitar» a los brigadistas, algunos con nombres casi imposibles de pronunciar e incluso sin estos, solamente un triste «Desconocido», como se lee en la lista que milagrosamente sobrevivió a purgas, persecuciones y bibliocaustos. Hoy una gran placa, reproducción de la original, les rinde homenaje. Embajadas y consulados han ido incorporando a esta sus propios recordatorios. Las tumbas, en su día, eran muy modestas, unos túmulos y apenas un cartelito con los nombres, filas y filas de fallecidos.

Tumbas de brigadistas en el cementerio de Fuencarral (1936). BNE.

El cementerio estaba dividido en varias partes. Pero la más antigua era fácilmente reconocible porque sus muros eran de ladrillo rojizo, el mismo que estaba cuando se inauguró hace más de un siglo. En algunas zonas se habían abierto unas estrechas puertas para que los visitantes pudieran acceder al resto del camposanto, que estaba a punto de cerrar. Por encima de la tapia veía montañas lejanas cubiertas de una especie de neblina. Aquel podía ser el final de la ciudad que tanto buscaba. Abrí el mapa, que a estas alturas ya estaba roto por algunos pliegos, tras desplegarlo y plegarlo decenas de veces. Más allá, observé, se extendía el monte de El Pardo. Me senté en el suelo, apoyando mi espalda en una pared de nichos, en medio de sonidos de chillidos y risas de niños. El contraste era muy grande. No tenía ni idea de dónde venía aquella jauría.

Regresé sobre mis pasos y salí. En la entrada un par de personas tenían un puesto de flores. Les pregunté por aquellos gritos. Uno de los vendedores, el más mayor, sonrió: «Aquí, justo al lado, hay un colegio católico. Los chavales deben de estar jugando en las canchas», respondió. Cementerios y colegios religiosos. Entonces, antes de despedirme, lancé la pregunta que tenía planeada desde el principio, la prueba irrefutable de que regresar era imposible: «Perdone, ¿qué tendría que hacer para desde aquí llegar hasta la Puerta del Sol?», le interrogué. El hombre miró a su compañero. «Hay una estación de metro aquí cerca, a unos quinientos metros, pero hay que hacer algunos transbordos y se tarda un poco», contestó. Yo no me había explicado bien. «No, me refiero a llegar a pie. Me gustaría ir andando desde aquí hasta la Puerta del Sol», añadí. Ambos se miraron estupefactos, sonriendo, pensando qué decir. El mismo hombre me miraba como si hubiera perdido la cabeza. «Imposible, es imposible ir desde aquí. Está lejísimos, tardaría horas y horas, y eso si es que consigue llegar», respondió. Me encogí de hombros y di las gracias.

Rodeé la tapia del cementerio. Eché la vista atrás. Los hombres seguían mirándome, posiblemente murmurando algo y sorprendidos. El muro terminaba a la derecha. Se intuía un camino de tierra. Quería comprobar lo que sospechaba y me puse a andar hacia este. Y lo vi: ante mis ojos se abría el final, un sendero amplio y florido, flanqueado por árboles que a su vez conducía a una zona de bosque con una especie de merendero. Frente a este, cubriendo toda la vista, las montañas de El Pardo. Todo convergía en lo mismo. Llevaba casi todo un día haciendo lo mismo: sobreescribir el vacío para dar con la «agalma», un término griego que puede traducirse como ornamento o tesoro. También como objeto de ofrenda a los dioses. Madrid, la ciudad de los tesoros, el milagro de los siglos. Madrid, la ciudad siete

veces maldita, se entregaba por fin al universo, rendida ante sus hermosos y despiadados cielos, minúscula en su grandeza y siempre deseante.

Para abandonar la ciudad, primero había que dejar atrás a los muertos.

Me di la vuelta, contemplando aquellos últimos edificios de la ciudad que no debían de tener más de diez años desde que fueron construidos. Me habría gustado hablar con alguno de sus vecinos, preguntarle cómo se sentía habitando los últimos vestigios, pero todo parecía desierto, como si aquella visión fuese un gran decorado. Allí no vivía nadie. El trampantojo confundía mi vista cansada, creando falsas ilusiones ópticas. Si fuese hasta los edificios y los rodease, los vería huecos, sin parte trasera.

Caminé recto. Varios ciclistas cruzaron frente a mí. La arboleda estaba surcada por senderos. Un espacio circular, con bancos y una especie de esculturas abandonadas, se usaba como zona de botellón. Vidrios rotos, bolsas y envoltorios estaban desperdigados por el suelo, en papeleras atestadas que nadie se había preocupado de vaciar. Sin duda, más allá no había ciudad sino campo, núcleos de población dispersos, los municipios. Ninguna casa a la vista.

Sin embargo, aún no había hecho la última de mis comprobaciones: intentar salir a pie de la ciudad. Los problemas aparecieron al instante. Abajo, descendiendo por una pequeña loma, había una gran autopista de varios carriles y, junto a esta, una vía del tren protegida por una valla metálica. Desde lo alto busqué puentes o pasarelas, algo que me sirviera para cruzar al otro lado. No veía nada. Bajé a través de un camino del deseo abierto entre la maleza, resbalándome un par de veces y teniendo que sentarme en el suelo. Caminé cerca de media hora al lado de la valla. Estaba agotado. La alambrada parecía interminable. Varios trenes pasaron a toda velocidad a pocos metros de mí, atronando, levantando a su paso polvo. Llegué hasta la entrada de un túnel y me adentré en él. Era pequeño, no muy ancho, y estaba lleno de pintadas y basura. No tenía nada de hospitalario y terminaba al llegar a la autopista, impidiéndome cruzarla.

Salí y continué mi caminata triste junto a la valla. A lo lejos vislumbré la silueta de un ciclista que venía en mi dirección. De pronto, desapareció, tras tomar un camino a su derecha, bajo la vía del tren. Allí debía de haber otro túnel o un camino que no había visto. Fui hasta allí, me dolía la planta de los pies. El túnel era más ancho que el anterior y también más sucio. Pintadas, cristales, condones, jeringuillas, basura por todos lados. Olor a meados y mierda. El túnel, después de unos metros, conectaba con otro. Había varias señales que indicaban que este era parte del Camino de Santiago. Seguí avanzando y de repente me encontré en campo

abierto. Los túneles, en mi paseo, eran vías de escape, la manera de fugarme de la prisión de la ciudad, también de su presión, pasadizos para contrabandistas. El final del final. La urbe quedó a mi espalda.

Caminé unos cien metros, buscando la sombra de algún árbol. Me dejé caer en uno de estos, sintiendo un placentero cosquilleo en mis pies. Respiré hondo, bebí agua, que cayó por mi barbilla y cuello, cerré los ojos, sintiendo el aire, escuchando atento los sonidos. Al abrir los ojos, junto a mis pies, observé el trasiego frenético de una gran hilera de hormigas, que me parecieron enormes y me recordaron al relato de Ignacio Aldecoa «Avispas y hormigas», que ya ha salido aquí: «Quiero oírme, llegar a un arroyo, tumbarme a la sombra de un árbol y cantar y oír. Quiero encontrar un hormiguero y deshacerlo, pisar las hormigas y orinarlas», escribe. Exhausto y agotado, asediado, gritando que «tengo un enjambre en la cabeza y dentro de la cabeza, porque estoy en un incendio». El enjambre, que salía de un pequeño agujero en la tierra, era inmenso. Las hormigas formaban auténticos batallones, disciplinadas columnas negras, centenares, puede que miles de aquellos seres, rodeaban materia en descomposición. Una lata ennegrecida y abierta, cubierta de óxido, una herrumbre equívoca y achicharrada por el calor y el paso del tiempo. La porquería de la ciudad y estos sus confines.

Las hormigas delataban en qué quedaba todo: una vida feroz señalando las pruebas de un antiguo crimen, regurgitando, escupiendo, vomitando lo que no es suyo. Los lugares fronterizos, las cercanías a vallas, muros y alambradas siempre concentran desperdicios y son un limbo de vida ausente, como si continuamente se abriese una negociación entre una y otra parte por encargarse de aquellos detritus, de lo sobrante, del desecho de la vida moderna, una marea negra y sus sucesivas oleadas.

Es el momento de hacer un par de preguntas importantes. Este libro y paseo, este gran misterio, va sobre esto. ¿Adónde van los desaparecidos? ¿Qué lugar ocupa la ausencia? Ahora conozco las respuestas. Son la memoria y la luz de la imaginación las que los traen nuevamente al presente y los hacen eternos.

Ribalta ha caminado conmigo, lo siento aquí, a mi lado. Me señala al norte, porque siempre hay un norte inexplorado. Es posible que haya emprendido esta aventura para así reencontrar la ciudad en el tiempo de los malos presagios, cuando todo se vuelve más hostil. Habitar otra ciudad para hacerla de nuevo un hogar, ir hasta donde calienta algún fuego, buscar el abrigo de las sombras, lo invisible, lo fantástico. Sé lo suficiente: los desaparecidos no se han ido. Siguen estando aquí. Van tras nuestros pasos y susurran al oído dónde están los caminos que nos conducirán hasta ellos. Y para eso primero hay que buscar la línea del deseo.

Agradecimientos

Al gran equipo de Alianza Editorial y, sobre todo, a Pilar Álvarez, por su confianza en mi trabajo, y a Teresa Rodríguez Fernández. Ambas, durante el proceso de edición del libro, me acompañaron de forma exquisita y en todo momento me mostraron su profesionalidad, complicidad y atención, solamente reservadas a las mejores paseantes nocturnas. Manuel Ribalta y Llanés puso a mi disposición toda la documentación, diarios y recuerdos de Ribalta y, por ello, le estoy profundamente agradecido. Bea, una vez más, fue mi primera y mejor lectora. A mi familia y mi hija Rita, ojalá algún día tú también recorras Madrid con este libro bajo el brazo. A los amigos y las amigas que, en tantas ocasiones, me acompañaron en paseos y reflexiones. A Samuel Delgado y Helena Girón, grandes amigos y mejores consejeros en todos mis proyectos. A Doc Nando (Ribalta también es tuyo), por los hallazgos. A Carlos Arévalo Escarpa y Javier Lucini, que vivieron la gestación de este libro y me guiaron en su recorrido. Samuel Toledano, una noche lluviosa, fue el culpable de que me adentrase en un Teide más fantasmagórico que nunca. Antonio (alias «doctor Munyon») me asesoró sobre las enfermedades del ver y la visión. Aldo Linares, una preciosa mañana, me acompañó en mi particular viaje entre los muertos en la iglesia del Carmen, lo mismo que Iain Sinclair, paseante que no necesita paraguas ni mapas. Mi gratitud hacia ambos. Javier Calvo fue el artífice de la devoción sinclairiana y otras tantas cosas (¡gracias!). El físico José Luis Márquez me ofreció su tiempo y conocimiento sobre las líneas Hartmann, igual que Epifanio Alcañiz, que respondió a mis preguntas. Varias personas me acompañaron en esta gran línea del deseo. Virginia Mayalde me abrió las puertas de su casa y compartió conmigo los recuerdos de su bisabuelo Alberto Javier Carbajo. Alberto García-Alix, como siempre, me regaló su tiempo, confidencias y rimas. Le estoy eternamente agradecido. Dimas, del Grupo de Historia Urbana del Barrio del Pilar, me resolvió mis dudas acerca de la familia Banús. El historiador local Luis de la Cruz me guio casi al final de los límites de la urbe y juntos nos perdimos en un día inolvidable. El personal de la Biblioteca Nacional y de la Bibilioteca Municipal Iván de Vargas, donde pasé innumerables horas, me ayudó en todo y puso a mi disposición una gran bibliografía.

La geografía secreta de toda ciudad está hecha de interminables nodos y líneas del deseo trazados por paseantes anónimos y guiados (muchas veces) por vectores ocultos de fuerza. Va por vosotros y vosotras. El mapa no es el territorio.

Bibliografía y fuentes

El personaje de José Ribalta Camós es ficción, aunque, como todo escritor que con su arte pretende dar vida a lo inanimado y vivir su propia aventura, siento que hoy este tiene una existencia completamente real y física. Así pues, su biografía ha surgido de mi imaginación, pero no así su álbum de fotos, que conseguí a través de mi amigo Doc Nando, que a su vez había dado con este de forma azarosa. Tampoco son inventados los relatos, datos, detalles y etc., de muchas de sus actividades, como los del Hospital San Carlos o el Instituto Rubio, entre muchos otros. Solo pertenece a la ficción su existencia. Al desvelar este dato únicamente pretendo indicar qué partes de este libro están ficcionadas de aquellas otras que no lo están. Por tanto, esta obra es un artefacto de narrativa de no ficción que de manera deliberada atraviesa géneros literarios. El resto de lo que se cuenta es real, está documentado, y tuvo y tiene lugar en este Madrid polimorfo, contradictorio y escurridizo.

Dicho esto, tampoco son reales las conexiones de Ribalta con otros personajes, como su amante, aunque igual que en su caso esta también tiene su propio (y real) álbum de fotos, un precioso cuadernillo que una mañana me interpeló e impactó durante uno de mis frecuentes paseos por el Rastro madrileño. Ella merecía entrar en la historia de Ribalta. Al igual que él y sus fotos, me pareció una mujer sumamente enigmática, con un aspecto resuelto, libre y hasta irreductible. Al igual que los dioses y las diosas, nuestros personajes inventados adquieren una existencia real cuando dialogamos con estos.

Es decir, esto es lo único no cierto. En lo demás, estas son las fuentes y la bibliografía que utilicé durante el tiempo de investigación y redacción, aparte de un sinfín de autores y autoras, obras, hechos, sincronicidades y encuentros, más o menos invisibles e inconscientes, que fueron alimentando la narración.

Un libro así no habría sido posible sin una amplia base de consultas sobre la historia de Madrid en general, sabiendo que existe una gran bibliografía sobre el tema y que en *De fuego cercada. Geografía secreta de Madrid* hay referencias a diez siglos de historia matritense. Mis principales lecturas, obras que siempre he tenido a mano para iluminarme, son muchas, aunque destacaré los cinco tomos de *Madrid* (Espasa-Calpe, 1979), en los que contribuyen con conocimientos y datos muchos de los investigadores y cronistas matritentes de las últimas décadas, como José del Corral, José Simón Díaz o Federico Carlos Sainz de Robles, entre muchos otros. Es una obra que, desde

hace años, no dejo de consultar. También tuve que bucear en una ingente documentación, en ocasiones árida, pero que guarda numerosas perlas. No puedo estar más agradecido a todos esos investigadores e investigadoras que han dedicado años de su vida a tratar temas singulares, a veces «raros», esperando un lector o lectora. Las revistas *Alfoz. Madrid. Territorio, economía y sociedad,* números 1-106 (CIDUR, 1983-1994); *Villa de Madrid,* números 1-108, 15 volúmenes; *Revista del Excmo. Ayuntamiento*, *Ilustración de Madrid. Revista trimestral de la cultura matritense,* números 1-28 (M. Abella y Asociados S.L., Madrid); *Revista de arte, geografía e historia,* 9 tomos (Comunidad de Madrid, 1998); *Ayuntamiento de Madrid. Revista de la biblioteca, archivo y museo* (Madrid, 1928), y, sobre todo, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* (CSIC, 1966), me brindaron cuantiosos datos y puntos de vista.

Igualmente, además de la enciclopedia *Madrid,* varios autores han estado ahí, a mi lado, con obras de referencia para comprender la riqueza y profundidad de nuestra historia, como Federico Bravo Morata, *Historia de Madrid,* 12 tomos, reedición del original de 1966 editado por Fenicia (Trigo Ediciones, 2000); José Amador de los Ríos, *Historia de la Villa y Corte de Madrid* (1861), edición facsimilar de Abaco Ediciones (1978); Juan Antonio Cabezas, *Diccionario de Madrid. Las calles, sus nombres, su historia, su ambiente* (Compi, 1968); Mª Isabel Gea, *Diccionario enciclopédico de Madrid* (La Librería, 2002); Pedro Montoliú Camps, *Enciclopedia de Madrid* (Planeta, 2002); Francisco Azorín, José Montero Alonso y José Montero Padilla, *Diccionario de Madrid* (Rubinos, 1997); José Luis Díaz de Liaño y Juan Enrique Díez Ortells, *Madrid, capital de la apariencia. Economía, sociedad y arte en Madrid hasta el siglo XIX* (Editorial del Economista, 2016); Pedro Felipe Monlar, *Madrid en la mano* (Marcos Real Editor, 1986); Antonio López Gómez, *Madrid, estudios de geografía histórica* (Real Academia de la Lengua, 1999); Ángel J. Olivares Prieto, *Rincones del viejo Madrid* (La Librería, 1998); Javier M. Tomé Bona, *Paseos por el viejo Madrid* (Avapiés, 1985); A. Fernández de los Ríos*, Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero* (Madrid, 1876); José Simón Díaz, *Varia matritense* (CSIC, 2002); José Antonio Vaca de Osma, *Nueva historia de Madrid* (Espasa, 2007); Antonio Fernández García (editor), *Historia de Madrid* (CSIC, 2007); Gaspar Gómez de la Serna, *Madrid y su gente* (Madrid, 1963); y Montserrat del Amo, *Historia mínima de Madrid* (Avapiés, 1986). Todas estas obras deberían aparecer en cada uno de los capítulos de esta Bibliografía y fuentes, pero para no resultar repetitivo dejo aquí consignadas todas ellas como la base de la documentación que he manejado, puesto que estas tratan en la inmensa mayoría de los casos todos los asuntos que me interesan: desapariciones en el callejero, acontecimientos históricos, guerras y

catástrofes, incendios, la huella tanto islámica como medieval, etc.

Por último, en estas primeras menciones a fuentes que han sido de uso continuo, no puedo olvidarme de la prensa. He consultado numerosas hemerotecas y archivos. En especial me han servido de mucha ayuda *El Imparcial*, *Heraldo de Madrid*…

Introducción: caminos deseantes

Ramón Jiménez Fraile, *Stanley. De Madrid a las fuentes del Nilo* (Mondadori, 2000).

John Bierman, *La leyenda de Henry Stanley* (Vergara, 1993).

Henry Morton Stanley, *Viaje en busca del Dr. Livingstone al centro de África* (Miraguano, 2007).

Ramón del Valle-Inclán, *Luces de bohemia* (Imprenta Cervantina, 1924).

Michael Demson, *Masks of anarchy: the history of a radical poem, from Percy Shelley to the triangle factory fire* (Verso, 2013).

José María Ferrer*, Visión romántica de Madrid en los relatos y estampas de los viajeros extranjeros del siglo XIX* (Viajes Ilustrados, 1997).

Ramón de Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta Villa* (Establecimiento Tipográfico de M. de Mellado, 1861).

Pedro Luis de Gálvez, «Cansinos-Asséns, Xavier Bóveda y la domadora de leones» *(Grecia,* abril de 1919).

Diego Gutiérrez, *Aquellos tranvías de Madrid* (La Librería, 2001).

José María Fontana y Alfredo Redondo, *El asesinato del general Prim. Estudio del sumario incoado* (Dykinson, 2021).

Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra* (Alianza Editorial, 2014).

Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú* (Luis de Caralt, 1965).

F. Pérez Peña, *Los últimos clínicos de San Carlos. Estampas y vivencias de la Facultad de Medicina de San Carlos* (Visión, 2006).

José Gutiérrez-Solana, «La sala de disección», *Madrid: escenas y costumbres* (Taurus, 1961).

Carlos López Bustos, *Historia de los tranvías de Madrid* (Instituto de Estudios Madrileños del CSIC, 1984).

Alberto Mayor Mora y Rodrigo Ramírez, *José Ignacio Barraquer Moner. Un Maestro de España en América* (Instituto Barraquer de América, 2017).

Carlos Mauricio Vega, «Visión de Barraquer»*,* (*Credencial,* 1987).

James Grauerholz (editor), *Last Words: The Final Journals of William S. Burroughs* (Grove Press, 2000).

1. Un fantasmal Puerto del Sol

Un «aeronauta daguerrotipista»

Rachel Bullough Ainscough, «Charles Clifford: globos y caballos» *(Revista Internacional de la Imagen,* 2015).

«Aeronauta Daguerrotipista», *(El Clamor Público,* 18 de noviembre de 1850).

José María Ferrer*, Visión romántica de Madrid en los relatos y estampas de los viajeros extranjeros del siglo XIX* (Viajes Ilustrados, 1997).

Ramón Gómez de la Serna, *Historia de la Puerta del Sol* (Imprenta Mesón de Paños, 1921).

Javier M. Tomé Bona, *Historia de la Puerta del Sol* (La Librería, 2003).

Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid* (Ayuso, 1988).

Víctor Ruiz Albéniz «Chispero», *¡Aquel Madrid…!* (1900-1914) (Artes Gráficas Municipales, 1944).

Pedro Páramo, «La polémica visita a España de Alejandro Dumas» *(Revista de la Sociedad Geográfica Española,* 2006).

Edmundo de Amicis, *Madrid* (Casimiro, 2021).

«El Agente Z. 22», «Cómo está organizado y cómo actúa el pistolerismo en Madrid» *(Crónica,* 13 de agosto de 1933).

Historia de la oscuridad

Alberto Guerrero Fernández, «Primeras luces de Madrid» *(Acta*, 2021).

José Mª García de la Infanta, *Primeros pasos de la luz eléctrica en Madrid* (Fondo Natural, 1987).

F. Olaguer-Feliu, *Los faroles de Madrid* (Comercio e Industria, 1983).

Eduardo Valero García, «Electricidad y lámparas en la visera de la Puerta del Sol» (**http://historia-urbana-madrid.blogspot.com.es/**, 2021).

Ramón Gómez de la Serna, «Sanguina nocturnal» *(El Sol*, 20 de enero de 1926).

Arthur Zajonc, *Capturar la luz* (Atalanta, 2019).

Antonio J. Gómez Montejano, *Las doce en punto y sereno. Historia, avatares y anécdotas de los serenos de Madrid* (La Librería, 2001).

José Miguel López García, *El motín contra Esquilache* (Alianza Editorial, 2006).

Alain Hugon, «El espionaje: un mundo de señores. Primera mitad del siglo XVII» *(Estudis,* Revista de Historia Moderna, 2016).

Diego Navarro Bonilla, *La doctrina sobre las inteligencias secretas en las monarquías absolutas en Europa (ss. XVI-XVIII),* tesis leída en la Universidad de Zaragoza el 13 de enero de 2016.

Manuel Alberca, *La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán* (Tusquets,

2015).
Carmen Blasco Rodríguez y Aitor Goitia Cruz, «Viaje al infierno madrileño: los desastres de la guerra» (Congreso Internacional de Expresión Gráfica y Arquitectónica, «El Dibujo de viaje de los arquitectos», 2014).
VV. AA., *Madrid en guerra* (exposición celebrada en noviembre de 1986), Madrid: *Gaceta del Museo Municipal,* 1986.
Artículos de Anasagasti publicados en *Solidaridad Obrera:* «La Puerta del Sol con los incendios, ruinas, embudos y derribos» (13 de noviembre de 1937), «La práctica difícil de pulsar grietas y extraer víctimas soterradas bajo los escombros de las casas» (16 de noviembre de 1937), «Amasijo de cascotes, hierros retorcidos, muebles y enseres, vigas astilladas» (19 de noviembre de 1937), «Técnicos de fuera vienen a estudiar y ensalzan el servicio de socorros contra bombardeos» (24 de noviembre de 1937), «Evacuados, soldados, fotógrafos al minuto para los que presumen de parapetos» (26 de noviembre de 1937).
Ramón Gómez de la Serna, *El libro mudo* (Fondo de Cultura Económica, 1987).
Fernando Castillo, *La extraña retaguardia. Personajes de una ciudad oscura. Madrid 1936-1945* (Fórcola, 2021).
Luis Enrique Délano, *Cuatro meses de Guerra Civil en Madrid* (Panorama, 1937).
Eduardo de Guzmán, *La muerte de la esperanza* (El Garaje Ediciones, 2009).
Wenceslao Fernández Flórez, *Una isla en el mar rojo* (Ediciones 98, 2021).
«La ciudad del Caballero de la Muerte», en Emilio Carrère, *Ruta emocional de Madrid,* prólogo de Servando Rocha (Editorial La Felguera, 2020).

Jugando al escondite

Antonio Aradillas y José María Íñigo, *Vírgenes de Madrid* (La Librería, 2005).
VV. AA., *Testimonios del Madrid medieval. El Madrid musulmán* (Museo de San Isidro, 2006).
Rafael Chanes y Ximena Vicente, *Descubrir el Madrid antiguo* (Ximena Vicente, 1992).
Manuel Montero Vallejo, *El Madrid medieval* (La Librería, 2003).
Dionisio Ridruejo, *Cuadernos de Rusia: Diario 1941-1942* (Fórcola, 2013).
Clara Tahoces, *Guía del Madrid mágico* (Martínez Roca, 1998).

El enigma de los ojos

Henry Bergson, *Memoria y vida* (Alianza Editorial, 1977).

Luis de la Cruz, «Plaza de Castilla: de cruce de caminos a catálogo de trofeos del poder en Madrid» *(El Diario,* 8 de mayo de 2022).

Enrique Fidel, «Tetuán de las Victorias: ayer y hoy de un barrio de Madrid» (**https://urbancidades.wordpress.com/2008/08/07/tetuan-de-las-victorias-ayer-y-hoy-de-un-barrio-de-madrid/**)

Félix Morales Parra, *Tetuán de las Victorias* (Gráficas Onofre Alonso, 1960).

Auguste Boissonneau, *Yeux artificiels mobiles* (Nabu Press, 1849, reedición de 2012).

Eureka, «Ojos de muñecas para humanos: la perturbadora belleza de los ojos artificiales del siglo XIX» *(Agente Provocador,* 2022).

Santiago Ramón y Cajal, *El pesimista corregido* (Ediciones G.P., 1958).

Recuento de desapariciones

Javier M. Tomé Bona, *Historia de la Puerta del Sol* (La Librería, 2003).

Eduardo Rosón, *Madrid y sus calles, antaño y hogaño. La Puerta del Sol* (Vicente Rico, 1920).

Ramón de Mesonero Romanos, *Rápida ojeada sobre el estado de la capital y los medios de mejorarla* (Tomás Jorda, 1936).

Ramón de Mesonero Romanos, *El Madrid de Mesonero Romanos* (Taurus, 1964).

Ramón de Mesonero Romanos, *Escenas Matritentes* (Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1851).

Benito Pérez Galdós, *El amigo Manso* (Cátedra, 2001).

Pablo Martínez-Juárez, «Hemos descubierto ruinas bajo la Puerta del Sol. Es sólo un recordatorio de los secretos bajo nuestras ciudades» (xataka.com, 7 de julio de 2022).

Carmen del Moral, *La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja* (Turner, 1974).

Vicente Aupí, «"¿Dónde está el fuego?": la aurora boreal que aterrorizó a España en plena Guerra Civil» *(El País,* 18 de agosto de 2019).

Jeanne Moisand, *Federación o muerte: Los mundos posibles del Cantón de Cartagena* (Catarata, 2023).

Manuel Rolandi Sánchez-Solís, *Historia revisada y documentada de la sublevación cantonal española de 1873* (Centro de Investigaciones y Estudios Republicanos, 2017).

Juan Ramón Sanz, «La manifestación de la Sociedad Abolicionista Española en Madrid del 12 de enero de 1873» (Biblioteca Digital Memoria de Madrid, 11 de junio de 2020).

Ana María Pérez Martín, «Las mujeres en la masonería» (IX Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 2017).

La banda de la Sagrada Cripta

Ramón Gómez de la Serna, *Cosas de Pombo* (Almacenes Generales de Papel, 1976).
Lady X, «El anarquizante Ramón Gómez de la Serna y su ¡fantástica mano!» *(Agente Provocador,* 23 de enero de 2018).
Ramón Gómez de la Serna, «Mi grito en el mitin del Buen Retiro», *Obras Completas XX. Escritos autobiográficos I: Automoribundia* (Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1998).
Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo* (Visor Libros, 1999).
Miguel Molina Alarcón, «La performance española *avant la lettre:* del ramonismo al postismo (1915-1945)», conferencia en la Universidad Politécnica de Valencia.
Ramón Gómez de la Serna, *Pombo* (Juventud, 1960).
Carlos García (editor), *Correspondencia Rafael Cansinos Assens / Guillermo de Torre (1916-1955)* (Iberoamericana Editorial Vervuert, 2015).
Alberto Hidalgo, *Diario de mi sentimiento* (Memorias, 1922-1936) (Renacimiento, 2020).

Tzara

Jed Rasula, *Dadá. El cambio radical del siglo XX* (Anagrama, 2016).
Hugo Ball, *La huida del tiempo* (Acantilado, 2005).
Lucy Tandy y Maria Sferrazza, *Ernesto Giménez Caballero y la Gaceta Literaria o la Generación del 27* (Turner, 1977).
Miguel Ángel Hernando, *La Gaceta Literaria* (Universidad de Valladolid, 1974).
Tristan Tzara, *De nuestros pájaros* (Universidad de Cádiz, 2010).
Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid* (Ayuso, 1988).
Ramón Gómez de la Serna, *Obras Completas XX* (Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1998).
Sergio Santiago Romero y Clara Marías, «"Pájaros negros". La visión de los bombardeos sobre Madrid en la poesía española y extranjera de la Guerra Civil (II). Bandos, sexos y puntos de vista» *(Castilla,* 2020).
Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España republicana* (Planeta, 2004).
Doctor Peligro, «Nuestros locos años veinte (V): Tristan Tzara en

Madrid» *(Agente Provocador,* 12 de febrero de 2020).
Tristan Tzara, *Poemas* (Alberto Corazón, 1969).
Enrique Bordes y Luis de Sobrón, *Madrid bombardeado* (Cátedra, 2021).
Álvaro Ribagorda, «Pombo: aromas de vanguardia» *(Boletín Ramón,* 2005).
Benito Madariaga y Celia Valbuena, *Cara y máscara de José Gutiérrez-Solana* (Diputación Provincial de Santander, 1976).
Pablo Neruda, *Explico algunas cosas: prosa y versos* (Reclam, 2007).

Benditas ruinas

Javier Royo, *Madrid: casas de lenocinio, holganza y malvivir* (Espasa-Calpe, 1991).
Emilio Carrère, «Elogio de las rameras», *Del amor, del dolor y del misterio* (Prensa Gráfica, 1915).
Teodoro Anasagasti, «Madrid, en el segundo año de guerra» *(Solidaridad Obrera,* 13 de noviembre de 1937), «La Puerta de Sol con los incendios, ruinas, embudos y derribos» (13 de noviembre de 1937), «La práctica difícil de pulsar grietas y extraer víctimas soterradas bajo los escombros de las casas» (16 de noviembre de 1937).
Claudia Mira Cobo, *El bar americano en Madrid, 1930. Del café tradicional al local moderno* (Universidad Politécnica de Madrid, 2021).
Antonio Bonet Correa, *Los cafés históricos* (Cátedra, 2012).
Tomás Borrás, *Madrid teñido de rojo* (Ayuntamiento de Madrid, 1962).
Eduardo Moga, «Sobre la poesía y la vida de César González-Ruano» *(Cuadernos Hispanoamericanos,* 2014).
Robert Alt, *Madrid* (Casimiro, 2018).
Cartas de Jorge Luis Borges a Adriano del Valle *(Voz y Letra,* 1990).
Juan Carlos Pantoja Rivero, *La Orden de Toledo. Paseos imaginarios en tiempos de vanguardia* (Covarrubias Ediciones, 2019).
Ernesto Giménez Caballero, *Casticismo, nacionalismo y vanguardia (Antología. 1927-1935),* selección y prólogo de José-Carlos Mainer (Fundación Santander Central Hispano, 2005).
Ángel Luis Sobrino Vegas, *Las revistas literarias en la II República* (UNED, 2012).
David Soto Carrasco, *La conquista del Estado liberal: Ramiro Ledesma Ramos* (Kyrios, 2013).
Julio Rodríguez Puértolas, *Historia de la literatura fascista española* (Akal, 2008).
Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*

(Alianza Editorial, 2011).
Jaime Mas Ferrer, *Antonio Espina: del modernismo a la vanguardia* (Instituto Alicantino de Cultura, 2001).
Juan Antonio Ríos Carratalá, «Jacinto Miquelarena: *sportman* y viajero», *Hojas volanderas. Periodistas y escritores en tiempos de República* (Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2011).

La ciudad odiada

Fernando Castillo, *Capital aborrecida. La aversión hacia Madrid en la literatura y la sociedad del 98 a la posguerra* (Polifemo, 2010).
Fernando Castillo, *Los años de Madridgrado* (Fórcola, 2016).
Gonzalo Álvarez Chillida, «Ernesto Giménez Caballero: unidad nacional y política de masas en un intelectual fascista» *(Historia y Política,* 2010).
Tomás Borrás, *Madrid teñido de rojo* (Ayuntamiento de Madrid, 1962).
Zira Box, «La mirada sobre Madrid: anticasticismo y castellanismo en el discurso falangista radical de la inmediata posguerra» *(Historia y Política,* 2012).
Las declaraciones de Serrano Suñer están en *Arriba,* 22 de mayo de 1939.
La afirmación joseantoniana la recogía el conde de Montarco, presidente de la Comisión de Información y Cultura del Ayuntamiento de Madrid, en un artículo titulado «Hay que cambiar la fisonomía de Madrid» publicado en *Informaciones,* 2 de febrero de 1940.
Alejandro Pérez-Olivares García, *La victoria bajo control: ocupación, orden público y orden social del Madrid franquista (1936-1948)* (Universidad Complutense de Madrid, 2017).
Federico Urrutia, *El nacionalsindicalismo es así* (Edit. Reunidos, 1939).
Pete «Black Thunder», «El delirante proyecto de una Gran Vía aérea para un Madrid "imperial"» *(Agente Provocador,* 2021).
Luis Moya, «Sueño arquitectónico para una exaltación nacional» *(Vértice,* 1940).
Germán Lopezarias, *El Madrid del ¡no pasarán!* (Avapiés, 1986).
Luis López Jiménez, *Un jovencito en la posguerra* (Artes Gráficas Municipales, 2001).
Federico Carlos Sainz de Robles, «Del Madrid de casi ayer que fue mejor que el de casi hoy» *(Villa de Madrid,* 1977).
César González-Ruano, *Caliente Madrid. Antología arbitraria* (Asociación de Libreros de Lance de Madrid, 2003).
José López Ruiz, *Aquel Madrid del cuplé* (Avapiés, 1988).
Francisco Umbral, *Madrid 1940* (Planeta, 2013).

Lasso de la Vega, «Moiré» *(Ultra,* 30 de abril de 1921) y «Balada del ultra» en *Ultra,* «Poemas dispersos del período ultraísta (1918-1922)».
Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo* (Visor Libros, 1999).
Carmen de Burgos, *Confidencias de artistas,* prologado por Gómez de la Serna (Pueyo, 1917).
Ramón Gómez de la Serna, «Las afueras, de noche» *(El Liberal,* 11 de julio de 1920).
Allen W. Phillips, «Algo más sobre la bohemia madrileña: testigos y testimonios» *(Anales de Literatura Española,* 1985).
Pío Baroja, *Camino de perfección* (Alianza Editorial, 2004).
D. Benaudalla, *Mis conversaciones con don Pío Baroja* (Ediciones Reno, 1945).
Pío Baroja, «Gente de las afueras», en *Vitrina pintoresca* (Espasa Calpe, 1935).
Bernat Pradó Nieto, «Teoría de las constelaciones literarias. Giménez Caballero, analista del campo intelectual español» *(Tropelías,* 2020).
Ernesto Giménez Caballero, «Universo de la literatura española contemporánea» *(La Gaceta Literaria,* 15 de julio de 1927).
Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato I* (Alianza Editorial, 2005).
Daniel Gregorio, «El seudo-Villena y los veinte sabios cordobeses. Problemáticas para el estudio de la literatura alquímica» *(e-Spania,* 2007).

2. Calaveras, fuegos y subterráneos

El rayo de la muerte

«Welding patents sold for $6,000,000; Dr. Longoria, inventor, says here U.S. steel was a buyer of invisible ray process» *(The New York Times,* 29 de julio de 1936).
«Propsing the “death ray” for defense» *(Philadelphia Inquirer,* 20 de octubre de 1940).
«Test showed could kill pigeons at four miles» *(Spokane Chronicle,* 11 de octubre de 1939).
«Promises never to revive “death ray”» *(Tampa Tribune,* 13 de octubre de 1939).
Jean Echenoz, *Relámpagos* (Anagrama, 2012).
P. Cosmacini, «Radiología de guerra en Chenonceau» *(Revista*

Argentina de Radiología, 2017).
Thomas Mann, *La montaña mágica* (Edhasa, 2009).
Margarita Tupitsyn (editora), *Dadá ruso (1914-1924)* (Museo Nacional Reina Sofía, 2018).
Renata Carla, «La influencia del Rayonismo en las demarcaciones de la obra del Primer Grupo de Constructivistas en Acción», 1er Congreso Internacional de Ciencias Humanas: «Humanidades entre pasado y futuro» (Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, 2019).
Ramón del Valle-Inclán, *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (Alianza Editorial, 2017).
Ramón del Valle-Inclán, *Viva mi dueño* (Espasa, 2000).
Patrick Deville, *Viva* (Anagrama, 2016).
León Trotski, «Hitler y el desarme» *(Manchester Guardian,* 22 de julio de 1933).
Doctor Peligro, «La Gran Bestia en España» *(Agente Provocador,* 19 de abril de 2016).
Pete «Black Thunder», «El doloroso portazo a Trotski» *(Agente Provocador,* 30 de agosto de 2016).
«León Trotski protesta» *(La Acción,* 14 de noviembre de 1916).
Pío Baroja, *Las calles siniestras. Antología del eterno paseante* (Editorial La Felguera, 2019).

Museo del horror

Silvana Noelí Fernández, «Fabulosas, militantes y calamitosamente triunfantes: figuraciones geográficas en "Geography and Some Explorers", de Joseph Conrad» *(Acta Iassyensia Comparationis,* 2019).
Colson Whitehead, *El coloso de Nueva York* (Random House, 2017).
Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936* (Alianza Editorial, 2011).
Luis Negró, «Dionisio Ridruejo: del fascismo a la democracia y de la democracia al panteón. O del buen uso de la historia» *(Pasajes*, 2010).
Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias* (Ediciones Península, 2017).
Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)* (Planeta, 1994).
Dionisio Ridruejo, *Materiales para una biografía,* selección y prólogo de Jordi Gracia (Fundación Santander Central Hispano, 2005).
Pedro F. García Gutiérrez y Agustín F. Martínez Carbajo, *Iglesias de Madrid* (Avapiés, 1994).
Estíbaliz Ruiz de Azúa y Martínez de Ezquerecocha, «Volvieron las

horas de locura a Madrid: el incendio de la Iglesia de San Ignacio en marzo de 1936» *(Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País,* 2012).
Julio Caro Baroja, *Historia del anticlericalismo español* (Caro Raggio, 2008).
E. Tormo, *Las iglesias de Madrid* (Instituto España, 1972).
Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, «El impacto de la violencia anticlerical en la primavera de 1936 y la respuesta de las autoridades» *(Hispania Sacra,* 2013).
Manuel Sánchez Camargo, *Persecución religiosa en Madrid. Historia de la Cruzada Española* (Ediciones Españolas, 1942).
Javier Cervera Gil, *Violencia en el Madrid de la Guerra Civil: los «paseos» (julio a diciembre de 1936)* (Ediciones Universidad de Salamanca, 1995).

Putas y vórtices

Javier Rioyo. *Madrid: casas de lenocinio, holganza y malvivir* (Espasa Calpe, 1991).
Enrique Villalba, «Entre la rutina pecaminosa y el conflicto transgresor: La prostitución regulada en la Corte en el Siglo de Oro» en Manuel Peña (editor), *La vida cotidiana en el mundo hispánico (siglos XVI-XVIII)* (Abada, 2012).
Enrique Villalba, «Notas sobre la prostitución en Madrid a comienzos del siglo XVII» *(Anales del Instituto de Estudios Madrileños,* 1994) y «Marginación y delincuencia», en la obra colectiva *El Madrid de Calderón y Velázquez. Villa y corte en el siglo XVII* (Madrid: Ayuntamiento / Fundación Caja Madrid, 2001).
José María Sanabria, *El Caballero de Gracia y Madrid* (Rialp, 2004).
Epifanio Alcañiz, *Los misterios telúricos de Madrid* (Círculo Rojo, 2018).
Juan Pablo Cisterna, «Manual red de Hartmann» (2017).
Rolando Gutiérrez Nolasco, *Afectaciones de radiaciones de origen natural y artificial aplicadas a la arquitectura* (Universidad Autónoma Metropolitana de México, 2012).
Dr. Joan Guxens, «Enfermedades causadas por geopatías» *(Natura Medicatrix,* 1999).
José Blas Vega, *Los cafés cantantes de Madrid (1846-1936),* (Guillermo Blázquez, 2006).

Historia del fuego

Antonio Capmany y Montpalau, *Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid* (Avances, 2010).

Ramón del Valle-Inclán, *Luces de bohemia* (Imprenta Cervantina, 1924).
Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1885-1912* (CSIC, Centro de Estudios Históricos, 1985).
Francisco José Rodríguez de Gaspar, *Otto Skorzeny, el nazi más peligroso en la España de Franco* (Almuzara, 2021).
Peter Besas, *Nazis en Madrid* (La Librería, 2019).
Alan Moore y Eddie Campbell, *From hell* (Planeta DeAgostini, 2003).
José Ramón Camaño, «Alberto Pirrongelli, maestro del trampantojo» *(El Mundo,* 28 de junio de 2010).
Carmen del Moral Ruiz, *Los pasajes comerciales de Madrid (1839-1901)* (La Librería, 2011).
Albert Speer, *Diario de Spandau* (Plaza & Janés, 1977).
Iain Sinclair, *American Smoke* (Alpha Decay, 2016).
Carlos Rego, *Derribos Arias: licencia para aberrar* (66 RPM, 2015).
Conversación del autor con Alejo Alberdi, de Derribos Arias.
Walt Whitman, *Hojas de hierba* (Alianza Editorial, 2012).
Juan Carlos Barragán Sanz y Pablo Trujillano Blasco, *Historia del Cuerpo de Bomberos de Madrid. De los matafuegos al Windsor (1577-2005)* (La Librería, 2006).
Elisabel Larriba, «La Ilustración a prueba de fuego. El incendio de la plaza Mayor de Madrid del 16 de agosto de 1790» *(Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII,* 2007).

Bajo tierra

Lara Almárcegui, *Madrid subterráneo* (La Librería, 2018).
Pedro Montoliú, *Madrid en la Guerra Civil* (Sílex, 2000).
Pedro Montoliú, *Madrid en la posguerra (1939-1946)* (La Librería, 2021).
Pedro Esteve García y Pedro Bravo Fernández, *El ferrocarril en Madrid* (La Librería, 2006).
Aurora Moya, *Noventa años de historia (1919-1989)* (Metro de Madrid, 2009).
Juan Villarín, *El Madrid de Primo de Rivera (1928)* (Nova, 1979).
«Las paredes curvadas se llenaron de carteles animosos en julio» *(El Sol,* 24 de septiembre de 1937).
«El capitán Sediles y las "Águilas de la Libertad"», **https://toledogce.blogspot.com/2019/06/el-capitan-sediles-y-las-aguilas-de-la.html**
«Sima inquietante que traga sin cesar seres y seres» *(El Heraldo de Madrid,* 21 de enero de 1930).
Daniel Sueiro, «El metro de Madrid durante la Guerra Civil y la misteriosa explosión de la estación de Lista», en VV. AA., *El metro*

de Madrid. Gente, colores, gestos (Compañía Metropolitana de Madrid, 1985).
VV. AA., *Arqueología, paleontología y etnografía* (Consejería de Educación, 2000).
José del Corral, *La Gran Vía. Historia de una calle* (Sílex, 2002).
Tomás Borrás, *Madrid teñido de rojo* (Ayuntamiento de Madrid, 1962).
VV. AA., *La Gran Vía de Madrid. Cien años de historia* (Alymar, 2010).
«Los cadáveres bajo la estación de metro de Progreso / Tirso de Molina» *(La Voz,* 2 de septiembre de 1920).
August Strindberg, *Inferno* (Acantilado, 2002).
Ramón Gómez de la Serna, «Viaje hasta Atocha» *(El Liberal,* 13 de enero de 1922).
Las piezas periodísticas de Ramón Gómez de la Serna, especialmente las pertenecientes a la sección «La vida» de *El Liberal,* pueden consultarse en la excelente web *The journalism of Ramón Gómez de la Serna,* dirigida por el profesor Ricardo Fernández, del Departamento de Español de la Universidad St. Andrews (**https://arts.st-andrews.ac.uk/delaserna/**).
Nelly White, «Alabanzas al metro madrileño» *(Mujeres Libres,* junio de 1936).
Álvaro de Castro, «Relato de un "raid" por el laberinto de las entrañas de Madrid» *(Crónica,* 21 septiembre de 1930).

Viajes imaginados

José del Corral, *La Gran Vía. Historia de una calle* (Sílex, 2002).
VV. AA., *La Gran Vía de Madrid. Cien años de historia* (Alymar, 2010).
VV. AA., *La Gran Vía. Una brecha urbana entre la tradición y la modernidad* (COAM, 2010).
Pedro Montoliú, *Madrid en la posguerra (1939-1946)* (La Librería, 2021).
Cartilla para la defensa y protección atómicas (Alto Estado Mayor, 1961).
Louis-Ferdinand Céline, *Viaje al fin de la noche* (Edhasa, 2001).
Servando Rocha, «La olvidada ciudad subterránea de Madrid» (Vice, 2015).
Lara Almárcegui, *Madrid subterráneo* (La Librería, 2018).
Diego Salvador Conejo, *Hijos de Mayrit. La huella islámica en Madrid y Comunidad* (La Librería, 2020).
Joaquín Panera Gallego, *Madrid, tierra de elefantes y humanos anteriores a nuestra especie: el elefante de Orcasitas* (Museo de San Isidro, abril de 2019).
A. V. Mazo, *«Elephas antiquus (Proboscidea, Mammalia)* en el pleistoceno medio de Ciempozuelos» *(Estudios Geológicos,* 1995).

VV. AA., *M30, un viaje al pasado* (Museo de los Orígenes. Casa de San Isidro. Ayuntamiento de Madrid, 2007).
Servando Rocha, «La ciudad del Caballero de la Muerte», prólogo, en Emilio Carrère, *Ruta emocional de Madrid* (Editorial La Felguera, 2020).
«Eduardo Peregrín, camarero del café denominado El Oso Negro» *(Diario Oficial de Avisos de Madrid,* diciembre de 1911).
Emilio Carrère, *La torre de los siete jorobados* (Valdemar, 2004).
El artículo de Emilio Carrère sobre la Casa del Pecado Mortal puede consultarse en *La Tarde,* mayo de 1927.
Servando Rocha, «La Casa del Pecado Mortal» *(Agente Provocador,* 2016).
El estupendo «diálogo» entre las visiones urbanas de Carrère y Baroja puede leerse en *La Libertad* (11 de octubre de 1933), en el artículo «El Madrid folletinesco que echa de menos Baroja. El escenario de los folletines», firmado por un misterioso «El Barbero Lamparilla» (pseudónimo de Carrère).
«Cada dos pasos se encuentra alguna vengadora que va y viene en busca de lo desconocido», en «Madrid de noche» *(La Época,* 25 de agosto de 1894).

Marinetti

Gerardo Ribas, «Marinetti en Madrid. Una conversación interesante y pintoresca con el "leader" italiano del futurismo» *(La Nación,* 14 de febrero de 1928).
Llanos Gómez Menéndez, «Espejo e identidad: Marinetti, Ultraísmo y Spagna veloce e toro Futurista» *(Diacronie,* 2011).
Llanos Gómez Menéndez, «La dramaturgia futurista o la voz conquistada del público» *(Rapto de Europa,* 2005).
«Conversación con Marinetti» *(La Gaceta Literaria,* 15 de febrero de 1928).
Revista *Poesía* (1984), monográfico dedicado a la Residencia de Estudiantes, entrevista realizada en 1928 a Natalia Cossío de Jiménez, esposa del director de la Residencia, por Alberto Jiménez Fraud, con motivo de la conferencia de Marinetti.
«Galerías Dalmau. Marinetti en Barcelona» *(La Gaceta Literaria,* 1 de marzo de 1928).
«Exposició en honor de Marinetti» *(La Veu de Catalunya,* 26 de febrero de 1928).
«Las Arts. Exposició Marinetti» *(La Publicitat,* 19 de febrero de 1928).
Ernesto Giménez Caballero, *Memorias de un dictador* (Planeta, 1979).
Ricard Mas (editor), *Dossier Marinetti* (Universitat de Barcelona, 1994).
Joaquín García Morato, *Guerra en el aire* (Editora Nacional, 1940).

Enrique Pérez Escrich, *El frac azul* (CSIC, 2014).
Iliá Ehrenburg, *España, República de trabajadores* (Crítica, 2015).
Manfred Lentzen, «Marinetti y el futurismo en España» (Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, 1989).
«El futurismo» *(Prometeo*, 2, abril de 1909).
F. T. Marinetti, «Contra el viento adusto, comandante de las fuerzas del pasado» *(La Gaceta Literaria,* agosto de 1928).

Historia del agua

Lara Almárcegui, *Madrid subterráneo* (La Librería, 2018).
Mª Isabel Gea Ortigas, *Los viajes del agua de Madrid* (La Librería, 1999).
VV. AA., Ciclo de Conferencias IV Centenario de la Plaza Mayor (Instituto de Estudios Madrileños / CSIC, 2018).
Rafa M., «La epigrafía árabe de Madrid», **https://madridarabe.es/2020/02/06/la-epigrafia-arabe-de-madrid/**.
Gerard Jori, *Salud pública e higiene urbana en España durante el siglo XVIII* (Universidad de Barcelona, 2012).
Rafael Gili Ruiz, *Higiene y alcantarillado en el Madrid del Antiguo Régimen* (UAM, 2017).
VV. AA., *Historia del saneamiento en Madrid* (Madrid, proyecto de investigación 2012-2014).

La ciudad invertida

Lara Almárcegui, *Madrid subterráneo* (La Librería, 2018).
Weldon Kees, «Robinson at Home», *The Collected Poems of Weldon Kees* (University of Nebraska Press, 1962).
Colectivo de Trabajadores Culturales La Felguera, dosier «En defensa del hombre lobo» (2009).

3. Bestiario

Galería fúnebre

Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato I* (Alianza Editorial, 1995).
A. W. Philips, *En torno a la bohemia madrileña (1890-1925*). (Celeste, 1999).
José Esteban, «El librero Pueyo» *(Triunfo,* 1978).
Ramón de Mesonero Romanos, *Manual de Madrid: descripción de la*

corte y de la villa. Comprende su historia, blasones, hombres célebres, instrucción a los forasteros para vivir en ella (Imprenta de M. de Burgos, 1831).
Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la francmasonería* (Prensa Católica, 1933).
María Josefa Díez de Revenga, *La sociedad literaria en el romanticismo. Notas a Pérez Galdós* (Universidad de Murcia, 1977).
VV. AA., *La memoria impuesta: Estudio y catálogo de los monumentos conmemorativos de Madrid (1939-1980)* (Ayuntamiento de Madrid, 1982).
Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos (Ayuntamiento de Madrid, 1943).
Agustín Pérez Zaragoza Godínez, *Galería fúnebre de historias trágicas, espectros y sombras ensangrentadas, o sea, El historiador trágico de las catástrofes del linage [sic] humano* (Editora Nacional, 1977).
Eugenio Cuello Calón, «Vicisitudes y panorama legislativo de la pena de muerte» *(Anuario de Derecho Penal y Ciencias Penales,* 1953).
Federico Carlos Sainz de Robles, *Madrid y sus fantasmas* (Novelas y cuentos, 1975).

Las flechas de Diana y las bestias

Antonio Palacios, «Hacia el Madrid del año 2000» *(Horizonte,* 1939).
Ángel Alfonso Santamaría Barnola, «Consideraciones sobre la reforma interior en Madrid entre 1940 y 1950» *(Villa de Madrid,* 1989).
Arturo G. Rillo, «Análisis histórico del caduceo» *(Gaceta Médica de México,* 1993).
Juan Villarín, *La hechicería en Madrid* (Avapiés, 1993).
Javier García-Gutiérrez Mosteiro, «Madrid metrópolis. Antonio Palacios, arquitectura y alegoría de la ciudad» *(Arquitectura viva,* 2001).
Doctor Peligro, «Osos, monos y camellos en el centro de Madrid» *(Agente Provocador,* 2018).
«Cruzábamos la plaza de Santa Ana y nos atrajo» *(El Fígaro,* 24 de febrero de 1926).
«Todos los periódicos han venido llenos del suceso» *(La Hoja oficial de Barcelona,* 14 de noviembre de 1960).
«El diestro “Fortuna” lidia y mata un toro en la Gran Vía» *(ABC,* 24 de enero de 1928).
Spider, «¡A los leones! La leona “Ana” que desató el caos en Madrid» *(Agente Provocador,* 2019).
Lady X, «Tigres contra toros y elefantes o la España que se deleitaba con la sangre» *(Agente Provocador,* 2022).

Sergio Santiago Romero y Clara Marías, «“Pájaros negros”. La visión de los bombardeos sobre Madrid en la poesía española y extranjera de la Guerra Civil (II). Bandos, sexos y puntos de vista» *(Castilla,* 2020).
José Herrera Petere, *Acero de Madrid: epopeya* (Editorial Nuestro Pueblo, 1938).
Joaquín García Morato, *Guerra en el aire* (Editora Nacional, 1940).
Víctor Fuentes, «El Madrid épico de la guerra cantado por los poetas», en Julio Rodríguez Puértolas (coord.), *La República y la cultura: Paz, guerra y exilio* (Istmo, 2009).
Peter Ackroyd, *Londres bajo tierra* (Edhasa, 2012).
Alfonso XI, *Libro de la Montería del Rey D. Alfonso XI* (copia digital) (Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, 2012).
Francisco López Estrada, «Ruy González de Clavijo. La embajada a Tamerlán. Relato del viaje hasta Samarcanda y regreso (1403-1406)» *(Arbor,* 2005).
Rosa Chacel, *Barrio de Maravillas* (Seix Barral, 1978).
Juan Daniel Fullaondo, «Anasagasti, poesía olvidada» *(Arquitectura,* 1971).
Javier García-Gutiérrez Mosteiro, «El dibujo de arquitectura en Teodoro de Anasagasti» (Actas del VII Congreso Internacional de Expresión Gráfica Arquitectónica, 1998).
Mª Isabel Gea, *Historia del oso y el madroño (los escudos de Madrid) y antiguos cementerios de Madrid* (La Librería, 2008).
Ramón de Mesonero Romanos, *Rápida ojeada sobre el estado de la capital y los medios de mejorarla* (Tomás Jorda, 1936).

No olvidar jamás

Ricardo García Cárcel, *El demonio del sur. La leyenda negra de Felipe II* (Cátedra, 2017).
Francisco B. García Rubio, «La huella de Enrique de Villena en Cervantes: Los casos del “donoso y grande escrunio” y La Cueva de Salamanca» *(eHumanista,* 2020).
VV. AA., *La memoria impuesta: Estudio y catálogo de los monumentos conmemorativos de Madrid (1939-1980)* (Ayuntamiento de Madrid, 1982).
Somos Malasaña, «Rosalía de Castro, una gallega en Malasaña» *(El Diario,* 2015).
Herman Melville, *Moby Dick* (Ediciones Orbis, 1984).
Enrique Bordes y Luis de Sobrón, *Madrid bombardeado* (Cátedra, 2021).
María Soledad Fernández Utrera, «Política cursi y modernidad: los

despachos de Ramón Gómez de la Serna» *(The Bulletin of Hispanic Studies,* 2010).
Enrique Sepúlveda, *1891-Madrid-1892* (Asociación de Libreros de Lance de Madrid, 1998).
Pedro de Répide, *Las calles de Madrid* (Editorial Afrodisio Aguado, 1971).
VV. AA., *Madrid bohemio*. *Agente Provocador* nº1 (Editorial La Felguera, 2020).
Juan Manuel de Prada, *Las máscaras del héroe* (Seix Barral, 2008).

4. Nosotros, los muertos

Buscando el cadáver

«Se retoma la búsqueda de los restos de Calderón de la Barca en la parroquia de los Dolores de Madrid» (alfayomega.es, 17 de diciembre de 2020).
José Francisco Guijarro, *Persecución religiosa y Guerra Civil: la Iglesia en Madrid (1936-1939)* (La Esfera de los Libros,2006).
VV. AA., *Camposanto. Guía de cementerios ocultos de Madrid y Barcelona*. *Agente Provocador* nº 3 (Editorial La Felguera, 2021).
Beatriz Cristina Jiménez Blasco, «Los antiguos cementerios del ensanche norte de Madrid y su transformación urbana» *(Anales de Geografía,* 2009).
Francisco Bonmatí, «La visita a los viejos cementerios abandonados» *(La Nación,* 7 de enero de 1935).
«Abandonos lamentables. Las viejas necrópolis» *(Mundo Gráfico*, 1914).
Pedro Navascués Palacio, «Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)», en Antonio Fernández, *Historia de Madrid* (Editorial Complutense, 1994).
Ignacio Aldecoa, *Gran sol* (Editorial El País, 2003).
VV. AA., *Colección de minerales de las comunidades y ciudades autónomas del Museo Geominero: catálogo de la Comunidad de Madrid (Cuadernos del Museo Geominero* nº 16, 2013).

Un paseo por el cementerio

M. Álvarez, *Cementerios de Madrid. Memoria sepulcral de la ciudad* (La Librería, 2009).
Carlos Saguar Quer, *Paraísos cercanos: los cementerios históricos de Madrid* (CSIC, 2020).
Azorín, *Madrid* (Biblioteca Nueva, 1995).

«Solo un necio hubiese dicho que estaba vacío el sitio», en «Ágape organizado por Prometeo en honor de "Fígaro"» *(Prometeo,* 5, marzo de 1909).
José de Espronceda, *El arrepentimiento y la desesperación* (Valladolid, Tip. y lib. Vda. de Montero, 1923).
Elia Torrecilla Patiño y Miguel Molina Alarcón, «Tórtola Valencia, la performer: sus acciones entre la danza y la Performance fuera del escenario» *(AusArt 7,* 2019).
William Shakespeare, *Hamlet* (Alianza Editorial, 2011).
Curzio Malaparte, *Kaputt* (Galaxia Gutenberg, 2010).
Miguel A. Iglesias, *Los Jóvenes y el Arte. Escapismo y estética neorromántica en un grupo de intelectuales de derechas en el Madrid de preguerra* (Rilce, 2001).
Agustín de Foxá, *Madrid de Corte a Checa* (Jerarquía, 1938).
José Antonio Primo de Rivera, *Antología* (Ediciones FE, 1940).
César González-Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias. Memorias* (Noguer, 1951).

Tan cerca

VV. AA., *Madrid hasta 1875* (Ayuntamiento de Madrid, 1980).
Carlos María de Castro, *Plan Castro* (Colegio Oficial de Arquitectos, 1978).
María Pilar Brel Cachón, «La construcción de cementerios y la Salud Pública a lo largo del siglo XIX» *(Studia Zamorensia,* 1999).
Norbert Fischer, «La cultura europea de los cementerios: pasado y presente» *(Revista Murciana de Antropología,* 2019).
VV. AA., *Jardín y romanticismo* (Comunidad de Madrid, 2004).
Emilio Guerra Chavarino, «Los escudos de Madrid a lo largo de su historia» *(Anales del Instituto de Estudios Madrileños,* 2010).
Pedro de Répide, «Los cementerios de Madrid» *(La Ilustración Española y Americana,* 1905).
Philippe Ariès, *Historia de la muerte en Occidente desde la Edad Media hasta nuestros días* (Acantilado, 2000).
«Un paisaje árido, unido a la pobreza de las construcciones», en Pío Baroja, *Aurora roja* (Cátedra, 2011).
«Rodeado de desmontes con algunas casas nuevas», en José Gutiérrez-Solana, «Tetuán», *Madrid: escenas y costumbres* (Taurus, 1961).

5. Navegando a muerte

El anarquista

VV.AA., *El asesinato de D. José Canalejas* (Madrid, 1912).
Constant Leroy, *Los secretos del anarquismo* (Librería Renacimiento, 1913).
Eduardo Comín Colomer, *Un siglo de atentados políticos en España* (Selecciones Gráficas, 1951).
Susana Sueiro Seoane, «Las redes anarquistas transnacionales en la era de los magnicidios: el asesinato de Canalejas» *(Bulletin d'Histoire Contemporaine de L'Espagne,* 2014).
Francisco Madrid Santos, *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil* (Universidad de Barcelona, 1989).
Rafael Núñez, *El terrorismo anarquista* (Siglo XXI de España, 1983).
Clara E. Lida, *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX* (Siglo XXI de España, 1972).
Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores, Simón Radowitzky, y otros ensayos* (Sombra y Sén, 2008).
«Pedro Esteve» *(Cultura Proletaria,* 14 de septiembre de 1929).
«Algunos aspectos del pensamiento de Enrique Malatesta» *(Cénit,* diciembre de 1953).
Doctor Peligro, «Cuando los anarquistas intentaron volar por los aires el Congreso de los Diputados» *(Agente Provocador,* abril de 2021).
«Los anarquistas y asociaciones de resistencia afiliadas a Ruellos…», en «La dinamita en Madrid» *(La Época,* 5 de abril de 1892).
Servando Rocha, «Pío Baroja en busca de Jack el Destripador» *(Agente Provocador,* septiembre de 2017).
Pietro Dipaola, *Italian anarchists in London (1870-1914)* (University of London, 2004).
Fernando Tárrida, «Cuestiones de táctica o La anarquía sin adjetivos (1890)», carta enviada al periódico francés *La Rèvolte,* con fecha 7 de agosto de 1890.
Susana Sueiro Seoane, «Los anarquistas de habla hispana en Estados Unidos y sus redes transnacionales. El periódico El Despertar de Brooklyn (1891-1902)» *(Historia y Política,* julio-diciembre de 2019).
Carmen Menéndez-Onrubia, «Galdós y el "prodigioso invento" del cinematógrafo», en *La hora de Galdós* (CSIC, 2018).
Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante* (Solidaridad Obrera, 2005).
VV. AA., *Prensa obrera en Madrid (1855-1936) (Alfoz,* 1987).
Mª del Carmen Pérez Roldán, *Bases sociales del republicanismo madrileño (1868-1874)* (Universidad Complutense de Madrid, 1989).
VV. AA., *Madrid en la sociedad del siglo XIX* (Alfoz, 1986).

La vida siempre rima

Suplemento de *Mundo Gráfico* «El asesinato de Canalejas» *(Mundo Gráfico,* 13 de noviembre de 1912), «El asesino de Canalejas» *(Mundo Gráfico*, 20 de noviembre de 1912), «El asesinato del Sr. Canalejas» *(La Época,* 12 de noviembre de 1912) y «El presidente del Consejo, muerto alevosamente» *(La Unión Ilustrada,* 20 de noviembre de 1912).

«Vestido como un pordiosero, era el contraste más rudo que puede imaginarse entre una facha y una inteligencia…», en Benito Pérez Galdós, *Prim,* capítulo XVI (Perlado, Páez y Compañía, 1906).

Pedro Esteve, «Manuel Pardinas [sic]» *(Cultura Obrera,* noviembre de 1912).

Carmen Tejera Pinilla, «La deriva terrorista del anarquismo en España: Del culto a la libertad a la acción violenta» *(Clio,* 2018).

José del Corral, «Tetuán de las Victorias (nacimiento y desarrollo de una barriada madrileña)» *(Villa de Madrid,* 1977).

Félix Morales Parra, *Tetuán de las Victorias* (Madrid, 1960).

Alicia Díez Baldeón y Flora López Marsá, *Historia* de *Tetuán* (Ayuntamiento de Madrid, 1987).

Luis Redonet, *Chamartín de la Rosa* (Aldus, 1948).

José Gutiérrez-Solana, «Tetuán», *Madrid: escenas y costumbres* (Taurus, 1961).

Manuel Martínez Bargueño, «La casa editorial Bailly-Baillière» (enero de 2021). **https://manuelblasdos.blogspot.com/**.

Eduardo Comín Colomer, *6 magnicidios políticos* (Editorial San Martín, 1974).

Álex Pocino Pérez, *Mateo Morral (1879-1906). Causas de un regicidio* (Universidad de Barcelona, 2021).

Alberto Anaut, *Diez horas con Alberto García-Alix* (La Fábrica, 2022).

Colección completa de *El canto de la tripulación* (Archivo Lafuente).

Conversaciones del autor con Alberto García-Alix.

Herman Melville, *Moby Dick* (Ediciones Orbis, 1984).

El barco y la tripulación

«El “Saturno Park”» *(Mundo Gráfico,* 6 de agosto de 1919).

Casto Fernández-Shaw, *Arquitecto sin fronteras (1896-1978)* (Electa, 1999).

María Cristina García Pérez y Félix Cabrero Garrido, «Casto Fernández-Shaw y la interminable aventura expresionista de un navegante del futuro» *(Arquitectura,* 1999).

Julio Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino* (Alianza Editorial, 2012).

«Puerto» de Isaac del Vando Villar *(Ultra,* 6, marzo de 1921).
El retrato vibracionista de Vando Villar a cargo de Rafael Barradas está en *La sombrilla japonesa,* que editó en Sevilla con la Imprenta La Exposición (1924), con prólogo de Adriano del Valle.
The Sinking of the Titanic de Philip Jeck se lanzó en 2008.
Julio Verne, *Las aventuras del capitán Hatteras* (Ramón Sopena, 1946).
Edward Sabine (editor), *The North Georgia Gazette and Winter Chronicle* (Cambridge Library Collection, 2012).
El mapa astral de Madrid puede encontrarse en Clara Tahoces, *Guía del Madrid mágico* (Martínez Roca, 1998).
Arturo Baldasano y Topete, *De la Puerta del Sol a las pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem* (Imprenta de T. Fortanet, 1870).
Gregorio Andrés Espala, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán* (Imprenta Diego Valero, 1870).
Faustino Merchán Gabaldón, «Madrid, puerto de mar» *(Acta,* 2015).
María Teresa Fernández Talaya, «El Canal del Manzanares, un canal de navegación en el Madrid de Carlos III» *(AIEM,* 2006).

Perucha

Conversación del autor con Higinio Domingo Perucha.
«Notas de unos combatientes del Batallón Ciclista» *(La Trinchera,* 26, del 20 de junio de 1937).

Esclavos

Ricardo González, *Charles Clifford y la fotografía de obras públicas en el libro Fotografía y obra pública* (Valencia, 2014).
VV.AA., *Vistas de las obras del Canal de Isabel II fotografiadas por Clifford* (Madrid: Canal de Isabel II, 1988).
Lee Fontanella, *Clifford en España. Un fotógrafo en la Corte de Isabel II* (Ediciones El Viso, 1997).
Las citas «hemos de imitar la ceguera» o «la vista deforma la visión» pertenecen a Ramón Gómez de la Serna en *El desahucio a la vista Escritos sobre fotografía (1908-1954)* (Casimiro, 2019).

Ser una sombra

F. Pérez Peña, *Los últimos clínicos de San Carlos. Estampas y vivencias de la Facultad de Medicina de San Carlos* (Visión, 2006).
Alicia Sánchez Ortiz, «Cuerpos en cera del Real Colegio de Cirugía de San Carlos. De la creación de modelos anatómicos a la conservación de bienes culturales», en Isabel Herráez Martín (editora), *Modelo y*

maquetas: la vida a escala (Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2014).

El triunfo de la nada

Conversaciones con Luis de la Cruz.

Santiago Carrillo, *La Segunda República. Recuerdos y reflexiones* (Plaza & Janés, 1999).

VV. AA., *Barrio de El Pilar. Una historia urbana* (Escuela Popular de personas adultas del barrio de El Pilar, 2021).

Joseph Conrad, *La línea de sombra* (Alianza Editorial, 2016).

J. G. Ballard, *Rascacielos* (Alianza Editorial, 2018).

Israel Viana, «El barrio de Madrid que declaró su independencia de España y cerró sus fronteras con ayuda de Fidel Castro» *(ABC,* 16 de septiembre de 2019).

Grace Morales, «Cerro Belmonte, la espuma contra el muro» *(El Salto,* 21 de noviembre de 2017).

El barrio que robó una estrella, documental de Miguel Narayana Curiel Sevillano, trabajo fin de grado (Universidad Carlos III de Madrid, octubre de 2020.

«Los vecinos de Cerro Belmonte se declaran "Estado independiente"» *(El País,* 6 de septiembre de 1990).

La ciudad inexistente

VV. AA., *Barrio de El Pilar. Una historia urbana* (Escuela Popular de personas adultas del barrio de El Pilar, 2021).

Conversaciones con Luis de la Cruz.

VV. AA., «Nuevas formas comerciales de gran superficie en la Comunidad de Madrid» *(Espacio, tiempo y forma,* 1992).

Alfredo Pascual, «Así nació La Vaguada: "Los vecinos acampaban en las grúas para frenar la obra"» *(El Confidencial,* 25 de noviembre de 2018).

«La Fundación César Manrique, contra la reforma de La Vaguada» *(El País,* 24 de agosto de 2002).

Francisco Gamella Mora, *La peña de la Vaguada: análisis etnográfico de un proceso de marginación juvenil* (UAM, 1989).

Philip Hoare, *El mar interior* (Ático de Libros, 2016).

Agalma

Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego* (Alianza Editorial, 2016).

Ramón Jiménez Fraile, *Stanley. De Madrid a las fuentes del Nilo*

(Mondadori, 2000).
Vanesa Garbero y Daniel Palacios González, «Un monumento doliente: el memorial truncado a las víctimas de la violencia franquista en Madrid (2004-2020)» *(Hispania Nova,* 2022).
Ignacio Aldecoa, «Avispas y hormigas», en *Neutral Corner* (Lumen, 1962).

Edición en formato digital: 2024

© Servando Rocha, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-830-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.